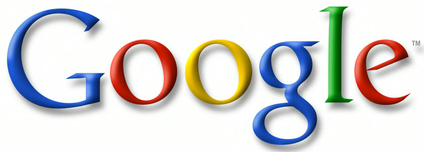
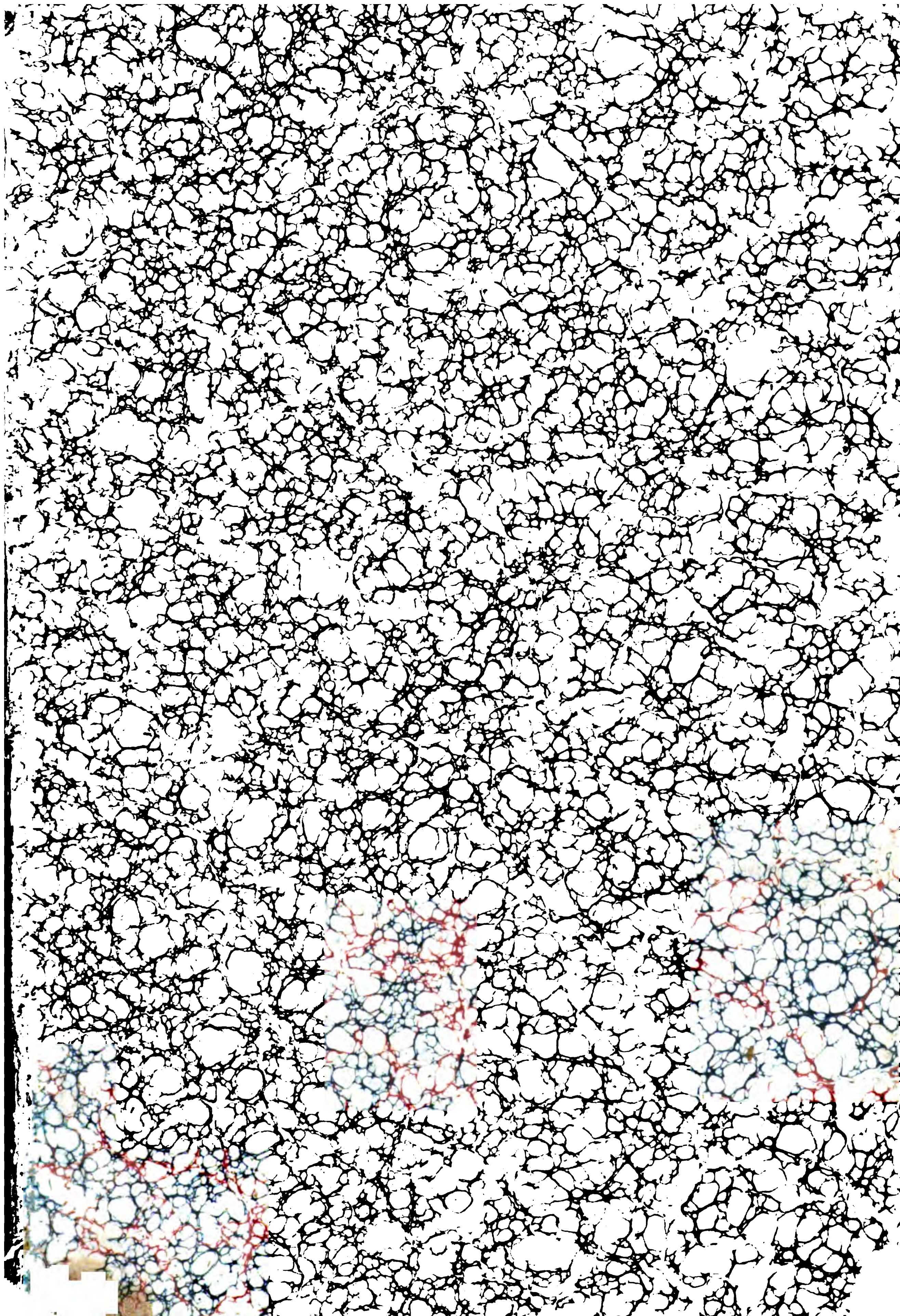



TAYLOR INSTITUTION
DOMINUS ILLUMINATIO MEA



1857 [illegible]

Left Lima & Callao – 12 o'clock – 4½ P.M.
arrived at [illegible] 14 [illegible]
[illegible] 15 "
[illegible] 16 "
[illegible] 16 [illegible]
[illegible]
[illegible] Island de Plata 17 [illegible] – 1¼° south of the line
[illegible]

LAS

MIL Y UNA NOCHES

CUENTOS ÁRABES.



Paris. — Imprenta española de DUBUISSON y Cia, calle de Coq-Héron, 5.



LAS
MIL Y UNA NOCHES

CUENTOS ÁRABES

TRADUCIDAS EN ALEMAN DEL TEXTO ÁRABE GENUINO

POR GUSTAVO WEILL

Con anotaciones del mismo

Y

UNA INTRODUCCION DEL BARON SILVESTRE DE SACY

Y VERTIDAS DEL ALEMAN AL CASTELLANO

POR UNA SOCIEDAD DE LITERATOS

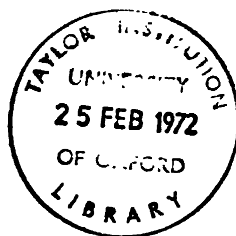
Nueva edicion

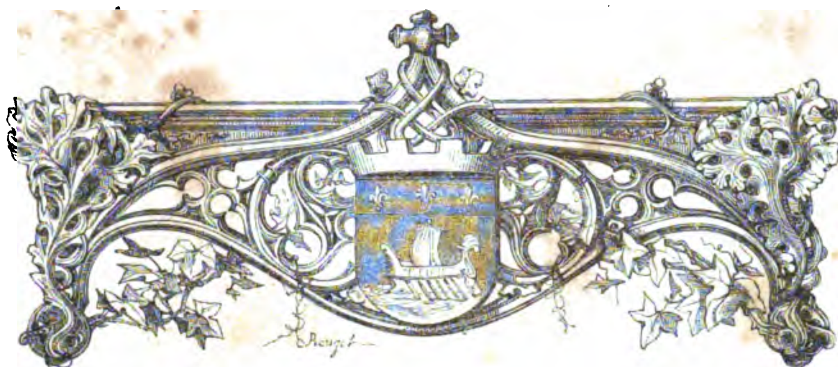
ADORNADA CON MUCHAS LÁMINAS DE LOS MEJORES ARTISTAS

TOMO I.

PARIS
LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS
Sucesores de D. Vicente Salvá
Calle de Saints-Pères, nº 6.

1855.





DISERTACION

SOBRE LAS

MIL Y UNA NOCHES

POR EL BARON SILVESTRE DE SACY.

Las Fábulas de Bidpai y los cuentos de las Mil y una Noches son los partos de la literatura oriental que han merecido mas señalada aceptacion en Europa. Y con efecto, ¿qué obra se ha traducido en mas idiomas ni ha logrado tantos lectores como estas colecciones de cuentos, que, despues de haber sido grato embeleso de la niñez, nos están ofreciendo en la edad madura alivio y entretenimiento halagüeño? Decántense enhorabuena la antigüedad y la sabiduría de las leyes de Menou, la circunspecta y sentenciosa oscuridad de los libros sagrados de la China, la elocuencia majestuosa y sobrehumana del Alcoran, la divina epopeya de Valmiki, los cantos sublimes de Homero ó las celestiales meditaciones de Platon; ninguno de estos monumentos de la inventiva humana puede competir, bajo aquel concepto, con las dos producciones citadas, que por otra parte no han acarreado revoluciones, derramado sangre, ni armado secta contra secta ó nacion contra nacion.

La suerte de entrambos libros, aunque una misma por punto jeneral, ofrece no obstante notables diferencias. El primero, semejante á las Pirámides de Ejipto, parece que está burlando los embates destructores de los siglos : su patria primitiva no es conocida, y pudiera conceptuarse que tuvo oríjen en los primeros tiempos históricos. Doce siglos atrás, un poderoso monarca persa echó el resto de sus tesoros para que desapareciese de la India, en donde los soberanos lo conservaban con relijioso afan, como una de las mas preciosas y antiquísimas joyas de su corona. Y desde entónces do quiera ha llegado á conocerse, asi en Asia como en Europa, igual ha sido la aceptacion que ha merecido entre los doctos y el vulgo, entre los hombres de todas creencias, Hebreos, Cristianos ó Musulmanes. En las temporadas mas esclarecidas de la literatura europea, muchos célebres escritores no han tenido á menos tomarle algunos apólogos ó engalanarse con sus despojos. En suma, las Fábulas de Bidpai son dignas por muchas circunstancias de la atencion del filósofo, del moralista, y aun del lejislador.

Las ***Mil y una Noches*** no han ocupado el mismo lugar en la literatura oriental; desconocidas entre nosotros hasta el siglo XVIII, ningun objeto moral ó filosófico presentan; y con todo, aunque atenidas al deleite de novelar, han ido abarcando en pocos años toda la Europa con su nombradía. Su éxito, mas y mas aventajado, ningun menoscabo ha padecido con los caprichos de la moda ó la variacion de nuestras costumbres. El drama de Schiller ha podido desbancar á la rancia trajedia de Sófocles y de Corneille; una nube de indijestos recuerdos, frívolos, por no decir mas, ó recopilados y redactados bajo

el ímpetu de las pasiones, ha podido imponer silencio á la musa imparcial y entonada de la historia; la ciencia de los Bodinos y Montesquieu, el arte de los Sullys y Colbertos, libre patrimonio de todos, y en adelante sin misterios, han logrado desterrar de nuestros escritos y salones la jovialidad y el bullicio, mas no por eso han dejado de tener las ***Mil y una Noches*** numerosos editores y apasionados, acudiendo de continuo al Oriente en pos de lo que faltaba en esta larga serie de cuentos; y aunque su nombre májico ha favorecido la introduccion de infinitos jéneros ilícitos, con todo nada ha perdido de su popularidad y privanza.

Tan sumo concepto y el nombre de los sabios, que no se desdeñaron de esmerarse en esta coleccion en medio de sus tareas eruditas, han podido disculparme con la Academia, cuando me aventuré á implorar su criterio para algunas investigaciones relativas á la historia del presente libro. La acojida que este sabio cuerpo habia dado anteriormente á mis estudios históricos y críticos sobre las Fábulas de Bidpai contribuyó tambien á alentarme para presentarle este nuevo trabajo. Acaso he debido la dignacion que le he merecido al precepto que me habia impuesto de separar todo cuanto fuera tan solo entretenido ú frívolo. ¿Pero sucederá otro tanto ante la selecta junta á la que debo presentar en este dia los resultados de una discusion de mera crítica literaria? ¿No debiera yo evitar como un escollo lo que me ha proporcionado el beneplácito de la Academia? ¿Y no valiera mas un cuento inédito de las ***Mil y una Noches***, si hubiese logrado la dicha de descubrir ó inventar alguno, que las mas plausibles conjeturas sobre el oríjen de esta coleccion, el pueblo á quien se debe aquel invento y el siglo á que pertenece? Tengo empero que ceñirme al encargo de la Academia, y ya que no me queda mas que el arbitrio de no abusar de la induljencia del concurso, voy á entrar prontamente en materia.

La India era indisputablemente la patria de las Fábulas de Bidpai : corria esta verdad al arrimo de tradiciones históricas que la crítica atinada no debia desechar, y de un cúmulo de pensamientos estampados en aquella obra. Quizá este fué el primer motivo que sujirió el intento de buscar tambien por la India el oríjen de las ***Mil y una Noches***, atribuyéndoles una remota antigüedad como á aquella coleccion de apólogos. Sin embargo, de poco acá ha venido á asomar este dictámen. No se le habia ocurrido á Galland, que fué el primero en dar á conocer á la Europa las ***Mil y una Noches***, ni al individuo de aquella Academia, que para descansar de mas graves tareas realzó con dos tomos de cuentos nuevos la edicion que publicó en **1806**. El primer traductor, al dedicarla á la marquesa de O, hija del señor de Guilleragne, habia atribuido sencillamente esta coleccion á un ***autor árabe desconocido***. El señor Caussin de Perceval, no queriendo indagar su oríjen por los siglos remotos, se conceptuaba fundado para darle á lo mas tres ó cuatro siglos de antigüedad. Y aunque se puedan suscitar dudas discretas sobre el hecho en que estriba su opinion, tenemos que manifestar cuan abonada aparece, aun cuando no mediara otra razon que el estilo vulgar y necesariamente moderno en que está escrito el orijinal de esta obra. Solo hace veinte años que dos sabios, uno francés y otro austríaco, se empeñaron en haber hallado pruebas irrecusables de la remota antigüedad de las ***Mil y una Noches***, y al mismo tiempo se creyeron fundados para atribuir la primera redaccion á la India, ó á lo menos á la Persia, antes que los sucesores de Mahoma hubieran avasallado aquel imperio. Mr. Langles, cuyos afanes casi se han vinculado en la India y en los monumentos de sus artes y literatura, fué el primero que dió á luz este dictámen; y el docto Mr. de Hammer, conocido por varias obras relativas á la historia y poesía de los Arabes, Persas y Turcos, y que por su parte formó aquel mismo concepto acerca de la patria primitiva y época de esta coleccion, se ha dedicado desde entónces á esta cuestion, cuando sus tareas científicas le han proporcionado coyuntura, desenvolviendo los argumentos en que funda su aserto.

Mr. Langles habia presentado de un modo bastante superficial algunas de las razones alegadas á favor de su opinion, y respondido aun mas débilmente á las objeciones que en su concepto podian hacerse á todo su sistema. Un nuevo editor de la traduccion de las ***Mil y una Noches***, venerando sin duda la autoridad de su maestro y apasionado de su saber, quiso suplir al silencio de Mr. Langles, y afirmó que estos mismos cuentos ofrecian pruebas intrínsecas de un oríjen ajeno de los Árabes. Y por otra parte, Mr. de Hammer, que no podia ó no queria desentenderse de las objeciones que se agolpaban contra la opinion que defendia, se esmeró en irlas atenuando haciendo concesiones; pero séanos permitido decir sin rebozo que al abandonar así todas las avenidas y resguardos esteriores de la plaza que debia defender, se ha imposibilitado el lograr una capitulacion honrosa, tal cual fuera grato conceder á sus conocimientos sobresalientes y á su encumbrada nombradía.

Como tengo el mayor interés en ser compen-

dioso, y por otra parte debo ejercitarme en opiniones, y no en personas, voy á presentar en un solo resúmen las pruebas en que se fundan para privar á los Árabes del honor de ser inventores de esta especie de ciclo mitolójico ó novelesco, refiriendo su oríjen á una época anterior al islamismo.

El primer argumento, y aun me atreveré á decir, el único que verdaderamente tiene algun valor y merece refutarse formalmente, está sacado del paso de un historiador árabe, justamente célebre, que escribia, á no dudarlo, por el año 336 de la era mahometana, ó sea 947 de Jesucristo. En aquel pasaje, de que basta dar aquí lo mas sustancial, hablando Masudi, pues tal es el nombre del historiador, de las relaciones portentosas que corrian en su tiempo sobre ciertos monumentos y personajes pertenecientes á la historia de los Árabes antes de Mahoma, asegura que, al parecer de algunos, son otras tantas fábulas y narraciones novelescas, *parecidas*, dice, á las que nos han traducido de las lenguas persa, india y griega, como por ejemplo el libro titulado LOS MIL CUENTOS. *Esta es la misma obra*, añade, *comunmente llamada las* MIL NOCHES, *y que contiene la historia del rey, del visir, de la hija del visir y la nodriza de esta; los nombres de aquellas mujeres son Chirzada y Dinarzada.*

Median algunas diferencias que merecen observarse entre los varios manuscritos de la obra de que está sacado este pasaje.

En vez de decir: *esta es la misma obra comunmente llamada* LAS MIL NOCHES, en algunos ejemplares se lee: LAS MIL Y UNA NOCHES; y en vez de la *historia del visir, de su hija y de la nodriza de esta*, otros ejemplares dicen: *la historia del visir y de sus dos hijas.*

En apoyo de este paso de Masudi, hay quien observa que bajo los califas Harun Alraschid y sus dos hijos Amin y Mamun, hácia la conclusion del octavo y principio del siglo nono de nuestra era, la literatura de los Árabes se realzó con la traduccion de gran número de obras estranjeras, griegas, persas é indias.

Al tratar de las pruebas intrínsecas que arrojan de sí las *Mil y una Noches* acerca de su oríjen indio ú persa, advierten algunos que la intervencion de los jenios que suelen campear en esta coleccion de cuentos, está retratando una procedencia india. Dicen que corresponden al sistema teolójico de la India aquellos entes fantásticos inferiores á los dioses y propensos á todas las frajilidades de la especie humana, aunque sin tener un cuerpo perceptible para nuestros sentidos. En la India deben buscarse aquellos entes de naturaleza misteriosa, aquellos silfos maléficos que solo emplean su poder sobrenatural en perjuicio del hombre, y las buenas hadas cuyo auxilio nunca imploran en vano.

Además, á la India corresponden tambien ciertos usos en que estriba el enredo de estas relaciones, y que por consiguiente el traductor árabe no ha podido borrar enteramente para sustituir las prácticas de su pais á las costumbres indias.

Hasta los nombres de los principales personajes que descuellan en la aventura que sirve de cuadro á estas numerosas narraciones, si no son indios, pertenecen á la antigua Persia, siendo natural sacar en conclusion que la literatura árabe se engalanó con este producto estranjero por el intermedio de los Persas.

Finalmente aseguran que si quisieran tomarse la molestia de hacerlo, fácilmente se demostraria que, á pesar de todos los conatos del traductor árabe, han quedado aun en estos cuentos un sinnúmero de pasos que recuerdan las producciones, la topografía y zoloojía del Indostan, de la isla de Ceilan ó de las del archipiélago de la India; pero el lector ha de contentarse con este aserto jeneral, ya que han conceptuado de mas el comprobarlo con algun ejemplo.

Estos argumentos, á pesar de la confianza con que están presentados, están sin embargo demostrando las quiebras de su sistema. Hase previsto la objecion que suministraria á cada pájina la pintura de la relijion, costumbres, leyes, lujo y etiqueta de las cortes de Bagdad ó del Cairo, y en vez de ventilarla y lidiar cuerpo á cuerpo con tan temible contrario, han esperanzado evitarla atribuyendo todo esto al traductor arábigo. Sin embargo, bastaba leer algunas pájinas de las *Mil y una Noches*, para enterarse de que no era tan despreciable la objecion como los autores de este sistema aparentan creerlo. Así el docto Aleman, no queriendo deber su triunfo á una retirada precipitada, ha ido haciendo mañosas concesiones para arrebatar una arma tan temible á los adversarios de su sistema. En primer lugar, se ha avenido algun tanto en cuanto á la patria de estos cuentos, compuestos á su entender para recreo de un monarca de la Persia oriental. Luego admite que esta coleccion, al pasar de siglo en siglo por mano de muchos escritores arábigos, se ha ido aumentando con muchas producciones arábigas bajo toda clase de formas y matices. En medio de este conjunto tan inconexo de novelas, cuentos y lances de diferentes épocas y estilos,

la parte antigua de las *Mil y una Noches* ha quedado reducida á la mas mínima de la coleccion. Hanse ido embebiendo en ella obras antiguas, partos de la Persia ó de la India, pero enteramente ajenas de las *Mil y una Noches*. Y no pára en esto, pues aun es sin comparacion mayor lo que contienen en materiales mas recientes y de oríjen puramente arábigo. Las novelas en que representa el principal papel el califa Harun, contemporáneo de Carlomagno, solo pueden haberse añadido como dos siglos despues de la muerte de aquel príncipe, porque el relator habla como de una época pasada tiempo atrás. Además, se hace espresa mencion de un sultan ejipcio cuyo reinado corresponde á la segunda mitad del siglo décimo tercio de la era cristiana; de lo cual resulta, segun Mr. de Hammer, que la última recopilacion ó edicion de la obra no puede trasponerse á una época mas atrasada que el principio del siglo décimo cuarto. Y aun muchos lances entretenidos son, sin disputa, de una temporada mas cercana. « Y aunque no puede determinarse sino muy en globo, dice en conclusion este sabio, la fecha de la redaccion arábiga de las *Mil y una Noches*, con mas certeza cabe señalar el Ejipto como patria de esta edicion aumentada y correjida, porque las costumbres, usos, circunstancias locales y lenguaje; todo en una palabra lleva de estremo á estremo la estampa de aquel pais. »

Despues de tales confesiones, ¿se necesita acaso refutar un sistema cuya debilidad se ha procurado encubrir haciendo tan sumas concesiones? ¿Y no me cabe preguntar qué se han hecho esos cuentos indios ó persas que constituian sustancialmente la obra orijinal, y que para llenar mil noches necesariamente debian formar una coleccion casi igual á la que conocemos, sobre todo si, como concuerdan todos los críticos, *los siete Viajes de Sindbad el marino, y la historia del Rey, de su Hijo, de la Madrastra y de los siete Visires*, son añadiduras enteramente ajenas á las *Mil y una Noches?* Obvio es alcanzar que se haya aumentado y aun recargado semejante coleccion, en la que hay muchas materias de inferior quilate mezcladas con metales preciosos. Pero es una paradoja el suponer que se haya separado poco á poco de una coleccion conceptuada digna de traducirse del indio ó del persa en árabe, en la temporada mas esplendorosa de la literatura musulmana, todo lo que constituia el fondo de la obra para sustituirle cuentos, á veces insulsísimos, como el de la *hermosa Teweddónda* y otros de que los nuevos editores han echado mano para acabalar el número espresado en el título de la coleccion. Al menos, si la pintura de las costumbres, opiniones y usos nos trasladase tal cual vez á una época anterior al islamismo; si las escenas de la naturaleza, el reino animal ó vejetal, los incidentes jeográficos ó atmosféricos nos retrajesen de las rejiones musulmanas, como se ha sentado contra toda evidencia y sin alegar pruebas, entónces pudiéramos creer que algunos plajiarios árabes, valiéndose de alteraciones ó de torpes añadiduras, hubieran querido apropiarse los frutos del injenio persa ó indio. Pero ni siquiera han logrado este recurso. Han tenido que confesar que las costumbres, usos y circunstancias locales llevan, desde el principio hasta el fin de la obra, la estampa del Ejipto. Finalmente, ¿acaso el estilo, la pureza del lenguaje y la gala de las figuras no bastan para atribuir la composicion de esta obra á una época anterior á la decadencia de la literatura entre los Arabes? No por cierto : la obra está escrita en lenguaje vulgar, en un estilo que descubre una redaccion moderna, cuya patria es el Ejipto. Y á pesar de todo esto, ¡aun se quiere sostener que Masudi, que escribia nueve siglos atrás y treinta ó cuarenta años antes de la fundacion del Cairo, mentada á cada paso en estos cuentos, tuvo noticia de la coleccion y habló de ella ! En suma, ¿qué hemos de opinar sobre semejante aserto ?

No creyendo deberme contentar con el argumento sacado de las confesiones de los que impugno, he recopilado y espuesto ante la Academia gran número de pasos que hoy debo omitir; bástame manifestar que dan pruebas directas y repetidas de que todos los actores de estos cuentos son musulmanes; que el teatro de los acontecimientos es casi siempre en las orillas del Tígris, del Eufrates ó del Nilo; que las ciencias reales ó fantásticas de que en ellos se trata son las mismas con que se vanaglorian los Árabes; que los jenios son los de la mitolojía arábiga, modificados por las preocupaciones musulmanas, y siempre trémulos al oir el nombre de Salomon; que las relijiones conocidas del autor son únicamente el islamismo, el cristianismo, judaismo y maguismo; finalmente, que se habla de Moisés, David, Asaf, personajes absolutamente desconocidos de los sabios de la India y de la Persia, antes de la introduccion del mahometismo en aquellos paises. Si se valen de operaciones májicas, se hace uso de la *voz inefable*, tomada sin disputa de los Judíos, y de instrumentos en que hay grabados caractéres hebreos. En una palabra, he sacado en conclusion que me bastaba decir á los partidarios del sistema que impugno : Tomad las *Mil y una Noches* y todos los suplementos con que se han ido au-

mentando, y si tan solo hallais en ellas diez pasos que no puedan corresponder sino á la India ó á la Persia, tal cual eran antes del islamismo, me avengo á admitir todos los resultados que sacais del paso de Masudi.

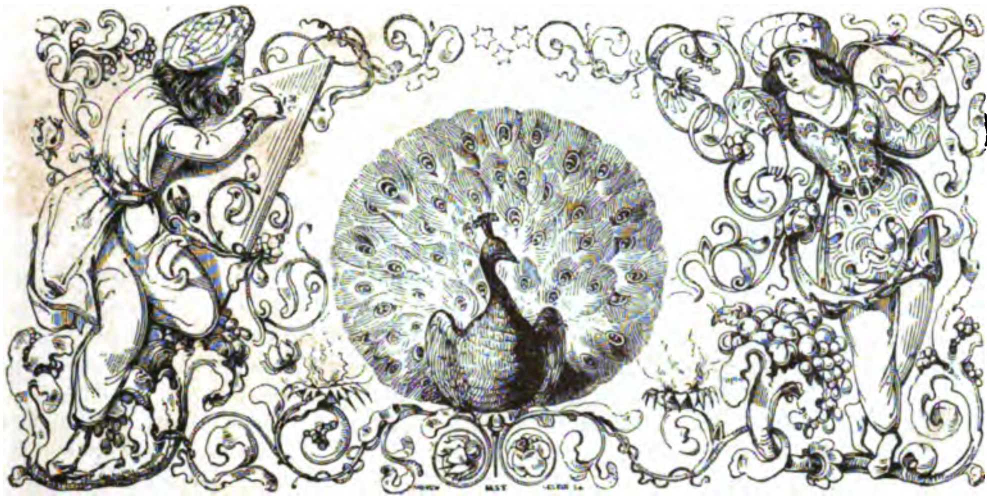
Y si quisieran apoyarse en las frecuentes menciones de la India, la China ó las rejiones de allende el Oxo que se encuentran en las *Mil y una Noches*, contestaré que eso es lo que prueba cabalmente que el autor no era indio, persa, ni menos chino. Está patente que ha introducido algunos nombres persas en el cuento que sirve de marco para todas sus narraciones, que ha puesto en escena reyes persas ó tártaros y autores de estas mismas naciones, y finalmente que solo ha colocado á veces sus personajes en la China, la India, Gaschgar y Samarcanda para sacar de su pais á sus lectores, arrebatándolos lejos de los parajes que les eran conocidos, tomándose así mas libertad en las ficciones é invenciones, sin curarse en lo mas mínimo de respetar la verosimilitud. Sirva de ejemplo la Ogra de la noche décima quinta que quiere apoderarse del jóven príncipe, perdido en el desierto, para devorarle (uno de aquellos entes maléficos que los Árabes llaman *Goul*), la cual se titula *hija de un rey de la India* para engañar al que quiere sacrificar. Seguramente que si este cuento se hubiese escrito en la India, se hubiera titulado princesa de la China, ó hija de un jeque árabe ó de un rey de Siria.

Ahora es muy natural que me pregunten qué hago del paso de Masudi. En primer lugar, advierto que todo él ha sido alterado, ya que ofrece dos variantes de algun bulto. No disputo que este historiador haya tenido noticia de una novela persa, titulada los *Mil Cuentos*, y que esta novela haya sido traducida al árabe, como las Fábulas de Bidpai, bajo el califato de Mamun. Tambien estoy propenso á admitir que los personajes de la aventura principal de la novela eran un rey, su visir, la hija del visir y la nodriza de esta, y aun si se quiere, *las dos hijas del visir*, aunque esta última leccion me parece muy sospechosa. En cuanto á estas palabras: *esta es la misma obra comunmente llamada las* MIL NOCHES, quizá son una añadidura: sin embargo tambien concedo que sean de Masudi; pero lo que tengo por muy cierto es que Masudi dijo LAS MIL NOCHES, y no LAS MIL Y UNA NOCHES. Esta noche de mas se debe seguramente á los amanuenses, que creyeron que este pasaje tenia relacion con *las Mil y una Noches* que conocian, y creo que por la misma razon habrán sustituido *las dos hijas del visir* á lo que Masudi habia dicho: *la hija del visir y la nodríza de esta.* Y, aunque de paso, notemos que cuadraria mejor con las costumbres orientales que la hija del visir tuviera junto á sí una dueña, y no su hermana, mientras promediaban el lecho imperial. Todo cuanto puede sacarse en conclusion del texto de Masudi, es que hubo allá, con el nombre de *Mil Cuentos*, un libro de oríjen persa ó indio, traducido despues al árabe, que no conocemos, y del que habrá tomado los nombres de los principales personajes el autor de *Las Mil y una Noches.*

Terminaré con la relacion de un sencillo relato, ajeno de toda discusion, sobre lo que en mi concepto cabe decirse como verosímil sobre la historia del libro que ha motivado este discurso.

Me parece que se escribió en Siria y en lenguaje vulgar, sin que su autor lo hubiese concluido, ora que la muerte lo imposibilitara, ora por cualquier otro motivo; que posteriormente los amanuenses procuraron acabarlo insertando novelas ya conocidas, pero que no pertenecian á esta coleccion, como los *Viajes de Sindbad el marino*, el *Libro de los siete Visires;* ó componiendo algunas ellos mismos con mas ó menos desempeño, y que de aquí proviene la gran variedad que se ha notado entre los diferentes manuscritos de esta coleccion; que tambien este es el motivo porque los manuscritos no concuerdan en el desenlace, de que hay dos relaciones muy discordes; que los cuentos añadidos lo fueron en diferentes épocas, y quizá en diversos paises, pero, ante todo, en Ejipto; y finalmente, que lo que puede afirmarse con mucha verosimilitud sobre la época en que se compuso este libro, es que no puede considerarse por muy antiguo, como lo prueba el lenguaje en que está escrito: pero que sin embargo, cuando lo redactaron, no se conocia el uso del tabaco y del café, pues no se hace mencion de ellos, porque el autor no se atiene en tanto grado á las verosimilitudes, que haya lugar á suponer que rehuyese de presentar á sus personajes pipas ó tazas de café por no comprometer con algunos leves anacronismos el honor de sus narraciones. Esta observacion deslindaria la composicion de esta obra á la mitad del siglo nono de la héjira, contando por consiguiente cuatrocientos años de existencia.





CUENTOS ÁRABES[1].

Refieren las crónicas de los Sasanides, antiguos reyes de Persia, que habian dilatado su imperio hasta la India, por las grandes y pequeñas islas de su dependencia y allende el Gánjes hasta la China (2), que hubo allá un rey de aquella alcurnia poderosa que era el monarca sobresaliente de su época, y tan querido de sus súbditos por su tino y sabiduría como temido de sus vecinos por la nombradía de su denuedo y el concepto de sus tropas belicosas y disciplinadas. Tenia dos hijos; el mayor, llamado Chahriar, digno heredero de su padre, atesoraba todas sus prendas; y el menor, llamado Chahzenan, no iba en zaga á su hermano.

Tras un reinado tan dilatado como esclarecido, falleció aquel rey, y Chahriar subió al trono. Chahzenan, escluido de la potestad suprema por las leyes del imperio y teniendo que vivir á fuer de particular, en vez de mostrarse mal hallado con la dicha de su hermano mayor, estremó todo su conato en complacerle, como lo consiguió fácilmente. Chahriar, que abrigaba de suyo inclinacion á este príncipe, prendado de su obsequio y llevado de su cariño, quiso partir con él sus estados y le dió el reino de la Gran Tartaria. Chahzenan pasó muy luego á tomar posesion de él, y planteó su residencia en Samarcanda, su capital.

Mediaban ya diez años de separacion entre los dos reyes, cuando Chahriar, ansiando avistarse con su hermano, determinó enviarle un embajador instándole á que pasase á su corte. Nombró para el intento á su primer visir, que partió con un séquito correspondiente á su predicamento y con toda la dilijencia posible. Al asomar sobre Samarcanda, Chahzenan, noticioso de su llegada, le salió al encuentro con los principales señores de su corte, todos galanamente ataviados, para tributar obsequio al ministro del sultan. Recibióle el rey de Tartaria con sumas demostraciones de júbilo, y al punto le preguntó noticias de su hermano el sultan, á lo que satisfizo el visir, esponiendo el objeto de su embajada. Chahzenan se enterneció y le dijo: « Sabio visir, el sultan mi hermano me honra sobre manera y no le cabia proponerme paso mas agradable. Si está anhelando verme, le pago con el mismo afan; el tiempo, que no ha resfriado su cariño, tampoco ha entibiado el mio. Mi reino se halla sosegado, y dentro de diez dias quedaré habilitado para ponerme en camino; así no es necesario que entreis en la ciudad por tan poco tiempo, y os pido que hagais alto en este sitio y mandeis levantar vuestras tiendas.

(1) El orijinal arábigo que tenemos á la vista principia de este modo, y tan solo por curiosidad lo continuamos:

En nombre de Dios misericordioso, paz y salud á nuestro Señor Mahoma, el Descollante sobre los Enviados de Dios, así como á su familia y compañeros; paz y salud incesante hasta el dia del juicio. Amen, ó Soberano de los mundos.

Por cuanto el hombre toma ejemplo de lo que ha acontecido á otros hombres; de ahí es que la vida de los que fueron viene á ser una enseñanza para los que son y serán, y de ahí la instruccion que proporciona la historia de los pueblos antiguos ¡Alabado sea Dios que se vale de los acontecimientos pasados para ilustrar á las jeneraciones venideras! A esta especie de enseñanza pertenecen los cuentos llamados *Mil y una Noches*.

Trataráse en ellos de lo que sucedió á pueblos antiguos (Pero tan solo Dios sabe lo oculto; El es sapientísimo, noble y misericordioso).

(2) Pocos conocimientos jeográficos debia de tener nuestro autor, puesto que entroniza un rey persa sobre la India y la China.

Voy á disponer que os traigan abundantes refrescos para vos y para todas las personas de vuestro séquito. » Ejecutóse esto al punto, pues apenas volvió el rey á Samarcanda, cuando el visir vió llegar una cantidad portentosa de todo jénero de abastos, acompañados de regalos y presentes de valor imponderable.

Sin embargo Chahzenan, disponiéndose á partir, puso en cobro los negocios mas urjentes, planteó un consejo para gobernar el reino en su ausencia y colocó al frente de aquel consejo un ministro de cuya sabiduría estaba enterado y le merecia cabal confianza. A los diez dias, corrientes ya sus equipajes, se despidió de la reina su esposa, salió por la tarde de Samarcanda, y acompañado de los oficiales que debian formar su comitiva, pasó á la tienda rejia que habia mandado levantar junto á las del visir. Conversó con el embajador hasta las doce de la noche, y queriendo entónces abrazar otra vez á la reina á quien amaba desaladamente, volvió solo á su palacio. Encaminóse al aposento de aquella princesa, la cual no esperando volverle á ver, habia admitido en su lecho á un oficial subalterno de palacio. Rato habia que estaban acostados y dormian profundísimamente.

Entró el rey calladamente, deleitándose en sorprender con su regreso á una esposa de quien se conceptuaba entrañablemente correspondido; pero ¡ cuál fué su pasmo al distinguir, á la claridad de las lámparas que están ardiendo toda la noche en los aposentos de los príncipes, un hombre en brazos de la reina! Queda yerto por un rato, no pudiendo dar crédito á lo mismo que está viendo, y al fin no cabiéndole duda del hecho : « ¡ Cómo ! » recapacita en su interior, « ¡ apenas estoy fuera de mi palacio y de Samarcanda, cuando ya se atreven á ultrajarme! ¡ Ah ! pérfida ; tu crímen no quedará impune. Como rey, debo castigar los delitos cometidos en mis estados; como esposo ofendido, es forzoso que te sacrifique á mis justas iras. » Aquel príncipe desventurado, á impulsos de su arrebato, desenvainó el alfanje, se acercó al lecho, y de una cuchillada envió á entrambos delincuentes al sueño de la muerte. Luego cojiéndolos uno tras otro, los arroja por la ventana al foso que rodea el alcázar.

Desagraviado ya, sale de la ciudad como habia entrado, se retira á su tienda, y sin decir nada á nadie de lo que acababa de hacer, manda levantar las tiendas y ponerse en camino. En breve estuvo todo pronto, y antes de amanecer se emprende la marcha al toque de timbales y otros instrumentos que van infundiendo regocijo á todos, menos al rey, quien allá embargado en la infidelidad de su esposa, batalla en su interior con el sumo desconsuelo que le acompaña por todo el viaje.

A los asomos de la capital de la India, el sultan Chahriar le sale al encuentro con toda su corte. ¡ Qué júbilo el de entrambos príncipes al avistarse ! Apéanse al par, se abrazan, y despues de haberse dado mil testimonios de cariño, montan á caballo y hacen su entrada en la ciudad, vitoreados por todo el crecido vecindario. El sultan acompaña al rey su hermano al palacio que le tiene preparado y que comunica con el suyo por medio de un jardin, de suyo tanto mas hermoso en cuanto sirve para las fiestas y regocijos de la corte, y se han añadido á su magnificencia nuevos muebles.

Chahriar deja al rey de Tartaria para darle tiempo de entrar en el baño y mudarse de traje ; mas en sabiendo que ha salido de él, vuelve á su estancia. Siéntanse en un sofá, y como los palaciegos se mantienen distantes por el debido respeto, entrambos príncipes se ponen á conversar sobre cuanto tienen que decirse, tras una dilatada ausencia, dos hermanos aun mas unidos por el cariño que por la sangre. Llegada la hora, cenan juntos y continúan luego su conversacion, que duró hasta que Chahriar, advirtiendo que era ya muy deshora, se retira dejando descansar á su hermano.

El desventurado Chahzenan se acuesta ; pero si la presencia del sultan su hermano habia conseguido suspender por algunas horas sus pesares, entónces se despiertan con violencia, y en vez de disfrutar el sosiego de que tanto necesita, no hace mas que traer á la memoria cruelísimas reflexiones ; retratándose tan al vivo en su imajinacion todas las circunstancias de la infidelidad de la reina, que está fuera de sí. Al fin no pudiendo dormir, se levanta, y embargado en tan amargos pensamientos, se manifiesta en su rostro una tristeza que no se oculta al discernimiento del sultan : « ¿ Qué tendrá el rey de Tartaria ? » estaba diciendo consigo ; « ¿ qué es lo que puede causar el pesar en que le veo sumido? ¿ Será acaso que tenga motivo para quejarse del recibimiento que le hago ? ¿ No le he recibido como á un hermano á quien amo ? pues nada tengo que echarme en cara. Quizá siente estar ausente de sus estados ó de la reina su esposa. ¡ Ah ! si es esto lo que le desconsuela, forzoso se hace que le haga pronto los presentes que le tengo destinados para que pueda regresar á Samarcanda cuando lo juzgue conveniente. » En efecto, al dia siguiente le envió una parte de aquellos regalos, compuestos de todo cuanto producen las Indias mas es-

quisito, precioso y peregrino. Sin embargo se esmera en divertirle de continuo con nuevos recreos; pero los festejos mas halagüeños, lejos de alegrarle, solo sirven para agravar su pesadumbre.

Un dia habiendo dispuesto Chahriar una cacería á dos jornadas de su capital en un paraje en que habia particularmente muchos ciervos, Chahzenan le pidió que le dispensase de acompañarle, diciéndole que no se lo permitia el estado de su salud. El sultan no quiso violentarle, y dejándole en libertad, marchó con su corte á aquella diversion. Despues de su partida, el rey de la Gran Tartaria, viéndose solo, se encerró en su aposento y se sentó junto á una ventana que caia sobre el jardin. Aquel sitio ameno y el gorjeo de gran número de pájaros le hubieran causado deleite, á haberlo podido disdisfrutar; pero siempre atormentado con el recuerdo funesto de la accion infame de la reina, clavaba los ojos menos en el jardin que en el cielo para quejarse de su desdichada suerte.

No obstante, por muy embargado que estuviera con sus pesares, no dejó de advertir un objeto que llamó toda su atencion. Abrióse de repente una puerta reservada del palacio del sultan, y salieron veinte mujeres, en medio de las cuales se adelantaba la sultana con arreos que desde luego la hacian sobresalir. Esta princesa, conceptuando que el rey de la Gran Tartaria habia ido tambien á cazar, se acercó á las celosías del aposento de este príncipe, el cual, queriendo observarla por curiosidad, se colocó de modo que podia verlo todo sin ser visto. Advirtió que las personas que acompañaban á la sultana se descubrian el rostro que habian tenido hasta entónces tapado, deponiendo todo miramiento, y que se quitaban unos largos vestidos que llevaban encima de otros mas cortos; pero su estrañeza fué estremada cuando vió que en aquella comitiva, que le habia parecido compuesta de mujeres, habia diez negros que cargaron cada uno con su querida. Por su parte, la sultana no estuvo mucho tiempo sin amante; dió algunas palmadas llamando: ¡Masud, Masud! y al punto otro negro se descolgó de un árbol y corrió á ella desaladamente.

El empacho no permite referir cuanto pasó entre aquellas mujeres y dichos negros, y además es escusado circunstanciarlo (1), bastando decir que Chahzenan vió lo suficiente para juzgar que no era su hermano menos digno de lástima que él. Los juegos de aquella alegre cuadrilla duraron hasta las doce de la noche, hora en que, despues de haberse bañado todos juntos en un estanque del jardin, volvieron á vestir sus trajes y se restituyeron por la puerta secreta al palacio del sultan, y Masud, que habia venido de afuera por encima de la tapia del jardin, se volvió por el mismo sitio.

Como el rey de la Gran Tartaria lo habia presenciado todo, se le agolparon un sinnúmero de reflexiones: «¡Con cuán poca razon creia yo,» recapacitaba, «que era única mi desventura! No cabe duda en que este es el destino inevitable de todos los maridos, ya que mi hermano el sultan, soberano de tantos estados, y el mayor príncipe del orbe, no ha podido evitarlo. Ea, pues, ¡á qué dejarme consumir de pesar! Esto es hecho: el recuerdo de una desdicha tan comun no alterará en adelante el reposo de mi vida.» Con efecto, desde aquel momento cesó de apesadumbrarse, y como no habia querido cenar hasta despues de haber presenciado todo el drama que se acababa de representar bajo sus ventanas, mandó entónces que le sirviesen, comió con mejor apetito de lo que acostumbraba desde su salida de Samarcanda, y aun oyó con gusto un concierto agradable de voces é instrumentos con que acompañaron la cena.

Los dias siguientes estuvo de muy buen humor, y cuando supo que el sultan estaba de vuelta, le salió al encuentro y le cumplimentó con tono festivo. Al pronto Chahriar no advirtió aquella mudanza, pues solo pensó en reconvenirle amistosamente de que habia rehusado acompañarle, y sin darle tiempo para responder á sus quejas, le habló de los muchísimos ciervos y alimañas que habia cojido, y por último, de lo infinito que se habia divertido. Chahzenan tomó la palabra luego, despues de haberle escuchado con atencion, y como ya no tenia aquel pesar que embargaba todas sus potencias, prorumpió en mil espresiones halagüeñas y chistosas.

El sultan, que habia esperado encontrarle con el desconsuelo en que le habia dejado, se alegró de verle tan gozoso. «Hermano mio,» le dijo, «doy gracias al cielo por el trueque feliz que ha obrado en ti durante mi ausencia; pero te ruego que me concedas lo que voy á pedirte. — «¿Qué puedo rehusarte?» respondió el rey de Tartaria. «Todo lo puedes con Chahzenan, habla; ansiando estoy de saber lo que de mí deseas. — Desde que estás en mi corte,» prosiguió Chahriar, «te he visto ahí embargado en aciaga melancolía, habiéndome esmerado infructuosamente en desvanecerla con toda clase

(1) El público no tomará á mal que el traductor encubra un tanto esta escena y otras semejantes; pues las costumbres europeas no consienten la llaneza y el desembozo de las orientales.

de distracciones. Me figuré que tu pesar provenia de que estabas ausente de tus estados, y aun creí que á ello contribuia mucho el amor, y que acaso lo causaba la reina de Samarcanda, que debe ser de consumada hermosura. No sé si me he podido engañar; pero te confieso que esa ha sido la razon que he tenido para no importunarte sobre el asunto, por temor de incomodarte. Sin embargo, te hallo á mi vuelta del mejor temple imaginable y libre de la atroz melancolía que empañaba toda complacencia, y esto sin que yo haya contribuido al intento; por tanto, hazme la fineza de franquearte, mostrándome el motivo de aquella tristeza y del gozo presente.

A estas razones, el rey de la Gran Tartaria quedó un momento pensativo como en busca de contestacion, y al fin prorumpió en estos términos: «Eres mi sultan y señor, pero te ruego que me dispenses de darte la satisfaccion que me pides. — No, hermano mio,» replica el sultan, «has de concedérmela; y pues la apetezco, no me la niegues.» Chahzenan no pudo resistir á las instancias de Chahriar y le dijo: «Pues bien, hermano mio, voy á darte gusto, ya que asi lo mandas.» Entónces le refirió la infidelidad de la reina de Samarcanda, y cuando hubo acabado su narracion: «Hé aquí,» añadió, «la causa de mi tristeza: juzga si tenia motivo para estar padeciendo. — ¡Oh hermano mio!» esclamó el sultan con un acento que manifestaba la parte que tomaba en el enojo del rey de Tartaria, «¡qué horrorosa historia es la que acabas de contarme! ¡Con qué impaciencia la he oido hasta el fin! Te alabo de haber castigado á esos traidores que te han hecho una ofensa tan estremada. No se te puede echar en cara esa accion; es justa, y confieso que por mi parte hubiera tenido menos moderacion que tú; no me hubiera contentado con quitar la vida á una sola mujer, creo que hubiera sacrificado mas de mil á mi saña. No estraño ahora tu pesar; era muy aguda la causa para que no lo sintieses. ¡Oh cielos, qué aventura! No creo que haya sucedido á nadie quebranto igual; pero al fin loado sea Dios que te ha dado consuelo; y como no dudo que será fundado, te pido que me lo participes, haciendo de mí entera confianza.»

Chahzenan se escusó mas en este punto que en el anterior, por lo que interesaba á su hermano; pero fuéle forzoso ceder á sus encarecidas instancias: «Voy á obedecerte,» le dijo, ya que absolutamente así lo quieres. Temo que mi obediencia te causará mayor pesar del que he tenido, pero á ti solo debes echarte la culpa, ya que me precisas á descubrirte lo que yo quisiera sepultar en eterno olvido. — Lo que acabas de decir,» interrumpió Chahriar, «no hace mas que avivar mi curiosidad; apresúrate á descubrirme ese arcano, de cualquiera especie que sea.» Entónces el rey de Tartaria, no pudiendo escusarse por mas tiempo, refirió cuanto habia estado presenciando, el disfraz de los negros y los escesos de la sultana y de sus mujeres, sin olvidar á Masud: «Despues de enterarme de tamañas infamias,» prosiguió, «me imajiné que todas las mujeres eran naturalmente propensas á ellas y que no podian resistir á su inclinacion. Embargado en este concepto, me pareció que era gran flaqueza en un hombre cifrar su sosiego en la fidelidad de una mujer. Tras esta reflexion hice otras muchas, y al fin juzgué que el mejor partido que podia tomar era consolarme. Algunos esfuerzos me ha costado, pero lo he conseguido, y si quieres creerme, sigue mi ejemplo.»

Por muy acertado que fuera este consejo, no pudo escucharlo el sultan y se enfureció diciendo: «¿Cómo? ¿es capaz la sultana de las Indias de prostituirse de un modo tan villano? ¡Ay hermano mio!» añadió, «no puedo creer lo que me dices, si con mis propios ojos no lo veo. Preciso es que los tuyos te hayan engañado; el asunto merece el trabajo de que yo mismo me cerciore de sus circunstancias. — Hermano mio,» respondió Chahzenan, «no te será muy difícil averiguarlo; dispon una nueva cacería, y cuando estemos fuera de la ciudad con tu corte y la mia, mandarémos hacer alto y volverémos los dos solos á mi aposento. Estoy seguro que al dia siguiente verás lo que yo ví.» El sultan aprobó el ardid, y dió órden para una nueva cacería, de modo que aquel mismo dia las tiendas se hallaron levantadas en el lugar prescrito.

Al dia siguiente ambos príncipes salen con toda su comitiva, y habiendo llegado al campamento, permanecen en él hasta la noche. Entónces Chahriar llama á su gran visir, y sin descubrirle su intento, le manda que haga sus veces durante su ausencia, sin permitir que nadie salga del campamento por motivo alguno. Luego que da esta órden, el rey de la Gran Tartaria y él montan á caballo, y atravesando el campamento disfrazados, vuelven á la ciudad y al palacio que habitaba Chahzenan. Acuéstanse, y al dia siguiente se colocan en la ventana desde la que el rey de Tartaria habia estado viendo la escena de los negros. Disfrutan por un rato el fresco de la madrugada, porque aun no ha salido el sol, y al paso que están conversando, clavan la vista en la puerta secreta. Abrese

esta al fin, y para decirlo en pocas palabras, la sultana entra con sus mujeres y los diez negros disfrazados, llama á Masud, y el sultan ve mas de lo que se requiere para convencerse. « ¡O cielos! » esclamó, « ¡qué vileza! !qué infamia! ¿Es posible que la esposa de un soberano como yo sea capaz de semejante bajeza? En vista de esto, ¿qué príncipe se atreverá á alabarse de ser perfectamente feliz? !Ay, hermano mio! » prosiguió abrazando al rey de Tartaria, « huyamos ambos del mundo; no hay en él buena fe; pues si halaga por una parte, por otra hace traicion. Abandonemos nuestros estados y el esplendor que nos rodea. Vamos á ocultar nuestra desventura en paises estraños, y allí vivirémos desconocidos. Aunque Chahzenan no aprueba aquella determinacion, no se atreve tampoco á contrarestarla, viendo el acaloramiento de Chahriar. « Hermano mio, » le dice, « ya sabes que no tengo otra voluntad que la tuya, y que estoy pronto á seguirte á donde quieras; pero prométeme que volverémos, dado caso que hallemos alguno mas desventurado que nosotros. — Te lo prometo, » responde el sultan, « aunque dificulto que esto quepa. — No soy yo de ese parecer, » replica el rey de Tartaria; « puede ser que no viajemos mucho tiempo. » Dichas estas palabras, salen reservadamente del palacio, y toman otro camino que el que habian traido. Andan tanto como pueden el primer dia, y pasan la noche debajo de unos árboles, y al amanecer prosiguen su marcha hasta que llegan á una hermosa pradera á orillas del mar, y en la que habia plantados á trechos unos árboles muy frondosos. Siéntanse á la sombra de uno de ellos para descansar y tomar el fresco, y la conversacion recae sobre la infidelidad de las princesas sus esposas.

Tiempo habia que conversaban, cuando oyen cerca un estruendo pavoroso que viene de la parte del mar, y unos alaridos tremendos que los sobrecojen : entónces se abre el mar, y se levanta de su interior una gruesa columna negra que al parecer llega á las nubes. Aquel objeto aumenta su sobresalto, y alzándose prontamente, trepan á la copa del árbol que les parece mas frondoso. Apenas están en lo alto, cuando mirando hácia el paraje de donde viene el ruido, observan que la columna negra se adelante hácia la playa surcando las aguas. Al pronto no pueden distinguir lo que puede ser, pero luego lo averiguan.

Era uno de aquellos jenios de la especie de nuestro Señor Salomon (1) (¡la paz sea con él!), de negro y espantoso rostro, de una estatura colosal, y llevaba sobre la cabeza una gran caja de vidrio, cerrada con cuatro candados de fino acero. Adelántase por la pradera con aquella carga, depositándola al pié del árbol en que están los dos príncipes, los cuales se creen perdidos, conociendo el gran peligro en que se hallan.

Sin embargo el jenio se sienta junto á la caja, y habiéndola abierto con cuatro llaves prendidas de su cintura, sale al punto una dama ricamente vestida, de majestuosa estatura y de cabal belleza. El monstruo la hace sentar á su lado, y mirándola enamoradamente le dice : « Dama, la mas perfecta de todas las damas encarecidas por su hermosura, mujer encantadora á quien robé el dia de su boda y que siempre he amado entrañablemente, permíteme que duerma un rato á tu lado; el sueño que me acosa me ha hecho venir á este sitio para tomar algun reposo. » Dicho esto, deja caer su cabeza descomunal sobre el regazo de la dama, y habiendo alargado las piernas cuyos piés llegaban al mar, no tarda en quedarse dormido, roncando luego de modo que retumba el eco por toda la playa.

Entónces la dama alza la cabeza por casualidad, y descubriendo á los príncipes en la copa del árbol, les hace seña con la mano para que bajen calladamente. Sumo es su sobresalto al verse descubiertos, y suplican con otras señas á la dama que los dispense de obedecerla; pero ella, poniendo la cabeza del jenio en el suelo, se levanta y les dice muy quedito, aunque con afan : « Bajad, hay precision absoluta de que bajeis.» En vano quieren darle á entender otra vez con ademanes que están temiendo al jenio, pues les replica con el mismo acento ; « Bajad pronto; si no os dais priesa en obedecerme, voy á despertarle, y yo misma le pediré vuestra muerte. »

Estas palabras atemorizan á los príncipes en tantísimo grado, que se descuelgan con todo el tiento posible para no despertar al jenio. En estando abajo, la dama les coje la mano, y habiéndose alejado con ellos debajo de los árboles, les hace desahogadamente una viva proposicion, que desechan al pronto, pero que luego han de aceptar en vista de nuevas amenazas. Despues que hubo logrado de ellos lo que apetecia, advirtiendo que tenian cada uno un anillo en el dedo, se los pide, y al punto que los tiene en su poder, va en busca de una caja en que tiene sus joyas, y saca de ella una sarta de anillos de todas hechuras, y mostrándosela les dice : «¿Sabeis lo que significan estas joyas? — No,» le

(1) Salomon es reputado por los Musulmanes como caudillo de los jenios.

responden, «pero en vuestra mano está el decírnoslo. — Son,» replica, «los anillos de todos los hombres que han participado de mis favores; tengo noventa y ocho que guardo para acordarme de ellos. Con igual motivo os he pedido los vuestros para tener el centenar completo; he aquí,» prosigue, «que he tenido hasta el dia cien amantes, á pesar de la vijilancia y cautela de ese horroroso jenio que no me deja un punto sola. Por mas que me encierra en esa caja de vidrio y me tiene oculta en el fondo del mar, logro burlar sus desvelos, de lo que podeis inferir que no hay amante ni marido capaz de imposibilitar la ejecucion de un intento ideado por una mujer. Mejor harian los hombres en no violentar á las mujeres; ese seria el medio de ajuiciarlas.» Habiéndoles hablado así, la dama mete sus anillos en el mismo hilo en que estaban ensartados los demás. Luego se sienta como antes, levanta la cabeza del jenio, que no se despierta, y colocándola sobre su regazo, hace seña á los príncipes para que se retiren.

Siguen el camino por donde vinieron, y cuando han perdido de vista al jenio y á la dama, Chahriar dice á Chahzenan: «¿Qué te parece, hermano, de la aventura que acaba de sucedernos? ¿No hemos de confesar que nada es comparable á la travesura de las mujeres? — Sí, hermano mio,» responde el rey de la Gran Tartaria, «y tambien debes convenir en que el jenio es mas digno de compasion y mas desventurado que nosotros. Por lo tanto, ya que hemos hallado lo que buscábamos, volvamos á nuestros estados, y que esto no nos retraiga de otros enlaces. Por lo que á mí toca, ya sé por que medio conseguiré que se me guarde inviolablemente la fe debida. No quiero esplicarme ahora sobre este punto; pero algun dia lo sabrás, y estoy seguro que imitarás mi ejemplo.» El sultan fué del parecer de su hermano, y prosiguiendo su camino, llegaron al campamento al anochecer, tres dias despues de su partida.

Divulgóse la noticia de la vuelta del sultan, y los cortesanos acudieron muy de madrugada á su tienda, en donde los recibió con aspecto mas afable de lo acostumbrado, y fué haciendo regalos á todos. Luego, habiéndoles declarado que no queria ir mas lejos, mandóles montar á caballo y regresó al punto á su palacio.

A su llegada, pasó al aposento de la sultana, y habiéndola mandado atar en su presencia, la entregó á su gran visir con órden de que se la desnucase, lo cual ejecutó este ministro sin enterarse del crímen que habia cometido. No paró en esto el enojado príncipe, pues degolló él mismo á todas las mujeres de la sultana. Despues de este riguroso castigo, persuadido de que no habia mujer alguna recatada, y queriendo precaver las infidelidades de las que tomara en lo sucesivo, determinó tener una cada noche y mandarla ahogar al dia siguiente. Habiéndose impuesto esta ley cruel, juró observarla inmediatamente despues de la partida del rey de Tartaria, que se despidió á poco tiempo de él y emprendió su camino, cargado de magníficos presentes.

Entónces Chahriar dió órden á su gran visir para que le trajese la hija de uno de sus generales, y este obedeció al punto. Durmió con ella el sultan, y al devolvérsela al dia siguiente para darle muerte, le mandó que le buscase otra para aquella noche. Por repugnante que le fuera al visir la ejecucion de semejantes órdenes, como debia al sultan, su señor, ciega obediencia, tenia que conformarse con ellas. Llevóle la hija de un oficial subalterno, que tuvo igual suerte; luego la de un comerciante de la capital; en una palabra, cada dia sucedia á un nuevo casamiento una nueva muerte.

La noticia de esta inhumanidad sin ejemplo causó general consternacion en la ciudad. Oíanse tan solo alaridos y lamentos: ora era un padre que se desesperaba de la pérdida de su hija; ora tiernas madres, temiendo por las suyas igual destino, hacian resonar los aires con sus jemidos, de modo que en vez de las alabanzas y bendiciones que el sultan hasta entónces mereciera, todos sus súbditos se desahogaban en imprecaciones contra él.

El gran visir, que, como ya dijimos, era á pesar suyo el ministro de tan horrorosa injusticia, tenia dos hijas, llamadas, la mayor Cheherazada, y la menor Dinarzada. Esta última no carecia de mérito, pero la otra abrigaba un espíritu superior á su sexo, mucho talento y estraordinaria penetracion; además estaba dotada de prodigiosa memoria y se acordaba de cuanto habia leido. El estudio de la filosofía, medicina, historia y artes era su recreo, y componia mejores versos que los mas célebres poetas de su tiempo. Por otra parte su hermosura era peregrina, y su tersa virtud venia á coronar tan esclarecidas prendas. Amaba el visir entrañablemente á una hija tan digna de su cariño, y un dia que conversaba con ella, Cheherazada, le dijo: «Padre mio, tengo que pediros un favor, y os ruego humildemente que me lo concedais. — Corriente, hija mia,» respondió el visir, «con tal que sea justo y ajuiciado. — En cuanto á justo,» dijo la hija, «no puede serlo mas, y así lo juzgaréis cuando sepais el motivo que me obliga á pedíroslo. Es mi ánimo poner coto á la

barbarie con que trata el sultan á las familias de esta ciudad, y desvanecer los justos temores que tantas madres tienen de perder sus hijas de un modo tan funesto. —Tu intento es muy laudable, hija mia,» dijo el visir; «pero el quebranto que tratas de remediar me parece sin arbitrio. ¿Cómo intentas lograr tu objeto?—Padre mio,» respondió Cheherazada, «ya que el sultan celebra cada dia un nuevo enlace con intervencion vuestra, os suplico, por el tierno afecto que me profesais, que me proporcioneis el honor de su lecho.» El visir se estremeció al oir aquella propuesta. «¡O cielos!» interrumpió; «¿estás en ti, hija mia? ¿qué es lo que me pides? ¿No sabes que el sultan ha jurado por su alma no dormir sino una noche con la misma mujer, y mandarla matar al dia siguiente? ¿cómo quieres que yo le proponga casarse contigo? Piensa en lo que te espone tu afan indiscreto.—Sí, padre mio,» respondió la virtuosa hija, «conozco el peligro á que me espongo, y no puede arredrarme. Si fenezco, gloriosa será mi muerte; y si logro mi intento, haré un servicio importante á mi patria.—No,» dijo el visir, «por muchas objeciones que hagas para recabar que te ponga en tan espantoso peligro, no creas que lo consienta. Cuando el sultan me mandara clavarte un puñal en el pecho, ¡ay de mí! fuerza fuera obedecerle: y ¡qué tremendo encargo seria para un padre! ¡Ah! si no temes la muerte, teme al menos causarme el mortal dolor de ver mi mano teñida en tu sangre. —Otra vez os lo suplico, padre mio,» dijo Cheherezada, «concededme el favor que os pido.—Tu obstinacion me mueve á enojo,» replicó el visir. «¿Porqué quieres correr á tu pérdida? Mal puede salir de tan arriesgado empeño el que no preve su término. Temo no te suceda lo que al asno que estaba bien y no supo conservarlo. —¿Qué desgracia le sucedió al asno?» replicó Cheherazada. —«Voy á decírtelo,» respondió el visir; «atiéndeme:

FABULA

EL ASNO, EL BUEY Y EL LABRADOR.

«Un rico mercader tenia varias quintas en las que criaba gran cantidad de toda especie de ganado. Retiróse á una de sus posesiones con su mujer y sus hijos para beneficiarla por sí mismo. Tenia el don de entender el idioma de los irracionales; pero no podia interpretarlo á nadie sin esponerse á perder la vida; lo cual le imposibilitaba el comunicar los secretos que por medio de este don adquiria.

«El mismo pesebre servia para un buey y un asno, y cierto dia que estaba sentado junto á ellos y que se entretenia en ver jugar á sus hijos, oyó que el buey decia al asno: «Compañero, cuán dichoso eres, si considero el reposo que disfrutas y el poco trabajo que te imponen. Un hombre te almohaza y te lava con mucho esmero, te da cebada bien cribada y agua fresca y limpia. Toda tu molestia se reduce á llevar al mercader nuestro amo cuando tiene que hacer algun pequeño viaje, y sin esto pasarias toda tu vida en la ociosidad. De muy diferente modo me tratan á mí, y mi suerte es tan desgraciada como la tuya es agradable; apenas dan las doce de la noche, cuando me atan á un arado que he de arrastrar todo el dia surcando la tierra, lo cual me postra en tanto grado, que á veces me faltan las fuerzas. Además el labrador que está siempre detrás de mí me maltrata continuamente, y tengo el cuello desollado de tirar del arado. Finalmente cuando vuelvo de noche despues de haber trabajado todo el dia, me dan por comida unas malas habas secas revueltas con tierra ó con otras cosas peores. Para rematar mi desdicha, cuando he comido mi menguado pienso, he de pasar la noche tendido sobre el estiércol. Ya ves que tengo motivo de envidiar tu suerte.»

«No interrumpió el asno al buey y le dejó decir cuanto quiso; pero luego que hubo acabado de hablar: «No desmientes,» le dijo, «el nombre de tonto que te han dado; eres muy necio, y te dejas llevar á donde quieren y no eres capaz de tomar una buena determinacion. Sin embargo, ¿qué ventajas no sacas de todos los malos tratamientos que estás padeciendo? Te matas por el reposo, placer y utildad de los que no te lo agradecen: si tuvieras tanto valor como fuerza, no te tratarian de ese modo. ¿Porqué no te resistes cuando vienen á atarte al pesebre y no das algunas cornadas? ¿porqué no manifiestas tu furor tundiendo el suelo con las patas? Finalmente ¿porqué no causas terror con espantosos mujidos? La naturaleza te ha dado medios para hacerte respetar, y no te vales de ellos. Si te traen malas habas y ruin paja, no la comas; olfatéala solamente y déjala. Sigue los consejos que te doy y pronto verás una mudanza á que me estarás agradecido.»

El buey escuchó atentamente los consejos del asno y le manifestó cuanto se los agradecia: «Querido compañero,» le dijo, «no dejaré de hacer cuanto me acabas de decir, y ya verás que bien lo cumpliré.» Callaron tras esta conversacion, de la que no desperdició una palabra el mercader.

Al dia siguiente por la mañana el labrador

entró en el pesebre, ató el buey al arado, y lo llevó al trabajo segun costumbre. El buey, que tenia presente el consejo del asno, estuvo muy rebelde durante todo el dia, y á la noche, cuando el labrador volvió á casa y quiso atarle como siempre, el malicioso animal, en vez de presentar él mismo las astas, empezó á cejar mujiendo y aun bajó el testuz en ademan de malherir al labrador. En una palabra, hizo todo cuanto el asno le habia enseñado. Al otro dia, el labrador vino á sacarle para llevarle á su faena, pero hallando el pesebre todavía lleno con las habas y paja que habia puesto la noche anterior, y el buey echado, tendidas las patas y respirando de un modo estraño, lo creyó enfermo, y compadeciéndose de él, creyó que seria inútil llevarle al trabajo y se lo participó al punto al mercader.

«Este vió claramente que se habian seguido los malos consejos del asno, y para castigarlo como merecia: «Vete,» le dijo al labrador, «toma el asno en lugar del buey y no dejes de hacerle trabajar mucho.» Obedeció el labrador, y el asno tuvo que tirar el arado durante todo el dia, lo cual le cansó tanto mas cuanto estaba poco acostumbrado á tanta faena. Además recibió tantos palos que apenas podia tenerse en pié al volver al establo.

«Sin embargo el buey estaba contentísimo; habia comido todo lo que le habian puesto en el pesebre y habia descansado todo el dia; se alegraba interiormente de haber seguido los consejos del asno, dándole mil bendiciones por el bien que le habia proporcionado, y no dejó de congratularle otra vez cuando le vió llegar. El asno nada respondió al buey, tanto era su enojo de que le hubiesen maltratado. «Mi imprudencia,» se decia á sí mismo, «es la causa de esta desgracia; yo vivia dichoso y todo me sonreia; tenia mas de lo que podia apetecer: culpa mia es, si me hallo en este lamentable estado, y estoy perdido, si no encuentro algun ardid para salir de tan mal paso.» Al decir esto le faltaron las fuerzas y se dejó caer medio muerto al pié del pesebre.»

Al llegar á este punto el gran visir, dirijiéndose á Cheherazada, le dijo: «Hija mia, haces como este asno, y te espones á perderte por tu bachillería. Créeme, estáte quieta, y no trates de anticipar tu muerte. —Padre mio,» respondió Cheherazada, «el ejemplo que acabais de citar no basta á retraerme del intento, y no cesaré de importunaros hasta que haya conseguido que me presenteis al sultan para ser su esposa.» Viendo el visir que insistia siempre en su deseo, le replicó: Pues bien, ya que no quieres desistir de tu empeño, me veré precisado á tratarte como trató el mercader de que acabo de hablar, de allí á algun tiempo, á su mujer: escúchame:

«El mercader, que supo que el asno se hallaba tan mal parado, tuvo curiosidad de saber lo que entre él y el buey ocurriria, y despues de cenar, se sentó cerca de ellos á la claridad de la luna en compañía de su mujer. Al llegar oyó que el asno le decia al buey: «Compadre, dime qué piensas hacer cuando el labrador te traiga mañana el pienso. —Lo que haré,» respondió el buey, «seguiré haciendo lo que tú me has enseñado. Primeramente me apartaré y luego presentaré las astas como ayer, haré el enfermo y aparentaré estar en el último trance. —No hagas tal,» interrumpió el asno, «estarias perdido, pues al llegar á casa, he oido que el mercader nuestro amo decia una especie que me hizo temblar por causa tuya. —¿Y qué oiste?» dijo el buey, «por favor no me lo ocultes, querido compañero. —Nuestro amo,» respondió el asno, «dijo al labrador estas palabras: «Ya que el buey no come y apenas puede tenerse, lo matarémos mañana. Harémos por amor de Dios limosna con su carne á los pobres, y por lo que toca á su cuero, que puede hacernos al caso, se lo darás al curtidor; así acuérdate de avisar al carnicero.» Esto es lo que tengo que decirte,» añadió el asno; «el interés que tomo por tu conservacion y la amistad que te profeso me obligan á avisarte y á darte otro consejo: cuando te traigan las habas y la paja, levántate y échate encima con afan; el amo juzgará que estás curado, y no dudo que revocará tu sentencia; pero si obras de otro modo estás perdido.»

«Estas palabras surtieron el efecto que el asno se prometia, pues el buey atribulado mujió de susto. El mercader, que los estaba escuchando con mucha atencion, soltó entónces una gran carcajada, lo cual estrañó sobremanera su mujer; «Decidme, le preguntó, «¿porqué reis tanto? —Mujer,» le respondió el mercader, «conténtate con verme reir. —No,» replicó ella, «quiero saber lo que os causa tanta risa. —No puedo darte ese gusto,» respondió el marido; «bástate saber que me rio de lo que el asno acaba de decir al buey; lo demás es un secreto que no puedo descubrirte. —¿Y quién os lo estorba? —Sabe que si te lo dijera, me costaria la vida. —¡Os burlais de mí!» esclamó la mujer; «lo que decis no puede ser cierto. Si no me decis pronto porqué habeis reido, y os negais á comunicarme lo que dijeron el asno y el buey, juro por el gran Dios que está en el cielo que no vivirémos mas juntos.»

«Al acabar estas palabras volvió á la casa y se sentó en un rincon, en donde pasó toda la

noche llorando en estremo. El marido durmió solo; y al dia siguiente, viendo que continuaba en sus quejas: « Muy poco juicio muestras,» le dijo, «en aflijirte de ese modo, el asunto no merece tanto lloro, y así como á ti te importa poco saberlo, á mí me importa mucho tenerlo secreto. Ea, no pienses mas en ello.— De tal modo pienso en ello,» respondió la mujer, que no dejaré de llorar hasta que hayas satisfecho mi curiosidad.— Te repito formalmente,» dijo el mercader, «que me cosatrá la vida el ceder á tus indiscretos ruegos.— Suceda lo que Dios quiera,» le replicó la mujer. «no desistiré de mi intento.— Está visto que no hay medio de hacerte entrar en razon; y como preveo que te matarás con tu porfía, voy á llamar á tus hijos para que tengan el consuelo de verte antes de morir.» En esto llamó á sus hijos, y mandó tambien por los parientes de la mujer. Cuando estuvieron reunidos y les hubo esplicado de que se trataba, estremaron su persuasiva en dar á entender á la mujer que tenia culpa en no desistir de su antojo; pero ella no los quiso escuchar, y dijo que moriria antes que ceder en esto á su marido. Por mas que los padres le hicieron reflexiones á solas y le representaron que lo que ansiaba saber era de ninguna importancia, nada consiguieron con su autoridad ni sus reconvenciones. Cuando sus hijos vieron que persistia en desatender todas las buenas razones con que impugnaban su tenacidad, se echaron á llorar amargamente. Por su parte el mercader no sabia qué hacerse, y sentado solo á la puerta de su casa, estaba deliberando ya si sacrificaria su vida por salvar la de su mujer á quien amaba entrañablemente.

« Y es el caso, hija mia,» prosiguió el visir hablado siempre á Cheherazada, «que este mercader tenia cincuenta gallinas y un gallo y tambien un perro muy vijilante. Estando sentado, como ya dije, y todo cavilando sobre el partido que debia tomar, vió al perro que corria hácia el gallo que cubria una gallina, y oyó que le hablaba en estos terminos: « ¡O gallo! Dios no permitirá que vivas mucho tiempo. ¿No te avergüenzas de lo que estás haciendo?» El gallo se entonó, y volviéndose al perro; « ¿Porqué,» le contestó altaneramente, «me ha de estar prohibido hoy lo que me es lícito los demás dias?— Sábete,» replicó el perro, «que nuestro amo está hoy muy aflijido. Su mujer quiere que le manifieste un secreto de tal especie que perderá la vida si lo descubre. Tal es el estado del asunto; es de temer que no le acompañe el teson necesario para resistir á la terquedad de su mujer, porque la quiere mucho y está todo traspasado con las lágrimas que derrama. Acaso está á punto de perecer, y cuando todos estamos atribulados en la casa, ¡tú eres el único que, insultando nuestra tristeza. tienes la desvergüenza de solazarte con las gallinas!»

« El gallo contestó de este modo á la reprension del perro: «¡Qué mentecato es nuestro amo! ¡una sola mujer le tiene apurado, al paso que yo tengo cincuenta hembras que hacen todo cuanto quiero! Que vuelva en sí, y pronto hallará medio de salir de su conflicto.—¿Qué quieres que haga?» dijo el perro.— «Que entre en el aposento en donde está su mujer,» le respondió el gallo, «y encerrándose con ella, tome un palo y la zurre bien; estáte seguro que con esto tendrá juicio y no le molestará para que le diga lo que no debe descubrirle.» Apenas el mercader oyó lo que el gallo acababa de decir, cuando se levantó de su asiento, cojió un palo, buscó á su mujer, que estaba todavía llorando, se encerró con ella y le cascó tan de recio que se puso á vocear: «Basta, basta, marido, déjame, no te preguntaré nada mas.» A estas palabras, y visto que se arrepentia de haber sido curiosa tan fuera del caso, dejó de maltratarla, abrió la puerta y entraron todos los parientes alegrándose de que la mujer hubiese recobrado su juicio, y dándole la enhorabuena al marido por el medio acertado de que se habia valido para enderezarla. Hija mia,» añadió el gran visir, «merecieras que te tratase del mismo modo que la mujer del mercader.

«Padre mio,» dijo entónces Cheherazada, «por favor os pido que no lleveis á mal el que persista mas y mas en mi empeño. La historia de esa mujer no puede hacerme variar de intento. Otras muchas pudiera contaros que os convencerian de que no debeis oponeros á lo que apetezco. Además perdonadme si me atrevo á declararos que vuestra oposicion fuera vana, pues aun cuando el cariño de padre os hiciera desechar mis ruegos, yo misma iria á presentarme al sultan.»

Por fin el padre, quebrantado con la entereza de su hija cedió á sus instancias, y aunque sumamente desconsolado por no haber podido retraerla de tan funesta determinacion, se fue á presentar á Chahriar con el mensaje de que la noche siguiente le llevaria á Cheherazada.

Causóle estrañeza al sultan el sacrificio que su visir le hacia, y le preguntó como habia podido avenirse á entregarle su propia hija.— « Señor», le respondió el visir, « ella misma se ha ofrecido. La triste suerte que la espera no ha podido arredrarla, y prefiere á su vida el honor

de ser una sola noche la esposa de vuestra majestad.—Pero no os alucineis, visir, » le replicó el sultan: « mañana al devolveros á Cheherazada, debeis quitarle la vida, y si faltaseis á mi mandato, os juro que os mandaria matar. — Señor, » replicó el visir, « no cabe duda en que mi corazon llorará al obedeceros: pero por mas que murmure la naturaleza, aunque padre, os respondo de este brazo siempre fiel. » Chahriar aceptó la proposicion de su ministro y le dijo que podia presentarle su hija cuando quisiera.

El gran visir comunicó esta noticia á Cheherazada, que la recibió con el mismo alborozo que si fuera el logro mas apetecible del mundo. Dió gracias á su padre por haberla complacido, y viendo que estaba traspasado de quebranto, le dijo, para consolarle, que no se arrepentiria de haberla casado con el sultan, sino que al contrario se alegraria mucho de haberlo hecho.

Al punto se vistió para presentarse al sultan, pero antes de marcharse llamó á solas á su hermana Dinarzada y le dijo: « Mi querida hermana, necesito tu auxilio en un negocio importantísimo, y te pido que no me lo niegues. Mi padre va á llevarme al palacio del sultan para ser su esposa. No te asustes al saberlo, escúchame tan solo con cachaza. Luego que esté delante del sultan, le pediré que te permita dormir en el aposento nupcial, para que pueda disfrutar esta noche mas de tu compañía. Si alcanzo esta fineza, como lo espero, acuérdate de despertarme mañana por la madrugada una hora antes del dia y decirme estas palabras: « Hermana mia, si no estás dormida, te pido que mientras amanece me cuentes uno de aquellos hermosos cuentos que tú sabes. » Al punto te contaré uno, y me lisonjeo de que por este medio libraré á todo el pueblo de la consternacion en que se halla. » Dinarzada respondió á su hermana que haria gustosa cuanto le pidiera.

Habiendo llegado la hora de acostarse, el gran visir acompañó al palacio á Cheherazada y se retiró despues de haberla introducido en el aposento del sultan. Este príncipe, apenas estuvo á solas con ella, le mandó que se alzara el velo y la halló tan hermosa que se prendó de sus gracias: pero advirtiendo que estaba llorosa, le preguntó la causa de su quebranto: « Señor,» respondió Cheherazada, « tengo una hermana á quien amo entrañablemente, y deseara que pasara la noche en este aposento para verla y poderme despedir de ella. Permitidme que tenga el consuelo de darle esta última prueba de mi cariño. » Consintió en ello Chahriar, y fueron á buscar á Dinarzada, que acudió prontamente. El sultan se acostó con Cheherazada en un lecho muy elevado, á estilo de los monarcas de Oriente, y Dinarzada se echó en otro que estaba dispuesto al pié del primero.

Dinarzada, que se despertó una hora antes del amanecer, hizo lo que su hermana le habia encargado: « Querida hermana, » le dijo. « si no estás dormida, te pido que mientras amanece me cuentes uno de aquellos hermosos cuentos que sabes. ¡ Ay de mi ! quizás será esta la última vez que tenga ese gusto. »

Cheherazada, en vez de responder á su hermana, se encaró con el sultan: « Señor, » le dijo, « ¿ me permite vuestra majestad que dé este gusto á mi hermana ? — Os lo permito, » respondió el sultan. Entónces Cheherazada dijo á su hermana que escuchase, y luego encarándose con Chahriar, empezó de esta manera :

NOCHE I.

EL MERCADER Y EL JENIO.

Hubo en otro tiempo un mercader que poseia muchos haberes, así en tierras y mercancías como en dinero. Tenia un sinnúmero de dependientes, factores y esclavos. De cuando en cuando habia de hacer viajes para avistarse con sus corresponsales, y un dia que un negocio importante le llamaba lejos del paraje que habitaba, montó á caballo y se puso en camino, llevando en grupa unas alforjas que contenian una escasa provision de galleta y dátiles, porque

debia atravesar un pais desierto en donde no hubiera hallado con que mantenerse. Llegó sin tropiezo á su paradero, y cuando hubo terminado sus negocios, volvió á montar á caballo para regresar á casa.

Al cuarto dia de su viaje se sintió tan incomodado con el ardor del sol y el que despedia la tierra, que se desvió de su camino para ponerse á la sombra de algunos árboles que divisó en aquel campo. Allí halló al pié de un gran nogal una fuente de agua cristalina, y habiéndose apeado, ató su caballo al árbol y se sentó junto á la fuente, despues de haber sacado de las alforjas algunos dátiles y galleta. Al paso que iba comiendo dátiles, tiraba los huesos á derecha é izquierda, y cuando hubo acabado aquella comida frugal, se lavó las manos, rostro y piés, como buen musulman, é hizo su oracion (1).

Aun no la habia terminado y estaba arrodillado, cuando se le presentó un jenio cano de vejez y de ajigantada estatura, el cual adelantándose hácia él sable en mano, le voceó con eco tremendo: « Levántate, vas á morir, ya que has muerto á mi hijo; » y acompañó estas palabras con un espantoso grito. El mercader, igualmente aterrado con el horrendo figuron del monstruo que con las palabras que le decia, le respondió temblando: « ¡ Ay de mí, mi buen señor! ¿ qué crimen puedo haber cometido en daño vuestro para que me quiteis la vida? — Quiero matarte, » respondió el jenio, « así como tú has dado la muerte á mi hijo. — ¡ Dios todopoderoso! » replicó el mercader, « ¿ cómo puedo haber muerto á vuestro hijo, si no le conozco ni le ví jamás? — ¿ No te sentaste aquí al llegar » prosiguió el jenio, « ¿ no sacaste dátiles de tus alforjas, y al comerlos no tiraste los huesos á diestro y siniestro? — No puedo negarlo, » respondió el mercader, « hice cuanto decis. — Siendo así, » añadió el jenio, « te repito que has muerto á mi hijo, y he aquí de qué modo: mi hijo pasaba por aquí cuando tú tirabas los huesos, le dió uno en un ojo, y ha muerto, y por lo tanto debes morir. — ¡ Ah, señor, perdon! » esclamó el mercader. — « No cabe perdon ni misericordia, » respondió el jenio. « Justo es que muera el que mató. — Convengo en ello, » dijo el mercader, « pero ciertamente yo no he muerto á vuestro hijo, y aun cuando así fuera, lo hubiera hecho inculpablemente: por consiguiente os ruego que me perdoneis y concedais la vida. — No, no, » dijo el jenio, persistiendo en su determinacion, « es menester que mueras, ya que mataste á mi hijo; » y diciendo estas palabras, asió al mercader por un brazo, lo echó de cara contra el suelo y levantó en alto el alfanje para cortarle la cabeza.

Sin embargo, el mercader, anegado en llanto y protestando su inocencia, se condolia de su mujer é hijos y prorumpia en acentos entrañables. El jenio con el acero enarbolado tuvo aguante para esperar que el desventurado hubiese terminado sus lamentos; pero no le enternecieron: « Todos esos llantos son superfluos, » esclamó; « aun cuando lloraras sangre, eso no quitaria el que te matase como tú has muerto á mi hijo. — ¡ Cómo! » replicó el mercader, « ¡ nada puede conmoveros! ¿ Quereis absolutamente quitar la vida á un pobre inocente? — Sí, » replicó el jenio, « estoy resuelto. » Al acabar estas palabras....

A llegar aquí Cheherazada, advirtió que era de dia, y sabiendo que el sultan se levantaba muy temprano para decir sus oraciones y celebrar consejo, dejó de hablar. « ¡ Oh cielos! » dijo entónces Dinarzada; « cuán portentoso es vuestro cuento, hermana mia. — Lo que sigue es todavía mas asombroso, » respondió Cheherazada, « y lo confesarias, si el sultan me concediera la vida por hoy y me diera permiso para referírtelo la noche siguiente. » Chahriar, que habia escuchado á Cheherazada con mucho placer, dijo para consigo: « Aguardaré hasta mañana; la mandaré matar cuando haya oido el paradero del cuento. » Y habiendo acordado no mandar que quitasen aquel dia la vida á Cheherazada, se levantó para rezar sus oraciones é ir al consejo.

Entretanto el gran visir estaba con sumo desasosiego: en vez de disfrutar el halago del sueño, habia pasado la noche suspirando y condoliéndose de la muerte de su hija, de quien iba á ser el verdugo. Pero así como temia la vista del sultan, embargado en su desconsuelo, quedó agradablemente absorto cuando vió que el príncipe entraba en el consejo sin darle la órden funesta que aguardaba.

El sultan pasó el dia, segun costumbre, arreglando los negocios de su imperio, y cuando llegó la noche, durmió otra vez con Cheherazada. Al dia siguiente, antes que amaneciera, Dinarzada no dejó de llamar á su hermana y decirle: « Hermana mia, si no duermes, te ruego que entretanto asoma el dia, prosigas el

(1) La ablucion antes del rezo es de precepto divino en la relijion musulmana: « Oh vosotros creyentes, cuando os preparais al rezo, lavaos rostro y brazos hasta los codos; bañaos la cabeza y los piés hasta el tobillo. »

Un musulman debe orar cinco veces al dia: 1º una hora antes de salir el sol; 2º á mediodía; 3º á las tres de la tarde; 4º al ponerse el sol; 5º hora y media despues de puesto el sol. El musulman, cuando reza, se vuelve siempre hácia la Meca.

cuento de ayer. » El sultan no aguardó á que Cheherazada le pidiese permiso : « Acabad, » le dijo, « el cuento del jenio y del mercader; estoy ansioso de oir la conclusion. » Cheherazada tomó entónces la palabra y prosiguió el cuento en estos términos :

NOCHE II.

Señor, cuando el mercader vió que el jenio iba á cortarle la cabeza, prorumpió en un agudo alarido y le dijo : « Deteneos; por favor atendedme todavía; dignaos concederme un plazo y darme tiempo para que me despida de mi mujer é hijos y les reparta mis bienes por medio de un testamento que aun no tengo hecho, para que no tengan desavenencias despues de mi muerte; hecho esto, volveré al punto á este mismo lugar y me avendré á cuanto querais disponer de mí. — Pero si te concedo ese plazo que pides, » dijo el jenio, « me temo que no volverás. — Si quereis creer mi juramento, » respondió el mercader, « juro por el Dios del cielo y de la tierra que volveré aquí sin falta. — ¿Y de cuánto tiempo ha de ser el plazo que deseas? » replicó el jenio. — « Os pido un año, » replicó el mercader : « necesito á lo menos este tiempo para poner mis negocios en órden y disponerme á despedirme de la vida con todo su aliciente y sin quebranto. Así os prometo que dentro de un año, contadero desde mañana, acudiré debajo de estos árboles y me pondré bajo vuestra potestad. — ¿ Tomas á Dios por testigo de la promesa que haçes? » replicó el jenio. — « Sí, » respondió el mercader, « vuelvo á tomarlo por testigo, y podeis confiar en mi juramento. » A estas palábras, el jenio lo dejó junto á la fuente y desapareció.

El mercader, vuelto en sí de tan gran susto, montó otra vez á caballo y prosiguió su camino. Pero si por una parte sentia complacencia en haber salido de tan gran peligro, por otra esperimentaba un desconsuelo mortal cuando pensaba en el fatal juramento que habia hecho. Cuando llegó á casa, su mujer é hijos le recibieron con todas las demostraciones de la mayor alegría; pero en vez de corresponder á su cariño, se echó á llorar tan amargamente que juzgaron que le habia sucedido alguna novedad estremada. Preguntóle su esposa la causa de su llanto y del agudo pesar que manifestaba : « Nos alegramos de tu regreso, » decia, « y sin embargo nos estás sobresaltando á todos con el estado en que te vemos. Esplícanos, te ruego, la causa de tan amarga tristeza. — ¡ Ay de mí ! » respondió el marido, « ¿cómo puedo yo estar en otra situacion? ya no me queda para vivir mas que un año. » Entónces les refirió lo que habia ocurrido entre él y el jenio, y les informó que habia prometido volver al cabo de un año para recibir la muerte por su mano.

Al oir aquella tristísima nueva, se desconsolaron en gran manera. La mujer daba gritos lastimándose el rostro y mesándose el cabello; los hijos, anegados en llanto, hacian resonar la casa con sus jemidos, y el padre, cediendo á la fuerza de la sangre, juntaba sus lágrimas con tanto lamento. En una palabra, era un espectáculo capaz de conmover al mas indiferente.

Al dia siguiente, el mercader empezó á poner sus negocios en cobro, dedicándose sobre todo á pagar sus deudas. Hizo regalos á sus amigos y grandes limosnas á los pobres y dió libertad á sus esclavos de ambos sexos, repartió sus bienes entre sus hijos, nombró tutores para los que eran de menor edad y devolvió á su mujer todo cuanto le correspondia, segun el contrato matrimonial, mejorándola además en todo lo que pudo darle, sujetándose á las leyes.

Al fin voló el año, y fué forzoso marcharse. Avió su maleta, en la que puso el paño en que debian sepultarle; pero cuando quiso despedirse de su mujer é hijos, su quebranto y el de estos fué el mas amargo que cabe imajinar. No podian determinarse á perderle; todos querian acompañarle y morir con él. No obstante como era forzoso que se violentase y separase de aquellos objetos queridos :

« Hijos mios, » les dijo, « obedezco las ór-

denes de Dios al separarme de vosotros. Imitadme : someteos con entereza á esta necesidad y recapacitad que la suerte del hombre es morir. » Dichas estas palabras, se desprendió de los brazos de su familia, y poniéndose en camino, llegó al propio paraje en donde habia visto al jenio el mismo dia que habia prometido. Apeóse inmediatamente y se sentó á orillas de la fuente aguardando al jenio con toda la tristeza que imajinarse puede.

Entretanto que estaba padeciendo aquella horrenda espectativa, llegó un buen anciano que conducia una cierva del cabestro y se acercó á él. Se saludaron, y el anciano le dijo : « Hermano, ¿puedo saber porqué habeis venido á este lugar desierto en donde no hay mas que espíritus malignos con los que no cabe estar seguro? Al ver estos hermosos árboles, alguien pudiera conceptuar que está poblado; pero es una verdadera soledad en donde es muy espuesto detenerse. »

El mercader satisfizo la curiosidad del anciano refiriéndole la aventura que le obligaba á acudir allí. Escuchóle el anciano con estrañeza, y tomando la palabra : « He ahí, » le dijo, « una estrañeza rarísima, y estais amarrado por el mas inviolable juramento. Quiero presenciar vuestro avistamiento con el jenio. Al decir esto, se sentó al lado del mercader, y mientras que ambos estaban conversando.....

« Pero ya raya el dia, » dijo Cheherazada interrumpiéndose; « lo que falta de este cuento es sumamente interesante. » El sultan, empeñado en oir la conclusion, dejó vivir aquel dia á Cheherazada.

NOCHE III.

La noche siguiente, Dinarzada hizo á su hermana la misma súplica que las dos anteriores : « Mi querida hermana, » le dijo, « si no duermes, te pido que me cuentes uno de aquellos cuentos tan lindos que sabes. » El sultan dijo que queria oir la continuacion del cuento del mercader y el jenio, y Cheherazada lo prosiguió así :

Señor, mientras estaban conversando el mercader y el anciano que conducia la cierva, llegó otro anciano con dos perros negros. Acercóse, y los saludó preguntándoles lo que hacian en aquel sitio. El anciano de la cierva le comunicó la aventura del mercader y el jenio, lo que entre ellos habia ocurrido y el juramento del mercader. Añadió que aquel era el dia prometido, y que estaba en ánimo de permanecer allí hasta ver el paradero de todo.

El recienvenido tomó tambien igual determinacion, conceptuando que el caso merecia su curiosidad, y se sentó junto á los otros; y apenas hubo entablado conversacion con ellos, llegó otro anciano, el cual encarándose con los dos primeros, les preguntó porqué se mostraba tan melancólico el mercader que con ellos estaba. Dijéronle el motivo, que le pareció muy estraño, y deseó tambien presenciar lo que sucederia entre el jenio y el mercader : al intento se sentó junto á los demás.

Muy luego descubrieron en el campo un densísimo vapor á modo de remolino de polvo levantado por el viento; se fué el vapor adelantando, y desvaneciéndose de repente, les permitió ver al jenio, el cual, sin saludarlos, se acercó al mercader sable en mano y asiéndole por el brazo : « Levántate, » le dijo, « para que te mate como tú mataste á mi hijo. » El mercader y los tres ancianos atemorizados prorumpieron en llanto y atronaron los aires con sus clamores.....

Al llegar aquí, advirtiendo Cheherazada que habia amanecido, suspendió su narracion, la cual habia avivado la curiosidad del sultan en tal manera que ansiando saber la conclusion, remitió al dia siguiente la muerte de la sultana.

No cabe espresar cuanto fué el gozo del gran visir, cuando vió que el sultan no le mandaba dar muerte á Cheherazada. Su familia, la corte y todos en jeneral quedaron admirados en estremo.

NOCHE IV.

Al terminarse la noche siguiente, Cheherazada habló en estos términos con permiso del sultan :

Señor, cuando el anciano de la cierva vió que el jenio habia asido al mercader y lo iba á matar sin compasion, se echó á los piés del monstruo, y besándoselos le dijo : « Príncipe de los jenios, os ruego humildemente que suspendais vuestra cólera y me hagais el favor de escucharme. Voy á referiros mi historia y la de la cierva que aquí veis; pero si la conceptuais mas peregrina y asombrosa que la aventura de este mercader á quien quereis quitar la vida, ¿puedo confiar que perdonaréis á este desgraciado la tercera parte de su crímen? » Recapacitó el jenio un rato, y al fin respondió : « Bien, veamos; me avengo á lo que me propones. »

HISTORIA DEL PRIMER ANCIANO Y DE LA CIERVA.

« Voy pues á empezar mi narracion, » prosiguió el anciano : « os ruego que me escucheis atentamente. La cierva que veis es prima mia y además mi esposa. Aun no tenia doce años cumplidos, cuando me casé con ella : así puedo decir que debia considerarme como su padre, á mas de su pariente y marido.

« Vivimos juntos durante treinta años sin haber tenido sucesion; pero su esterilidad no quitó el que guardase con ella muchas atenciones y suma intimidad. El afan de tener hijos me indujo á comprar una esclava, de la cual tuve un hijo (1) que daba muchas esperanzas. Mi mujer estuvo zelosa de él, cobró aversion á la madre y al hijo y encubrió tan cabalmente su afecto que solamente lo advertí cuando era ya demasiado tarde.

« Entretanto mi hijo iba creciendo, y ya tenia diez años cuando tuve que emprender un viaje. Antes de marcharme, encargué á mi mujer, de quien nunca estuve receloso, la esclava y su hijo, rogándole que los cuidase durante mi ausencia, que duró todo un año.

« Aprovechóse de este tiempo para saciar su encono. Dedicóse á la majia, y cuando tuvo bastante conocimiento en aquel arte diabólico para ejecutar el intento horroroso que estaba ideando la perversa, llevó á mi hijo á un lugar desierto. Allí con sus encantos lo trasformó en ternero y se lo entregó á mi colono para que lo criara como tal, diciéndole que lo habia comprado. No paró en esto su enfurecimiento, pues tambien trasformó la esclava en vaca y se la dió igualmente al colono.

« A mi regreso le pregunté por la madre y el hijo, y me respondió que la esclava habia muerto, y que, en cuanto á mi hijo, hacia dos meses que no lo habia visto é ignoraba su paradero. Sentí la muerte de la esclava; pero como mi hijo habia desaparecido solamente, me lisonjeé de que pronto podria volverlo á ver. No obstante mediaron ocho meses sin que volviese, ni que yo recibiera noticia alguna, cuando llegó la fiesta del gran Bairan (1). Para celebrarla mandé á mi colono que me trajera una de las vacas mas gordas, con ánimo de hacer un sacrificio. Hízolo así, y la vaca que me presentó era la esclava misma, la desgraciada madre de mi hijo. La até, pero cuando me estaba disponiendo para sacrificarla, se puso á dar mujidos lastimeros y advertí que derramaba de sus ojos dos torrentes de lágrimas. Pareciéndome estraña aquella no-

(1) Las leyes civiles reconocen entre los mahometanos por igualmente lejítimos á los hijos procedentes de tres clases de matrimonios permitidos por su relijion, segun las cuales puede lícitamente comprar, alquilar ó casarse un hombre con una ó con varias mujeres; de modo que si tiene de la esclava un hijo antes de tenerlo de su esposa, el hijo de aquella queda reconocido por primojénito y disfruta los derechos de tal con esclusion del fruto de la lejítima esposa.

(1) Nombres de las dos únicas fiestas de obligacion que tienen los Musulmanes. Son fiestas movibles que en el espacio de treinta y tres años caen en todos los meses; porque el año musulman es lunar. La primera de estas fiestas se celebra el primer dia de la luna que sigue á la del Ramazan ó cuaresma de los mahometanos. Este Bairan dura tres dias y participa á la vez de la Pascua de los Judíos y de nuestro carnaval y primer dia de año nuevo. Se sacrifican corderos ó bueyes, y á esta ceremonia debe la fiesta el nombre de *aid el Curban* (fiesta de los sacrificios).

El pequeño Bairan (*aid saghir*) se celebra el primer dia del mes de *chawal*, con motivo de la conclusion de los ayunos de Ramazan.



vedad, y movido á compasion á pesar mio, no pude determinarme á herirla, y mandé á mi colono que me trajese otra.

« Mi mujer, que se hallaba presente, se estremeció de mi compasion, y oponiéndose á una órden que inutilizaba su malicia: « ¿Qué haceis, amigo mio? » esclamó. « Sacrificad esa vaca. Vuestro colono no tiene otra mas hermosa ni mas propia para el intento. » Acerquéme á la vaca por complacer á mi mujer, y sofocando la compasion que suspendia el sacrificio, iba á dar el golpe mortal, cuando la víctima redoblando su llanto y sus mujidos me enterneció por segunda vez. Entónces entregué al colono el mazo diciéndole: « Tomad, sacrificadla vos mismo; sus mujidos y lágrimas me traspasan el corazon. »

« El colono, menos compasivo que yo, la sacrificó; pero al desollarla, halló que no tenia mas que huesos; aunque nos habia parecido muy gorda. Me resultó un pesar amarguísimo: « Tomadla, » le dije al colono, « os la cedo; haced regalos y limosnas á quien querais; y si teneis un ternero muy gordo, traédmelo en su lugar. » No me informé de lo que hizo con la vaca, pero poco despues de habérsela llevado, compareció con un grandísimo ternero. Aunque yo ignoraba que aquel ternero era mi hijo, no dejé de sentir mis entrañas conmovidas á su presencia. Él por su parte, luego que me vió, mostró tal ahinco por acercárseme, que rompió la cuerda con que estaba atado. Echóse á mis piés doblando la cerviz hasta besar el suelo, como queriendo moverme á compasion y suplicarme que no tuviera la crueldad de quitarle la vida, dándome á entender en cuanto cabia que era mi hijo.

« Quedé todavía mas atónito y enternecido con esta accion que con el llanto de la vaca. Sentí una compasion entrañable que me interesó á su favor, ó mejor diré, la sangre cumplió en mí con su obligacion. Llevaos este ternero á casa, » le dije al colono. « Cuidadlo con todo esmero, y en su lugar traedme al punto otro. »

« Cuando mi mujer me oyó hablar de este

modo, no dejó de esclamar igualmente : « ¿Qué haceis, marido? Creedme, no sacrifiqueis otro ternero que ese. — Mujer, » le respondí, « no quiero sacrificar este. Quiero indultarle, y te ruego que no te opongas á mi deseo. » La perversa mujer no quiso ceder á mis ruegos; pues aborrecia mucho á mi hijo para consentir que yo le salvase. Me pidió el sacrificio con tantísima porfía que hube de concedérselo. Até el ternero, y empuñando el funesto cuchillo.....» En este sitio Cheherazada suspendió su narracion porque ya habia amanecido. « Hermana, » le dijo Dinarzada, « embelesada me tiene este cuento que cautiva tan agradablemente mi atencion. — Si el sultan me deja vivir un dia mas, » replicó Cheherazada, « lo que mañana os contaré os divertirá aun mucho mas. » Chahriar, curioso de saber lo que seria del hijo del anciano de la cierva, dijo á la sultana que tendria gusto en oir la noche siguiente la conclusion de aquel cuento.

NOCHE V.

Al acabarse la noche quinta, Dinarzada llamó á la sultana y le dijo : « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que, mientras asoma el dia, prosigas el hermoso cuento que empezaste ayer. » Cheherazada, luego que hubo conseguido permiso del sultan, prosiguió de esta manera :

Señor, el primer anciano de la cierva continuó refiriendo su historia al jenio, á los otros dos ancianos y al mercader : « Así pues el cuchillo, » les dijo, « é iba á clavarlo en la cerviz de mi hijo, cuando volviendo cariñosamente hácia mí sus ojos anegados en llanto, me enterneció de tal manera que no tuve aliento para traspasarlo. Dejé caer el cuchillo y dije á mi mujer que de ningun modo queria matar aquel ternero. Hizo cuanto pudo para retraerme del intento, pero por mucho que dijo, me mantuve firme prometiéndole tan solo, para aplacarla, que lo sacrificaria en el Bairan del año siguiente.

« Al otro dia por la mañana el colono quiso hablarme á solas. « Vengo, » me dijo, « á comunicaros una noticia que espero me agradeceréis. Tengo una hija que posee algun conocimiento en la majia, y ayer cuando volvia á casa con el ternero que no quisisteis sacrificar, advertí que echó á reir al verlo, y luego despues empezó á llorar. Preguntéle porqué manifestaba al mismo tiempo dos actos tan opuestos : « Padre mio, » me respondió, « ese ternero que llevais es el hijo de nuestro amo. Me he sonreido de gozo al verle todavía vivo, y he llorado al acordarme del sacrificio que ayer hicieron con su madre que habia sido trasformada en vaca. Ambas trasformaciones son obra de los hechizos de la esposa de nuestro amo, la cual aborrecia á madre é hijo. » He aquí lo que me dijo mi hija, » prosiguió el colono, « y vengo á traeros esta noticia. »

« Con tales palabras, ó jenio, » prosiguió el anciano « juzgad cual fué mi estrañeza. Marché al punto con mi colono para hablar yo mismo con su hija, y al llegar pasé al establo en donde estaba mi hijo. No pudo corresponder á mis abrazos, pero los recibió de un modo que acabó de persuadirme que era hijo mio.

« Llegó la hija del colono y le dije : « Mi buena muchacha, ¿podeis volver á mi hijo su forma primera? — Sí, » me contestó, « puedo hacerlo. — ¡Ah! si lo conseguis, » repliqué, « os hago dueña de todos mis bienes. » Entónces ella respondió sonriéndose : « Sois nuestro amo y sé muy bien lo que os debo ; pero os advierto que no puedo restituir vuestro hijo á su primer estado sino bajo dos condiciones. La primera, que me lo daréis por esposo, y la segunda, que me será lícito castigar á la persona que le trasformó en ternero. — Por lo que toca á la primera condicion, » le dije, « la admito gustoso ; mas diré, os prometo daros muchos bienes fuera de los que destino á mi hijo. Finalmente, ya veréis cómo sabré agradecer la gran fineza que os pido. Por lo que toca á la condicion relativa á mi mujer, tambien la acepto, pues una persona

capaz de accion tan criminal merece ser castigada; os la abandono; haced con ella cuanto querais; solo os pido que no le quiteis la vida. — Voy pues,» replicó la jóven, «á tratarla del mismo modo que trató á vuestro hijo. — Corriente,» repuse, «pero antes volvedme á mi hijo.»

«Entónces aquella jóven tomó un vaso lleno de agua, pronunció sobre él algunas palabras que no comprendí, y encarándose con el ternero le dijo: «O ternero, si fuiste criado por el Todopoderoso y soberano Señor del mundo tal cual pareces en este momento, conserva tu forma; pero si eres hombre y estás trasformado en ternero por hechicerías, recobra tu figura natural con permiso del soberano Criador.» Al acabar estas palabras, le roció con el agua, y al punto recobró su primera forma.

«¡Hijo mio, querido hijo!» esclamé al punto abrazándole con ímpetus desalados. «Dios nos ha enviado esta jóven para anonadar el horroroso maleficio que te estaba acosando y vengarte del mal que te han hecho, como tambien á tu madre. No dudo que como agradecido consentirás en tomarla por mujer como me he comprometido.» Consintió desde luego alegremente; pero antes de casarse, la jóven trasformó á mi mujer en cierva, y ella es la que aquí veis. Apetecí que tuviera esta forma, mas bien que otra menos agradable, para que la viésemos sin repugnancia en la familia.

«Desde entónces mi hijo ha enviudado y se ha ido á viajar. Como hace años que no he tenido noticias suyas, me he puesto en camino para procurar adquirirlas, y no habiendo querido confiar á nadie el cuidado de mi mujer durante mi ausencia, he creido oportuno traerla conmigo. Esta es mi historia y la de esta cierva: ¿no os parece muy peregrina y asombrosa? — Sí cierto,» dijo el jenio, «y en tu favor concedo un tercio de la gracia de este mercader.»

Cuando el primer anciano, prosiguió la sultana, hubo terminado su historia, el segundo que conducia los dos perros negros se encaró con el jenio y le dijo: «Voy á referiros lo que á mí me ha sucedido y tambien á los dos perros negros que veis, y estoy seguro de que graduaréis mi historia aun de mas asombrosa que toda esa que acabais de oir. Pero cuando os la haya contado, ¿me concederéis el segundo tercio de la gracia de este mercader? — Sí,» respondió el jenio, «con tal que tu historia aventaje á la de la cierva.» Tras aquella anuencia, el segundo anciano empezó de esta manera.... Pero al pronunciar estas palabras, advirtió Cheherazada que amanecia, y dejó de hablar.

«¡Qué aventuras tan peregrinas, hermana mia!» dijo Dinarzada. «Hermana,» respondió la sultana, «no se pueden comparar con las que tendria que referirte la noche próxima, si el sultan, mi señor, tuviera la dignacion de dejarme vivir.» Chahriar nada respondió; pero se levantó, dijo sus oraciones y se marchó al consejo sin dar ninguna órden contra la vida de la encantadora Cheherazada.

NOCHE VI.

Llegó la noche sexta, y el sultan y su esposa se acostaron. Dinarzada se despertó á la hora acostumbrada y llamó á la sultana. «Querida hermana,» le dijo, «si no duermes, te ruego que antes de asomar el dia, me cuentes alguno de aquellos hermosos cuentos que sabes.» Chahriar tomó entónces la palabra, diciendo que desearia oir la historia del segundo anciano y de los dos perros negros. — «Señor,» respondió Cheherazada, «voy á satisfacer vuestra curiosidad. El segundo anciano dirijiéndose al jenio empezó así su historia:

HISTORIA DEL SEGUNDO ANCIANO Y DE LOS DOS PERROS NEGROS.

«Gran príncipe de los jenios, habeis de saber que estos dos perros negros son mis hermanos. Nuestro padre nos dejó á su muerte mil zequines á cada uno, y con esta cantidad abrazamos to-

dos la misma profesion, esto es, nos hicimos mercaderes. A poco tiempo de haber abierto nuestros almacenes, mi hermano mayor, que es uno de estos dos perros, determinó viajar y comerciar en pais estranjero. Al intento vendió los jéneros que tenia, y compró otros adecuados al tráfico á que iba á dedicarse.

« Marchóse y estuvo un año ausente. Al cabo de este tiempo presentóse en mi almacen un pobre que al parecer pedia limosna, y le dije: « Dios te asista. — Dios te asista tambien, » me respondió; « ¿es posible que no me conozcas?» Mirándole entónces con ahinco, le conocí con efecto, y abrazándole esclamé: « ¡Ah hermano mio! ¿cómo hubiera podido conocerte en semejante estado? » Hícele entrar en casa, le pregunté por su salud y cuál habia sido el éxito de su viaje. « No me hagas preguntas, » me dijo; « solo con verme debes quedar enterado de todo. Fuera renovar mis pesares el circunstanciar todas las desventuras que me han sucedido de un año acá y me han reducido al estado en que me hallo. »

« Cerré al punto el almacen y posponiendo todos mis quehaceres, lo llevé al baño y le dí los mejores vestidos que tenia. Repasé mis apuntes de compra y venta, y hallando que habia duplicado mi capital, esto es, que poseia dos mil zequines, le dí la mitad, diciéndole: « Con eso, hermano mio, podrás olvidar el quebranto que has padecido. » Aceptó los mil zequines con suma complacencia, se rehizo, y vivimos juntos con la armonía que antes.

« De allí á poco tiempo mi hermano segundo, que es el otro perro que veis, quiso tambien vender sus jéneros. El mayor y yo hicimos cuanto pudimos para retraerle de aquel intento; pero nada conseguimos. Verificó su venta, y con el dinero que vino á sacar compró mercancías propias para el tráfico estranjero que trataba de entablar. Juntóse con una caravana y se marchó. Al cabo de un año volvió en el mismo estado que nuestro hermano mayor; le vestí, y como habia ganado en aquel tiempo otros mil zequines, se los entregué. Volvió á abrir su almacen y continuó ejerciendo su profesion.

« Un dia mis dos hermanos vinieron á verse conmigo y me propusieron un viaje y que traficara con ellos. Al pronto me opuse á su pensamiento y les dije: « Habeis viajado y nada habeis sabido granjear. ¿Quién me asegura que yo seré mas afortunado que vosotros? » En vano me hicieron cuantos cargos pudieron para alucinarme á probar fortuna, pues me desentendí absolutamente de la propuesta. Pero instaron tan encarecidamente, que, despues de haber resistido durante cinco años á sus incesantes ruegos, cedí al fin. Pero cuando fué preciso aviarnos y comprar las mercancías que necesitábamos, hallé que no tenian un cuarto de los mil zequines que á cada uno de ellos les habia dado. No les reconvine en lo mas mínimo, y al contrario, como mi caudal ascendia á seis mil zequines, partí la mitad con ellos diciéndoles: « Hermanos, vamos á aventurar estos tres mil zequines y pondrémos los demás á buen recaudo para que, si nuestro viaje se malogra como los que emprendisteis, tengamos con que consolarnos y seguir otra vez nuestra antigua profesion. « Díles pues mil zequines á cada uno, guardé otros tantos para mí y enterré los otros tres mil en un rincon de mi casa. Compramos mercancías, y despues de haberlas embarcado en un buque fletado por los tres, dimos la vela con viento favorable. Al cabo de un mes de navegacion..... »

« Pero ya raya el dia, » prosiguió Cheherazada, « preciso es que suspenda mi narracion. — Hermana, » le dijo Dinarzada, « ese cuento promete mucho y me figuro que lo restante ha de ser muy peregrino. — No te engañas, » respondió la sultana; « y si el sultan me permite contártelo, estoy persuadida de que te divertirá infinito. » Chahriar se levantó como el dia anterior, sin decir nada sobre este punto, ni dar órden al gran visir para la muerte de su hija.



NOCHE VII.

Al acabarse la noche séptima, Dinarzada no hizo falta en despertar á la sultana: «Mi querida hermana,» le dijo, «si no duermes, te ruego que, mientras amanece, acabes de contarme aquel precioso cuento que no pudiste concluir ayer.

— «Con mucho gusto,» respondió Cheherazada, «y para tomar el hilo de mi narracion, te diré que el anciano de los dos perros negros, prosiguiendo su historia al jenio, á los otros dos ancianos y al mercader, les dijo: «Finalmente al cabo de dos meses de navegacion, aportamos prósperamente en un paraje donde desembarcamos y vendimos ventajosamente nuestras mercancías. Yo sobre todo despaché tan cómodamente las mias, que gané diez por uno. Compramos jéneros del pais para trasportarlos y negociarlos en el nuestro.

«Cuando estábamos á punto de embarcarnos para volvernos, encontré en la playa una dama hermosísima, pero pobremente vestida. Acercóse á mí, me besó la mano y me rogó con las mayores instancias que la tomara por mujer y la embarcase conmigo. Opúseme algun tanto á su ruego; pero me dijo tantos primores para convencerme de que no debia hacer caso de su pobreza y que no tendria sino motivos de satisfaccion con su conducta, que me dejé persuadir. Mandéle hacer los trajes necesarios, y despues de haberme casado con ella por medio de un contrato matrimonial, la embarqué conmigo y dimos la vela,

«Durante nuestra navegacion hallé que mi mujer atesoraba tan esquisitas prendas, que cada dia le cobraba mas cariño. Sin embargo mis dos hermanos, que no habian hecho tan buen negocio y que tenian zelos de mi prosperidad, me envidiaban, y su furor llegó al estremo de conspirar contra mi vida; una noche, cuando mi mujer y yo estábamos dormidos, nos arrojaron á la mar.

«Mi mujer era hada, y por consiguiente de la familia de los jenios, y así os podeis imajinar que no se ahogó. En cuanto á mí, no cabe duda en que hubiera muerto sin su auxilio; pero apenas caí en el agua, cuando me arrebató y trasladó á una isla. Al amanecer la hada me dijo. «Ya ves, amado esposo, que, salvándote la vida, te he pagado bastante lo que has hecho por mí. Sábete que soy hada y que hallándome en la playa del mar cuando ibas á embarcarte, te cobré una inclinacion vehementísima. Quise probar la bondad de tu corazon y me presenté disfrazada como me has visto. Procediste conmigo jenerosamente, y me alegro de haber tenido ocasion de manifestarte mi reconocimiento. Pero estoy tan airada contra tus hermanos, que no quedaré satisfecha hasta que les haya quitado la vida.»

«Admirado escuché lo que decia la hada; dile gracias lo mejor que pude, encareciéndole la fineza que le debia y le dije: «Por lo que toca á mis hermanos, señora, os ruego que los perdoneis. Por muchos motivos que tenga de quejarme de ellos, no soy bastante cruel para desear su esterminio.» Referíle entónces lo que por ambos habia hecho, y aumentándose su indignacion contra ellos al oirme: «Es preciso,» esclamó, «que corra inmediatamente tras esos traidores é ingratos y me vengue prontamente de ellos. Voy á sepultar su buque y empozarlo en el golfo. — No hagais tal, hermosa dama, en nombre de Dios,» repliqué, «moderad vuestro enojo, acordaos que son hermanos mios y que es preciso pagar con bienes los agravios.»

«Con estas palabras aplaqué á la hada, y apenas las hube dicho, cuando me trasladó en un instante desde la isla en que estábamos á la azotea de mi casa y luego desapareció. Bajé, abrí las puertas y desenterré los tres mil zequines que tenia ocultos. Encaminéme despues á la plaza en donde estaba mi almacen, lo abrí, y los mercaderes vecinos acudieron á congratularse por mi regreso. Al volver á casa, ví estos dos perros negros, que se me acercaron con ademan rendido. No acertaba á formar concepto de aquellos estremos, que me tenian

atónito, pero la hada se presentó luego y me informó de todo. « Esposo mio, » me dijo, « no estrañes ver en casa estos dos perros, pues son tus dos hermanos. » Estremecíme á estas palabras y le pregunté quién los habia reducido á semejante estado : « Soy yo la que así los he querido tratar, » me respondió, « ó á lo menos, es una de mis hermanas la que lo ha hecho por encargo mio, y al mismo tiempo ha hechado á pique su bajel. Pierdes las mercancías que en él tenias ; pero ya te resarciré por otro camino. Con respecto á tus hermanos, los he condenado á vivir diez años bajo esta forma, pues su alevosía los hace acreedores á este escarmiento. » Finalmente, despues de haberme espresado en donde podria saber de ella, desapareció de mi vista.

« Ahora que ya se han cumplido los diez años, voy caminando en su busca, y como al pasar por aquí he encontrado á este mercader y al buen anciano de la cierva, me he detenido con ellos : esta es mi historia, ó príncipe de los jenios : ¿no os parece de las mas asombrosas?

— Estoy en lo mismo, » respondió el jenio, « y devuelvo tambien en tu favor el segundo tercio del crímen de que este mercader se hizo reo para conmigo. »

Luego que el segundo anciano hubo terminado su historia, el tercero tomó la palabra é hizo al jenio la misma súplica que los dos primeros, esto es, que devolviese al mercader el tercer tercio de su crímen, con tal que la historia que iba á referirle aventajase en sucesos estraños á las dos que acababa de oir. El jenio le hizo la misma promesa que á los demás. « Escuchad pues, » le dijo el anciano.... « Pero ya asoma el dia, » dijo Cheherazada cortando la narracion, « y debo suspender esta historia.

« Hermana mia, » dijo entónces Dinarzada, « embelesada me tienes con las aventuras que acabas de referir. — Otras muchas sé, aun mas hermosas, » respondió la sultana. » Chahriar, deseoso de saber si el cuento del tercer anciano seria tan halagüeño como el del segundo, aplazó para el dia siguiente la muerte de Cheherazada.

NOCHE VIII.

Cuando Dinarzada advirtió que era hora de llamar á la sultana, le dijo : « Hermana mia, si no duermes, te ruego que entretanto amanece me cuentes uno de aquellos hermosos cuentos que sabes. — Cuéntanos el del tercer anciano, » dijo el sultan á Cheherazada, « mucho dificulto que sea mas asombroso que el del anciano y de los dos perros negros.

— Señor, » respondió la sultana, « el tercer anciano refirió su historia al jenio, pero no os la diré, porque no ha llegado á mi noticia ; pero lo que sí sé que fué tan superior á las anteriores por la variedad de las aventuras maravillosas que contenia, que el jenio quedó pasmado. Apenas supo la conclusion, cuando dijo al tercer anciano : « Te concedo el tercio de la gracia del mercader ; muy agradecido os debe estar á los tres por haberle sacado de este conflicto con vuestras historias. A no ser por vosotros, ya no existiria. » Al terminar estas palabras, desapareció con gran contento de toda la reunion.

« El mercader espresó á sus tres libertadores su reconocimiento por el favor que les debia. Regocijáronse con él de verle fuera de peligro, y despues se despidieron prosiguiendo cada uno su camino. El mercader regresó á vivir con su mujer é hijos y pasó tranquilamente con ellos el resto de sus dias. Pero, señor, » añadió Cheherazada, « por hermosos que sean los cuentos que ha oido vuestra majestad, no tienen comparacion con el cuento del pescador. » Dinarzada, viendo que la sultana se detenia, le dijo : « Hermana, ya que todavía nos queda algun tiempo, cuéntanos por favor la historia de ese pescador ; estoy cierta de que el sultan lo ha de llevar á bien. » Chahriar la autorizó, y Cheherazada prosiguió de esta manera :

HISTORIA DEL PESCADOR.

Señor, hubo en otro tiempo un pescador muy anciano, y tan pobre, que apenas podia ganar con que mantener á su mujer y tres hijos que componian su familia. Madrugaba todos los dias para su pesca, y se habia impuesto la obligacion de no echar sus redes sino cuatro veces al dia.

Una mañana salió á la claridad de la luna y se encaminó á la playa. Allí se desnudó y echó sus redes, y sintiendo cierta resistencia al tirarlas hácia la orilla, creyó haber hecho una cuantiosa pesca, y en sí mismo se regocijaba; pero pronto advirtiendo que, en vez de pescado, sacaba la osamenta de un asno, sintió mucho pesar..... Al llegar aquí Cheherazada, dejó de hablar porque ya apuntaba el dia.

« Hermana mia, » le dijo Dinarzada. « Te confieso que el principio me gusta y preveo que lo demás será muy lindo. — Nada cabe mas portentoso que la historia del pescador, » respondió la sultana, « y así lo conceptuarás la noche siguiente, si el sultan me permite vivir. » Chahriar, curioso de saber cuál habia sido el resultado de la pesca, no quiso que Cheherazada muriera aquel dia; por lo tanto se levantó sin dar aquella órden tan inhumana.

NOCHE IX.

« Mi querida hermana, » esclamó Dinarzada al dia siguiente, á la hora acostumbrada, « te ruego que antes de asomar el dia, acabes de contarme el cuento del pescador. Estoy deseosa de oirlo. — Voy á darte ese gusto, » respondió la sultana, y al mismo tiempo pidió permiso al sultan, y cuando lo hubo conseguido, prosiguió en estos términos el cuento del pescador :

Señor, cuando el pescador, tristísimo por haber hecho tan ruin pesca, hubo compuesto sus redes que la osamenta del asno habia roto en varios parajes, las echó por segunda vez. Al sacarlas, encontró tambien mucha resistencia, con lo cual creyó que estaban llenas de pescado; pero solo halló un gran cesto lleno de fango y arena. Sumo fué su desconsuelo, y con voz lastimera prorumpió : « ¡ O fortuna! acaba de airarte contra mí y no persigas por mas tiempo á un desventurado que te ruega le indultes. Salí de casa para venir á buscar mi vida, y me anuncias la muerte. No tengo otro oficio que este para subsistir, y á pesar de todos mis afanes, apenas puedo atender á las mas urjentes necesidades de mi familia. Pero hago mal en quejarme de ti, pues te complaces en maltratar á los hombres de bien y dejarlos arrinconados, al paso que favoreces á los perversos y encumbras aquellos á quienes ninguna prenda hace recomendables. »

Al acabar estas quejas, tiró arrebatadamente el cesto, y despues de haber lavado las redes que el fango habia manchado, las echó por tercera vez; pero solo sacó guijarros, conchas y arena. No cabe espresar su desesperacion; baste decir que faltó poco para que perdiese el juicio. Sin embargo como empezaba á amanecer, se acordó de sus oraciones como buen musulman (1), y luego añadió esta : « Señor, ya sabes que nunca echo mis redes sino cuatro veces al dia. Ya las he echado tres sin sacar fruto alguno de mi trabajo. Quédame una y no mas, y os suplico que me volvais el mar propicio como lo hicisteis con Moisés (2). »

Habiendo terminado su oracion, el pescador echó sus redes por la cuarta vez, y cuando creyó que debia haber pescado, las sacó lo mismo que antes con bastante trabajo. No obstante ningun pescado habia, pero halló un vaso de cobre amarillo, el cual por su peso le pareció contener algo; y observó que estaba cerrado y sellado con plomo y con la estampa de un sello. Alegróse y dijo para consigo : « Lo venderé al fundidor, y con el dinero que me dé compraré una fanega de trigo. »

(1) La oracion es uno de los cuatro grandes preceptos del Alcoran.

(2) Los musulmanes reconocen cuatro grandes profetas ó lejisladores : Moisés, David, Jesucristo y Mahoma.

Estuvo escudriñando el vaso por todos lados, lo sacudió para ver si lo que estaba dentro no meteria ruido, y no oyendo nada, sacó en conclusion, á vista del sello estampado en la tapa de plomo, que debia contener alguna preciosidad. Para cerciorarse sacó su navaja y consiguió abrirlo con algun trabajo. Volcólo al punto hácia el suelo, pero no salió nada, lo cual le causó suma estrañeza. Colocólo delante de sí, y mientras lo consideraba atentamente, salió un humo espeso que le precisó á desviarse.

Aquel humo se levantó hasta las nubes, y estendiéndose sobre el mar y la playa, formó una espesa niebla, espectáculo que, como es de imajinar, causó suma admiracion al pescador. Cuando todo el humo hubo salido del vaso, se reunió en un cuerpo sólido del que se formó un jenio dos veces tan alto como el mayor jigante. A la vista de un monstruo de tamaño tan descomunal, el pescador quiso huir; pero tal fué su turbacion y espanto que no pudo dar un paso.

« Salomon (1), » esclamó el jenio, « Salomon, gran profeta de Dios, gracia, gracia, nunca me opondré á vuestra voluntad. Obedeceré todos vuestros mandatos..... Al llegar aquí Cheherazada, interrumpió el cuento por venir ya el alba.

Dinarzada tomó entónces la palabra y dijo : « Hermana mia, cumples la palabra mejor de lo que prometiste. No cabe duda que este cuento es mucho mas asombroso que los otros. — Hermana, » respondió la sultana, « otras cosas oirás que cautivarán tu admiracion, si el sultan, mi señor, me permite que las refiera. » Chahriar estaba muy deseoso de oir lo que faltaba de la historia del pescador para quererse privar de esta satisfaccion, y así aplazó para el dia siguiente la muerte de la sultana.

NOCHE X.

La noche siguiente, Dinarzada llamó á su hermana cuando fué hora. « Hermana mia, » le dijo, « si no duermes, te ruego que prosigas el cuento del pescador, mientras amanece. « El sultan se mostró por su parte ansioso de saber qué desavenencia habia tenido el jenio con Salomon, y Cheherazada prosiguió así el cuento del pescador :

Señor, apenas el pescador hubo oido las palabras del jenio, cuando se sosegó y le dijo : « ¿Espíritu soberbio, qué decis? hace mas de mil y ochocientos años que murió Salomon, el profeta de Dios, y ahora estamos en el fin de los siglos. Contadme vuestra historia y por qué razon estabais encerrado en ese vaso. »

A estas razones el jenio respondió al pescador con ademan altivo : « Háblame mas cortesmente y no seas tan osado que me llames otra vez espíritu soberbio. — ¿Pues qué, » replicó el pescador, « será hablaros con mas cortesanía el llamaros buho de la felicidad? — Te repito, » respondió el jenio, « que me hables mas cortesmente antes que te mate. — ¿Y porqué me habeis de matar? » respondió el pescador. « Acabo de poneros en libertad, y no creo que ya lo hayais olvidado. — No; me acuerdo, » dijo el jenio, « pero eso no quita para que te mate, y solo puedo concederte una gracia. — ¿Y cuál es esa gracia? » prosiguió el pescador. — «Es,» respondió el jenio, « la de dejarte elejir el jénero de muerte. — ¿Pero en qué os he ofendido? » replicó el pescador. « ¿Así quereis recompensar el bien que os hice? — No puedo tratarte de otro modo, » dijo el jenio, « y para que te impongas en el caso escucha mi historia :

« Yo soy uno de aquellos espíritus rebeldes que se opusieron á la voluntad de Dios. Todos los demás jenios reconocieron al gran Salomon, profeta de Dios, y se le avasallaron. Sacar y yo fuímos los únicos que no quisimos cometer se-

(1) Los mahometanos creen que Dios dió á Salomon el don de los milagros con mas abundancia que á ningun otro antes de él. Segun ellos, mandaba á ánjeles y demonios, iba en alas de los vientos por todas las esferas y sobre todos los astros; los animales, vejetales y minerales le hablaban y obedecian; obligaba á cada planta á que le indicara para qué era buena; conversaba con los pájaros, y de ellos se servia para cortejar á la reina de Saba y persuadirla á que viniese á verle. Todas estas fábulas del Alcoran están sacadas de los comentarios de los Judíos.

mejante bajeza. Para vengarse de mí, este poderoso monarca cometió á Asaf, hijo de Barakhia, su primer ministro, el encargo de apoderarse de mí, y este lo ejecutó. Asaf se aseguró de mi persona, y me llevó á pesar mio ante el trono del rey su señor. Salomon, hijo de David, me mandó que dejase el jénero de vida que traia, que reconociese su poderío y me rindiese á sus órdenes. Rehusé altamente obedecerle y preferí esponerme á todo su resentimiento al tributarle el juramento de fidelidad y sumision que de mí estaba requiriendo. Para castigarme me encerró en ese vaso de cobre, y queriendo afianzarme, estampó él mismo en la tapa de plomo su sello en que estaba esculpido el gran nombre de Dios. Hecho esto, entregó el vaso á uno de los jenios que le obedecian, con órden de echarme al mar, lo cual fué ejecutado con gran sentimiento mio. Durante el primer siglo de mi encierro, juré que si alguno me libertaba antes de terminarse los cien años, le haria rico aun despues de muerto; pero voló el siglo y nadie me hizo este servicio. Durante el segundo siglo, hice juramento de abrir todos los tesoros de la tierra al que me pusiese en libertad; pero no fuí mas afortunado. En el tercero, prometí hacer de mi libertador un poderoso monarca, estar siempre junto á él en espíritu y concederle cada dia tres peticiones de cualquiera clase que fuesen; pero este siglo pasó como los anteriores y permanecí en el mismo estado. Finalmente, desconsolado, ó mejor diré, enfurecido al verme tanto tiempo preso, juré que si alguien me libertaba en lo sucesivo, le mataria sin compasion, concediéndole por única gracia la eleccion del jénero de muerte, y por eso, ya que has venido hoy aquí y me has libertado, elije cómo quieres que te mate. »

Esta arenga consternó en gran manera al pescador. « Muy desventurado soy, » esclamó, « en haber venido á este sitio para hacer tan gran fineza á un ingrato. Por favor haceos cargo de vuestra sinrazon, y revocad un juramento tan desatinado. Perdonadme, y Dios os perdonará tambien : si me concedeis jenerosamente la vida, os escudará contra todas las tramas urdidas en vuestro daño. — No, tu muerte es positiva, » dijo el jenio, « elije solamente cómo quieres que te mate. » Viendo el pescador que era invariable su resolucion de matarle, sintió gran dolor, no tanto por él como por sus tres hijos, compadeciendo el desamparo á que se iban á ver reducidos con su muerte. Esforzóse aun en aplacar al jenio, diciéndole : « ¡ Ay de mí! apiadaos, considerando lo que por vos hice. — Ya te lo dije, » replicó el jenio, « que precisamente por ese motivo estoy forzado á quitarte la vida. — Estraño parece, » le manifestó el pescador, « que absolutamente querais volver mal por bien, pues aunque dice el proverbio que el que hace bien á quien no lo merece siempre queda mal correspondido, creia, lo confieso, que esto era falso, pues nada desdice con efecto mas de la razon y los derechos sociales; sin embargo esperimento cruelmente que esto es muy cierto. — No perdamos tiempo, » interrumpió el jenio, « todos esos alegatos no pueden hacerme volver atrás. Apresúrate á decir cómo quieres que te mate. » La necesidad aguza el entendimiento. Ocurrióle al pescador un ardid : « Ya que no puedo evitar la muerte, » le dijo al jenio, « me conformo con la voluntad de Dios, pero antes que elija el jénero de muerte, os suplico, por el gran nombre de Dios grabado en el sello del profeta Salomon, hijo de David, que me digais la verdad sobre una pregunta que tengo que haceros. »

Cuando el jenio vió que le hacian un conjuro que le precisaba á responder positivamente, tembló en sí mismo y dijo al pescador : « Pídeme lo que quieras y date priesa..... »

Amaneciendo ya, Cheherazada calló en este punto de su plática : « Hermana mia, » le dijo Dinarzada, « debo confesar que cuanto mas hablas, mas gusto me das. Espero que el sultan, nuestro señor, no te mandará matar hasta que haya oido lo que falta del hermoso cuento del pescador. — El sultan es dueño de hacerlo, » replicó Cheherazada; « debo querer todo cuanto le plazca. » El sultan, que no tenia menos deseos que Dinarzada de oir el fin de aquel cuento, difirió todavía la muerte de la sultana.



NOCHE XI.

Chahriar y la princesa su esposa pasaron aquella noche del mismo modo que las anteriores, y antes que amaneciese, Dinarzada la despertó con estas palabras : « Hermana mia, te ruego que prosigas el cuento del pescador. — Con mucho gusto, » respondió Cheherazada, « voy á satisfacerte con el beneplácito del sultan. »

Habiendo prometido el jenio decir la verdad, el pescador le dijo : « Quisiera saber si efectivamente estabais en este vaso; ¿os atreveriais á jurarlo por el gran nombre de Dios? — Sí, » respondió el jenio, « juro por ese gran nombre que yo estaba en él y que es la pura verdad. — Hablando de buena fé, » replicó el pescador, « no puedo creeros. En este vaso apenas cabria uno de vuestros piés; ¿y cómo puede ser que haya contenido todo vuestro cuérpo? — Sin embargo, » replicó el jenio, « te juro que yo estaba tal cual me ves. ¿No me crees aun despues del gran juramento que te he hecho? — No ciertamente, » dijo el pescador, « ni tampoco os creeré á menos que me lo hagais ver palpablemente. »

Disolvióse entónces el cuerpo del genio, convirtiéndose en humo, y se estendió como antes sobre el mar y la playa, y luego reuniéndose, empezó á entrar en el vaso, continuando del mismo modo con pausada é igual sucesion hasta que no quedó nada fuera. Luego salió una voz que dijo al pescador : « Y bien pues, incrédulo pescador, ya estoy dentro del vaso : ¿me crees ahora? »

El pescador, en vez de contestar al jenio, cojió la tapa de plomo, y habiendo cerrado prontamente el vaso : « Jenio, » le gritó, « pídeme gracia tú ahora, y elije con que muerte quieres que te acabe; pero no, mejor es que te eche otra vez al mar en el mismo sitio de donde te he sacado; luego edificaré una casa en esta playa y viviré en ella para avisar á todos los pescadores que vengan á echar sus redes, que se guarden mucho de volver á pescar un jenio perverso como tú que has jurado matar á quien te diere la libertad. »

A estas palabras ofensivas, el jenio airado echó el resto de sus brios para salir del vaso; pero esto no le fué posible, porque la estampa del sello del profeta Salomon, hijo de David, se lo imposibilitaba. Así viendo que el pescador se le habia sobrepuesto, acudió al partido de disimular su cólera : « Pescador, » le dijo en acento halagüeño, « guárdate de hacer lo que dices. Lo que yo hice fué por mera diversion, y no debes tomar las chanzas tan formalmente. — O jenio, » contestó el pescador, « tú, que eras poco ha el mayor, y ahora eres el menor de todos los jenios, sabe que de nada te servirán tus marañas y halagos, pues volverás al mar. Si en él permaneciste todo el tiempo que has dicho, muy bien podrás permanecer hasta el dia del juicio final. En nombre de Dios te rogué que no me quitases la vida, y tú desechaste mis ruegos; justo es que te corresponda del mismo modo. »

Nada perdonó el jenio para enternecer al pescador : « Abre el vaso, » le dijo, « dame la libertad, y te prometo que vendrás á quedar satisfecho de mí. — Eres un traidor, » replicó el pescador, « y yo mereciera perder la vida, si cometiese la imprudencia de fiarme de ti, pues no dejarias de tratarme del mismo modo que trató cierto rey griego al médico Duban. Escucha ; voy á contarte su historia :

HISTORIA DEL REY GRIEGO Y DEL MÉDICO DUBAN.

Habia en Persia, en el pais de Zuman, un rey cuyos súbditos eran de oríjen griego : este rey estaba cuajado de lepra, y sus médicos, despues de haber echado el resto de sus remedios para curarle, no sabian ya que recetarle, cuando llegó á su corte un médico sapientísimo llamado Duban.

Este médico habia adquirido su ciencia en los libros griegos, persas, turcos, árabes, latinos, siríacos y hebreos, y además de ser consumado

en la filosofía, conocia perfectamente las buenas y malas calidades de toda especie de plantas y drogas. Luego que le informaron de la enfermedad del rey y supo que sus médicos lo habian desahuciado, se vistió con el mayor aseo que pudo y halló medio de que lo presentasen al rey. « Señor, » le dijo, « he sabido que todos los médicos de quienes vuestra majestad se ha valido no han podido curaros de la lepra; pero si quereis hacerme el honor de admitir mis servicios, me empeño en curaros sin bebidas y sin apósitos. » Escuchó el rey esta proposicion y respondió : « Si tal es tu maestría que cumplas lo que ofreces, te prometo enriquecerte á ti y á toda tu posteridad, y sin contar los regalos que te haga, serás mi privado mas íntimo. ¿ Me aseguras pues que me quitarás la lepra sin hacerme tomar ningun pócima y sin aplicarme ningun remedio esterior? — Sí señor, » replicó el médico, « confio conseguirlo con ayuda de Dios, y desde mañana haré la prueba. »

Con efecto, el médico Duban se retiró á su casa é hizo un mazo que horadó por el mango, colocando en él la droga de que ideó valerse. Hecho esto, preparó tambien una bola del modo que la queria, y fué al dia siguiente á presentarse al rey, y postrándose á sus piés, besó el suelo..... »

En este lugar, advirtiendo Cheherazada que era de dia, se lo avisó á Chahriar y enmudeció : « En verdad, hermana mia, » dijo entónces Dinarzada, « no sé de dónde sacas tantas lindas invenciones. — Otras oirás mañana, » respondió Cheherazada, « si el sultan, mi señor, tiene á bien dilatarme todavía la vida. » Chahriar, que no deseaba con menos afan que Dinarzada saber la continuacion de la historia del médico Duban, no pensó en decretar la muerte de la sultana por aquel dia.

NOCHE XII.

La duodécima noche estaba muy adelantada, cuando Dinarzada habiéndose despertado, dijo : « Hermana mia, si no duermes, te suplico que prosigas la agradable historia del rey griego y del médico Duban. — Con mucho gusto, » respondió Cheherazada, y al punto tomó así el hilo de su narracion :

Señor, así prosiguió el pescador, hablando siempre al jenio que tenia encerrado en el vaso: Alzóse el médico Duban, y despues de haber hecho una profunda reverencia, le dijo al rey que juzgaba conveniente que su majestad montase á caballo y fuese á la plaza para jugar al mallo. Hizo el rey lo que decia, y cuando hubo llegado al lugar destinado para jugar al mallo (1), se acercó á él el médico con el mazo que habia preparado, y presentándoselo, le dijo: « Tomad, señor, ejercitaos con este mazo, despidiendo esta bola con él por toda la plaza hasta que sintais un sudor por todo el cuerpo. Cuando haya llegado á calentarse con la mano el remedio que he encerrado en el mango de este mazo, os penetrará por todo el cuerpo, y luego que sudeis, podréis dejar este ejercicio, porque el remedio habrá hecho su efecto. En estando de vuelta en vuestro palacio, os meteréis en el baño y os haréis lavar y restregar esmeradamente : luego os acostaréis, y mañana al levantaros os hallaréis curado. »

Tomó el rey el mazo, y corrió á caballo tras la bola que habia tirado. Arrojóla y le fué rechazada por los oficiales que jugaban con él, volviósela, y al fin el juego duró tanto tiempo, que le sudó la mano y despues todo el cuerpo, de modo que el remedio encerrado en el mango del mazo hizo su efecto como lo habia dicho el médico. Entónces el rey, dejando de jugar, se restituyó á su palacio, se metió en el baño y observó puntualmente cuanto se le habia dispuesto. Con efecto, al levantarse al dia siguiente, advirtió con tanta estrañeza como complacencia que estaba curado de la lepra y mostraba el

(1) El mallo ó juego de pelota á caballo, llamado por los Persas *tchogan*, se juega del modo siguiente : Se arroja la pelota en medio de la plaza, y los jugadores, divididos en dos cuadrillas con el mazo en la mano, corren tras ella á galope para rebotarla.

cuerpo tan terso como si jamás la hubiese padecido. Luego que estuvo vestido, pasó á la sala de audiencia pública, subió al trono y se mostró á todo sus cortesanos, que habian acudido muy temprano, deseosos de saber el resultado del nuevo remedio. Cuando vieron que el rey estaba perfectamente curado, prorumpieron todos en raptos de regocijo.

El médico Duban entró en la sala é iba á postrarse al pié del trono con el rostro en el suelo; pero el rey, que le clavó la vista, le llamó é hizo sentar á su lado, mostrándole á todo el concurso, y dándole públicamente todos los elojios que merecia. No paró en esto el príncipe; como obsequiaba aquel dia á toda su corte, le hizo comer en su mesa, solo con él..... » A estas palabras, Cheherazada advirtió que era de dia é interrumpió su cuento.

« Hermana mia, » le dijo Dinarzada. « ignoro cuál será el fin de esa historia, pero el principio me parece admirable. — Lo que falta por contar es su mejor parte, » respondió la sultana, « y estoy segura de que lo entenderás así, como el sultan me permita que lo acabe la noche próxima. » Consintió en ello Chahriar y se levantó muy satisfecho de lo que habia oido.

NOCHE XIII.

Al acabarse la noche siguiente, Dinarzada dijo otra vez á la sultana: « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que prosigas la historia del rey griego y del médico Duban. — Hermana, » respondió Cheherazada, « voy á satisfacer tu curiosidad con el permiso del sultan, mi señor. » Entónces prosiguió así su cuento :

El rey griego, dijo el pescador, no se contentó con admitir en su mesa al médico Duban, pues al acabarse el dia y despedirse el concurso, le mandó vestir una riquísima túnica, semejante á la que llevaban comunmente los palaciegos en su presencia, y además le mandó dar dos mil zequines. Obsequióle tambien en los dias siguientes, y al fin creyendo no poder agradecer bastante el servicio que le habia hecho aquel consumado médico, derramaba á cada instante sobre él nuevos beneficios.

Es el caso que este rey tenia un gran visir, avariento, envidioso y naturalmente propenso á todo jénero de maldades. No habia podido ver sin pesar los regalos hechos al médico, cuyo mérito empezaba además á hacerle sombra, y así determinó desconceptuarle con el rey. Para conseguirlo fué á ver al príncipe, y le dijo á solas que tenia que darle un aviso de la mayor importancia. Habiéndole preguntado el rey lo que era: « Señor, » le dijo, « espuesto es para un monarca poner su confianza en un hombre cuya fidelidad no tenga cabalmente esperimentada. Al colmar de beneficios al médico Duban y hacerle tantos obsequios, estais muy ajeno de figuraros que es un traidor que se ha introducido en esta corte con el objeto único de asesinaros. — ¿De quién sabeis eso? » replicó el rey. « ¿Pensais que hablais conmigo y que estais afirmando un hecho que no he de creer á la lijera? — Señor, » replicó el visir, « estoy perfectamente informado de lo que tengo el honor de representaros. No os entregueis por mas tiempo á una confianza arriesgada. Si vuestra majestad duerme, despiértese, porque no cabe duda en que el médico Duban ha salido de la Grecia, su patria, y ha venido á avecindarse en vuestra corte para ejecutar el intento horroroso que os he dicho. — No, no, visir, » interrumpió el rey, « seguro estoy que ese hombre, á quien suponeis alevoso y traidor, es el mas virtuoso, el mejor de todos los hombres; nadie en el mundo puede merecerme igual cariño. Ya sabeis por que remedio, ó mejor diré milagro, me curó de la lepra; si tiene miras contra mi vida, ¿porqué me la salvó? Bastábale desampararme en mi dolencia, pues no podia vencerla, estando ya mi vida medio consumida. Dejad pues de infundirme sospechas aéreas, y en vez de admitirlas, os participo que desde este dia concedo á ese hombre grande por toda su vida una pension de mil zequines al mes. Aun cuando partiese con él mis riquezas y mis estados, no

le premiaria bastante lo que por mi ha hecho. Ya veo lo que es, su virtud mueve vuestra envidia; pero no creais que me deje impresionar injustamente contra él; me acuerdo muy bien de lo que un visir dijo al rey Sindbad, su amo, para no dejarle dar muerte al príncipe su hijo..... »

« Pero, señor, » añadió Cheherazada, « ya apunta el dia, y debo interrumpir mi narracion.

— Agradecida estoy al rey griego, » dijo Dinarzada, « por haber tenido la entereza de desechar la falsa acusacion de su visir. — Si hoy alabas la firmeza de aquel príncipe, » interrumpió Cheherazada, « mañana condenarás su debilidad, si quiere el sultan que acabe de referir esta historia. » El sultan, ansioso de saber en que habia manifestado el rey flaqueza, siguió dilatando la muerte de la sultana.

NOCHE XIV.

« Hermana mia, » esclamó Dinarzada, al terminarse la noche décimacuarta, « si no duermes, te pido que, ínterin amanece, continúes la historia del pescador; quedaste en el punto en que el rey aboga por la inocencia del médico Duban y toma con tanto afan su defensa. — Ya me acuerdo, » respondió Cheherazada; « vas á oir la continuacion: Señor, prosiguió, dirijiéndose siempre á Chahriar, lo que el rey acababa de decir respecto al rey Sindbad movió la curiosidad del visir, quien le dijo: « Señor, ruego á vuestra majestad que me perdone, si tengo la osadía de preguntarle lo que el visir del rey Sindbad dijo á su amo para distraerle de dar muerte á su hijo. » El rey se complació en satisfacerle: « Este visir, » respondió, « despues de haber representado al rey Sindbad que por la mera acusacion de una madrastra debia retraerse de cometer una accion de que se arrepintiese, le contó esta historia:

HISTORIA DEL MARIDO Y DEL LORO (1).

Un buen hombre tenia una mujer á quien amaba en tal estremo, que no la perdia de vista en cuanto podia. Obligáronle un dia urjentes negocios á ausentarse de ella, y pasó por un sitio dondé vendian toda clase de pájaros; allí compró un loro, que no solo hablaba muy bien, sino que tenia el don de dar cuenta de cuanto habia presenciado. Trájolo en una jaula á casa y encargó á su mujer que lo colocase en su aposento y tuviese cuidado de él durante el viaje que iba á emprender, y hecho esto, se puso en camino.

A su regreso preguntóle al loro lo que habia ocurrido durante su ausencia, y el pájaro le informó de ciertas particularidades que dieron motivo al marido para reconvenir agriamente á su mujer. Esta creyó que alguna de sus esclavas la habria descubierto, pero todas juraron que le habian sido fieles y convinieron en que debia ser el loro el que habia dado aquel soplo.

Preocupada la mujer con aquella aprension, discurrió un medio para desvanecer las sospechas de su marido y vengarse al mismo tiempo del loro, y he aquí lo que hizo. Habiéndose marchado su marido para hacer un viaje de un dia, mandó á una esclava que diese vueltas durante toda la noche á un molinillo colocado debajo de la caja del pájaro; á otra de verter agua en forma de lluvia encima de la caja, y á una tercera de cojer un espejo y darle vueltas á derecha é izquierda á la luz de una vela á los ojos del loro. Las esclavas pasaron gran parte de la noche haciendo lo que les habia mandado su ama, y lo ejecutaron con primorosa maña.

Al dia siguiente volvió el marido y preguntó al loro lo que habia ocurrido en casa, á lo cual el pájaro le respondió: « Amo, los relámpagos, los truenos y la lluvia me han incomodado de tal modo durante toda la noche, que no puedo deciros cuanto he padecido. » El marido, que sabia muy bien que no habia llovido ni tronado en toda la noche, se persuadió que,

(1) Esta historia y la que sigue están sacadas de la novela de *Sindbad* o *Syntipas*.

así como el loro no decia en esto verdad, tampoco se la habia dicho respecto á su mujer, y enojado, lo sacó de la jaula y lo arrojó tan reciamente contra el suelo que lo dejó muerto. Sin embargo supo despues por sus vecinos que el pobre loro no habia mentido contándole la conducta de su mujer, lo cual fué causa de que se arrepintiese de haberlo muerto.... »

Detúvose aquí Cheherazada, advirtiendo que era de dia. Todo cuanto cuentas, hermana mia, » le dijo Dinarzada, « es tan ameno que nada me parece mas agradable. — Quisiera continuar divirtiéndote, » respondió Cheherazada, « pero no sé si el sultan, mi señor, me dará tiempo para ello. » Chahriar, que no se deleitaba menos que Dinarzada en oir á la sultana, se levantó y pasó el dia sin disponer que le diesen muerte.



NOCHE XV.

No fué menos puntual Dinarzada esta noche que las anteriores en despertar á Cheherazada: « Mi querida hermana, » le dijo, « si estás despierta, te pido que antes de amanecer me cuentes uno de esos lindos cuentos que sabes. — Hermana mia, » respondió la sultana, « voy á darte ese gusto. — Aguarda, » interrumpió el sultan, « termina la conversacion del rey con su visir, tocante al médico Duban, y luego prosigue la historia del pescador y del jenio. — Señor, « replicó Cheherazada, « vais á quedar obedecido, » y diciendo esto, continuó de este modo :

Cuando el rey, dijo el pescador al jenio, hubo concluido la historia del loro: «y vos, visir,» añadió, «por la envidia que habeis concebido contra el médico Duban, que ningun daño os hizo, quereis que le mande matar; pero me guardaré muy bien de ello, por temor de haberme de arrepentir, como sucedió al marido de haber muerto su loro.

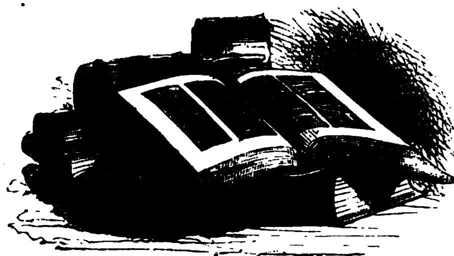
El pernicioso visir estaba muy interesado en el derribo del médico Duban para desistir de su intento, y asi replicó: «Señor, la muerte del loro era poco importante, y no creo que su amo la sintiera mucho tiempo; ¿pero por qué os ha de retraer de quitar de en medio á ese médico la zozobra de atropellar á la inocencia? ¿No basta que se le acuse de asechanzas contra vuestra vida, para autorizaros á privarle de la suya? Cuando se trata de afianzar los dias de un rey, una mera sospecha debe equivaler á certidumbre, y es mejor sacrificar al inocente que salvar al culpado. Pero, señor, esto no es incierto: el médico Duban quiere asesinaros. No me mueve la envidia contra él, y sí solo el interés que tomo en la conservacion de vuestra tranquilidad; mi celo me incita á daros un aviso de tan suma importancia. Si es falso, merezco que me castiguen del mismo modo que castigaron en otro tiempo á un visir.—¿Qué hizo ese visir?» dijo el rey, «para merecer ese castigo?—Voy á decírselo á vuestra majestad,» respondió el visir, «le pido que tenga á bien escucharme:

HISTORIA DEL VISIR CASTIGADO.

Habia en otro tiempo un rey que tenia un hijo sumamente apasionado á la caza. Permitíale disfrutar á menudo esta diversion, pero habia dado órden á su gran visir para que le acompañase, siempre y nunca lo perdiese de vista. Un dia de caza, los monteros lanzaron un ciervo, y el príncipe creyendo que el visir le seguia, corrió tras el animal, y dejándose llevar de su ímpetu, se halló solo. Detúvose, y observando que habia perdido la senda, quiso volver atrás para incorporarse con el visir, que no habia sido bastante diligente en seguirle de cerca, pero se estravió. Mientras corria á diestro y siniestro sin rumbo fijo, encontró en una senda una dama bastante agraciada que lloraba amargamente. Tiró el caballo de la rienda y preguntó á aquella mujer quién era, qué hacia sola en aquel sitio y si necesitaba algun auxilio. «Yo soy,» respondió ella, «hija de un rey de las Indias, salí á pasear á caballo por el campo, me dormí y me caí. Mi caballo se ha escapado é ignoro lo que se ha hecho de él.» El jóven príncipe se condolió, y le propuso que montase en las ancas, lo cual aceptó gustosa.

Al pasar cerca de una choza, manifestó la dama deseo de apearse para alguna urjencia; habiéndose detenido el príncipe, la dejó bajar, y él hizo otro tanto y se acercó á la casilla llevando el caballo de la brida. Imajinaos cual seria su pasmo, cuando oyó que la dama pronunciaba dentro estas palabras: «Alegraos, hijos mios, pues os traigo un jóven hermoso y gordo;» y que otras voces le respondieron al punto: «¿Mamá, en dónde está? lo comerémos al instante porque tenemos mucha gana.»

No necesitó el príncipe oir mas para comprender el peligro en que se hallaba. Vió claramente que la dama que se titulaba hija de un rey de las Indias, era una ogra, mujer de uno de aquellos demonios salvajes llamados ogros, que se retiran á parajes desiertos y se valen de mil ardides para sorprender y devorar á los viandantes. Despavorido todo, montó prontamente á caballo. La supuesta princesa llegó al punto, y viendo que habia errado el golpe: «Nada temais, le dijo al príncipe, «¿quién sois? ¿qué buscais?—«Ando estraviado,» respondió este, «y busco mi camino.—Si os habeis estraviado,» dijo ella, «encomendaos á Dios, y os sacará del apuro en que os hallais.» Alzó entonces el príncipe los ojos al cielo... «Pero, señor,» dijo Cheherazada en este lugar, «debo interrumpir mi relacion, pues amanece ya. -Lo siento, hermana mia,» dijo Dinarzada, «pues estoy azorada por saber lo que será del jóven príncipe.—Mañana te despenaré,» respondió la sultana, «si mi señor quiere dejarme vivir hasta entónces.» Chahriar, ansioso de saber el desenlace de aquella historia, dilató aun la vida de Cheherazada.



NOCHE XVI.

Dinarzada ardia en deseos de oir el fin de la historia del jóven principe, y así se despertó antes de la hora acostumbrada. «Hermana mia,» le dijo, «si no duermes, te pido que concluyas la historia que empezaste ayer; me interesa la suerte del jóven príncipe y tengo miedo de que le coman la ogra y sus hijos. «Habiendo manifestado Chahriar que tenia igual temor, «Señor,» le dijo la sultana, «voy á sacaros de ese desasosiego.»

Luego que la falsa princesa de las Indias dijo al jóven príncipe que se encomendase á Dios, conceptuando que no hablaba de veras, y que contaba con él como si fuera ya presa suya, alzó las manos al cielo y dijo: «Señor, vos que sois todo poderoso, echad una mirada sobre mí y libradme de esta enemiga.» Con aquella súplica, la mujer del ogro entró en la choza, y el príncipe se alejó desaladamente. Recobró por dicha el camino y llegó sano y salvo al palacio del rey su padre, á quien contó el riesgo que acababa de correr por la falta del gran visir. Enojado el rey contra el ministro, le mandó ajusticiar en aquel mismo punto.

«Señor,» prosiguió el visir del rey, «volviendo al médico Duban, si lo recapacitais, la confianza que en él depositais os redundará en grave daño; estoy bien informado de que es un espía que vuestros enemigos envian para armar asechanzas contra la vida de vuestra majestad. Decis que os ha curado, ¿y quién os lo puede asegurar? Acaso os ha curado tan solo en apariencia, y no radicalmente, y aun ¿quién sabe si ese remedio no producirá con el tiempo un efecto pernicioso?»

El rey, que era naturalmente de limitados alcances, no caló el intento fementido de su visir, ni tuvo teson para persistir en su primera resolucion. Este discurso le hizo titubear. «Visir,» le dijo, «tienes razon; quizá ha venido para quitarme la vida, lo cual puede muy bien ejecutar con el olor solo de alguna droga. Hemos de ver lo que conviene hacer en semejante caso.»

Cuando el visir vió al rey aparejado para lo que apetecia, «Señor,» le dijo, «el medio mas pronto y seguro de lograr vuestro reposo y poner en salvo vuestra vida, es enviar al punto en busca del médico Duban y mandarle degollar en habiendo llegado. — Verdaderamente,» replicó el rey, «creo que así se debe precaver su intento.» Dichas estas palabras, llamó á uno de sus oficiales y le mandó que fuese en busca del médico, el cual ignorando lo que el rey queria, acudió inmediatamente á palacio. «¿Sabes,» le dijo el rey al verle, «para qué te he llamado? — No, señor,» respondió, «y aguardo que vuestra majestad se digne decírmelo. — Te he mandado llamar,» replicó el rey, «para librarme de ti, haciéndote quitar la vida.

Imposible fuera espresar el asombro del médico cuando oyó pronunciar su sentencia de muerte. «Señor,» dijo, «¿qué motivo puede tener vuestra majestad para mandarme matar? ¿Qué crímen he cometido? — Me han informado,» replicó el rey, «que eres un espía venido á mi corte para acabar con mi vida; pero quiero ganarte por la mano arrebatándote la tuya. Descarga,» añadió al verdugo que estaba presente, «y líbrame de un alevoso que se ha introducido aquí solo para asesinarme.»

A esta órden cruel, el médico entendió claramente que los honores y beneficios que habia recibido le habian acarreado enemigos y que el apocado monarca se habia dejado sorprender por sus imposturas. Arrepentíase de haberle curado de la lepra; mas era ya un arrepentimiento intempestivo. «¿Así me premiais,» le decia, «por el bien que os hice?» El rey no quiso escucharle y mandó por segunda vez al verdugo que descargase el golpe mortal. El médico recurrió otra vez á las súplicas diciendo: «¡Ay de mí! señor, alargadme la vida, y Dios os dilatará la vuestra, no me deis la muerte por miedo de que Dios os trate del mismo modo.»

El pescador interrumpió su relacion en este punto para encararse con el jenio: «Jenio,» le dijo, «ya ves que lo que pasó entónces entre

el rey y el médico Duban acaba de suceder hace poco entre nosotros. »

El rey, prosiguió, en lugar de atender la súplica que el médico acababa de hacerle instándole en nombre de Dios, le replicó ásperamente : « No, no, es de absoluta necesidad que mueras; así mismo podrias quitarme la vida aun mas repentinamente de lo que me has curado.» Sin embargo el médico, anegado en llanto y quejándose lastimosamente de verse tan mal pagado del servicio que habia hecho al rey, se dispuso á recibir el golpe mortal. El verdugo le vendó los ojos, le ató las manos y se puso en ademan de enarbolar el sable.

Entónces los palaciegos que estaban presentes, movidos á compasion, pidieron al rey que le hiciese gracia, asegurando que no estaba culpado y respondiendo de su inocencia, pero el rey se mantuvo inflexible y les habló de modo que no se atrevieron á replicarle.

El médico estaba de rodillas, con los ojos vendados y pronto á recibir el golpe que debia terminar su existencia, cuando volvió á suplicar al rey. « Señor, » le dijo, « ya que vuestra majestad no quiere revocar la sentencia de mi muerte, á lo menos le pido que me conceda ir hasta mi casa para disponer mi sepultura, despedirme de mi familia, hacer limosnas y dejar mis libros á personas capaces de hacer buen uso de ellos. Tengo uno entre otros que quiero regalar á vuestra majestad : es un libro preciosísimo y muy digno de ser esmeradamente custodiado en vuestro tesoro. — ¿Y porqué es tan precioso ese libro? » replicó el rey. — « Señor, » prosiguió el médico, « lo es porque contiene infinidad de curiosidades, y la principal de ellas es que, despues de haberme degollado, si vuestra majestad quiere tomarse la molestia de abrir el libro en la hoja sexta y leer el tercer renglon de la pájina que está á la izquierda, mi cabeza responderá á todas las preguntas que me querais hacer. » El rey, ansioso de ver una rareza tan maravillosa, suspendió su muerte hasta el dia siguiente, y lo envió á su casa con buena escolta.

Durante este tiempo el médico arregló todos sus negocios, y como cundió la voz de que habia de suceder un prodijio inaudito despues de su muerte, los visires, emires (1), oficiales de la guardia, en un palabra, toda la corte asistió al dia siguiente á la sala de audiencia para presenciarlo.

(1) Emir, significa jefe, comandante.

Pronto compareció el médico Duban y se adelantó hasta el pié del trono, con un libro en la mano. Allí mandó que le trajesen un azafate, sobre el cual estendió el forro del libro, y presentando este al rey, « Señor, » le dijo, « tomad este libro, y luego que me hayan cortado la cabeza, mandad que la coloquen sobre su forro, y al punto cesará de correr la sangre : entónces abriréis el libro, y mi cabeza responderá á todas vuestras preguntas. Pero, señor, » añadió, « permitidme que implore de nuevo la clemencia de vuestra majestad; en nombre de Dios moveos á compasion : os protesto que soy inocente. — Tus súplicas son escusadas, » respondió el rey, « y aun cuando no fuera mas que por oir hablar á tu cabeza despues de tu muerte, quiero que mueras. » Dicho esto, tomó el libro de mano del médico, y mandó al verdugo que desempeñase su cargo.

La cabeza quedó cortada con tal primor, que cayó en el azafate, y apenas estuvo colocada sobre el forro, cesó de correr la sangre. Entónces, con asombro del rey y de todos los concurrentes, abrió los ojos y tomando la palabra, « Señor, » dijo, « abra vuestra majestad el libro. » Abriólo el rey, y hallando que la primera hoja estaba pegada á la segunda, para volverla con mas facilidad, llevó el dedo á la boca y lo mojó con saliva. Hizo lo mismo hasta la sexta hoja, y no viendo nada escrito en la pájina indicada : « Médico, » dijo á la cabeza, « no hay nada escrito. — Pasa algunas hojas mas, » replicó la cabeza. El rey continuó hojeando, llevando siempre el dedo á la boca, hasta que llegando á hacer efecto el veneno de que estaba empapada cada hoja, se sintió conmovido de repente de un arrebato estraordinario; se le oscureció la vista y cayó al pié de su trono con violentas convulsiones...

A estas palabras, notando Cheherazada que habia amanecido, se lo advirtió al sultan y enmudeció. « ¡Ah! querida hermana! » dijo entónces Dinarzada, « ¡cuánto siento que no tengas tiempo de concluir esta historia! quedaria inconsolable, si perdieseis hoy la vida. — Hermana mia, » respondió la sultana, « sucederá lo que el sultan quiera; pero es de esperar que tenga á bien suspender mi muerte hasta mañana. » Efectivamente Chahriar, lejos de disponer aquel dia su muerte, aguardó la noche siguiente con impaciencia; tantísimo era el afan que tenia por saber el fin de la historia del rey y la continuacion de la del pescador y el jenio.

NOCHE XVII.

Por mucha curiosidad que tuviese Dinarzada de oir lo que faltaba de la historia del rey, no se despertó aquella noche tan temprano como acostumbraba, y aun habia ya casi amanecido cuando dijo á la sultana : « Mi querida hermana, te ruego que prosigas la maravillosa historia del rey; pero date prisa porque luego amanecerá. » Cheherazada anudó el hilo de aquella historia en el lugar donde la habia dejado el dia anterior. Señor, dijo, cuando el médico Duban, ó, por mejor decir, su cabeza, vió que el veneno producia su efecto y que el rey tenia pocos momentos de vida, « Tirano, » le voceó, « he aquí como son tratados los príncipes que, abusando de su autoridad, quitan la vida á inocentes. Dios castiga tarde ó temprano sus injusticias y crueldades. » Apenas la cabeza hubo concluido estas palabras, cuando el rey cayó muerto, y ella tambien exhaló la ráfaga vital que la animaba.

« Señor, » prosiguió Cheherazada, « tal fué el fin del rey y del médico Duban; ahora es preciso volver á la historia del pescador y del jenio; pero no merece la pena de empezar porque ya está amaneciendo. » El sultan, que tenia repartidas sus horas, no pudiendo escucharla por mas tiempo, se levantó, y queriendo absolutamente saber lo que faltaba de la historia del jenio y del pescador, advirtió á la sultana que la tuviese corriente para la noche inmediata.

NOCHE XVIII.

Dinarzada se desquitó aquella noche de la anterior despertándose mucho antes del alba y llamando á Cheherazada : « Hermana mia, » le dijo, « si estás lista, te ruego que nos cuentes la continuacion de la historia del jenio y del pescador; ya sabes que el sultan desea oirla tanto como yo. — Voy, » respondió la sultana, « á satisfacer su curiosidad y la tuya ; » y dirijiéndose luego á Chahriar, Señor, prosiguió, luego que el pescador concluyó la historia del rey y del médico Duban, se la aplicó al jenio que tenia siempre encerrado en el vaso.

« Si el rey, » le dijo, « hubiese querido dejar vivir al médico, Dios le hubiera dejado vivir á él ; pero menospreció sus rendidas súplicas, y Dios lo castigó. Lo mismo sucede contigo, ó jenio; si yo hubiera podido ablandarte y recabar de ti la gracia que te he pedido, ahora me apiadaria del estado en que te hallas; pero ya que persististe en el intento de matarme á pesar del sumo favor de haberte puesto en libertad, debo ahora por mi parte mostrarme empedernido. Voy á dejarte sin vida hasta el fin de los tiempos, dejándote en ese vaso y volviéndote á echar al mar ; esta es la venganza que de ti quiero tomar.

— « Pescador, amigo mio, » respondió el jenio, « otra vez te suplico que no cometas accion tan inhumana. Acuérdate de que no es de pechos hidalgos el vengarse, y que por el contrario es digno de alabanza el devolver bien por mal : no me trates como Imama trató en otro

tiempo á Ateca. — ¿Y qué hizo Imama con Ateca? » replicó el pescador. — « ¡Oh! si deseas saberlo, » replicó el jenio, « abre este vaso; ¿te figuras que esté de temple de contar cuentos en semejante encierro? Cuando me hayas sacado de aquí, yo te diré tantos como quieras. — No, » dijo el pescador, « no quiero libertarte; basta de razones; voy á echarte á pique. — Vamos, una palabrita, pescador, » clamó el jenio; « te prometo que no te haré ningun daño, y aun por el contrario te enseñaré una receta para que puedas llegar á ser sumamente rico. »

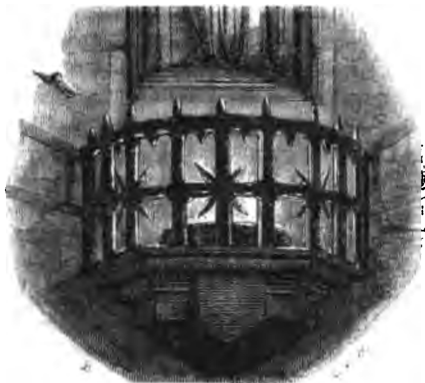
La esperanza de salir de la pobreza aplacó el enojo del pescador. « Te atenderia gustoso, » le dijo, « si pudiera contarse con tu palabra. Júrame por el gran nombre de Dios que harás de buena fe lo que dices, y te abriré el vaso, pues no creo que te atrevas á quebrantar semejante promesa. » Hízolo el jenio, y el pescador levantó al punto la tapa del vaso, del cual salió humo, y habiendo recobrado el jenio su forma del idéntico modo que antes, lo primero que hizo fué arrojar el vaso á la mar. Esta accion dejó al pescador despavorido, y dijo al jenio: « ¿Qué quiere decir esto? ¿qué no quereis guardar ya el juramento que acabais de hacer? ¿y he de deciros lo que el médico Duban decia al rey griego: « Dejadme vivir y Dios prolongará vuestros dias? »

Rióse el jenio del susto del pescador y respondióle: « No, pescador, espláyate, solo he tirado el vaso para divertirme y ver si te sobresaltabas, y para persuadirte que deseo cumplir mi palabra, toma tus redes y sígueme. » Dichas estas palabras, empezó á andar delante del pescador, el cual, cargado con sus redes, le siguió con cierta desconfianza. Pasaron delante de la ciudad y subieron á la cumbre de un monte de donde bajaron á una estensa llanura, que los condujo á un grande estanque encajonado entre cuatro cerros.

Cuando hubieron llegado á orillas del estanque, dijo el jenio al pescador: « Echa tus redes y saca peces. » No dudó el pescador que cojeria muchos porque el estanque estaba lleno, pero lo que mas le pasmó fué el ver que los habia de cuatro colores diferentes, esto es, blancos, encarnados, amarillos y azules. Echó sus redes y sacó cuatro, uno de cada color, y como jamás habia visto objeto que se les pareciese, no podia cansarse de admirarlos y se empapaba todo en complacencia al figurarse que sacaria de ellos una cantidad bastante crecida. « Llévate esos peces, » le dijo el jenio, « y vete á presentarlos al sultan; te dará por ellos mas dinero del que has manejado en toda tu vida. Puedes venir á pescar en este estanque, pero te advierto que no eches tus redes mas de una vez al dia; si no, ten cuidado, pues te va á suceder alguna desgracia; esto te aconsejo, y si lo cumples puntualmente, vas á ser afortunado. » Dicho esto, golpeó la tierra con el pié y desapareció.

Determinado el pescador á seguir punto por punto los consejos del jenio, se guardó de echar otra vez sus redes y tomó el camino de la ciudad, contentísimo con su pesca y haciendo mil reflexiones sobre su aventura. Encaminóse al palacio del sultan para presentarle sus peces....

« Pero, señor, » dijo Cheherazada, « asoma el dia, y debo suspender mi narracion. — Hermana mia, » dijo Dinarzada, « cuán asombrosos son los últimos acontecimientos que acabas de referir. Dificulto que puedas contar en lo sucesivo otros que lo sean mas. — Mi querida hermana, » respondió la sultana, « si mi señor me deja vivir hasta mañana, estoy persuadida de que la continuacion de la historia del pescador te parecerá aun mas portentosa que el principio é incomparablemente mas halagüeña. » Chahriar, ansiosísimo de ver si lo que faltaba de la historia del pescador era tal cual prometia la sultana, tuvo á bien dilatar todavía la ejecucion de la ley cruel que se habia impuesto.



NOCHE XIX.

Al acabarse la noche décimanona, Dinarzada llamó á la sultana y le dijo : « Hermana mia, si estás despierta, te ruego que antes que apunte el dia, me cuentes la historia del pescador, pues estoy sumamente impaciente por oirla. » Cheherazada volvió á proseguir así, con permiso del sultan :

Señor, imajínese vuesa majestad cual seria el pasmo del sultan al ver los cuatro peces que le presentó el pescador. Tomólos uno tras otro para examinarlos con ahinco, y despues de haberlos admirado largo rato, « Tomad esos peces, » dijo á su primer visir, « y llevádselos á la cocinera primorosa que el emperador de los Griegos me ha enviado, pues creo que serán tan gustosos como lindos. » Llevóselos el visir á la cocinera y le dijo al entregárselos : « Tomad estos cuatro peces que acaban de traer al sultan, quien os manda que se los guiseis. » Despues de haber desempeñado este encargo, volvió al sultan, su señor, quien le mandó entregar al pescador cuatrocientas monedas de oro; lo cual ejecutó puntualmente. El pescador, que nunca habia tenido tanto dinero junto, apenas podia comprender su dicha, y la miraba como un sueño, pero luego conoció que era una realidad, haciendo buen uso de este dinero para las necesidades de su familia.

Pero, señor, prosiguió Cheherazada, despues de haberos hablado del pescador, preciso es que os hable tambien de la cocinera del sultan, que vamos á hallar en grande aprieto. Luego que hubo escamado los peces que el visir le habia entregado, los puso sobre el fuego en un cazo con aceite para freirlos, y cuando creyó que estaban corrientes por un lado, les dió vuelta del otro ; ¡ pero ó prodijio inaudito ! apenas les hubo dado vuelta, cuando se abrió la pared de la cocina y salió una dama jóven de estraordinaria belleza y de estatura majestuosa ; estaba vestida con una tela de raso floreado, al estilo de Ejipto, con pendientes, un collar de perlas gruesas y brazaletes de oro montados de rubíes ; tenia en la mano una varita de mirto. Acercóse al cazo con asombro de la cocinera, que vino á quedar atónita á esta vista, y tocando uno de los peces con el cabo de la varita, « Pescadito, pescadito, » le dijo, « ¿ cumples tu obligacion ? » Y no habiendo respondido el pez, volvió á repetir la misma palabra, y entónces los cuatro peces levantaron juntos la cabeza y le dijeron claramente : « Sí, si contais, contamos ; si pagais vuestras deudas, pagamos las nuestras ; si huis, vencemos y quedamos contentos. » Luego que hubieron acabado estas palabras, la dama volcó el cazo y entró por la abertura de la pared, que volvió á cerrarse, quedando todo en el mismo estado de antes.

La cocinera, á quien habian dejado atónita todas estas maravillas, se recobró al fin de su pasmo y levantó los peces que habian caido sobre las ascuas ; pero los halló mas negros que carbon, y por consiguiente que no podia presentárselos al sultan. Apesadumbróse sobremanera y se puso á llorar amargamente diciendo : « ¡ Ay ! ¿ qué va á ser de mí? cuando le cuente al sultan lo que acabo de presenciar, estoy segura de que no me creerá, y ¿ cuál será su ira contra mí ? »

Mientras que así prorumpia, entró el gran visir y le preguntó si los peces estaban prontos. Refirióle ella todo lo que habia sucedido, y esta narracion le asombró en estremo como os podeis figurar, pero no le dijo nada al sultan é inventó una fábula para contentarle. Sin embargo envió inmediatamente por el pescador, y cuando este hubo llegado, « Pescador, » le dijo, « tráeme otros cuatro peces semejantes á los que me has traido, porque ha sucedido cierta desgracia que imposibilita el presentarlos al sultan. » El pescador no le dijo lo que el jenio le habia encargado, pero se escusó con la gran distancia á que era preciso ir, para desentenderse de pescarlos aquel dia, y prometió traerlos á la mañana siguiente.

Con efecto, el pescador marchó de noche y llegó al estanque, y habiendo echado sus redes, sacó cuatro peces, que eran como los otros,

cada uno de su color diferente. Volvió al punto y se los llevó al gran visir á la hora que habia prometido. El ministro los tomó llevándolos él mismo á la cocina, se encerró solo con la cocinera, la cual se esmeró en limpiarlos y los puso sobre el fuego, como lo habia hecho con los otros cuatro el dia anterior. Cuando estuvieron fritos por un lado, los volvió del otro, y entónces abriéndose la pared de la cocina, apareció la misma dama con la varilla en la mano; acercóse al cazo, tocó á uno de los peces diciéndole las mismas palabras, y ellos le dieron todos la misma respuesta levantando la cabeza.

Pero, señor, añadió Cheherazada interrumpiéndose, ya amanece, y debo suspender ésta historia. No hay duda en que son estraordinarias las novedades que acabo de contaros, pero si mañana estoy viva, os referiré otras aun mas dignas de vuestra atencion. — Juzgando Chahriar que la continuacion debia ser muy interesante, determinó oirla la noche siguiente.

NOCHE XX.

« Mi querida hermana, » dijo Dinarzada, como solia, « si no duermes, te ruego que prosigas el hermoso cuento del pescador. » La sultana tomó al punto la palabra y habló así :

Señor, luego que los cuatro peces hubieron respondido á la dama, volcó otra vez el cazo con la varita y desapareció por donde habia entrado. Habiendo presenciado el gran visir aquel suceso, « Estrañísimo es el caso, » recapacitó, « para encubrírselo al sultan, y por lo mismo voy á enterarle de tamaño portento..... » Con efecto, pasó á referírselo todo por puntos.

El sultan, todo atónito, manifestó sumo deseo de ver aquella maravilla, mandó por el pescador y le dijo : « Amigo mio, ¿no podrias traerme otros cuatro peces de diferentes colores? » El pescador respondió al sultan que si su majestad le concedia tres dias para hacer lo que deseaba, esperaba poderle dar gusto. Habiendo conseguido este plazo, acudió al estanque por tercera vez, y fué tan afortunado como en las otras dos, pues luego que echó la red, sacó sus cuatro peces de diferentes colores. Llevóselos inmediatamente al sultan, el cual se complació tanto mas cuanto no esperaba lograrlos tan pronto, y le mandó entregar otras cuatrocientas monedas de oro.

Luego que el sultan tuvo los peces, los hizo llevar á un aposento con todo lo necesario para freirlos, y habiéndose encerrado con su gran visir, este los avió y colocó sobre el fuego en un cazo, y cuando estuvieron fritos por un lado, los volvió del otro. Abrióse entónces la pared del aposento; pero en lugar de la dama, salió un negro vestido de esclavo, de una estatura y una robustez ajigantadas, con un palo verde en la mano. Acercóse al cazo y tocó á uno de los peces con el palo, diciéndole con voz atronadora : « Pescadito, pescadito, ¿cumples con tu obligacion? » A cuyas palabras los peces levantaron las cabezas y respondieron : « Sí, si contais, contamos; si pagais vuestras deudas, pagamos las nuestras; si huis, vencemos y quedamos contentos. »

Apenas los peces acabaron estas palabras, cuando el negro volcó el cazo en medio del aposento y redujo los peces á carbon, y hecho esto, se retiró altivamente volviendo á entrar por la abertura de la pared, que se cerró quedando en el mismo estado que antes. « Tras lo que acabo de ver, » dijo el sultan á su gran visir, « no me cabe ya sosiego, pues no hay duda en que estos peces encubren algun arcano peregrino que quiero investigar. » Mandó por el pescador, y en presentándose este, le dijo : « Pescador, los peces que me has traido me tienen azorado. ¿En qué sitio los pescaste? — Señor, » respondió el pescador, « los pesqué en un estanque encajonado entre cuatro cerros á la otra parte del monte que desde aquí veis. — ¿Sabeis de ese estanque? » dijo el sultan al visir. — « No señor, » respondió el visir, « y ni siquiera he oido hablar de él, aunque hace sesenta años que voy á cazar por aquellos alrededores y á la

traspuesta de ese monte. » Preguntóle el sultan al pescador á qué distancia de su palacio se hallaba el estanque, y el pescador le aseguró que habia unas tres horas de camino; y como aun sobraba bastante dia para llegar allá antes de anochecer, mandó el sultan que toda su corte montase á caballo, y el pescador le sirvió de guia.

Treparon todos á la cumbre, y al bajar vieron con suma estrañeza una estensa llanura que nadie habia advertido hasta entónces. Por fin llegaron al estanque, encajonado efectivamente por cuatro cerros, como el pescador lo habia referido, y siendo el agua muy cristalina, pudieron ir notando que todos los peces eran semejantes á los que el pescador habia llevado á palacio.

Paróse el sultan á la orilla del estanque, y despues de haber observado por algun tiempo los peces con admiracion, preguntó á sus emires y palaciegos cómo era posible que no hubiesen visto nunca aquel estanque, estando á tan corta distancia de la ciudad. Todos le respondieron que nunca habian oido hablar de él. « Ya que todos convenis, » les dijo, « en que nunca supisteis de él, y que esta novedad me causa igual estrañeza, estoy resuelto á no volver á mi palacio hasta que llegue á saber cómo se encuentra aquí este estanque y porqué hay en él peces de cuatro colores. » Habiendo dicho estas palabras, mandó hacer alto y que levantasen tiendas á orillas del estanque.

Al anochecer, el sultan, retirado en su tienda, habló privadamente con su gran visir y le dijo: « Visir, estoy en estremo inquieto: ese estanque trasportado á estos lugares, ese negro que se presentó en mi aposento, y esos peces que oimos hablar, todo esto enardece tantísimo mi curiosidad, que no me cabe contrarestar la impaciencia de satisfacerla. Estoy al intento ideando un arbitrio de que me voy á valer. Voy á ausentarme del campamento, y os mando que tengais mi ausencia reservada; quedaos en mi tienda, y mañana cuando mis emires y palaciegos se presenten á la entrada, despedidlos diciéndoles que me hallo levemente indispuesto y que apetezco estar solo. Continuaréis diciéndoles lo mismo en los dias siguientes hasta que yo esté de vuelta. »

El gran visir puso varios reparos al sultan, procurando retraerle de su intento, representándole el peligro á que se esponia y las molestias que iba á padecer acaso en balde; pero en vano echó el resto de su persuasiva; pues el sultan se mantuvo firme en su propósito y se preparó á ejecutarlo. Vistióse de viandante, tomó un sable, y luego que se sosegaron sus reales, marchó sin querer que nadie le acompañase.

Encaminóse hácia uno de los cerros, subiendo sin mucho trabajo, y al descenso halló una llanura en la que anduvo hasta que salió el sol. Entónces divisando á lo lejos un grande edificio, se regocijó esperanzado de poder enterarse en él de cuanto ansiaba saber. Cuando estuvo cerca, advirtió que era un magnífico palacio ó mas bien una fortaleza de hermoso mármol negro labrado y cubierto de un acero fino terso como la luna de un espejo. Contentísimo con haber hallado tan pronto un objeto digno de su curiosidad, se paró delante de la fachada del castillo y la estuvo mirando atentamente.

Adelantóse despues hasta la puerta, que era de dos hojas, una de las cuales estaba abierta, y aunque era árbitro de pasar adelante, conceptuó sin embargo que debia llamar. Dió un golpecillo y aguardó un rato; pero no acudiendo nadie, se figuró que no le habian oido; volvió á llamar con recio aldabazo, pero tampoco le respondieron; repitió los golpes, y todo siguió en sumo silencio, lo cual le admiró sobremanera: porque no podia figurarse que un alcázar tan bien conservado estuviese sin jente. « Si no hay nadie, » recapacitaba, « nada tengo que temer, y en el caso de haber alguien, traigo armas para defenderme. »

Al fin el sultan entró, y adelantándose bajo el lintel de la puerta, voceó: « ¿Hay alguien que admita á un forastero que necesita tomar algun alimento? » pero aunque lo repitió dos ó tres veces y en alta voz, reinó siempre sumo silencio. Entró en un patio muy espacioso, y mirando á todas partes por si descubria algun viviente, nadie asomó...

« Pero, señor, » dijo Cheherazada, « ya es de dia y debo enmudecer. — ¡Ah! hermana mia, » dijo Dinarzada, « te quedas en el punto mas interesante. — Es verdad, » respondió la sultana; « pero ya ves, hermana, que así debo hacerlo. En mano del sultan, mi señor, está que oigas mañana lo que falta. » No fué tanto por complacer á Dinarzada cuanto por la curiosidad que le estimulaba por saber lo que sucederia en aquel castillo, que Chahriar dejó vivir aun á la sultana.



NOCHE XXI.

No estuvo perezosa Dinarzada en despertar á la sultana desde la madrugada. « Mi querida hermana, » le dijo, « si no duermes, te ruego que nos cuentes, antes que amanezca, lo que pasó en aquel hermoso castillo en que ayer nos dejaste. » Cheherazada prosiguió al punto el cuento de la noche anterior, y encarándose siempre con Chahriar, Señor, le dijo, no viendo el sultan á nadie en el patio donde se hallaba, entró en unos grandes salones cuyas alfombras eran de seda, los almohadones y sofáes cubiertos de raso de la Meca y las entradas colgadas con las mas ricas telas de las Indias guarnecidas de oro y plata. Pasó despues á un magnífico salon, en medio del cual habia una gran fuente con un leon de oro macizo á cada estremo. Los cuatro leones arrojaban agua por la boca, y las gotas al caer se convertian en perlas y diamantes; al paso que un chorro de agua saliendo del centro de la fuente se elevaba casi hasta una cúpula pintada de arabescos.

El castillo estaba rodeado por tres partes de un jardin que daba realce á varias azoteas, estanques y bosquecillos; y lo que acababa de estremar lo peregrino de aquel sitio, era una infinidad de pájaros que llenaban los aires con su canto armonioso, aprisionados con redes tendidas sobre los árboles y el palacio.

El sultan se paseó de uno en otro aposento, pareciéndole todo grandioso y espléndido, y cuando estuvo cansado de andar, se sentó en un salon que caia al jardin, y absorto tras cuanto habia visto y estaba viendo, cavilaba mas y mas sobre tan diversos objetos, cuando llegó á sus oidos una voz lastimera acompañada de alaridos. Escuchó atentamente y percibió estas tristes palabras: « ¡ O fortuna! que no has podido dejarme gozar mucho tiempo de una suerte feliz y que me has hecho el mas desdichado de todos los hombres, cesa de perseguirme, y ven con una pronta muerte á poner término á mis quebrantos... ¡Ay de mí! ¿es posible que aun esté vivo tras tantísimos tormentos como he padecido? »

Conmovido el sultan de estas lastimosas quejas, se levantó para encaminarse hácia la parte por donde se oian, y cuando llegó á la puerta de un gran salon, descubrió un mancebo gallardo y ricamente vestido, sentado en un solio poco elevado del suelo. El desconsuelo estaba retratado en su rostro. El sultan se acercó á él saludándole, y el jóven le correspondió con un acatamiento de cabeza; y como no se movia, « Señor, » le dijo al sultan, no me cabe duda en que mereceis que yo me levante para recibiros y tributaros todos los obsequios imajinables, pero se atraviesa una razon tan poderosa, que no debeis llevarlo á mal. — Señor, » le contestó el sultan, « os agradezco el concepto favorable que de mí formais, y en cuanto al motivo que teneis para no levantaros, cualquiera que pueda ser vuestra disculpa, la admito con todo mi corazon. Atraido por vuestros lamentos, y condolido de vuestros quebrantos, vengo á ofreceros mi auxilio. ¡Ojalá estuviese en mi mano aprontar algun remedio á vuestras desdichas! pues echaria el resto de mis alcances para conseguirlo. Espero que me contaréis la historia de vuestras desventuras; pero decidme antes por favor, ¿qué significa ese estanque que está cerca de aquí y en él que se ven peces de cuatro colores diferentes? ¿qué es este castillo? ¿porqué os hallais en él y porqué motivo estais solo? » El mancebo prorumpió en amarguísimo llanto, en vez de contestar á estas preguntas: « ¡ Cuán inconstante es la fortuna! » esclamó, « ¡ y cuánto se complace en humillar á los que mas ha encumbrado! ¿ Dónde están los que gozan á sus anchuras de una dicha que se han granjeado, y cuyos dias sean siempre despejados y serenos? »

Conmovido el sultan al verle en aquel estado, le instó para que le manifestase la causa de tan sumo quebranto. — ¡ Ay de mí, señor! » le respondió el mozo, « ¿ cómo podré desahogarme y hacer que mis ojos no derramen torrentes de lágrimas? » A estas palabras, habiendo levantado su túnica, enseñó al sultan que solo era hombre de la cabeza á la cintura, y que la otra mitad de su cuerpo era de mármol negro...

En este punto Cheherazada interrumpió su relacion apuntando al sultan de las Indias que amanecia. Chahriar quedó tan prendado de lo que acababa de oir y se sintió tan enternecido á favor de Cheherazada, que determinó dejarla vivir por un mes. Sin embargo se levantó á la hora acostumbrada sin hablarle de lo que tenia acordado.

NOCHE XXII.

Dinarzada estaba tan impaciente por oir la continuacion del cuento de la noche anterior, que llamó á su hermana muy temprano : « Mi querida hermana, » le dijo, « si estás despierta, te ruego que prosigas el portentoso cuento que ayer no pudiste concluir.—Con mucho gusto, » respondió la sultana, y continuó así :

Ya os podeis figurar que el sultan quedó pasmado cuando vió el lastimoso estado en que se hallaba aquel jóven : « Lo que me mostrais, » le dijo, « al paso que me horroriza, foguea mas mi curiosidad, y ardo en deseos de saber vuestra historia, que debe ser indudablemente muy estraña ; y estoy persuadido de que el estanque y los peces forman parte de ella, y así os suplico que me la conteis, y hallaréis cierto consuelo, porque no cabe duda en que los desgraciados encuentran algun jénero de alivio en referir sus desgracias. — No quiero negaros esa satisfaccion, » replicó el jóven, « aunque no pueda dárosla sin renovar mis agudos pesares ; pero os prevengo de antemano que prepareis vuestros oidos, ojos y ánimo á cosas que superan á todo cuanto la imajinacion puede concebir de mas estraordinario. »

HISTORIA DEL JÓVEN RÉY DE LAS ISLAS NEGRAS.

« Es preciso que sepais, señor, que mi padre, llamado Mahmud, era rey de aquel estado, conocido con el nombre de reino de las Islas Negras, tomado de los cuatro montes vecinos, porque estos montes eran anteriormente islas, y la capital en que mi padre residia se hallaba en el sitio donde habeis encontrado ahora el estanque. La serie de los acontecimientos de mi historia os enterará de todas estas mudanzas.

« Falleció mi padre á los setenta años, y apenas ocupé su lugar, cuando me casé, y la persona que elejí para mi consorte era prima mia. Tuve motivo de estar complacido con las pruebas de amor que me dió, y por mi parte le cobré tan entrañable cariño, que nada podia compararse á nuestro enlace, que duró cinco años. Al cabo de este tiempo advertí que la reina mi prima no me profesaba el mismo afecto.

« Un dia que se hallaba en el baño, me sentí con sueño, y me eché sobre un sofá. Dos de sus esclavas estaban entónces en mi aposento ; vinieron á sentarse, una á mi cabecera y otra á mis piés con un abanico en la mano, ya para templar el calor, ya para guardarme de las moscas que hubieran podido turbar mi sueño. Conversaban en voz baja creyéndome dormido, pero yo tenia solamente los ojos cerrados y no perdí una palabra de su conversacion.

« Una de aquellas mujeres dijo á la otra : « ¿ No es verdad que la reina hace muy mal en no amar á un príncipe tan amable como el nuestro ? — Seguramente, » respondió la segunda, « yo no lo comprendo ni sé porqué sale todas las noches y lo deja solo. Es estraño que no lo advierta. — ¿ Y cómo ha de advertirlo ? » replicó la primera, « si mezcla cada noche en su bebida cierto jugo de yerbas que le hace dormir toda la noche de un sueño tan profundo que tiene tiempo de ir á donde quiere, y al amanecer vuelve á acostarse á su lado, y entónces le despierta pasándole cierto olor por las narices. »

« Imajinaos, señor, cuál seria mi asombro á este coloquio, y cuáles fueron los ímpetus que debió causarme. Sin embargo, por mucha sensacion que me moviese, tuve bastante imperio sobre mí para disimular : aparenté despertarme y no haber oido nada.

« Volvió la reina del baño ; cenamos juntos, y antes de acostarnos, me presentó ella misma

la taza llena de agua que yo solia beber; pero en lugar de llevarla á la boca, me acerqué á una ventana que estaba abierta y tiré el agua tan mañosamente que no lo advirtió. Despues le entregué la taza para que no dudase de que habia bebido.

« Nos acostamos, y poco despues conceptuándome dormido, se levantó con poquísima cautela y dijo bastante alto : « ¡ Duerme, y ojalá no te despiertes nunca! » Se vistió prontamente y salió del aposento... »

Al acabar estas palabras Cheherazada, advirtió que era de dia, y dejó de hablar. Dinarzada habia escuchado á su hermana con mucho gusto, y Chahriar hallaba la historia del rey de las Islas Negras tan digna de su curiosidad, que se levantó impaciente de saber la continuacion.



NOCHE XXIII.

Habiéndose despertado Dinarzada una hora antes del amanecer, no faltó en apuntar á la sultana : « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que prosigas la historia del jóven rey de las cuatro Islas Negras. » Cheherazada recapacitó el punto en que habia quedado y continuó así :

« Luego que la reina, mi esposa, hubo salido, » dijo el rey de las Islas Negras, « me levanté y me vestí prontamente, tomé mi sable y la se-

guí de tan cerca que en breve la oí andar delante de mí. Entónces arreglando mi marcha á la suya, caminé despacio por temor de que me oyese. Pasó por varias puertas, que se abrieron con ciertas palabras májicas que ella pronunció, y la última que se abrió fué la del jardin, en donde la ví entrar. Me detuve en aquella puerta para que no me viese mientras atravesaba un cuadro del jardin, y siguiéndola con la vista, en cuanto me lo permitia la oscuridad, observé que entraba en un bosquecillo, cuyas calles estaban cercadas de maleza. Pasé por otra senda, y emboscándome por la enramada de una calle bastante larga, la ví que se paseaba con un hombre.

« Escuché atentamente sus coloquios y oí lo siguiente : « No me reconvengais, » decia la reina á su amante, « de ser poco dilijente, pues sabeis los motivos que me lo estorban ; pero si todas las pruebas de amor que os he dado hasta ahora no bastan á persuadiros de mi sinceridad, estoy pronta á daros otras mas señaladas : no teneis mas que mandar, pues ya sabeis cual es mi potestad. ¿ Quereis que antes que salga el sol trasforme esta gran ciudad y este hermoso palacio en espantosas ruinas habitadas tan solo por lobos, cuervos y buhos? ¿Quereis que trasporte todas las piedras de estas murallas, tan sólidamente construidas, mas allá del Cáucaso y fuera de los ámbitos del mundo habitado? No teneis mas que decir una palabra, y todos estos sitios mudarán de aspecto. »

« Al acabar la reina estas palabras, se halló con su amante al estremo de la calle, y al volverse para entrar en otra, pasaron junto á mí. Ya tenia yo el sable desenvainado, y como el amante estaba mas inmediato, le herí en el cuello y cayó tendido. Creí haberle muerto, y por consiguiente me retiré velozmente sin darme á conocer á la reina, guardándola consideraciones porque era mi esposa.

« Sin embargo el golpe que yo habia dado á su amante era mortal ; mas ella le conservó la vida por la virtud de sus maleficios, aunque de un modo que se puede decir que no está vivo ni muerto. Cuando yo cruzaba el jardin para volver al palacio, oí á la reina que daba grandes alaridos, y juzgando por ellos de su quebranto, me alegré de haberle dejado la vida.

« Al volver á mi aposento, me acosté y quedé dormido, satisfecho de haber castigado al temerario que me habia ofendido. Al dia siguiente hallé al despertarme que la reina estaba acostada á mi lado... »

Cheherazada se detuvo al llegar aquí, porque vió asomar el dia. « ¡ Cuánto siento, hermana mia, » dijo Dinarzada, « que no puedas proseguir ! —Tuya es la culpa, » respondió la sultana, « hubieras debido despertarme mas temprano. — No será así esta noche, » replicó Dinarzada, « porque no dudo que el sultan tenga tanto deseo como yo de saber el fin de esta historia, y espero que tendrá á bien dejarte vivir aun hasta mañana. »

NOCHE XXIV.

Con efecto, Dinarzada llamó temprano á la sultana como se lo habia propuesto : « Mi querida hermana, » le dijo, « si no duermes, te ruego que concluyas la agradable historia del rey de las cuatro Islas Negras ; ardo en deseos de saber cómo quedó trasformado en mármol. — Con el permiso del sultan vas á saberlo, » respondió Cheherazada.

« Hallé pues á la reina acostada á mi lado, » prosiguió el rey de las cuatro Islas Negras. « No os diré si dormia ó no, pero me levanté muy quedito y pasé á mi gabinete donde acabé de vestirme. Reuní despues mi consejo, y al volver, se me presentó la reina vestida de luto, el cabello suelto y en parte mesado : « Señor, » me dijo, « vengo á suplicar á vuestra majestad que no estrañe el verme en tal estado, pues acabo de recibir á un tiempo tres noticias crueles, y ellas son la justa causa del sumo quebranto por el cual tan solo veis escasas demostraciones.—¿ Cuáles son esas noticias, señora? » le dije ; á lo cual respondió : « Son la muerte de

la reina, mi querida madre, la del rey, mi padre, muerto en una batalla, y la de mi hermano, que se ha despeñado por un derrumbadero. »

« Alegréme de que se valiese de este pretesto para ocultar la verdadera causa de su desconsuelo, y juzgué que no se recelaba de haber yo dado muerte á su amante : « Señora, » le dije, « muy lejos de desaprobar vuestro quebranto, os aseguro que os acompaño en él como es debido. Estrañaria que os mostraseis insensible á la pérdida que habeis padecido. Llorad ; vuestras lágrimas son pruebas infalibles de vuestra escelente índole. Sin embargo espero que el tiempo y la razon mitigarán vuestros pesares. »

« Retiróse á su aposento, en donde pasó un año llorando y afligiéndose sin dar tregua á su dolor, y al cabo de este tiempo me pidió permiso para mandar construir su sepulcro en el recinto del palacio en donde queria habitar hasta el fin de su vida. Dile mi permiso, y mandó edificar un grandioso alcázar con una cúpula que puede verse desde aquí, y lo llamó Palacio de las Lágrimas.

« Cuando estuvo acabado, hizo trasladar á su amante, que tenia oculto desde la misma noche en que yo le malherí. Hasta entónces habia logrado conservarle la vida por medio de bebidas que le hacia tomar, y continuó dándoselas en persona todos los dias luego que estuvo en el Palacio de las Lágrimas.

« Sin embargo, á pesar de todas sus hechicerías, no podia curar á aquel desventurado, el cual se hallaba no solo imposibilitado de andar y tenerse en pié, sino que tambien habia perdido el habla, y solo daba con sus miradas señales de vida. Aunque la reina no tuviese mas que el consuelo de verle y decirle todo lo que su desvariado amor podia infundirle mas entrañable y desalado, no dejaba de hacerle diariamente dos largas visitas. Yo estaba enterado de todo esto ; mas aparentaba ignorarlo.

« Un dia fuí por curiosidad al Palacio de Las Lágrimas para saber en qué se empleaba la princesa, y desde un paraje donde no podia verme la oí hablar á su amante en estos términos : « Estoy afligidísima de verte en el estado en que te hallas ; siento tan agudamente como tú el crudo martirio que estás padeciendo ; pero, alma mia, siempre te hablo, y nunca me respondes. ¿ Hasta cuándo guardarás ese silencio? di una sola palabra. ¡ Ay de mí ! los mas gratos momentos de mi vida son los que paso aquí participando de tus penas. No puedo vivir lejos de ti, y preferiria el placer de verte siempre al imperio del universo. »

« A este razonamiento, interrumpido una y muchas veces con suspiros y sollozos, se me apuró el sufrimiento, y acercándome á ella, « Señora, » le dije, « basta de llanto ; ya es hora de que pongais coto á un dolor que nos deshonra á entrambos ; olvidais demasiado lo que me debeis y os debeis á vos misma. — Señor, » me respondió, « si os merezco alguna consideracion, ó si aun conservais por mí alguna condescendencia, os pido que no me violenteis. Dejadme batallar con mi quebranto ; imposible es que el tiempo lo minore. »

« Cuando ví que mis reconvenciones, en vez de ponerla en razon, la estaban mas y mas enfureciendo, dejé de hablarla y me retiré. Continuó diariamente visitando á su amante, y por espacio de dos años no hizo mas que desesperarse.

« Fuí otra vez al Palacio de las Lágrimas cuando aun estaba en él. Me oculté y la oí que decia á su amante : « Hace tres años que no has dicho una sola palabra y que no correspondes á las pruebas de amor que te estoy dando con mis razones y jemidos ; ¿ es insensibilidad ó desprecio? ¡ O sepulcro! ¿ has destruido aquel esceso de ternura que me tenia? ¿ has cerrado aquellos ojos que tanto amor me mostraban y eran todo mi gozo? No, no lo creo. Dime mas bien por qué milagro has llegado á ser el depositario del tesoro mas peregrino del orbe. »

« Os confieso, señor, que estas palabras me indignaron, porque al fin aquel amante querido, aquel mortal endiosado, no era tal cual podeis imajinároslo : era un Indio negro, natural de este pais. Fué tal mi indignacion, vuelvo á decir, que me presenté de repente y encarándome al par con el sepulcro, ¡ O sepulcro! esclamé, ¿ porqué no tragas á ese monstruo que horroriza á la naturaleza? ó mas bien ¿ porqué no acabas con el amante y la querida ?

« Apenas hube dicho estas palabras, cuando la reina, que estaba sentada á la cabecera del negro, se levantó como una furia. « ¡ Ah cruel! » me dijo, « tu eres la causa de mi quebranto. No creas que lo ignore ; harto he disimulado : tu bárbara mano puso al objeto de mi amor en el lastimoso estado en que se halla, ¡ y aun tienes la crueldad de venir á insultar á una amante desesperada ! — Sí, yo fuí, interrumpí ciego de cólera, yo fuí el que castigué á ese monstruo como lo merecia. Debia tratarte del mismo modo ; me arrepiento de no haberlo hecho, pues harto has abusado de mi dignacion. » Al decir esto, desenvainé el sable y levanté el brazo para castigarla, pero mirando sosegadamente mi ademan, me dijo con una sonrisa burlona que moderase mi cólera, y luego pronunció algunas

palabras que no pude comprender, añadiendo: « Por la virtud de mis hechizos mando que te vuelvas mitad mármol y mitad hombre; » y al punto, señor, pasé al estado en que me veis, ya muerto entre los vivos y vivo entre los muertos... »

Al llegar aquí, advirtió Cheherazada que habia amanecido y suspendió su narracion.

« Mi querida hermana, « dijo entónces Dinarzada, « mucho tengo que agradecer al sultan, pues á su bondad debo el sumo placer que tengo en escucharte. — Hermana mia, » le contestó la sultana, « si esa misma bondad me concede vivir hasta mañana, oirás estrañezas que no te deleitarán menos que las recien referidas.» Aun cuando Chahriar no hubiera resuelto dilatar por un mes la muerte de Cheherazada, no la hubiera mandado matar aquel dia.

NOCHE XXV.

Al terminarse la noche, Dinarzada esclamó: « Hermana mia, si estás despierta, te ruego que concluyas la historia del rey de las Islas negras.» Habiéndose despertado Cheherazada á la voz de su hermana, se apercibió para darle gusto y empezó así: El rey medio mármol y medio hombre continuó refiriendo su historia al sultan:

«Luego que la cruel maga, indigna de llevar el nombre de reina, me hubo transformado así y hecho pasar á esta sala por medio de otro ensalmo, destruyó mi capital, que era muy floreciente y poblada, arrasó las casas, plazas y mercados, convirtiéndolo todo en el estanque y yermo que habeis visto. Los peces de cuatro colores que hay en el estanque son las cuatro clases de habitantes de diferentes relijiones que la componian: los blancos eran los Musulmanes, los encarnados Persas, adoradores del fuego, los azules cristianos, y los amarillos Indios. Los cuatro cerros eran las cuatro Islas de que tomaba nombre este reino. Todo esto lo está padeciendo por la maga, la cual, para colmar mi desconsuelo, me anunció estos efectos de su saña. No paró en esto, pues no satisfecho su furor con la destruccion de mi imperio y mi trasformacion, viene á darme diariamente cien latigazos en las espaldas que hacen brotar sangre. Terminado este martirio, me cubre con un rústico tejido de pelo de cabra y me echa encima ésta túnica de brocado que veis, no para condecorarme sino para mofarse de mí.»

«Al llegar aquí el mancebo rey de las Islas Negras, no pudo contener el llanto, y el sultan se sintió tan conmovido, que ni siquiera acertó á decir una sola palabra para consolarle. Despues esclamó el rey alzando los ojos al cielo: «Poderoso Hacedor de todo lo criado, me allano á vuestros juicios y á los decretos de vuestra Providencia. Sufro con paciencia todos mis males, ya que tal es vuestra voluntad; pero confio en que vuestra infinita bondad me guardará la recompensa.»

Enternecido el sultan con la narracion de una historia tan peregrina, y enardecido para la venganza de aquel príncipe desdichado, le dijo; « Informadme á donde se retira esa pérfida maga y en donde puede parar ese indigno amante, sepultado antes de su muerte. — Señor, » respondio el príncipe, «el amante como ya os lo dije, está en el Palacio de las Lágrimas, en un sepulcro en forma de cúpula, y ese palacio comunica con este castillo cerca de la entrada. En cuanto á la maga, no os puedo decir precisamente á donde se retira, pero todos los dias al salir el sol va á visitar á su amante despues de ejecutar conmigo la sangrienta maldad de que os he hablado y de la que no puedo resguardarme. Le lleva la bebida que es el único alimento con que hasta ahora le ha preservado de la muerte y no cesa de quejársele sobre el silencio que siempre ha guardado desde que está mal parado.

—Príncipe digno de compasion, » respondió el sultan, « no cabe mayor interés del que me infunde vuestra desventura. Jamás ha sucedido á nadie rareza tan estraordinaria, y los autores que escriban vuestra historia lograrán la ventaja de referir un hecho que supera á cuanto se ha

referido mas asombroso en el mundo. Una sola particularidad falta, y esta es la venganza que os es debida, pero echaré el resto en proporcionárosla.

Con efecto, despues de haber conversado el sultan con el jóven príncipe sobre este asunto y haberle declarado quien era y por qué habia entrado en aquel castillo, ideó un medio de vengarle que le comunicó al instante.

Acordaron sus disposiciones para llevar á cabo aquel intento, cuya ejecucion se trasladó al dia siguiente. Sin embargo, como estaba muy adelantada la noche, el sultan tomó algun reposo, y en cuanto al jóven príncipe, la pasó continuamente desvelado como solia (porque no podia dormir desde que estaba encantado), aunque con alguna esperanza de verse pronto libre de sus padecimientos.

Al dia siguiente, el sultan se levantó al rayar el dia, y empezando á ejecutar su proyecto, ocultó su traje esterior que le hubiera incomodado, y se encaminó al Palacio de las Lágrimas. Lo halló alumbrado con gran número de hachas de cera blanca, y percibió un olor deleitoso que estaban despidiendo muchos braserillos de oro fino y de labor primorosa, colocados con mucha simetría. Luego que llegó al lecho en que estaba acostado el negro, desenvainó el sable, quitó sin resistencia la vida á aquel desventurado, y arrastrando el cuerpo al patio del castillo, lo arrojó á un pozo. Hecho esto, se acostó en el lecho del negro y puso el sable á su lado, esperando la conclusion de su intento.

Pronto llegó la maga, cuyo primer afan fué ir al aposento en que yacia el rey de las Islas Negras, su marido. Le desnudó y empezó á darle en las espaldas los cien latigazos con una barbarie sin ejemplo. Por mas que el pobre príncipe hacia resonar el palacio con sus alaridos y le rogaba del modo mas persuasivo que se apiadase de él, la bárbara no cesó de azotarle hasta descargarle los cien golpes: «Tú no tuviste compasion de mi amante,» le decia, y no debes esperarla de mí...»

En este punto asomó el dia, y Cheherazada interrumpió su narracion. «¡Santos cielos! ¡qué maga tan bárbara!» dijo Dinarzada, «¿pero no pasarás adelante y nos dirás si recibió el castigo que merecia?—Mi querida hermana,» respondió la sultana, «aparejada estoy para referírtelo mañana; pero ya sabes que eso depende de la voluntad del sultan.» Despues de lo que Chahriar acababa de oír, estaba muy distante de querer dar muerte á Cheherazada; al contrario, estaba recapacitando: «No quiero quitarle la vida hasta que haya acabado esa historia preciosa; aun cuando la narracion debiera durar dos meses, siempre estará en mi poder guardar el juramento que hice.»

NOCHE XXVI.

Cuando Dinarzada juzgó que era hora de llamar á la sultana, le dijo: «Querida hermana, si no duermes, te ruego que me cuentes lo que sucedió en el Palacio de las Lágrimas.» Habiendo manifestado Chahriar la misma curiosidad que Dinarzada, la sultana tomó la palabra y prosiguió así la historia del mancebo hechizado.

Señor, luego que la maga hubo dado cien latigazos al rey su marido, le cubrió con el rústico tejido de pelo de cabra y le echó encima la túnica de brocado. Pasó despues al Palacio de las Lágrimas, y renovó al entrar su llanto, alaridos y lamentos, y acercándose al lecho donde creia que se hallaba su amante; «¡qué crueldad,» esclamó, «haber turbado asi el desahogo de una amante tan tierna y apasionada como yo! ¡O tú que me reconvienes de ser inhumana cuando te descargo los ímpetus de mi encono, príncipe cruel, ¿no aventaja tu barbarie á la de mi venganza? ¡Ah traidor! ¿no me has quitado la vida salteando la del objeto que adoro? ¡Ay de mí!» añadió encarándose con el sultan, creyendo hablar al negro, «mi sol, mi vida, ¿guardarás siempre ese silencio? ¿Estás resuelto dejarme morir sin darme el consuelo de decirme

aun una vez que me amas? Alma mia, di una sola palabra.»

Entónces el sultan, aparentando salir de un profundo letargo é imitando el lenguaje de los negros, respondió á la reina en tono grave: «No hay fuerza ni poder sino en Dios todopoderoso.» A estas palabras, la maga, que no las esperaba, prorumpió en un agudo alarido, para mostrar lo sumo de su regocijo: «Mi querido amante,» esclamó, «no me engaño; ¿es cierto que te oigo y que me hablas?—Desastrada,» replicó el sultan, «¿mereces acaso que yo responda á tus razones?—¿Y porqué,» dijo la reina, «me reconvienes así? — Los alaridos, el llanto y los sollozos de tu marido á quien tratas con tanta barbarie me quitan el sueño dia y noche; tiempo ha que estaria curado y hubiera recobrado el habla, si lo hubieras desencantado. He ahí la causa del silencio que guardo y de que te quejas.—Pues bien,» dijo la maga, «estoy pronta para aplacarte á hacer cuanto me mandes. ¿Quieres que le vuelva su primera forma?—Sí,» respondió el sultan, «anda, y dale al punto libertad para que sus gritos no me incomoden mas.»

La maga salió al punto del Palacio de las Lágrimas. Tomó una taza de agua y pronunció algunas palabras que la hicieron hervir como si estuviera sobre el fuego. Despues se trasladó al salon donde estaba el mancebo, su marido, y dijo rociándole con ella: «Si el Hacedor de todo lo criado te formó tal cual ahora te hallas, ó si está enojado contra ti, quédate como estás; pero si solo te conservas en ese estado por la virtud de mi encanto, recobra tu forma natural, volviendo á ser lo que antes eras.» Apenas dijo estas palabras, cuando el príncipe, recobrando su primer estado, se levantó libremente con cuanto gozo se deja suponer y dando gracias á Dios. La maga, volviendo á tomar la palabra, le dijo: «Vete, aléjate de este castillo, y nunca vuelvas, porque te costaria la vida.»

El rey mancebo, cediendo á la necesidad, se alejó de la maga sin replicar, y se retiró á un lugar separado, aguardando con impaciencia el paradero del proyecto cuya ejecucion acababa de empezar el sultan con tan feliz resultado.

Sin embargo la maga volvió al Palacio de las Lágrimas, y creyendo hablar siempre al negro, dijo al entrar: «Querido amante, he hecho lo que mandaste; ya nada te impide levantarte y darme una satisfaccion de que he estado tanto tiempo privada.»

El sultan continuó aparentando el lenguaje de los negros y le respondió con aspereza: «Lo que acabas de hacer no basta para curarme; me has quitado una parte del mal, pero es preciso cortarlo hasta la raiz. — Mi amable negrillo,» respondió la maga, «¿qué quieres decir con eso?—Desastrada,» replicó el sultan, «¿no comprendes que hablo de esta ciudad, de sus habitantes y de las cuatro islas que has destruido con tus encantos? Todas las noches á las doce, los peces sacan la cabeza fuera del agua y claman venganza contra mí y contra ti; esta es la verdadera causa de que se demore mi curacion. Vete prontamente, vuelve los objetos á su primer estado, y á tu vuelta te daré la mano y me ayudarás á levantarme.»

La maga rebosando de esperanza á estas palabras, esclamó fuera de sí: «Alma mia, pronto recobrarás la salud, porque voy á hacer todo cuanto me mandas.» En efecto, salió al momento, y cuando hubo llegado á la orilla del estanque, cojió un poco de agua con la mano é hizo una aspersion.....

Al llegar aquí Cheherazada, vió que habia amanecido, y suspendió su narracion. Dinarzada dijo á la sultana: «Mucho me alegro de saber, hermana mia, que el jóven rey de las cuatro Islas Negras está desencantado, y ya supongo que la ciudad y los habitantes volvieron á su primer estado; pero estoy deseosa de saber la suerte de la maga. — Ten un poco de paciencia,» respondió la sultana; «mañana tendrás la satisfaccion que deseas, si el sultan, mi señor, lo consiente.» Como ya se ha dicho, Chahriar habia tomado su partido sobre esto, y se levantó para acudir á sus incumbencias.





NOCHE XXVII.

Dinarzada no se descuidó dè llamar á la sultana á la hora acostumbrada. « Mi querida hermana, » le dijo, « si no duermes, te ruego que nos cuentes cual fué la suerte de la reina maga como lo prometiste. Cheherazada cumplió al instante su promesa diciendo así :

Apenas la maga hizo la aspersion y pronunció ciertas palabras sobre el estanque y los peces, cuando la ciudad volvió á aparecer. Los peces se convirtieron en hombres, mujeres y niños, Mahometanos, Cristianos, Persas y Judíos, libres ó esclavos ; todos recobraron su forma natural. Las casas y tiendas se llenaron pronto de sus habitantes, los cuales lo fueron hallando todo en el mismo ser y estado que tenia antes del encanto. La numerosa comitiva del sultan, que se halló acampada en una hermosísima plaza , no quedó poco absorta al verse en un instante en medio de una ciudad vistosa, grandísima y arremolinándose el vecindario por calles y plazas.

Volviendo á la maga, luego que hubo hecho aquella trasformacion maravillosa, regresó al Palacio de las Lágrimas prometiéndose paladear el fruto de aquel rasgo. « Mi querido amante, » esclamó al entrar, « vengo á regocijarme de que hayas recobrado la salud ; he hecho todo cuanto

has exijido de mí; levántate y dame la mano. — Acércate, » le dijo el sultan, remedando el habla de los negros. Acercóse ella, pero él le repitió: « No es bastante, acércate mas; » y habiendo obedecido, se levantó de repente el sultan, la asió fuertemente del brazo antes que pudiese volver en sí, y de un sablazo separó su cuerpo en dos mitades que cayeron cada una por su lado. Hecho esto, dejó el cadáver tendido, y saliendo del Palacio de las Lágrimas, se fué en busca del príncipe de las Islas Negras, que le aguardaba con impaciencia. « Príncipe, » le dijo abrazándole, « alegraos; nada mas teneis que temer; vuestra cruel enemiga ya no existe. »

El jóven príncipe dió gracias al sultan rebosándole la gratitud por toda su persona; y en premio de haberle hecho tan señalado servicio, le deseó una larga vida con toda clase de prosperidades: « Podeis en lo sucesivo, » le dijo el sultan, « vivir desahogadamente en vuestra capital, á menos que querais venir á la mia, ya que está tan contigua; allí os obsequiaré gustoso, y no seréis menos honrado y respetado que en vuestro palacio. — Poderoso monarca á quien tanto debo, » respondió el rey, « ¿luego creeis estar muy cerca de vuestra capital? — Sí, » replicó el sultan, « así lo creo; á lo mas habrá cuatro ó cinco horas de camino. — Necesitais un año para llegar allá, » añadió el príncipe, « y si bien creo que habeis venido aquí desde vuestra capital en el poco tiempo que decis, era porque la mia estaba encantada; pero desde que no lo está, todo ha mudado de aspecto. Esto no quita para seguiros, aun cuando debiera ir al cabo del mundo. Sois mi libertador, y para daros toda mi vida pruebas de mi agradecimiento, quiero acompañaros y abandono mi reino sin pesar. »

El sultan se quedó atónito al saber que estaba tan lejos de sus estados, y no comprendia cómo aquello podia ser; pero el rey de las Islas Negras le convenció tan cumplidamente de que era posible, que no le quedó duda sobre el particular. « No importa, » dijo entónces el sultan; « la molestia de volver á mis estados está plenamente retribuida con la satisfaccion de haberos servido y haber adquirido un hijo en vuestra persona, pues ya que me haceis el honor de acompañarme y yo no tengo hijos, os miro como á tal, nombrándoos desde ahora mi heredero y sucesor. »

La conversacion del sultan y del rey de las Islas Negras se terminó con los mas entrañables abrazos. El príncipe hizo luego los preparativos para su viaje, y al cabo de tres semanas se halló en estado de verificarlo con gran sentimiento de sus vasallos y de su corte, á quienes dejó por rey uno de sus parientes mas cercanos.

Finalmente, el sultan y el príncipe se pusieron en camino con cien camellos cargados de riquezas inestimables, sacadas de los tesoros del rey, á quien acompañaban cincuenta jinetes perfectamente montados y equipados. Su viaje fué próspero, y cuando el sultan, que habia enviado correos para avisar su detencion y el suceso que la motivaba, se acercó á su capital, salieron á su encuentro los principales oficiales que habia dejado, asegurándole que durante su larga ausencia no habia ocurrido ninguna mudanza en su imperio. Los habitantes salieron tambien en tropel recibiéndole con grandes aclamaciones é hicieron regocijos que duraron muchos dias.

Al dia siguiente de su llegada, el sultan hizo á todos sus cortesanos reunidos una estensa relacion de las causas que habian motivado su larga ausencia contra sus esperanzas. Luego les declaró la adopcion que habia hecho del rey de las cuatro Islas Negras, que habia querido abandonar aquel gran reino para acompañarle y vivir con él. Finalmente, para reconocer la fidelidad que le habian guardado, les hizo donativos proporcionados al puesto que ocupaba cada uno en su corte.

En cuanto al pescador, como era la primera causa de la libertad del príncipe, el sultan le colmó de bienes, haciéndole feliz con su familia por el resto de sus dias.

Cheherazada concluyó el cuento del jenio y del pescador, y habiéndole manifestado Chahriar y Dinarzada que les habia prendado su narracion, les dijo que sabia otro mucho mas hermoso, y que si el sultan se lo permitia, lo referiria al dia siguiente porque ya asomaba la aurora. Recordando Chahriar el plazo de un mes concedido á la sultana, y curioso por otra parte de saber si el nuevo cuento seria tan agradable como lo prometia, se levantó con intento de oirlo la noche siguiente.

NOCHE XXVIII.

Como siempre, Dinarzada llamó á la sultana cuando fué hora: « Hermana mia, » le dijo, « si estás despierta, te ruego que antes de rayar el dia me refieras uno de aquellos hermosos cuentos que sabes. » Cheherazada empezó de este modo sin contestarle, encarándose con el sultan:

HISTORIA DE TRES CALENDOS, HIJOS DE REYES, Y DE CINCO DAMAS DE BAGDAD.

Señor, en el reinado del califa (1) Harun Alraschid, habia en Bagdad, pueblo de su residencia, un mandadero que, á pesar de su profesion rastrera y penosa, era hombre de injenio y de chanzoneta. Hallándose una mañana, segun solia, con un gran cesto en una plaza aguardando que alguien lo emplease, acercósele una dama lozana y jentil, tapada con un grandísimo velo de muselina, y le dijo en acento halagüeño: « Mandadero, toma tu cesto y sígueme. » Este, cautivado con estas palabras tan agraciadamente espresadas, asió el cesto, se lo puso sobre la cabeza y siguió á la dama diciendo: « ¡O dia feliz! ¡ ó dia de buen hallazgo! »

La dama se adelantó á una puerta cerrada y llamó. Un cristiano venerable, con su barba muy cumplida y blanca, abrió, y la dama, sin decirle palabra, le dió dinero; pero el cristiano, que ya sabia lo que queria, entró en la casa y sacó un gran jarro de escelente vino. « Toma ese jarro, » dijo la dama al mandadero, « y colócalo en el cesto. » Hecho así, le mandó que la siguiese y continuó andando y el mandadero repitiendo: ¡O dia feliz! ¡ó dia de buen hallazgo! »

Paró la dama en la tienda de un vendedor de frutas y flores y escojió muchas especies de manzanas, albericoques, melocotones, membrillos, limones, naranjas, mirto, albahaca, lirios, jazmines y otras flores y plantas de buen olor. Dijo al mandadero que pusiese todo aquello en el cesto y la siguiese. Al pasar por una carnicería, mandó pesar veinte y cinco libras de la mejor carne, que el mandadero colocó tambien por órden suya en el cesto. En otra tienda compró alcaparras, estragon, pepinos, hinojo y otras yerbas, todo ello de lo mejor; en otra alfónsigos, nueces, avellanas, piñones, almendras y otras frutas de igual clase, y finalmente entró en otra y tomó de toda clase de pastas de almendra. Cuando el mandadero lo hubo metido todo en el cesto, advirtió á la dama que ya se llenaba. « Mi buena señora, hubierais hecho bien en avisarme que comprariais tantas provisiones; pues hubiera tomado un caballo ó un camello para llevarlas. A pocas mas que compreis, habrá mas de lo que pueda llevar. » Rióse la dama del dicho, y mandó otra vez al mandadero que la siguiese.

Entró en casa de un especiero y se surtió de toda especie de aguas de olor, clavos, nuez moscada, pimienta, jenjibre, un pedazo de ámbar gris y otras muchas especias de las Indias, con lo cual se acabó de llenar el cesto del mandadero, á quien volvió á decir que la siguiera. Entónces anduvieron hasta que llegaron á una casa magnífica, cuya fachada estaba adornada con hermosas columnas y tenia una puerta de marfil. Allí pararon, y la dama dió un golpecito...

En este punto advirtiendo Cheherazada que era de dia, dejó de hablar. « En verdad, hermana mia, » dijo Dinarzada, « he ahí un principio que aviva mucho la curiosidad. Creo que el sultan no querrá privarse del placer de oir la continuacion. » Y con efecto, Chahriar, lejos de disponer la muerte de la sultana, aguardó con impaciencia la noche siguiente para saber lo que sucederia en la casa de que habia hablado.

(1) Califa ó khalifa (khalifah) es voz arábiga que significa vicario, y con la cual se designan los soberanos del imperio de los Arabes, sucesores de Mahoma.

NOCHE XXIX.

Despertóse Dinarzada antes de amanecer, y dirijió á la sultana estas palabras : « Hermana mia, si no duermes, te ruego que prosigas la historia que empezaste ayer. » Cheherazada siguió al punto de este modo :

Mientras que la dama y el mandadero aguardaban que les abriesen la puerta de la casa, este hacia mil reflexiones. Estrañaba que una dama como ella hiciese de proveedor, porque al fin conocía que no era una esclava, pues su aspecto era harto noble para no conceptuarla de persona distinguida. Con mucho gusto le hubiera hecho algunas preguntas para cerciorarse de su clase, pero cuando iba á hablar, otra dama que vino á abrir la puerta le pareció tan hermosa, que quedó atónito, ó por mejor decir, tan embelesado con su atractivo, que faltó poco para que dejase caer el cesto con todo lo que contenia; en tanto estremo le arrebató su vista. Nunca habia presenciado belleza que igualase á la que tenia delante.

La dama que venia con el mandadero advirtió lo que pasaba en su interior y el objeto que lo causaba, y divirtiéndose con este descubrimiento, estaba tan entretenida en observar el rostro del mandadero, que no se acordaba de que la puerta estaba abierta. « Entra pues, hermana, » le dijo la hermosa portera, « ¿á qué aguardas? ¿no ves que ese pobre hombre está tan cargado que no puede mas...? »

Luego que hubo entrado con el mandadero, la dama que habia abierto la puerta la cerró, y los tres, despues de haber atravesado un hermoso zaguan, pasaron por un patio espacioso rodeado de una galería que comunicaba con muchos aposentos adornados con la mayor magnificencia. En el fondo del patio habia un sofá ricamente guarnecido, con un trono de ámbar en el medio, sostenido por cuatro columnas de ébano engastadas de diamantes y perlas de un tamaño estraordinario y colgaduras de raso encarnado con un bordado de oro de las Indias de esquisita labor. Al centro del patio habia un gran estanque cercado de mármol blanco y lleno de agua cristalina que salia con abundancia por la boca de un leon de bronce dorado.

El mandadero, aunque tan cargado, admiraba la magnificencia de la casa y el aseo que en ella reinaba; pero lo que embargó mas y mas su atencion, fué una tercera dama que le pareció aun mas hermosa que la segunda, y que estaba sentada en el trono que se ha dicho. Bajó al punto que llegaron las otras dos damas y se adelantó á su encuentro. Conoció por las atenciones que las demás le tributaban que era la principal, y no se engañaba en esto. Llamábase aquella Zobeida; la que habia abierto la puerta se llamaba Safía, y Amina era el nombre de la que habia ido por las provisiones.

Zobeida dijo al acercarse á las dos damas : « Hermanas mias, ¿no veis que ese buen hombre no puede con la carga que lleva? ¿A qué esperais para descargarle? « Entónces Amina y Safía asieron el cesto una por delante y otra por detrás, Zobeida ayudó tambien, y entre las tres lo pusieron en el suelo. Empezaron á vaciarlo, y cuando lo estuvo, la agradable Amina sacó dinero y pagó jenerosamente al mandadero...

Calló Cheherazada en este punto, porque asomaba el dia, dejando no solo á Dinarzada, sino tambien á Chahriar, con gran deseo de saber la continuacion de aquella historia.

NOCHE XXX.

Al dia siguiente, Dinarzada se despertó impaciente por saber la continuacion de la historia empezada, y dijo á la sultana: «En nombre de Dios, hermana mia, si no duermes, te ruego que nos cuentes lo que hicieron aquellas tres hermosas damas con todas las compras de Amina. — Vais á saberlo,» respondió Cheherazada, «si quereis darme atencion,» y al mismo tiempo prosiguió en estos términos:

El mandadero, contentísimo con el dinero que le habian dado, debia tomar el cesto y retirarse, pero no pudo determinarse á ello: sentíase á pesar suyo atajado con el placer de ver aquellas tres peregrinas hermosuras que le parecian igualmente lindas, porque Amina se habia quitado tambien el velo, y no era menos hermosa que las demás. Lo que no podia comprender era cómo no veia algun hombre en aquella casa. Sin embargo la mayor parte de las provisiones que habia llevado, como frutas secas y diferentes especies de pasteles y dulces, no cuadraban sino con jente que apeteciera beber y divertirse.

Zobeida creyó al pronto que el mandadero se detenia para cobrar aliento, pero viendo que tardaba mucho; «¿Qué aguardais?» le dijo; «¿no os han pagado bastante? Hermana,» añadió encarándose con Amina, «dale algo mas, y que se vaya contento. — Señora,» respondió el mandadero, «no es eso lo que me detiene; me han pagado bien mi trabajo. Veo que he cometido una désatencion estándome aquí mas de lo que debiera, pero confio en que tendréis la condescendencia de perdonarla por la estrañeza que me causa no ver á ningun hombre con tres damas de belleza tan estremada. Una reunion de mujeres sin hombres es tan desabrida como la de hombres sin mujeres.» A estas razones añadió otros muchos chistes para probar lo que decia, sin olvidar el dicho de Bagdad; «que una mesa no está bien, si no hay cuatro personas;» y al fin concluyó diciendo que ya que ellas eran tres, necesitaban una cuarta persona.

Riéronse las damas con la arenga del mandadero, y Zobeida le dijo con suma formalidad: «Amigo mio, sois algo indiscreto; pero aunque no merezcais que entre en pormenores, quiero deciros que somos tres hermanas que atendemos tan reservadamente á nuestros asuntos, que nadie los sabe, pues motivo tenemos para temer el comunicarlos á indiscretos, además que un buen autor que hemos leido dice: «Guarda tu secreto y á nadie lo descubras; el que lo descubre ya no es dueño de él. Si no te cabe tu secreto en el pecho, ¿cómo quieres que le quepa á quien se lo hayas confiado?

— «Señoras,» replicó el mandadero, «por vuestro esterior juzgué al pronto que erais personas de esclarecido mérito, y ya echo de ver que no me he engañado. Aunque la suerte no me haya franqueado facultades para encumbrarme á una profesion superior á la mia, no por eso he dejado de cultivar mi entendimiento en cuanto lo he podido con la lectura de obras científicas é históricas, y os diré, con vuestro permiso, que tambien he leido en otro autor una máxima que siempre he practicado con acierto: «No ocultamos nuestros secretos, dice, «sino á jentes conocidas de todos por indiscretas, que abusarian de nuestra confianza, pero ninguna dificultad ponemos en descubrirlo á los callados, bajo el concepto de que sabrán guardarlos.» El secreto que se me confie está tan seguro como si estuviera en un gabinete cuya llave se hubiera perdido y la puerta estuviera sellada.»

Conoció Zobeida que el mandadero era despejado; pero juzgando que tenia deseos de participar del banquete con que iban á regalarse, le dijo sonriéndose: «Sabeis que nos disponemos para regalarnos; pero tambien sabeis que hemos hecho mucho gasto, y no seria justo que sin contribuir tuvieseis parte.» La hermosa Safía corroboró el parecer de su hermana. «Amigo,» le dijo al mandadero, «¿no habeis oido nunca lo que comunmente se dice: «El que algo trae parte tiene, y el que nada trae con ello se retira?»

El mandadero hubiera tenido acaso que re-

tirarse confuso á pesar de su retórica, si Amina, tomando con empeño su defensa, no hubiese dicho á Safía y Zobeida: «Mis queridas hermanas, os ruego que permitais que se quede con nosotras; no necesito deciros que nos ha de divertir, pues ya veis como es hombre que lo entiende. Os aseguro que sin su buen ánimo, dilijencia y afan por seguirme, no hubiera podido hacer mis compras en tan poco rato. Además, si os dijese todos los requiebros que me ha ido echando por el camino, no estrañariais que abogue tanto á su favor.»

A estas palabras de Amina, el mandadero enajenado de gozo se dejó caer de rodillas y besó la falda del vestido de aquella linda jóven; luego se levantó diciendo: «Amable señora, hoy empezasteis mi dicha y la colmais con una accion tan sumamente jenerosa, que no acierto á manifestaros mi reconocimiento. Por lo demás, señoras,» añadió encarándose con las tres hermanas, «ya que me concedeis tamaña fineza, no creais que yo abuse de esta dicha y me conceptúe sujeto que lo merezca; no, me tendré siempre por el mas rendido de vuestros esclavos.» Al terminar estas palabras, quiso devolver el dinero que habia recibido; pero la grave Zobeida le mandó que lo guardase. «Lo que ha salido de nuestras manos,» dijo, «para pagar á quien nos haya servido, nunca vuelve á ellas.....»

Salió la aurora y suspendió la narracion de Cheherazada. Sintiólo mucho Dinarzada, que la escuchaba atentísimamente; pero tuvo motivo de consolarse de aquella suspension, porque el sultan, deseoso de saber lo que pasaria entre el mandadero y las tres hermosas damas, remitió la continuacion de su historia para la noche siguiente y se levantó para desempeñar sus funciones acostumbradas.

NOCHE XXXI.

Al dia siguiente, Dinarzada no hizo falta en despertar á la sultana á la hora acostumbrada, diciéndole: «Querida hermana, si no duermes, te ruego que prosigas el cuento peregrino que has empezado.» Cheherazada tomó entónces la palabra, y dijo al sultan: «Señor, con vuestro permiso voy á satisfacer la curiosidad de mi hermana;» y al mismo tiempo continuó así la historia de los tres calendos:

Zobeida no quiso tomar el dinero del mandadero y le dijo: «Amigo, si consiento en que os quedeis con nosotras, es no solo bajo condicion de que guardaréis el secreto que os hemos requerido, sino que tambien observaréis las reglas de la decencia y del decoro.» Mientras que así hablaba, la graciosa Amina se quitó el traje de calle, se alzó la falda del vestido á la cintura para obrar con mas libertad, y puso la mesa. Sirvió varios manjares y colocó sobre el aparador algunas botellas de vino y tazas de oro. Tras esto, las damas se colocaron é hicieron sentar junto á ellas al mandadero, el cual estaba con indecible embeleso, al verse entre aquellas tres beldades tan preciosas.

Despues del primer plato, Amina que estaba cerca del aparador, tomó una taza y una botella, se echó de beber, y bebió la primera, segun costumbre de los Arabes. Hizo lo mismo con sus hermanas, que bebieron una tras otra, y luego llenando por cuarta vez la misma taza, se la presentó al mandadero, el cual besó, al recibirla la mano de Amina y entonó, antes de beber, una cancion cuyo concepto era que así como el viento lleva consigo los aromas de los sitios perfumados por donde pasa, así el vino que iba á beber, viniendo de su mano, recibia un sabor mas esquisito que el suyo natural. Esta cancion regocijó en gran manera á las damas, que fueron cantando por turno, y al fin todos estuvieron de muy buen humor en el tiempo de la comida, que duró largo rato y estuvo acompañada de cuanto podia hacerla mas y mas halagüeña.

Iba á anochecer muy luego, cuando Safía, tomando la palabra en nombre de las tres, dijo al



mandadero: « Levantaos y marchaos, ya es hora que os retireis. » El mandadero, no pudiendo resolverse á dejarlas, respondió: « ¿ A dónde quereis que vaya, señora, en el estado en que me hallo? estoy fuera de mí de puro beber, y vuestra presencia me ha trastornado de tal modo, que me seria imposible hallar el camino de mi casa. Consentid en que pase aquí la noche; dormiré donde querais, pero necesito ese tiempo para volver al estado en que me hallaba cuando entré en esta casa, y aun así, recelo que dejaré la mejor parte de mí mismo. »

Amina tomó por segunda vez la defensa del mandadero. « Hermanas, » les dijo, « tiene razon; yo le agradezco que lo pida, pues nos ha divertido bastante, y si quereis creerme, ó mejor diré, si me amais tanto como yo me imajino, le dejarémos que pase aquí la noche.—Hermana mia, » dijo Zobeida, « nada podemos rehusar á tus ruegos. Mandadero, » prosiguió hablando con él, « te concedemos aun esa gracia, pero con una nueva condicion. Cualquiera jestion que hagamos en tu presencia, respecto á nosotras ó á algun otro, guárdate de abrir los labios para preguntarnos el motivo; porque muy bien pudiera suceder que al hacernos preguntas sobre lo que no te importa, oyeras lo que tal vez te pesara: ten cuidado, no trates de ser curioso queriendo escudriñar los motivos de nuestras acciones.

— Señora, » replicó el mandadero, « os prometo guardar esa condicion tan puntualmente que no tendréis lugar á reconvenirme de haber faltado á ella, y aun menos de castigar mi indiscrecion: mi lengua en esta ocasion estará inmóvil, mis ojos serán como un espejo que no conserva nada de los objetos que repitió. — Para manifestarte, « replicó Zobeida en tono grave, « que cuanto te pedimos no es cosa establecida desde ahora, levántate y lee lo que está escrito encima del interior de nuestra puerta. » Levantóse el mandádero y leyó estas palabras escritas en grandes letras de oro: « El que habla de asuntos que no le tocan oye lo que no quiere. » Volvió despues junto á las tres hermanas. « Señoras, » les dijo, « os juro que no me oiréis hablar sino de lo que me toque ó pueda interesaros.»

Hecho este convenio, Amina trajo la cena, y cuando hubo alumbrado la sala con gran número de bujías preparadas con palo de aloé y ámbar gris, que derramaban un olor agradable y formaban una hermosa iluminacion, se sentó á la mesa con sus hermanas y el mandadero. Volvieron á comer, beber, cantar y recitar versos. Las damas se divirtieron en embriagar al mandadero so color de hacerle brindar á su salud. No se escasearon los chistes: finalmente estaban todos del mejor temple imajinable, cuando oyeron llamar á la puerta.....

Cheherazada interrumpió su narracion porque vió que era de dia.

No dudando el sultan de que cuanto faltaba de aquella historia merecia la pena de oirse, la remitió para el dia siguiente y se levantó.

NOCHE XXXII.

Al acabarse la noche siguiente, Dinarzada llamó á la sultana : « En nombre de Dios, hermana, si no duermes, te ruego que prosigas el cuento de las tres hermosas damas, pues estoy muy deseosa de saber quien llamaba á la puerta. — Vas á saberlo, » respondió Cheherazada, « te aseguro que lo que voy á referirte no desdice de los oidos del sultan mi señor. »

Luego que las damas oyeron llamar á la puerta, se levantaron á un tiempo para ir á abrir; pero Safía, á quien correspondia particularmente este cargo, fué la mas dilijente; las otras dos, viéndose pospuestas, se quedaron y aguardaron que les noticiase quien podia desear verlas tan tarde. Volvió Safía y dijo : « Hermanas, se presenta una hermosa ocasion de pasar agradablemente una parte de la noche; y si sois del mismo parecer que yo, no la malograrémos. Hay á la puerta tres calendos, á lo menos así lo parecen por su traje, pero lo que estrañaréis por supuesto, es que los tres son tuertos del ojo derecho y tienen rapadas la cabeza, la barba y las cejas. Dicen que acaban de llegar á Bagdad, donde nunca han estado, y como es de noche y no saben donde hospedarse, han llamado por casualidad á nuestra puerta y nos piden por amor de Dios que tengamos la caridad de albergarlos. Se contentarán con una caballeriza, son jóvenes y gallardos, y aun parecen de algun despejo, pero no puedo acordarme sin reir de su facha rara y uniforme. Al decir esto, Safía calló y se echó á reir tan de gana que las otras dos damas y el mandadero no pudieron dejar de reir tambien. « Hermanas del alma, » añadió, « quereis que los hagamos entrar? Es imposible que con tales jentes no acabemos el dia aun mejor de lo que lo hemos empezado. Nos divertirán mucho y no han de ser gravosos, pues no nos piden acojida mas que para esta noche, y su intencion es dejarnos luego que amanezca. »

Zobeida y Amina se oponian á Safía, y ella misma sabia muy bien cuál era el motivo; pero fué tan sumo el afan que manifestó de conseguir aquel favor, que no pudieron negárselo. « Vete, » le dijo Zobeida, « hazlos entrar; pero no dejes de avisarles de no hablar de lo que no les toque, y de hacerles leer lo que está escrito encima de la puerta. » A estas palabras, Safía fué á abrir la puerta, y luego volvió seguida de los tres calendos.

Los tres calendos hicieron al entrar un profundo acatamiento á las damas, que se habian levantado para recibirlos, y les dijeron atentamente que eran bien venidos, que se alegraban de tener ocasion de servirlos y contribuir á que se rehicieran del cansancio de su viaje, y finalmente los convidaron á sentarse con ellas. La magnificencia del sitio y la cortesanía de las damas hicieron formar á los calendos altísimo concepto de aquellas hermosas huéspedas; pero antes de sentarse advirtieron por casualidad en el mandadero, y viéndole casi vestido como otros calendos con los cuales tenian desavenencias en algunos puntos de disciplina, y que no se afeitaban la barba y las cejas, uno de ellos tomó la palabra y dijo : « Sin duda que este es uno de nuestros hermanos árabes, los sublevados.

El mandadero, aunque medio dormido y con la cabeza caliente con el vino que habia bebido, se ofendió de estas palabras, y sin levantarse de su asiento, respondió así á los calendos mirándolos con ademan adusto ; « Sentaos, y no os metais en lo que no os va ni viene. ¿ No habeis leido el rótulo que hay encima de la puerta ? No intenteis obligar al mundo á vivir á vuestro modo; vivid al nuestro.

— Buen hombre, » replicó el calendo que habia hablado, « no os enojeis; sentiríamos mucho haberos dado el mas mínimo motivo para eso, y estamos por el contrario prontos á recibir vuestras órdenes. » La disputa hubiera podido tener consecuencias, á no ser porque las damas promediaron y aplacaron los ánimos.

Cuando los calendos se hubieron sentado á la mesa, las damas les sirvieron de comer, y la

festiva Safía se esmeró cuidadosamente en escanciarles... Al llegar aquí Cheherazada, advirtió que era de dia y se detuvo. El sultan se levantó para acudir á sus quehaceres, prometiéndose oir al dia siguiente la continuacion de aquel cuento, porque tenia gran deseo de saber porqué los calendos eran tuertos y los tres de un mismo ojo.

NOCHE XXXIII.

Habiéndose despertado Dinarzada una hora antes de amanecer, dijo á la sultana : « Hermana mia, si no duermes, te ruego que nos cuentes lo que ocurrió entre las damas y los calendos. — Con mucho gusto, » respondió Cheherazada, y prosiguió de este modo el cuento de la noche anterior :

Luego que los calendos hubieron comido y bebido á discrecion, manifestaron á las damas que tendrian mucho gusto en darles un concierto, si les proporcionaban instrumentos. La oferta fué admitida, y levantándose Safía para ir en su busca, volvió poco despues y les presentó una flauta del pais, otra persa y una panderata. Cada calendo recibió de su mano el instrumento que le acomodó, y empezaron los tres á tocar. Las damas, que sabian la letra de la cancion que tocaban, que era muy placentera; los acompañaron con su canto; pero se interrumpian de cuando en cuando con grandes carcajadas movidas por el concepto de la cancion.

En medio de la bulla y cuando la cuadrilla estaba mas jovial, llamaron á la puerta. Safía cesó de cantar y fué á ver quién llamaba. Pero, señor, dijo, en este punto Cheherazada al sultan, es preciso que sepa vuestra majestad porqué llamaban tan tarde á la puerta de las damas, y he aquí el motivo. El califa Harun Alraschid (1) solia rondar de noche disfrazado para saber por sí mismo se reinaba el sosiego en la ciudad y no se cometian desafueros.

Aquella noche, el califa habia salido temprano, acompañado de Jiafar (2), su gran visir, y de Mesrur, jefe de los eunucos de su palacio ; los tres disfrazados de mercaderes. Al pasar por la calle de las tres damas, oyendo aquel príncipe tantísima bulla de instrumentos, canto y risotadas, dijo al visir : « Id á llamar á la puerta de esa casa en donde suena tamaña algazara; quiero entrar y saber lo que la causa. » Por mas que el visir le representó que eran mujeres que se holgaban aquella noche, y que probablemente el vino les habia calentado la cabeza, que no debia esponerse á padecer algun desacato, y mas no siendo todavía muy á deshora para aguarles aquel recreo, « No importa, » replicó el califa, « llamad, yo os lo mando. »

El gran visir Jiafar era pues el que habia llamado á la puerta de las damas por disposicion del califa, que iba de incógnito. Safía abrió, y advirtiendo el visir, á la luz de la bujía que llevaba en la mano, que era una dama peregrina, representó perfectamente su papel. Le hizo su rendido acatamiento, diciéndole con ademan atento : « Señora, somos tres mercaderes de Musul (1), llegados hace diez dias con ricas mercancías que hemos almacenado en un khan (2), en donde tambien estamos alojados. Hoy hemos pasado el dia en casa de un mercader de esta ciudad que nos habia brindado con ella. Nos ha querido agasajar espresivamente, y como el vino habia puesto de temple la concurrencia, mandó traer una cuadrilla de bailarinas. Ya era de noche, y mientras la música sonaba, las bailarinas manifestaban su habilidad y todos metíamos mucho ruido, ha pasado una patrulla

(1) Harun, apellidado Alraschid, esto es, el *Justo*, es uno de los príncipes mas celebres de la dinastía de los Abasides y su quinto califa.

(2) Jiafar, uno de los individuos mas célebres de la familia de los Barmecidas, era el privado de Harun Alraschid, y llevaba, como su padre Yahya, el título de visir.

(1) Ciudad de la Mesopotamia que forma hoy dia parte de las posesiones del gran señor. Posee fábricas de tela de algodon que ha tomado, de su nombre, el de muselina.

(2) Khan ó caravanera, edificio que sirve de posada en el Oriente y en el que son hospedadas gratuitamente las caravanas ó á un precio modico.

y ha mandado que le abriesen. Algunos de los concurrentes fueron arrestados. En cuanto á nosotros, hemos tenido la suerte de escaparnos saltando una tapia. Pero como somos forasteros,» añadió el visir, « y además estamos algo descompuestos con el vino, tememos encontrar otra patrulla antes de llegar á nuestro khan, que está muy distante de aquí, cuanto mas que seria en balde, porque ya está cerrada la puerta y no se abrirá hasta mañana, venga lo que viniere. Este es el motivo, señora, parque habiendo oido al pasar música y canto, hemos discurrido que aun no estaban recojidos en esta casa, y nos hemos tomado la libertad de llamar para pediros que nos deis albergue hasta mañana. Si os parecemos dignos de terciar en vuestra diversion, procurarémos contribuir en lo que podamos para desquitaros la interrupcion que hemos causado; si no, hacednos tan solo la fineza que pasemos la noche á cubierto en vuestro zaguan. »

Durante esta arenga de Jiafar, la hermosa Safía tuvo tiempo para examinar al visir y sus dos acompañantes, y conceptuando por sus fisonomías que no eran jente vulgar, les dijo que ella no era la dueña, y que si queriam tomarse la molestia de aguardar, volveria á traerles la respuesta.

Safía fué á decírselo á sus hermanas, y estas titubearon largo rato acerca del partido que debian tomar. Pero como eran de índole bondadosa y ya habian concedido el mismo favor á los tres calendos, determinaron dejarlos entrar..... Iba Cheherazada á proseguir su narracion, pero advirtiendo que era de dia, la interrumpió. El gran número de nuevos personajes que acababan de entrar en escena, habiendo enardecido la curiosidad de Chahriar prometiéndole algun acontecimiento peregrino, le hizo aguardar la noche siguiente con impaciencia.

NOCHE XXXIV.

Dinarzada, tan curiosa como el sultan de saber lo que resultaria de la llegada del califa á casa de las tres damas, no hizo falta en despertar á la sultana muy temprano diciéndole : « Hermana, si no duermes, te ruego que prosigas la historia de los calendos; » y al punto Cheherazada continuó con permiso del sultan :

El califa, su gran visir y el jefe de sus eunucos, admitidos por la hermosa Safía, saludaron á las damas y los calendos con mucha cortesanía. Las damas los recibieron con la misma ; y Zobeida, como la principal, les dijo circunspecta y adecuadamente : «Sed muy bien venidos; pero ante todo no lleveis á mal que os pidamos una fineza. — ¿Qué fineza, señora?» respondió el visir, «¿cabe por ventura el desairar á damas tan lindas?— Lo que os pedimos,» replicó Zobeida, « es que tengais ojos y no tengais lengua; que no nos hagais preguntas por mas estrañezas que veais; y no hableis de lo que no os toque, por temor de que no oigais lo que os desagrade.— Señora, seréis obedecida, » replicó el visir. « No somos criticones ni curiosos indiscretos: nos ceñirémos á lo que nos corresponda, sin entrometernos en lo que nada nos importe. » A estas palabras se sentaron todos, volvióse á entablar la conversacion y á brindar por los recien venidos.

Mientras el visir Jiafar conversaba con las damas, el califa no se saciaba de reparar en sus primores de belleza, gracia, festivo humor y travesura. Por otra parte chocábanle mucho los tres calendos tuertos del ojo derecho, y con mucho gusto se hubiera informado de tamaña ridiculez, á no mediar la condicion que acababan de imponerle. Con esto, cuando estaba recapacitando en la riqueza de los muebles, en su disposicion acertada y en el aseo de la casa, no podia persuadirse de que allí no interviniera algun encanto.

Habiendo recaido la conversacion sobre los recreos y las diferentes maneras de divertirse, los calendos se levantaron y bailaron á su modo una danza que aumentó el concepto favorable que las damas habian formado de ellos y les granjeó al aprecio del califa y de sus compañeros.

Cuando los tres calendos hubieron acabado de bailar, Zobeida se levantó, y asiendo á Amina de la mano, « Hermana mia, » le dijo, « levántate; estos señores no llevarán á mal que nos violentemos, y su presencia no servirá de estorbo para que hagamos lo que acostumbramos. » Amina, que comprendió lo que su hermana queria decir, se levantó, y quitó los platos, la mesa, los jarros, tazas é instrumentos con que habian tocado los calendos.

Safía no quedó ociosa: barrió la sala, fué poniendo en su lugar cuanto no lo estaba, despaviló las bujías y les aplicó otros palos de aloé y mas ámbar gris, y hecho esto, rogó á los tres calendos que se sentasen en un sofá, y al califa y á sus compañeros que tomasen asiento en otro, y en cuanto al mandadero, le dijo : « Levantaos y disponeos á ayudarnos en lo que vamos á hacer; sois ya de casa y no debeis estar de más. »

El mandadero, que se habia serenado algun tanto, se levantó prontamente y dijo con haldas en cinta : « Estoy pronto; ¿de qué se trata? — Bien, » respondió Safía, « aguardad que os lo digan, no estaréis mucho tiempo con los brazos cruzados. » De allí á poco llegó Amina con una silla que colocó en medio de la sala. Encaminóse despues hácia la puerta de un gabinete, y habiéndola abierto, hizo seña al mandadero que se acercase. « Venid, » le dijo, « y ayudadme. » Obedeció este, y habiendo entrado con ella, salió luego acompañada de dos perras negras, que parecian muy atropelladas, y teniéndolas asidas de las cadenas que colgaban de sus collares, se adelantó con ellas hasta media sala.

Entónces Zobeida, que estaba sentada entre el califa y los calendos, se levantó, y llegándose gravemente hasta el lugar en que estaba el mandadero, « Vamos, » dijo con un gran suspiro, « cumplamos nuestro deber, » y arremangándose los brazos hasta el codo, tomó un látigo que Safía le presentó, y dijo al mandadero: « Entregad una de esas dos perras á mi hermana Amina y acercaos con la otra. »

Hizo el mandadero lo que le mandaba, y cuando se hubo acercado á Zobeida, la perra que tenia asida empezó á ahullar volviéndose hácia Zobeida levantando la cabeza de un modo suplicante; pero esta, sin hacer caso del triste ademan de la perra que daba lástima, ni de sus ahullidos que atronaban toda la casa, le dió de latigazos hasta no poder mas, y entónces tiró el látigo al suelo; luego asiendo la cadena de mano del mandadero, levantó á la perra por las patas, y mirándose ambas tristemente, echaron á llorar. Finalmente Zobeida sacó un pañuelo, con el que enjugó las lágrimas de la perra, la besó, y devolviéndosela al mandadero, « Id, » le dijo, « volvedla donde estaba y traed la otra.»

Volvió el mandadero la perra azotada al gabinete, y al punto tomó la otra de mano de Amina y fué á presentarla á Zobeida que la aguardaba. « Tenedla asida como la primera, » le dijo esta; y volviendo á tomar el látigo, la azotó del mismo modo. Despues lloró con ella, le enjugó las lágrimas, la besó y devolvió al mandadero, á quien la cariñosa Amina escusó la molestia de volverla al gabinete, haciéndolo ella misma.

Sin embargo los tres calendos, el califa y sus compañeros quedaron atónitos con aquella ejecucion, no pudiendo comprender cómo Zobeida, despues de haber azotado con tanta furia á las dos perras, animales inmundos, segun la religion musulmana, lloraba despues con ellas y las besaba enjugándoles las lágrimas. Murmuraban todos en su interior; y sobre todo el califa, mas impaciente que los demás, ardia en deseos de saber el motivo de una accion que le parecia tan estraña, y no cesaba de hacer señas al visir para que hablase y se informase; pero el visir volvia la cabeza á otro lado, hasta que no pudiendo desentenderse, respondió con otras señas que aun no era hora de satisfacer su curiosidad.

Zobeida permaneció algun tiempo en medio de la sala como para recobrarse del afan que le habia costado el azotar á las dos perras. « Mi querida hermana, » le dijo la hermosa Safía, « ¿no quieres volver á tu sitio para que yo represente tambien mi papel? — Sí, » respondió Zobeida, y diciendo esto, fué á sentarse en el sofá, teniendo á la derecha al califa, Jiafar y Mesrur, y á la izquierda los tres calendos y el mandadero..... Señor, dijo al llegar aquí Cheherazada, lo que vuestra majestad acaba de oir debe parecerle asombroso, pero lo que aun falta por contar lo es todavía mas. Estoy persuadida de que así lo confesaréis la noche próxima, si me permitis que concluya esta historia. Consintió en ello el sultan y se levantó porque ya era de dia.

NOCHE XXXV.

Apenas Dinarzada estuvo despierta al dia siguiente, cuando dijo: « Hermana, si no duermes, te ruego que prosigas el hermoso cuento de ayer; « y la sultana habló así dirijiendo la palabra al sultan:

Señor, luego que Zobeida volvió á su sitio, todos enmudecieron; y Saffa, que estaba sentada en la silla en medio de la sala, dijo á su hermana Amina: « Mi querida hermana, tendrás á bien levantarte, ya sabes lo que quiero decir. » Amina se levantó, y pasando á otro gabinete diferente de aquel en que estaban encerradas las perras, volvió con un estuche forrado de raso amarillo con rico bordado de oro y seda verde. Acercóse á Saffa, y abriendo el estuche, sacó un laud que le presentó. Tomólo ella, y despues de haber pasado algun tiempo en afinarlo, empezó á tocar, y acompañándose con la voz, cantó una cancion sobre los tormentos de la ausencia con tan sumo primor que el califa y los demás quedaron embelesados. Cuando acabó, como habia cantado con mucho ahinco, dijo á la graciosa Amina: « Toma, hermana; no puedo mas, y me falta la voz, obsequia á estos señores tocando y cantando en mi lugar. — Con mucho gusto, » respondió Amina, y acercándose á Saffa, le entregó el laud y le cedió su asiento.

Amina floreó un ratillo para cerciorarse de la afinacion del instrumento, y luego tocó y cantó sobre el mismo asunto con tanta vehemencia y tan conmovida, ó mejor diré, tan empapada en el concepto de la letra, que desfalleció al acabar.

Zobeida quiso manifestarle su satisfaccion y le dijo: « Hermana, has hecho prodijios; bien se echa de ver que estás sintiendo lo que tan entrañablemente aciertas á espresar. » Amina no tuvo tiempo para responder á este cumplimiento. Sintióse el corazon tan oprimido, que no pensó sino en abanicarse, manifestando á los concurrentes su garganta y pecho, no blanco como debiera tenerlo una dama como Amina, sino recosido todo con cicatrices, lo cual horrorizó hasta cierto punto á los circunstantes. No obstante, esto le proporcionó poco alivio, y paró por fin en desmayarse..... Pero, señor, dijo Cheherazada, advierto que asoma el alba. Tras estas palabras enmudeció, y el sultan se levantó. Aun cuando aquel príncipe no hubiera determinado diferir la muerte de la sultana, no hubiera podido resolverse á quitarle la vida, pues su curiosidad estaba en estremo interesada en oir hasta su conclusion un cuento tan cuajado de acontecimientos á cual mas inesperado.

NOCHE XXXVI.

Dinarzada dijo á la sultana como siempre: « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que prosigas la historia de las damas y de los calendos. » Cheherazada la continuó así:

Mientras que Safia y Zobeida acudieron á su hermana, uno de los calendos prorumpió: « Mejor hubiéramos hecho en dormir al raso que entrar aquí, pues no hubiéramos presenciado tales

objetos. » El califa, que le oyó, se acercó á él y á los demás calendos, diciéndoles : « ¿ Qué significa todo esto ? » El que acababa de hablar le respondió : « Señor, tambien lo ignoramos nosotros. — ¡ Cómo ! » repuso el califa, « ¿ no sois de casa y no podeis decirnos nada de esas dos perras negras y de esa dama desmayada y tan indignamente malparada ? — Señor, » respondieron los calendos atónitos, « nunca venimos á esta casa, y solo entramos en ella algunos instantes antes que vos. »

Esto acrecentó el pasmo del califa. « Acaso ese hombre que está con vosotros, » dijo, « sabe algo de esto. » Uno de los calendos hizo seña al mandadero para que se acercara, y le preguntó si sabia porqué habian azotado á las perras negras y porqué el pecho de Amina estaba recosido todo con cicatrices. « Señor, » respondió el mandadero, « puedo juraros por el Dios poderoso, que si vosotros no sabeis lo que esto significa, tan enterados estamos unos como otros. Verdad es que soy del pueblo ; pero hasta hoy nunca entré en esta casa, y si estrañais el verme en ella, no menos atónito estoy yo de hallarme en vuestra compañía. Lo mas estraño, » añadió, « es que no veamos aquí ningun hombre con estas damas. »

El califa, sus acompañantes y los calendos habian creido que el mandadero era de casa, y que podria informarles de lo que anhelaban saber. El primero, resuelto á satisfacer su curiosidad á todo trance, dijo á los demás : « Escuchadme, ya que somos siete hombres y solo tenemos que haberlas con tres mujeres, obliguémoslas á darnos todos los informes que apetecemos. Si se niegan á dárnoslos de buen grado, nos hallamos en estado de obligarlas. »

El gran visir Jiafar fué de distinto dictámen y manifestó las consecuencias al califa, aunque sin dar á conocer el príncipe á los calendos, y diciéndole como si fuera un mercader : « Señor, os ruego que considereis que debemos conservar nuestra reputacion. Ya sabeis á que condiciones estas damas nos admitieron en su casa : nos sujetamos á ellas. ¿ Qué se diria de nosotros, si contraviniésemos á lo pactado ? Todavía seríamos mas reprensibles, si nos sobreviniera algun fracaso. Es de creer que no habrán exijido esta promesa sin hallarse en situacion de hacernos arrepentir, si no la cumplimos. »

Entónces el visir llamó á parte al califa y le dijo al oido : « Señor, la noche está muy adelantada ; ármese V. M. de un tantillo de paciencia. Mañana vendré á casa de estas damas, las presentaré ante vuestro solio, y sabréis de ellas cuanto estais apeteciendo. » Aunque este consejo era muy acertado, el califa lo desechó é impuso silencio al visir, diciéndole que se empeñaba en saberlo todo inmediatamente.

« No quedaba mas que acordar quien tomaria la palabra. El califa trató de inducir á los calendos á que hablasen primero ; pero se escusaron, y por fin todos convinieron en que el mandadero seria el encargado. Estaba ya este dispuesto para prorumpir en la aciaga pregunta, cuando Zobeida, despues de haber acudido á la desmayada Amina, ya vuelta en sí, habiéndolos oido hablar en alta voz, se acercó á ellos y les dijo : « ¿ De qué se trata, señores ? y ¿ á qué viene tanta plática ? »

Entónces el mandadero tomó la palabra y dijo : « Señora, estos caballeros os ruegan que tengais á bien esplicarles porqué, despues de haber maltratado á las dos perras, habeis llorado con ellas, y de qué proviene que la dama que se ha desmayado tiene el pecho cubierto de cicatrices. Esto es, señora, lo que estoy encargado de preguntaros de su parte. »

A estas palabras, Zobeida se revistió de un aspecto aseñorado, y volviéndose hácia el califa, sus acompañantes y los calendos, « ¿ Es cierto, señores, » les dijo, « que habeis encargado á este hombre de hacerme semejante pregunta ? » Respondieron todos que sí, escepto el visir Jiafar, que no contestó. Entónces ella les dijo con un desentono que estaba mostrando su enojo : « Antes de concederos el favor que nos pedisteis de que os admitiésemos en nuestra casa, para evitar todo motivo de disgusto, porque estamos solas, lo hicimos bajo la condicion de que no hablariais de lo que no os importase, y que si no, oiriais lo que no os gustase. Con todo, despues de haberos recibido y regalado del mejor modo que nos ha sido posible, faltais á vuestra palabra. Verdad es que esto sucede por la facilidad con que hemos accedido ; pero eso no os disculpa, y vuestro proceder no es pundonoroso. » Al decir estas palabras, dió tres palmadas voceando : « Venid pronto ; » y al punto se abrió una puerta y entraron sable en mano siete esclavos negros muy robustos, que apoderándose de su cada cual, los tiraron á todos al suelo, y arrastrándolos al medio de la sala, se pusieron en ademan de cortarles la cabeza.

Obvio se hace el conceptuar el pavor del califa. Arrepintióse, aunque tarde, de no haber seguido el consejo de su visir. No obstante aquel malhadado príncipe, Jiafar, Mesrur, el mandadero y los calendos estaban á punto de pagar con sus vidas tan indiscreta curiosidad ; pero antes que recibiesen el golpe mortal, uno de los esclavos dijo á Zobeida y á sus hermanas : « Al-

tas, poderosas y respetables señoras, ¿ nos mandais que los degollemos? — Aguardad, » le respondió Zobeida; « hay que hacerles antes algunas preguntas. — Señora, » interrumpió el mandadero despavorido, » en nombre de Dios no me hagais morir por culpa ajena. Estoy inocente; ellos son los culpados; ¡ay de mí! » continuó llorando, « estábamos pasando el tiempo de un modo tan agradable: esos calendos tuertos son causa de tamaña desventura; no hay ciudad que no se desplome en escombros delante de jentes de tan infausto agüero. Señora, os ruego que no confundais al primero con el último, y acordaos que es mas grandioso indultar á un desgraciado como yo, falto de todo auxilio, que abrumarle con todo vuestro poderío y sacrificarle á vuestro enojo. »

Zobeida, á pesar de su ira, no pudo menos de reirse en su interior de los lamentos del mandadero, y sin pararse en él, se encaró por segunda vez con los demás. « Respondedme, » les dijo, « é informadme de quiénes sois: de otro modo, no os queda un momento de vida. No puedo creer que seais jente honrada, ni sujetos de autoridad y señorío en vuestro pais, sea el que fuere. A serlo, hubierais sido mas comedidos y guardado mas miramientos con nosotras. »

El califa, de suyo fogosísimo, estaba padeciendo mucho mas que los otros, viendo que su vida dependia de la órden de una dama ofendida y justamente enojada; pero empezó á esperanzar algun tanto al ver que deseaba enterarse de quiénes eran, porque se figuró que no habia de mandar quitarle la vida, en sabiendo su jerarquía. Por lo tanto le dijo á media voz al visir, que estaba junto á él, que declarase prontamente quien era. Pero el visir, cuerdo y mirado, queriendo salvar el honor de su amo, y no vulgarizar la grande afrenta que se habia acarreado, respondió tan solo: « Nos tratan como merecemos. » Pero aun cuando hubiera querido hablar para obedecer al califa, Zobeida no le hubiera dado tiempo, pues ya se habia encaminado á los calendos, y viéndolos tuertos á los tres, les preguntó si eran hermanos. Uno de ellos le respondió por los demás: « No señora, no somos hermanos por la sangre, sómoslo en calidad de calendos, esto es, por observar la misma clase de vida. — ¿ Sois tuerto de nacimiento? » prosiguió encarándose con uno solo. — « No señora, » respondió, « lo soy por una aventura tan asombrosa que aprovecharia á muchos si estuviera escrita. Despues de este fracaso, me hice afeitar la barba y las cejas y me metí calendo, vistiendo el traje que veis. »

Igual pregunta hizo Zobeida á los otros dos calendos, y dieron la misma contestacion que el primero. Pero el último que habló añadió: « Para daros á conocer, señora, que no somos personas vulgares, y para que tengais con nosotros alguna consideracion, sabed que los tres somos hijos de reyes. Aunque no nos háyamos visto hasta esta noche, hemos tenido sin embargo tiempo para darnos á conocer unos á otros por lo que somos, y me atrevo á aseguraros que los reyes á quienes debemos la existencia hacen algun eco en el mundo. »

A estas palabras, Zobeida mitigó sus iras, y dijo á los esclavos: « Dejadlos libres; pero quedaos aquí. No les hagais daño, y dejad ir á donde quieran á cuantos nos refieran su historia y el motivo que los ha traido á esta casa; pero cuchillada y muerte á cuantos se desentiendan de esta pregunta... Al llegar aquí Cheherazada, calló, y su silencio y la claridad del dia dieron á conocer á Chahriar que era hora de levantarse, y así lo efectuó, esperanzado de oir al dia siguiente á Cheherazada, porque deseaba saber quienes eran los calendos tuertos.

NOCHE XXXVII.

Dinarzada, que se complacia en gran manera con los cuentos de la sultana, la despertó antes de acabarse la noche siguiente. « Hermana mia, » le dijo, « si no duermes, te ruego que prosigas aquella agradable historia de los calendos. »

Cheherazada pidió permiso al sultan, y ha-

biéndolo conseguido, prosiguió de este modo: Señor, los tres calendos, el califa, el gran visir Jiafar, el eunuco Mesrur y el mandadero quedaron todos en medio de la sala, sentados sobre la alfombra en presencia de las tres damas, que estaban en el sofá, y de los esclavos prontos á ejecutar cuantas órdenes se les diesen.

El mandadero habiendo entendido que solo se trataba de referir su historia para librarse de tan gran peligro, tomó la palabra el primero y dijo: «Señora, ya sabeis mi historia y el motivo que me trajo á esta casa; así pronto habré acabado lo que tengo que referiros. Vuestra hermana me alquiló esta mañana en la plaza, donde estaba en clase de mandadero aguardando á que alguien me empleara é hiciera ganar la vida. La acompañé á casa de un licorista, de un herbolario, de otro naranjero, y despues fuimos á comprar almendras, nueces, avellanas y otras frutas; luego á casa de un confitero y de un especiero; desde allí, tan cargado con el cesto como podia, vine aquí donde habeis tenido á bien albergarme hasta ahora, fineza de que me acordaré mientras viva. Esta es mi historia.»

Cuando el mandadero hubo acabado, Zobeida, satisfecha, le dijo:

«Márchate, y que no te volvamos á ver. — Señora,» repuso el mandadero, «os ruego que me permitais permanecer aquí todavía; no fuera justo que, despues de haber procurado á los demás el gusto de oir mi historia, no tuviese yo tambien el de escuchar la suya.» Y diciendo esto, se sentó en un estremo del sofá, gozosísimo por verse fuera del peligro que tan asustado le tenia. A continuacion, uno de los calendos, tomando la palabra y encarándose con Zobeida, como á la principal de las tres damas y la que le habia mandado hablar, empezó así su historia:

HISTORIA DEL PRIMER CALENDO, HIJO DE REY.

«Señora, para informaros cómo perdí el ojo derecho y el motivo que me obligó á vestir el traje de calendo, os diré ante todo que nací hijo de rey. Mi padre tenia un hermano que reinaba como él en un estado vecino. Este hermano tuvo dos hijos, un príncipe y una princesa, y el príncipe y yo éramos casi de una misma edad.

«Cuando me hube adiestrado en los ejercicios de mi edad y el rey mi padre me hubo concedido una libertad decorosa, iba por lo regular todos los años á ver al rey mi tio, y permanecia en su corte uno ú dos meses, y tras esta temporada volvia junto al rey mi padre. Estos viajes dieron motivo para que el príncipe mi primo y yo contrajésemos muchísima intimidad. La última vez que le ví, me recibió con mayores demostraciones de cariño que nunca, y queriendo agasajarme un dia, dispuso al intento preparativos estraordinarios. Estuvimos larguísimo rato sobre mesa, y luego que hubimos cenado, me dijo: «Primo, nunca adivinariais cuál es mi ejercicio desde vuestro último viaje. Hace un año que despues que os marchasteis empleé crecido número de operarios en la empresa que estoy acá ideando. He mandado construir un edificio, que está ya concluido y habitable: creo que os alegraréis de verlo, pero antes se hace forzoso que jureis guardarme el secreto y serme leal, pues uno y otro os exijo.»

«Como la amistad y llaneza que mediaba entre nosotros no me permitia negarle cosa alguna, me juramenté sin titubear en cuanto estaba apeteciendo, y entónces me dijo: «Aguardadme aquí, luego volveré.» Con efecto, no tardó en volver con una dama de estraordinaria hermosura y magnificamente vestida. No me dijo quien era, y no creí debérselo preguntar. Nos volvimos á sentar á la mesa con la dama y permanecimos aun algun tiempo conversando de asuntos indiferentes y brindándonos mutuamente. Al cabo el príncipe me dijo: «Primo, no hay que desperdiciar el tiempo; hacedme el favor de acompañar esta dama y llevarla allí donde veréis un sepulcro con cúpula recien edificado. Fácilmente lo distinguiréis, pues la puerta está abierta: entrad juntos y aguardadme; pronto iré allá.»

«En cumplimiento de mi promesa, nada pregunté, y ofrecí la mano á la dama, y con las señas, que el príncipe mi primo me habia dado, la llevé acertadamente, al resplandor de la luna, al destino. Apenas hubimos llegado al sepulcro, cuando vimos llegar al príncipe que nos seguia con un cantarillo lleno de agua, una azada y un saquito lleno de yeso.

«Sirvióle la azada á derribar el sepulcro vacío que estaba colocado en medio del edificio; fué quitando las piedras y las puso á un lado; y despues de haberlo verificado cavó la tierra, y ví una trampa que estaba debajo del sepulcro. Levantóla, y advertí debajo una escalera en caracol. Entónces mi primo, encarándose con la dama, le dijo: «Este es, señora, el lugar que conduce al sitio de que os hablé. A estas palabras, la dama se acercó y empezó á bajar, y el príncipe hizo ánimo de seguirla; pero antes volviéndose hácia mí, «Primo,» me dijo, «estoy sumamente reconocido por la molestia que os habeis tomado y os doy las gracias. Adios. — Querido primo,» esclamé yo, «¿qué significa esto? — Básteos lo que habeis visto,» me res-

pondió; «podeis volveros por el camino que vinisteis.»

Aquí llegaba Cheherazada, cuando con los asomos del dia hubo de suspender su narracion. El sultan se levantó sumamente ansioso por saber cuál era el intento del príncipe y de la dama que parecian querer enterrarse en vida. Aguardó con impaciencia la noche siguiente para saberlo.

NOCHE XXXVIII.

«Hérmana mia, si no duermes,» esclamó Dinarzada antes de amanecer, «te ruego que prosigas la historia del primer calendo.» Chahriar manifestó tambien á la sultana que tendria gusto en oir la continuacion de aquel cuento, y ella prosiguió en estos términos:

«Señora,» dijo el calendo á Zobeida, «nada pude saber del príncipe mi primo y hube de despedirme de él. Al volver al palacio del rey mi tio, los vapores del vino se me subian á la cabeza; con todo llegué á mi aposento y me acosté. Al dia siguiente, reflexionando sobre lo que me habia sucedido la noche anterior y recapacitando todas las circunstancias de tan estraña aventura, me pareció que era un sueño, y embargado en esta aprension, mandé á preguntar si el príncipe mi primo se hallaba en estado de recibirme. Pero cuando me dijeron que no habia dormido en su aposento, que ignoraban su paradero y estaban muy cuidadosos por él, me convencí de que era demasiado cierto el estraño suceso del sepulcro. Sentílo entrañablemente, y ocultándome á todas las miradas, pasé en secreto al cementerio público, en donde habia muchos sepulcros parecidos al consabido. Pasé todo el dia examinándolos uno tras otro; pero no pude descubrir el que buscaba, y durante cuatro dias hice iguales pesquisas sin el menor fruto.

«Es de saber que durante todo este tiempo el rey mi tio se hallaba ausente. Hacia dias que habia ido á una cacería. Canséme de aguardarle, y despues de haber suplicado á sus ministros que me disculpasen con él á su vuelta, marché de su palacio para volver á la corte de mi padre, de la que no solia estar tanto tiempo ausente. Dejé á los ministros del rey mi tio muy azorados sobre lo que se habia hecho el príncipe mi primo, pero no me atreví á esplayarlos, ni menos quise comunicarles lo que sabia, por no faltar al juramento que habia hecho de guardar el secreto.

«Llegué á la capital en que residia el rey mi padre, y contra la costumbre hallé á la puerta de su palacio una guardia crecida que me cercó al entrar. Pregunté la causa, y el oficial tomando la voz me respondió: «Príncipe, el ejército ha reconocido al gran visir en lugar del rey vuestro padre, que ya no existe, y os hago prisionero por órden del nuevo rey.» A estas palabras, los guardias se apoderaron de mí y me llevaron á la presencia del tirano. Figuraos, señora, cual fué mi estrañeza y mi quebranto.

«Aquel rebelde visir estaba enconadísimo conmigo desde largo tiempo. He aquí lo que lo motivó. En mi niñez era aficionado á tirar la ballesta: un dia me hallaba en la azotea del palacio y me divertia tirando con ella. Presentóse un pájaro delante de mí, le apunté, pero erré el tiro, y por casualidad la bala dió en el ojo del visir que tomaba el fresco en la azotea de su casa, y se lo hizo saltar. Cuando supe el fracaso, hice que me disculparan con el visir, y aun yo mismo lo verifiqué; pero no dejó de guardar un rencor violento, que me solia manifestar sin reparo y á todo trance; pero lo estremó bárbaramente, cuando estuve en su poder. Abalanzóse á mí como un furioso luego que me vió, y metiéndome los dedos en el ojo derecho, me lo sacó. Esta es la razon porque soy tuerto.

«Pero no paró en esto la crueldad del usurpador. Me hizo enjaular y mandó al verdugo que me llevara en aquel estado muy lejos del palacio y me abandonara á las aves de rapiña despues de haberme degollado. El verdugo, acompañado de otro hombre, montó á caballo llevando consigo la jaula y se detuvo en el campo para ejecutar su órden. Pero logré moverle á

compasion con mis ruegos y lágrimas. « Idos, » me dijo, « salid pronto del reino y guardaos de de volver á él, porque os perderiais y causariais mi esterminio. » Dile gracias por el favor que me hacia, y apenas estuve solo, cuando me consolé de haber perdido un ojo, al recapacitar que habia evitado una desgracia mayor.

« No podia caminar mucho en el estado en que me hallaba. Durante el dia me retiraba á parajes desiertos, y de noche caminaba en cuanto me lo permitian mis fuerzas. Por fin llegué á los estados del rey mi tio y pasé á su capital.

« Referíle circunstanciadamente la trájica causa de mi regreso y del estado lastimoso en que me veia. « ¡ Ay de mí ! » esclamó, « ¿ no me bastaba haber perdido un hijo, era preciso que supiese además la muerte de un hermano tan querido y que te viese en el lamentable estado á que estás reducido? » Manifestóme el desconsuelo en que se hallaba, no habiendo recibido noticia alguna del príncipe su hijo, por muchas pesquisas que hubiese hecho con el mayor ahinco. Lloraba el desgraciado padre cuando me hablaba, y su afliccion rayó en tal estremo que no pude resistir á su quebranto, siéndome imposible guardar el juramento que habia hecho al príncipe mi primo, y así referí al rey su padre todo cuanto sabia.

« Escuchóme el rey con cierto consuelo, y cuando hube acabado, « Sobrino, » me dijo, « la narracion que acabas de hacerme me da alguna esperanza. Supe á su tiempo que mi hijo mandaba construir aquel sepulcro, y casi sé el sitio. Me lisonjeo de que lo hallarémos, auxiliándonos la especie que de él conservas. Pero ya que lo mandó edificar recientemente y te ha exijido el secreto, soy de parecer que vayamos nosotros solos á buscarle para evitar toda publicidad. Tendria un motivo importantísimo que no te habrá dicho para ocultarlo á los ojos de todos, como verás mas adelante.

« Habiéndonos disfrazado, salimos por una puerta del jardin que daba al campo, y pronto tuvimos la suerte de hallar lo que buscábamos. Reconocí el sepulcro, y fué tanto mayor mi gozo, en cuanto lo habia estado buscando en balde por mucho tiempo. Entramos en él y hallamos la trampa de hierro caida sobre la entrada de la escalera. Costónos levantarla, porque el príncipe la habia empotrado por dentro con el yeso y agua de que ya hablé; pero al fin lo conseguimos.

« El rey mi tio bajó el primero, seguíle y bajamos unas cincuenta gradas. Cuando llegamos al pié de la escalera, nos hallamos en una especie de antesala cuajada de un denso y angustioso humo que ofuscaba la luz que despedia una hermosa araña.

« Pasamos de esta antesala á un aposento espacioso, sostenido con gruesas columnas y alumbrado con bastantes candeleros. En el centro habia una cisterna y á un lado asomaban varias especies de provisiones. Estrañamos el no ver á nadie. Habia enfrente un estrado bastante ele vado al cual se subia por gradas, y encima de él se descubria un hermoso lecho cuyas cortinas estaban corridas. Subió el rey, y habiéndolas separado, vió al príncipe su hijo y á la dama acostados al lado uno de otro, pero quemados y reducidos á carbon como si los hubieran echado en una hoguera y los hubieran sacado antes de quedar consumidos.

« Lo que mas me maravilló fué que al presenciar un espectáculo tan horrendo, el rey mi tio, en vez de manifestarse inconsolable viendo á su hijo en tan espantoso estado, le escupió en el rostro diciéndole con ademan indignado : « Este es el castigo de este mundo ; pero el del otro durará eternamente. » Y no contento con haber pronunciado estas palabras, se quitó la chinela y le dió un chinelazo en la mejilla (1).

« Pero, señor, ya es de dia, » dijo Cheherazada; « siento que vuestra majestad no pueda atenderme mas. » Como esta historia del primer calendo no estaba todavía concluida y le parecia estrañísima al sultan, se levantó con ánimo de oir la conclusion en la noche siguiente.

(1) En el Oriente es un castigo ignominioso dar en la boca con zapato, y esta costumbre, que todavía subsiste, parece antiquísima.

NOCHE XXXIX.

Esta noche Dinarzada se despertó mas temprano de lo que solia, y llamó á su hermana. « Mi preciosa sultana; » le dijo, « si no duermes, te ruego que concluyas la historа del primer calendo, porque estoy ansiosísima de oirla.

» Pues bien. « dijo Cheherazada, « sabe que el primer calendo prosiguió de este modo la narracion de su historia hecha á Zobeida : « Difícil me fuera espresaros cual fué mi asombro al ver que el rey mi tio maltrataba así al príncipe su hijo, despues de su muerte. « Señor,» le dije, » por agudo que sea el dolor que me causa un objeto tan funesto, no puedo menos de suspenderlo para preguntar á vuestra majestad qué crímen puede haber cometido el príncipe mi primo para que así trateis su cadáver. — Sobrino, » me respondió el rey, « sabed que mi hijo, indigno de este nombre, amó á su hermana desde la niñez, y que su hermana le correspondió. No me opuse á su amistad, porque no preveia lo que podria suceder : y ¿ quién hubiera podido preverlo ? Aquel cariño se estremó con la edad, y llegó á tal punto que al fin temí las consecuencias. Puse remedio en cuanto me fué posible, y no contento con reprender agriamente á mi hijo á solas encareciéndole el horror de la pasion que le arrebataba y el eterno baldon que iba á recaer sobre mi familia, si persistia en tan criminales sentimientos, hice otro tanto con mi hija y la encerré de modo que no pudo comunicarse con su hermano. Pero la desastrada se habia empapado en el veneno, y todos los obstáculos de que se valió mi prudencia solo sirvieron para dar mayor pábulo á su desvarío.

« Persuadido mi hijo de que su hermana era siempre la misma para él, so pretesto de mandarse construir un sepulcro, dispuso esta morada subterránea, esperanzado de hallar algun dia coyuntura para robar al objeto descarriado de su pasion y traerla aquí. Aprovechó el tiempo en que me hallaba ausente para allanar el recinto en donde estaba su hermana, circunstancia á la que mi honor no me ha permitido dar publicidad. Despues de tan vituperable accion, ha venido á encerrarse con ella en este lugar, habiéndolo provisto como ves con toda clase de abastos para poder gozar mucho tiempo de sus abominables amores, que deben horrorizar al mundo. Pero Dios no ha querido permitir aquella abominacion y los ha castigado justamente.» Al acabar estas palabras echó á llorar, y confundí mis lágrimas con las suyas.

« Poco despues clavó los ojos en mí, y abrazándome prosiguió : « Pero, mi querido sobrino, si pierdo un hijo indigno, en ti hallo felizmente quien llene mejor el lugar que ocupaba. » Las reflexiones que siguió repitiendo sobre el aciago fin de los príncipes nos hicieron derramar nuevas lágrimas.

« Volvimos á subir por la misma escalera y salimos por fin de aquel funesto sitio. Dejamos caer la trampa de hierro y la cubrimos con tierra y con escombros para ocultar en lo posible un efecto tan tremendo de la cólera divina.

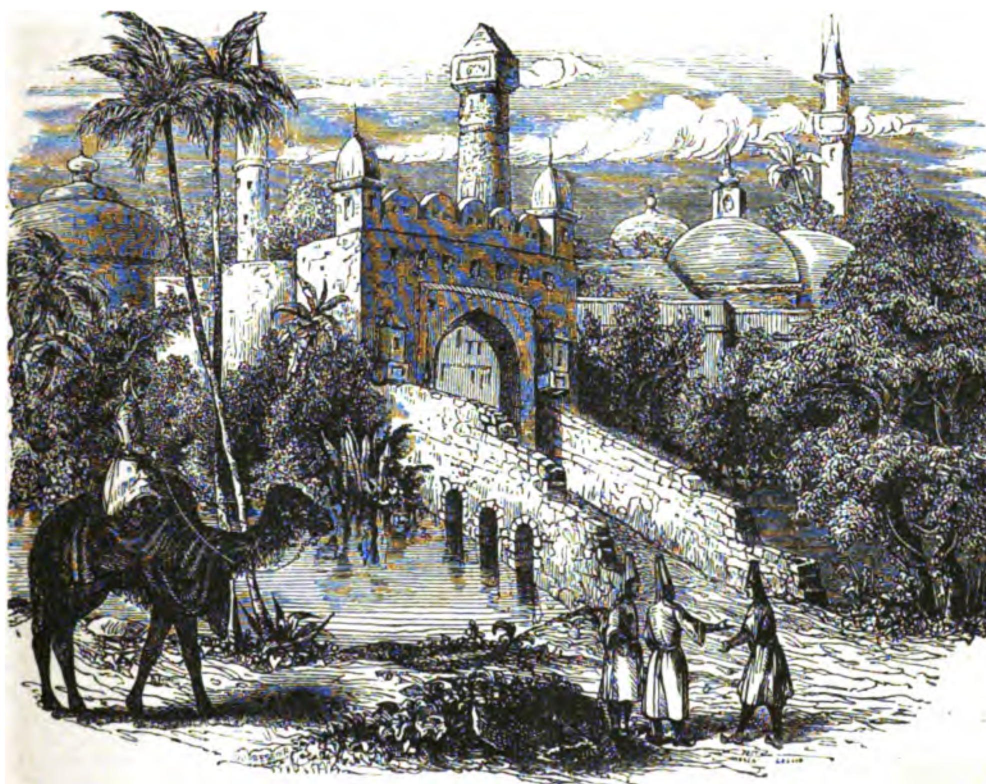
« Ya hacia tiempo que habíamos regresado al palacio, sin que nadie hubiera advertido nuestra ausencia, cuando oímos un confuso estruendo de trompetas, timbales, tambores y otros instrumentos guerreros. Una densa polvareda que ofuscaba los objetos nos demostró pronto lo que era y nos anunció la llegada de un terrible ejército. Mandábalo el mismo visir que habia destronadó á mi padre y usurpado sus estados, y se adelantaba al frente de numerosas tropas con ánimo de apoderarse de los dominios del rey mi tio.

« Aquel príncipe, que solo tenia entónces una guardia regular, no pudo resistir á tantos enemigos. Acometieron la ciudad, y como las puertas se abrieron sin resistencia, fácil les fué hacerse dueños de su recinto. Con la misma facilidad penetraron hasta el palacio del rey mi tio, quien se defendió y cayó muerto despues de batallar larguísimo rato por su existencia. Por mi parte peleé denodadamente, pero viendo que era preciso ceder á la fuerza, traté de retirarme y tuve la suerte de salvarme siguiendo

rumbos recónditos, y de pasar á casa de un oficial del rey cuya fidelidad me constaba.

« Traspasado de quebranto y acosado por la suerte, acudí á un ardid, único recurso que me quedaba para conservar la vida. Hice que me afeitasen la barba y las cejas, y habiendo vestido el traje de calendo, salí de la ciudad sin que nadie me conociera. Fácil me fué alejarme del reino de mi tio caminando siempre por sendas desviadas. Evité pasar por las ciudades hasta que, habiendo llegado al imperio del poderoso caudillo de los creyentes (1), el glorioso y afamado califa Harun Alraschid, dejé de temer. Entónces recapacitando lo que debia hacer, determiné pasar á Bagdad (2) y echarme á los piés de este gran monarca, cuya jenerosidad se alaba en todas partes. Le conmoveré, dije entre mí, con la narracion de una historia tan peregrina como la mia; sin duda se apiadará de un príncipe desgraciado y no imploraré en vano su apoyo.

« Finalmente al cabo de un viaje que ha durado meses, he llegado hoy á las puertas de esta ciudad: he entrado en ella al anochecer, y habiéndome detenido un poco para tomar aliento y deliberar hácia donde encaminaria mis pasos, llegó este otro calendo que está aquí en traje de viandante. Saludóme, y habiéndole correspondido, « A lo que veo, » le dije, « sois estranjero como yo. » Y cuando me respondia que no me engañaba, llega el tercer calendo que aquí veis. Nos saluda y da á conocer que tambien es



(1) Caudillo de los creyentes ó príncipe de los fieles, en árabe, emir el mumenin; de este nombre tomaron nuestros antiguos historiadores el de miramolin.

(2) Bagdad, ciudad fundada por Almanzor, segundo califa de la dinastía de los Abasides. Este príncipe, disgustado de su residencia en la ciudad de Haschemiah cerca de Cufah, á donde unos rebeldes habian ido á sitiarle en su castillo, determinó edificar una ciudad en donde estuviese mas seguro. Despues de haber escojido, segun consejo de sus astrólogos, el dia y momento propicio, echó los cimientos de su capital en un campo situado á orillas del Tigris, y que Cosroes Nurschirvan habia dado en otro tiempo á una de sus mujeres. Esta princesa habia mandado levantar una capilla dedicada á un ídolo llamado Bag, y al mismo tiempo habia dado á todo el campo el nombre de Bagdad, que quiere decir en persa *don de Bag*. Bagdad y toda la provincia del Irac-Arabe, de que es capital, pertenece hoy dia al gran señor.

estranjero y recien llegado á Bagdad. Juntámonos como hermanos y determinamos no separarnos.

« Sin embargo era ya tarde y no sabíamos donde hospedarnos en una ciudad que no conocíamos. Pero nuestra buena suerte nos trajo á vuestra puerta y nos tomamos la libertad de llamar á ella; nos recibisteis tan bondadosa y caritativamente que no podemos agradecéroslo bastante. He aquí, señora, » añadió, « lo que me habeis mandado que os refiera : porqué he perdido el ojo derecho, porqué tengo la barba y las cejas rapadas, y porqué me hallo ahora en vuestra casa.

— « Basta, » dijo Zobeida, « estamos satisfechas; retiraos á donde querais. » El calendo se escusó y suplicó á la dama que le permitiera quedarse para tener la satisfaccion de oir la historia de sus dos cofrades á quienes no podia abandonar, y la de las tres otras personas presentes.

« Señor, » dijo al llegar aquí Cheherazada, apunta el dia y no puedo referir la historia del segundo calendo; pero si vuestra majestad quiere oirla mañana, no le gustará menos que la del primero. » Consintió en ello el sultan y se levantó para ir á celebrar consejo.

NOCHE XL.

Imajinándose Dinarzada que se deleitaria tanto con la historia del segundo calendo como con la anterior, no hizo falta en despertar á la sultana antes del amanecer. « Hermana mia, » le dijo, « si no duermes, te ruego que empiezes la historia que nos prometiste. » Y al punto Cheherazada, vuelta al sultan, habló en estos términos :

Señor, la historia del primer calendo pasmó á todos los oyentes; pero particularmente al califa, y la presencia de los esclavos empuñando los sables no le quitó decir á media voz al visir : « Muchas historias he oido desde que tengo uso de razon; pero ninguna puede compararse con la de ese calendo. » Mientras que así hablaba, el segundo calendo tomó la palabra, y encarándose con Zobeida, dijo :

HISTORIA DEL SEGUNDO CALENDO, HIJO DE REY.

« Señora, para obedecer á vuestras órdenes é informaros por qué estraña aventura he perdido el ojo derecho, he de referiros toda la historia de mi vida.

« Apenas habia salido de la niñez, cuando el rey mi padre, porque habeis de saber, señora, que nací príncipe, advirtiendo en mí suma agudeza, hizo todo cuanto pudo para cultivarla trayéndome á todos los que sobresalian en sus estados en ciencias y nobles artes.

« Luego que supe leer y escribir, aprendí de memoria todo el Alcoran (1), ese libro admirable que contiene el fundamento, los preceptos y la regla de nuestra relijion (2), y para instruirme á fondo leí las obras de los autores mas celebrados que lo han ilustrado con sus comentarios. Añadí á esta lectura el conocimiento de todas las tradiciones recojidas de boca de nuestro profeta por los varones eminentes que fueron sus contemporáneos, y no contento con saber todo lo relativo á nuestra relijion, eché el resto en estudiar nuestras historias, me perfeccioné en la literatura y versificacion con la lectura de nuestros poetas, dedicándome al mismo

(1) El Alcoran, ó mas propiamente el *Coran*, voz arábiga que significa lectura, es la recopilacion de las supuestas revelaciones hechas á Mahoma por el Altísimo, mediando el ánjel Gabriel. Se compone de ciento y catorce capítulos ó *Surates* que el profeta de los Arabes publicó sucesivamente, haciendo creer á sus discípulos que el ánjel Gabriel le entregaba en porciones aquel libro que habia salido completo de manos de Dios. La primera revelacion está separada de la última por un espacio de veinte y tres años. El profeta tenia cuarenta cuando anunció que habia recibido la primera visita del ánjel Gabriel; estas supuestas visitas continuaron hasta la muerte de Mahoma, quien dictaba á un amanuense los diferentes capítulos del libro santo, al paso que el enviado de Dios se los traia. El arte de la escritura era entónces muy escaso, y segun parece, Mahoma no sabia escribir.

(2) La relijion musulmana está fundada en un deismo puro; sus sectarios la dividen en dos ramas, una llamada la fe, y otra el *culto* ó la *práctica*. La fe consiste en creer en el símbolo siguiente : *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta.*

tiempo á la jeografía y cronolojía y á hablar castizamente nuestra lengua, sin desatender por esto ninguno de los ejercicios que convienen á un príncipe. Pero lo que me gustaba mucho y en que sobresalí particularmente, fué en formar los caractéres de nuestra lengua arábiga. Fueron tales los progresos que hice, que aventajé á todos los pendolistas de nuestro reino que se habian granjeado mayor nombradía.

« La fama me honró mas de lo que merecia, pues no contenta con abultar mis conocimientos en los estados del rey mi padre, llevó mi nombre hasta la corte de las Indias, cuyo poderoso monarca quiso verme, y al intento envió un embajador con ricos presentes pidiéndome á mi padre, quien se alegró mucho de aquella embajada por varios motivos. Estaba persuadido de que era muy provechoso para un príncipe de mi edad viajar á las cortes estranjeras, y además se alegraba de granjearse la amistad del sultan de las Indias. Marché pues con el embajador, pero con poca comitiva, por lo largo y trabajoso de los caminos.

« Hacia un mes que íbamos caminando, cuando descubrimos á lo lejos una gran polvareda, y luego divisamos cincuenta jinetes bien armados. Conocimos que eran salteadores que venian á galope tendido... » Cheherazada suspendió su narracion al llegar aquí, porque advirtió que era muy de dia, y se lo anunció al sultan, que se levantó; pero queriendo saber lo que sucederia entre los cincuenta jinetes y el embajador de las Indias, aguardó la noche siguiente con impaciencia.

NOCHE XLI.



Era casi de dia cuando Dinarzada se despertó. « Hermana mia, » esclamó, « te ruego, si no duermes, que prosigas la historia del segundo calendo. « Cheherazada continuó de esta manera :

« Señora, » prosiguió el calendo vuelto á Zobeida, « como teníamos diez caballos cargados con nuestro equipaje y con los presentes que debia hacer al sultan de las Indias de parte del rey mi padre, y éramos en corto número, ya podeis conceptuar que los salteadores se abalanzaron á nosotros osadamente. No hallándonos en estado de contrarestarlos, les dijimos que éramos embajadores del sultan de las Indias y que esperábamos que nada harian contrario al respeto que le debian. Con esto creímos salvar nuestras vidas y equipajes; pero los malhechores nos contestaron descocadamente : « ¿ Porqué hemos de respetar al sultan vuestro amo ni su riqueza? Nosotros no somos súbditos suyos ni estamos en sus dominios. » Y al decir estas palabras, nos rodearon y acometieron. Me defendí cuanto pude, pero sintiéndome herido y viendo que el embajador y los que nos acompañaban estaban tendidos en el suelo, aproveché las fuerzas que le quedaban á mi caballo, que tambien estaba herido, y me alejé de ellos. Corrió mientras pudo llevarme, pero luego empezó á flaquear y al fin cayó muerto de cansancio. Desprendíme de él prontamente, y advirtiendo que nadie me perseguia, me imajiné que los salteadores no habian querido alejarse de la presa que tenian hecha. »

Cuando llegaba aquí Cheherazada, advirtió que amanecia y hubo de callar. « ¡ Ay, hermana! » dijo Dinarzada, « mucho siento que no puedas continuar esa historia. — Mucho mas te hubiera contado, » respondió la sultana, « si no estuvieras hoy tan perezosa. — Mañana seré mas dilijente, » repuso Dinarzada, « y confio que satisfarás de sobra la curiosidad del sultan por el malogro de hoy. » Chahriar se levantó sin contestacion, acudiendo á sus quehaceres.

NOCHE XLII.

Dinarzada se esmeró en llamar á la sultana muy de madrugada. « Querida hermana, » le dijo, « si no estás dormida, te ruego que prosigas la historia del segundo calendo. — Corriente, » respondió Cheherazada, y al mismo tiempo continuó así :

« Vime pues, señora, » dijo el calendo, « solo, herido y en sumo desamparo, y además peregrino para todo el pais. No me atreví á volver al camino por miedo de caer otra vez en manos de los salteadores, y despues de haber fajado mi herida, que no era de cuidado, caminé lo restante del dia y llegué á la falda de un monte, en donde descubrí la entrada de una cueva : entré en ella y pasé la noche sobresaltado, tras de haber comido algunas frutas que habia ido recojiendo por el camino.

« Seguí caminando al dia siguiente y sucesivos sin hallar sitio en que detenerme. Pero al cabo de un mes descubrí una gran ciudad muy poblada y en situacion ventajosísima, pues regaban su campiña varios rios, reinando además en ella una primavera eterna.

« Alegráronme en el alma los objetos halagüeños que estaba presenciando, suspendiendo momentáneamente la mortal tristeza que me aquejaba en tan sumo desampàro. Mi rostro, manos y piés se atezaron, abrasados por el sol intensísimo, y roto mi calzado, tenia que andar descalzo y con el cuerpo mal cubierto con mi ropa toda destrozada.

« Entré en la ciudad para informarme y saber dónde me hallaba ; encaminéme á un sastre que estaba trabajando en su taller, quien conceptuando por mi mocedad y mis modales que era muy diverso de lo que parecia, me hizo sentar á su lado. Me preguntó quién era, de dónde venia, y lo que me habia traido allí. Nada le oculté de cuanto me habia sucedido, y aun no tuve dificultad en descubrirle mi jerarquía.

« Escuchóme el sastre con mucha atencion, pero cuando hube acabado de hablar, en lugar de darme consuelo, agravó en gran manera mi quebranto. « Guardaos, » me dijo, « de confiar á nadie lo que acabais de decirme, porque el príncipe que reina aquí es enemigo mortal del rey vuestro padre, y no cabe duda en que os haria algun daño, si supiese vuestra llegada á esta ciudad. « No dudé un punto de la sinceridad del sastre, cuando me hubo nombrado el príncipe ; pero como la enemistad que media entre mi padre y él no tiene relacion con mis aventuras, me permitiréis, señora, que la pase por alto.

« Di gracias al sastre por el consejo que me daba, y le manifesté que me atenia enteramente á sus sanos consejos y que nunca olvidaria lo que por mí hiciese. Como juzgó que no debia estar falto de apetito, me hizo traer de comer, y aun me ofreció un aposento en su casa, que acepté.

« Pocos dias despues de mi llegada, observando que me habia repuesto del largo y penoso viaje que acababa de hacer, y no ignorando que la mayor parte de los príncipes de nuestra relijion, precaviéndose contra los reveses de la fortuna, aprenden algun arte ú oficio, para valerse de él en caso necesario, me preguntó si sabia alguno con el cual pudiera vivir sin ser gravoso á nadie. Respondíle que estaba impuesto en ambos derechos, que era gramático, poeta, y sobre todo pendolista. « Con todo lo que acabais de decir, » replicó, « no ganariais un mendruguillo en este pais : esa clase de conocimientos son aquí absolutamente inservibles. Si quereis seguir mi consejo, » añadió, « os vestiréis un traje corto, y como pareceis robusto y de buen temperamento, os iréis al bosque cercano á cortar leña : vendréis á venderla á la plaza, y os aseguro que sacaréis con que vivir independiente de todos. Por este medio os pondréis en estado de aguardar que el cielo os sea propicio y avente la nube de mala suerte que nubla la felicidad de vuestra vida y os obliga á ocultar vuestro nacimiento. Yo me encargo de proporcionaros una cuerda y una hacha. »

« El temor de ser conocido y la necesidad de

vivir me determinaron á tomar este partido, á pesar de la humillacion y el afan que le eran consiguientes.

« Al dia siguiente, el sastre me compró una hacha y una cuerda, como tambien un traje corto, y recomendándome á algunos pobres habitantes que se ganaban la vida del mismo modo, les rogó que me llevasen consigo. Acompañáronme al bosque, y el primer dia traje á la ciudad un gran haz de leña que vendí por media moneda de oro del pais, porque si bien el bosque no caia lejano, la leña estaba cara en aquella ciudad, porque eran poquísimos los que se dedicaban á cortarla. En poco tiempo gané mucho dinero y volví al sastre el que me habia adelantado.

« Hacia un año que vivia de este modo, cuando un dia habiéndome internado en el bosque, llegué á un sitio muy ameno y me puse á cortar leña. Al arrancar la raiz de un árbol, descubrí un anillo de hierro prendido de una trampa del mismo metal; al punto quité la tierra que la cubria, levantéla, y ví una escalara por la que bajé con el hacha en la mano.

« Cuando estuve al pié de la escalera, me hallé en un espacioso palacio, causándome gran admiracion el que reflejase en él la luz como si estuviera sobre la tierra en el lugar mejor soleado. Seguí una galería sostenida con columnas de jaspe, cuyas bases y chapiteles eran de oro macizo; pero viendo que me salia al encuentro una dama de noble y airosa traza y de estraordinaria belleza, mis miradas se desviaron de los objetos que me rodeaban para clavarse tan solo en ella. »

Aquí llegaba Cheherazada, cuando apuntó el dia. « Querida hermana, » dijo Dinarzada, « te confieso que he estado embelesada con lo que acabas de contarme, y supongo que lo que falta no será menos peregrino. — No te equivocas, » respondió la sultana, « porque la continuacion de la historia de este segundo calendo es mas digna de la atencion del sultan, mi señor, que todo cuanto ha oido hasta ahora. — Mucho lo dudo, » dijo Chahriar levantándose; « mañana lo verémos. »

NOCHE XLIII.

Aquella noche Dinarzada estuvo muy madrugadora. « Hermana, si no duermes, » dijo á la sultana, « te ruego que me cuentes lo que pasó en el palacio subterráneo entre el príncipe y la dama. — Vas á saberlo, » respondió Cheherazada, « prestadme atencion :

El segundo calendo prosiguió así su historia : « Para ahorrar á la hermosa dama la molestia de adelantarse hácia mí, me apresuré á juntarme con ella, y mientras yo le tributaba un profundo saludo, me dijo : « ¿Quién sois? ¿sois hombre ó jenio? — Soy hombre, señora, » le respondí levantando la cabeza, « y no tengo relaciones con los jenios. — ¿Y cómo os hallais aquí? » replicó dando un gran suspiro. « Hace veinte y cinco años que vivo aquí, y en todo este tiempo sois el único hombre que he visto en este sitio. »

« Su gran hermosura, que ya me habia cautivado, su agrado y cortesanía me alentaron á decirle : « Señora, permitidme que os diga, antes que logre la dicha de satisfacer vuestra curiosidad, que agradezco infinito á la suerte este encuentro imprevisto que me ofrece la ocasion de consolarme en la afliccion que me aqueja, y quizá la de haceros mas feliz de lo que sois. » Entónces le referí puntualísimamente por qué estraño suceso veia en mí al hijo de un rey en el estado en que me presentaba delante de ella, y cómo habia descubierto casualmente la entrada de la suntuosa cárcel en que la hallaba, al parecer, sumamente desconsolada.

— « ¡Ay de mí, príncipe! » prosiguió la dama suspirando, « razon teneis en creer que esta cárcel tan rica y pomposa es una mansion muy aciaga. Los lugares mas amenos no pueden agradar al hallarse en ellos con repugnancia. Imposible es que no hayais oido hablar del

gran Epitimaro, rey de la isla de Ébano, así llamada por la abundancia con que produce esta preciosa madera. Yo soy hija suya.

« El rey mi padre me habia escojido por esposo un príncipe que era primo mio ; pero la primera noche de mi boda, en medio de los regocijos de la corte y capital del reino de la isla de Ébano, y antes que me hubiesen entregado á mi marido, fuí arrebatada por un jenio. En aquel momento me desmayé y perdí el sentido, y cuando volví en mí, me hallé en este palacio. Estuve inconsolable por mucho tiempo; pero al cabo la necesidad me ha acostumbrado á ver y aguantar al jenio. Como ya os lo dije, hace veinte y cinco años que estoy en este sitio, en el que tengo todo cuanto es necesario á la vida y todo cuanto puede satisfacer á una princesa amiga de trajes y adornos.

« Cada diez dias, » continuó la princesa, « el jenio viene á pasar una noche conmigo ; nunca viene fuera de este dia, y me da por escusa que está casado con otra mujer que tendria zelos, si llegase á entender la infidelidad que le hace. Sin embargo cuando necesito de él de dia ó de noche, no tengo mas que acudir á un ensalmo que está á la entrada de mi aposento, y al punto se presenta (1). Hoy hace cuatro dias que vino, y así no le espero sino dentro de seis. Por lo tanto podeis estaros cinco dias conmigo, si quereis, y procuraré regalaros segun vuestro linaje y mérito. »

« Me hubiera tenido por muy afortunado en conseguir tan gran favor pidiéndolo, y por consiguiente estuve muy ajeno de rehusar tan amistoso ofrecimiento. La princesa me hizo entrar en un baño, el mas aseado, cómodo y suntuoso que imajinarse cabe, y cuando salí, hallé, en lugar de mi vestido, otro riquísimo, que me puse mas bien para presentarme digno de estar con ella que por su riqueza y lujo.

« Nos sentamos en un sofá cubierto con una magnífica alfombra y almohadones de hermoso brocadó de Indias, y luego colocó sobre la mesa manjares muy delicados. Comimos juntos y pasamos lo restante del dia deliciosamente, y de noche me admitió en su lecho.

« Como buscaba todos los medios de complacerme, me sirvió al dia siguiente una botella de vino añejo y en estremo esquisito ; y tambien bebió de él conmigo. Cuando los vapores del vino se me subieron á la cabeza, le dije : « Hermosa princesa, demasiado tiempo hace que os hallais enterrada viva. Venid conmigo á gozar de la claridad del verdadero dia de que estais privada. Abandonad la mentida luz de que estais aquí gozando. »

« Príncipe, » me respondió la dama con suave sonrisa, « dejaos de semejante intento. Poco me importa la mas hermosa luz del mundo, con tal que de los diez dias me concedais nueve y cedais el décimo al jenio. — Princesa, » repuse yo, « veo que hablais así por temor del jenio. En cuanto á mí, le temo tan poco que voy á hacer pedazos su ensalmo y todo el embolismo escrito sobre él. Que venga ; le aguardo. Por valiente y temible que sea, sentirá el peso de mi brazo, juro esterminar todos cuantos jenios hay en el mundo y á él el primero. » La princesa, que sabia á lo que me esponia, me suplicó que no tocara el talisman. « Seria, » me dijo, « el medio que os perdieseis y á mí tambien. Conozco mejor que vos á los jenios. » Trastornado con el vino, desestimé los consejos de la princesa, y pateando el ensalmo lo hize pedazos. »

Al decir estas palabras, advirtió Cheherazada que era de dia, y suspendió su narracion. El sultan se levantó, y no dudando que al talisman roto se seguiria algun acontecimiento notable, determinó oir la conclusion de la historia.

(1) Talisman, *thelesman*, ó ensalmo, nombre que los Orientales dan á toda piedra preciosa grabada bajo el influjo de una constelacion que tiene caractéres y emblemas sacados de las ciencias ocultas.



NOCHE XLIV.

Despertóse Dinarzada antes de amanecer y dijo á la sultana : « Hermana mia , si no duermes, te ruego que nos cuentes lo que sucedió en el palacio subterráneo luego que el príncipe rompió el talisman. — Voy á decirlo , » respondió Cheherazada, y volviendo á proseguir la narracion del segundo calendo, habló así :

« Apenas estrelló el ensalmo cuando se estremeció todo el palacio como si fuera á desplomarse con pavoroso estruendo, semejante al del trueno, acompañado de repetidos relámpagos y de total lobreguez. Disipáronse al punto los vapores del vino, y conocí, aunque demasiado tarde, el yerro que habia cometido. « Princesa, esclamé, « ¿qué significa esto ? » Y ella me respondió aterrada y sin pensar en su propia desventura : « ¡Ay de mí! estais perdido, si no huis. »

« Seguí su consejo y fué tal mi espanto que olvidé mi hacha y chinelas. Apenas habia llegado á la escalera por la que habia bajado, cuando se abrió el palacio encantado dando paso al jenio. Preguntó furioso á la princesa : « ¿Que te ha sucedido y porqué me llamas? — Me he sentido indispuesta, » le respondió la princesa, « y he ido á buscar esta botella ; he bebido dos ó tres veces, por desgracia he dado un paso en falso, y he caido sobre el talisman, que se ha hecho pedazos. Esto es todo lo que ha sucedido. »

« A esta respuesta encolerizóse el jenio y le dijo : « Eres una desvergonzada y una mentirosa : ¿ porqué se hallan aquí esta hacha y estas chinelas? — No las he visto hasta ahora, » le respondió la princesa. « Sin duda habiendo venido con tanto ímpetu , las habeis arrastrado al pasar por algun sitio trayéndolas sin advertirlo.»

« El jenio solo le respondió con baldones y aun golpes que sonaron hasta en mis oidos. No tuve corazon para oir el llanto, los lamentos y alaridos de la princesa atropellada tan atrozmente. Ya me habia despojado del traje que me habia hecho vestir y vuelto á tomar el mio, que habia puesto en la escalera el dia anterior al salir del baño. Así acabé de subir, tanto mas traspasado de amargura y compasion, en cuanto era la causa de tan suma desventura, siendo el mas delincuente é ingrato de todos los hombres en haber sacrificado la mas hermosa princesa de la tierra á la barbarie de un jenio desapiadado.

« Es cierto, recapacitaba, que hace veinte y cinco años que está encarcelada; pero escepto la libertad, nada tenia que apetecer para ser feliz. Mi arrebato desquicia su dicha y la avasalla á la crueldad de un diablo implacable. Dejé caer la trampa, la cubrí otra vez con tierra y regresé á la ciudad con un haz de leña que me eché al hombro sin saber lo que hacia, tan confuso y desconsolado me hallaba.

« Gozosísimo se me mostró el sastre con mi regreso. « Vuestra ausencia me causó suma desazon en razon al secreto de vuestro nacimiento que me habeis confiado. Cavilando sin cesar, no acertaba á deslindar el motivo, y mas con la zozobra de que alguien os hubiera descubierto. Loado sea Dios , que habeis vuelto. » Dile gracias por su amistoso afan, pero nada le dije de lo acaecido ni porqué volvia sin hacha y sin chinelas. Retiréme á mi aposento, en donde me reconvine mil veces de la imprudencia que habia cometido. Nada, me estaba diciendo, tenia cotejo con la felicidad de la princesa y la mia, si hubiera podido contenerme y no hubiera roto el talisman.

« Embargado todo en tan melancólicos recuerdos, entró el sastre y me dijo : « Un anciano que no conozco acaba de llegar con vuestra hacha y chinelas, que dice haber hallado en el camino. Ha sabido por vuestros compañeros que viviais aquí; venid á hablarle, quiere entregároslas él mismo. »

« A estas palabras me inmuté todo y me puse trémulo. Preguntábame el sastre qué tenia, cuando se abrió el piso de mi aposento y apareció el anciano, que no habia tenido paciencia para aguardar, trayendo en la mano el hacha y las chinelas. Era el jenio robador de la hermosa princesa de la isla de Ébano, que se habia disfrazado así despues de haberla tratado con la



mayor barbarie. «Soy jenio,» nos dijo, «nieto de Eblis, príncipe de los jenios. ¿No es esta tu hacha?» añadió, encarándose conmigo. «¿No son estas tus chinelas?»

Dejó de hablar Cheherazada viendo que habia amanecido. El sultan cenceptuaba la historia del segundo calendo muy interesante para que no quisiese oir la conclusion, y por lo tanto se levantó con ánimo de saber al dia siguiente su paradero.

NOCHE XLV.

Antes de amanecer, Dinarzada llamó á la sultana. «Mi querida hermana» le dijo; te ruego que nos cuentes de qué modo el jenio trató al príncipe. — Voy á satisfacer vuestra curiosidad,» respondió Cheherazada, y prosiguió de este modo la historia del segundo calendo:

El calendo continuó hablando á Zobeida y dijo: «Señora, luego que el jenio me hizo esta pregunta, no me dió tiempo para responder, y tampoco hubiera podido hacerlo, tan sobrecojido estaba con su pavorosa presencia. Asióme por medio del cuerpo, y arrastrándome fuera del aposento, me arrebató por los aires hasta el cielo con ímpetu tan disparado que mas bien advertí la elevacion en que me hallaba, que no el espacio que acababa de atravesar en

pocos momentos. Precipitóse despues hácia la tierra, y habiéndola abierto de un talonazo, se hundió en ella y al punto me hallé en el palacio encantado delante de la hermosa princesa de la isla de Ebano. Pero ¡ay de mí! ¡qué espectáculo se ofreció á mis ojos ¡y me traspasó el corazon! La princesa estaba desnuda y ensangrentada, tendida en el suelo, mas muerta que viva y las mejillas bañadas en llanto.

«Pérfida,» le dijo el jenio presentándome á ella, «¿no es este tu amante?» Volvió ella hácia mí sus lánguidos ojos y respondió desconsoladamente: «No le conozco, ni nunca le ví hasta ahora. — ¡Cómo!» replicó el jenio, «es causa del estado en que justamente te ves, ¿y te atreves á decir que no le conoces? — Si no le conozco,» replicó la princesa, «¿quereis que mienta y sea causa de su esterminio? — Pues bien,» dijo el jenio, desenvainando un sable y presentándoselo á la princesa, «si nunca le has visto, toma este sable y córtale la cabeza. — ¡Ay de mí! dijo la princesa, «¿cómo puedo ejecutar lo que de mí exijis? Estoy tan falta de fuerzas que no podria levantar el brazo, y aun cuando lo pudiera, ¿tendria yo valor para dar la muerte á una persona que no conozco, á un inocente? — Prueba de tu crímen es que así te niegas á obedecerme,» dijo entónces el jenio á la princesa, y luego volviéndose hácia mí, añadió: «Y tú ¿no la conoces?»

«Hubiera sido el mas ingrato y pérfido de los hombres, si no hubiera tenido con la princesa la misma fidelidad que ella habia tenido conmigo, que era causa de su desgracia. Por lo mismo respondí al jenio: «¿Cómo puedo conocerla, cuando no la he visto sino esta vez? — Si así es,» replicó él, «Toma ese sable y córtale la cabeza. A ese precio te daré la libertad y quedaré convencido de que nunca la viste hasta ahora como dices. — Con mucho gusto,» repliqué yo y tomé el sable de su mano..... «Pero, señor, ya es de dia,» dijo Cheherazada interrumpiéndose, y no debo abusar de la paciencia de vuestra majestad. — Maravillosos acontecimientos son esos,» dijo para sí el sultan: «mañana verémos si el príncipe tuvo la crueldad de obedecer al jenio.

NOCHE XLVI.

Dinarzada llamó á la sultana antes de acabarse la noche y le dijo: «Hermana mia, si no duermes, te ruego que prosigas la historia que no pudiste concluir ayer. — Con mucho gusto,» respondió Cheherazada, y sin pérdida de tiempo dijo que el segundo calendo continuó así:

«No creais, hermosa señora, que me acercase á la hermosa princesa de la isla de Ébano para ser el ministro de la barbarie del jenio; hícelo solamente para indicarle por mis jestos, en cuanto pude, que así como ella habia tenido harta entereza para sacrificar su existencia por amor mio, yo tampoco me desentendia de igual sacrificio por amor suyo. La princesa comprendió mi intento. A pesar de su quebranto y desconsuelo, me manifestó con una tierna mirada y me dió á entender que moria gustosa y que estaba contenta al ver que tambien queria morir por ella. Retrocedí entónces y arrojando el sable, le dije al jenio; «Seria eternamente vituperable ante todos los hombres, si cometiera la ruindad de asesinar, no digo á una persona á quien no conozco, sino aun á una dama como la que veo, en el estado en que se halla á punto de exhalar el postrer aliento. Haced de mí lo que querais, ya que estoy en vuestro poder; pero no puedo obedecer esa órden inhumana.

—«Ya veo,» dijo el jenio, «que os burlais ambos de mí, escarneciendo mis zelos; pero ambos conoceréis de lo que soy capaz.» A estas palabras el monstruo recojió el sable y cortó una mano á la princesa, la cual solo tuvo tiempo para hacer una seña con la otra y decirme un eterno adios, porque la sangre que habia perdido y la que perdió entónces no la permitieron vivir sino algunos instantes despues de esta última crueldad, cuyo espectáculo me causó un desmayo.

«Cuando volví en mí me quejé al jenio de que me hacia aguardar la muerte. «Herid,» le dije, «estoy pronto á recibir el golpe mortal; lo aguardo como la mayor fineza que podais dispensarme.» Pero en vez de concederme lo que pedia, «He aqui» me dijo, «cómo tratan los jenios á las mujeres que malician haberles sido infieles. No hay duda en que te admitió aquí; si estuviese seguro de que me hubiera hecho un ultraje mayor, te daria ahora mismo la muerte; pero me contentaré con transformarte en perro, asno, leon ó pájaro: elije entre estas trasformaciones; consiento en dejarte dueño de la eleccion.»

«Estas palabras me dieron alguna esperanza de aplacarlo. «¡O jenio! le dije, «moderad vuestro enojo; ya que no quereis quitarme la vida, concedédmela jenerosamente. Me acordaré siempre de vuestra clemencia, si me perdonais, así como el mejor hombre del mundo perdonó á uno de sus vecinos que le tenia una envidia mortal.» Preguntóme el jenio qué habia ocurrido entre estos dos vecinos, diciéndome que tendria paciencia de escuchar esta historia. He aquí de qué modo le hice esta narracion, y supongo, señora, que no llevaréis á mal que os la cuente tambien.

HISTORIA DEL ENVIDIOSO Y DEL ENVIDIADO.

«En una ciudad bastante populosa vivian dos hombres pared por medio. Gangrenóse de de envidia el corazon del uno contra el otro, en términos que el envidiado determinó mudar de habitacion y alejarse, persuadido de que la vecindad sola le habia acarreado el encono de su vecino, porque si bien le habia hecho muchos servicios, habia advertido que le guardaba rencor. Al intento vendió su casa y la poca hacienda que tenia, y retirándose á la capital del pais que no estaba muy distante, compró un pegujar á una legua escasa de la ciudad. Allí habia una casa bastante cómoda, un hermoso jardin y un patio espacioso, en el que habia una cisterna profunda ya desusada.

«El buen hombre, habiendo hecho esta compra, vistió el traje de dervis para llevar una vida mas retirada, mandó construir varias celdas en la casa y fundó en poco tiempo una comunidad crecida de dervises. Su virtud lo dió pronto á conocer, y no dejó de atraer mucha jente, ya del pueblo, ya de los principales de la ciudad. Finalmente todos le honraban y querian sobremanera. Tambien acudian de lejos para recomendarse á sus oraciones, y cuantos se volvian iban pregonando las bendiciones que creian haber recibido del cielo por su mediacion.

«Habiendo cundido la nombradía del santo varon en la ciudad de donde habia salido, el envidioso sintió tan agudo pesar, que abandonó casa y negocios con ánimo de esterminarlo. Al intento se trasladó al nuevo convento de los dervises, cuyo superior, antes su vecino, le recibió con cuantos estremos amistósos cabe imajinar. El envidioso le dijo que habia venido de intento para comunicarle un negocio importante del que no podian tratar sino á solas. «A fin,» añadió, «que nadie nos oiga, os ruego que paseemos por el patio, y ya que se acerca la noche, mandad á vuestros dervises que se retiren á sus celdas.» El prelado hizo cuanto se apetecia.

«Cuando el envidioso se vió á solas con este buen hombre, empezó á contarle lo que quiso, caminando en el patio uno al lado de otro, hasta que hallándose junto á la cisterna, le empujó y tiró dentro sin que nadie fuera testigo de accion tan perversa. Hecho esto, se alejó prontamente, llegó á la puerta del convento, y saliendo sin ser visto, regresó á su casa contentísimo de su viaje, y persuadido de que ya no existia el objeto de su envidia. Pero se equivocaba.»

Suspendió Cheherazada su narracion, porque ya amanecia, y el sultan quedó airadísimo con la maldad del envidioso. «Mucho deseo,» dijo para sí, «que no padezca daño el buen dervis. Espero que mañana sabré que no le desamparó el cielo en esta ocasion.»



NOCHE XLVII.

« Hermana mia, si no duermes, » dijo la despertarse Dinarzada, « te ruego que nos digas si el buen dervis salió sano y salvo de la cisterna.

— Sí, » respondió Cheherazada, « y el segundo calendo dijo así al proseguir su historia: « Habitaban la cisterna varias hadas y jenios, los cuales se hallaron allí para socorrer al superior de los dervises, á quien recibieron y sostuvieron hasta abajo, de modo que no se hizo daño alguno. Bien conoció que mediaba alguna particularidad estraña en una caida con la cual debia perder la vida; pero nada veia ni sentia. No obstante oyó pronto una voz que decia: « ¿ Sabeis quién es este buen hombre á quien acabamos de hacer tan gran servicio? » Y habiendo respondido otras voces que no, la primera prosiguió: « Voy á decíroslo. Este hombre, llevado de una gran caridad, abandonó la ciudad en que vivia y vino á establecerse en este lugar, esperanzado de poder desarraigar á un vecino suyo la envidia que le profesaba. Se ha granjeado aquí tan jeneral aprecio, que el envidioso, no pudiendo sobrellevarlo ha venido con intento de darle muerte, lo que hubiera ejecutado, á no ser por el auxilio que hemos aprontado á este buen hombre, cuya fama es tal que el sultan, soberano de la ciudad vecina, debe venir mañana á visitarle para recomendar la princesa su hija á sus oraciones. »

« Otra voz preguntó porqué necesitaba la princesa de las oraciones del dervis, y la primera respondió: « ¡ Cómo! ¿no sabeis que está poseida por el jenio Maimun, hijo de Dimdim, que se ha enamorado de ella? Pero yo sé como ese buen superior de los dervises pudiera curarla: es empresa facilísima y voy á decírosla. Hay en su convento un gato negro (1) que tiene una mancha blanca en la punta del rabo del tamaño de una monedita de plata. No tiene mas que arrancar siete pelos de esta mancha blanca, quemarlos y perfumar con su vapor la cabeza de la princesa. Al punto quedará curada y tan libre de Maimun, hijo de Dimdim, que nunca volverá á acercarse á ella. »

« El superior de los dervises no desoyó una palabra de esta conversacion entre las hadas y los jenios, que guardaron sumo silencio en toda la noche despues de haber dicho estas palabras. Al amanecer del dia siguiente, luego que pudo divisar los objetos, como la cisterna estaba derruida en varios parajes, advirtió un portillo por el que salió sin trabajo.

« Los dervises que le buscaban quedaron gozosísimos de volverle á ver. Refirióles en pocas palabras la maldad del huésped á quien habia dispensado tanto agasajo el dia anterior, y se retiró á su celda. El gato negro de que habia oido hablar de noche en la conversacion de las hadas y de los jenios no tardó en acercársele y hacerle cariños como solia. Le arrancó siete pelos de la mancha blanca que tenia en la cola, y los guardó para valerse de ellos cuando los necesitase.

« Recien salido el sol, ansioso el sultan de proporcionar curacion ejecutiva á la princesa, llegó á la puerta del convento. Mandó á su escolta que se detuviera, y entró con la oficialidad principal de su comitiva. Los dervises le recibieron con sumo acatamiento.

« El sultan llamó á solas á su jefe y le dijo: « Buen jeque (1), acaso sabeis ya el motivo que me trae aquí. — Sí señor, » contestó comedidamente el dervis, « si no me engaño, lo que me proporciona un honor que no merezco es la en-

(1) Los Musulmanes no miran á los gatos como animales inmundos. « Cuentan, dice M. Marcel, que á Mahoma le gustaban mucho los gatos, y que un dia una gata predilecta se quedó dormida sobre una parte de la túnica del profeta, y cuando llegó la hora de la oracion, se decidió á cortar el pedazo sobre que estaba dormido el animal, por no interrumpir aquel pacífico sueño al levantarse para cumplir con sus funciones relijiosas. » Cuentos de Elmohdy, tomo III, p. 152, nota.

(1) La voz jeque significa anciano; pero ha adquirido la misma estension que la palabra latina ***senior***, de la que hemos formado la de ***señor***. El título de ***viejo de la montana***, que los historiadores de las cruzadas dan á los caudillos de los Ismalienses ó Asesinos, se deriva de una traduccion literal de las palabras ***scheib al gebel***, que significan, ***señor de la montaña***. — El jefe de los Ismalienses se llamaba así porque habitaba en el castillo de Alam .t, situado en la cumbre de un monte.

fermedad de la princesa. — Eso mismo. » replicó el sultan. « Me dariais la vida si como espero, vuestras oraciones alcanzasen la curacion de mi hija. — Señor. » repuso el buen hombre, « si vuestra majestad manda que la traigan aquí, presumo que, con la ayuda y favor de Dios, recobrará su cabal salud. »

« El príncipe rebosando de complacencia, envió al punto por su hija, la que llegó en seguida, acompañada de crecido séquito de mujeres y eunucos, y tapada de modo que no se le veia el rostro. El superior de los dervises mandó que tuviesen un braserillo encima de la cabeza de la princesa, y apenas hubo echado los siete pelos en los carbones encendidos que habia mandado traer, cuando el jenio Maimun, hijo de Dimdim, prorumpió en un alarido agudísimo sin que se viese nada, y dejó libre á la princesa.

« Al punto esta echó la mano al velo que le cubria el rostro, y lo levantó para ver en donde se hallaba. « ¿En dónde estoy? esclamó; « ¿quién me ha traido aquí?» A estas palabras, el sultan no pudo encubrir su estremado gozo, y abrazó á su hija y la besó en los ojos. Tambien besó la mano al superior de los dervises, y dijo á la oficialidad de su séquito : « Decidme vuestro parecer. ¿Qué galardon merece quien así curó á mi hija? » Respondiéronle todos que merecia casarse con ella. « Eso mismo habia pensado yo, » replicó el sultan, « y le hago mi yerno desde este momento.

« De allí á poco tiempo murió el primer visir, y el sultan puso al dervis en su lugar, y cuando este soberano murió sin herederos varones, los caudillos de la relijion y del ejército reunidos declararon y reconocieron unánimes al buen hombre por sultan. »

Apuntaba el dia, y Cheherazada hubo de suspender su narracion. Parecióle á Chahriar que el dervis era digno de la corona que acababa de ceñir; pero aquel príncipe ansiaba saber si el envidioso habia muerto de pesar, y se levantó con ánimo de saberlo la noche siguiente.

NOCHE XLVIII.

Cuando fué hora, Dinarzada dijo estas palabras á la sultana: «Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que nos cuentes la conclusion de la historia del envidiado y del envidioso. — Con mucho gusto,» respondió Cheherazada. « He aquí como prosiguió el segundo calendo:

«El buen dervis subió al trono de su suegro, y un dia que iba rodeado de su corte descubrió al envidioso entre la muchedumbre colocada al paso. Mandó que se le acercase uno de los visires que le acompañaba, y le dijo al oido: « Id y traedme aquel hombre y tened cuidado de no asustarle.» Obedeció el visir, y cuando el envidioso estuvo en presencia del sultan, este le dijo: « Amigo mio, me alegro en el alma de veros; » y vuelto á un oficial de palacio, Id, » le dijo, «y que le entreguen al punto mil monedas de oro de mi erario. Además que le den veinte cargas de las mercancías mas preciosas que paran en mis almacenes, y que una guardia competente le acompañe y escolte hasta su casa.» Y despues de haber enterado al oficial de todo, se despidió del envidioso y prosiguió su camino.

« Cuando hube acabado de contar esta historia al jenio asesino de la princesa de la isla de Ébano, le hice su debida aplicacion. « ¡ Ojenio, » le dije, « ya veis que aquel benéfico sultan no se contentó con olvidar que el envidioso habia querido quitarle la vida, sino que además le trató y despidió con toda la dignacion que acabo de deciros!» Finalmente eché el resto de mi persuasiva rogándole que imitara tan caballeroso ejemplo y me perdonara; pero no me fué posible apiadarlo.

Lo único que puedo hacer por ti, » me dijo, «es no quitarte la vida; no te lisonjees que te deje ir sano y salvo; preciso es que percibas lo muchísimo que alcanzo con mis ensalmos.» A estas palabras me asió con violencia, y arrebatándome al través de la bóveda del palacio subterráneo, que se abrió para franquearle paso, me

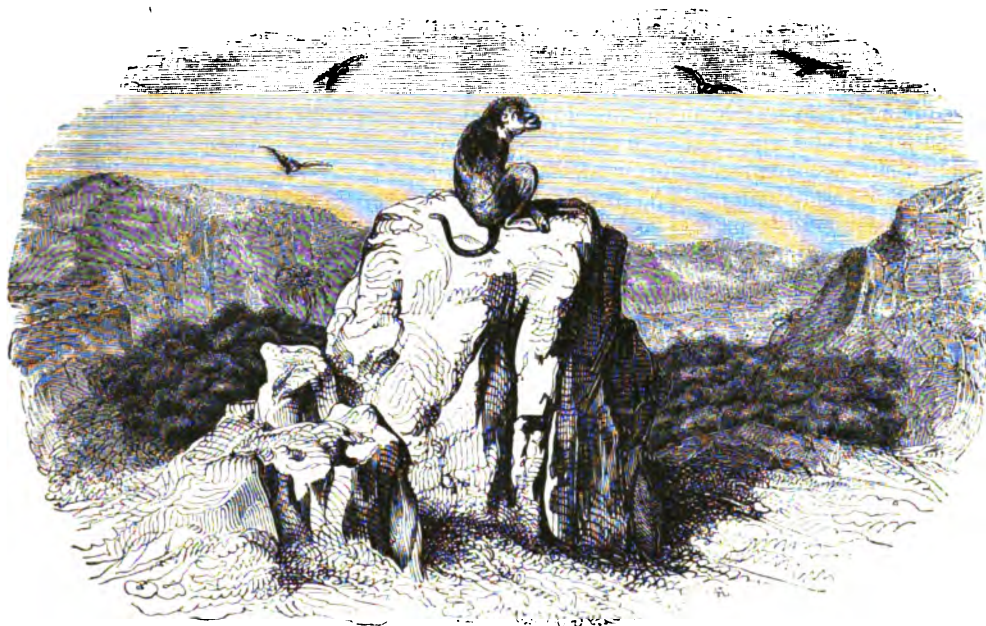
levantó tan alto que la tierra vino á parecerme un celajillo blanquecino. Desde aquella altura se arrojó como un rayo hácia la tierra sin detenerse hasta la cumbre de un monte.

«Allí cojió un puñado de tierra, pronunció ciertas palabras que no comprendí, y echándomela encima, «Depon» me dijo, «la figura de hombre, y toma la de mono.» Al punto desapareció, y yo quedé solo, trasformado en mono, acosado de quebranto en un pais desconocido y sin saber si estaba lejos ó cerca de los estados del rey mi padre.

«Bajé de lo alto del monte á un pais llano, cuyo término tan solo hallé al cabo de un mes que llegué á la orilla del mar. Estaba á la sazon en cabal bonanza y descubrí una embarcacion á media legua de tierra. Por no malograr coyuntura tan rodada desgajé una gruesa rama de árbol, la tiré tras mí en el mar y me puse á horcajadas sobre ella con un palo en cada mano en lugar de remos.

«En este estado vogué y me adelanté hácia el buque. Cuando estuve bastante cerca para ser conocido, todos los marineros y pasajeros acudieron sobre cubierta para contemplar aquel curioso espectáculo. Mirábanme todos con estremado asombro. Entretanto llegué á bordo, y asiendo una cuerda trepé sobre cubierta; pero como no podia hablar, me hallé en sumo apuro. En efecto, el peligro á que estuve espuesto entónces no fué menor que el de yacer bajo la potestad antojadiza del jenio.

«Los mercaderes supersticiosos y llenos de escrúpulos, creyeron que seria de mal agüero para su navegacion, y por lo tanto uno dijo: «Voy á asestarle un martillazo.» Otro añadió; «Quiero traspasarle con una flecha;» y finalmente otro prorumpió: «Vamos á lanzarle al mar.» No cabe duda en que alguno de ellos hubiera hecho lo que decia; pero me acerqué al capitan y me postré á sus piés; y tirándole luego por el vestido en ademan suplicante, logré enternecerle con esta accion y las lágrimas, que derramaban mis ojos, en términos que me tomó bajo su amparo, amenazando con que se arrepentiria quien me hiciese daño. Y aun me halagó muchísimo, y por mi parte, á falta de palabras, le dí con mis ademanes cuantas pruebas de reconocimiento me fué posible.



«El viento que sucedió á la calma no fué recio, pero sí duró algunos dias, y así llegamos felizmente al puerto de una hermosísima ciudad, muy poblada y traficante, en el que dimos fondo. Esta poblacion era tanto mas grandiosa cuanto era la capital de un poderoso estado.

«Pronto rodearon nuestra embarcacion mu-

chos botes llenos de jente que venia á dar y recibir las albricias de sus amigos por su llegada, ó á informarse de los que habian visto en el pais de donde venian, ó por mera curiosidad de ver un bajel que llegaba de tan lejos.

«Llegaron tambien algunos oficiales con el encargo de hablar de parte del sultan con los mercaderes de á bordo. Estos se presentaron, y uno de los oficiales hablando por los demás les dijo: «El sultan nuestro amo nos ha encargado que os manifestemos cuan complacido está con vuestra llegada, y os ruega que os tomeis la molestia de escribir cada uno en este papel algunos renglones.

«Habeis de saber como tenia un primer visir, el cual, sobre su gran desempeño en los negocios, tenia la habilidad de ser primoroso pendolista. Hace pocos dias que ha fallecido; el sultan está muy apesadumbrado con su pérdida, y como nunca miraba sin admiracion los escritos de su puño, ha hecho solemne juramento de no dar su puesto sino á quien sea tan pendolista como él. Muchos han presentado muestras de su letra; pero hasta ahora no se ha hallado en toda la estension de este imperio sujeto alguno á quien se haya conceptuado digno de ocupar el puesto del visir.

«Los mercaderes, que creyeron escribir bastante bien para pretender tan suma dignidad, escribieron uno tras otro lo que quisieron. Cuando hubieron acabado, me adelanté y tomé el papel de mano del que lo tenia. Todos, y en particular los mercaderes que acababan de escribir, imajinándose que intentaba romperlo ó tirarlo al mar, prorumpieron en gritos; pero se sosegaron al ver como cojia el papel con mucho esmero, y que hacia señas de querer escribir yo tambien, lo cual trocó su temor en admiracion. Sin embargo, como no habian visto nunca un mono que supiese escribir y no podian convencerse de que tuviese mas habilidad que los demás, querian quitarme el papel de la mano; pero el capitan tomó otra vez mi defensa. «Dejadle escribir,» dijo, «si borronea el papel, le castigaré al punto, pero si escribe bien como lo espero, porque nunca vi mono mas diestro é injenioso ni que mejor entendiese de todo, declaro que le reconoceré por hijo mio. Tuve uno que no poseía la mitad del talento que este.»

«Viendo que nadie se oponia ya á mi deseo, cojí la pluma y no la solté hasta que hube escrito en las seis clases de letra conocidas entre los Árabes, y cada muestra contenia una cuarteta repentina en alabanza del sultan. Mi letra aventajaba, no solo á la de los mercaderes, sino que me atrevo á decir que no se habia visto otra igual hasta entónces en aquel pais. Cuando hube acabado, los oficiales cojieron el papel y se lo llevaron al sultan.»

Aquí llegaba Cheherazada, cuando advirtió que era de dia. «Señor,» dijo á Chahriar, «si tuviera tiempo para proseguir, contaria á vuestra majestad novedades mucho mas peregrinas que las recien referidas. El sultan, que deseaba oir toda esta historia, se levantó sin decir lo que pensaba.

NOCHE XLIX.

Despertóse Dinarzada antes del amanecer y llamó á la sultana diciéndole: «Hermana, si no duermes, te ruego que prosigas las aventuras del mono. Creo que el sultan, mi señor, no se halla menos ansioso que yo de oirlas. — Vais á quedar ambos satisfechos,» respondió Cheherazada, «y para no haceros aguardar, os diré que el segundo calendo continuó así su historia:

«El sultan no hizo caso de las demás letras que le presentaron y solo hizo alto en la mia, agradándole tantísimo, que dijo á los oficiales: «Tomad el mas hermoso caballo de mi caballeriza, enjaezadlo ricamente, mandad que os den un magnífico vestido de brocado, ponédselo á la persona que escribió estas seis clases de letra, y traedmela.»

«Los oficiales se echaron á reir de la órden del sultan, y aquel príncipe, enojado de su de-

masía iba á castigarlos, pero le dijeron: «Señor, suplicamos á vuestra majestad que nos perdone; esta letra no es de un hombre, sino de un mono. — ¿ Qué es lo que decis?» esclamó el sultan; «¿esta hermosísima letra no es de puño de hombre? — No señor,» respondió uno de los oficiales; aseguramos á vuestra majestad que un mono escribió todo esto delante de nosotros.» El sultan conceptuó el caso tan peregrino, que tuvo curiosidad de verme. «Haced lo que os mandé,» les dijo, «traedme prontamente un mono tan estraordinario.»

«Los oficiales volvieron á la embarcacion y manifestaron la órden que traian al capitan, quien les dijo que el sultan era dueño de hacer cuanto quisiera. Vistiéronme al punto un riquísimo traje de brocado y me llevaron á tierra, donde me pusieron sobre él caballo del sultan, que me aguardaba en su alcázar, rodeado de todos los palaciegos reunidos en obsequio mio.

«Rompió la marcha; el puerto, las calles, plazas, ventanas, azoteas de palacios y casas, todo estaba cuajado de muchedumbre de ambos sexos y de todas edades, atraida por la curiosidad de verme de todos los parajes de la ciudad, porque al punto se habia divulgado la noticia de que el sultan acababa de elejir un mono por su primer visir. Despues de haber dado un espectáculo tan nuevo á todo aquel pueblo, que manifestaba su estrañeza con repetida vocería, llegué al palacio del sultan.

«Halléle sentado en su trono en medio de los grandes de su corte. Hícele tres rendidos acatamientos, y al último me postré y besé la tierra delante de él y luego me senté como hacen los monos. Todos los circunstantes no se cansaron de mirarme y no comprendian como un mono sabia tan bien tributar al sultan los honores debidos, estando el príncipe mas atónito que los demás. Finalmente la ceremonia de la audiencia hubiera sido completa, si hubiese podido añadir una arenga á mis ademanes; pero los monos nunca hablaron, y la ventaja de haber sido hombre no me franqueaba tal privilejio.

«El sultan despidió á sus cortesanos, y solo quedamos con él, el capataz de sus eunucos, un esclavo muy jóven y yo. Pasó de la sala de audiencia á su aposento y mandó que le trajesen de comer. Cuando estuvo á la mesa, me hizo seña para que me acercara y comiera con él, y en prueba de obediencia besé el suelo, me levanté y me puse á la mesa y comí con mucha finura y comedimiento.

«Antes que levantasen los manteles, vi un tintero é hice seña de que me lo trajesen, y cuando lo tuve, escribí en un melocoton versos que espresaban mi reconocimiento entrañable al sultan; y su lectura, luego que le hube presentado la fruta, aumentó su admiracion. Acabada la comida, trajeron una bebida particular, de la que me hizo dar una copa. Bebíla y escribí nuevos versos que esplicaban el estado en que me hallaba despues de grandes padecimientos. El sultan leyó tambien aquella composicion y esclamó: «Un hombre que fuera capaz de hacer otro tanto seria superior á los hombres mas eminentes.»

«Luego el príncipe habiendo mandado que le trajesen un juego de ajedrez (1), me preguntó por señas si lo entendia y si queria jugar con él. Besé otra vez el suelo, y poniendo la mano sobre la cabeza, indiqué que estaba pronto á merecer aquel nuevo agasajo. El sultan me ganó el primer juego; pero yo le gané el segundo y tercero, y advirtiendo que esto le incomodaba algun tanto, compuse para consolarle una cuarteta que le presenté. En ella le decia que dos poderosos ejércitos habian peleado todo el dia con sumo denuedo, pero que por la tarde habian firmado la paz pasando apaciblemente la noche juntos en el campo de batalla.

«Pareciéndole todo esto al sultan muy superior á cuanto se habia visto ú oido tocante á la maña y travesura de los monos, no quiso ser único testigo de tamaños portentos. Tenia una hija llamada Reina de hermosura. «Id,» dijo al primer eunuco, que estaba presente y al servicio de aquella princesa, «id y decidle á vuestra señora que venga aquí, pues tendré gusto en que participe del recreo que estoy disfrutando.»

«Salió el jefe de los eunucos y volvió inmediatamente con la princesa. Esta tenia el rostro descubierto, pero apenas entró en el aposento, cuando se lo cubrió prontamente con el velo diciendo al sultan: «Señor, sin duda vuestra majestad no ha advertido que aqui hay hombres, y estraño que me mande presentar delante de ellos. — ¡Cómo, hija mia!» respondió el sultan, «¿qué es lo que dices? aquí no hay mas que este esclavo, el eunuco tu ayo y yo que tengamos la libertad de verte el rostro; ¡no obstante te echas el velo y me culpas de haberte llamado aquí! — Señor,» replicó la princesa, «vuestra majestad va á conocer que tengo razon. El mono que veis, aunque en esa forma, es un jóven príncipe, hijo de un gran rey. Ha sido trasformado en mono por ensalmo. Un jenio, nieto de Eblis, le ha desdorado así, des-

(1) El juego de ajedrez es invencion india. Los Persas dicen que este juego fué traido de la India en el siglo sexto de nuestra era.

pues de haber quitado cruelmente la vida á la princesa de la isla de Ébano, hija del rey Epitimaro.»

«Atónito el sultan con aquellas razones, se volvió hácia mí, y no hablándome ya por señas, me preguntó si era cierto lo que su hija acababa de decir. Como no podia hablar, puse la mano sobre la cabeza para manifestar que la princesa habia dicho la verdad. «Hija mia,» dijo entónces el sultan, «¿cómo sabes que este príncipe ha sido trasformado por encanto en mono?—Señor,» replicó la Reina de hermosura, «vuestra majestad debe recordar que en mi niñez tuve por aya una dama muy anciana. Esta era muy maestra y me enseñó sesenta reglas de su ciencia, por cuyo medio podria en un instante trasladar vuestra capital al medio del Océano ó mas allá del Cáucaso. Así conozco todas las personas que están encantadas, solo con verlas, y tambien sé quienes son y por quien fueron reducidas á su nuevo estado. No estrañeis pues si al punto he conocido á este príncipe, á pesar del hechizo que le imposibilita el presentarse tal cual es naturalmente.—Hija mia,» dijo el sultan, «no te creia tan entendida.—Señor,» respondió la princesa, «estas son curiosidades que conviene saber, pero me ha parecido que no debiera jactarme de ellas.—Siendo así,» prosiguió el sultan, «fácilmente podrás deshacer el ensalmo del príncipe.—Sí señor,» repuso la princesa, «puedo volverle á su forma anterior.—Vuélvesela pues,» interrumpió el sultan, «no pudieras darme mayor gusto, pues quiero que sea mi gran visir y tambien tu esposo.—Señor,» dijo la princesa, «estoy pronta á obedeceros en todo cuanto querais mandarme.»

Al decir estas palabras, advirtió Cheherazada que habia amanecido, y suspendió la historia del segundo calendo. Chahriar, creido de que en lo restante no seria menos agradable que hasta entónces, determinó oir la conclusion al dia siguiente.

NOCHE L.

A la hora acostumbrada, Dinarzada llamó á la sultana diciéndole: «Hermana mia, si no duermes, cuéntanos por fineza como la Reina de hermosura volvió al segundo calendo á su estado natural.—Vais á saberlo,» respondió Cheherazada. «El calendo prosiguió así su narracion:

«La Reina de hermosura fué á su aposento y trajo un cuchillo que tenia algunas palabras hebreas grabadas en la hoja. Luego nos hizo bajar al sultan, al eunuco mayor, al esclavo y á mí á un patio secreto del palacio, y allí dejándonos bajo la galería que lo circuia, se adelantó al centro del patio en donde fué delineando un gran círculo y algunas palabras con caractéres árabes antiguos y otros llamados de Cleopatra.

«Cuando hubo acabado y dispuesto el círculo del modo que lo deseaba, se colocó en el centro, hizo algunos conjuros y recitó versículos del Alcoran. Insensiblemente se fué oscureciendo el ambiente, de modo que parecia de noche y como si la máquina del mundo estuviese á punto de dislocarse. Quedamos todos despavoridos, con especialidad cuando vimos aparecer de repente al jenio nieto de Eblis bajo la forma de un leon de ajigantada corpulencia.

«Luego que la princesa vió al monstruo, le dijo: «Perro inmundo, ¡te atreves á presentarte bajo esa forma horrorosa, cuando debieras humillarte delante de mí! ¿Por ventura crees amedrentarme?—¿Y cómo te atreves tú,» replicó el leon, «á faltar al convenio hecho y confirmado con un solemne juramento de no perjudicarnos ni hacernos daño uno á otro?—¡Ah maldito!» replicó la princesa, «á mí me toca el reconvenirte.—Pronto quedarás recompensada,» interrumpió el leon, «de la molestia que me has dado en volver aquí.» Y diciendo esto, abrió una espantosa boca y se abalanzó á ella para devorarla; pero la princesa estaba sobre sí y dió un salto hácia atrás, con lo cual tuvo tiempo de arrancarse un cabello, y pronunciando dos ó tres palabras, se trasformó en un acero afilado que cortó al leon en dos partes por medio del cuerpo.

«Desaparecieron las dos partes del leon, y solo quedó la cabeza, que se convirtió en un escorpion. Al punto la princesa se trasformó en serpiente y trabó lid reñida con el escorpion, el cual siendo inferior, tomó la forma de un águila y echó á volar. Pero la serpiente se trasformó en una águila negra mas poderosa y la persiguió. Pronto los perdimos á entrambos de vista.

«Poco despues se abrió la tierra delante de nosotros y salió un gato negro y blanco cuyo pelo estaba todo erizado y que maullaba con espantoso desentono. Siguióle un lobo negro que no le daba tregua. El gato estrechado se convirtió en gusano y se halló cerca de una granada que por casualidad habia caido de un granado plantado á las orillas de un arroyo. Este gusano traspasó al punto la granada y se ocultó en ella. Entónces empezó á hincharse la granada y llegó á ser tan gruesa como una calabaza, se levantó sobre el tejado de la galería, desde donde, despues de haber dado algunas vueltas, cayó al patio y se estrelló en mil trozos.

«El lobo, que entretanto se habia trasformado en gallo, se echó sobre los granos de la granada y empezó á comérselos uno tras otro. Cuando hubo acabado vino hácia nosotros con las alas tendidas, y metiendo mucho cacareo como para preguntarnos si no habia quedado algun grano. No obstante habia quedado uno á la orilla de la corriente, y habiéndolo advertido al volverse, se abalanzó prontamente; pero cuando estaba á punto de picarlo, cayó el grano en el arroyuelo y se convirtió en pez...». «Pero ya es de dia, señor,» dijo Cheherazada, «y á no ser así, estoy convencida de que vuestra majestad hubiera tenido sumo gusto en oir lo que falta por contar. A estas palabras calló, y el sultan se levantó embargado con tamaños acontecimientos, que le infundieron sumo anhelo é impaciencia por saber la conclusion de aquella historia.

NOCHE LI.

A la mañana siguiente Dinarzada interrumpió el sueño á la sultana diciéndole: «Hermana, si no duermes, te ruego que prosigas aquella historia tan peregrina que ayer no pudiste concluir. Ansiando estoy saber en que vendrán á parar todas aquellas trasformaciones.» Repasó en su memoria Cheherazada el punto en que habia quedado, y luego, encarándose con el sultan, «Señor,» le dijo, «asi prosiguió su historia el segundo calendo:

«El gallo se arrojó al canal y se trasformó en sollo, que persiguió al pececillo. Estuvieron ambos dos horas enteras debajo del agua, y no sabíamos qué era de ellos, cuando oimos alaridos espantosos que nos estremecieron. De allí á poco vimos al jenio y la princesa cubiertos de fuego. Se arrojaron uno á otro llamas por la boca hasta que se asieron, y entónces los dos fuegos se aumentaron y arrojaron un humo denso y llamas que se levantaron por los aires. Temímos con razon que incendiasen todo el palacio, pero pronto tuvimos mayor motivo de temor, porque el jenio habiéndose desprendido de la princesa, se acercó á la galería en donde estábamos y nos sopló llamaradas de fuego. Éramos perdidos, si la princesa acudiendo á nuestro auxilio no le obligara con sus voces á alejarse y precaverse de ella. No obstante, por grande que fuese su dilijencia, no pudo estorbar que se le quemase la barba al sultan, que el jefe de los eunucos quedase abrasado en el acto, y que entrándome una chispa en el ojo derecho, me dejase tuerto. El sultan y yo aguardábamos la muerte, pero pronto oimos vocear: «Victoria, victoria,» y vimos á la princesa en su forma natural y al jenio reducido á un monton de cenizas.

«Acercóse á nosotros la princesa, y para no perder tiempo pidió una taza llena de agua que le trajo el esclavo á quien ningun daño habia hecho el fuego. Tomóla, y dichas algunas palabras, me la echó encima añadiendo: «Si eres mono por encanto, muda de forma y recobra la que antes tenias.» Apenas acabó estas palabras, cuando volví á ser hombre tal cual lo era antes de mi trasformacion; pero con un ojo menos.

«Iba ansioso á dar gracias á la princesa, pe-

ro esta, sin darme tiempo, se encaminó al sultan su padre y le dijo: «Señor, he alcanzado la victoria sobre el jenio como vuestra majestad acaba de ver, pero me cuesta muy cara, pues solo me quedan algunos momentos de vida, y no tendréis la satisfaccion de efectuar el enlace que teniais ideado. Me ha penetrado el fuego en esta lid terrible, y conozco que me va consumiendo. No sucediera esto, si hubiera advertido el último grano de la granada y lo hubiera tragado como los demás cuando estaba trasformada en gallo. El jenio se habia refujiado allí como en su último reducto, y de allí dependia el paradero del trance, que hubiera sido feliz y sin continjencia para mí. Este yerro me ha precisado á valerme del fuego y pelear con aquellas poderosas armas, como lo hice entre cielo y tierra y en presencia vuestra. A pesar del poderío y la esperiencia del jenio, le hice ver que sabia mas que él; le he vencido y reducido á cenizas. Sin embargo no puedo librarme de la muerte que me acosa.»

Aquí suspendió Cheherazada la historia del segundo calendo y dijo al sultan: «Señor, apunta el dia, y no me es permitido decir mas; pero si vuestra majestad me permite vivir hasta mañana, sabrá la conclusion de toda la historia.» Consintió en ello Chahriar, y se levantó segun costumbre para atender á los negocios de su imperio.

NOCHE LII.

Poco antes del dia, Dinarzada despertó á la sultana diciéndole; «Mi querida hermana, si estás despierta, te ruego que concluyas la historia del segundo calendo.» Cheherazada tomó al punto la palabra y prosiguió así su narracion:

El calendo continuó diciendo á Zobeida: «Señora, luego que la Reina de hermosura concluyó la narracion de su pelea, el sultan le dijo con tono que denotaba el dolor agudísimo que le estaba traspasando: «Hija mia, ya ves en que estado está tu padre. ¡Ay de mi! no sé cómo todavía vivo. El eunuco tu ayo ha muerto, y el príncipe que acabas de desencantar ha perdido un ojo.» No pudo proseguir, porque las lágrimas, suspiros y sollozos anudaron su voz. Su hija y yo, conmovidos con su conflicto, le acompañamos en su llanto.

«Mientras nos hallábamos sin consuelo, la princesa empezó á vocear: «¡Que me abraso! ¡que me abraso!» Sintió que el fuego que la consumia se habia apoderado al fin de todo su cuerpo, y no cesó en sus alaridos hasta que la muerte puso término á tan intolerables padecimientos. Intensísimo era aquel fuego, pues en pocos momentos quedó reducida á cenizas como el jenio.

«Arduo, Señora, me fuera el espresaros hasta que estremo me enterneció tan aciago espectáculo. Hubiera preferido ser toda mi vida mono ú perro á ver á mi bienhechora muerta de un modo tan desastrado. Por su parte el sultan, desconsolado mas de cuanto cabe imajinar, exhaló lastimeros gritos golpeándose cabeza y pecho hasta que rendido á su desesperacion, se desmayó y me hizo temer por su vida.

«Entretanto los eunucos y oficiales de palacio acudieron á las voces del sultan, á quien les costó hacer volver de su desmayo. Ni él ni yo necesitamos hacerles una larga narracion de aquel acontecimiento, para persuadirles del dolor que sentíamos, pues harto se lo estaban manifestando los dos montones de cenizas á que habian quedado reducidos el jenio y la princesa. Como el sultan apenas podia sostenerse, tuvo que apoyarse en ellos para llegar á su aposento.

«Luego que se divulgó por el palacio y la ciudad la noticia de tan trájico acontecimiento, lloraron todos la desgracia de la Reina de hermosura y vistieron luto durante siete dias. Hiciéronse además muchas ceremonias, arrojando al aire las cenizas del jenio, y recojiendo las de la princesa en una urna preciosa para conservarlas en un magnífico mausoleo edificado en el sitio mismo donde se habian recojido.

«El pesar que sintió el sultan por la pérdida de su hija le causó una enfermedad que le obligó á guardar cama durante un mes. Aun no se

hallaba del todo restablecido, cuando me mandó llamar: «Príncipe, escuchad,» me dijo, «la órden que voy á daros, y ejecutadla, pues en ello os va la vida.» Aseguréle que la obedeceria puntualmente, y entónces prosiguió de este modo: «Toda mi vida he gozado de cabal felicidad, y jamás ha venido á empañarla el menor contratiempo; aventó vuestra llegada toda mi ventura: han muerto mi hija y el gobernador, su ayo, y milagro es que yo esté vivo. Sois causador de todas estas desventuras, de las que es imposible que me consuele. Por lo tanto retiraos en paz y pronto, pues yo mismo pereciera, si permanecieseis aquí por mas tiempo, porque estoy persuadido de que vuestra presencia es de mal agüero: esto es todo cuanto tengo que deciros. Idos, no volvais á presentaros en mis estados, pues ninguna consideracion pudiera contrarestar vuestro castigo.» Quise hablar, pero me cerró la boca con espresiones airadas, y tuve que alejarme de su palacio.

«Desechado, desamparado de todos y no sabiendo qué partido tomar, entré en un baño antes de salir de la ciudad, en donde me afeitaron barba y cejas, y vestí el traje de calendo. Luego emprendí mi camino llorando, no mi desgracia, sino la muerte que habia ocasionado á aquellas hermosas princesas. Atravesé muchos paises sin darme á conocer, y finalmente determiné pasar á Bagdad con la esperanza de que presentándome al caudillo de los creyentes, le moveria á compasion refiriéndole mis estrañas aventuras. Llegué esta noche, y la primera persona que encontré al entrar en la ciudad, fué el calendo nuestro hermano que habló antes que yo. Lo demás ya lo sabeis, señora, y porqué me hallo en vuestra casa.»

Cuando el segundo calendo hubo concluido su historia, Zobeida prorumpió: «Está muy bien; retiraos á donde querais, yo os lo permito.« Pero el calendo en vez de marcharse, rogó tambien á la dama que le concediese el mismo favor que al primer calendo, junto al cual se sentó..... Al acabar estas palabras, Cheherazada dijo: «Señor, ya es de dia, y no me es dado proseguir. No obstante me atrevo á aseguraros que, por agradable que sea la historia del segundo calendo, la del tercero no es menos hermosa: consúltese vuestra majestad, y vea si quiere tener la paciencia de oirla.» El sultan, deseosísimo de saber si era tan asombrosa como la última, determinó conceder aun algunos dias de vida á Cheherazada, aunque ya estaba acabado el plazo que le habia otorgado.

NOCHE LIII.

Al acabarse la noche siguiente, Dinarzada dirijió estas palabras á la sultana: «Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que antes del amanecer me cuentes alguno de esos hermosos cuentos que sabes. — Quisiera saber la historia del tercer calendo,» dijo entónces Chrahiar. «Señor,» respondió Cheherazada, «al punto vais á ser obedecido;» y añadió así: «Viendo el tercer calendo que le tocaba hablar, se encaró con Zobeida y empezó su historia en estos términos:

HISTORIA DEL TERCER CALENDO, HIJO DE REY.

«Muy alta señora, lo que voy á referiros difiere mucho de lo que acabais de oir. Los dos príncipes que han hablado antes que yo han perdido cada uno un ojo, efecto de su destino, y yo he perdido el mio por mi culpa y buscando mi propia desventura, como sabréis por el hilo de mi historia.

«Me llamo Ajib (1) y soy hijo de un rey que se llamaba Casib. A su muerte tomé posesion de sus estados y fijé mi residencia en la misma ciudad donde habia vivido. Esta poblacion se halla situada á orillas del mar, tiene un puerto hermoso y seguro con un arsenal bastante grande para facilitar el armamento de ciento y cincuenta buques de guerra, equipar cincuenta mercantes é igual número de fragatas lijeras para

(1) Ajib en árabe significa *maravilloso*.

los paseos y diversiones por mar. Muchas hermosas provincias componian mi reino en la tierra firme, y gran número de islas grandiosas, casi todas situadas á la vista de mi capital.

«En primer lugar, visité las provincias, y luego mandé armar y equipar toda mi escuadra y desembarqué en todas las islas para granjearme con mi presencia el amor de mis súbditos y afianzarlos en sus deberes. De allí á algun tiempo emprendí nuevos viajes, los cuales, al paso que me dieron cierto conocimiento en la navegacion, me hicieron cobrar tanta aficion á navegar, que determiné hacer descubrimientos mas allá de mis islas. Al intento, mandé habilitar diez bajeles, con los cuales di la vela.

« Nuestra navegacion fué próspera por espacio de cuarenta dias consecutivos; pero en la noche del cuarenta y uno ó siguiente, se volvió el viento tan contrario y aun recio, que nos vimos á punto de naufragar en medio de una espantosa borrasca. No obstante, al rayar el dia calmó el viento, desaparecieron las nubes, y habiéndose serenado el tiempo al salir el sol, tocamos en una isla, en donde nos detuvimos dos dias para hacer víveres, y habiéndolo efectuado, nos hicimos otra vez á la mar. Al cabo de diez dias de navegacion, empezamos á confiar que veríamos tierra, porque la borrasca que habíamos padecido me habia retraido de mi intento, y habia hecho seguir el rumbo hácia mis estados, cuando advertí que el piloto no sabia en dónde nos hallábamos. Con efecto, al décimo dia, un marinero que estaba á la descubierta en la punta del palo mayor, dijo que á derecha é izquierda no se veia mas que cielo y agua, pero que delante de él, hácia la proa, habia observado un punto negro.

«A estas palabras, el piloto perdió el color, y arrojó con una mano el turbante sobre la cubierta, mientras que lastimándose el rostro con la otra, esclamaba: «¡Ah señor, estamos perdidos! ninguno de nosotros puede librarse del peligro en que nos hallamos, y á pesar de mi esperiencia, no está en mi mano nuestro salvamento.» Diciendo esto, prorumpió de nuevo en llanto como un hombre que conceptuaba su pérdida inevitable, y su desesperacion cundió por toda la tripulacion despavorida. Preguntéle qué motivo tenia para desesperarse así. «¡Ay de mí! señor,» respondió, «la tempestad que hemos padecido nos ha estraviado en tal manera de nuestro rumbo, que mañana á las doce nos hallarémos junto á aquel punto negro, que es una montaña, en la que hay una mina de iman, la cual desde ahora atrae toda vuestra escuadra en razon á los clavos y herraje que entran en la construccion de los buques. Cuando estemos mañana á cierta distancia, la fuerza del iman será tan violenta, que todos los clavos se desprenderán é irán á pegarse á la montaña; vuestros bajeles se harán trozos y se irán á pique. Como el iman tiene la virtud de atraer á sí el hierro y fortificarse con esta atraccion, esta montaña está cubierta por la parte del mar con los clavos de infinitos bajeles que ha hecho naufragar, lo cual conserva y aumenta aquella virtud (1).

«Esta montaña,» prosiguió el piloto, «es muy escarpada, y en su cima hay una cúpula de bronce fino sostenida por columnas del mismo metal; en lo alto de la cúpula asoma un caballo tambien de bronce, en el que hay montado un jinete que tiene el pecho abroquelado con una lámina de plomo en la que están grabados caractéres talismánicos. Es tradicion, señor, que esta estatua es la causa principal de la pérdida de tantas embarcaciones y hombres sumerjidos en aquel sitio, que no cesará de ser funesto á todos cuantos tengan la desgracia de acercarse á ella hasta que yazca en el suelo.»

«Luego que el piloto habló así, renovó su llanto, y sus lágrimas escitaron las de toda la tripulacion. Yo mismo creí que era llegada mi última hora. Sin embargo, cada cual, atendiendo á su conservacion, empezó á tomar todos los resguardos posibles, y en la incertidumbre del suceso, se nombraron herederos unos de otros por testamento á favor de los que se salvasen.

«A la mañana siguiente vimos claramente la montaña negra, y la aprension que teníamos con ella nos la hizo parecer mas espantosa de lo que era en realidad. A las doce nos hallamos tan cerca, que esperimentamos lo que el piloto nos habia pronosticado. Vimos volar los clavos y demás herraje de la escuadra hácia la montaña, en donde se encajaron con horroroso estruendo por la violencia de la atraccion. Los bajeles se abrieron y hundieron en el mar, que era tan hondo en aquel sitio, que no hubiéramos podido hallar con la sonda la profundidad. Todos los que iban conmigo se ahogaron; pero Dios se

(1) El suceso de la montaña de iman se encuentra en un poema escrito en versos alemanes, titulado *Historia del duque Ernesto de Baviera*, cuyo autor es Enrique de Weldeck, poeta que escribia á fines del siglo duodécimo. (Véase el análisis de este poema dado á luz por Weber en el tomo III de la obra titulada *Metrical romances of the thirteenth fourteenth and fifteenth centuries*, p. 310.) El mismo suceso se halla en la antigua novela francesa titulada: *Descripcion, forma é historia del noble caballero Berino y del valiente y muy caballeresco campeon Aigres del Iman, su hijo*. El cuento de la montaña de iman, cuyo orijen oriental es indisputable, parece haber gustado mucho á les romanceros de la edad media, y las novelas que acabamos de citar no son las únicas en que se encuentra esta ficcion.



apiadó de mí y permitió que me salvase, asiendo una tabla que fué impelida por el viento hasta la falda del monte. No me hice ningun daño, habiendo tenido la dicha de aportar en un paraje donde habia gradas para subir á la cumbre.»

Cheherazada queria proseguir su narracion, pero la luz que asomó la hizo callar. El sultan juzgó por el principio que la sultana no le habia engañado, y así no hay que estrañar que no le mandase dar muerte aquel dia.

NOCHE LIV.

«En nombre de Dios, hermana mia,» esclamó Dinarzada, «si no duermes, te ruego que prosigas la historia del tercer calendo.—Mi querida hermana,» respondió Cheherazada, «he aquí cómo el príncipe fué prosiguiendo:

«A vista de aquellas gradas, porque no habia terreno á derecha ni izquierda en donde pudiera ponerse el pié, y por consiguiente salvarse, dí gracias á Dios é invoqué su santo nombre al empezar á subir. La escalera era tan angosta, y pendiente y difícil, que si el viento hubiera sido fuerte, me hubiera precipitado en el mar. Pero

al fin llegué á lo alto sin tropiezo, entré debajo de la cúpula, y postrándome hasta el suelo, dí gracias á Dios por la merced que me habia hecho.

« Pasé la noche bajo la cúpula, y mientras dormia, se me apareció un venerable anciano y me dijo : « Escucha, Ajib, cuando te despiertes, cava la tierra bajo tus plantas; hallarás un arco de bronce y tres flechas de plomo fabricadas bajo ciertas constelaciones para librar al jénero humano de tantos males como le amenazan. Dispara las tres flechas contra la estatua : el jinete caerá en el mar, y el caballo de tu lado, y lo enterrarás en el mismo sitio de donde hayas sacado el arco y las flechas. Hecho esto, se alborotará el mar y subirá hasta la cúpula á la altura del monte. Entónces aportará una lancha en la que no habrá mas que un hombre con un remo en cada mano. Este hombre será de bronce, pero diferente del que habrás derribado. Embárcate con él sin pronunciar el nombre de Dios, y déjate llevar. En diez dias te conducirá á otra mar, en donde hallarás medios para volver sano y salvo á tu pais, con tal que no pronuncies, como ya te dije, el nombre de Dios durante todo el viaje. »

« Tales fueron las palabras del anciano, y al punto que me desperté, me sentí muy consolado de esta vision, y no dejé de hacer lo que el anciano me habia mandado. Desenterré el arco y las flechas, que disparé contra el jinete. A la tercera le derribé al mar, y el caballo cayó de mi lado. Lo enterré en el lugar en que habia hallado el arco y las flechas, y entretanto el mar fué creciendo poco á poco hasta que llegó al pié de la cúpula, á la altura de la montaña, y entónces ví á lo lejos una lancha que se encaminaba hácia mí. Dí gracias á Dios, viendo que los lances iban sucediendo conforme al sueño que habia tenido.

« Al fin llegó aquella lancha, y en ella el hombre de bronce tal cual me lo habian descrito. Me embarqué, guardándome, no solo de pronunciar el nombre de Dios, sino tambien de decir una palabra. Sentéme, y el hombre de bronce volvió á remar alejándose de la montaña, lo cual hizo hasta el dia nono en que divisé unas islas, vista que me hizo confiar que pronto estaria libre del peligro que temia. Con el rapto de mi alegría olvidé lo que me habian prohibido, y esclamé : ¡Bendito y loado sea Dios!

« Apenas hube dicho estas palabras, cuando se sumerjió la lancha en el mar con el hombre de bronce. Quedé sobre el agua y nadé el resto del dia hácia la tierra, que me pareció mas cercana. Una oscurísima noche sucedió al dia, y como no sabia donde me hallaba, nadaba sin rumbo. Al fin empezaron á faltarme las fuerzas, y ya desesperanzaba de salvarme, cuando sopló el viento, y una ola mas crecida que un monte me arrojó á la playa en donde me dejó al retirarse. Apresuréme al punto á tomar tierra, por miedo de que otra ola volviese á arrebatarme, y lo primero que hice fué desnudarme, retorcer mis vestidos empapados en agua, y tenderlos para que se enjugasen sobre la arena, que aun se resentia del calor del sol.

« Al dia siguiente acabaron de secarse mis vestidos, volví á ponérmelos, y me adelanté para reconocer en donde me hallaba. No hube andado mucho, cuando conocí que me hallaba en una isla desierta muy agradable, en la que habia toda clase de árboles frutales y silvestres. Pero noté que estaba muy distante de tierra, lo cual empañó en gran manera la alegría que sentia de haberme salvado del mar. Sin embargo, ponia mi esperanza en Dios y mi suerte en sus manos, cuando divisé una embarcacion que se dirijia de la tierra firme á toda vela hácia la isla en que me hallaba.

« No dudando de que anclaria en ella, pero ignorando si los que en ella venian serian amigos ó enemigos, creí del caso el no presentarme á ellos. Trepé á un árbol frondoso, desde el que podia atalayar sus acciones sin ser visto, y á poco tiempo llegó la embarcacion á una ensenada, y desembarcaron diez esclavos, que llevaban una pala y otros instrumentos propios para cavar la tierra. Encamináronse hácia el centro de la isla, y allí se detuvieron, trabajaron la tierra por algun tiempo, y por sus movimientos juzgué que levantaban una trampa. Volvieron despues al buque, desembarcaron muchos muebles y provisiones y las trasladaron al lugar donde habian cavado la tierra, y viéndolos bajar comprendí que habia allí algun subterráneo. Otra vez fueron á la embarcacion, y á poco tiempo desembarcó un anciano que llevaba consigo un jóven de catorce á quince años y muy gallardo. Bajaron todos por la trampa, y cuando volvieron á subir y la hubieron dejado caer y recubierto de tierra, dirijiéronse otra vez á la ensenada en donde estaba el bajel; noté que el jóven no iba con ellos, de lo que saqué en conclusion que se habia quedado en el subterráneo, circunstancia que me causó suma estrañeza.

« El anciano y los esclavos se embarcaron, y el buque se dirijió á la tierra firme. Luego que estuvieron lejos, bajé del árbol y me dirijí al paraje en donde habia visto cavar la tierra. Hice otro tanto hasta que hallando una losa cuadrada de tres piés, la levanté y ví que cubria la entrada de una escalera tambien de piedra.

Bajé por ella y me hallé en un grande aposento en el que habia una alfombra, un sofá y cojines de rica tela, sobre los que estaba sentado el jóven con un abanico en la mano. Todo esto lo distinguí á la luz de dos bujías, como tambien frutas y tiestos de flores que estaban cerca de él.

« Sobresaltóse el jóven á mi vista, mas le dije al entrar para serenarle : « Señor, quien quiera que seais, nada teneis que temer; un rey é hijo de otro, tal cual yo soy, es incapaz de haceros el menor daño. Al contrario, sin duda vuestra buena suerte ha querido que yo me hallase aquí para sacaros de este sepulcro en donde al parecer os han enterrado vivo por motivos que ignoro. Pero lo que me pasma y no puedo concebir (porque debo advertiros que presencié todo cuanto pasó desde que llegasteis á esta isla), es que os hayais dejado sepultar aquí sin resistencia..... » Al llegar aquí Cheherazada, suspendió su narracion, y el sultan se levantó impaciente por saber de donde provenia el abandono del jóven en una isla desierta, lo cual se prometió saber la próxima noche.

NOCHE LV.

Cuando fué hora, Dinarzada llamó á la sultana y le dijo : « Hermana, si no duermes, haznos el favor de proseguir la historia del tercer calendo. » Cheherazada no aguardó á que se lo repitiera, y continuó así :

« Despejóse el jóven con estas palabras, » dijo el tercer calendo, « y me rogó con ademan afable que me sentara á su lado, y habiéndolo hecho, me habló en estos términos : « Príncipe, voy á informaros de una particularidad que os asombrará por su estrañeza. Mi padre es un rico joyero que ha adquirido grandes bienes con su trabajo y habilidad en su profesion. Tiene gran número de esclavos y dependientes que hacen viajes por mar en buques de su propiedad, para mantener correspondencia con varias cortes á las que surte de pedrerías.

« Tiempo hacia que estaba casado sin haber tenido hijos, cuando supo allá por sueños que tendria uno que no viviria mucho tiempo, lo cual le causó sumo dolor. A pocos dias mi madre le anunció que estaba embarazada, y á los nueve meses me dió á luz, y mi nacimiento fué motivo de gran júbilo para la familia.

« Mi padre, que habia anotado el punto de mi nacimiento, consultó á los astrólogos, quienes le dijeron : « Vuestro hijo vivirá sin tropiezo hasta la edad de quince años. Pero entónces correrá riesgo de perder la vida y será difícil que se salve. No obstante si tiene la dicha de no morir en aquella edad, disfrutará larga existencia. Al cumplir los quince años, añadieron, la estatua ecuestre de bronce que está en lo alto de la montaña de iman habrá sido derribada en el mar por el príncipe Ajib, hijo del rey Casib, y los astros denotan como aquel príncipe debe dar la muerte á vuestro hijo, cincuenta dias despues. »

« Como este vaticinio concordaba con el sueño de mi padre, se desconsoló entrañablemente, mas no por eso dejó de poner estremado esmero en mi educacion hasta este año que es él décimo quinto de mi edad. Ayer supo que hace diez dias que el jinete de bronce fué arrojado al mar por el príncipe que acabo de nombrar, y esta noticia le costó tantas lágrimas y causó tal sobresalto que está desconocido.

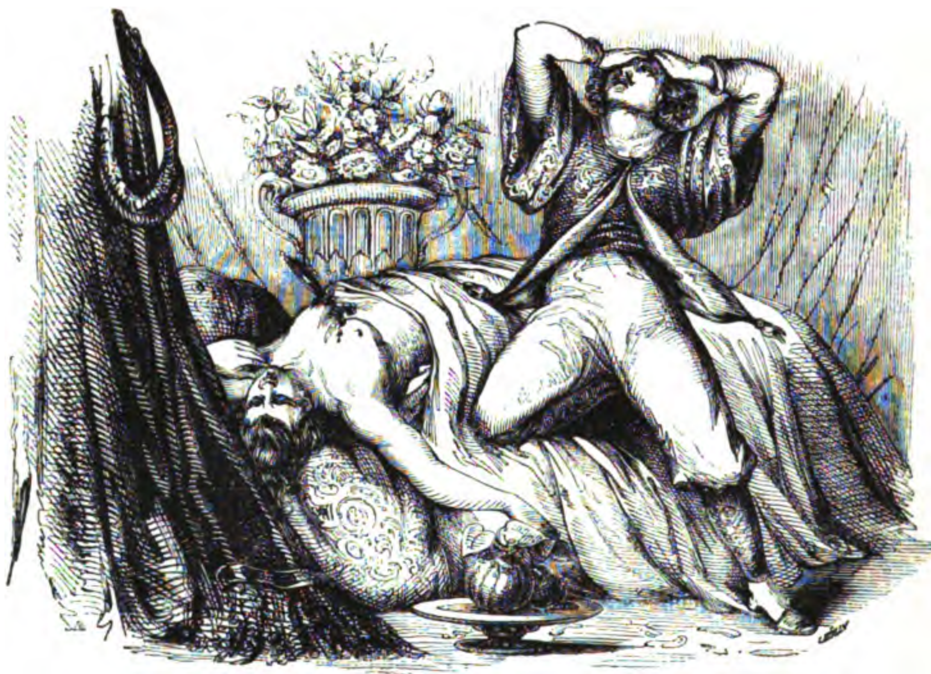
« Segun la prediccion de los astrólogos, ha buscado todos los medios asequibles para burlar mi horóscopo y conservarme la vida. Tiempo hace que tomó la precaucion de mandar construir esta habitacion para que yo permaneciese oculto en ella durante cincuenta dias, luego que supiera que la estatua yacia derribada. Como supo que lo habia sido diez dias atrás, ha venido prontamente á ocultarme aquí, prometiendo que dentro de cuarenta dias volverá á buscarme. En cuanto á mí, añadió, tengo alegres esperanzas, y no creo que el príncipe Ajib venga á buscarme debajo de tierra en medio de una isla desierta. He aquí, señor, todo cuanto tengo que deciros. »

« Mientras que el hijo del joyero me referia su historia, yo me burlaba interiormente de los astrólogos que habian pronosticado que le quitaria la vida, y me sentia tan distante de verificar la prediccion, que apenas hubo acabado de hablar cuando le dije : « Amado señor, tened confianza en la bondad de Dios y nada temais. Contad con que era una deuda que teniais que pagar y que desde ahora la habeis satisfecho. Contento estoy, despues de haber naufragado, de que me halle felizmente aquí para defenderos contra cuantos intenten menoscabaros la vida. No os desampararé en estos cuarenta dias, que os hacen temer las vanas conjeturas de los astrólogos. Durante todo el plazo os haré cuantos servicios de mi dependan y aprovecharé la ocasion de pasar á la tierra firme, embarcándome en vuestro buque, con permiso de vuestro padre y el vuestro, y cuando esté de vuelta en mi reino, no olvidaré el servicio que os haya debido y procuraré manifestaros mi reconocimiento. »

« Con estas palabras sosegué al hijo del joyero y me granjeé su confianza. Guardéme muy bien, para no asustarle, de añadir que era yo aquel Ajib á quien tanto temia, y tuve sumo cuidado en no dejárselo maliciar. Conversamos de varios asuntos hasta la noche y conocí que el jóven era muy despejado. Comimos juntos de sus provisiones ; habia tantas que al cabo de cuarenta dias hubieran sobrado, aun cuando hubiese habido otros huéspedes que yo. Despues de cenar continuamos conversando un rato y despues nos acostamos.

« Al dia siguiente cuando se levantó le presenté agua, se lavó, preparé la comida y serví cuando fué hora. Despues de comer inventé un juego con que entretenernos, no solo aquel dia, sino tambien los siguientes. Dispuse la cena del mismo modo que habia arreglado la comida, cenamos y nos acostamos como la noche anterior.

« Tuvimos tiempo de estrecharnos en amistad. Yo advertí que me profesaba mucho afecto, y por mi parte, fué tal el que le cobré, que me solia decir á mí mismo que eran unos impostores los astrólogos que habian pronosticado al padre que el hijo moriria en mis manos, pues no era posible que yo cometiera tan ruin vileza. Finalmente, señora, pasamos treinta y nueve dias amenísimos en aquel lugar subterráneo.



« Llegó el cuadrajésimo, y el jóven me dijó al despertarse con un júbilo que le enajenaba :

« Príncipe, ya he llegado á los cuarenta dias y no he muerto, gracias á Dios y á vuestra buena compañía. Mi padre no dejará de manifestaros su reconocimiento y proporcionaros todos los medios necesarios para que regreseis á vuestro reino. Pero entretanto os ruego que calenteis agua para que me lave el cuerpo, pues quiero asearme y mudar de traje para recibir á mi padre. »

« Puse el agua á calentar, y cuando estuvo pronta, llené el baño, el jóven se metió en él, y yo mismo le lavé é hice friegas. Salió de él y se acostó en su cama, que estaba ya hecha, y le cubrí con la manta. Luego que hubo descansado y dormido un rato, « Príncipe, » me dijo, « hacedme el favor de traerme un melon y azúcar, comeré un poco para refrescarme. »

« Escojí el mejor de varios melones que nos quedaban, lo puse en un plato, y como no hallaba un cuchillo para cortarlo, pregunté al jóven si sabia donde habia alguno. « Aquí hay uno, » me respondió, « en esta cornisa que está sobre mi cabeza. » Efectivamente hallé uno, pero me dí tanta prisa para cojerlo, y cuando ya lo tenia en la mano se me enredó un pié en la manta y caí de tal modo sobre el jóven, que le clavé el cuchillo en el corazon, quedando muerto en el acto.

« A esta vista, prorumpí en alaridos pavorosos, me malherí la cabeza, el rostro y el pecho, me rasgué los vestidos y me revolqué por el suelo con un dolor y pesar inesplicables. « ¡ Ay de mí ! » esclamé, « no faltaban sino algunas horas para que estuviera fuera del riesgo contra el cual habia buscado un asilo, y cuando yo confiaba que habia pasado todo peligro, soy su asesino y cumplo la prediccion. Pero, señor, » añadí alzando las manos al cielo, « os pido perdon, y si soy culpado de su muerte, no me dejeis vivir por mas tiempo. »

Cheherazada tuvo que interrumpir esta funesta relacion, viendo que ya asomaba el dia. El sultan de las Indias se sintió conmovido y esperimentando cierto azoramiento por la suerte del calendo, se guardó muy bien de decretar la muerte de Cheherazada, que solo podia sacarle de aquella incertidumbre.

NOCHE LVI.

Dinarzada despertó á la sultana á la hora acostumbrada. « Hermana mia, » le dijo, « si no duermes, te ruego que nos refieras lo que sucedió despues de la muerte del jóven. » Cheherazada tomó al punto la palabra y habló así :

« Señora, » prosiguió el tercer calendo vuelto á Zobeida, « despues de la desgracia que acababa de sucederme, hubiera visto la muerte sin espanto, si se hubiese presentado delante de mí. Pero los bienes y los males no siempre llegan cuando los deseamos.

« Sin embargo, reflexionando que mis lágrimas y afliccion no restituirian la vida al jóven, y que acabados los cuarenta dias, podria muy bien sobrecojerme su padre, salí del subterráneo, volví á colocar la losa sobre la entrada y la cubrí con tierra.

« Apenas habia concluido, cuando tendí la vista al mar y divisé el bajel que venia á buscar al jóven. Entónces, recapacitando sobre lo que debia hacer, dije para conmigo : « Si me llegan á ver, el anciano no dejará de mandar á sus esclavos que se apoderen de mí, y acaso me asesinen cuando haya visto en qué estado se halla su hijo. Cuanto yo alegue para sincerarme no les persuadirá de mi inocencia. Mejor es que me oculte á su resentimiento, ya que puedo hacerlo. »

« Habia cerca del subterráneo un árbol frondoso cuyo denso ramaje conceptué á propósito para ocultarme. Trepé á él, y apenas me hube colocado de modo que no fuese visto, cuando ví anclar la embarcacion en el mismo sitio que la vez primera.

« El anciano y los esclavos desembarcaron pronto y se adelantaron hácia el subterráneo en ademan de muy esperanzados; pero se inmutaron, y particularmente el anciano, cuando vie-

ron la tierra recien movida. Levantaron la losa y bajaron. Llaman al jóven por su nombre, no responde, crecen sus zozobras, le buscan y encuentran al fin tendido en su lecho con el cuchillo en medio del corazon, porque no habia tenido valor para arrancárselo. A esta vista, prorumpen todos en alaridos lastimeros, que renuevan mi quebranto. El anciano cae desmayado, y sus esclavos, para hacerle respirar el ambiente, lo sacan arriba en brazos y lo sientan al pié del árbol en que yo me hallaba. Pero á pesar de todos sus afanes, aquel desventurado padre permanece por mucho rato en aquel estado, desesperanzando á veces de que vuelva en sí.

« Sin embargo lo consiguen al fin, y entónces traen el cuerpo de su hijo, vestido con su mejor traje, y luego que estuvo abierta la huesa, le sepultan en ella. El anciano, sostenido por dos esclavos y el rostro anegado en llanto, le echa ante todos un poquillo de tierra, y tras esto los esclavos terraplenan la huesa.

« Hecho esto, se llevan los muebles del subterráneo y embarcan las provisiones que restaban. Luego, como el anciano ya no puede tenerse en pié, le colocan en una especie de angarillas y le trasladan al bajel que vuelve á dar la vela. En poco tiempo se aleja de la isla y lo pierdo de vista. » El dia asomaba ya en el aposento del sultan de las Indias, y Cheherazada hubo de suspender su narracion. Chahriar se levantó como solia, y nada dispuso contra la vida de la sultana, á quien dejó con Dinarzada.

NOCHE LVII.

Al dia siguiente antes del amanecer, Dinarzada dirijió á la sultana estas palabras: « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que prosigas las aventuras del tercer calendo. — Habeis de saber, hermana, » respondió Cheherazada, « que este príncipe continuó refiriéndolas así á Zobeida y á los demás que con ella estaban :

« Despues de la partida del anciano, los esclavos y el bajel, quedé solo en la isla ; pasaba la noche en el subterráneo que permaneció descubierto, y de dia me paseaba por la isla, deteniéndome en los parajes mas propios para descansar cuando lo necesitaba.

« Esta angustiosa vida duró un mes, y al cabo de este tiempo advertí que el mar disminuia considerablemente, que la isla era mayor, y que la tierra firme estaba muy cerca. Con efecto, menguaron las aguas de tal modo que ya solo quedaba un cortísimo paso de mar entre la tierra firme y mi mansion. Lo atravesé con agua hasta la rodilla, caminé mucho tiempo sobre la arena, y ya me hallaba algo distante del mar en un terreno mas firme, cuando divisé á lo lejos una hoguera, lo cual me llenó de regocijo. Al fin hallaré hombres, decia entre mí, pues no cabe que ese fuego se haya encendido por sí mismo. Pero al paso que me acercaba, mi yerro se desvanecia, y pronto conocí que lo que habia tenido por una hoguera se reducia á un castillo de cobre encarnado que los rayos del sol hacian aparecer á lo lejos como si estuviera encendido.

« Detúveme cerca de aquel castillo y me senté con objeto de considerar su peregrina construccion y para reponerme del cansancio. Aun no habia puesto en aquella magnífica mansion toda la atencion que merecia, cuando ví diez jóvenes gallardos que al parecer venian de paseo ; pero lo que estrañé en gran manera fué que eran todos tuertos del ojo derecho. Acompañaban á un anciano de alta estatura y aspecto venerable.

« Quedé atónito al tropezar con tantísimos tuertos juntos, y todos del mismo ojo, y miéntras estaba yo recapacitando como podian haberse reunido, se me acercaron y manifestaron alegría en verme. Hechos los primeros cumplimientos, me preguntaron lo que allí me traia, y les respondí que mi historia era algo larga, y que si querian tomarse la molestia de sentarse, les complaceria en lo que deseaban. Hiciéronlo así, y les referí lo que me habia sucedido desde mi salida de mis estados hasta entónces, lo cual les causó suma estrañeza.

« Luego que hube acabado mi narracion,

aquellos jóvenes señores me rogaron que entrase con ellos en el castillo. Admití su oferta, atravesamos gran número de salas, aposentos y gabinetes primorosamente alhajados, y llegamos á un gran salon en donde habia diez pequeños sofáes azules y separados, ya para sentarse y descansar de dia, como para dormir de noche. En el centro de la habitacion habia otro sofá un tanto mas bajo y del propio color, en el que se sentó el anciano de que he hablado, y los jóvenes señores se sentaron en los otros diez.

« Como en cada sofá solo cabia una persona, uno de aquellos jóvenes me dijo : « Amigo, sentaos en la alfombra y no os informeis de lo que hagamos ni tampoco porqué somos todos tuertos del ojo derecho: contentaos con ver, y no subais de punto vuestra curiosidad. »

« El anciano no permaneció mucho tiempo sentado. Se levantó y salió, pero volvió pocos momentos despues trayendo la cena de los diez señores, á cada uno de los cuales distribuyó su porcion. Sirvióme tambien la mia, que comí solo á ejemplo de los demás, y terminada la comida, el mismo anciano nos fué presentando á cada uno una copa de vino.

« Mi historia les habia parecido tan peregrina, que al acabarse la cena, me la hicieron repetir y les dió motivo á una conversacion que duró gran parte de la noche. Uno de los señores, reflexionando que era tarde, dijo al anciano : « Ya veis que es hora de acostarse, y no nos traeis con que acudir á nuestro instituto. » A estas palabras, el anciano se levantó, entró en un gabinete, del que salió con diez copas en la cabeza, una tras otra y cubiertas todas con un paño azul, colocando una con una vela delante de cada señor.

« Descubrieron las copas en las que habia ceniza, carbon en polvo y negro humo, que despues de haber mezclado, empezaron á echarse por el rostro y la cabeza, de modo que causaban espanto. Despues de haberse tiznado de aquel modo, empezaron á llorar golpeándose el pecho y la cabeza y repitiendo : « He aquí el fruto de nuestra ociosidad y nuestras disoluciones. »

« Pasaron casi toda la noche en esta estraña ocupacion, y al fin la interrumpieron. El anciano les trajo agua con que se lavaron rostro y manos; se quitaron tambien los vestidos y tomaron otros, de modo que no se conocia que hubiesen hecho las estrañezas que acababa de presenciar.

« Juzgad, señora, cuánto me violentaria en todo aquel rato. Mil veces estuve á punto de quebrantar el silencio que aquellos señores me habian impuesto, para hacerles preguntas, y me fué imposible dormir lo restante de la noche.

« Al dia siguiente, luego que nos levantamos, salimos al descampado, y entónces les dije : « Señores, os declaro que me desentiendo de la ley que ayer me impusisteis, no me cabe guardarla. Me habeis dado á conocer que sois hombres sensatos y de mucho talento, y sin embargo os he visto hacer jestiones de que solo serian capaces unos insensatos. Cualquiera que sea la desventura que me suceda, no puedo dejar de preguntaros porqué os habeis rociado el rostro con ceniza, carbon y negro humo, y finalmente porqué no teneis todos sino un ojo. Preciso es que lo haya ocasionado alguna estrañeza, y por lo tanto, os suplico que contenteis mi curiosidad. » Nada respondieron á mis instancias, sino que lo que yo preguntaba en nada me correspondia, que no debia interesarme y que me mantuviese quieto.

« Pasamos todo el dia conversando de asuntos indiferentes, y llegada la noche, despues de haber cenado todos separadamente, el anciano volvió á traer las copas con los paños azules, los jóvenes se rociaron, lloraron, y golpeándose esclamaron : « He aquí el fruto de nuestra ociosidad y nuestras disoluciones. » Otro tanto hicieron al dia siguiente y en los sucesivos.

« Al fin, no pudiendo resistir á mi curiosidad, les supliqué ya formalísimamente que la satisficiesen ó me enseñasen por qué camino podria regresar á mi reino, porque no podia permanecer por mas tiempo con ellos y presenciar todas las noches un espectáculo tan desatinado, sin que me cupiera saber los motivos.

« Uno de los señores me respondió por los demás : « No estrañeis nuestras rarezas ; si hasta ahora no hemos accedido á vuestras súplicas, ha sido por afecto que os profesamos y evitaros el pesar de veros reducido al mismo estado en que nos veis. Si quereis esperimentar nuestra desventurada suerte, hablad, vamos á complaceros en lo que nos pedis. » Díjeles que estaba resuelto á todo, y entónces el mismo jóven volvió á repetirme que me aconsejaba moderase mi curiosidad, porque iba á perder el ojo derecho. — No importa, » respondí, « os declaro que si me sucede esa desgracia, no os culparé de ella y solo me la achacaré á mí mismo. »

« Me representó además que cuando hubiera perdido un ojo, no debia esperar que me quedase con ellos, dado caso que tuviese aquella intencion, porque su número estaba completo y no podia ser aumentado. Díjeles que tendria un placer en no separarme nunca de personas tan corteses como ellos ; pero que si era necesario,

estaba en ánimo de allanarme, porque ansiaba á todo trance que me concediesen lo que les pedia.

« Viendo los diez señores que mi resolucion era invariable, cojieron un carnero que mataron, y despues de haberle quitado la piel, me presentaron el cuchillo de que se habian servido y me dijeron : « Tomad este cuchillo, os servirá muy luego. Vamos á coseros en esta piel en la que vais á quedar envuelto, os dejarémos aquí y nos retirarémos. Entónces una ave de enorme corpulencia llamada roc (1) se presentará en los aires, y tomándoos por un carnero, se arrojará encima y os levantará hasta las nubes. Pero no hay que asustaros, pues volverá á tender su vuelo hácia la tierra y os dejará en la cumbre de un monte. Luego que os sintais en el suelo, abrid la piel con el cuchillo y desenvolveos. Apenas el roc os haya visto cuando huirá de miedo y os dejará libre. No os detengais entónces, caminad hasta que llegueis á un alcázar de suma grandiosidad, cubierto de chapas de oro, de gruesas esmeraldas y otras piedras finas. Presentaos á la puerta, que está siempre patente, y entrad. Todos los que estamos aquí hemos hecho otro tanto, pero no os decimos lo que allí presenciamos ni lo que nos sucedió, pues lo sabréis por vos mismo. Lo que sí dirémos es que nos cuesta á cada uno el ojo derecho, y la penitencia que habeis presenciado es una de las observancias que nos hemos impuesto por haber estado allí. La historia de cada uno de nosotros en particular está cuajada de aventuras peregrinas con las que pudiera formarse un grueso tomo, pero nada mas podemos deciros. »

Al acabar estas palabras, Cheherazada interrumpió su narracion y dijo al sultan de las Indias : « Como mi hermana me despertó hoy algo mas temprano de lo que suele, empezaba á temer que vuestra majestad se fastidiase; pero ya asoma el dia y me precisa á callar. » La curiosidad de Chahriar le hizo suspender aun la ejecucion del cruel juramento que habia hecho.

NOCHE LVIII.

Dinarzada no madrugó aquella noche tanto como la anterior. Sin embargo no dejó de llamar á la sultana antes del amanecer. « Hermana, » le dijo, « si no duermes, te ruego que prosigas la historia del tercer calendo. « Cheherazada la continuó haciendo hablar al calendo.

« Señora, luego que uno de los diez señores tuertos me dijo lo que acabais de oir, me envolví en la piel del carnero, empuñando el cuchillo que me habia dado; despues que los jóvenes hubieron tomado la molestia de coserme en ella, me dejaron solo y se retiraron á su salon. No tardó en presentarse el roc de que me habian hablado, se me abalanzó, me cojió con sus garras como si fuera un carnero y me arrebató á lo alto de un monte.

« Cuando me sentí en el suelo, no hice falta en valerme del cuchillo, corté la piel, me desenvolví y me presenté al roc, que huyó al verme. Esta ave es blanca, de un tamaño monstruoso, y su fuerza es tantísima que arrebata á los elefantes en las llanuras y los lleva á la cumbre de los montes, en donde se alimenta con ellos.

« Con el ansia de llegar al consabido alcázar, no perdí un momento y apresuré tanto el paso, que en menos de medio dia llegué á él, y puedo decir que lo conceptué mucho mas hermoso de lo que me lo habian descrito.

« La puerta estaba abierta ; entré en un patio cuadrado, y tan espacioso, que habia al rededor noventa y nueve puertas de madera de sándalo y aloé y una de oro, sin contar las de muchas escaleras magníficas que conducian á los aposentos superiores y otras que aun no alcanzaba á ver. Las ciento de que hablo daban entrada á

(1) El roc ó rokh es una ave maravillosa que al parecer solo existió en la imajinacion de los novelistas arábigos, quienes le hacen representar un gran papel en sus narraciones. Segun estas, el roc tiene la forma del águila, pero es bastante ajigantada y forzuda para arrebatar un elefante. Luego que el ave ha subido á una gran altura, deja caer el animal, que se aplasta en la caida, y el roc se arroja sobre él y lo descuartiza.

jardines ó almacenes llenos de riquezas, ó á lugares que encerraban preciosidades en estremo peregrinas.

« Ví enfrente una puerta abierta por la que entré en un gran salon en que estaban sentadas cuarenta damas de tan indecible belleza que no cabe mas en la fantasía. Estaban magníficamente vestidas, y luego que me vieron se levantaron, y sin aguardar mis cumplimientos, me dijeron con grandes demostraciones de alegría : « Bizarro señor, sed bien venido; » y una de ellas tomando la voz por las demás, « Tiempo hace, » me dijo, « que aguardamos un caballero como vos : vuestro esterior nos está diciendo que atesorais cuantas prendas soberanas podemos apetecer, y esperanzamos que no hallaréis nuestra compañía desagradable é indigna de vos. »

« Despues me obligaron á sentarme, á pesar de mi resistencia, en un asiento mas elevado que los suyos, y como yo les manifestaba que tanta distincion me estaba incomodando, « Este es vuestro lugar, » me dijeron, « desde este momento sois nuestro señor, amo y juez, y nosotras vuestras esclavas, prontas á recibir vuestras órdenes. »

« Nada me sobrecojió tanto, señora, como el empeño y afan de aquellas hermosas doncellas en tributarme todos los rendimientos imajinables. Una me trajo agua caliente y me lavó los piés, otra derramó agua de olor sobre mis manos; estas trajeron cuanto se requeria para mudarme de ropas; aquellas me sirvieron una magnífica colacion, y finalmente otras se presentaron con el vaso en la mano en ademan de escanciarme un vino esquisito; y todo esto se ejecutaba sin confusion, con un despejo y un enlace asombroso y ademanes que me tenian embelesado. Bebí y comí, y tras esto, todas las damas se agolparon al rededor de mí y me pidieron que les hiciese una relacion de mi viaje. Referíles mis aventuras, y esta narracion nos entretuvo hasta el anochecer. »

Paróse Cheherazada al llegar aquí, y su hermana le preguntó el motivo. « ¿ No veis que es ya de dia ? » respondió la sultana; ¿porqué no me habeis dispertado antes ? » El sultan, á quien la llegada del calendo al palacio de las cuarenta hermosas damas prometia aventuras agradables, no quiso privarse del placer de oirlas y suspendió todavía la muerte de la sultana.

NOCHE LIX.

Dinarzada no fué mas dilijente esta noche que la anterior, y era casi dia cuando dijo á la sultana : « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que nos digas lo que sucedió en el hermoso castillo en que ayer nos dejaste.—Voy á decíroslo, » respondió Cheherazada, y dirijiéndose al sultan, « Señor, » prosiguió, « el príncipe calendo continuó en estos términos su narracion :

« Cuando hube acabado de referir mi historia á las cuarenta damas, algunas de las que estaban sentadas junto á mí se quedaron conversando conmigo, mientras otras, viendo que era de noche, se levantaron para ir en busca de luces. Trajeron un sinnúmero de ellas que nos desquitó aventajadamente de la claridad del dia, y las dispusieron con tal simetría, que nada habia que apetecer.

« Otras damas sirvieron una mesa de frutas secas, dulces y otros manjares delicados, guarneciendo un aparador con toda clase de vinos y licores, y otras llegaron con instrumentos. Cuando todo estuvo arreglado, me convidaron á que me sentase á la mesa con ellas, y despues de haber permanecido bastante tiempo, las que debian tocar los instrumentos y acompañarlos con sus voces, se levantaron y formaron un concierto peregrino. Otras empezaron una especie de danza y bailaron de dos en dos, unas tras otras y con el mayor gracejo.

« Era mas de media noche cuando se terminaron todos estos regocijos. Entónces una de las damas, tomando la voz, me dijo : « Debeis estar cansado del camino que habeis hecho hoy, y es hora de que descanseis. Vuestro aposento está

corriente; pero antes que os retireis, escojed entre todas la que mas os cumpla y llevadla á dormir con vos. » Respondí que me guardaria muy bien de hacer la eleccion que me proponian, que eran todas igualmente hermosas, despejadas y dignas de mis respetos y servicios, y que no cometeria la descortesía de preferir una á las demás.

« La misma dama que me habia hablado añadió : « Estamos persuadidas de vuestra cortesanía, y ya vemos que os contiene la zozobra de causar zelos entre nosotras ; mas orillad semejante miramiento : os advertimos que la dicha de la que elijais no hará envidiosas, porque estamos convenidas en que todos los dias tendrémos una tras otra el mismo honor, y que al cabo de los cuarenta dias nos tocará otra vez el turno. Escojed pues libremente y no perdais un tiempo que debeis dar al reposo de que tanto necesitais. »

« Fué forzoso ceder á sus instancias ; presenté la mano á la dama que habia hablado por las demás; ella me dió la suya, y nos condujeron á un magnífico aposento en el que nos dejaron solos, retirándose las demás damas á los suyos.... » Pero ya es de dia, señor, dijo Cheherazada, y vuestra majestad me permitirá que deje al príncipe calendo con su dama. Chahriar nada respondió, pero dijo en sí mismo al levantarse. « He de confesar que el cuento es hermosísimo: gran culpa tuviera en no oirlo hasta el fin. »

NOCHE LX.

Al terminarse la noche siguiente, Dinarzada no hizo falta en dirijir á la sultana estas palabras : « Hermana mia, si no duermes, te ruego que nos cuentes la maravillosa historia del tercer calendo. — Con mucho gusto, » respondió Cheherazada ; « he aquí de que modo prosiguió el príncipe :

« Al dia siguiente, apenas habia acabado de vestirme, cuando las otras treinta y nueve damas entraron en mi aposento, mucho mas engalanadas que el dia anterior. Saludáronme y preguntaron por mi salud, y luego me llevaron al baño, en donde me lavaron ellas mismas é hicieron, á pesar mio, todos los oficios que en él se requieren, y al salir, me hicieron tomar otro traje que aventajaba en magnificencia al primero.

« Pasamos el dia casi siempre á la mesa, y cuando llegó la hora de acostarse, me rogaron que escojiese una de ellas para que me hiciese compañía. Finalmente, señora, para no cansaros repitiendo siempre lo mismo, os diré que pasé todo un año con las cuarenta damas, recibiéndolas en mi lecho una tras otra, y que durante todo aquel tiempo ninguna desazon alteró aquella regalada existencia.

« Al cabo del año, con sumo pasmo mio, las cuarenta damas, en lugar de presentarse con su alegría acostumbrada á preguntarme cómo estaba, entraron una mañana en mi aposento, bañado el rostro en llanto. Abrazáronme tiernamente una tras otra diciéndome : « Adios, querido príncipe, adios, es preciso que nos separemos. »

« Enterneciéronme sus lágrimas, y las supliqué me dijeran el motivo de su desconsuelo y de la separacion de que me hablaban. « En nombre de Dios, hermosas damas, » les dije, « informadme si está en mi poder consolaros, ó si mi auxilio os es inservible. » En vez de responderme, « Ojalá, » añadieron, « que nunca os hubiésemos visto ni conocido. Muchos caballeros nos han hecho el honor de visitarnos; pero ninguno ha tenido el donaire, agrado, jovialidad y mérito que teneis. No sabemos cómo podrémos vivir sin vos. » Al acabar estas palabras, echaron á llorar amargamente. « Amables damas, » repliqué yo, « por favor no me tengais suspenso por mas tiempo, decidme la causa de vuestro dolor. — ¡ Ay ! » respondieron, « ¿qué otro motivo pudiéramos tener de aflijirnos, sino la necesidad de separarnos de un príncipe tan amable? Quizá no nos volverémos á ver. Sin embargo, si lo quisierais y tuvierais bastante imperio sobre vos, cabe muy bien que nos vol-

viéramos á juntar. — Señoras, » repliqué, « no comprendo lo que me decis, y os ruego que me hableis mas claramente.

— « Pues bien, » dijo una de ellas, « voy á complaceros. Habeis de saber que somos todas princesas hijas de reyes que vivimos juntas del modo que habeis visto, pero al cabo del año tenemos que ausentarnos cuarenta dias para fines indispensables y que no nos es lícito revelar, y al cabo de este tiempo volvemos à este palacio. Ayer se acabó el año, y hoy debemos separarnos; esta es la causa de nuestro quebranto. Antes de marcharnos os dejarémos las llaves de todo, particularmente las de las cien puertas, en donde hallaréis con que satisfacer vuestra curiosidad y entre tanto vuestra soledad durante nuestra ausencia; pero os encargamos, por vuestro bien y nuestro interés particular, que os abstengais de abrir la puerta de oro. Si la abris, nunca os volverémos á ver, y esta zozobra aumenta nuestra afliccion. Esperamos que os valdréis del consejo que os damos, y del cual penden vuestro sosiego y la dicha de nuestra vida; cuidado que si cedeis á vuestra indiscreta curiosidad, os haréis un daño de consideracion. Os rogamos pues que no cometais semejante yerro y nos deis el consuelo de volveros á hallar dentro de cuarenta dias. Nos llevaríamos la llave de la puerta de oro; pero fuera ofender á un príncipe como vos el dudar de su advertencia y comedimiento. »

Cheherazada queria proseguir, pero vió asomar el dia. El sultan, deseoso de saber lo que haria el calendo solo en el palacio despues de la partida de las cuarenta damas, remitió el saberlo para el dia siguiente.

NOCHE LXI.

La dilijente Dinarzada se despertó mucho rato antes del amanecer y llamó á la sultana. « Hermana mia, si no duermes, » le dijo, « acuérdate que es hora de referir al sultan, nuestro señor, la continuacion de la historia que tienes empezada. » Entónces Cheherazada, vuelta á Chahriar, le dijo : « Señor, sabrá vuestra majestad que el calendo prosiguió su historia en estos términos :

« Señora, las palabras de aquellas hermosas princesas me causaron entrañable pesar. No dejé de manifestarles que su ausencia me aquejaria en gran manera, y les agradecí los buenos consejos que me daban. Aseguréles que los seguiria y haria jestiones aun mas árduas tras la dicha de pasar el resto de mis dias con unas damas de mérito tan imponderable. Nuestras despedidas fueron sumamente cariñosas; abracélas á todas una tras otra, y se marcharon y quedé solo en el palacio.

« Los deleites de su compañía, la buena mesa, conciertos y recreos me habian tenido tan embelesado durante el año, que ni tiempo ni deseo habia tenido de ver las maravillas que podia atesorar aquel alcázar encantado. Ni siquiera habia parado la atencion en mil objetos peregrinos que tenia diariamente á la vista, tan prendado estaba de la belleza de las damas y embebido en el placer de verlas afanadas en agradarme. Sentí entrañablemente su desvio, y aunque su ausencia solo debia ser de cuarenta dias, me pareció que iba á pasar un siglo sin ellas.

« Me prometia no olvidar el importante encargo que me habian dado de no abrir la puerta de oro: pero como por lo demás me era lícito satisfacer mi curiosidad, tomé la primera de las llaves de las demás puertas, que estaban colocadas por su órden.

« Abrí la primera puerta y entré en un verjel que no creo tenga su igual en el universo, y aun no creo que pueda aventajarlo el que nuestra relijion nos promete despues de la muerte. La simetría, aseo, admirable disposicion de los árboles, abundancia y diversidad de las frutas de mil especies desconocidas, su frescura y belleza, todo me tenia embelesado. No debo pasar en silencio, señora, que aquel delicioso jardin se regaba por un método muy estraño, por medio de canalizas escavadas con arte y proporcion, que internaban el agua con abundancia por las



raices de los árboles que la necesitaban para brotar sus primeras hojas y flores; que otras llevaban menos á aquellos cuyas frutas asomaban apenas, y otras aun menor cantidad á aquellos en que estaban creciendo, y finalmente las habia que no daban sino el agua precisa á aquellos cuya fruta habia adquirido su tamaño regular y estaba ya para sazonar; pero este tamaño era mayor que el de las frutas de nuestros jardines. Las demás canalizas que iban á parar á los árboles cuya fruta estaba ya en sazon, solo tenian la humedad necesaria para conservarla en el mismo estado sin podrirla.

« No podia cansarme de admirar un sitio tan hermoso, y no hubiera salido de él, á no haber concebido desde entónces mayor concepto de las demás particularidades que no habia visto. Salí empapado en aquellos portentos, cerré la puerta y abrí la inmediata.

« En vez de un verjel, hallé un jardin no menos asombroso en su clase : encerraba un cuadro espacioso, regado, no con la misma profusion que el anterior, pero con mayor economía, para no agolpar mayor cantidad de agua de la que cada flor necesitaba. Allí se hallaban en flor á un tiempo rosas, jazmines, violetas, narcisos, jacintos, anémones, tulipanes, ranúnculos, claveles, lirios y sinnúmero de otras flores que corresponden á diferentes estaciones ; y estaban embalsamando el ambiente que se respiraba en aquel jardin.

« Abrí la tercera puerta y hallé una gran pajarera enlosada con mármol de varios colores y de esquisita labor ; la jaula era de sándalo y de aloé, y contenia un sinnúmero de ruiseñores, jilgueros, canarios, alondras y otros pájaros aun mas armoniosos de que nunca habia oido hablar. Los comederos donde tenian el grano, y los bebederos para el agua eran de jaspe ó preciosísima ágata.

« Habia además en toda la pajarera un aseo estremado, y al ver su capacidad, juzgué que se

necesitaban al menos cien personas para conservarla con aquella limpieza. Sin embargo no se veia á nadie, lo mismo que en los jardines que habia visitado, y en los que no habia notado una mala yerba, ni la menor superfluidad que ofendiera la vista.

« El sol se habia puesto ya, y me retiré embelesado con el gorjeo de aquel sinnúmero de pájaros que buscaban el lugar mas cómodo para gozar del descanso de la noche. Volví á mi aposento, determinado á abrir las demás puertas en los dias sucesivos, menos la centésima.

» Al otro dia no hice falta en abrir la cuarta puerta, y si lo que ví la tarde anterior habia podido causarme pasmo, lo que entónces ví me enajenó totalmente. Entré en un gran patio rodeado de un edificio de maravillosa arquitectura, cuya descripcion omitiré por no ser prolijo.

« Tenia aquel edificio cuarenta puertas abiertas, cada una de las cuales daba entrada á un tesoro; y de estos tesoros habia muchos que valian mas que los reinos mas poderosos. El primero contenia montones de perlas, y lo que parece increible, las mas preciosas, que eran del grueso de un huevo de pichon, aventajaban en número á las medianas; en el segundo tesoro habia diamantes, carbunclos y rubíes; en el tercero esmeraldas; en el cuarto oro en barras; en el quinto oro acuñado; en el sexto plata en barras; y en los dos inmediatos plata labrada. Los demás contenian amatistas, crisólitos, topacios, ópalos, turquesas, jacintos y todos las piedras finas que conocemos, sin hablar de la ágata, jaspe, cornalina y coral de que habia un aposento lleno, no solo de ramas, sino de árboles enteros.

« Atónito é inmoble, esclamé despues de mirar todas aquellas riquezas : « No, aun cuando todos los tesoros de todos los reyes del universo estuvieran reunidos en un mismo lugar, nunca podrian compararse con estos. ¡ Cuál es mi dicha de poseer todos estos bienes con tan amables princesas !

« No me detendré, señora, en circunstanciar todas las demás preciosidades peregrinas que ví los dias siguientes. Solo diré que necesité treinta y nueve dias para abrir las noventa y nueve puertas y admirar todo cuanto se ofreció á mi vista. No me quedaba mas que la centésima que me habian prohibido abrir..... »

La luz que penetró en el aposento del sultan de las Indias suspendió la narracion de Cheherazada. Pero esta historia era harto entretenida para que Chahriar no quisiese oir la conclusion al dia siguiente, y con este ánimo se levantó.

NOCHE LXII.

Dinarzada, que estaba deseando saber con no menos afan que Chahriar que portentos podian atesorarse bajo la llave de la centésima puerta, llamó muy temprano á la sultana. « Hermana mia, si no duermes, » le dijo, « te ruego que concluyas la peregrina historia del tercer calendo. — Así la prosiguió, » dijo Cheherazada.

« Habia llegado á los cuarenta dias desde la ida de las donosas princesas, y si hubiese podido tener sobre mí el dominio que correspondia, seria hoy hombre á todas luces felicísimo, en vez de ser el mas desventurado de todos. Debian llegar al dia siguiente, y el embeleso de volverlas á ver debia servir de contraresto á mi curiosidad; pero por una flaqueza de que me arrepentiré siempre, cedí á la tentacion diabólica que me trajo azorado hasta que me engolfé en mis quebrantos.

« Abrí la puerta fatal que habia prometido no tocar, y apenas hube dado un paso para entrar, cuando una fragancia halagüeña, pero contraria á mi temperamento, me hizo caer desmayado. Sin embargo volví en mí, y en vez de avalorar aquel aviso, cerrar la puerta y orillar para siempre el anhelo de satisfacer mi curiosidad, entré despues de haber aguardado un rato que el ambiente hubiese mitigado aquel olor, que al fin vino á no incomodarme.

« Halléme en un lugar espacioso, bien enlo-

sado y cuyo pavimento estaba rociado con azafran. Varios candelabros de oro macizo con bujías encendidas, que despedian un olor de aloé y ámbar gris, alumbraban aquel sitio, y á esta iluminacion se añadia la de varias lámparas de oro y plata, llenas de un aceite compuesto de diferentes olores.

« Entre varios objetos que llamaron mi atencion, descubrí un caballo negro, el mas lindo y garboso que se puede imajinar. Acerquéme á él para considerarlo de cerca, y hallé que tenia una silla y brida de oro macizo de una labor esquisita; que su pesebre estaba lleno por un lado de cebada mondada y sésami, y por el otro de agua de rosa. Asíle por la brida y lo saqué á fuera para verlo á la luz del dia, montéle y quise hacerlo andar, pero como no se movia, le sacudí con una varilla que habia recojido en su magnífica cuadra. Mas apenas le hube tocado, cuando empezó á relinchar con espantoso retumbo, y tendiendo unas alas que yo no había advertido, se remontó por los aires hasta perderse de vista. No pensé mas que en mantenerme firme, y á pesar de mi turbacion, me sostenia bastante bien; luego dirijió su vuelo hácia la tierra y se paró sobre la azotea de un palacio, y sin darme lugar á que me apeara, me sacudió con tanta violencia que me hizo caer hácia atrás, y con el estremo de la cola me sacó el ojo derecho.

« He aquí como quedé tuerto, y entónces recordé lo que me habian pronosticado los diez jóvenes señores. El caballo emprendió otra vez su vuelo y desapareció. Levantéme aflijidísimo del fracaso que yo mismo me habia ido á buscar, anduve por la azotea con la mano en el ojo que me causaba agudísimo dolor, bajé y me hallé en un salon en que habia diez sofáes dispuestos en círculo, y otro en medio menos elevado, por lo que vine en conocimiento de que aquel palacio era el mismo de donde me habia arrebato el roc.

« Los diez señores tuertos no estaban en el salon. Aguardélos, y llegaron poco despues con el anciano. No manifestaron estrañeza de volverme á ver ni de que hubiese perdido el ojo. « Mucho sentimos, » me dijeron, « que no podamos daros el parabien de vuestra vuelta del modo que deseáramos, pero no somos causa de vuestra desventura. — Fuera injusto en culparos de ella, » les respondí; « me la he acarreado yo mismo y cargó con la pena. — Si es un consuelo para los desgraciados, » prosiguieron, « el tener compañeros, nuestro ejemplo debe proporcionároslo. Cuanto os ha sucedido nos ha pasado igualmente. Hemos apurado la suma de los deleites durante todo un año, y hubiéramos continuado gozando de la misma dicha, á no abrir la puerta de oro durante la ausencia de las princesas. Habeis sido tan imprudente como nosotros y habeis esperimentado igual castigo. Bien quisiéramos admitiros entre nosotros para que hicieseis la penitencia cuya duracion ignoramos, pero ya os declaramos los motivos que nos lo imposibilitan. Por lo tanto retiraos y tomad el camino de Bagdad, y allí hallaréis al que debe decidir de vuestra suerte. » Me enseñaron el rumbo que debia seguir y me separé de ellos.

« Durante el viaje me hice afeitar la barba y las cejas y vestí el traje de calendo. Hace tiempo que voy caminando, y hoy he llegado á esta ciudad á la caida de la noche. Encontré á la puerta á estos calendos, y los tres quedamos atónitos al vernos tuertos del mismo ojo; pero no hemos tenido tiempo para conversar de esta desgracia que nos mancomuna. Solo hemos tenido, señora, el de venir á implorar el auxilio que jenerosamente nos concedisteis. »

Luego que el tercer calendo hubo terminado la relacion de su historia, Zobeida tomó la palabra, y vuelta á él y sus compañeros, les dijo: « Idos, los tres estais libres; retiraos á donde querais. » Pero uno de ellos le respondió : « Señora, os rogamos que disimuleis nuestra curiosidad y nos permitais oir la historia de estos señores que todavía no han hablado. » Entónces la dama volviéndose hácia el califa, el visir Jiafar y Mesrur, á quienes no conocia por lo que eran, les dijo : « Hablad; á vosotros os toca referir vuestra historia. »

El gran visir Jiafar, que habia hablado siempre por los demás, respondió otra vez á Zobeida: «Señora, no tenemos mas que repetir para obedeceros lo que ya dijimos antes de entrar en vuestra casa. Somos unos mercaderes de Musul que llegamos á Bagdad para negociar nuestras mercancías depositadas en un almacen del khan en donde estamos hospedados. Hoy comímos con varias personas de nuestra profesion en casa de un mercader de esta ciudad, el cual, despues de habernos regalado con manjares delicados y vinos esquisitos, ha mandado que viniesen bailarines y bailarinas, cantores y músicos. Como metíamos mucho ruido, una patrulla ha acudido y ha preso á algunos de la funcion. En cuanto á nosotros, tuvimos la suerte de escabullirnos; pero como ya era tarde y la puerta de nuestro khan estaba cerrada, no sabíamos donde albergarnos. La casualidad ha querido que pasásemos por esta calle, y habiendo oido que se divertian en esta casa, nos hemos determinado

á llamar á la puerta. He aquí, señora, cuanto podemos decir en cumplimiento de vuestras órdenes.»

Oidas estas palabras, Zobeida parecia titubear sobre lo que debia decir, y advirtiéndolo los calendos, le suplicaron que tuviese con los tres mercaderes de Musul la misma atencion que habia tenido con ellos. «Bien,» les dijo, consiento en ello. Quiero que todos me debais el mismo agasajo; os perdono, pero á condicion que saldréis al punto todos de esta casa y os retiraréis á donde querais.» Como Zobeida dió esta órden con un brio que denotaba su empeño en quedar obedecida, el califa, el visir, Mesrur, los tres calendos y el mandadero salieron sin replicar, porque la presencia de los siete esclavos armados les causaba respeto. Cuando estuvieron fuera de la casa y la puerta quedó cerrada, el califa dijo á los calendos sin darse á conocer por lo que era: «Y vosotros, señores, que sois forasteros y recien llegados á esta ciudad, ¿á dónde vais ahora que aun no es de dia? — Señor,» le respondieron, «eso es lo que nos tiene perplejos. — Seguidnos,» replicó el califa, vamos á sacaros de apuro.» Concluidas estas palabras, habló al visir y le dijo: Llevadlos á vuestra casa, y mañana me los presentaréis. Quiero mandar escribir sus historias, pues merecen hacer bulto en los anales de mi reinado.»

El visir Jiafar llevó consigo á los tres calendos; el mandadero se retiró á su casa, y el califa, acompañado de Mesrur, se restituyó á su palacio. Se acostó, pero no pudo cerrar los ojos, tan azorado estaba su ánimo con todas las estrañezas que habia presenciado. Sobre todo estaba deseoso de saber quién era Zobeida, qué motivo podia tener para azotar á las dos perras negras, y porqué Amina tenia lleno el pecho de cicatrices. Amaneció, y aun estaba absorto con tales pensamientos. Se levantó, y pasando á la cámara en donde celebraba consejo y daba audiencia, se sentó en su trono.

El gran visir llegó poco despues y le tributó el acatamiento acostumbrado. «Visir,» le dijo el califa, «por ahora no tenemos negocios muy urjentes que despachar; el de las tres damas y de las dos perras negras lo es mucho mas. No podré parar hasta que me entere cabalmente de cuanto ayer me estuvo asombrando. Id, traeos á las damas y tambien á los calendos, y acordaos de que estoy aguardando vuestra vuelta con impaciencia.»

El visir, que sabia el jenio prontísimo y fogoso de su amo, se esmeró en obedecerle. Llegó á casa de las damas y les manifestó con decoro la órden que tenia de presentarlas al califa, aunque sin hablar de cuanto habia mediado la noche anterior.

Las damas se cubrieron con sus velos y marcharon con el visir, llevándose de paso á los tres calendos, quienes habian tenido tiempo de saber que habian visto al califa y le habian hablado sin conocerle. El visir los presentó en palacio y desempeñó su encargo con tan estremada diligencia que el califa se le mostró muy satisfecho. Aquel príncipe, observando las reglas del decoro, pues estaban presentes todos los empleados de su casa, mandó colocar á las tres damas detrás de la celosía de la sala que comunicaba con su aposento, y retuvo á los tres calendos, quienes manifestaron con su acatamiento que no ignoraban delante de quien tenian el honor de presentarse,

Luego que las damas estuvieron colocadas, el califa se volvió hácia ellas y les dijo: «Señoras, sin duda os sobrecojeréis al saber que la noche pasada me introduje en vuestra casa en traje de mercader; temeréis haberme ofendido, y quizá os imajineis que os he mandado venir aquí para soltar la rienda á mis iras; pero sosegaos y estad persuadidas de que tengo olvidado lo pasado, y aun que estoy contentísimo de vuestro comportamiento. Deseara que todas las damas de Bagdad obrasen con tanto juicio como manifestasteis, y siempre me acordaré del comedimiento que usasteis despues de la descortesía que habíamos cometido. Entónces era un mercader de Musul, pero ahora soy Harun Alraschid, quinto califa de la gloriosa casa de Abas, que ocupa el lugar de nuestro gran profeta. Os he mandado venir tan solo para saber quiénes sois y preguntaros con qué motivo una de vosotras, despues de haber estado atormentando las dos perras negras, ha llorado con ellas. Tambien estoy muy deseoso de saber porqué la otra tiene el pecho cubierto de cicatrices.»

Aunque el califa pronunció estas palabras con voz clara, y las tres damas las hubiesen oido, el visir Jiafar, segun costumbre, no dejó de repetirlas.....

«Pero, señor,» dijo Cheherazada, «ya es de dia: si vuestra majestad quiere que le refiera la continuacion, es forzoso que tenga á bien dilatar todavía mi vida hasta mañana.» Consintió en ello el sultan, imajinándose que Cheherazada le contaria la historia de Zobeida, que estaba muy ansioso de saber.



NOCHE LXIII.

« Mi querida hermana, » dijo Dinarzada, poco antes de amanecer, « si no duermes, te suplico que nos cuentes la historia de Zobeida, porque supongo que se la referiria aquella dama al califa. — Efectivamente lo hizo, » respondió Cheherazada. « Así que el príncipe la sosegó con la arenga sobredicha, satisfizo sus deseos del modo siguiente :

HISTORIA DE ZOBEIDA.

« Caudillo de los creyentes, » dijo, « la historia que voy á referir á vuestra majestad es una de las maravillosas que se conozcan. Las dos perras negras y yo somos tres hermanas, hijas del mismo padre y madre, y os diré por qué raro suceso han sido convertidas en perras.

« Las dos damas que viven conmigo y están aquí presentes son tambien mis hermanas, hijas del mismo padre, pero de diferente madre. La que tiene el pecho lleno de cicatrices se llama Amina, la otra Safía, y yo Zobeida.

« A la muerte de nuestro padre, hicimos partes iguales de lo que nos habia dejado, y cuando estas dos medio hermanas recojieron lo que les correspondia, se separon de nosotros y se fueron á vivir con su madre. Mis dos hermanas y yo nos quedamos con la nuestra, que vivia aun, y á su muerte nos dejó mil zequines á cada una.

« Cuando hubimos recojido lo que nos correspondia, mis dos hermanas mayores, porque yo soy la menor, se casaron y siguieron á sus maridos, dejándome sola. Poco tiempo despues de su casamiento, el marido de la primera ven-

dió todos sus bienes y los muebles, y con el dinero que fué juntando y el de mi hermana, pasaron los dos á África. Allí, el marido derrochó sus haberes y los de mi hermana en diversiones y banquetes. Hallándose reducido al mayor desamparo, buscó un pretesto para repudiarla y la echó de su casa.

« Volvió mi hermana á Bagdad, despues de haber padecido infinitos quebrantos en un viaje tan largo. Se refujió en mi casa, tan lastimosamente mal parada, que hubiera movido á compasion al pecho mas empedernido. La recibí con todas las demostraciones de cariño que podia esperar : le pregunté porqué se hallaba en tan desdichada situacion, y me enteró llorando de la torpe conducta de su marido y del trato violento que le habia dado. Me compadecí de sus desventuras y junté mis lágrimas con las suyas. La hice entrar en el baño y le dí parte de mis vestidos, diciéndole : « Hermana mia, eres mayor que yo, y te miraré como á madre. Durante tu ausencia, Dios bendijo mis pocos bienes y la granjería que he logrado criando gusanos de seda. Puedes contar que no tengo nada que no sea tuyo y de lo que no puedas disponer como yo misma. »

« Vivimos las dos juntas durante algunos meses en buena armonía. Solíamos hablar de nuestra tercera hermana, y estrañábamos no saber de ella. Al fin llegó en tan infeliz estado como la mayor, pues su marido la habia tratado del mismo modo, y yo le dí graciable acojida.

« De allí á algun tiempo mis dos hermanas, so pretesto de que me eran gravosas, me dijeron que estaban en ánimó de volverse á casar. Respondíles que, si no tenian otro motivo, podian permanecer conmigo, pues mis bienes bastaban para mantenernos á todas con la decencia propia de nuestra clase. Pero me temo, añadí, que mas bien tengais verdaderos deseos de casaros otra vez, y os confieso que si tal sucediera, me serviria de suma estrañeza cómo podeis pensar en un segundo enlace, habiendo padecido tantísimos pesares en el primero. Ya sabeis cuanto escasean maridos honrados y cabales. Creedme, sigamos viviendo juntas y del modo mas agradable que nos quepa.

« En balde fueron todas mis amonestaciones, porque estaban resueltas á volverse á casar, y con efecto así lo ejecutaron. Pero volvieron á verme al cabo de algunos meses , y disculpándose amargamente de no haber seguido mis consejos, « Eres la menor, » me dijeron, « pero mas juiciosa que nosotras. Si quieres admitirnos en tu casa y mirarnos como esclavas, no volverémos á cometer yerro tan desatinado. — Mis queridas hermanas, » les respondí, « no ha variado mi cariño desde que nos separamos : volved y disfrutad conmigo de lo que poseo. » Y abrazándolas en seguida, las admití en mi casa y vivimos otra vez juntas como antes.

« Hacia un año que disfrutábamos de una perfecta armonía, cuando viendo que Dios habia bendecido mi caudal, formé el intento de emprender un viaje por mar y aventurar algo en el comercio, y así pasé con mis dos hermanas á Balsora, compré un buque pronto á dar la vela, y lo cargué con las mercancías que habia traido de Bagdad. Emprendímos nuestro viaje con viento favorable, y pronto salimos del golfo Pérsico. Cuando estuvimos en alta mar, tomamos el rumbo de las Indias, y al cabo de veinte dias de navegacion, descubrimos tierra. Era un monte altísimo, en cuya falda descubrimos una ciudad de bastante estension, y como teníamos viento fresco, pronto entramos en el puerto y dimos fondo.

« No tuve paciencia para aguardar que mis hermanas estuviesen prontas para acompañarme : desembarqué sola y me encaminé á la ciudad. Vi una guardia crecida de hombres sentados y otros en pié con un palo en la mano ; pero tenian todos un aspecto tan horroroso que me asustó. Notando sin embargo que estaban inmobles y ni siquiera movian los ojos, me serené, y habiéndome acercado á ellos, conocí que estaban petrificados.

« Entré en la ciudad y pasé por varias calles, en donde habia hombres de trecho en trecho en varias posturas pero todos sin movimiento y petrificados. En el barrio de los mercaderes hallé casi todas las tiendas cerradas, y en las que estaban abiertas habia personas en el mismo estado. Miré á las chimeneas, y no viendo que despidiesen humo, juzgué que cuanto habia en las casas y aun fuera estaba convertido en piedra.

« Habiendo llegado á una gran plaza en medio de la ciudad, descubrí una hermosa puerta cubierta de chapas de oro y cuyas hojas estaban abiertas. Veíase una mampara de rica seda y una lámpara colgada sobre la puerta. Despues de haber considerado el edificio, di por supuesto que seria el palacio del príncipe que reinaba en aquel pais, pero atónita de no hallar un viviente, me encaminé á él, esperanzada de hallar alguno. Abrí la mampara ; ¡ y cuál fué mi asombro, cuando no ví en el lintel sino algunos porteros ó guardas petrificados, unos en pié y otros sentados ó recostados !

« Atravesé un gran patio cuajado de jentío. Unos al parecer iban y otros venian, y sin em-

bargo no se movian de su sitio, porque estaban petrificados como los que ya habia visto. Pasé por un segundo patio, y de allí á un tercero; pero en todas partes reinaba la mayor soledad y un silencio pavoroso.

« Habiendo entrado en un cuarto patio, ví al frente un hermosísimo edificio cuyas ventanas estaban cerradas con un enverjado de oro macizo, y me imajiné que eran los aposentos de la reina. Los visité, y hallé en una sala muchos eunucos negros petrificados, y pasando á otra habitacion lujosamente alhajada, ví una dama trasformada igualmente en piedra. Conocí que era la reina, porque llevaba una corona de oro en la cabeza y un collar de perlas mas gruesas que avellanas. Las estuve rejistrando de cerca y me pareció que no cabia preciosidad mas peregrina.

« Admiré por algunos instantes la riqueza y magnificencia de aquel aposento, y sobre todo las alfombras, almohadones y sofá guarnecido con una tela de las Indias cuyo fondo era de oro con figuras de hombres y animales de plata y de esquisita labor. »

Cheherazada hubiera continuado hablando; pero la claridad del dia suspendió su narracion. El sultan estaba embelesado. « He de saber, » dijo para sí al levantarse, « en qué viene á parar esa estrañísima petrificacion de hombres. »

NOCHE LXIV.

Dinarzada, á quien habia deleitado el principio de la historia de Zobeida, no hizo falta en llamar á la sultana antes del amanecer. « Hermana mia, si no duermes, » le dijo, « te ruego nos digas lo que vió Zobeida en aquel palacio maravilloso. — He aquí, » respondió Cheherazada, « de que modo prosiguió aquella dama su historia al califa:

« Señor, desde el aposento de la reina petrificada pasé á otros muchos amueblados con esplendidez, y al fin llegué á una habitacion muy espaciosa en la que habia un trono de oro macizo colocado sobre algunas gradas y engastado con gruesas esmeraldas, y sobre el trono un cojin de esquisita tela bordado con preciosas perlas, y lo que mas me pasmó fué una luz resplandeciente que salia del medio del cojin. Ansiosa de saber de donde provenia, subí, y adelantando la cabeza, ví un diamante del tamaño de un huevo de avestruz, y tan perfecto que no le noté lunar alguno. Resplandecia en tal estremo que dándole la luz, yo no podia resistir sus relumbros.

« Habia á los costados dos hachas encendidas, cuyo objeto no pude comprender, pero esta circunstancia me convenció de que habia algun viviente en aquel magnífico palacio, pues no me cabia duda en el pensamiento que semejantes hachas pudieran conservarse encendidas por sí solas. Otras muchas maravillas me detuvieron en aquella habitacion, cuyo valor sobrepujaba á todo guarismo.

« Como todas las puertas estaban abiertas ó entornadas, visité otros muchos aposentos tan hermosos como los que habia visto. Me interné por las reposterías y guarda muebles, que estaban cuajados de preciosidades infinitas, y seguí tan embelesada con aquellos portentos que no me acordé del buque ni de mis hermanas. Sin embargo la noche se acercaba, y conociendo que era hora de retirarme, quise volverme por el mismo camino por donde habia venido; pero no me fué fácil hallarlo. Me perdí por las habitaciones, y al fin llegando á parar al aposento en que estaban el trono, el diamante y las hachas encendidas, determiné pasar allí la noche, dejando para el dia siguiente el regresar á mi embarcacion. Acostéme, no sin zozobra, viéndome sola en un lugar tan desierto, y sin duda aquel espanto no me dejó dormir.

« Serian las doce de la noche cuando oí la voz de un hombre que leia el Alcoran, del mismo modo y con el tono con que acostumbramos orar en nuestros templos. Esto me regocijó en gran manera, y levantándome al punto, cojí una hacha para alumbrarme y seguí varios aposentos

hácia donde se oia la voz. Paréme á la puerta de un gabinete del que no podia dudar que partiese, arrimé á un lado el hacha, y mirando por los resquicios de la puerta, me pareció que era un oratorio, y en efecto habia como en nuestros templos un nicho que denotaba hácia donde habia que volverse para orar, lámparas colgadas y encendidas y dos grandes candelabros con hachas de cera blanca que tambien ardian.

« Vi además una alfombra, tendida como las que se estilan en nuestro pais para sentarse y decir las oraciones. Un jóven de aspecto agradable estaba sentado sobre la alfombra y recitaba fervorosamente el Alcoran que tenia delante. Á esta vista quedé atónita, y revolvia en mi mente cómo aquel viviente se hallaba solo en una ciudad en que todo el vecindario estaba petrificado, y no dudé que lo causaria algun motivo estraordinario.

« Como la puerta estaba entornada, la abrí, entré, y pasando al nicho, pronuncié en alta voz estas palabras: « Alabado sea Dios que nos ha favorecido con una próspera navegacion. Pido á su bondad que nos ampare del propio modo hasta la llegada á nuestro pais. Escuchadme, señor, y atended á mis ruegos. »

« El jóven volvió los ojos hácia mi y me dijo: « Mi buena señora, os ruego que me digais quién sois y lo que os ha traido á este desventurado pueblo, y en pago os informaré de quien soy, lo que me ha sucedido, con que motivo los habitantes de esta ciudad están reducidos al estado en que los habeis visto, y porqué yo solo estoy sano y salvo en medio de tan espantoso desastre. »

« Referíle en pocas palabras de donde venia, lo que me habia inducido á emprender aquel viaje y de que modo habia fondeado felizmente al cabo de veinte dias de navegacion. Al terminar, le rogué que cumpliese por su parte la promesa que me habia hecho, y le manifesté cuanto me habia sobrecojido la espantosa desolacion que habia observado en todos los parajes por donde habia pasado.

« Querida señora, » dijo entónces el jóven, « tened un poco de paciencia; » y hablando así, cerró el Alcoran, lo metió en un estuche precioso y lo colocó en el nicho. Mientras lo hacia, le consideraba atentamente, y le hallé tanta gracia y atractivo que esperimenté impulsos cuales hasta entónces nunca habia sentido. Hízome sentar á su lado, y antes que empezase su narracion, no pude dejar de decirle con un acento que le patentizó el cariño que me habia infundido: « Primoroso señor, amado objeto de mi alma, no podeis imajinaros cuán impaciente estoy de enterarme en las tantísimas estrañezas como han cautivado mi atencion desde que he entrado en esta ciudad, y no me cabe dejar satisfacer mi curiosidad sino ahora mismo..... Hablad, os ruego, y decidme por qué milagro os hallais solo vivo entre tantas personas muertas de un modo inaudito. »

Al llegar aquí Cheherazada, suspendió su narracion y dijo á Chahriar: « Señor, vuestra majestad no advierte quizá que ya es de dia, y si continuara hablando, abusaria de vuestra atencion. » El sultan se levantó, resuelto á oir la noche siguiente la continuacion de aquella historia maravillosa.

NOCHE LXV.

« Hermana mia, si no duermes, » dijo Dinarzada á la mañana siguiente, « ruégote que prosigas la historia de Zobeida y nos refieras lo que pasó entre ella y el jóven que encontró en aquel palacio de que ayer nos hiciste una descripcion tan hermosa. — Voy á complacerte, » respondió la sultana. « Zobeida continuó en estos términos:

« Señora, » me dijo el jóven, « la oracion que acabais de rezar me da á entender que conoceis al verdadero Dios. Vais á oir un efecto maravillosísimo de su grandeza y poderío. Sabréis que esta ciudad era la capital de un poderoso reino de que mi padre se titulaba soberano. Este príncipe, toda su corte, los habitantes de la ciudad y todos sus demás súbditos eran

magos, adoradores del fuego y de Nardun, antiguo rey de los jigantes rebeldes á Dios.

« Aunque mis padres eran idólatras, logré la suerte de tener por aya en mi niñez á una buena dama musulmana que sabia de memoria el Alcoran y lo esplicaba perfectamente. « Príncipe,» me solia decir, « no hay mas que un Dios verdadero. Guardaos de reconocer y adorar á otros. » Me enseñó á leer el árabe, y el libro que me dió para ejercitarme fué el Alcoran. Luego que tuve bastante entendimiento, me fué esplicando todos los pasos de este libro escelente, empapándome en su contexto, sin saberlo mi padre ni otro alguno. Murió ; pero fué despues de haberme dado cuantas instrucciones necesitaba para estar plenamente convencido de las verdades de la relijion musulmana. Desde su fallecimiento me he mantenido constantemente en los mismos principios fundamentales, horrorizándome contra el falso dios Nardun y la adoracion del fuego.

« Hace tres años y algunos meses que una voz atronadora se oyó de repente por toda la ciudad, tan claramente, que nadie perdió una de estas palabras que dijo : « Habitantes, dejad el culto de Nardun y del fuego ; adorad al Dios único y misericordioso. »

« La misma voz se oyó tres años consecutivos; pero nadie se convirtió, y al cumplirse este plazo, entre tres y cuatro de la madrugada, todos los habitantes quedaron trasformados en piedras, permaneciendo cada cual en el estado y ademan en que se hallaba. El rey mi padre padeció igual suerte, quedando convertido en una piedra negra, tal cual se le ve en un paraje de este palacio, y la reina mi madre sufrió igual destino.

« Soy el único sobre quien Dios no descargó su tremendo castigo : desde entónces continúo sirviéndole con mas fervor que nunca, y estoy persuadido, hermosa señora, de que os envia para mi consuelo ; doyle infinitas gracias, porque os confieso que esta soledad me es harto insufrible. »

« Esta narracion, y particularmente las últimas palabras, acabaron de inflamar mi pasion. « Príncipe, » le dije, « no hay que dudarlo, la Providencia me ha traido á este puerto para ofreceros los medios de alejaros de tan funesto sitio. El bajel en que he venido puede daros idea de que gozo de alguna consideracion en Bagdad, donde he dejado otros bienes cuantiosos. Me adelanto á ofreceros allí un albergue, hasta que el poderoso caudillo de los creyentes y vicario del gran profeta, en quien creeis, os haya tributado los honores que teneis merecidos. Este célebre monarca reside en Bagdad, y apenas sepa vuestra llegada á su capital, conoceréis que no en vano se implora su amparo. No cabe que permanezcais por mas tiempo en una ciudad donde todos los objetos se os han de hacer ya insufribles. Mi bajel está á vuestra disposicion y podeis mandar en él como señor.» Aceptó mi ofrecimiento y pasamos el resto de la noche conversando de nuestro embarque.

« Al amanecer salimos del palacio, y nos dirijimos al puerto, donde hallamos á mis hermanas, al capitan y á mis esclavos con suma zozobra por mi paradero. Despues de haber presentado mis hermanas al príncipe, les referí lo que me habia imposibilitado el volver á bordo el dia anterior, el encuentro del jóven príncipe, su historia y la causa de la desolacion de tan hermosa ciudad.

« Los marineros emplearon algunos dias en desembarcar las mercancías que yo habia llevado y embarcar en su reemplazo todo lo mas precioso en el palacio, tanto de oro y plata como en pedrerías. Dejamos los muebles y gran cantidad de plata labrada, porque no podíamos llevárnosla. Hubiéramos necesitado muchas embarcaciones para trasportar á Bagdad todas las riquezas que teníamos á la vista.

« Luego que hubimos cargado el buque con cuanto quisimos, tomamos los víveres y el agua que conceptuamos necesitar para la travesía, no obstante que todavía nos quedaban muchas provisiones de las que habíamos embarcado en Balsora. Por fin dimos la vela con viento tal cual podíamos apetecer. »

Al decir estas palabras, Cheherazada advirtió que amanecia, y dejó de hablar. El sultan se levantó sin decir palabra; pero con ánimo de oir hasta el cabo la historia de Zobeida y de aquel príncipe tan milagrosamente conservado.



NOCHE LXVI.

Antes de acabarse la noche siguiente, Dinarzada, impaciente por saber cuál seria el éxito de la navegacion de Zobeida, llamó á la sultana. « Mi querida hermana, » le dijo, « si no duermes, prosigue por fineza la historia de ayer. Dinos si el príncipe y Zobeida llegaron prósperamente á Bagdad. — Vais á saberlo, » respondió Cheherazada. « Zobeida prosiguió así su historia, vuelta siempre al califa :

« Señor, el príncipe, mis hermanas y yo pasábamos los dias conversando alegremente; pero ¡ay de mí! nuestra armonía no duró mucho tiempo. Mis hermanas se encelaron por la intimidad que advirtieron entre el príncipe y yo, y me preguntaron un dia maliciosamente qué haríamos con él cuando llegásemos á Bagdad. Conocí que me hacian aquella pregunta para descubrirme el interior, y por lo tanto, tratando el asunto placenteramente, les respondí que lo tomaria por esposo, y luego volviéndome hácia el príncipe, le dije: « Señor, os suplico que consintais en ello. Cuando lleguemos á Bagdad, mi intento es ofreceros mi persona para ser vuestra humildísima esclava, tributaros mis servicios y reconoceros por señor absoluto de mi albedrío. — Señora, » respondió el príncipe, « no sé si os chanceais; pero por lo que á mí toca, os declaro formalmente aquí ante vuestras hermanas que desde este momento acepto gustoso el ofrecimiento que me haceis, no para miraros como á esclava, sino como á mi dama y señora, sin que pretenda tener imperio alguno sobre vuestras acciones. » Mis hermanas se inmutaron á estas palabras, y noté desde entónces que no abrigaban para conmigo el mismo afecto que antes.

« Nos hallábamos en el golfo Pérsico muy cerca de Balsora, á donde confiaba que, soplando el viento, llegaríamos al dia siguiente. Durante la noche, cuando estaba durmiendo, mis

hermanas se valieron de la coyuntura para arrojarme al mar, como tambien al príncipe, quien vino luego á fenecer. Yo me sostuve algun tiempo sobre el agua, y por casualidad, ó mas bien, por milagro hallé fondo y me adelanté hácia la parte por donde me parecia divisar la tierra. Con efecto, llegué á una playa, y al amanecer conocí que estaba en un islote desierto, situado á veinte millas de Balsora. Pronto enjugué mi ropa al sol, y noté varias especies de frutas, y aun agua dulce, con lo cual tuve esperanza de que podria salvar mi vida.

« Estaba descansando á la sombra, cuando ví una serpiente con alas muy gruesas y largas que se adelantaba hácia mí jadeándose y sacando la lengua, lo cual me hizo comprender que padecia. Levantéme, y advirtiendo que la seguia otra serpiente mas gruesa, que la tenia asida por la cola y hacia esfuerzos para devorarla, me compadecí de ella, y en vez de huir, tuve valor para cojer una piedra que se hallaba casualmente cerca de mí, la tiré con toda mi fuerza á la serpiente gruesa, y dándole en la cabeza, se la aplasté. La otra, hallándose libre, desplegó al punto las alas y voló. La seguí mucho tiempo con la vista como animal muy peregrino, pero luego que desapareció, me senté á la sombra en otro paraje y me quedé dormida.

« Al despertarme, imajinaos cuál fué mi asombro viendo junto á mí una negra cuyas facciones eran despejadas y agradables, y que llevaba atadas dos perras del mismo color. Incorporéme y le pregunté quién era. « Soy, » me respondió, « la serpiente que hábeis librado no ha mucho de su cruel enemigo. He creido que el mejor modo de agradeceros el importante servicio que me habeis hecho, era obrando como acabo de hacerlo. He sabido la traicion de vuestras hermanas, y para vengaros, luego que he estado libre, gracias á vuestro jeneroso auxilio, he llamado á varias de mis compañeras, que son hadas como yo; hemos trasladado todo el cargamento de vuestro buque á vuestros almacenes de Bagdad, y despues lo hemos echado á pique. Estas dos perras negras son vuestras hermanas á quienes he trasformado así; pero este castigo no es bastante, y quiero que las trateis además del modo que os diré. »

« A estas palabras, la hada me estrechó con uno de sus brazos, y á las dos perras con el otro, y nos trasladó á Bagdad, en donde ví en mi almacen todas las preciosidades con que mi buque estaba cargado. Antes de marcharse, me entregó las dos perras y me dijo : « So pena de ser trasformada en perra como ellas, os mando, de parte de aquel que impera sobre los mares, que deis cada noche cien latigazos á cada una de vuestras hermanas, para castigarlas del crímen que cometieron contra vuestra persona y la del príncipe que ahogaron. » Tuve que prometerle que cumpliria su mandato (1).

« Desde entónces las he tratado todas las noches, á pesar mio, del modo que presenció vuestra majestad. Les manifiesto con mi llanto cuanto dolor y repugnancia siento al cumplir con tan cruel obligacion, y ya veis que en esto soy mas digna de compasion que de vituperio. Si hay algo que me concierna y de que deseeis quedar enterado, mi hermana Amina os lo comunicará al contaros su historia. »

Despues de haber escuchado á Zobeida con admiracion, el califa mandó á su gran visir que rogara á la amable Amina que esplicara porqué estaba tan plagada de cicatrices..... « Pero, señor, » dijo en este punto Cheherazada, « ya es de dia, y no debo detener mas á vuestra majestad. » Chahriar, persuadido de que la historia que Cheherazada tenia que referir contendria el desenlace de las anteriores, dijo para consigo : « Es preciso que tenga el gusto completo; » y se levantó determinado á dejar vivir aquel dia mas á la sultana.

(1) La historia de Zobeida tiene cierta semejanza con la del *Anciano* y los dos *perros negros*.



NOCHE LXVII.

Dinarzada, deseosa de oir la historia de Amina, habiéndose despertado antes del amanecer, dijo á la sultana : « Mi querida hermana, si no duermes, te ruego que me digas porqué la amable Amina tenia el pecho cubierto de cicatrices. — Desde luego, » respondió Cheherazada, « y para no perder tiempo, habeis de saber que Amina, vuelta al califa, empezó su historia en estos términos :

HISTORIA DE AMINA.

« Caudillo de los creyentes, para no repetir todo lo que vuestra majestad sabe ya por la narracion de mi hermana, os diré que mi madre habiendo tomado una casa para vivir privadamente despues de haber enviudado, me casó con uno de los mas ricos herederos de esta ciudad, entregándome en dote los bienes que mi padre me habia dejado.

« Aun no habia mediado el primer año de nuestro enlace, cuando enviudé, quedando dueña de todos los haberes de mi marido, que ascendian á noventa mil zequines. Los intereses de aquel dinero eran muy suficientes para mantenerme decorosamente ; sin embargo, pasados los seis primeros meses de luto, me mandé hacer diez trajes diferentes, de tanta magnificencia que costaban mil zequines cada uno, y al cabo del año empecé á llevarlos.

« Un dia que me hallaba sola entretenida en quehaceres caseros, vinieron á decirme que una dama queria hablarme. Mandé que la hiciesen entrar, y me hallé con una persona de edad avanzada, que me saludó besando la tierra y me dijo permaneciendo arrodillada : « Mi buena señora, os suplico que disculpeis la libertad que me tomo de importunaros; y me alienta al intento la confianza que tengo en vuestra caridad. Habeis de saber que tengo una hija huérfana que debe casarse hoy, que así ella como yo somos forasteras, y no tenemos conocimiento alguno en toda la ciudad : esto nos trastorna, porque quisiéramos dar á entender á la crecida familia con quien vamos á emparentar, que no somos unas desconocidas y tenemos algun valimiento. Por lo tanto, caritativa señora mia, si nos haceis el favor de honrar esta boda con vuestra presencia, os lo agradecerémos tanto mas en cuanto las damas de nuestro pais conocerán que no somos tenidas aquí por unas desdichadas, cuando sepan que una persona de vuestra categoría no ha tenido á mal concedernos esta fineza. Pero ¡ay de mí! si desechais mi ruego, ¡qué pesar será para nosotras! no sabemos á quién volvernos. »

« Estas palabras, que la pobre mujer acompañó con lágrimas, me movieron á compasion. « Mi buena madre, » le dije, « no os aflijais : estoy pronta á daros gusto. Decidme á dónde debo ir; solo os pido un rato para vestirme con algun aseo. » La vieja, arrebatada de alegría á esta respuesta, fué mas pronta en besarme los piés que yo en estorbárselo. « Mi caritativa señora, » replicó levantándose, « Dios os ha de premiar esa dignacion que teneis con vuestras criadas, y bañará vuestro corazon de satisfacciones, así como estais ahora colmando el nuestro. No es necesario que os tomeis tan pronto esa molestia ; bastará que vengais conmigo de noche á la hora que vuelva yo en busca vuestra. Adios, señora, » añadió, « hasta que logre la dicha de volveros á ver. »

« Luego que se marchó, me puse el vestido que mas me gustaba, con un collar de gruesas perlas, brazaletes, anillos y pendientes de diamantes finos y brillantes. Mis corazonadas me estaban arrebatando.

« Empezaba á anochecer, cuando la anciana llegó á mi casa con un aspecto que rebosaba complacencia. Me besó la mano y me dijo : « Mi querida señora, las parientas de mi yerno, que son las principales damas de la ciudad, están ya en casa. Podeis venir cuando querais, estoy pronta á serviros de guia. » Marchamos al punto ; ella abrió el camino, y yo la seguí con mi comitiva de esclavas vestidas con mucho aseo. Parámonos por una calle muy ancha recien bar-

rida y regada, á una gran puerta que alumbraba un farol, á cuya luz pude leer esta inscripcion, escrita en letras de oro, encima de la puerta: ***Esta es la perpetua morada de los deleites y el regocijo.*** La anciana llamó, y al punto abrieron.

«Lleváronme por un gran patio á una sala espaciosa, donde me salió al encuentro una dama jóven de belleza peregrina. Llegóse á mí, y despues de haberme besado y hecho sentar á su lado en un sofá, en el que habia un trono de madera preciosa engastado de diamantes, «Señora,» me dijo, «os han, hecho venir aquí para asistir á una boda; pero confio que la solemnidad ha de ser muy diversa de lo que os imajinais. Tengo un hermano, que es el mas hermoso y cabal de los hombres: está tan prendado por la descripcion que le han hecho de vuestra beldad, que su suerte está en vuestra mano, y que se dará por muy desventurado, si no os apiadais de él. Sabe el lugar que ocupais en el mundo, y puedo aseguraros que el suyo no desdice de vuestro enlace. Si mis ruegos, señora, tienen algun influjo sobre vos, los junto con los suyos y os suplico que no desecheis el ofrecimiento que os hace de tomaros por esposa.»

«Desde la muerte de mi marido, nunca habia tenido pensamientos de segundo matrimonio; pero no tuve ánimo para desairar á una persona tan hermosa. Luego que hube consentido, con un silencio acompañado del rubor que brotó por mi rostro, dió la beldad unas palmadas, y abriéndose al punto un gabinete, salió un jóven de continente tan majestuoso y agraciado, que me tuve por afortunada en haber hecho tan preciosa conquista. Sentóse á mi lado, y conocí, por la conversacion que tuvimos que su mérito sobrepujaba en gran manera á cuanto su hermana me habia dicho.

«Cuando vió que estábamos bien hallados uno con otro, dió otra vez algunas palmadas, y entró un cadí, que estendió nuestro contrato matrimonial, lo firmó é hizo firmar por cuatro testigos que habia traido consigo. Lo único que mi nuevo esposo requirió de mí, fué que no me dejaria ver, ni hablaria á ningun otro hombre, sino á él, y me juró que bajo esta condicion no tendria mas que motivos de satisfacion. Concluyóse nuestro matrimonio de este modo, siendo yo la primera dama de la boda á la que tan solo me habian convidado.

«Un mes despues de nuestro enlace, necesitando alguna tela, pedí permiso á mi marido para salir á comprarla. Concediómelo, y tomé para acompañarme á la anciana sobredicha, que era de la casa, y dos esclavas mias.

«Cuando estuvimos en la calle de los mercaderes, me dijo la anciana: «Mi buena ama, ya que buscais una tela de seda, voy á llevaros á casa de un jóven mercader conocido mio: las tiene de todas clases, y sin molestaros en andar de tienda en tienda, puedo aseguraros que hallaréis en su casa lo que en ninguna otra parte.» Me dejé llevar y entramos en la tienda de un mercader mozo y de buena traza. Me senté, y le mandé decir por la anciana que me enseñase las mas hermosas telas de seda que tuviese. Queria la conductora que yo misma se las pidiese; pero le dije que una de las condiciones de mi casamiento era no hablar á ningun hombre, sino á mi marido, y que no debia faltar á ella.

«El mercader me enseñó varias telas, y habiéndome gustado una, le mandé preguntar cuánto pedia por ella. Contestó á mi anciana: «No se la venderé por oro ni plata; pero se la regalaré, si me permite besarla.» Mandé á la misma que le dijera que era muy osado en proponerme semejante contrato; pero esta, en vez de obedecerme, me observó que lo que el mercader pedia era asunto de cortísima entidad; que no se trataba de hablar, y sí solo de presentar la mejilla, y que seria hecho en un momento. Era tan sumo mi afan por la tela, que incurrí en la torpeza de seguir su consejo. La anciana y las esclavas se pusieron delante para que no me vieran, y levanté el velo; pero el mercader, en vez de besarme, me mordió hasta sacarme sangre.

«Fué tal mi quebranto y estrañeza, que caí desmayada y permanecí bastante rato en aquel estado para dar al mercader el de cerrar su tienda y escaparse. Cuando volví en mí, me sentí la mejilla ensangrentada: la anciana y las esclavas se habian esmerado en cubrirme con el velo para que la jente que acudió no advirtiese nada y creyese que me habia dado un desmayo.»

Al acabar estas últimas palabras, Cheherazada advirtió que era de dia y calló. El sultan conceptuó por muy peregrino cuanto acababa de oir, y se levantó ansioso de saber la continuacion.

NOCHE LXVIII.

Despertóse Dinarzada antes de acabarse la noche siguiente y llamó á la sultana : « Hermana mia , si no duermes , » le dijo , « te ruego que prosigas la historia de Amina. — He aquí como prosiguió aquella dama , » respondió Cheherazada.

« La vieja que me acompañaba, sumamente apesadumbrada con aquel lance, procuró despejarme. « Mi buena ama, » me dijo, « os pido mil perdones, pues soy causa de tamaña desventura. Os he traido á casa de este mercader, porque es de mi païs, y nunca le hubiera creido capaz de tan gran maldad; pero no hay que desconsolarse; no perdamos tiempo y volvamos á casa; allí os daré un remedio que os curará tan perfectamente á los tres dias que no se conocerá la menor señal. Me hallaba tan débil de mi desmayo, que apenas podia andar. No obstante llegué á casa; pero volví á desmayarme al entrar en mi aposento. Sin embargo la anciana me aplicó su remedio, volví en mí, y me acosté.

« Llegada la noche, vino mi marido, y viéndome con la cabeza envuelta, me preguntó qué tenia. Respondíle que me dolian las sienes, confiando en que se daria por satisfecho; pero tomó una bujía, y viéndome malherida la mejilla, « ¿Cómo os han hecho esa herida? » me dijo. Aunque yo no era muy delincuente, no podia determinarme á confesarle el hecho, pues me parecia que era faltar al decoro hacer semejante confesion á un marido. Díjele que al ir á comprar la tela de seda, como me lo habia permitido, un leñador con un haz habia pasado tan cerca de mí en una calle muy angosta, que un palo me habia arañado el rostro; pero que no era asunto de cuidado.

« Encolerizóse mi marido. « Esa accion , » dijo, « no quedará impune. Mañana daré órden al jefe de la policía para que prenda á todos esos leñadores brutales y los mande ahorcar. » Temiendo ser causa de la muerte de tantos inocentes, le dije : « Señor, sentiria que se cometiese tan grande injusticia, y me creeria indigna de perdon, si hubiera causado semejante desgracia. — Decidme pues sinceramente, » replicó mi marido, « qué es lo que debo pensar de esa herida. »

« Repuse que me la habia hecho inadvertidamente un vendedor de escobas montado en un asno; que venia detrás de mí mirando hácia otro lado, y que el asno me habia empujado con tanta violencia, que habia caido y dado con el rostro sobre un pedazo de vidrio. « Si es así,» dijo mi marido, « no saldrá mañana el sol sin que el visir Jiafar sepa esta insolencia y mandará dar muerte á todos esos escoberos. — Por Dios, señor, » interrumpí, « os ruego que los perdoneis, pues no son culpables. — ¡ Cómo, señora ! » me dijo, « ¿á qué he de atenerme? Hablad, quiero oir de vuestra boca la verdad. — Señor, » le respondí; « me ha dado un vahido y he caido : este es el hecho. »

« A estas últimas palabras, mi esposo perdió la paciencia. « Demasiado he escuchado vuestras mentiras, » esclamó, y dando una palmada, entraron tres esclavos. « Sacadla fuera de la cama, » les dijo, « y tendedla en el suelo. » Los esclavos ejecutaron su órden, y como uno me tenia asida por la cabeza y otro por los piés, mandó al tercero que fuese á buscar un sable, y cuando lo hubo traido, « Hiere, » le dijo; « córtale el cuerpo en dos y vete á echarlo al Tígris. Que sirva de pasto á los peces : este es el castigo á que condeno á las personas á quienes he dado mi corazon y faltan á su fe. » Como vió que el esclavo no se apresuraba á obedecerle, « Hiere, » prosiguió , « ¿porqué te detienes? ¿qué aguardas?

— « Señora , » me dijo entónces el esclavo , « tocais á los últimos momentos de vuestra vida : ved si quereis disponer algo antes de morir. » Pedí permiso para decir una palabra y se me concedió. Levanté la cabeza, y mirando tiernamente á mi esposo, « ¡ Ay de mi ! » le dije , « ¡ á qué estado me veo reducida ! preciso es pues que muera en mis mas lozanos años. » Queria proseguir, pero las lágrimas y suspiros

me lo impidieron. Esto no conmovió á mi esposo; al contrario, me hizo reconvenciones á las que hubiera sido superfluo replicar. Acudí á súplicas; pero no las escuchó y mandó al esclavo que cumpliese con su deber. En aquel momento la anciana, que habia sido ama de cria de mi esposo, entró y arrojándose á sus piés para desenojarle, « Hijo mio, » le dijo, « en premio de haberos criado, os suplico que me concedais su gracia. Considerad que quien mata padece la muerte, y que vais á mancillar vuestra reputacion y perder el aprecio de los hombres. ¿Qué dirán de tan sangriento enojo? » Pronunció estas palabras con tono tan conmovido, y las acompañó de tantas lágrimas, que encarnaron en el ánimo de mi esposo



« Bien, » dijo á su nodriza, « le concedo la vida por amor vuestro; pero quiero que conserve señales que le recuerden su delito. » A estas palabras, un esclavo me dió por órden suya con toda su fuerza en los costados y el pecho tantos golpes con un junco flexible que levantaba el pellejo y la carne, que perdí el sentido. Despues me mandó llevar por los mismos esclavos, ministros de sus iras, á una casa en donde la anciana me estuvo asistiendo esmeradamente. Guardé cama cuatro meses, y al fin curé; pero desde entónces me quedaron, á pesar mio, las cicatrices que visteis ayer. Luego que estuve en estado de andar y salir, quise volver á casa de mi primer marido, pero no hallé mas que el sitio. Mi segundo esposo, en el arrebato de su cólera, no se habia contentado con derribarla, pues habia mandado arrasar toda la calle en que estaba situada. Esta violencia era sin duda inaudita, pero ¿contra quién me hubiera quejado? El autor de ella habia tomado sus medidas para ocultarse, y no he podido conocerle. Además, aun cuando lo hubiese conocido, ¿me hubiera atrevido á quejarme del tratamiento que usaba conmigo, cuando veia que procedia de una potestad absoluta?

« Desconsolada y falta de todo, recurrí á mi querida hermana Zobeida, que acaba de referir su historia á vuestra majestad, y le conté mi desgracia. Acojióme con su bondad acostumbrada

y me exhortó á sobrellevarla con paciencia. « He aquí, » me dijo, « lo que es el mundo; nos arrebata comunmente bienes, amigos y amantes, y á veces todo junto. » Al mismo tiempo, en prueba de lo que me decia, me contó la pérdida del jóven príncipe ocasionada por los zelos de sus dos hermanas. Despues me dijo de que modo habian sido trasformadas en perras, y finalmente tras de haberme dado mil testimonios de amistad, me presentó á mi hermana menor, que se habia retirado á su casa despues de la muerte de nuestra madre.

« Dando gracias á Dios por vernos las tres juntas, determinamos vivir libres sin separarnos jamás. Hace tiempo que llevamos esta vida sosegada, y como estoy encargada del gasto de la casa, me entretengo en ir yo misma á comprar las provisiones que necesitamós. Ayer salí en busca de algunas y las hice traer por un mandadero, hombre jovial que detuvimos para divertirnos. Al caer la noche, llegaron tres calendos y nos suplicaron que los acojiésemos hasta el dia siguiente. Admitímoslos bajo una condicion que aceptaron, y despues de haberlos hecho sentar á nuestra mesa, nos regalaban con un concierto á estilo suyo, cuando oímos llamar á la puerta. Eran tres mercaderes de Musul de muy buena traza, que nos pidieron el mismo favor que los calendos, y se lo concedimos bajo igual condicion; pero ni unos ni otros la cumplieron. No obstante, aunque estuviésemos en estado y con derecho de castigarlos, nos contentamos con exijirles la narracion de sus historias, reduciendo nuestra venganza á despedirlos, privándolos del hospedaje que nos habian pedido. »

El califa Harun Alraschid se alegró mucho de de saber lo que deseaba, y manifestó públicamente la admiracion que le causaba todo lo que acababa de oir... « Pero, señor, » dijo al llegar aquí Cheherazada, « ya empieza á asomar el dia, y no puedo referir á vuestra majestad lo que hizo el califa para terminar el encanto de las dos perras negras. » Chahriar, juzgando que la sultana concluiria la noche siguiente la historia de las cinco damas y de los tres calendos, se levantó y le dejó la vida hasta el dia siguiente.

NOCHE LXIX.

« Por Dios, hermana mia, » esclamó Dinarzada antes del dia, « si no duermes, te ruego que nos cuentes cómo las dos perras negras recobraron su primera forma y lo que se hicieron los tres calendos. — Voy á satisfacer vuestra curiosidad, » respondió Cheherazada, y vuelta á Chahriar, prosiguió en estos términos :

Señor, luego que el califa hubo satisfecho su curiosidad, quiso dar pruebas de su grandeza y jenerosidad á los tres calendos y estender tambien á las damas los derrames de su munificencia. Dijo él mismo á Zobeida, sin valerse del ministerio del gran visir : « Señora, ¿ esa hada que se os apareció en forma de serpiente y os impuso tan riguroso precepto, no os dijo su morada ó no os prometió volveros á ver y restituir las dos perras á su primer estado ?

— « Caudillo de los creyentes, » respondió Zobeida, « me olvidé decir á vuestra majestad que la hada me entregó un paquetito de cabello, diciéndome que algun dia necesitaria de su presencia, y que con tal que quemase dos pelos de su cabello, acudiria al punto, aun cuando estuviera allende el Cáucaso. — Señora, » repuso el califa, « ¿en dónde están esos cabellos? » Y respondiendo Zobeida que desde entónces habia tenido sumo esmero en llevarlos siempre consigo, los sacó, y entreabriendo un poco la celosía que la ocultaba, se los enseñó. « Bien, » repuso el califa, « hagamos venir la hada: no pudierais llamarla en ocasion mas oportuna, ya que yo lo deseo.

Zobeida consintió en ello, trajeron fuego y puso encima todo el paquetito de cabello, y al punto el palacio se estremeció, y la hada se presentó delante del califa bajo la forma de una dama ricamente vestida. « Caudillo de los creyentes, » dijo á este príncipe, « aquí estoy pronta á escuchar vuestros mandatos. La dama que acaba de llamarme por órden vuestra me ha

hecho un servicio importante, y en prueba de mi reconocimiento la he vengado de la perfidia de sus hermanas traformándolas en perras; pero si vuestra majestad lo desea, voy á restituirlas á su forma natural. »

— « Hermosa hada, » le respondió el califa, « no podeis darme mayor gusto: perdonadlas, y luego buscaré medios para consolarlas de tan crudo castigo; pero antes tengo una súplica que hacer á favor de la dama tan cruelmente maltratada por un marido desconocido. Como sabeis tantísimas interioridades, de creer es que no ignorais esta: hacedme el favor de nombrarme el bárbaro que no se ha contentado con ejercer sobre ella tan gran crueldad, sino que además le ha arrebatado injustamente los bienes que le pertenecian. Me pasma el que una accion tan injusta é inhumana no haya llegado á mis oidos.

— « Para dar gusto á vuestra majestad, » replicó la hada, « restituiré á las dos perras su primera forma, curaré á la dama de sus cicatrices, de modo que no se conocerá que haya estado herida, y luego os nombraré al que así la maltrató. »

El califa envió por las dos perras á casa de Zobeida, y cuando las hubieron traido, presentaron una taza llena de agua á la hada, que la habia pedido. Pronunció sobre ella algunas palabras, que nadie entendió, y roció à Amina y á las dos perras, que se trasformaron en dos damas de peregrina belleza, desapareciendo tambien las cicatrices de Amina. Entónces la hada dijo al califa: « Caudillo de los creyentes, ahora falta descubriros quien es el esposo desconocido que buscais: os toca muy de cerca, pues es el príncipe Amin (1), vuestro hijo mayor, hermano del príncipe Mamun (2). Habiéndose enamorado de esta dama por la relacion que le hicieron de su hermosura, halló un pretesto para traerla á su casa y se casó con ella. Por lo que toca á los golpes que le mandó dar, es disculpable en cierto modo, pues la dama su esposa habia obrado con alguna lijereza, y las disculpas que le dió eran propias para hacer creer que habia cometido mayor desliz. Esto es cuanto puedo decir para satisfacer vuestra curiosidad. » Al terminar estas palabras, saludó al califa y desapareció,

Aquel príncipe, lleno de admiracion y contento de las variaciones que acababan de suceder por su medio, hizo acciones de que se hablará eternamente. En primer lugar, mandó llamar al príncipe Amin, su hijo, le dijo que sabia su casamiento secreto y le informó de la causa de la herida de Amina. El príncipe no aguardó que su padre le hablara de volverla á tomar, y al punto la admitió como á esposa.

Luego el califa declaró que daba su corazon y su mano á Zobeida, y propuso las otras tres hermanas á los tres calendos hijos de reyes, quienes las aceptaron por esposas con mucho reconocimiento. El califa les señaló á cada uno un magnífico palacio en Bagdad; los colocó en los principales destinos de su imperio y los admitió en sus consejos. El primer cadí de Bagdad, llamado con testigos, estendió los contratos matrimoniales, y el famoso califa Harun Alraschid mereció las bendiciones de todos por haber labrado la dicha de tantas personas que habian esperimentado desgracias inauditas.

Aun no era de dia cuando Cheherazada concluyó esta historia, tantas veces interrumpida y proseguida. Esto le dió lugar á empezar otra, y así dijo, dirijiendo la palabra al sultan:

HISTORIA DE LAS TRES MANZANAS.

Señor, ya tuve el honor de hablar á vuestra majestad de una salida que el califa Harun Alraschid hizo una noche de su palacio; y es menester que os refiera otra. Un dia aquel príncipe avisó al gran visir Jiafar para que se hallara en palacio la noche siguiente. « Visir, » le dijo, « quiero dar una vuelta por la ciudad y saber lo que se dice, y sobre todo enterarme de si están ó no contentos de los oficiales encargados de administrar justicia. Si hay alguno de quien haya motivo de queja, lo depondrémos y sustituirémos con otro que cumpla mejor con sus obligaciones. Si al contrario los hay dignos de elojio, guardarémos con ellos los miramientos que merecen. » El gran visir se presentó en palacio á la hora señalada: el califa, él y Mesrur, jefe de los eunucos, se disfrazaron para no ser conocidos, y salieron los tres juntos.

Pasaron por varias plazas y mercados, y al entrar en una callejuela, vieron, á la claridad de la luna, un anciano con barba cana, de estatura aventajada y que llevaba unas redes sobre la cabeza; asia con una mano un cesto de hojas de palmera y un palo nudoso. « Al parecer este

(1) Amin sucedió á su padre Harun Alraschid en el año 193 de la héjira (809 de J. C.). Apenas subió al trono, cuando se entregó sin freno á sus pasiones dominantes, esto es, el vino y las mujeres, y cometió actos desatinados que indicaban incapacidad. Fué asesinado por órden de los encerrales de su hermano Mamun. Tenia veinte y ocho años y habia reinado cinco.

(2) Mamun, uno de los mas célebres califas de la dinastía de los Abasides, sucedió, en el año 198 de la héjira (813 de J. C.), á su hermano Amin, y ocupó el trono mas de veinte años. Falleció en el año 218 de la héjira (833 de J. C.), á los cuarenta y ocho años de edad.

anciano está menesteroso,» dijo el califa, «acerquémonos y preguntémosle cuál es su suerte. — Buen hombre, » le dijo el visir, «¿quién eres? — Señor, » le respondió el anciano, «soy pescador; pero el mas escaso y desdichado de mi profesion. He salido de casa á pescar á las doce del dia, y desde entónces hasta ahora ni siquiera he cojido un pez. Sin embargo tengo esposa é hijos menores, y no me queda arbitrio para mantenerlos.»

El califa, movido á compasion, dijo al pescador: «¿Tendrias ánimo para volver atrás y echar las redes una sola vez? Te darémos cien zequines por lo que saques.» A esta propuesta, el pescador olvidó el cansancio del dia, cojió al califa la palabra y volvió hácia el Tígris con él, Jiafar y Mesrur, diciendo para consigo: «Estos señores parecen muy honrados y discretos para que no me gratifiquen de mi trabajo, y aun cuando no me dieran mas que la centésima parte de lo que me prometen, seria mucho para mí.»



Llegaron á la orilla del Tígris; el pescador echó las redes, y habiéndolas tirado, sacó un cofre muy cerrado y pesadísimo. El califa mandó al punto al gran visir que le contara cien zequines y le despidió. Mesrur se echó al hombro el cofre por órden de su amo, que volvió prontamente á palacio, ansioso de saber lo que habia dentro. Allí abrieron el cofre, y hallaron un gran cesto de hojas de palmera cerrado y cosido con hilo de lana encarnada. Para satisfacer la impaciencia del califa, no se tomaron la molestia de descoserlo, cortaron prontamente el hilo con un cuchillo y sacaron del cesto un lio envuelto en una mala alfombra y atado con cuerdas. Desatadas estas y desenvuelto el lio, se horrorizaron con la vista de un cuerpo de mujer, mas blanco que la nieve y sajado á trozos. Aquí llegaba Cheherazada, cuando dejó de hablar advirtiendo que era de dia. La noche siguiente, volvió á proseguir de este modo:

NOCHE LXX.

Señor, vuestra majestad conceptuará mejor de lo que yo puedo espresarle, cuál fué el asombro del califa con espectáculo tan pavoroso. Pero su pasmo hizo lugar á su ira, y echando al visir miradas enfurecidas, « ¡ Ah desastrado ! » le dijo, « ¿ así estás zelando las acciones de mis pueblos ? ¡ Se están cometiendo á mansalva en tu ministerio asesinatos en mi capital, y arrojan á mis súbditos al Tígris para que clamen allá venganza contra mí el dia del juicio final ! Si no vengas prontamente la muerte de esta mujer con el suplicio de su asesino, juro por el sagrado nombre de Dios que te mandaré ahorcar con cuarenta de tus parientes. — Caudillo de los creyentes, » le dijo el visir, « ruego á vuestra majestad que me conceda algun tiempo para hacer mis pesquisas. — Te doy tres dias, » repuso el califa; « recapacita bien lo que haces. »

El visir Jiafar se retiró á su casa confuso y apesadumbrado. « ¡ Ay de mí ! » decia, « ¿ cómo podré yo hallar al asesino en una ciudad tan populosa como Bagdad, cuando probablemente habrá cometido este crímen sin testigos, y quizá ya está fuera de la poblacion ? Otro en mi lugar sacaria de la cárcel á un desdichado y le mandaria dar muerte para contestar al califa ; pero yo no quiero tiznar mi conciencia con este delito, y prefiero morir á salvarme á tales condiciones. »

Mandó á los oficiales de policía y justicia que estaban á sus órdenes que hicieran una pesquisa esmerada del reo. Estos pusieron en movimiento á su jente, y aun salieron ellos mismos, creyéndose tan interesados como el visir en aquel asunto; pero todos sus afanes fueron infructuosos, y por grande que fuese su dilijencia, no lograron descubrir al autor del asesinato, y el visir juzgó que, á no ser por un favor del cielo, estaba perdido.

Con efecto, cumplidos los tres dias, llegó un ujier á casa del desgraciado ministro y le intimó que le siguiera. Obedeció este, y el califa le preguntó donde estaba el asesino. « Caudillo de los creyentes, » le respondió Jiafar, todo lloroso, « nadie ha podido darme la menor noticia. » El califa le reconvino con mucho enojo y mandó que le ahorcaran delante de la puerta de palacio, y con él á cuarenta de los Barmecidas (1).

Mientras estaban levantando las horcas y prendian en sus casas á los cuarenta Barmecidas, un pregonero recorrió por órden del califa todos los barrios de la ciudad gritando : « El que quiera tener el gusto de ver ahorcar al gran visir Jiafar y cuarenta Barmecidas sus parientes, acuda á la plaza que está delante de palacio. »

Cuando estuvo ya todo dispuesto, el juez criminal y gran número de guardias de palacio trajeron al gran visir con los cuarenta Barmecidas, los colocaron cada uno al pié de la horca que les estaba destinada, y les pasaron al rededor del cuello el dogal correspondiente. El pueblo, que se agolpaba en la plaza, no pudo presenciar tan lastimoso espectáculo sin amargura y sin derramar lágrimas; porque el gran visir Jiafar y los Barmecidas estaban bien quistos por su honradez, jenerosidad y desinterés, no solo en Bagdad, sino tambien en todo el imperio del califa.

Nada podia estorbar la ejecucion de la órden de aquel príncipe adusto en demasía, é iban á quitar la vida á los hombres mas honrados de la ciudad, cuando un jóven de agradable aspecto y bien vestido atravesó la muchedumbre, se llegó al visir, y despues de haberle besado la mano, « Soberano visir, » le dijo, « caudillo de los emires de esta corte, refujio de los pobres, no sois reo del crímen por que os traen aquí. Retiraos y dejadme purgar la muerte de la dama

(1) La familia de los Barmecidas, de la que Jiafar, ministro de Harun, es uno de los mas célebres individuos, se granjeó en el Oriente por sus riquezas y jenerosidad una nombradía, que ha aumentado la terrible catástrofe que puso término á tanta prosperidad. Los Barmecidas, ó mejor dicho, los Barmekidas, eran naturales de Balk y de ilustre cuna. Esta gran catástrofe ocurrió el 1.º de safar 187 (29 de enero de 803); Jiafar fué degollado, é inmediatamente se dió órden para prender á su padre y hermanos con sus familias, y fueron enviados á Rahka en la Mesopotamia, donde terminaron sus dias en el cautiverio.

arrojada al Tígris. Yo soy su asesino y merezco ser castigado. »

Aunque esta arenga causase suma alegría al visir, no por eso dejó de apiadarse del jóven, cuya fisonomía, en vez de ser aciaga, tenia sumo aliciente, é iba á responderle, cuando un hombre alto y de edad avanzada se abrió paso por medio del concurso, y acercándose al visir, le dijo: « Señor, no deis crédito á lo que os está diciendo ese jóven : yo fuí el que maté á la dama hallada en el cofre, y sobre mí solo debe recaer el castigo. En nombre de Dios os ruego que no castigueis al inocente por el culpado. —Señor, » repuso el jóven encarándose con el visir, « os juro que yo fuí el que cometí esa maldad, y que nadie en el mundo fué cómplice en ella. — Hijo mio, » interrumpió el anciano, « la desesperacion os ha traido aquí y quereis anticipar vuestro destino ; en cuanto á mí, hace tiempo que estoy en el mundo y debo no tenerle ya apego. Dejadme pues sacrificar mi vida por la vuestra. Señor, » añadió volviéndose al visir, « os repito de nuevo que yo soy el asesino; mandadme dar muerte sin tardanza. »

La pugna entre el anciano y el jóven obligó al visir Jiafar á llevarlos á entrambos ante el califa, con el beneplácito del juez criminal, que se complacia en favorecerle. Cuando estuvo en la presencia de aquel príncipe, besó siete veces el suelo y habló de este modo : « Caudillo de los creyentes, traigo á vuestra majestad este anciano y este jóven, que se culpan cada cual del asesinato de la dama. » Entónces el califa preguntó á los delincuentes cuál de los dos habia asesinado tan cruelmente á la dama y la habia arrojado al Tígris. El jóven aseguró que era él; pero el anciano sostenia por su parte lo contrario. « Llevadlos, » dijo el califa al gran visir, « y que los ahorquen á entrambos. — Pero, señor, » dijo el visir, « si uno solo es delincuente, fuera injusto matar al otro. »

A estas palabras, el jóven prosiguió : « Juro por el Dios todopoderoso que ha levantado los cielos á la altura en que se hallan, que yo fuí el que maté la dama á pedazos y la arrojé al Tígris cuatro dias atrás. No quiero participar con los justos del dia del juicio final, si lo que digo no es cierto. Así yo soy el que debo ser castigado.»

El califa quedó atónito con aquel juramento, y le dió tanto mas crédito cuanto el anciano nada replicó, y por lo tanto encarándose con el jóven, « Desastrado, » le dijo, « ¿por qué motivo cometiste un crímen tan horroroso? ¿Y qué motivo puedes tener para haberte presentado á recibir la muerte? — Caudillo de los creyentes, » respondió, « si se escribiera todo lo que ha ocurrido entre esa dama y yo, seria una historia que pudiera ser utilísima á los hombres. — Refiérela pues, » replicó el califa, « yo te lo mando. » El jóven obedeció y empezó así su narracion.....

Cheherazada queria proseguir, pero hubo de suspender aquella historia hasta lo noche siguiente.

NOCHE LXXI.

Chahriar se anticipó á la sultana y le preguntó lo que el jóven habia referido al califa Harun Alraschid. Cheherazada tomó la palabra y habló en estos términos :

HISTORIA DE LA DAMA ASESINADA Y DEL JOVEN, SU MARIDO.

« Caudillo de los creyentes, ha de saber vuestra majestad que la dama asesinada era mi esposa, hija de este anciano, que es mi tio paterno. Apenas habia cumplido doce años, cuando me la dió en matrimonio, y desde entónces han mediado otros once. Tuve de ella tres hijos, que están vivos, y debo hacerle la justicia de que nunca me dió el menor disgusto, pues era juiciosa, de buenas costumbres y cifraba todo su afan en complacerme. Por mi parte, yo la amaba mucho y me anticipaba á todos sus deseos, muy lejos de contradecirlos.

« Hace dos meses cayó enferma ; la asistí con cuanto esmero cupo en mi cariño, echando el

resto para proporcionarle prontísima curacion. Al cabo de un mes empezó á hallarse mejor y quiso ir al baño. Antes de salir de casa, me dijo : «Primo (porque siempre me llamaba así), tengo deseo de comer manzanas, y me darias mucho gusto, si pudieras proporcionarme alguna; hace tiempo que tenia este antojo, y te confieso que ha llegado á ser tan vehemente, que temo me suceda alguna desgracia, si no queda pronto satisfecho. — Haré cuanto pueda para complacerte, » le respondí.

« Al punto fuí en busca de manzanas á todas las plazas y tiendas, pero no pude hallar una sola, aunque ofrecia por ella un zequí. Volví á casa, desazonado de haber tomado inútilmente tanta molestia, y en cuanto á mi esposa, cuando volvió del baño y no vió las manzanas, sintió un pesar que no la dejó dormir en toda la noche. Madrugué y anduve todos los huertos; pero con tan poco éxito como el dia anterior. Encontré únicamente á un labrador anciano, quien me dijo que por mucha molestia que me diese, no las hallaria sino en el huerto de vuestra majestad en Balsora.

« Como yo amaba entrañablemente á mi mujer y no queria culparme de no echar el resto en complacerla, tomé un traje de viajero, y despues de haberla enterado de mi intento, marché á Balsora. Dime tanta priesa, que estuve de vuelta á los quince dias y traje manzanas que me habian costado un zequí cada una. Eran las únicas que habia en el huerto, y el hortelano no habia querido dármelas mas baratas. Al llegar se las presenté á mi esposa ; pero me hallé con que ya se le habia pasado el antojo; así que se contentó con recibirlas y ponerlas junto á sí. Continuaba sin embargo enferma, y no sabia qué remedio aplicar á su dolencia.

« A pocos dias de mi llegada, hallándome sentado en mi tienda en el paraje público en donde se venden toda clase de ricas telas, vi entrar un gran esclavo negro de muy mala catadura, que llevaba en la mano una manzana que conocí ser una de las que yo habia traido de Balsora. No podia dudarlo, porque sabia que no habia ninguna en Bagdad ni en todos los huertos de los alrededores. Llamé al esclavo. « Buen esclavo,» le dije, « infórmame en dónde has cojido esa manzana. — Es un regalo que me ha hecho mi querida, » respondió sonriéndose. « Hoy fuí á verla y la hallé algo enferma. Vi que tenia allí tres manzanas, y le pregunté de donde se las habia ajenciado, y me respondió que su bonazo de marido habia emprendido un viaje de quince dias solo para írselas á buscar, y que se las habia traido. Cenamos juntos, y al marcharme he cargado con esta. »

« Semejante especie me causó un trastorno indecible. Me levanté, y despues de haber cerrado la tienda, corrí ansioso á mi casa y subí al aposento de mi mujer. Miré al pronto si estaban las tres manzanas, y no viendo mas que dos, pregunté qué se habia hecho de la otra. Entónces mi mujer, volviendo la cabeza hácia donde estaban las manzanas, y no viendo sino dos, me contestó con despego : « Primo, yo no sé lo que se habrá hecho. » A semejante respuesta creí desde luego que era cierto lo que me habia dicho el esclavo, y arrebatado de zelos, desenvainé un cuchillo que llevaba en la cintura, y lo clavé en la garganta de aquella desdichada. Luego le corté la cabeza, la descuarticé y formé un lio que oculté en un cesto, y despues de haberlo cosido con hilo de lana encarnada, lo encerré en un cofre que me eché al hombro despues de anochecido y lo arrojé al Tígris.

« Mis dos hijos menores estaban ya acostados y dormian, y el tercero estaba fuera : á la vuelta le hallé sentado junto á la puerta y llorando amargamente. Preguntéle la causa de su llanto. « Padre, » me dijo, « esta mañana le tomé á madre, sin que lo advirtiera, una de las tres manzanas que le trajisteis. La he guardado mucho rato, pero cuando estaba jugando en la calle con mis hermanos, un esclavo alto que pasaba me la ha quitado, y llevándosela, he corrido tras él pidiéndosela mil veces, pero por mas que le dije que era de mi madre que estaba enferma y que vos habiais hecho un viaje de quince dias en su busca, no ha querido devolvérmela, y como yo le seguia clamando, se ha vuelto, me ha cascado, y luego ha echado á correr por varias calles estraviadas, de modo que le he perdido de vista. Desde entónces he ido á pasearme fuera de la ciudad aguardando que volvieseis para rogaros, padre, que no le digais nada á madre, por temor de que esto empeore su dolencia. » Al acabar estas palabras, se puso á llorar de nuevo.

« La declaracion injenua de mi hijo me causó una afliccion indecible. Conocí entónces lo sumo de mi maldad, y me arrepentí, pero demasiado tarde, de haber dado crédito á las imposturas de aquel desastrado esclavo, quien habia fraguado, sobre lo que le habia dicho mi hijo, la funesta fábula que yo habia tenido por una verdad. Mi tio, que está aquí presente, llegó en aquel momento; venia á ver á su hija ; pero en lugar de hallarla con vida, vino á saber por mí que ya no existia, porque no le disfracé na-

da, y sin aguardar que me condenara, me declaré el mas criminal de todos los hombres. Sin embargo, en vez de hacerme justas reconvenciones, juntó sus lágrimas con las mias y estuvimos llorando al par tres dias continuos; él la pérdida de una hija que siempre habia amado entrañablemente, y yo la de una mujer que estaba idolatrando, y de que me habia privado por un término tan cruel y dando crédito con sobrada liviandad á las mentiras de un esclavo.

« Esta es, caudillo de los creyentes, la sincera confesion que vuestra majestad ha exijido de mí. Ya sabeis todas las circunstancias de mi crímen, y os ruego humildemente que dispongais mi castigo. Por riguroso que sea, no me quejaré de él, y lo graduaré de muy benigno. « El califa quedó atónito.....

Al pronunciar estas palabras, Cheherazada vió asomar el dia, y dejó de hablar; pero la noche siguiente prosiguió así su narracion :

NOCHE LXXII.

Señor, el califa se quedó absorto con lo que el jóven acababa de contarle; pero aquel príncipe justiciero, juzgando que era mas digno de compasion que delincuente, abogó por él. « La accion de este jóven, » dijo, « es disculpable ante Dios y tolerable entre los hombres. El pícaro esclavo es el único causador de este asesinato, y él debe ser castigado. Por lo tanto, » añadió encarándose con el gran visir, « te doy tres dias para buscarlo, y si al cabo de ellos, no me lo traes, sufrirás la muerte en su lugar.»

El desgraciado Jiafar, que se habia creido fuera de peligro, quedó aterrado con esta nueva órden del califa ; pero como no se atrevia á replicar al príncipe cuyo jenio conocia, se alejó de su presencia y se retiró á su casa bañados los ojos de lágrimas, persuadido de que solo le quedaban tres dias de vida. Estaba tan convencido de que no hallaria al esclavo, que no hizo la mas mínima pesquisa. « Es imposible, » decia, « que en una ciudad como Bagdad, en donde hay un sinnúmero de esclavos negros, encuentre al buscado. A menos que Dios me lo dé á conocer como me descubrió al asesino, nada puede salvarme. »

Pasó los dos primeros dias inconsolable con su familia, que lloraba al rededor de él, quejándose de la severidad del califa, y habiendo llegado el tercero, se dispuso para morir con entereza como un ministro íntegro que nada tenia que echarse en cara. Mandó llamar cadíes y testigos, que firmaron el testamento hecho en su presencia, y despues abrazó á su mujer é hijos y les dió el postrer adios. Toda su familia se deshacia en llanto formando una escena sumamente trájica. Al fin llegó un palaciego, quien le dijo que el sultan se empeñaba mas y mas en saber noticias suyas y del esclavo negro que le habia mandado pesquisar. « Tengo órden, » añadió, « de llevaros ante su solio. » El visir aflijido se disponia á seguirle, pero cuando iba á salir, le trajeron la menor de sus hijas, que podia tener cinco ó seis años. Las mujeres que la cuidaban venian á presentársela á su padre para que la viera por última vez.

Como la queria entrañablemente, pidió al palaciego que se detuviera un momento, y acercándose á su hija, la tomó en brazos y besó repetidas veces. Al besarla advirtió que tenia en el pecho un bultito que despedia olor. « Hija mia, » le dijo, « qué traes en el pecho? — Querido padre, » le respondió, « es una manzana sobre la cual está escrito el nombre del califa nuestro señor y amo. Nuestro esclavo Rian me la vendió en dos zequines. »

Al oir las palabras manzana y esclavo, el gran visir Jiafar prorumpió en un alarido de asombro con raptos de júbilo, y metiendo al punto la mano en el pecho de su hija, sacó la manzana. Mandó llamar al esclavo, que no estaba lejos, se encaró con él y le dijo : « Bribon, ¿ en dónde cojiste esta manzana? — Señor, » respondió el esclavo, « os juro que no la he robado en vuestra casa ni en el huerto del califa. El otro dia

al pasar por una calle junto á unos niños que jugaban, vi que uno la tenia en la mano, se la quité y me la llevé. El niño vino corriendo detrás de mí diciéndome que la manzana no era suya, sino de su madre que estaba enferma; que su padre habia emprendido un largo viaje por satisfacer el deseo que tenia, y habia traido tres, y que aquella era una de tantas que le habia quitado á su madre sin que lo advirtiera. Por mas que me rogó que se la volviera, no quise hacerlo; la traje á casa y la vendí por dos zequines á vuestra hija menor. Esto es cuanto tengo que deciros. »

Jiafar estaba atónito, sin alcanzar cómo la bellaquería de un esclavo habia sido causa de la muerte de una mujer inocente y casi de la suya. Llevó consigo al esclavo, y cuando estuvo delante del califa, le hizo á este príncipe una puntual narracion de lo ocurrido.

Indecible fué la estrañeza del califa, y no pudo contenerse prorumpiendo en carcajadas. Al fin recobró un aspecto grave, y le dijo al visir que ya que su esclavo habia causado semejante desman, merecia un castigo ejemplar. « Convengo en ello, señor, » respondió el visir, « pero su crímen no es irremisible. Sé una historia todavía mas peregrina de un visir del Cairo, llamado Nuredin (1) Alí, y de Bedredin (2) Hasan de Balsora. Como vuestra majestad se deleita en oir otras parecidas, estoy pronto á referírsela bajo el concepto de que si se le hace mas preciosa que la recien sucedida, indultaréis á mi esclavo. — Consiento en ello, » replicó el califa; « pero os empeñais en una ardua empresa, y no creo que podais salvar á vuestro esclavo, porque la historia de las manzanas es muy estraña. » Jiafar tomó entónces la palabra y empezó su narracion en estos términos;

HISTORIA DE NUREDIN ALI Y BEDREDIN HASAN.

« Caudillo de los creyentes, habia en otro tiempo en Ejipto un sultan sumamente justiciero, y al propio tiempo benéfico, misericordioso, desprendido y cuyo valor causaba grandísimo respeto á sus vecinos. Amaba á los pobres y apadrinaba á los sabios encumbrándolos á los primeros cargos del estado. El visir de aquel sultan era varon cuerdo, instruido, perspicaz y consumado en todas las ciencias. Este ministro tenia dos hijos muy hermosos y que seguian entrambos sus propias huellas: el mayor se llamaba

(1) Nuredin significa en árabe luz de la relijion.
(2) Bedredin significa la luna llena de la relijion.

Chemsedin (1) Mohamed (2), y el menor Nuredin Alí. Este segundo atesoraba principalmente cuantas prendas son dables en el hombre. Muerto el visir su padre, el sultan envió por ellos, y habiendo mandado que los revistiesen con una túnica de visir, « Siento en el alma, » les dijo, « la pérdida que acabais de tener. Me causa tanto desconsuelo como á vosotros mismos, y para manifestaros mi aprecio, ya que vivis juntos y estais perfectamente hermanados, os revisto á entrambos con la misma dignidad. Id, é imitad á vuestro padre. »

« Los dos nuevos visires dieron gracias al sultan por su dignacion, y se retiraron á su casa, en donde atendieron á las exequias del padre. Al cabo de un mes hicieron su primera salida y fueron al consejo del sultan; y desde entónces continuaron asistiendo puntualmente los dias que se juntaba. Siempre que el sultan iba á cazar, uno de los dos hermanos le acompañaba y lograban alternativamente aquella distincion. Un dia que conversaban despues de cenar sobre diferentes asuntos, la víspera de una cacería en que el mayor debia acompañar al sultan, aquel jóven dijo á su segundo: « Hermano mio, ya que todavía no nos hemos casado y vivimos tan unidos, me ocurre una especie: casémonos entrambos en un mismo dia con dos hermanas escojidas en cualquier familia que nos corresponda. ¿Qué dices de mi propuesta? — Digo, hermano, » respondió Nuredin Alí, « qué es digna de nuestra amistad. Es un pensamiento escelente, y por mi parte estoy dispuesto á hacer cuanto quieras. — ¡Oh! aun hay mas, » repuso Chemsedin Mohamed; « mi fantasía es muy voladora: suponiendo que nuestras mujeres conciban la primera noche de nuestras bodas, y que luego den á luz en un mismo dia, la tuya un hijo, y la mia una hija, los casarémos uno con otro cuando lleguen á la edad competente. — ¡Ah! en cuanto á eso, » esclamo Nuredin Alí, « es menester confesar que el intento es preciosísimo. Ese casamiento estrechará nuestra hermandad, y le doy gustoso mi consentimiento. Pero, hermano, » añadió, « ¿si sucediera que hiciésemos este casamiento, exijirias que mi hijo diese un dote á tu hija? — No hay

(1) Esto es, sol de la relijion.
(2) Mohamed ó Mohamet es el nombre que tenia el fundador del Islamismo, y los devotos musulmanes se honran con llevar el mismo nombre que su profeta. « La preocupacion es tan jeneral, » dice Mr. Reinaud, « que los que se llaman así pasan por séres privilejiados. En Constantinopla, cuando el estado corre peligro, el sultan escoje noventa y dos Musulmanes de este nombre y les encarga que reciten ciertos capítulos del Alcoran; así se imajina asegurar la salvacion del imperio. » (Monumentos persas y turcos, tomo II, páj. 99).

dificultad en ello, » replicó el mayor, « y estoy persuadido de que, además de los pactos corrientes del contrato matrimonial, no dejariais de conceder en su nombre á lo menos tres mil zequines, tres buenas haciendas y tres esclavos. — En eso no convengo, » dijo el menor. « ¿No somos hermanos y compañeros, revestidos ambos con la misma dignidad? Además, ¿no sabemos, así tú como yo, lo que es justo? Siendo el varon mas noble que la hembra, ¿no te corresponderia á ti dar un crecido dote á tu hija? A lo que veo, quieres aventajar tu caudal á costa ajena. »

« Aunque Nuredin Alí decia estas palabras en tono de chanza, su hermano, que era un tanto caviloso, se le mostró agraviado. « ¡ Pobre hijo tuyo! » contestó con enfado, « ya que te atreves á preferirle á mi hija, y estraño esa osadía tuya de conceptuarlo el único digno de sus prendas. Debes haber perdido el juicio para quererte comparar conmigo, diciendo que somos camaradas. Sábete, loco, que despues de tu desvergüenza, no quisiera casar á mi hija con tu hijo, aun cuando le dieras mas riquezas de las que tienes. » Esta chistosa contienda de los dos hermanos sobre el matrimonio de sus hijos que aun no habian nacido trascendió mucho mas de lo regular. Chemsedin Mohamed se arrebató hasta amenazar á su hermano. « Si no hubiera de acompañar mañana al sultan, » dijo, « te trataria como mereces; pero á la vuelta te desengañarás de que un hermano menor debe hablar al mayor, no con esa insolencia, como acabas de hacerlo. » A estas palabras, se retiró á su habitacion, y su hermano fué á acostarse en la suya.

« Chemsedin Mohamed se levantó al dia siguiente de madrugada, y marchó á palacio, de donde salió con el sultan, quien siguió el camino del Cairo hácia la parte de las Pirámides. En cuanto á Nuredin Alí, habia pasado la noche sumamente desazonado, y despues de haber considerado que no le era dable vivir por mas tiempo con un hermano que le trataba con tanta altivez, tomó allá una determinacion. Mandó que le dispusieran una buena mula, se pertrechó con dinero, joyas y algunos víveres, y habiendo dicho á sus criados que iba á hacer un viaje de dos ó tres dias y que habia de ir solo, se marchó.

« Cuando estuvo fuera del Cairo, marchó por el desierto hácia la Arabia: pero muriéndosele la mula en el camino, tuvo que proseguir su viaje á pié. Afortunadamente un correo que iba á Balsora le encontró y tomó en grupa, y cuando llegó á la ciudad, Nuredin Alí se apeó y le dió gracias por el favor que le habia hecho. Yendo por las calles en busca de un alojamiento, vió venir hácia él un señor acompañado de un séquito crecido, y á quien todos los habitantes tributaban grandes obsequios, deteniéndose rendidamente hasta que hubiera pasado. Nuredin Alí se paró como los demás, y vió que era el gran visir del sultan de Balsora, que recorria la ciudad para mantener con su presencia el órden y el sosiego.

« Aquel ministro fijó por casualidad los ojos en el jóven, y le pareció de fisonomía agraciada : le miró con afecto, y viendo al pasar á su lado que estaba en traje de viandante, se detuvo para preguntarle quién era y de dónde venia. « Señor, » le respondió Nuredin Alí, « soy ejipcio, natural del Cairo, y he abandonado mi pais, tan justamente enojado contra un pariente, que estoy decidido á viajar por todo el mundo y á morir antes que volver allá. » El gran visir, que era un venerable anciano, al oir estas palabras, le dijo: « Hijo mio, guárdate de ejecutar tu intento. No hay mas que desdicha por el mundo, y tú ignoras las penalidades que habrias de sufrir. Vente conmigo, y quizá te haré olvidar el motivo que te precisó á dejar tu pais. »

« Nuredin Alí acompañó al gran visir de Balsora, quien habiendo pronto conocido sus relevantes prendas, le cobró afecto, de modo que un dia hablando con él en particular, le dijo: « Hijo mio, ya ves que me hallo en edad muy avanzada, y que segun las apariencias, no viviré mucho tiempo. El cielo me ha concedido una hija única no menos hermosa que tú, y que se halla ahora en edad casadera. Varios señores de esta corte me la han pedido ya para sus hijos; pero no he podido determinarme á concedérsela. En cuanto á ti, te amo y hallo tan digno de mi parentesco, que prefiriéndote á todos los que me la han pedido, estoy pronto á aceptarte por yerno. Si admites gustoso el ofrecimiento que te hago, le declararé al sultan mi señor que te prohijo con este casamiento, y le suplicaré que te conceda la futura de mi dignidad de gran visir en el reino de Balsora. Al mismo tiempo, como necesito ya sosiego en la edad que tengo, te traspasaré, no solo el réjimen de todos mis bienes, sino tambien la administracion de los negocios del estado. »

« Aun no habia acabado el gran visir de Balsora estas razones tan halagüeñas y jenerosas, cuando Nuredin Alí se arrojó á sus plantas, y con espresiones que manifestaban el alborozo y reconocimiento que rebosaban de su corazon, le respondió que estaba dispuesto á hacer cuanto gustase. Entónces el gran visir llamó á los principales empleados de su casa y les mandó que dispusiesen la sala principal y preparasen un

gran banquete. Luego mandó á casa de todos los señores de la corte y de la ciudad para que se tomaran la molestia de avistarse con él, y cuando estuvieron todos juntos, informado por Nuredin Alí de su linaje, dijo á estos señores, juzgando oportuno hablar así para satisfacer á aquellos cuyo entronque habia rehusado: « Voy á comunicaros, señores, una especie que he guardado reservada hasta este dia. Tengo un hermano que es gran visir del sultan de Ejipto, así como me cabe á mí la honra de serlo del sultan de este reino. Este hermano tiene un hijo único, que no ha querido enlazar en la corte de Ejipto, y me lo ha enviado para casarse con mi hija y estrechar mas y mas nuestra intimidad. Este hijo, á quien he reconocido como sobrino á su llegada, y á quien elijo por yerno, es este jóven que aquí veis y os presento. Me lisonjeo de que le haréis el honor de asistir á su desposorio que he determinado celebrar en este dia. » Ninguno de aquellos señores podia llevar á mal que hubiera preferido su sobrino á todos los grandes partidos que se le habian ido presentando, y así todos respondieron que obraba cual debia efectuando aquel casamiento, que asistirian gustosos á la ceremonia y deseaban que Dios le concediera muchos años de vida para ver los frutos de aquella venturosa union. »

Aquí llegaba Cheherazada, cuando viendo asomar el dia, interrumpió su narracion, que prosiguió así la noche siguiente:

NOCHE LXXIII.

Señor, el gran visir Jiafar prosiguió así la historia que referia al califa: « Apenas los señores que se habian juntado en casa del gran visir de Balsora hubieron manifestado á aquel ministro la complacencia que les cabia por el enlace de su hija con Nuredin Alí, se sentaron á la mesa. A los postres, sirvieron dulces, de los que, segun costumbre, tomó cada cual lo que pudo llevarse, y entraron los cadíes con el contrato matrimonial. Los principales señores lo firmaron, y hecho esto, se retiraron los convidados.

« No habiendo quedado sino los de casa, el gran visir encargó á los que cuidaban del baño que habia mandado preparar, que llevasen á Nuredin Alí, quien halló ropa que no habia servido aun, de una finura y aseo que hechizaban, como tambien todo lo demás necesario al intento. Cuando hubieron limpiado, lavado y frotado al esposo, quiso volverse á vestir el traje que acababa de quitarse; pero le presentaron otro de la mayor magnificencia. En tal estado y perfumado con las mas esquisitas esencias, se volvió á la presencia del gran visir su suegro, quien quedó prendado de su hermoso personal, y habiéndole hecho sentar á su lado, « Hijo mio, » le dijo, « me has declarado quien eres y el lugar que ocupabas en la corte de Ejipto; me dijiste tambien que has tenido una contienda con tu hermano, y que por eso te ausentaste de tu pais; te ruego que me hagas una entera confianza y me digas cuál fué el motivo de vuestra disputa. Debes tener ahora toda confianza en mí, y no ocultarme nada. »

« Nuredin Alí le refirió todas las circunstancias de su desavenencia con el hermano, y el gran visir no pudo oirlas sin reirse. « ¡ Vaya una aprension estraña! » le dijo. « ¿ Es posible, hijo mio, que vuestra disputa haya llegado hasta ese punto por un casamiento imajinario? Siento que te hayas indispuesto con tu hermano por una causa tan frívola; veo sin embargo que él tuvo culpa en ofenderse de lo que le dijiste chanceándote, y debo dar gracias al cielo de una desavenencia que me proporciona un yerno como tú. Pero ya es tarde, » añadió el anciano, « y hora que te retires. Vete, hijo mio, tu esposa te aguarda, mañana te presentaré al sultan, y espero que te recibirá en términos muy satisfactorios para entrambos. »

« Nuredin Alí se desvió del ya suegro para pasar al aposento de su esposa. Lo mas estraño, » prosiguió el visir Jiafar, « es que el mismo dia que se celebraba su boda en Balsora, Chemsedin Mohamed se casaba tambien en el Cairo, y



he aquí las circunstancias de su desposorio.

« Luego que Nuredin Alí se hubo marchado del Cairo con ánimo de no volver jamás, Chemsedin Mohamed, el mayor, que habia ido á cazar con el sultan de Ejipto, habiendo vuelto al cabo de un mes, porque el sultan se habia dejado llevar de su aficion á la caza y estado ausente todo aquel tiempo, corrió al aposento de Nuredin Alí; pero se quedó atónito al saber que se habia marchado en una mula el dia mismo de la caza del sultan, pretestando un viaje de tres dias, y que desde entónces no se le habia visto. Sintiólo tanto mas, cuanto no dudó de que la adustez con que le habia hablado era causa de su ausencia. Despachó un correo, que pasó por Damasco y llegó hasta Alepo; pero Nuredin se hallaba entónces en Balsora. Cuando regresó el correo diciendo que no habia podido adquirir noticia alguna de su paradero, Chemsedin Mohamed determinó buscarle por otra parte, y entretanto tomó la determinacion de casarse. Celebró su desposorio con la hija de uno de los principales y mas poderosos señores del Cairo, el mismo dia que su hermano se casó con la hija del gran visir de Balsora.

« Aun sucedió mas, caudillo de los creyentes, » prosiguió Jiafar; « al cabo de los nueve meses, la mujer de Chemsedin Mohamed dió á luz una niña en el Cairo, y el mismo dia la de Nuredin parió en Balsora un niño, que fué llamado Bedredin Hasan. El gran visir de Balsora manifestó su regocijo con grandes limosnas y funciones públicas que mandó hacer por el nacimiento de su nieto. Luego, para dar á su yerno una prueba de lo satisfecho que estaba con él, fué á palacio á pedir humildemente al sultan que le concediera á Nuredin Alí la futura de su empleo, para que tuviera antes de morir el consuelo de ver á su yerno gran visir en su lugar.

« El sultan, que habia visto con suma complacencia á Nuredin Alí cuando se lo habian presentado despues de su casamiento, y que desde entónces habia oido hablar siempre de él con muchos elojios, concedió la gracia que se le pedia con todo el agrado que podia desearse, y

le mandó revestir en su presencia con el manto de gran visir.

« Rebosaba de júbilo el suegro al dia siguiente cuando vió á su yerno presidiendo en el consejo en su lugar, y desempeñando todas las funciones de gran visir. Nuredin Alí las ejecutó tan cumplidamente que parecia haber estado ejerciendo toda su vida aquel cargo. Continuó posteriormente asistiendo al consejo, cuando los achaques de la vejez no permitieron la asistencia de su suegro. Este buen anciano falleció cuatro años despues de aquel desposorio, con la satisfaccion de ver un vástago de su familia que prometia sostenerla por mucho tiempo con lucimiento.

« Nuredin Alí le tributó los últimos deberes con todo el cariño y reconocimiento debidos, y luego que Bedredin Hasan su hijo hubo cumplido siete años, lo entregó á un escelente ayo, quien empezó á darle una educacion digna de su nacimiento. Es cierto que halló en el niño un entendimiento despejado, perspicaz y abarcador de cuantas lecciones le suministraban. »

Cheherazada iba á proseguir; pero vió que era de dia y suspendió su narracion. A la noche isguiente la prosiguió, y dijo al sultan de las Indias:

NOCHE LXXIV.

Señor, el gran visir Jiafar prosiguió la historia que referia al califa: « Dos años despues que Bedredin Hasan fué encargado al maestro que le enseñó á leer con perfeccion, aprendió el Alcoran de memoria; su padre Nuredin Alí le proporcionó despues otros profesores que cultivaron de tal modo su entendimiento, que á los doce años ya no los necesitaba. Entónces, como se habian formado ya sus facciones, causaba admiracion á cuantos le miraban.

« Hasta entónces Nuredin Alí no habia pensado sino en hacerle estudiar, y no le habia presentado en público. Llevóle á palacio para proporcionarle el honor de saludar al sultan, quien le recibió con distincion. Los primeros que le vieron en la calle quedaron tan prendados de su hermosura, que prorumpieron en raptos de asombro y le dieron mil bendiciones.

« Como su padre trataba de hacerle capaz de ocupar un dia su puesto, nada perdonó al intento, y le hizo tomar parte en los mas árduos negocios, para imponerle desde luego en su desempeño. Finalmente hacia cuanto cabe para el adelantamiento de un hijo que le era tan querido, y empezaba ya á disfrutar del fruto de sus afanes, cuando le acometió de repente una enfermedad, cuya violencia fué tal, que conoció que no estaba muy distante de su última hora. Así que no quiso hacerse ilusion, y se dispuso á morir como un verdadero musulman. En aquel momento precioso, no se olvidó de su querido hijo Bedredin; lo mandó llamar y le dijo: « Hijo mio, ya ves que el mundo es perecedero; solo aquel adonde pronto voy á pasar es el duradero por los siglos de los siglos. Preciso es que empieces desde ahora á entablar las mismas disposiciones que yo; prepárate á hacer este viaje sin sentimiento y sin que tu conciencia pueda remorderte por nada tocante á las obligaciones de un musulman, ni á las de un hombre honrado. En cuanto á tu relijon, estás bastante instruido con lo que te han enseñado tus maestros y con lo que has leido. Por lo que toca al hombre de bien, voy á darte algunas instrucciones de que procurarás aprovecharte. Como es necesario conocerse á sí mismo, y no puedes tener de esto un conocimiento cabal sin saber quien yo soy, voy á comunicártelo.

« Nací en Ejipto, y mi padre, tu abuelo, era primer ministro del sultan de aquel reino. Yo mismo obtuve el honor de ser uno de los visires de aquel propio sultan, con mi hermano, tu tio, que aun supongo vivo, que se llama Chemsedin Mohamed. Tuve que separarme de él y vine á este pais, donde llegué al encumbrado puesto que hasta ahora he ocupado. Pero sabrás todas estas particularidades mas circunstanciadamente por un cuadernito que tengo que darte. »

« Al decir esto, Nuredin Alí sacó aquel cuaderno escrito de su puño y que llevaba siempre

consigo, y dándoselo á Bedredin Hasan, « Toma, » le dijo, « lo leerás muy despacio; hallarás, entre varias especies, el dia de mi matrimonio y el de tu nacimiento. Son circunstancias de las que necesitarás quizá en lo sucesivo, y que deben obligarte á guardarlo desveladamente. » Bedredin Hasan, entrañablemente condolido al ver á su padre en aquel estado, y conmovido con sus razones, recibió el cuaderno, anegados los ojos en lágrimas y prometiéndole no desprenderse nunca de él.

« En aquel momento le sobrevino á Nuredin Alí un desmayo, que hizo creer que iba á espirar; pero volvió en sí, y recobrando el habla, « Hijo mio, » le dijo, « la primera máxima que debo enseñarte, es que no te entregues fácilmente á intimidades con toda clase de personas. El medio de vivir seguro es comunicarse consigo mismo, y ser reservado con los demás.

« La segunda no cometer violencia con nadie, porque en tal caso, todos se levantarian contra ti, y debes mirar el mundo como un acreedor que tiene derecho á tu moderacion, compasion y tolerancia.

« La tercera no contestar palabra cuando te injurien: cuando uno guarda silencio, dice el refran, está fuera de peligro. En semejante ocasion debes particularmente practicarlo. Tambien sabes que con este motivo un poeta nuestro dijo que el silencio es la gala y salvaguardia de la vida, y que nunca debemos parecernos al hablar á la lluvia de una tormenta que todo lo destruye. Nunca se arrepintió alguien de haber callado, y sí muchas veces de haber hablado.

« La cuarta no beber vino, porque es el oríjen de todos los vicios.

« La quinta economizar tus bienes: si no los malgastas, te servirán para precaverte de la necesidad; no por eso hay que acaudalar en demasía y ser avariento: por pocos haberes que tengas, como los gastes cuando convenga, tendrás muchos amigos, y por el contrario, si tienes muchas riquezas y haces mal uso de ellas, todos se apartarán de ti y te abandonarán. »

« Finalmente Nuredin Alí continuó dando buenos consejos á su hijo hasta el último momento de su vida, y cuando hubo muerto, se le hicieron magníficas exequias.... » Cuando Cheherazada decia estas palabras, penetró la luz del dia, y remitió para la mañana siguiente la continuacion de su historia.

NOCHE LXXV.

La sultana de las Indias se despertó á la hora acostumbrada, y tomó la palabra volviéndose á Chahriar. « Señor, » le dijo, « el califa no se cansaba de escuchar al gran visir Jiafar, quien prosiguió así su historia: « Enterraron á Nuredin Alí con todos los honores debidos á su dignidad. Bedredin Hasan de Balsora, que así le apellidaron porque habia nacido en aquella ciudad, sintió entrañable desconsuelo con la muerte de su padre. En vez de contar un mes, segun costumbre, pasó dos llorando y solitario sin ver á nadie, ni aun salir para rendir acatamientos al sultan de Balsora, el cual enojado de tamaña desatencion, y mirándola como un menosprecio de su corte y persona, se dejó arrebatar de su ira. Mandó llamar enfurecido al nuevo gran visir, porque habia nombrado uno luego que supo la muerte de Nuredin Alí, y le mandó que pasara á la casa del difunto y la confiscara, como tambien todas las haciendas y bienes, sin dejar nada á Bedredin Hasan, mandando que se apoderase de su persona.

« El nuevo gran visir, acompañado de gran número de palaciegos, ministros de justicia y otros empleados, no tardó en ponerse en camino para desempeñar su comision. Un esclavo de Bederdin Hasan, que se hallaba casualmente entre el concurso, apenas supo el intento del visir, se adelantó y corrió á avisar á su amo. Hallóle sentado en el umbral de su casa, tan afligido como si su padre acabase de morir, y arrojándose á sus piés sin aliento, despues de haberle besado el estremo de la túnica, « Huid, señor, » le dijo, « huid prontamente. — ¿ Qué ocurre ? »

le preguntó Bedredin, alzando la cabeza, «¿qué noticia me traes?—Señor,» respondió el esclavo, «no hay que perder un instante. El sultan está furioso contra vos, vienen por órden suya á confiscar cuanto teneis, y aun á apoderarse de vuestra persona.»

«Las razones de aquel esclavo fiel turbaron el ánimo de Bedredin Hasan. «¿Pero no tengo tiempo para entrar en mi aposento y tomar algun dinero y algunas joyas?—No señor,» replicó el esclavo; «el gran visir estará aquí dentro de un momento. Marchaos al punto, huid.» Bedredin Hasan se levantó atropelladamente de su asiento, se calzó las chinelas, y habiéndose cubierto la cabeza con el estremo de su vestido, para ocultar su rostro, huyó sin saber hácia dónde encaminaria sus pasos, para librarse del peligro que le amenazaba. La primera idea que le ocurrió fué llegar á la puerta mas inmediata de la ciudad. Corrió sin detenerse hasta el cementerio público, y como se acercaba la noche, determinó pasarla en el sepulcro de su padre. Era un edificio de bastante aparato en forma de cúpula que Nuredin Alí habia mandado construir durante su vida; pero encontró en el camino un Judío muy rico, que era banquero y mercader de profesion. Volvia de un pueblo donde habia tenido negocios y regresaba á la ciudad.

«Este Judío conoció á Bedredin, y parándose, le saludó atentamente.» Calló Cheherazada al llegar aquí, porque ya amanecia; pero prosiguió á la noche siguiente:

NOCHE LXXVI.

Señor, el califa escuchaba con mucha atencion al gran visir Jiafar, que continuaba en estos términos: «El Judío, llamado Isaac, despues de haber saludado á Bedredin Hasan y haberle besado la mano, le dijó: «Señor, ¿me atreveré á preguntaros á dónde vais á estas horas, solo y tan azorado? ¿Teneis alguna pesadumbre?—Sí,» respondió Bedredin; «me he quedado dormido hace poco, y mi padre se me ha aparecido en sueños. Me daba terribles miradas como si estuviese enojado conmigo. Me he despertado con sobresalto y pavor y he venido al punto á orar sobre su sepulcro.—Señor,» replicó el Judío, que no podia saber porqué Bedredin Hasan habia salido de la ciudad, «como el difunto gran visir, vuestro padre y mi señor de dichosa memoria, habia cargado con mercancías varios buques que aun están en la mar y que os pertenecen, os ruego que me deis la preferencia sobre los demás mercaderes. Me hallo en estado de comprar al contado los cargamentos de todos vuestros buques, y para empezar, si quereis cederme el del primero que llegue á salvamento, estoy pronto á contaros mil zequines. Los traigo aquí en una bolsa y os los entregaré por adelantado.» Y diciendo esto, sacó un bolson que llevaba debajo del brazo, oculto con el vestido, y se lo enseñó, sellado con su sello.

«En el estado en que se hallaba Bedredin Hasan, echado de su casa y despojado de todo cuanto poseia en el mundo, consideró la propuesta del Judío como un favor del cielo, y no dejó de aceptarla con suma alegría. «Señor,» le dijo entónces el Judío, «¿me dais pues por mil zequines el cargamento del primero de vuestros buques que llegue á este puerto?—Sí, te lo vendo en mil zequines,» respondió Bedredin Hasan, «y es negocio concluido.» Al punto el Judío le entregó la bolsa de los mil zequines, ofreciéndose á contarlos; pero Bedredin le escusó la molestia, diciéndole que se fiaba de él. «Ahora pues,» repuso el Judío, «tened, señor, la dignacion de darme un recibo que esprese el ajuste que acabamos de hacer.» Y didiendo esto, sacó su tintero que llevaba en la cintura, y tomando de él una caña muy bien cortada, se la presentó con un pedazo de papel que halló en su cartera, y mientras que tenia en la mano el tintero, Bedredin Hasan escribió escribió estas palabras:

«Este documento sirve para dar testimonio de que Bedredin Hasan de Balsora vendió al Judío Isaac, por la cantidad de mil zequines que

ha recibido, el cargamento del primero de sus bajeles que llegue á este puerto.

« BEDREDIN HASAN DE BALSORA. »

« Despues de haber firmado este escrito, lo entregó al Judío, quien lo metió en su cartera y se despidió. Mientras Isaac proseguia su rumbo hácia la ciudad, Bedredin Hasan se encaminó hácia el sepulcro de su padre Nuredin Alí. Al llegar, se postró con el rostro contra el suelo, y anegados los ojos en llanto, empezó á lamentarse de su desdicha. « ¡ Ay de mí ! » decia, « ¿ qué será de ti, desgraciado Bedredin? ¿ A dónde irás en busca de asilo contra el injusto príncipe que te persigue ? ¿ No bastaba tener que llorar la muerte de un padre tan querido ? ¿ era preciso que la fortuna añadiese una nueva desventura á mi justísimo quebranto? » Permaneció mucho tiempo en aquel estado; pero al fin se levantó, y habiendo apoyado la cabeza contra el sepulcro de su padre, se renovó su dolor con mayor vehemencia que antes, y no cesó de suspirar y quejarse, hasta que rendido al sueño, alzó la cabeza y tendiéndose á lo largo sobre el enlosado, se quedó dormido.

« Apenas gozaba el regalo de aquel sosiego, cuando un jenio que habia fijado aquel dia su residencia en el cementerio, disponiéndose á correr el mundo por de noche, segun su costumbre, advirtió aquel jóven tendido en el sepulcro de Nuredin Alí. Entró, y como Bedredin estaba echado de espaldas, quedó absorto y pasmado con su hermosura..... » Apuntó el dia, y Cheherazada suspendió su narracion; pero la mañana siguiente, á la hora acostumbrada, la prosiguió en estos términos :

NOCHE LXXVII.

« Cuando el jenio, » siguió diciendo el gran visir Jiafar, « hubo considerado atentamente á Bedredin Hasan, habló así consigo : « Si se ha de juzgar de esta criatura por su buen personal, no puede menos de ser un ánjel del paraiso terrenal que Dios envia para encender los corazones con su belleza. » Finalmente, despues de haberle mirado con ahinco, se remontó por los aires y encontró casualmente una hada. Saludáronse recíprocamente, y luego el jenio le dijo : « Os ruego que bajeis conmigo al cementerio donde tengo mi residencia, y os haré ver un portento de hermosura, no menos digno de vuestra admiracion que de la mia. » Consintió la hada, y se apearon entrambos en un instante, y al asomar sobre el sepulcro, « ¿ Qué tal ? » dijo el jenio á la hada, enseñándole á Bedredin Hasan, « ¿ habeis visto nunca un jóven tan peregrino como este ? »

« La hada contempló atentamente á Bedredin, y luego volviéndose al jenio, « Os confieso, » le respondió, « que es un portento; pero acabo de ver en el Cairo un objeto aun mas asombroso, de que voy á hablaros, si quereis escucharme. — Me daréis mucho gusto, » replicó el jenio. — Habeis de saber, » dijo la hada, « porque voy á tomar mi narracion de muy atrás, que el sultan de Ejipto tiene un visir llamado Chemsedin Mohamed, padre de una hija que ha cumplido veinte años. Es la mujer mas hermosa y cabal que se haya visto ni oido. El sultan, enterado por la voz pública de la belleza de esta jóven, mandó llamar uno de estos dias al visir su padre y le dijo : « He sabido que teneis una hija en edad de tomar estado; estoy en ánimo de casarme con ella ; ¿ quereis concedérmela ? » El visir, que no aguardaba semejante propuesta, se quedó algo cortado; pero siempre en sí, en vez de aceptar gozoso lo que otros no hubieran dejado de hacer en su lugar, respondió al sultan : « Señor, no soy digno del honor que vuestra majestad quiere dispensarme, y le ruego humildemente que no lleve á mal si me opongo á su intento. Ya sabeis que tenia un hermano llamado Nuredin Alí, distinguido como yo con la dignidad de visir vuestro. Tuvimos una disputa, que dió motivo á que se ausentase, y desde entónces no he tenido noticia suya hasta hace cuatro dias, que he sabido que murió en Balsora, honrado con el alto cargo de gran visir de aquel reino.

Ha dejado un hijo, y como en otro tiempo nos comprometimos á casar los que uno y otro tuviésemos, siendo de diferente sexo, estoy persuadido de que ha muerto con el ánimo de celebrar este enlace. Por mi parte, yo quisiera cumplir mi promesa, y suplico á vuestra majestad que me conceda esta gracia. Otros muchos señores hay en esta corte que tienen hijas como yo, y á quienes podeis honrar con vuestro parentesco. »

« Grande fué el enojo del sultan de Ejipto contra Chemsedin Mohamed... » Calló Cheherazada al llegar aquí, porque vió apuntar el dia. La noche siguiente prosiguió su narracion y dijo al sultan de las Indias, haciendo hablar siempre al visir Jiafar con el califa Harun Alraschid :

NOCHE LXXVIII.

« El sultan de Ejipto, ofendido de la osadía de Chemsedin Mohamed, le dijo en un arrebato de cólera que no pudo contener : « ¿ Así correspondeis á las mercedes que os dispenso humillándome hasta el punto de enlazarme con vuestro linaje? Sabré vengarme de la preferencia que os atreveis á dar á otros, y juro que vuestra hija no tendrá por marido sino el mas vil y contrahecho de todos mis esclavos. » Al decir estas palabras, despidió disparadamente al visir, quien se retiró á su casa confuso y en estremo apesadumbrado.

« Hoy el sultan ha mandado llamar á uno de sus palafreneros, que es jorobado y tan feo que horroriza; y despues de haber dado órden á Chemsedin Mohamed que consienta en el casamiento de su hija con este asqueroso esclavo, ha mandado estender y firmar el contrato matrimonial por varios testigos en su presencia. Están concluidos los preparativos de este desposorio estravagante, y ahora mismo todos los esclavos de los señores pertenecientes á la corte de Ejipto se hallan á la puerta de un baño, cada uno con su hachon en la mano. Aguardan que el palafrenero jorobado, que está dentro, se haya lavado y salga para llevarle á casa de su esposa, quien por su parte está ya peinada y vestida. Cuando salí del Cairo, las damas reunidas se disponian á acompañarla con todas las galas nupciales á la sala en donde debe recibir al jorobado y le está ahora aguardando. La he visto, y os aseguro que no cabe mirarla sin embeleso. »

« Cuando la hada hubo dejado de hablar, el jenio le dijo : « Por mucho que digais, no puedo persuadirme que la hermosura de esa jóven aventaje á la de este mozo. — No quiero disputar con vos, » replicó la hada; « confieso que mereciera casarse con la hermosa doncella destinada al jorobado, y me parece que haríamos una accion digna de nosotros, si, oponiéndonos á la injusticia del sultan de Ejipto, pudiéramos sustituir este jóven en lugar del esclavo. — Teneis razon, » respondió el jenio; « no podeis creer cuanto os agradezco esa idea; burlemos la venganza del sultan de Ejipto, consolemos á un padre afflijido, y hagamos á su hija tan dichosa como desgraciada se está contemplando : vamos pues á echar el resto en el intento, estoy persuadido de que por vuestra parte haréis otro tanto; yo me encargo de llevarle al Cairo sin que se despierte, y dejo á vuestro cargo el trasladarle á otra parte cuando hayamos ejecutado nuestro proyecto. »

« Luego que el jenio y la hada tuvieron dispuesto cuanto conducia á su objeto, el jenio arrebató suavemente á Bedredin, y llevándole por los aires con increible velocidad, le dejó á la puerta de una hostería inmediata al baño de donde iba á salir el jorobado con el séquito de esclavos que le aguardaban.

« Bedredin Hasan se despertó en aquel punto y se quedó atónito viéndose en medio de una ciudad que le era del todo desconocida. Quiso preguntar en dónde se hallaba; pero el jenio le dió una palmada en el hombro y le avisó que no dijera palabra, y entregándole una hacha, « Vete, » le dijo, « júntate con aquellas jentes que ves á la puerta de aquel baño, y sigue con ellas hasta que entres en una sala en donde se

van á celebrar ciertas bodas. El novio es un jorobado que fácilmente conocerás. Ponte á su derecha al entrar, y desde ahora abre la bolsa de zequines que tienes en el pecho, y vete distribuyéndolos á los músicos, bailarines y bailarinas. Cuando llegues á la sala, no dejes de dar tambien á las esclavas que verás junto á la novia, al acercarse á ti. Pero siempre que metas la mano en la bolsa, sácala llena de zequines y guárdate de economizarlos. Haz puntualmente cuanto te digo con mucha presencia de ánimo; no te asombres de nada, á nadie temas, y confia en cuanto á lo demás en una potestad superior que dispone de tu suerte.»

«El jóven Bedredin, enterado de lo que debia hacer, se adelantó hácia la puerta del baño: su primera dilijencia fué encender su hacha á la de un esclavo; revuelto luego con los demás, como si perteneciera á algun señor del Cairo, siguió con ellos y acompañó al jorobado, quien salió del baño, montó en un caballo de la caballeriza del sultan...»

Asomó el dia, y calló Cheherazada, remitiendo á la mañana siguiente la continuacion de su historia.

NOCHE LXXIX.

Señor, el visir Jiafar prosiguió así: «Bedredin Hasan, confundido con los músicos, bailarines y bailarinas que iban delante del jorobado, sacaba de cuando en cuando de la bolsa puñados de zequines que les distribuia. Como iba repartiendo su moneda con indecible gracejo, todos los que participaban de sus jenerosidades volvian los ojos á él, y luego que le habian mirado, le conceptuaban tan donoso y lindo, que no podian quitar de él la vista.

«Llegaron al fin á la puerta del visir Chemsedim Mohamed, tio de Bedredin Hasan, quien estaba muy ajeno de imajinarse que tenia tan cerca á su sobrino. Los palaciegos, para evitar toda confusion, detuvieron á los esclavos que llevaban hachas y no quisieron dejarlos entrar. Tambien rechazaron á Bedredin Hasan; pero los músicos, que tenian entrada libre, se pararon protestando que no entrarian, si no le dejaban pasar con ellos. «No es un esclavo,» decian; «basta mirarle para conocerle.» Sin duda es un forastero que quiere ver por curiosidad las ceremonias que se observan en los desposorios en esta ciudad.» Y diciendo esto, le colocaron en medio de ellos y le hicieron entrar á pesar de los palaciegos. Le quitaron el hacha, que dieron al primero que se presentó, y despues de haberle introducido en la sala, lo colocaron á la derecha del jorobado, quien se sentó en un trono magníficamente adornado junto á la hija del visir.

«Se hallaba esta lujosamente ataviada; pero se veia en su rostro una languidez ó mortal tristeza cuya causa no era difícil de adivinar, viendo á su lado á un marido tan contrahecho y poquísimo acreedor á su cariño. El tropel de mujeres de los emires, visires y palaciegos, con otras muchas damas de la corte y de la ciudad, estaban sentadas por ambos lados, algo mas abajo, cada una segun su categoría, y todas vestidas con tanta magnificencia, que formaban una perspectiva vistosísima. Tenian todas hachas encendidas.

«Cuando vieron entrar á Bedredin Hasan, echaron sobre él los ojos, y pasmadas con su hermosura, no podian dejar de mirarlo. Cuando estuvo sentado, no hubo una que no dejara su asiento para arrimarse á él y contemplarle mas de cerca, y fueron pocas las que, al retirarse para ocupar otra vez sus asientos, no se sintiesen conmovidas entrañable y amorosamente.

«La diferencia que habia entre Bedredin Hasan y el jorobado, cuyo aspecto repugnaba, promovió quejas en el concurso. «A ese hermoso jóven,» dijeron las damas, «hay que entregar la novia, y no á ese horroroso jorobado.» No pararon en esto, pues se atrevieron á prorumpir en baldones contra el sultan, quien, abusando de su potestad absoluta, enlazaba así á la fealdad con la hermosura. Tambien llenaron de improperios al jorobado y le dejaron confusísimo, muy á satisfaccion de los circunstantes,

cuyas rechiflas interrumpieron por un rato la música que resonaba en el salon. Al fin los músicos volvieron á proseguir sus conciertos, y las mujeres que habian vestído á la novia se acercaron á ella. »

Al pronunciar estas palabras, advirtió Cheherazada que era de dia. Al punto guardó silencio, y á la noche siguiente volvió á proseguir en estos términos :

NOCHE LXXX.

« Señor, » dijo Cheherazada al sultan de las Indias, « vuestra majestad no habrá olvidado que el gran visir Jiafar está hablando al califa Harun Alraschid. « Cada vez que la novia se mudaba de traje, se levantaba de su asiento, y seguida de sus mujeres, pasaba por delante del jorobado sin dignarse mirarle, é iba á presentarse á Bedredin Hasan para mostrarse á él con sus nuevos atavíos. Entónces Bedredin Hasan, siguiendo el consejo que le habia dado el jenio, no dejaba de meter la mano en la bolsa y sacar puñados de zequines, distribuyéndolos á las mujeres que acompañaban á la novia ; tampoco se olvidaba de los músicos y bailarines, y era una diversion ver cómo se empujaban unos á otros para recojerlos, se le manifestaban agradecidísimos, y le estaban denotando con señas cuanto deseaban que la novia fuera para él, y no para el jorobado. Las mujeres que la rodeaban le decian lo mismo y se recataban muy poco de que el jorobado las oyese, haciéndole mil escarnios, lo cual tenia divertidos á los circunstantes.

« Cuando estuvo ya corriente su cambio de traje, los músicos dejaron de tocar y se retiraron haciendo seña á Bedredin Hasan para que se quedara. Otro tanto hacian las damas al marcharse con todos los que no eran de la casa. La novia entró en un gabinete, á donde sus doncellas la siguieron para desnudarla, y no quedaron en la sala sino el jorobado, Bedredin Hasan y algunos criados. El jorobado, enfurecido contra Bedredin, le miró de reojo y le dijo : « ¿Qué aguardas, porqué no te retiras como los demás? Vete de aquí. » Como Bedredin no tenia ningun pretexto para quedarse allí, se salió con efecto; pero apenas estaba fuera de la sala, cuando el jenio y la hada se presentaron á él y le detuvieron : « ¿A dónde vas? » le dijo el jenio; « quédate ; el jorobado no está ya en la sala, pues ha salido para cierta necesidad : entra y métete hasta el aposento de la novia. Cuando estés solo con ella, dile osadamente que eres su novio ; que el ánimo del sultan era divertirse del jorobado, y que para consolar á este supuesto marido, le habeis mandado disponer un plato de crema en la caballeriza. Luego dile cuanto se te ocurra para persuadirla, lo cual no te será difícil, con una presencia tan aventajada, y quedará prendada de que la hayan engañado por un rumbo tan halagüeño. Entretanto vamos á dar órden para que el jorobado no vuelva, y no te estorbe de pasar la noche con tu esposa ; porque es la tuya, y no la de él. »

« Mientras que el jenio estaba así alentando á Bedredin, enterándole de cuanto debia practicar, el jorobado habia salido de la sala. El jenio entró en donde estaba, y tomando la forma de un gran gato negro, empezó á mayar horrorosamente. El jorobado echó á correr tras el gato, dando palmadas para sacarlo de allí ; pero el gato, en vez de retirarse, se estiró con ojos centellantes, encarándose atrevidamente al jorobado, dando maullidos mas espantosos que antes, y creciendo de modo que pronto fué del tamaño de un asno. Entónces el jorobado quiso pedir auxilio ; pero era tal el pavor que le tenia poseido, que se quedó con la boca abierta sin poder articular palabra. El jenio, sin darle tiempo para volver en sí, se trasformó al punto en un enorme búfalo, y bajo esta forma le gritó con una voz que aumentó su espanto : « Asqueroso jorobado. » A estas palabras, el palafrenero aterrado fué á parar al suelo, y cubriéndose la cabeza con la falda de su vestido, por no ver aquel espantoso animal, le respondió temblando : « Príncipe soberano de los búfalos, ¿qué



quieres de mí? — Desdichado bicho, » le replicó el jenio, « ¿tienes la temeridad de pensar en casarte con mi querida? — Señor, » dijo el jorobado, « os suplico que me perdoneis : si soy delincuente, es por ignorancia; no sabia que esta dama tuviera un amante búfalo; mandad cuanto querais, y os juro que estoy pronto á obedeceros. — Por vida mia, » repuso el jenio, « que si no sales de aquí, ó no te estás callado hasta que salga el sol, si dices una sola palabra, te aplasto la cabeza. Entónces te permito que salgas de esta casa; pero á condicion que te marches sin mirar atrás, y si te atreves á volver á ella, te costará la vida. » Dichas estas palabras, el jenio se trasformó en hombre, asió al jorobado por los piés, y habiéndolo arrimado á la pared con la cabeza para abajo : « Si te mueves antes que salga el sol, como ya te dije, » añadió, « te cojeré por los piés y te estrellaré la cabeza contra esa pared. »

« Volviendo á Bedredin Hasan, alentado por el jenio y la presencia de la hada, habiendo vuelto á entrar en la sala, se habia introducido en el aposento nupcial, y sentado, aguardó el éxito de su aventura. Al cabo de algun tiempo, llegó la novia acompañada por una buena anciana, que se detuvo á la puerta exhortando al marido á que cumpliera con sus obligaciones, sin parar la atencion en si era el jorobado ó no, y luego cerró la puerta y se retiró.

« La novia se quedó atónita, viendo, en vez del jorobado, á Bedredin Hasan, que se acercó á ella con ademan halagüeño. « ¿Cómo os hallais aquí á estas horas? » le preguntó; « sin duda sois un compañero de mi marido. — No señora, » respondió Bedredin, « soy de otra clase que ese asqueroso jorobado. — ¿Qué es lo que decis? » repuso la novia; « ¿cómo hablais así de mi esposo? — ¡El vuestro esposo, señora! » replicó Bedredin; « ¿cómo podeis manteneros tanto tiempo en ese concepto? Desengañaos de una vez, tantos primores no quedarán sacrificados al mas despreciable de todos los hombres. Yo soy, señora, el venturoso mortal á quien están destinados. El sultan ha querido divertirse, engañando así al visir, vuestro padre, y me ha elejido para vuestro verdadero esposo. Ya habeis podido notar cuanto se divertian de esta comedia las damas, músicos, bailarines, vuestras criadas y demás sirvientes de casa. Hemos despedido al infeliz jorobado, quien se está comiendo ahora una fuente de crema en

la caballeriza, y podeis contar con que no volverá á presentarse delante de vuestros hermosos ojos. »

« A estas palabras, la hija del visir, que habia entrado en el aposento nupcial mas muerta que viva, mudó de semblante, derramándosele por el rostro un júbilo que le dió nuevo realce para los ojos de Bedredin. « No me esperaba yo, » le dijo, « una estrañeza tan agradable, y ya me creia condenada á ser infeliz por todos los dias de mi vida ; pero mi ventura es tanto mayor en cuanto voy á poseer un hombre digno de mi ternura. » Al decir esto, se acabó de desnudar y se metió en la cama. Por su parte Bedredin Hasan, embelesado al verse dueño de tantísimo hechizo, se desnudó prontamente. Colocó su vestido en un asiento y la bolsa que el Judío le habia entregado, la cual estaba todavía llena, á pesar de cuanto habia sacado. Se quitó tambien el turbante para ponerse otro dispuesto para el jorobado, y se acostó en camisa y con calzoncillos (1). Estos eran de raso azul y ceñidos con un cordon de oro. »

Apuntaba la aurora, y Cheherazada se paró. A la mañana siguiente, habiéndose despertado á la hora acostumbrada, volvió á tomar el hilo de esta historia y la prosiguió en estos términos :

NOCHE LXXXI.

« Cuando los dos amantes se hubieron dormido, » añadió el gran visir Jiafar, « el jenio que se habia juntado con la hada le dijo que era hora de acabar lo que habian empezado tan bien y dirijido hasta entónces. « No nos dejemos sorprender por el dia que asomará pronto, » dijo, « id y arrebatad al jóven sin despertarle. »

« La hada entró en el aposento de los amantes, que dormian profundamente, arrebató por los aires á Bedredin Hasan en el estado en que se hallaba, esto es, en camisa y calzoncillos, y volando con el jenio en ímpetu velocísimo hasta la puerta de Damasco en Siria, llegaron precisamente en el momento en que los ministros de las mezquitas llamaban al pueblo en alta voz á la oracion del amanecer. La hada depositó á Bedredin en el suelo, y dejándole junto á la puerta, se alejó con el jenio.

« Abriéronse las puertas de la ciudad, y la jente, que estaba ya reunida para salir, quedó sumamente admirada, viendo á Bedredin Hasan tendido en el suelo, en camisa y calzoncillos. Uno decia : « Ha salido tan arrebatadamente de casa de su querida, que no ha tenido tiempo de vestirse. — Mirad, » decia otro, « ¡ á lo que está uno espuesto ! Hábrá pasado una parte de la noche bebiendo con sus amigos, se habrá embriagado, y luego habiendo salido para alguna urjencia, en vez de volver á la casa, habrá venido hasta aquí sin saber lo que hacia y le habrá sobrecojido el sueño. » Otros hablaban diversamente, y nadie podia adivinar por qué aventura se hallaba allí. Un vientecillo que empezó á soplar levantóle la camisa y dejó ver un pecho mas blanco que la nieve. Quedaron tan atónitos con aquella blancura que dieron un grito de admiracion y despertaron al jóven. Su asombro no fué menor que el de ellos, viéndose á la puerta de una ciudad en donde nunca habia estado, y rodeado de un sinnúmero de jentes que le estaban mirando atentamente. « Señores, » les dijo, « decidme por favor en donde me hallo y lo que quereis de mí. » Uno de ellos tomó la palabra y le respondió : « Jóven, acaban de abrir la puerta de esta ciudad, y al salir, os hemos hallado tendido en el estado en que estais, y nos hemos parado á miraros. ¿ Habeis pasado aquí la noche y sabeis que os hallais en una de las puertas de Damasco ? — ¡ En Damasco ! » replicó Bedredin, « ¡ os burlais de mí ! esta noche al acostarme me hallaba en el Cairo. » A estas palabras, algunos, movidos á compasion, dijeron que era lástima que un jóven tan hermoso hubiese perdido el juicio, y prosiguieron su camino.

(1) Todos los Orientales se acuestan con calzoncillos, y es preciso tener presente esta circunstancia para lo sucesivo.

« Hijo mio, » le dijo un buen anciano, «¿qué estais diciendo? ya que os hallais esta mañana en Damasco, ¿cómo podiais estar ayer noche en el Cairo? Eso no cabe. — Sin embargo, no hay duda en que así es, » repuso Bedredin, « y aun os juro que pasé todo el dia de ayer en Balsora.» Apenas hubo dicho estas palabras, cuando todos prorumpieron en carcajadas y empezaron á gritar: « Está loco, está loco. » No obstante algunos le compadecian por su juventud, y uno de los circunstantes le dijo: « Hijo mio, debeis haber perdido el juicio; no pensais en lo que decis. ¿Cómo puede ser que un hombre pase el dia en Balsora, la noche en el Cairo, y esté á la mañana siguiente en Damasco? Sin duda que aun no estáis despierto: volved en vos. — Lo que digo, » repuso Bedredin Hasan, « es tan cierto, que ayer noche me casé en la ciudad del Cairo. » Todos los que antes se reian volvieron á burlarse al oir estas palabras. « Cuidado, » le dijo el mismo que acababa de hablar; « habréis soñado todo eso, y la ilusion tiene embargada vuestra mente. — Yo sé muy bien lo que digo,» respondió el jóven; « decidme vos mismo cómo es posible que haya ido en sueños al Cairo, en donde estoy persuadido que efectivamente estuve, en donde trajeron siete veces delante de mí á mi esposa, vestida cada vez con un traje nuevo, y en donde finalmente vi á un asqueroso jorobado con quien querian casarla. Decidme además lo que se han hecho mi vestido, turbante y bolsa de zequines que tenia en el Cairo. »

« Aunque aseguraba que todo esto era positivo, las personas que le escuchaban no hicieron mas que reirse, lo cual le causó tanto trastorno, que el mismo no sabia ya qué pensar de todo lo que le habia sucedido. »

Empezaba á lucir el dia en el aposento de Chahriar, y así Cheherazada guardó silencio; pero prosiguió su narracion á la mañana siguiente.

NOCHE LXXXII.

« Señor, despues que Bedredin Hasan se empeñó en sostener que cuanto habia dicho era cierto, se levantó para entrar en la ciudad, y todos le siguieron voceando: « ¡ Está loco, está loco! » A estos gritos, unos se asomaron á las ventanas, otros salieron á las puertas, y algunos, juntándose con los que seguian á Brededin, voceaban tambien que estaba loco, sin saber de quien se trataba. El jóven confuso llegó á la casa de un pastelero que abria su tienda, y entró dentro para salvarse de aquella gritería.

« Aquel pastelero habia sido en otro tiempo capitan de una cuadrilla de saltcadores que robaban las caravanas, y aunque, desde que se habia avecindado en Damasco, no daba motivo de queja contra él, no dejaba de ser temido de cuantos le conocian. Por eso, desde la primera mirada que echó á la plebe que acompañaba á Bedredin, la aventó ejecutivamente. El pastelero, viendo que ya no quedaba nadie, hizo varias preguntas al jóven, inquiriendo quién era y lo que le habia traido á Damasco. Bedredin Hasan no le ocultó su nacimiento ni la muerte del gran visir su padre. Luego le refirió de qué modo habia salido de Balsora, y cómo, habiéndose dormido la noche anterior sobre el sepulcro de su padre, se habia hallado al despertarse en el Cairo, en donde se habia casado con una dama. Finalmente le manifestó la estrañeza que le causaba hallarse en Damasco sin poder comprender tantas maravillas.

« Vuestra historia es en estremo portentosa, » le dijo el pastelero; « pero si quereis seguir mis consejos, no confieis á nadie cuanto acabais de decirme, y aguardad con paciencia que el cielo se digne terminar las desgracias que permite os aquejen. Quedaos conmigo hasta entónces, y como no tengo hijos, estoy pronto á reconoceros como tal, si consentis en ello. Cuando yo os haya prohijado, iréis libremente por la ciudad, y no estaréis espuesto á los insultos de la plebe. »

« Aunque esta adopcion no fuese muy honrosa para el hijo de un gran visir, Bedredin no dejó de admitir la propuesta del pastelero, con-

ceptuando que era el mejor partido que debia tomar en su situacion. El pastelero le dió un vestido, tomó testigos, y fué á declarar delante de un cadí que le reconocia por hijo; y desde entónces Bedredin vivió en su casa bajo el nombre de Hasan y aprendió á hacer pasteles.

« Mientras que esto sucedia en Damasco, la hija de Chemsedin se despertó, y no hallando á Bedredin á su lado, creyó que se habia levantado sin querer interrumpir su sueño, y que pronto volveria. Aguardaba su vuelta, cuando el visir Chemsedin, su padre, entrañablemente apesadumbrado con la afrenta que creia haber recibido del sultan de Ejipto, llamó á la puerta de su aposento para llorar con ella su triste suerte. Llamóla por su nombre. y apenas hubo oido su voz, cuando se levantó para abrirle la puerta. Le besó la mano y recibió con ademan tan satisfecho, que el visir, que esperaba hallarla anegada en llanto y tan aflijida como él, quedó sumamente admirado. « ¡ Desastrada ! » le dijo enojado, « ¿ así te presentas delante de mí? ¿ Puedes estar contenta despues del espantoso sacrificio que acabas de hacer ?

Al llegar aquí Cheherazada, dejó de hablar porque amanecia, y á la noche siguiente prosiguió su narracion y dijo al sultan de las Indias :

NOCHE LXXXIII.

« Señor, el gran visir Jiafar continuó refiriendo la historia de Bedredin Hasan : « Cuando la recien casada vió que su padre la reconvenia del contento que manifestaba, le dijo : « Señor, no me hagais por favor tan injusta reconvencion ; no me casé con el jorobado, que aborrezco mas que á la muerte ; no es mi esposo aquel monstruo, pues todos le rechiflaron de tal modo que tuvo que esconderse, sino un jóven hermosísimo, á quien tuvo que ceder su lugar, y que es mi verdadero marido. — ¿ Con qué cuentos me vienes ? » contestó adustamente Chemsedin Mohamed ? ¿ Cómo ? ¿ no pasó la noche contigo el jorobado ? — No señor, » respondió la jóven, « no he dormido sino con el mozo de que os hablo, que tiene unos ojos rasgados y grandes cejas negras. » A estas palabras, el visir perdió el sufrimiento y se enfureció contra su hija. « ¡ Ah bribona ! » le dijo, « ¿ quieres que pierda el juicio con lo que me estás diciendo ? — Sois vos, padre mio, » replicó la hija, « el que me volveis loca con vuestra incredulidad. — ¿ Luego no es cierto, » replicó el visir, « que el jorobado...? — Dejémonos del jorobado, » interrumpió la jóven con precipitacion ; « ¡ mal haya él ! Es terrible empeño que siempre me han de estar hablando de ese jorobado. Vuelvo á repetiros, padre mio, que no pasé la noche con él, sino con el querido esposo que ya os dije, y que debe de estar cerca de aquí. »

« Chemsedin Mohamed salió para buscarle ; pero se quedó muy atónito al ver en su lugar al jorobado que estaba con la cabeza para abajo en la misma situacion en que le habia colocado el jenio. « ¿ Qué significa eso ? » le dijo, « ¿ y quién te ha puesto así ? » El jorobado conoció al visir y le respondió : « ¡ Ah ! ¿ sois vos el que me queriais casar con la querida de un búfalo, la dama de un horroroso jenio ? No me cojeréis ni seré ya vuestro dominguillo. »

Al llegar aquí Cheherazada, entró la luz del dia en el aposento, y aunque hacia poco que habia empezado, nada mas dijo por aquella noche. A la mañana siguiente continuó asi :



NOCHE LXXXIV.

« Señor, de este modo prosiguió su historia el gran visir Jiafar: « Chemsedin Mohamed creyó que el jorobado deliraba cuando le oyó hablar así, y le dijo : « Quítate de ahí y ponte en pié. — No haré tal, » replicó el jorobado, « á menos que haya salido el sol. Habeis de saber que habiendo venido aquí ayer noche, se me apareció de repente un gato negro, que se fué volviendo tamaño como un búfalo ; no me he olvidado de lo que me dijo ; por lo tanto id á vuestros quehaceres y dejadme en paz. » El visir, en vez de retirarse, cojió al jorobado por los piés y le obligó á quedarse derecho. Entónces el jorobado echó á correr fuera de sí y sin mirar atrás, llegó á palacio, se presentó al sultan de Ejipto y le divirtió mucho refiriéndole cómo le habia tratado el jenio.

« Chemsedin Mohamed volvió al aposento de su hija mas azorado que nunca sobre lo que estaba deseando saber. « Hija alucinada, » le dijo, « ¿ no puedes aclararme mas una aventura que me tiene atónito y caviloso? — Señor, » respondió la jóven, « nada mas puedo añadir, sino lo que ya tuve el honor de deciros. Pero aquí están, » añadió, « los vestidos de mi esposo que ha dejado en este asiento ; quizá os despejarán vuestras confusiones. » Y diciendo estas palabras, presentó el turbante de Bedredin al visir, quien lo cojió, y habiéndolo examinado muy de intento, « Se parece, » dijo, « al turbante de un visir, si no fuera á la moda de Musul. » Pero advirtiendo que habia algo cosido entre tela y forro, pidió unas tijeras, y habiéndolo descosido, halló unos papeles plegados. Era el cuaderno que Nuredin Alí habia dado al morir á su hijo Bedredin, quien lo habia ocultado allí para conservarlo mejor. Chemsedin Mohamed abrió el cuaderno, reconoció la letra de su hermano Nuredin Alí y leyó este título : ***Para mi hijo Bedredin Hasan.*** Antes que pudiera hacer reflexion alguna, su hija le puso en la mano la bolsa que habia hallado debajo del vestido. Abrióla tambien ; y, como ya dije, estaba llena de zequines, porque, á pesar de las liberalidades de Bedredin Hasan, siempre habia quedado llena por el esmero del jenio y de la hada. Leyó estas palabras rotuladas sobre la bolsa : ***Mil zequines pertenecientes al judio Isaac;*** y debajo estas que el Judío habia escrito antes de separarse de Bedredin Hasan : ***Entregados á Bedredin Hasan por el cargamento que me ha vendido del primero de los buques de la pertenencia del difunto Nuredin Alí, su padre, de feliz recordacion, cuando haya llegado á este puerto.*** Apenas acabó esta lectura, cuando prorumpió en un grito y se desmayó. »

Cheherazada queria proseguir ; pero ya era de dia, y el sultan de las Indias se levantó, determinado á saber la conclusion de aquella historia.



NOCHE LXXXV.

Al dia siguiente Cheherazada dijo á Chahriar: « Señor, luego que el visir Chemsedin Mohamed volvió de su desmayo con auxilio de su hija y de las esclavas que habia llamado, « Hija mia, » le dijo, « no estrañes cuanto acaba de sucederme. La causa es tal que apenas podrás darle crédito. Ese esposo que ha pasado la noche contigo es tu primo, el hijo de Nuredin Alí. Los mil zequines que están en esta bolsa me traen á la memoria la contienda que trabó con aquel hermano del alma: sin duda es el regalo de boda que te hace. Loado sea Dios en todo y por todo, y particularmente por esta maravillosa aventura que evidencia tan estremadamente su poderío. » Luego miró la letra de su hermano y la besó repetidas veces, derramando copiosas lágrimas. « ¿Porqué no me es dado, » decia, « ver tambien aquí al mismo Nuredin y reconciliarme con él? »

« Leyó el cuaderno de estremo á estremo: halló las fechas de la llegada de su hermano á Balsora, de su casamiento, del nacimiento de Bedredin Hasan y cuando, despues de haber confrontado estas fechas con las de su enlace y del nacimiento de su hija en el Cairo, hubo admirado la relacion que mediaba entre ellas y reflexionado que su sobrino era su yerno, se arrebató con ímpetus de sumo regocijo. Tomó el cuaderno y el rótulo de la bolsa, y fué á enseñarselos al sultan, quien le perdonó lo pasado, y quedó tan pasmado con aquella historia, que la mandó poner por escrito con todas sus circunstancias para que pasara á la posteridad.

« Sin embargo el visir Chemsedin Mohamed no podia comprender porqué su sobrino habia desaparecido; no obstante esperaba verle llegar á cada momento, y le aguardaba con la mayor impaciencia para abrazarle. Despues de haberle aguardado en balde por espacio de siete dias, le hizo buscar por todo el Cairo; pero no pudo adquirir noticia alguna por muchas pesquisas que hizo, lo cual le causó estremado desasosiego. « He aquí, » esclamaba, « una aventura muy estraña: á nadie le sucedió otro tanto. »

« Con la incertidumbre de lo que podia suceder mas adelante, creyó del caso poner por escrito en qué estado se hallaba entónces su casa, cómo se habia celebrado la boda y estaban alhajadas la sala y la habitacion de su hija. Hizo tambien un lio con el turbante, la bolsa y el vestido de Bedredin, y lo guardó bajo llave.... » Aquí tuvo que suspender su narracion la sultana Cheherazada, y antes del amanecer al dia siguiente, prosiguió así su historia:

NOCHE LXXXVI.

« Señor, el gran visir Jiafar continuó de este modo: « Al cabo de algunos dias, la hija del visir Chemsedin Mohamed advirtió hallarse embarazada, y con efecto dió á luz un hijo terminados los nueve meses. Suministraron una ama de leche al niño, y otras mujeres y esclavas para servirle, y su abuelo le llamó Ajib.

« Cuando el niño llegó à los siete años, el visir Chemsedin Mohamed, en vez de hacerle enseñar à leer en casa, le envió á la escuela con

un maestro que merecia gran reputacion, y dos esclavos estaban encargados de llevarle é ir por él todos los dias. Ajib jugaba con sus compañeros, y como eran todos de una clase inferior á la suya, guardaban con él el mayor miramiento, guiándose en esto por su maestro, quien le disimulaba tal cual desliz que no solia perdonar à los demás. La ciega condescendencia que tenian con Ajib le vició en gran manera, volviéndose altivo é insolente y queriendo que sus compañeros le consintiesen todo, sin que él les consintiese nada. Dominaba siempre, y si alguno se atrevia á oponerse á su voluntad, le decia mil baldones, y á veces no paraba hasta darle golpes. Al fin llegó á ser insufrible para todos sus compañeros, quienes se quejaron de él al maestro. Este les encargó al principio que tuvieran paciencia; pero cuando vió que no hacian mas que insolentar de remate al niño Ajib, aburrido él mismo de las molestias que le daba, les dijo: « Hijos mios, ya veo que Ajib es un insolente. Ya os enseñaré el medio de escarmentarle en términos que no vuelva á molestaros, y aun creo que no volverá mas á la escuela. Mañana cuando llegue y estéis jugando con él, rodeadle todos, y diga uno en alta voz: Queremos jugar, pero es bajo la condicion de que los que jueguen digan su nombre y el de sus padres. Mirarémos como bastardos á todos los que rehusen hacerlo, y no permitirémos que jueguen con nosotros. » El maestro les dió á entender el empacho que iban á causar al niño con aquel arbitrio, y se retiraron á sus casas muy contentos.

« Al dia siguiente, hallándose todos reunidos, no dejaron de hacer lo que el maestro les habia encargado. Rodearon á Ajib, y tomando uno de ellos la palabra, « Juguemos, » dijo, « á un juego; pero bajo la condicion de que no jugará el que no pueda decir su nombre y el de sus padres. » Respondieron todos, y aun el mismo Ajib, corriente. Entónces el que habia hablado les fué preguntando uno por uno, y todos respondieron á satisfaccion, escepto Ajib, que dijo: « Me llamo Ajib, mi madre se llama Reina de hermosura, y mi padre Chemsedin Mohamed, visir del sultan. »

« A estas palabras, todos los niños esclamaron: « ¿Qué es lo que dices? Ajib, ese no es el nombre de tu padre, sino el de tu abuelo. — Malditos seais de Dios, » replicó Ajib enojado; « ¿cómo os atreveis á decir que el visir Chemsedin Mohamed, el visir, no es mi padre? » Los niños prorumpieron en grandes carcajadas: « No, no, es tu abuelo, y no jugarás con nosotros, y aun nos guardarémos de acercarnos á ti. » Y al decir esto, se desviaron de él con mil mofas y continuaron riendo mas y mas entre ellos. Ajib quedó muy apesadumbrado con sus burlas y se echó á llorar.

« El maestro, que estaba escuchando y lo habia oido todo, entró en aquel momento y encarándose con Ajib, « ¿No sabes todavía, » le dijo, « que el visir Chemsedin Mohamed no es tu padre? Es tu abuelo, padre de tu madre la Reina de hermosura. Ignoramos como tú el nombre de tu padre, y solo sabemos que el sultan queria casar á tu madre con un palafrenero jorobado; pero que un jenio pasó con ella la noche. Esto te amarga, y así debe enseñarte á tratar á tus compañeros con menos altivez de la que hasta ahora has usado. »

Amaneció cuando Cheherazada llegaba á este punto, y así dejó para la noche siguiente la narracion de su historia.

NOCHE LXXXVII.

« Señor, el Ajibito, apesadumbrado con el escarnio de sus compañeros, se marchó de la escuela y volvió á casa llorando. Corrió al aposento de su madre la Reina de hermosura, la cual, sobresaltada al verle tan desconsolado, le preguntó el motivo con afan. No pudo contestarle sino con medias palabras y con sollozos, tan en estremo angustiado estaba con su pesar, y solo en repetidas veces pudo referir la causa de su dolor. Cuando hubo acabado, « En nombre de

Dios, madre, « añadió, » decidme quién es mi padre. — Hijo mio, » le respondió, « tu padre es el visir Chemsedin Mohamed que te está abrazando todos los dias. — No me decis la verdad, » repuso el niño, « no es mi padre, sino el vuestro. Pero yo, ¿de quién soy hijo? » A esta pregunta, la Reina de hermosura, trayendo á la memoria la noche de sus desposorios seguida de tan larga viudez, empezó á derramar lágrimas, lamentándose amargamente del malogro de un esposo tan peregrino como Bedredin.

« Mientras la Reina de hermosura lloraba por una parte y Ajib por otra, el visir Chemsedin entró y quiso saber la causa de su desconsuelo. La Reina de hermosura se la dijo, y le refirió el malísimo rato que Ajib habia pasado en la escuela. Aquella narracion conmovió entrañablemente al visir, quien mezcló su propio llanto con aquellas lágrimas, y juzgando que todos hablaban en iguales términos del honor de su hija, prorumpió en ímpetus desesperados. En aquella aprension tan amarga y vehemente, marchó al palacio del sultan, y habiéndose postrado á sus piés, le suplicó humildemente que le permitiera hacer un viaje por las provincias del Levante, y particularmente á Balsora, en busca de su sobrino Bedredin Hasan, diciendo que se le hacia insufrible el rumor de la ciudad sobre que un jenio hubiese dormido con su hija, la Reina de hermosura. El sultan acompañó al visir en su pesar, aprobó su determinacion y le permitió ejecutarla, y aun le hizo estender un pliego, rogando en los términos mas corteses á los príncipes y señores de los lugares en donde pudiera hallarse Bedredin, que consintieran en que el visir se le llevase consigo.

« Chemsedin Mohamed no halló palabras bastante espresivas para dar gracias al sultan por su dignacion. Contentóse con postrarse ante su príncipe por segunda vez; pero las lágrimas que corrian de sus ojos manifestaron bastante su reconocimiento. Por fin se despidió del sultan, despues de haberle deseado toda clase de prosperidades, y de vuelta á su casa, no pensó mas que en disponerse para su viaje. Los preparativos se hicieron con tanta prontitud, que al cabo de cuatro dias marchó acompañado de su hija, la Reina de hermosura y de su nietecito Ajib. »

Cheherazada dejó de hablar en este punto advirtiendo que amanecia. El sultan de las Indias se levantó muy satisfecho de la narracion de la sultana, y determinado á oir la continuacion de su historia. Cheherazada satisfizo su curiosidad á la noche siguiente en estos términos :

NOCHE LXXXVIII.

« Señor, el gran visir Jiafar dijo así al califa Harun Alraschid : « Chemsedin Mohamed tomó el rumbo de Damasco con su hija la Reina de hermosura y su nieto Ajib. Caminaron diez y nueve dias seguidos sin detenerse en sitio alguno; pero al vijésimo, habiendo llegado à una hermosísima pradera poco distante de las puertas de Damasco, se apearon y dieron órden para que se levantaran las tiendas á orillas de un rio que pasa por la ciudad y ameniza sus alrededores.

« El visir Chemsedin Mohamed manifestó que deseaba permanecer dos dias en aquel precioso paraje, y que al tercero proseguiria su viaje; no obstante, permitió á los que le acompañaban que fueran á Damasco. Casi todos se valieron de aquel permiso; unos llevados de la curiosidad de ver una ciudad de la que habian oido hablar tan aventajadamente, y otros para vender mercancías de Ejipto que llevaban consigo, ó comprar telas y curiosidades del país. La Reina de hermosura, deseando que su hijo Ajib tuviera tambien la satisfaccion de pasearse por aquella ciudad famosa, mandó al eunuco negro que servia de ayo al niño, que le acompañara y tuviera cuidado de que no le sucediera desman alguno.

« Ajib, magníficamente vestido, marchó con el eunuco, quien llevaba en la mano un grueso baston. Apenas hubieron entrado en la ciudad, cuando Ajib, que era como un sol, llamó la

atencion de todos; unos salian de sus casas para verle mas de cerca, otros se asomaban á las ventanas, y los que pasaban por las calles no se contentaban con detenerse á mirarle, sino que le acompañaban, para lograr el gusto de contemplarle por mas tiempo. Finalmente no habia uno que no le admirase y echase mil bendiciones á los padres que tan hermoso niño habian enjendrado. El eunuco y él llegaron por casualidad al umbral de la tienda de Bedredin Hasan, y allí se vieron rodeados de tal jentío que les fué forzoso detenerse.

« El pastelero que habia prohijado á Bedredin Hasan habia muerto años atrás, dejándole, como á su heredero, su tienda y todos sus bienes. Bedredin era entónces amo de la tienda y ejercia tan primorosamente la profesion de pastelero, que gozaba de mucha reputacion en Damasco. Viendo que tanta jente reunida delante de su puerta miraba atentamente á Ajib y al eunuco negro, se puso tambien á mirarlos. »

Al llegar aquí Cheherazada, calló porque ya era de dia, y Chahriar se levantó muy deseoso de saber lo que ocurrira entre Ajib y Bedredin. La sultana satisfizo su afan al acabarse la noche siguiente, en que volvió á proseguir así:

NOCHE LXXXIX.

« Bedredin Hasan, » dijo el visir Jiafar, « habiendo echado una mirada á Ajib, se sintió conmovido sin saber porqué. No le pasmaba como á los demás la peregrina hermosura de aquel niño: su turbacion provenia de otra causa, para él muy recóndita: era la fuerza de la sangre que obraba en aquel tierno padre, el cual, dejando sus quehaceres, se acercó á Ajib y le dijo en acento persuasivo: « Señorito mio, hacedme el favor de entrar en mi tienda y comer algo, para que tenga el gusto de estaros contemplando á mi espacio. » Pronunció estas palabras con tanta ternura que le asomaron las lágrimas á los ojos. El Ajibíto se sintió enternecido, y volviéndose al eunuco, « Este buen hombre, » le dijo, « tiene una fisonomía que me cautiva, y me habla de un modo tan cariñoso que no puedo menos de complacerle. Entremos en su casa, y comamos de sus pasteles. — ¡Por cierto, » le dijo el esclavo, « que seria bonito ver al hijo de un visir comiendo en la tienda de un pastelero! No permitiré semejante desdoro.—A la verdad, señorito, » esclamó entónces Bedredin Hasan, « muy crueles son los que os confian á un hombre que os trata con tanto despego. » Luego encarándose con el eunuco, « Amigo mio, » añadió, « no estorbeis á este jóven el que me conceda el favor que le pido. No me deis tan malísimo rato. Hacedme el honor de entrar vos mismo con él en mi tienda, y asi manifestaréis que si en el esterior sois moreno como una castaña, sois interiormente blanquísimo como ella. ¿Sabeis, » prosiguió, « que tengo un secreto para volveros de negro blanco? » A estas palabras, el eunuco se echó á reir y preguntó á Bedredin qué secreto era aquel. « Voy á decíroslo, » respondió. Y al punto le recitó unos versos en alabanza de los eunucos negros, diciendo que por su ministerio estaba seguro el honor de los sultanes, príncipes y grandes. El eunuco quedó prendado de aquellos versos, y cediendo á los ruegos de Bedredin, dejó que Ajib entrara en la tienda, acompañandole él mismo.

« Gozosísimo Hasan con su logro, volviéndose á su faena, « Estaba haciendo, » les dijo, « pasteles de crema; es preciso que los probeis, y estoy seguro de que los hallaréis escelentes, porque mi madre, que es primorosa en este particular, me enseñó á hacerlos, y todas las casas de esta ciudad se surten de mi tienda. » Tras estas palabras, sacó del horno un pastel de crema, y despues de haberlo salpicado de granada y azúcar, se lo sirvió á Ajib, quien lo tuvo por esquisito. El eunuco, á quien Bedredin presentó otro, fué del mismo parecer.

« Mientras estaban ambos comiendo, Bedredin Hasan contemplaba atentamente á Ajib, y representándosele al mirarle que acaso tenia un hijo semejante de la bella esposa de quien habia sido tan pronta y cruelmente separado, aquella



aprension le hizo prorumpir en lágrimas. Trataba de ir haciendo preguntas al Ajibito relativamente á su viaje á Damasco; pero el niño no tuvo tiempo de satisfacer su curiosidad; porque el eunuco, que le instaba á que volviera á las tiendas de su abuelo, se le llevó luego que hubo comido. Bedredin Hasan no se contentó con seguirlos con la vista, pues cerró su tienda prontamente y marchó tras ellos. »

Cheherazada suspendió su narracion en este punto, porque ya asomaba el dia. Chahriar se levantó determinado á oirla hasta la conclusion, dejando vivir hasta entónces á la sultana.

NOCHE XC.

A la mañana siguiente, antes que amaneciera, Dinarzada despertó á su hermana, quien prosiguió así su historia: « Bedredin Hasan, » dijo el visir Jiafar, « corrió pues en pos de Ajib y el eunuco, y los alcanzó antes que hubiesen llegado á la puerta de la ciudad. El eunuco, advirtiendo que los seguia, le mostró su estrañeza. « Importunísimo sois ya, » le dijo enojado, « ¿qué quereis? — Mi buen amigo, » le respondió Bedredin, « no os enfadeis: tengo fuera de la ciudad cierta dilijencia pendiente, de que ahora me he acordado, y á la que es preciso que acuda. » Esta respuesta no satisfizo al eunuco, quien volviéndose á Ajib, le dijo: « Vos teneis la culpa de todo; ya preveia yo que me arrepentiria de mi condescendencia; habeis querido entrar en la tienda de este hombre, y yo fuí un imprudente en permitíroslo. — Cabe, » dijo Ajib, « que con efecto tenga algun negocio fuera de la ciudad, y los caminos están francos para to-

dos. » Al decir esto, siguieron andando sin mirar atrás, hasta que habiendo llegado junto á las tiendas del visir, se volvieron para ver si Bedredin los iba siguiendo todavía. Entónces Ajib, observando que estaba á dos pasos de él, se coloreó alternativamente de encarnado y pálido, segun los varios movimientos que le azoraban. Temia que el visir, su abuelo, llegase á saber que habia entrado en la tienda de un pastelero y que habia comido pasteles, y así cojiendo una piedra bastante gruesa que se hallaba cerca, se la tiró, y acertándole en la frente, le cubrió de sangre; luego echando á correr, se escapó á las tiendas con el eunuco, quien dijo á Bedredin Hasan que no debia quejarse de aquella desgracia, pues la tenia merecida y él mismo se la habia acarreado.

« Bedredin tomó el camino de la ciudad, atajando la sangre de la herida con el mandil que llevaba ceñido. « Hice mal, » decia para consigo, « en desamparar mi casa para molestar á este niño; porque solo me ha malparado, creido de que yo ideaba algun intento aciago para él. » Habiendo llegado á su casa, se mandó curar y se consoló de aquella ocurrencia, reflexionando que habia en la tierra jentes mucho mas desgraciadas que él. »

Calló la sultana de las Indias, cuando asomó el dia, y Chahriar se levantó compadeciendo á Bedredin é impaciente por saber la continuacion de aquella historia.

NOCHE XCI.

Antes de acabarse la noche siguiente, Cheherazada dijo al sultan de las Indias: « Señor, el gran visir Jiafar prosiguió así la historia de Bedredin Hasan: « Bedredin continuó ejerciendo la profesion de pastelero en Damasco, y su tio Chemsedin Mohamed se marchó de allá tres dias despues de su llegada. Tomó el camino de Emesa, pasó á Hamah, y desde allí á Alepo, en donde se detuvo dos dias. Desde Alepo cruzó el Eufrates, entró en la Mesopotamia, y habiendo atravesado Mardin, Musul, Seniar, Diarbekir y otras muchas ciudades, llegó finalmente á Balsora y pidió audiencia al sultan, quien se la concedió, cuando supo la encumbrada jerarquía de Chemsedin Mohamed. Acojióle amistosamente y le preguntó la causa de su viaje á Balsora. « Señor, » respondió el visir Chemsedin Mohamed, « he venido en busca de noticias relativas al hijo de Nuredin Alí, mi hermano, que tuvo el honor de servir á vuestra majestad. — Hace tiempo que falleció Nuredin Alí, » replicó el sultan. « Por lo que toca á su hijo, todo cuanto podrán deciros es que á los dos meses de la muerte de su padre, desapareció de repente, y que nadie le ha visto desde entónces, por grande que haya sido el afan con que le he hecho buscar; pero su madre, que es hija de uno de mis visires, vive todavía. » Chemsedin Mohamed le pidió permiso para verla y llevarla consigo á Ejipto, y consintiendo en ello el sultan, no quiso diferir para el dia siguiente el tener aquella satisfaccion, y haciendo que le mostrasen su vivienda, pasó al punto á ella, acompañado de su hija y de su nieto.

« La viuda de Nuredin Alí residia en la casa donde habia vivido su marido hasta su muerte. Era un hermoso edificio, eleganteme..te construido y adornado con columnas de mármol; pero Chemsedin Mohamed no se paró á considerarlo. A su llegada besó la puerta y una lápida en que estaba estampado en letras de oro el nombre de su hermano. Preguntó por su cuñada, y los criados le dijeron que se hallaba en un pequeño edificio en forma de cúpula, que le enseñaron en medio de un patio muy espacioso. Con efecto, aquella tierna madre solia pasar la mayor parte del dia y de la noche en el edificio que habia mandado construir, para representar el sepulcro de Bedredin Hasan, á quien creia muerto despues de haberle aguardado en balde durante tanto tiempo. Hallábase entónces ocupada en llorar á aquel hijo querido, y Chemse-

din Mohamed la encontró sumida en amarguísimo desconsuelo.

« Saludóla con todo acatamiento, y habiéndole suplicado que suspendiera sus lágrimas, le dijo que era su cuñado y el motivo que le habia obligado á marchar del Cairo y pasar á Balsora.»

Al acabar estas palabras, Cheherazada suspendió su narracion, por ser ya de dia, y la prosiguió de este modo antes de concluirse la noche siguiente:



NOCHE XCII.

« Chemsedin Mohamed, » dijo el visir Jiafar, « habiendo enterado á su cuñada de lo ocurrido en el Cairo en la noche del desposorio de su hija, y contado la estrañeza que le causaba el hallazgo del cuaderno cosido en el turbante de Bedredin, le presentó Ajib y la Reina de hermosura.

« Cuando la viuda de Nuredin Alí, que habia permanecido sentada como una mujer que ya no tomaba parte en los negocios del mundo, hubo comprendido que el hijo querido que tanto lloraba podia estar aun vivo, se levantó y abrazó á la Reina de hermosura y á su hijo Ajib, en quien reconoció las facciones de Bedredin, prorumpiendo en lágrimas de muy diverso jaez de las que antes derramaba. No podia cansarse de dar besos al niño, quien por su parte recibia sus caricias con todas las demostraciones de regocijo que le eran dables. « Señora, » dijo Chemsedin Mohamed, « ya es hora que pongais término á vuestro dolor y que enjugueis vuestras lágrimas: preciso es que os dispongais á venir con nosotros á Ejipto. El sultan de Balsora me permite que os lleve, y no dudo que os avendréis á mi intento. Vivo esperanzado de hallar por fin á vuestro hijo y mi sobrino, y si esto sucede, su historia, la vuestra, la de mi hija y la mia, merecerán celebrarse y llegar á la posteridad mas remota. »

« La viuda de Nuredin Alí oyó gustosa aquella propuesta, y al punto mandó hacer los preparativos de su viaje. Entretanto Chemsedin Mohamed pidió una segunda audiencia, y habiéndose despedido del sultan, quien le honró con mil finezas y le dió un mágnífico presente y otro aun mas rico para el sultan de Ejipto, se marchó de Balsora, y otra vez siguió el camino de Damasco.

« Cuando estuvo cerca de aquella ciudad, mandó levantar las tiendas fuera de la puerta por donde debia entrar, y dijo que se detendria tres dias para que descansaran las acémilas y comprar cuanto hallase mas peregrino y merecedor de presentarlo al sultan de Ejipto.

« Mientras estaba embargado en ir entresacando las mas hermosas telas que le habian traido á su tienda los principales mercaderes, Ajib rogó al eunuco negro, su ayo, que le llevara á pasear por la ciudad, diciendo que deseaba ver cuanto habia visto antes muy de paso, y que tendria gusto en saber noticias del pastelero á quien habia tirado una piedra. Vino en ello el eunuco, y marchó con él á la ciudad, obtenido el beneplácito de su madre, la Reina de hermosura.

« Entraron en Damasco por la puerta del Paraiso, que era la mas inmediata á las tiendas del visir Chemsedin Mohamed. Recorrieron todas las plazas, sitios públicos y privados en que se vendian las mas ricas mercancías, y vieron la antigua mezquita de los Omíades (1) cuando el jentío se iba agolpando para hacer la oracion (2) entre el mediodía y el ponerse el sol. Luego pasaron delante de la tienda de Bedredin Hasan, á quien hallaron otra vez afanado en trabajar pasteles de crema. « Os saludo, le dijo Ajib, « miradme. ¿Os acordais de haberme visto? « A estas palabras, Bedredin le echó una mirada, y conociéndole (¡O efecto asombroso del amor paterno!), sintió las mismas corazonadas que la primera vez; se turbó, y en vez de responderle, enmudeció por largo rato. Sin embargo, habiendo vuelto en sí, « Señorito mio, » le dijo, « hacedme otra vez la merced de entrar en mi tienda con vuestro ayo y probaréis otro pastel de crema. Os suplico que me perdoneis la molestia que os causé siguiéndoos fuera de la ciudad; no era dueño de mí, ni sabia lo que me

(1) La célebre mezquita de los Omíades, uno de los mas hermosos edificios del Asia, fué construida por órden del califa Walid I quien echó los cimientos sobre las ruinas de la antigua iglesia de san Juan Bautista. Doce mil operarios estuvieron trabajando por espacio de quince años en aquel magnífico edificio, que costó cinco millones seiscientos mil dinares (doscientos veinte y cuatro millones de reales). Empleáronse en su construccion los arquitectos mas hábiles de los estados del califa y del imperio griego. Seiscientas lámparas colgadas con cadenas de oro despedian tan intenso resplandor, que causaban distracciones á los Musulmanes; motivo por el cual quedaron reemplazadas posteriormente con lámparas de hierro.

(2) Esta oracion se hace todo el año, dos horas y media antes de ponerse el sol.

hacia; me arrastrabais tras vos, sin que pudiera resistir á tan entrañable impulso. »

Aquí dejó de hablar Cheherazada por ser ya de dia; pero á la mañana siguiente prosiguió en estos términos :

NOCHE XCIII.

« Caudillo de los creyentes, » dijo el visir Jiafar, « Ajib, pasmado al oir lo que le decia Bedredin, respondió : « Hay esceso en la amistad que me manifestais, y no quiero entrar en vuestra tienda hasta que os hayais comprometi- « haré todo cuanto me mandeis. » A estas palabras, Ajib y el eunuco entraron en la tienda.

« Bedredin les sirvió al punto un pastel de crema, que no era menos delicado y esquisito que el anterior. « Venid, le dijo Ajib, « sentaos



do con juramento á no seguirme cuando salga. Si lo prometeis y sois hombre de palabra, os volveré á ver mañana, mientras el visir mi abuelo compra los regalos para el sultan de Ejipto. — Señorito mio, » replicó Bedredin Hasan, junto á mí y comed con nosotros. » Bedredin se sentó y quiso abrazar á Ajib para manifestarle el gozo que le cabia al verse á su lado; pero Ajib le rechazó diciéndole : Estaos quieto, vuestra amistad se enardece en demasía. Conten-

taos con mirarme y conversar.» Obedeció Bedredin y se puso á entonar una cancion, cuyas palabras compuso de repente, en alabanza de Ajib; no comió y no hizo mas que servir á sus huéspedes. Cuando hubieron acabado de comer, les presentó agua para lavarse, y una tohalla muy blanca para enjugarse las manos. Despues tomó un vaso de sorbete y les preparó una gran taza en la que puso nieve muy limpia, y presentándosela á Ajib, «Tomad,» le dijo, «es un sorbete (1) de rosa y el mas delicioso que se puede hallar en toda la ciudad; nunca habeis probado regalo mas precioso.» Ajib bebió con mucho gusto, y luego Bedredin Hasan presentó la taza al eunuco, quien la vació hasta la última gota.

«Finalmente Ajib y su ayo, satisfechos, dieron gracias al pastelero de haberlos agasajado con aquel estremo, y se retiraron prontamente porque era ya algo tarde. Llegaron á la tienda de Chemsedin Mohamed y se encaminaron primeramente á la de las damas. La abuela de Ajib se alegró al verle, y como tenia siempre en la mente á su hijo Bedredin, no pudó contener sus lágrimas al abrazar á Ajib. » ¡Ay hijo mio, « le dijo, «mi gozo seria cabal, si tuviera el gusto de abrazar á tu padre Bedredin Hasan como te estoy abrazando.» Iba á ponerse entónces á la mesa para cenar; le hizo sentar á su lado, con muchas preguntas acerca de su paseo, y diciéndole que debia tener apetito, le sirvió un pedazo de un pastel de crema, que ella misma habia hecho y que era escelente, porque ya se ha dicho que los sabia hacer mejor que los mas afamados pasteleros. Tambien presentó un pedazo al eunuco; pero así él como Ajib habian comido tanto en casa de Bedredin, que ni siquiera lo probaron.»

Amaneció, y Cheherazada suspendió su narracion hasta la noche siguiente, que prosiguió en estos términos:

NOCHE XCIV.

«Ajib, apenas tocó al pedazo de pastel que su abuela le habia presentado, cuando aparentando no ser de su gusto, lo dejó entero; y Chaban (2), que así se llamaba el eunuco, hizo otro tanto. La viuda de Nuredin Alí advirtió con pesar que su nieto hacia poco caso de su pastel. «¡Cómo, hijo mio,» le dijo, «es posible que así desprecies la obra de mis propias manos! Sabe que nadie en el mundo es capaz de hacer tan buenos pasteles de crema, escepto tu padre Bedredin Hasan, á quien enseñé el arte de hacerlos iguales. — ¡Ah! mi buena abuela,» esclamó Ajib, «permitidme que os diga que si no los haceis mejores, hay un pastelero en esta ciudad que os aventaja en ese arte: acabamos de comer en su tienda uno que estaba mucho mejor que este.»

«A estas palabras; la abuela mirando de reojo al eunuco, «¿Cómo, Chaban?» le dijo enojada, «¿os han confiado la custodia de mi nieto para que le lleveis á casa de los pasteleros como un mendigo? — Señora,» respondió el eunuco, «es cierto que nos hemos estado conversando un rato con un pastelero; pero no hemos comido en su tienda. — Sí tal,» interrumpió Ajib, «entramos en su casa y comimos un pastel de crema.» La dama, todavía mas enojada que antes contra el eunuco, se levantó prontamente de la mesa, y corrió á la tienda de Chemsedin Mohamed, á quien dió parte de la demasía del eunuco, en términos mas propios para enojar al visir contra el delincuente que para hacerle disimular su yerro.

«Chemsedin Mohamed, que era naturalmente arrebatado, no perdió tan buena ocasion de encolerizarse. Pasó al punto á la tienda de su cuñada y dijo al eunuco. «¿Cómo, desastrado, has tenido el atrevimiento de abusar de la confianza que hice de tí?» Chaban, aunque bas-

(1) El sorbete ó *scherbet*, como pronuncian los Arabes, es una bebida compuesta de zumo de limon ó de otras frutas, azúcar y agua, en la que se deshacen algunos dulces perfumados.

(1) Los Mahometanos dan comunmente este nombre á los eunucos negros.

tante convicto por el testimonio de Ajib, tomó el partido de negar otra vez el hecho; pero sosteniendo el niño lo contrario, decia: « Abuelo, os aseguro que hemos comido tanto uno y otro, que no necesitamos cenar, y aun el pastelero nos ha querido agasajar además con una gran taza de sorbete. — ¡Y bien, pícaro esclavo! » esclamó el visir, volviéndose al eunuco, « ¿aun no quieres confesar que ambos entrasteis en casa de un pastelero y que habeis comido allí? » Chaban volvió á jurar descaradamente que no era verdad. « Eres un mentiroso, » le dijo entónces el visir, « y doy mas crédito á mi nieto que á ti. Sin embargo, si te comes todo ese pastel de crema que está sobre la mesa, quedaré persuadido de que dices verdad. »

« Aunque Chaban se habia llenado hasta el gargüero, se sujetó á esta prueba y tomó un pedazo del pastel; pero tuvo que arrojarlo de la boca, porque le entraron náuseas. No obstante siguió mintiendo y dijo que habia comido tanto la víspera, que aun no le habia vuelto el apetito. El visir, enojado con las mentiras del eunuco y convencido de que era delincuente, mandó que le tendiesen en el suelo y le dieran de palos. El desgraciado dió grandes alaridos al sufrir este castigo y confesó la verdad. « Es cierto, » esclamó, « que hemos comido un pastel de crema en casa de un pastelero, y era cien veces mejor que el que está sobre la mesa. »

« La viuda de Nuredin Alí creyó que Chaban ensalzaba la habilidad del pastelero solo por enojo contra ella y para apesadumbrarla; por lo tanto, dirijiéndose á él le dijo: « No puedo creer que los pasteles de crema de ese pastelero sean mas esquisitos que los mios. Quiero cerciorarme de ello; sabes donde vive, y así vete á su casa y tráeme al punto uno. » Hablando así, dió dinero al eunuco para que comprara el pastel, y este se marchó á la ciudad. Habiendo llegado á la tienda de Bedredin « Buen pastelero, » le dijo, « dadme un pastel de crema, pues una de nuestras damas desea probarlos. » Casualmente los habia entónces que salian del horno; Bedredin escojió el mejor, y dándoselo al eunuco, « Tomad este, » le dijo, « os respondo de que es escelente, y puedo aseguraros que nadie es capaz de hacerlos iguales, sino mi madre, que quizá vive todavía. »

Chaban regresó prontamente á las tiendas con el pastel de crema y lo presentó á la viuda de Nuredin, quien lo tomó con afan. Cortó un pedazo para comerlo; pero apenas lo hubo metido en la boca, cuando dió un gran grito y cayó desmayada. Chemsedin Mohamed, que estaba presente, se quedó atónito con la ocurrencia. Roció él mismo con agua el rostro de su cuñada y se afanó en asistirla. Luego que volvió en sí, « ¡O cielos! » esclamó, « sin duda debe ser mi hijo, mi querido Bedredin, el que hizo este pastel. »

Cuando Cheherazada llegaba á este punto, empezó á amanecer. El sultan de las Indias se levantó para decir sus oraciones y celebrar consejo, y á la noche siguiente la sultana continuó así la historia de Bedredin Hasan:

NOCHE XCV.

« Cuando el visir Chemsedin Mohamed oyó decir á su cuñada que debia de ser Bedredin Hasan el que habia hecho el pastel de crema que el eunuco acababa de traer, sintió una alegría imponderable; pero reflexionando que era sin fundamento y que segun todas las muestras debia ser equivocada la suposicion de la viuda de Nuredin, le dijo: « Pero, señora, ¿porqué creeis eso? ¿No puede hallarse un pastelero que sepa hacer tan bien los pasteles de crema como vuestro hijo? — Convengo, » respondió la viuda, « en que habrá pasteleros capaces de hacerlos tan buenos; pero como yo los hago de un modo particular y nadie sabe el secreto sino mi hijo, fuerza es que sea él quien lo hizo. Alegrémonos, hermano mio, » añadió con alborozo, « al fin hemos hallado lo que buscamos y anhelamos tanto tiempo hace. — Señora, » replicó el visir, « os ruego que modereis vuestros ímpetus; pronto sabrémos á que atenernos. Mandarémos bus-

car al pastelero. Si es Bedredin Hasan, fácilmente le conoceréis así vos como mi hija. Pero es preciso que ambas os oculteis y le veais sin ser vistas, porque no quiero que nuestro reconocimiento se verifique en Damasco. Es mi ánimo dilatarlo hasta que estemos de vuelta en el Cairo, y allí os daré un consejo muy agradable.»

«Al terminar estas palabras, dejó á las damas en su tienda y pasó á la suya. Allí mandó venir cincuenta sirvientes y les dijo: «Tomad cada uno un palo y seguid á Chaban, quien os conducirá á casa de un pastelero de esta ciudad. Luego que llegueis, romped y despedazad todo cuanto halleis en su tienda; si os pregunta porqué cometeis aquel descalabro, preguntadle solamente si es ó no quien hizo el pastel de crema que fueron á buscar á su casa. Si os responde que sí, apoderaos de él, atadle y traédmelo; pero guardaos de golpearle ni hacerle el menor daño. Idos y no perdais tiempo.»

«El visir fué prontamente obedecido; sus criados, armados con garrotes y capitaneados por el eunuco negro, llegaron prontamente á casa de Bedredin Hasan, en donde rompieron platos, cazos, mesas y todos los demás muebles y utensilios que hallaron é inundaron la tienda de sorbete, crema y dulces. A esta vista, Bedredin Hasan, todo despavorido, les dijo con voz lastimera: «¿Qué es eso, buenas jentes? ¿porqué me atropellais así? ¿De qué se trata, qué he hecho? — ¿No eres tú,» le dijeron, «el que hiciste el pastel de crema que vendiste á este eunuco? — Sí, soy yo mismo,» respondió; «¿qué tienen que decir? Desafío á cualquiera que lo haga mejor.» Pero en vez de responderle, continuaron rompiéndolo todo, y ni siquiera respetaron el horno.

«Sin embargo los vecinos acudieron al estruendo, y pasmados al ver cincuenta hombres armados cometiendo semejante estrago, preguntaban la causa de tamaña tropelía. Bedredin preguntó otra vez á los desaforados: «Por favor, decidme, ¿qué crimen he cometido para que rompais todo cuanto poseo? ¿No eres tú,» respondieron, «el que hiciste el pastel de crema vendido á este eunuco? — Sí, soy yo,» repuso Bedredin; «sostengo que era bueno, y no merezco que me trateis injustamente como lo haceis.» Asiéronle sin escucharle, y habiéndole quitado la tela del turbante, se valieron de ella para maniatarlo, y luego sacándole por fuerza de la tienda, se le llevaron.

«La vecindad, agolpada y compadecida de Bedredin, quiso oponerse á lo que intentaban los criados de Chemsedin Mohamed; pero llegarón en aquel punto algunos oficiales del gobernador de la ciudad, que separaron al pueblo y favorecieron la prision de Bedredin, porque Chemsedin Mohamed habia ido á casa del gobernador de Damasco á informarle de la órden que habia dado y pedirle auxilio, lo cual aquel que mandaba en toda la Siria en nombre del sultan de Ejipto no habia podido negar al visir de su amo. Llevaban pues á Bedredin, á pesar de sus lágrimas y alaridos...»

Nada mas pudo decir Cheherazada porque asomó el dia; pero á la noche siguiente prosiguió su narracion y dijo al sultan de las Indias:

NOCHE XCVI.

«Señor, así continuó el visir Jiafar, dirijiéndose al califa: «Por mas que Bedredin Hasan preguntaba por el camino á las personas que le llevaban qué era lo que habian hallado en su pastel de crema, estos no le contestaban. Al fin llegó á las tiendas, donde le hicieron aguardar hasta que Chemsedin Mohamed volvió de casa del gobernador de Damasco.

«Luego que regresó, el visir preguntó por el pastelero y se lo trajeron. «Señor,» le dijo Bedredin, anegados los ojos en llanto, «hacedme el favor de decirme en qué os ofendí. — ¡Ah desdichado!» respondió el visir, «¿no eres tú el que hiciste el pastel de crema que me enviaste? — Confieso que soy yo,» repuso Bedredin: «¿qué crímen hay en ello? — Te castigaré como mereces,» replicó Chemsedin Mohamed, «y te costará la vida el haber hecho

un pastel tan malo. — ¡Cielo santo!» esclamó Bedredin, «¡qué es lo que oigo! ¿Es acaso un crímen que merezca la muerte el haber hecho un pastel malo? — Sí,» dijo el visir, «y no debes esperar que te trate de otro modo.»

«Mientras que así estaban conversando, las damas que estaban ocultas observaban atentamente á Bedredin, á quien no tuvieron dificultad en conocer, á pesar de los años que habian mediado desde que le habian visto. El gozo que les cupo fué tan estremado, que cayeron desmayadas, y cuando hubieron vuelto en sí, querian ir á arrojarse á los brazos de Bedredin; pero la palabra que habian dado al visir de no presentarse enfrenó los impulsos mas entrañables de la naturaleza.

«Como Chemsedin Mohamed habia determinado marcharse aquella misma noche, mandó recojer las tiendas y disponer los carruajes para emprender el viaje, y con respecto á Bedredin, mandó que le metieran en una jaula bien cerrada y le colocasen encima de un camello. Luego que todo estuvo dispuesto, el visir y su comitiva se pusieron en marcha. Caminaron el resto de la noche y el dia siguiente sin detenerse, y solo hicieron alto á la caida de la tarde. Entónces sacaron á Bedredin Hasan de la jaula para que tomara algun alimento; pero cuidando de tenerle desviado de su madre y de su mujer, y durante veinte dias que duró el viaje, le trataron del mismo modo.

«Al llegar al Cairo, acamparon fuera de la ciudad por órden del visir Chemsedin Mohamed, quien mandó que le trajeran á Bedredin, delante del cual dijo á un carpintero que habia enviado á llamar: «Vete á buscar madera y levanta al punto una horca. — ¡Ay de mí! señor,» dijo Bedredin, «¿qué quereis hacer con ella? — Colgarte,» replicó el visir, «y luego pasearte por todos los barrios de la ciudad, para que vean en tu persona un indigno pastelero que hace pasteles de crema sin ponerles pimienta.» A estas palabras, Bedrédin Hasan esclamó de un modo tan gracioso que Chemsedin Mohamed tuvo trabajo en conservar su formalidad: «¡Cielo santo! ¡Con que me quieren sentenciar á una muerte tan cruel como ignominiosa por no haber puesto pimienta en un pastel de crema!»

Aquí llegaba Cheherazada, cuando advirtiendo que era de dia, dejó de hablar. Chahriar se levantó riéndose del sobresalto de Bedredin, y muy deseoso de saber la continuacion de aquella historia, que la sultana prosiguió de este modo á la mañana siguiente:

NOCHE XCVII.

«Señor, el califa Harun Alraschid, á pesar de su gravedad, no pudo dejar de reirse, cuando el visir Jiafar le dijo que Chemsedin Mohamed amenazaba ahorcar á Bedredin por no haber puesto pimienta en el pastel de crema que habia vendido á Chaban. «¡Como!» decia Bedredin, «¡me han roto todo cuanto tenia en mi casa, me han metido en una jaula, y finalmente se afanan por colgarme, y todo esto porque no puse pimienta en un pastel de crema! ¡Dios mio! ¿quién oyó jamás hablar de semejante rareza? ¿Son estas acciones de Musulmanes, de personas que se jactan de probidad y justicia y que pratican toda clase de obras buenas?» Y diciendo esto lloraba amargamente, y luego renovando sus quejas, «No,» añadia, «nunca fué tratado viviente alguno con tanta injusticia y atropellamiento. ¿Es posible que haya quien sea capaz de quitar la vida á un hombre por no haber puesto pimienta en un pastel de crema? Malditos sean todos los pasteles y la hora en que nací. ¡Ojalá hubiera muerto en aquel momento!»

«El inconsolable Bedredin no cesó de lamentarse, y cuando trajeron la horca, prorumpió en agudísimos gritos. «¡Oh cielos!» dijo, «¡podeis consentir que muera de un modo tan infame y doloroso! ¿Y esto por qué crímen? No es por haber robado, asesinado ó renegado mi relijion, sino por no haber puesto pimienta en un pastel de crema.»

« Como la noche estaba ya adelantada, el visir Chemsedin Mohamed mandó que volvieran á meter á Bedredin en la jaula y le dijo : « Quédate ahí hasta mañana; no pasará el dia sin que te mande ahorcar. » Llevaron la jaula y la colocaron sobre el camello que le habia traido desde Damasco. Cargaron al mismo tiempo las demás acémilas, y el visir habiendo montado á caballo, mandó que marchara delante el camello que llevaba á su sobrino, y entró en la ciudad acompañado de su comitiva. Despues de haber atravesado varias calles por donde nadie pasaba, porque todo el vecindario estaba ya recojido, llegó á su casa y mandó descargar la jaula, prohibiendo que la abriesen hasta que él lo mandara.

« Mientras descargaban las demás acémilas, llamó á parte á la madre de Bedredin Hasan y á su hija, y volviéndose á esta, « Loado sea Dios, hija mia, » le dijo, « que nos ha hecho hallar tan afortunadamente á tu primo y marido. Sin duda te acordarás como estaba dispuesto tu aposento la primera noche de tus bodas. Vete, manda que lo arreglen todo como estaba entónces, y dado caso que no te acuerdes, yo supliré con los apuntes que mandé tomar. Por mi parte voy á cuidar de lo demás. »

« La Reina de hermosura fué á ejecutar alborozadamente cuanto su padre acababa de mandarle, y este empezó á disponerlo todo en la sala del mismo modo que se hallaba cuando Bedredin Hasan habia visto al palafrenero jorobado del sultan de Ejipto. Al paso que iba leyendo sus apuntes, los criados ponian cada mueble en su lugar. No se olvidaron del trono, ni tampoco de las hachas encendidas, y cuando estuvo todo dispuesto en la sala, el visir entró en el aposento de su hija y colocó en un asiento el vestido de Bedredin y la bolsa de los zequines. Hecho esto, le dijo á la Reina de hermosura : « Desnúdate, hija mia, y acuéstate, y cuando entre Bedredin, quéjate de que ha estado mucho tiempo fuera y dile que has estrañado sobremanera no hallarle á tu lado al despertarte. Instale para que se vuelva á la cama, y mañana nos divertirás contándonos lo que haya ocurrido entre vosotros. » A estas palabras, salió del aposento de su hija y dejó que se acostase. »

Cheherazada queria proseguir su narracion ; pero hubo de suspenderla porque ya amanecia.

NOCHE XCVIII.

Antes de acabarse la noche siguiente, el sultan de las Indias, que estaba muy impaciente por saber el desenlace de la historia de Bedredin, despertó á Cheherazada y le dijo que prosiguiera, lo cual ejecutó en estos términos : « Chemsedin Mohamed, » dijo el visir Jiafar al califa, « mandó que salieran de la sala todos los criados que en ella habia, y que se marcharan, escepto dos ó tres á quienes mandó quedarse. Encargóles que fueran á sacar á Bedredin de la jaula, que lo pusieran en camisa y y calzoncillos y le llevaran á la sala en donde le dejarian solo y cerrarian la puerta.

« Bedredin Hasan, aunque oprimido de dolor, se habia quedado dormido, de modo que los criados del visir le hubieron sacado de la jaula y puesto en camisa y calzoncillos antes que se despertara, y le trasportaron á la sala con tanta prontitud, que no le dieron tiempo de volver en sí. Cuando se vió solo en la sala, tendió la vista por todas partes, y trayéndole á la memoria los objetos que estaba viendo el recuerdo de sus bodas, advirtió con asombro que era la idéntica sala en que habia visto al palafrenero jorobado. Aumentóse su pasmo, cuando acercándose á la puerta de un aposento que estaba entreabierta vió dentro su vestido en el mismo asiento en que se acordaba de haberlo dejado la noche de sus bodas. « ¡ Santos cielos ! » dijo restregándose los ojos, « ¿ estoy despierto ó dormido ? »

« La Reina de hermosura, que le estaba observando, despues de haberse divertido con sus estrañezas, descorrió de improviso las cortinas

de la cama, y asomando la cabeza, « Mi querido dueño,» le dijo con acento cariñoso, « ¿qué haceis á la puerta? Volved á acostaros. Bastante tiempo habeis estado fuera. Quedé atónita al despertarme de no hallaros á mi lado. » Bedredin Hasan se inmutó, cuando conoció que la dama que le hablaba era aquella hermosa jóven con quien se acordaba de haber dormido. Entró en el aposento; pero en vez de encaminarse hácia el lecho, como estaba allá embargado con las especies de cuanto le habia sucedido durante diez años, no pudiendo persuadirse que todos aquellos acontecimientos hubiesen ocurrido en una sola noche, se acercó al asiento en donde estaban sus vestidos y la bolsa de zequines, y habiéndolos examinado con sumo ahinco, « ! Por Dios vivo, » esclamó, « estas son estrañezas que sobrepujan á mis alcances ! » La dama, que se complacia en ver su turbacion, le dijo: « Otra vez os pido, dueño mio, que os volvais á la cama. ¿ En qué os entreteneis? » A estas palabras, se acercó á la Reina de hermosura. « ¿ Os ruego, señora, » le dijo, « ¿ que me entereis de si hace mucho tiempo que estoy á vuestro lado? — ¡ Qué pregunta me haceis! » respondió la jóven: « ! pues qué! ¿ no os levantasteis poco ha? Debeis de estar muy absorto. — Señora, » repuso Bedredin, « ciertamente que no estoy muy en mí. A la verdad me acuerdo de haber estado á vuestro lado; pero tambien hago memoria de haber residido, desde entónces, diez años en Damasco. Si efectivamente he pasado aquí esta noche, no puedo haber estado ausente tanto tiempo. Estos dos actos son opuestos, y así por favor decidme lo que debo conceptuar acerca de ellos, y si mi casamiento es una ilusion, ó si mi ausencia es un sueño. — Sí señor, » repuso la Reina de hermosura, « sin duda soñasteis que habiais estado en Damasco. — Chistoso lance por cierto, » esclamó Bedredin, riéndose á carcajadas. « Estoy cierto, señora, que mi sueño va á divertiros mucho. Imajinaos que me hallé á las puertas de Damasco en camisa y calzoncillos, como estoy ahora; que entré en la ciudad en medio de la gritería del populacho que me venia insultando; que me refujié en casa de un pastelero, que me prohijó, enseñó su oficio y dejó á su muerte todos sus bienes, y que desde entónces seguí con tienda abierta. En suma, señora, me sucedieron tantas aventuras que seria muy largo contarlas, y cuanto puedo espresar es que hice acertadamente en despertarme, porque iban á colgarme á una horca. — ¿ Y qué motivo tenian para trataros con tanta crueldad? » dijo la Reina de hermosura mostrándose admirada. « Sin duda habiais cometido algun atentado. — No por cierto, » respondió Bedredin, « era por la causa mas estraña y ridícula del mundo. Todo mi delito se reducia á haber vendido un pastel de crema sin pimienta. — ¡ Como ! ¿ por eso os querian colgar? » dijo la Reina de hermosura, « no cabe duda que obraban injustísimamente. — Aun hay mas, » añadió Bedredin, « habian roto y hecho pedazos todo lo que tenia en mi tienda, por aquel maldito pastel en que me reconvenian de no haber puesto pimienta, y maniatándome luego, me enjaularon tan estrechamente, que me parece que todavía me siento condolido. Finalmente habian llamado á un carpintero y mandádole que levantara una horca para colgarme. ¡ Pero bendito sea Dios, ya que todo esto es efecto de un sueño ! »

Cuando Cheherazada llegó aquí, dejó de hablar, y Chahriar no pudo menos de reirse de que Bedredin Hasan habia tenido una realidad por un sueño. « Debo confesar, » dijo, « que es lance chistoso, y estoy persuadido de que al dia siguiente el visir Chemsedin Mohamed y su cuñada se divertirian mucho. — Señor, » respondió la sultana, « ya se lo contaré á vuestra majestad la noche siguiente, si permite que viva hasta entónces. » El sultan de las Indias se levantó sin contestar; pero estaba muy ajeno de todo intento siniestro.

NOCHE XCIX.

Despertóse Cheherazada antes del amanecer y anudó el hilo de su historia: «Señor, Bedredin no pasó la noche con sosiego; despertábase de tanto en tanto y se preguntaba á sí mismo si soñaba ó estaba despierto. Desconfiaba de su felicidad, y procurando cerciorarse de ella, descorria las cortinas y paseaba la vista por la habitacion. «No me engaño,» se decia, «este es el mismo aposento donde entré en lugar del jorobado, y estoy acostado con la hermosa jóven que le estaba destinada.» El dia que asomaba no habia desvanecido aun su desasosiego, cuando el visir Chemsedin Mohamed, su tio, llamó á la puerta y entró casi al mismo tiempo para saludarle.

«Grandísimo fué el pasmo de Bedredin Hasan, viendo de repente á un hombre que le era tan conocido, pero que ya no tenia el semblante justiciero con que habia pronunciado la sentencia de su muerte. «¡Ah! ¡sois vos!» esclamó, «¡el que me tratasteis tan indignamente y condenasteis á una muerte que todavía me horroriza, por un pastel de crema sin pimienta!» El visir se echó á reir, y para sosegarle de una vez, le refirió como habia venido á su casa y se habia casado en lugar del palafrenero del sultan por la mediacion de un jenio; porque la narracion del jorobado le habia hecho adivinar la verdad. Tambien le informó que habia descubierto el parentesco que mediaba entre ellos por un cuaderno escrito de puño de Nuredin Alí, y que por consecuencia de aquel descubrimiento, se habia marchado del Cairo é ido hasta Balsora para buscarle y saber noticias suyas. «Mi querido sobrino,» añadió abrazándole con mucha ternura, «espero que me perdones cuanto te hice padecer desde que conocí quien eras. He querido traerte á mi casa sin enterarte de tu ventura, que debe serte tanto mas grata cuanto te ha costado mayores quebrantos. Consuélate de todos tus pesares con el júbilo de verte restituido á unas personas que deben serte sumamente queridas. Mientras te vistes, voy á avisar á tu madre, que está muy ansiosa de abrazarte, y te traeré tu hijo, á quien viste en Damasco y manifestaste tanta inclinacion sin conocerle.»

«No caben voces adecuadas para espresar debidamente cual fué el gozo de Bedredin cuando vió á su madre y á su hijo Ajib. Estas tres personas no cesaban de abrazarse con todas las demostraciones que traen consigo los vínculos de la sangre y del cariño mas entrañable. La madre dijo á Bedredin las mayores ternezas: le habló del pesar que le habia estado causando una ausencia tan larga, y del llanto que habia derramado. Ajib, en vez de esquivar como en Damasco los abrazos de su padre, los recibia continuamente; y Bedredin Hasan, dividido entre dos objetos tan dignos de su amor, les daba á porfía entrañables pruebas de su cariño.

«Mientras que esto ocurria en casa de Chemsedin Mohamed, habia este visir ido á palacio para dar cuenta al sultan del éxito venturoso de su viaje. El sultan quedó tan prendado con la narracion de aquella historia asombrosa, que la mandó escribir para que se conservara esmeradamente en los archivos del reino. Luego que Chemsedin Mohamed volvió á casa, se sentó á la mesa con toda su familia, pues habia mandado disponer un magnífico banquete y toda su servidumbre pasó aquel dia en medio de regocijos.»

Cuando el visir Jiafar hubo terminado la historia de Bedredin Hasan, dijo al califa Harun Alraschid: «Caudillo de los creyentes, esto es lo que tenia que referir á vuestra majestad.» El califa conceptuó la historia por tan maravillosa que concedió sin titubear el perdon del esclavo Rian, y para consolar al jóven del dolor que tenia por haberse privado él mismo de una mujer á quien tanto amaba, aquel príncipe le dió en casamiento una de sus esclavas, lo colmó de bienes y le tuvo en suma privanza hasta su muerte..... «Pero, señor,» añadió Cheherazada, advirtiendo que asomaba el dia, «por muy agradable que sea la historia que acabo de referiros, otra sé que lo es mucho mas, y vuestra majestad convendrá en ello, si desea oirla en la no-



che siguiente. Chahriar se levantó sin contestar, y muy incierto de lo que debia hacer, dijo entre sí : « La buena sultana cuenta unas historias muy largas, y cuando una vez se ha empezado una, no hay medio de negarse á oirla hasta el fin. Acaso fuera mejor mandarle dar muerte ; pero no nos arrebatemos ; quizá la historia que me promete es mucho mas entretenida que las que me ha referido hasta ahora ; no debo privarme del placer de oirla ; ya dispondré su muerte cuando esté concluida. »

NOCHE C.

Dinarzada no hizo falta en despertar antes del amanecer á la sultana de las Indias, la cual habiendo pedido á Chahriar permiso para empezar la historia que habia prometido referir, habló en estos términos :

HISTORIA DEL JOROBADITO.

En otro tiempo habia en Casgar, pueblo situado en los confines de la Gran Tartaria, un sastre que tenia una mujer hermosísima, á quien

amaba con ternura y de la que era correspondido. Un dia que estaba trabajando, vino á sentarse un jorobadito á la entrada de su tienda y empezó á cantar acompañándose con una pandereta. El sastre le oyó con gusto y determinó entrársele en casa para que su mujer se divirtiera. « Nos divertirá esta noche, » decia para sí, « con sus canciones chistosas. » Propúsoselo al jorobado, y este habiendo admitido, cerró la tienda y se le llevó consigo.

Luego que llegaron, la mujer del sastre, que habia puesto la mesa, porque ya era hora de cenar, sirvió un plato de pescado que tenia frito. Sentáronse los tres á la mesa, pero desgraciadamente estando comiendo, se le atravesó al jorobado una espina en la garganta, de cuyas resultas espiró á poco rato, sin que el sastre ni su mujer pudiesen auxiliarle. Quedaron ambos tanto mas sobresaltados con aquella ocurrencia, cuanto habia sucedido en su casa y tenian motivo de temer que se les castigase como asesinos, si la justicia llegaba á saberlo. Sin embargo, al marido se le ofreció un medio de libertarse del cadáver. Acordóse de que vivia al lado un médico judío, y así él y su mujer cojieron al jorobado, uno por los piés, y otro por la cabeza, y llamaron á la puerta del médico. Esta conducia á su aposento por una escalera muy angosta, y al punto baja una criada sin luz, abre y pregunta lo que quieren. « Vuélvete arriba, » le responde el sastre, « y dile á tu amo que le traemos un hombre muy enfermo para que le recete algun remedio. Toma, » añadió, poniéndole en la mano una moneda de plata, « dale esto de antemano para que se persuada que no intentamos que se moleste sin fruto. » Mientras la criada subia para comunicar al médico judío aquella buena noticia, el sastre y su mujer llevaron prontamente el cuerpo del jorobado, y dejándole en las primeras gradas de la escalera, se volvieron arrebatadamente á su casa.

Entretanto la criada enteró al médico de que un hombre y una muger le aguardaban á la puerta y suplicaban que bajase para ver un enfermo que habian traido, y entregándole el dinero que acababa de recibir, el Judío, gozosísimo con verse satisfecho por adelantado, creyó que le traian algun buen parroquiano y que urjia el paso. « Toma pronto una luz, » le dijo á la criada, « sígueme. » Y diciendo esto, se adelantó hácia la escalera con tanto atropellamiento, sin aguardar á que le alumbraran, que tropezando con el jorobado, le hizo rodar toda la escalera. Poco faltó para que cayera y rodara con él. « Trae pronto luz, » gritó á la criada. Esta llegó al fin, el médico bajó con ella, y hallándose con un hombre muerto, quedó tan aterrado que empezó á invocar á Moisés, Aaron, Josué, Esdras y todos los profetas de su ley. « ¡ Desgraciado de mí ! » decia, ¿ porqué bajé sin luz ? He acabado de matar á este enfermo. Soy causa de su muerte, y estoy perdido, si no me socorre el asno de Esdras. ¡ Ay de mí ! pronto vendrán á buscarme como asesino. »

A pesar de la turbacion que le azoraba, tuvo la precaucion de cerrar la puerta, de miedo de que alguien, al pasar por la calle, echara de ver la desgracia de que se creia causa. Luego cojió el cadaver y le llevó al aposento de su mujer, que estuvo á punto de desmayarse cuando le vió entrar con tan infausta carga. « ¡ Ah ! estamos perdidos, » esclamó esta, si no hallamos algun medio de sacarnos ese cadáver de casa. Si lo tenemos hasta el amanecer, perderémos indudablemente la vida. ¡ Que desventura ! ¿ Cómo habeis hecho para matar á ese hombre ? — No se trata ahora de eso, « repuso el Judío, « lo que importa es hallar remedio á un mal tan urjente.... » Pero, señor, dijo Cheherazada, interrumpiendo en este punto su narracion, no habia atinado que ya es de dia. A estas palabras calló, y á la noche siguiente prosiguió de este modo la historia del jorobadito.



NOCHE CI.

El médico y su mujer se pusieron á recapacitar sobre los medios mas conducentes para sacar el cadáver de casa durante la noche. El médico, por muchas vueltas que le dió al asunto, no halló arbitrio para salir de apuro; pero su mumujer, mas tracista, le dijo: «Me ocurre una especie; llevemos el cadáver á la azotea y echémosle por la chimenea en casa del musulman nuestro vecino.

«Era este uno de los proveedores del sultan á quien abastecia de aceite, manteca y toda clase de grasas. Tenia en su casa el almacen en que campeaban á sus anchuras ratas y ratones.

El médico judió aprobó el medio propuesto, y así él como su mujer cojieron al jorobado, le llevaron á la azotea, y habiéndole atado unas cuerdas por los sobacos, le descolgaron por la chimenea en el aposento del proveedor con tanto tino, que vino á quedar en pié contra la pared como si estuviese vivo. Cuando conocieron que tocaba á tierra, quitaron las cuerdas y le dejaron en la postura que se ha dicho. Apenas habian bajado de la azotea y vuelto á su aposento, cuando el proveedor entró en el suyo. Volvia de una boda á la que le habian convidado aquella noche, y llevaba en la mano una linterna. Pasmóse todo al ver, con la claridad de su luz, un hombre escondido en la chimenea; pero como era de suyo animoso, se imajinó que era un ladron, y empuñando un garrote, corrió al jorobado. «¡Esas tenemos!» le dijo, «yo creia que los ratones me comian la manteca y las grasas; pero ahora veo que eres tú que bajas por la chimenea para robarme. Aguarda, no tendrás otra vez gana de volver.» Y diciendo esto, embiste al jorobado y le descarga una lluvia de palos. El cadáver cae de cara contra el suelo, y el proveedor repite sus golpes; pero al fin observando que el cuerpo no daba señal de vida, se para á contemplarle, y viendo que era un cadáver, sobreviene la zozobra á la ira. «¡Desventurado!» esclamó, «¿qué he hecho? acabo de matar á este hombre. ¡Ah! me he dejado arrebatar de la venganza. Dios todopoderoso, perdido estoy, si no es apiadais de mí. ¡Malditos sean mil veces los aceites y las grasas que son causa de una accion tan criminal!» Quedóse pálido y sobrecojido, creyendo ver ya los ministros de la justicia que le llevaban al suplicio, y no sabia qué partido tomar.

Empezó á asomar la aurora, y Cheherazada hubo de suspender su narracion, aunque á la noche siguiente volvió á proseguirla y dijo al sultan de las Indias:

NOCHE CII.

Señor, el proveedor del sultan de Casgar, al embestir al jorobado, no habia reparado en que lo era, y cuando lo advirtió, se desahogó en maldiciones contra él. «Maldito jorobado,» esclamó, «perro contrahecho, ¡ojalá me hubieras robado todas las grasas y no te hubiese hallado aquí! no me veria en el conflicto en que me hallo por culpa tuya y de tu fea joroba. Estrellas

que lucis en los cielos, » añadió, « ocultad vuestra luz en un peligro tan inminente. » Y diciendo estas palabras, se echó á cuestas el cadáver, salió de su habitacion, y encaminándose á la esquina de la calle, le colocó de pié apoyado contra una tienda, y volvió á su casa sin mirar hácia atrás.

Poco antes del amanecer, un mercader cristiano muy rico que abastecia el palacio del sultan de muchos menesteres, despues de haber pasado la noche en una francachela, salió de casa para ir al baño. Aunque estaba beodo, no dejó de advertir que era ya de madrugada, y que pronto iban á llamar á la oracion del amanecer : por lo tanto arrebatando sus pasos, se daba priesa en llegar al baño por temor de que algun musulman le encontrase al ir á la mezquita y le llevasen preso por borracho. Sin embargo, cuando estuvo en la esquina de la calle, se paró para cierta urjencia contra la tienda en que el proveedor del sultan habia puesto el cuerpo del jorobado, el cual empujado, cayó sobre la espalda del mercader, quien creyendo que era un ladron que le acometia, le derribó de un puñetazo que le dió en la cabeza : luego le descargó otros muchos y empezó á vocear ladrones.

El guarda del barrio acudió á sus gritos, y viendo á un cristiano que maltrataba á un musulman (porque el jorobado era de nuestra relijion), « ¿Qué motivo teneis, » le dijo, « para maltratar así á un musulman? — Me ha querido robar, » respondió el mercader, « y me ha embestido para cojerme por la garganta. — Bastante os habeis vengado, » replicó el guarda, tirándole por el brazo, « quitaos de ahí. » Al mismo tiempo alargó la mano al jorobado para que se levantara, pero advirtiendo que estaba muerto, « ¡Oh! » prosiguió, « ¿así se atreve un cristiano á asesinar á un musulman? » Al terminar estas palabras, prendió al cristiano y le llevó á casa del teniente de policía, quien le puso preso hasta que el juez se hubiese levantado y pudiese proceder al interrogatorio del reo. Entretanto el mercader cristiano volvió de su embriaguez, y cuanto mas recapacitaba sobre su aventura, tanto menos podia comprender cómo habia quitado la vida á un hombre dándole algunos puñetazos.

El teniente de la policía, segun relacion del guarda, y visto el cadáver traido á su casa, sujetó á un interrogatorio al mercader cristiano, quien no pudo negar un crímen que no habia cometido. Como el jorobado pertenecia al sultan, porque era uno de sus juglares, el teniente de policía no quiso dar muerte al cristiano sin conocer antes la voluntad de aquel príncipe. Al intento pasó á palacio y comunicó al sultan lo que ocurria, y este le dijo : « No puedo perdonar á un cristiano que mata á un musulman : id y cumplid con vuestra obligacion. » A estas palabras, el juez de policía mandó levantar una horca y envió pregoneros por toda la ciudad para que publicaran que iban á ahorcar á un cristiano que habia muerto á un musulman.

Sacaron al mercader de la cárcel, le condujeron al pié de la horca, y el verdugo habiéndole pasado el dogal en torno del cuello, iba á levantarle en alto, cuando el proveedor del sultan, rompiendo por medio del concurso, se adelantó gritando al verdugo : « Deteneos, deteneos, no fué él quien cometió el asesinato, sino yo. » El teniente de policía, que asistia á la ejecucion, hizo preguntas al proveedor, y este le refirió punto por punto cómo habia muerto al jorobado, y terminó diciendo que él habia llevado su cuerpo al sitio en donde el mercader cristiano lo habia hallado. « Ibais, » añadió, « á matar á un inocente, pues no puede haber muerto á un hombre que ya no estaba vivo. Bastante es para mí haber asesinado á un musulman, sin cargar aun mi conciencia con la muerte de un cristiano que no es delincuente. »

Empezaba á rayar el dia, y por lo tanto Chehezarada suspendió su narracion hasta la noche siguiente :



NOCHE CIII.

Señor, como el proveedor del sultan de Casgar se acusaba á sí mismo públicamente de ser el autor de la muerte del jorobado, el teniente de policía no pudo menos de hacer justicia al mercader. «Suelta», le dijo al verdugo, «suelta á ese cristiano, y ahorca en su lugar á este hombre, ya que es evidente, por su propia confesion, que es reo de tamaño delito.» El verdugo soltó al mercader y le echó el dogal al proveedor, y cuando iba á ahorcarle, oyó la voz del médico judío que le rogaba con instancias que suspendiera la ejecucion, y se adelantaba abriéndose paso para llegar al pié de la horca.

Cuando estuvo delante del juez de policía, «Señor,» le dijo, «este musulman que mandais ahorcar no ha merecido la muerte: yo solo soy delincuente. Ayer noche un hombre y una mujer á quienes no conozco, llamaron á mi puerta con un enfermo: mi criada fué á abrir sin luz y recibió de ellos una moneda de plata para que me avisara de su parte que me tomara la molestia de bajar y ver al enfermo. En tanto que esta me lo comunicaba, trajeron al enfermo á lo alto de la escalera y se marcharon. Bajé sin aguardar á que mi criada encendiera una luz, y tropezando en la oscuridad con el enfermo, le hice rodar por la escalera; al punto conocí que estaba muerto y que era el musulman jorobado cuya muerte quereis vengar. Cojimos el cadáver mi mujer y yo, le llevamos á la azotea y desde allí le descolgamos por una chimenea en la habitacion de nuestro vecino el proveedor á quien ibais á castigar injustamente. El proveedor, hallándole en su casa, le ha tratado como un ladron, aporreándole, y ha creido haberle muerto; pero no fué así, segun veis por mi declaracion. Soy pues el único autor del asesinato, y aunque lo cometí á pesar mio, he determinado purgar mi culpa antes que cargar mi conciencia con la muerte de dos musulmanes, permitiendo que quiteis la vida al proveedor del sultan, cuya inocencia acabo de patentizar. Soltadle pues, y ponedme en su lugar, ya que nadie sino yo es causa de la muerte del jorobado.»

La sultana Cheherazada interrumpió su narracion en este punto, porque observó que era ya de dia. Chahriar se levantó y á la noche siguiente, habiendo manifestado que deseaba saber la continuacion de la historia del jorobado, Cheherazada satisfizo así su curiosidad:

NOCHE CIV.

Señor, luego que el juez de policía estuvo persuadido de que el médico judío era el asesino, mandó al verdugo que le afianzase, poniendo en libertad al proveedor del sultan. El médico tenia ya el dogal pasado al cuello, é iba á morir, cuando se oyó la voz del sastre que suplicaba al verdugo que no pasara adelante y atravesaba por medio de los circunstantes encarándose con el teniente de policía, y llegado junto á él, le dijo: «Señor, poco ha faltado que hayais quitado la vida á tres personas inocentes; pero si teneis la paciencia de escucharme,

vais á saber cuál es el verdadero asesino del jorobado. Si debe purgarse su muerte con la de otro, solo debe ser con la mia. Ayer antes del anochecer hallándome trabajando en mi tienda y dispuesto á divertirme, llegó este jorobado medio beodo y se sentó á la puerta. Cantó por algun tiempo y le propuse que viniera á pasar la noche en casa, y habiendo consentido en ello, me le llevé conmigo. Nos sentamos á la mesa, le serví un pedazo de pescado, y al comerlo se le atravesó una espina en la garganta, y por mas que hicimos mi mujer y yo, quedó muerto de repente. Desconsoladísimos con tamaño fracaso y temiendo las consecuencias, llevamos el cadáver á la puerta del médico judío. Llamé y dije á la criada que acudió á abrir, que subiera prontamente y suplicara de nuestra parte á su amo que bajara á ver un enfermo; y para que no se negara, le encargué que le entregase una moneda de plata que le dí. Luego que subió, llevé al jorobado á lo alto de la escalera, y al punto salimos mi mujer y yo y nos retiramos á casa. El médico hizo rodar al jorobado al tropezar con él, y por eso ha creido que era causa de su muerte. Y no siendo así, dejadle libre y dadme la muerte. »

El teniente de policía y todos los circunstantes no podian menos de pasmarse con las estrañas ocurrencias que habian acompañado la muerte del jorobado. « Suelta pues al médico judío,» dijo el juez al verdugo, «y cuelga al sastre, ya que confiesa su delito. Vaya que semejante historia es muy peregrina, y merece escribirse en letras de oro. » El verdugo soltó al médico y echó el cordel al cuello del sastre. Pero, señor, dijo Cheherazada interrumpiéndose en este punto, ya veo que es de dia, y debo suspender esta historia hasta mañana. El sultan de las Indias consintió en ello, y se levantó para ir á sus funciones acostumbradas.

NOCHE CV.

Luego que se despertó la sultana, volvió á proseguir en estos términos « Señor, mientras el verdugo estaba preparando el colgamiento del sastre, el sultan de Casgar, que no podia estar largo rato sin el jorobado su juglar, preguntó por él, y uno de sus oficiales le dijo: « Señor, el jorobado por quien pregunta vuestra majestad se embriagó ayer y salió de palacio para ir por la ciudad, y esta mañana se le ha hallado muerto. Han llevado ante el juez de policía á un hombre acusado de haberle dado muerte, y al punto el juez mandó levantar la horca; pero cuando iban á colgar al acusado, llegó un hombre y tras este otro que se acusan ambos del asesinato, y el teniente de policía se halla ahora preguntando á un tercer individuo que confiesa ser el verdadero asesino. »

A estas palabras, el sultan de Casgar envió un guarda al lugar del suplicio. «Corre, » le dijo, « y manda al juez de policía que me traiga á los acusados y tambien el cuerpo del pobre jorobado, á quien quiero ver de nuevo. » Marchó el guarda, y llegando en el acto en que el verdugo iba á tirar la cuerda para ahorcar al sastre, le voceó descompasadamente que suspendiera la ejecucion. El verdugo, conociendo al guarda, se detuvo, y soltó al sastre, y entónces el guarda acercándose al juez de policía, le declaró la voluntad del sultan. Obedeció el juez, y se encaminó á palacio con el sastre, el médico judío, el proveedor y el mercader cristiano, haciendo llevar por sus subalternos el cuerpo del jorobado.

Cuando estuvieron todos delante del sultan, el juez de policía se postró á los piés de aquel príncipe, y cuando se hubo levantado, le refirió individualmente todo lo ocurrido.

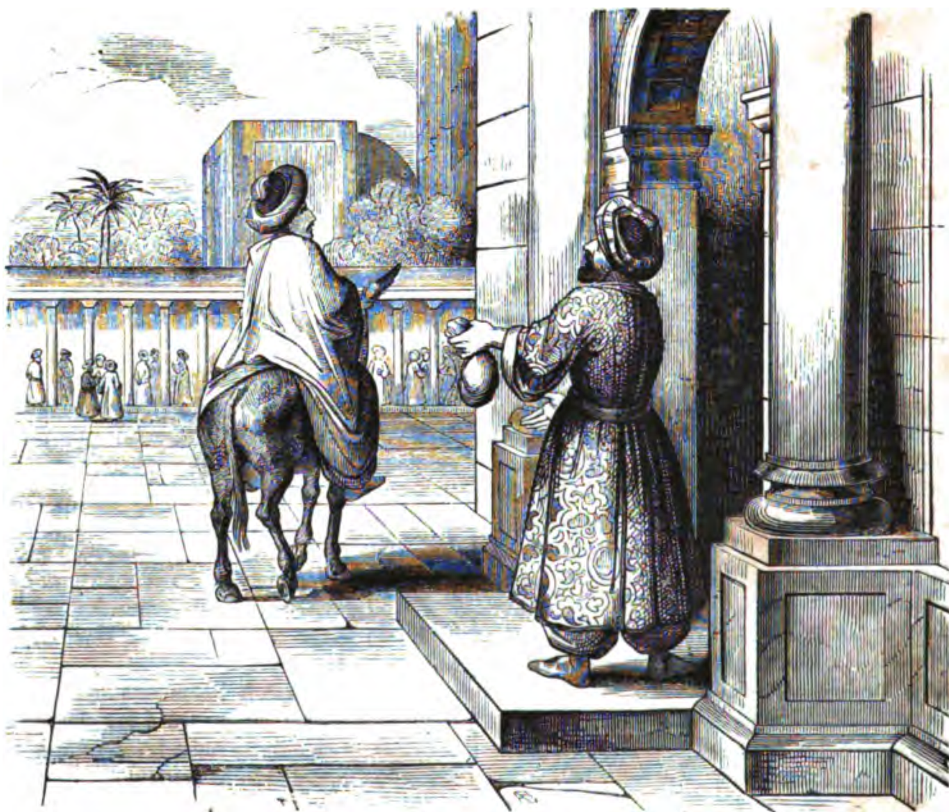
El sultan conceptuó esta historia tan peregrina, que mandó á su cronista que la escribiera con todas sus circunstancias, y luego volviéndose á los circunstantes, « ¿Habeis oido nunca, » les dijo, « rareza mas asombrosa que la reciensucedida con motivo del jorobado mi juglar? » el mercader cristiano se postró entónces hasta tocar el suelo con la frente y tomó así la palabra: « Poderoso monarca, yo sé una

historia mas estraña todavía que la presente, y voy á contársela á vuestra majestad, si me concede su beneplácito. Son tales las circunstancias de ella, que nadie puede oirlas sin conmoverse. » Permitióle el sultan que las refiriera, y él lo hizo en estos términos :

HISTORIA QUE REFIRIÓ EL MERCADER CRISTIANO.

« Señor, antes que empiece la narracion que vuestra majestad se aviene á escuchar, debo advertirle que no nací en dependencia alguna de su imperio, pues soy estranjero, natural del Cairo en Ejipto, de nacion copto y cristiano. Mi padre era corredor y habia juntado bastante caudal que me dejó á su muerte. Seguí su ejemplo y abracé su profesion. Hallándome un dia en el Cairo en la hostería pública de los tratantes en granos, se me acercó un jóven mercader, mozo de buen personal y muy aseadamente vestido, y montado en un asno; saludóme, y desatando un pañuelo, en el que habia una muestra de ajonjolí, «¿Cuanto vale,» me dijo, « la medida mayor de ajonjolí de la calidad de este ? »

Aquí calló Cheherazada, advirtiendo que era de dia ; pero á la noche siguiente continuó hablando en estos términos al sultan de las Indias :



NOCHE CVI.

Señor, el mercader cristiano refiriendo su historia al sultan de Casgar, le dijo: «Examiné el ajonjolí que el mercader me enseñaba, y le respondí que valia á precio corriente cien dracmas de plata la medida mayor. «Ajenciadme,» me dijo, «algun mercader que lo quiera á ese precio y llegaos á la puerta de la Victoria, donde veréis un khan separado de toda habitacion: allí os aguardaré.» Marchóse, dichas estas palabras y me dejó la muestra de ajonjolí que enseñé á varios mercaderes de la plaza, y estos me dijeron que tomarian todo el que tuviera á ciento y diez dracmas de plata la medida, con lo cual yo ganaba diez dracmas, en cada una. Contento con esta ganancia, pasé á la puerta de la Victoria donde me aguardaba el mercader. Llevóme á su almacen, que estaba lleno de ajonjolí; habia ciento y cincuenta medidas que hice medir y cargar en asnos y las vendí por cinco mil dracmas de plata. «De esta cantidad,» me dijo el jóven, «os corresponden quinientas dracmas por vuestro corretaje á razon de diez por medida, quedaos con ellas, y en cuanto á lo demás, como no lo necesito por ahora, cobradlo de los mercaderes, y ya me lo daréis cuando os lo pida.» Respondíle que tendria la cantidad pronta para cuando fuera á buscarla ó enviara por ella. Beséle la mano al separarnos, y me retiré muy satisfecho de su jenerosidad.

«Estuve un mes sin volverle á ver, y al cabo de este tiempo se me presentó. «¿En dónde están» me dijo, «las cuatro mil y quinientas dracmas que me debeis? — Están prontas, «le respondí, «voy á contároslas al punto.» Como estaba montado en un asno, le rogué que se apeara y me hiciera la merced de tomar un bocado conmigo, antes de recibirlas. «No,» me dijo, «ahora no puedo apearme, tengo un negocio urjente aquí cerca, pero vuelvo al punto y recojeré el dinero que os ruego tengais pronto.» Marchóse dichas estas palabras; le aguardé, pero en vano, y no volvió sino un mes despues. «He aquí,» dije para conmigo, «un mercader que tiene mucha confianza en mí, pues sin conocerme me deja cuatro mil quinientas dracmas de plata: otro no obraria así y temeria que se las negasen.» Volvió al fin del tercer mes, tambien montado en su asno; pero mas ricamente vestido que las otras veces.»

Al llegar aquí, calló Cheherazada porque vió que era de dia. Al acabarse la noche siguiente, prosiguió de esta manera haciendo hablar al mercader cristiano:

NOCHE CVII.

«Luego que ví al mercader, le salí al encuentro y le supliqué que se apeara, preguntándole al mismo tiempo si queria que le entregase el dinero que me habia dejado. «No es asunto que apure,» me respondió con ademan gozoso; «ya sé que está en buenas manos; vendré á buscarlo cuando haya gastado el que tengo y no me quede ya renglon alguno.» Dicho esto, dió

un latigazo al asno y pronto le perdí de vista. « Bueno, » dije para conmigo, « me dice que le aguarde al cabo de la semana, y quizá no le volveré á ver en mucho tiempo; así que voy á negociar con su dinero y algo me producirá. »

« No me engañé en mi conjetura, y medió un año sin que oyese hablar del mercader. Al cabo de este tiempo se me presentó tan ricamente vestido como la última vez; pero se mostraba como absorto en sus cavilaciones. Supliquéle que me hiciera el favor de entrar en mi casa. « Corriente por esta vez, » me respondió, « pero ha de ser con la condicion de que no haréis por mí el menor gasto estraordinario. — Haré cuanto querais, » repuse yo, « y apeaos, que lo tendré á fineza. » Hízolo en efecto y entró en mi casa. Di órdenes para el banquete que trataba de darle, y mientras nos servian nos pusimos á conversar. Cuando estuvo pronta la comida, nos sentamos á la mesa, y al punto advertí que cojia la comida con la mano izquierda y estrañé no poco que no se valiese de la derecha. No sabia que pensar de esto. « Desde que conozco á este mercader, » decia para conmigo, « siempre me ha parecido muy cortés : ¿ obraria acaso de este modo por via de menosprecio ? ¿ Por qué motivo no hace uso de la mano derecha ? »

Entraba la luz en el aposento del sultan de las Indias, y así Cheherazada suspendió esta historia; pero la prosiguió á la mañana siguiente, y dijo á Chahriar :

NOCHE CVIII.

Señor, el mercader cristiano estaba muy deseoso de saber porqué su húesped comia con la mano izquierda : « Terminada la comida, » dijo, « y cuando mis criados hubieron alzado la mesa, dejándonos solos, nos sentamos ambos en un sofá. Presenté al jóven una pastilla esquisita, y tambien la tomó con la mano izquierda. « Señor, » le dije entónces, « os ruego que disimuleis la libertad que me tomo preguntándoos de qué proviene que no os valeis de la mano derecha. Sin duda la teneis lisiada. » En vez de responderme, dió un gran suspiro, y sacando el brazo derecho que hasta entónces habia tenido oculto bajo el vestido, me enseñó que tenia la mano cortada, lo cual me pasmó en estremo. « Sin duda os ha disonado, » me dijo, « que coma con la mano izquierda; pero ya veis que no puedo prescindir de hacerlo. — ¿ Me adelantaré á preguntaros, » le repliqué, « por qué desgracia habeis perdido la mano derecha ? » A esta pregunta derramó algunas lágrimas, y cuando se las hubo enjugado, me refirió su historia en los términos siguientes :

« Habeis de saber, » me dijo, « que soy natural de Bagdad, hijo de un padre rico, y de mucha suposicion en la ciudad por sus circunstancias. Apenas entré en la sociedad, me relacioné con personas que habian viajado, y contaban mil portentos del Ejipto, y particularmente del gran Cairo, y embelesado con sus narraciones, quise emprender un viaje; pero mi padre vivia aun, y no hubiera accedido á mis deseos. Murió al fin, y dejándome dueño de mis acciones, determiné ir al Cairo. Invertí una crecida cantidad en toda clase de telas finas de Bagdad y Musul, y me puse en camino.

« Al llegar al Cairo me apeé en el khan, llamado de Mesrur, alquilé una habitacion con su almacen, y en él deposité los fardos que habia traido conmigo en camellos. Hecho esto, entré en mi aposento, para descansar de las fatigas del camino, mientras que mis criados, á quienes habia dado dinero, fueron á comprar vituallas y guisaron la comida. Terminada esta, fuí á visitar la fortaleza, algunas mezquitas, plazas y otros sitios dignos de ser vistos.

« Al dia siguiente me vestí con mucho aseo, y habiendo sacado de algunos fardos unas riquísimas telas, con ánimo de llevarlas al mercado, para ver lo que daban por ellas, las cargué en

hombros de mis esclavos, y marché con ellos al mercado de los Circasianos. Pronto me ví rodeado de muchos corredores y pregoneros noticiosos de mi llegada. Díles muestras, y empezaron á enseñarlas por todo el mercado; pero ningun mercader me ofreció lo que me costaban de compra y gastos de viaje. Resentíme de ello, y quejándome á los corredores, «si quereis creernos,» me dijeron, «os enseñarémos un medio para que no perdais en las telas.»

Al llegar aquí se detuvo Cheherazada por que vió asomar el dia, y á la noche siguiente prosiguió de este modo su narracion :

NOCHE CIX.

El mercader cristiano siguió hablando al sultan de Casgar : «Habiéndome prometido los corredores,» me dijo el jóven, «que me enseñarian un medio para que no perdiera en mis mercancías, preguntéles lo qué debia hacer al intento. «Distribuidlas á varios mercaderes,» me respondieron; «las venderán á la menuda, y dos veces á la semana, el lúnes y juéves, recojeréis el dinero que hayan juntado. De este modo ganaréis en vez de perder, y los mercaderes ganánciarán tambien algo. Entretanto podeis divertiros y pasearos por la ciudad y por el Nilo.»

«Seguí su consejo, llevélos conmigo á mi almacen, del que saqué todas mis mercancías, y volviendo al mercado, las repartí á varios mercaderes que me habian indicado como los mas pudientes, quienes me dieron un recibo firmado por testigos, bajo condicion de que no les pediria nada el primer mes.

«Dispuestos así mis negocios, no pensé sino en divertirme y me relacioné con varios jóvenes de mi edad que procuraban hacerme pasar el tiempo deleitosamente. Al cabo del primer mes, empecé á ver á los mercaderes dos veces á la semana, acompañado de un interventor para enterarme de sus libros de venta, y de un cambista para justipreciar el valor de las monedas que me entregaban; así los dias de cobro cuando me retiraba al khan de Mesrur, llevaba conmigo una crecida cantidad de dinero. Esto no me quitaba el ir en los dias intermedios á casa de uno ú otro mercader, y me entretenia en conversar con ellos, y ver lo que ocurria en el mercado.

» Un lúnes que estaba sentado en la tienda de un mercader, llamado Bedredin, una dama de distincion, como se dejaba conceptuar por sus ademanes, traje y una esclava vestida con sumo aseo, entró en la misma tienda y se sentó á mi lado. Su esterior, junto con un donaire natural que se manifestaba en todos sus movimientos, me embelesó desde luego é infundió intensísimo deseo de conocerla mejor. Yo no sé si advirtió que me complacia en mirarla y si no le desagradó mi curiosidad, pues levantó el crespon que le caia sobre el rostro por encima de la muselina que lo cubria, y me dejó ver unos ojos negros y rasgados que me cautivaron. En suma, acabó de enamorarme con el eco de su voz y sus modales finísimos cuando saludó al mercader, y le preguntó por su salud desde que no le habia visto.

«Despues de haber conversado largo rato con él de asuntos indiferentes, le dijo que andaba buscando una tela con fondo de oro, y que venia á su tienda porque era la mas cumplida de todo el mercado, y que si la tenia, le haria gran favor en enseñársela. Bedredin le enseñó varias piezas, y habiéndose prendado de una de ellas, preguntó cuanto valia, y el mercader se la cedió por mil y cien dracmas de plata. «Me avengo á daros ese dinero,» dijo la dama, «pero no llevo tanto conmigo, y espero que me fiaréis hasta mañana y me dejaréis llevar la tela. No haré falta en enviaros mañana las mil y cien dracmas en que quedamos convenidos. — Señora,» le respondió Bedredin, «con mucho gusto os fiara y dejara llevar la tela, si fuera mia; pero es de este mercader mozo, y hoy debo en-



tregarle su dinero. — ¿ Y qué motivo teneis, » repuso la dama muy admirada, « para proceder así conmigo ? ¿ No soy parroquiana de vuestra tienda, y he faltado alguna vez en mandaros el dinero al dia siguiente, cuando he comprado telas y me las habeis dejado llevar sin pagarlas ? » El mercader convino en ello, « Eso es muy cierto, señora, » repuso; « pero hoy necesito el dinero. — Pues bien, ahí teneis vuestra tela, » dijo tirándosela, « y que Dios os confunda como tambien á todos los mercaderes. Todos sois unos, y ninguna atencion guardais. » Dichas estas palabras, se levantó y salió muy enojada contra Bedredin. »

Aquí se paró Cheherazada viendo que amanecia, y á la noche siguiente prosiguió de este modo:

NOCHE CX.

El mercader cristiano continuó así su historia : « Cuando ví, » me dijo el jóven, « que la dama se marchaba, sentí que mi corazon se interesaba por ella y la llamé. « Señora, » le dije, « hacedme el favor de volver, quizá hallaré algun medio para que ambos quedeis satisfechos. » Volvió diciendo que lo hacia por amor mio. « Señor Bedredin, » le dije entónces al merca-

der, «¿cuanto pedís por esa tela? — Mil y cien dracmas de plata,» me respondió, «no puedo darla por menos. — Entregádsela pues á esta señora,» repuse, «y que se la lleve. Os doy cien dracmas de ganancia, y voy á firmaros un recibo por esta cantidad, que cobraréis de las demás mercancías que teneis de mi pertenencia.» Con efecto estendí el recibo, lo firmé y entregué á Bedredin, y luego presentando la tela á la dama, «os la podeis llevar, señora,» le dije, «y por lo que toca al dinero, me lo enviaréis mañana ú otro dia, ó si me lo permitís, os la regalo. — No lo permitiré,» respondió: «y fuera indigna de presentarme ante los hombres, si no manifestara mi reconocimiento por el modo cortés y espresivo que usais conmigo. Que Dios os premie, aumente vuestros bienes, os conceda una larga existencia y os abra, al morir, la puerta de los cielos, y que toda la ciudad resuene con alabanzas de vuestra jenerosidad.»

«Estas palabras me alentaron sobremanera. «Señora,» le dije, «concededme la dicha de ver vuestro rostro por premio de haberos complacido, y será pagarme con usura.» A estas palabras volvió la cabeza hácia mí, y alzando la muselina que le cubria el rostro, regaló mi vista con una beldad peregrina. Fué tal mi embeleso que no pude articular palabra ni espresarle cuánto sentia; y no me hubiera cansado de mirarla; pero volvió á cubrirse prontamente, por temor de que alguien la viese, y habiendo dejado caer el crespon, cojió la pieza de tela y se marchó de la tienda dejándome en un estado muy diverso del que tenia á mi llegada. Permanecí por algun tiempo en una turbacion y trastorno indecibles, y antes de separarme del mercader, le pregunté si conocia á aquella dama. «Sí,» me respondió, «es hija de un emir que le dejó á su muerte inmensas riquezas.»

«Luego que volví al khan de Mesrur, mis esclavos me sirvieron la cena; pero me fué imposible comer, y ni aun pude cerrar los ojos en toda la noche, que se me hizo la mas larga de mi vida. Apenas amaneció me levanté esperanzado de ver nuevamente al objeto que turbaba mi reposo; y anhelando agradarla, me vestí con mas esmero que el dia anterior. Volví á la tienda de Bedredin.»

Pero, señor, dijo Cheherazada, el dia, que veo asomar, me obliga á suspender mi narracion. Dichas estas palabras calló, y á la noche siguiente volvió á tomar el hilo de su narracion:

NOCHE CXI.

Señor, el jóven de Bagdad prosiguió así sus aventuras. «Apenas habia llegado á la tienda de Bedredin, cuando ví llegar á la dama, acompañada de su esclava y vestida con mayor boato que el dia anterior. No miró siquiera al mercader, y encarándose conmigo, «Señor,» me dijo, «ya veis que soy puntual en cumplir la palabra que ayer os dí. Vengo á propósito para traeros el dinero, de que salisteis fiador sin conocerme con una jenerosidad que nunca se borrará de mi memoria. — Señora, no era asunto tan urjente,» le contesté; «estaba sin zozobra por mi dinero, y siento que os hayais tomado tanta molestia. — No era justo,» repuso, «que yo abusase de vuestra atencion,» Y diciendo esto, me entregó el dinero y se sentó á mi lado.

«Entónces, aprovechando la ocasion que tenia de conversar con ella, le hablé del cariño que me infundia; pero se levantó y marchó arrebatadamente, como si se hubiera ofendido de la manifestacion que acababa de hacerle. Seguíla con la vista, mientras pude, y cuando hubo desaparecido, me despedí del mercader y salí del mercado sin saber á dónde me encaminaba. Estaba recapacitando esta ocurrencia, cuando sentí que me tiraban por detrás, y volviéndome para ver lo que era, conocí con alborozo á la esclava de la dama que me traia tan embargado. «Mi ama,» dijo, «que es aquella señora á quien acababais de hablar en la tienda de un mercader, quisiera hablaros, y así tomaos la molestia de seguirme.» Marché en pos de ella, y con efecto

hallé á su ama sentada en la tienda de un cambista.

«Hízome sentar á su lado, y tomando la palabra : «Mi querido señor,» me dijo, «no estrañeis que me haya marchado tan arrebatadamente. No he conceptuado oportuno corresponder favorablemente, en presencia de aquel mercader, á la declaracion que me hicisteis de los impulsos que he merecido infundiros; pero muy lejos de tenerme por ofendida, confieso que me deleitaba en oiros, y me contemplo en estremo venturosa en tener por amante un sujeto de vuestras prendas. No sé qué impresion habrá producido en vos mi vista; pero en cuanto á mí, puedo aseguraros que desde que os ví, os cobré afecto. Desde ayer he estado embargada tras esas espresiones que me dijisteis, y mi afan en buscaros debe probaros que no me sois indiferente. — Señora,» repuse, arrebatado de pasion y regocijo, «nada podia oir para mí mas grato que lo que teneis á bien decirme. No cabe cariño mas vehemente que el mio, y desde el venturoso momento en que os presentasteis á mi vista, mis sentidos quedaron embelesados de tantas gracias y mi corazon se rindió sin resistencia. No malogremos el tiempo en razonamientos supérfluos,» interrumpió la dama; «no dudo de vuestra sinceridad y pronto estaréis persuadido de la mia. ¿Queréis favorecerme viniendo á mi casa, ó deseais que vaya á la vuestra? — Señora,» le respondí, «soy forastero, y estoy alojado en un khan, que no es lugar propio para recibir á una dama de vuestra jerarquía, y de tantas prendas.»

Cheherazada iba á proseguir su narracion; pero hubo de suspenderla porque empezó á amanecer. Al dia siguiente continuó de este modo, dejando hablar al jóven de Bagdad :

NOCHE CXII.

«Mas del caso fuera, señora,» prosiguió el jóven, «que tuvierais á bien indicarme vuestra casa, y tendré la satisfaccion de ir á visitaros.» Consintió en ello la dama. «Pasado mañana es viérnes,» me dijo, «y podeis venir despues de la oracion del mediodía. Vivo en la calle de la Devocion, y no teneis mas que preguntar por la casa de Abu Chaman, apellidado Bercut, ex-caudillo de los emires, y allí me hallaréis.» A estas palabras nos separamos, y pasé el dia siguiente con la mayor impaciencia.

«Llegado el viérnes, madrugué y vestí el mejor traje que tenia, con una bolsa en que puse cincuenta monedas de oro, y marché montado en un asno, que habia ajustado la víspera, y acompañado del hombre que me lo habia alquilado. Cuando entramos en la calle de la Devocion, díjele al borriquero que preguntara por la casa del emir : se la enseñaron y me condujo á ella. Apeéme, le pagué y despedí, encargándole que se hiciera bien cargo de la casa en que me dejaba, y no dejara de irme á buscar al dia siguiente para volver al khan de Mesrur.

«Llamé á la puerta, y al punto dos esclavas, blancas como la nieve y vestidas con mucho aseo, acudieron á abrir. «Entrad,» me dijeron, «nuestra ama os está esperando con suma impaciencia. Hace dos dias que nos está hablando continuamente de vos.» Entré en el patio y vi un gran cenador con siete gradas y cercado con una verja que lo separaba de un hermosísimo jardin. Además de los árboles que lo amenizaban con su verdor y su sombra, habia miles de frutales brindando con esquisitos productos. Quedé embelesado con el gorjeo de infinitas aves que hermanaban sus trinos con el murmullo de un surtidor que se elevaba en medio de un jardin esmaltado de flores. Este surtidor era delicioso; veíanse en los ángulos del pilon cuatro grandísimos dragones dorados, que arrojaban plateados caños de agua cristalina. Aquel paraiso me dió alto concepto de la conquista que habia hecho. Las dos esclavas me hicieron entrar en un salon magníficamente alhajado, y mientras que una iba á avisar á su ama de mi llegada, la otra se quedó conmigo y me fué en-

señando los varios primores del salon. »

Al decir estas palabras, Cheherazada dejó de hablar, porque vió asomar el dia. Chahriar se levantó curioso de saber lo que haria el jóven de Bagdad en el salon de la dama del Cairo. La sultana satisfizo al dia siguiente la curiosidad de aquel príncipe, prosiguiendo así esta historia:

NOCHE CXIII.

Señor, el mercader cristiano prosiguió hablando de este modo al sultan de Casgar: « No aguardé mucho en el salon, » me dijo el jóven; « pronto llegó el dueño de mi corazon, ricamente engalanada con perlas y diamantes; pero aun mas esplendorosa por el resplandor de sus ojos que por el de sus pedrerías. Su cuerpo, que no los primeros cumplimientos, nos sentamos ambos en un sofá y conversamos con toda la satisfaccion que imajinarse puede. Sirviéronnos los manjares mas delicados y esquisitos. Nos sentamos á la mesa, y terminada la comida, volvímos á conversar hasta la noche. Entónces nos trajeron un escelente vino y frutas propias para mo-



cubria ya el vestido de calle, me pareció el mas torneado y airoso del mundo. No os diré la alegría mutua de nuestra vista, porque difícil me fuera espresarla. Básteos saber que despues de ver la sed, y bebímos al eco de la música y canciones de las esclavas. El ama de la casa cantó tambien y acabó de enternecerme con sus cantinelas y convertirme en amante apasionadísimo.

En suma, pasé la noche disfrutando todo jénero de deleites.

« A la mañana siguente, despues de haber puesto mañosamente bajo la cabecera de la cama la bolsa y las cincuenta monedas de oro, me despedí de la dama, quien me preguntó cuando volveria á verla: « Señora, » le respondí, « os prometo volver esta noche. » Manifestóse gozosísima con mi respuesta, me acompañó hasta la puerta, y al separarnos me suplicó que cumpliera mi promesa.

« Aguardábame á la puerta el borriquero con su asno. Monté y volví al khan de Mesrur. Al despedirle, le dije que no le pagaba para que volviera á buscarme por la tarde á cierta hora que le señalé.

« Luego que estuve en el khan, mi principal afan fué comprar un cordero y varias clases de pasteles que envié á la dama por un mandadero. Luego me empleé todo en algunos quehaceres importantes hasta que llegó el borriquero. Entónces me marché con él á la casa de la dama, quien me recibió con tanto júbilo como el dia anterior, y me dió un banquete no menos espléndido que el primero.

« A la mañana siguiente le dejé al marcharme otra bolsa con cincuenta monedas de oro, y volví al khan de Mesrur.....» Aquí llegaba Chehe-razada, cuando advirtiendo que amanecia, se lo avisó al sultan de las Indias, que se levantó sin decir palabra. A la noche siguiente, prosiguió así la historia empezada:

NOCHE CXIV.

El mercader cristiano, vuelto al sultan de Casgar, le dijo: « El jóven de Bagdad continuó su historia en estos términos: « Seguí visitando diariamente á la dama y dejándole cada vez una bolsa con cincuenta monedas de oro, y esto duró hasta que los mercaderes, á quienes habia dado mis mercancias para vender, no me debieron ya nada: en una palabra, me hallé sin dinero y sin esperanza de tenerlo.

« En tan horroroso conflicto y en vísperas de arrojarme á la desesperacion, salí del khan sin saber lo que hacia, y me fuí hácia el palacio en donde habia mucha jente agolpada para presenciar unos festejos que daba el sultan de Ejipto. Cuando hube llegado junto al concurso, me metí por medio de la jente, y casualmente me hallé junto á un jinete bien montado y ricamente vestido que llevaba en el arzon de su silla un saco entreabierto del que colgaba un cordon de seda verde. Puse la mano sobre el saco y me imajiné que el cordon debia ser el de una bolsa que estaba dentro. Mientras lo estaba recapacitando, asomó al otro lado del jinete un mandadero con un haz de leña y pasó tan cerca de él, que hubo de volverse para impedir que la leña le tocase y rasgase sus vestidos. En aquel momento me tentó el demonio: así el cordon con una mano, y sirviéndome de la otra para abrir el saco, saqué la bolsa sin que nadie lo advirtiera. Era pesada y no dudé que estaba llena de oro ú plata.

« Cuando el mandadero hubo pasado, el jinete, que sin duda sospechaba lo que yo habia hecho, mientras volvia la cabeza, metió la mano en el saco y no hallando la bolsa, me descargó tan terrible golpe con su hacha, que me tendió en el suelo. Los circunstantes se conmovieron con aquel ímpetu tan desaforado, y algunos asieron la brida del caballo para detener al jinete y preguntarle qué motivo tenia para atropellarme, y si era lícito malparar en aquellos términos á un musulman. « ¿ En qué os meteis? » les respondió con desentono; « no lo he hecho sin fundamento: es un ladron. » A estas palabras me levanté, y todos tomando mi defensa, clamaron que era un impostor y que no era posible que un jóven como yo hubiera cometido la inicua accion que me imputaba; jeneralmente sostenian que yo era inocente, y mientras detenian á su caballo para favorecer mi fuga, desgraciadamente llegó á pasar por allí el teniente de policía, seguido de los suyos, y viendo tanta jente agolpada al rededor del jinete, se acercó, pre-

guntando qué era lo que habia sucedido. Todos acusaron al jinete de haberme maltratado injustamente, so pretesto de haberle robado.

« El teniente de policía no se paró en lo que le decian, y preguntó al jinete si sospechaba que otro que yo le hubiese robado. El jinete respondió que no, y le dijo los motivos que tenia para creer que sus sospechas no eran equivocadas. Luego que el teniente de policía le hubo escuchado, mandó á los suyos que me prendieran y rejistraran, lo que ejecutaron inmediatamente, y uno de ellos, habiéndome hallado la bolsa, la enseñó públicamente. No pude sobrellevar tanta vergüenza y caí desmayado. El teniente de policía hizo que le trajesen la bolsa. »

« Pero, señor, ya amanece, » dijo Cheherazada, interrumpiendo su narracion; « si vuestra majestad me concede la vida hasta mañana, sabrá la continuacion de esta historia. » Chahriar, que lo deseaba, se levantó sin responderle y acudió á desempeñar sus rejias funciones.

NOCHE CXV.

Antes de acabarse la noche siguiente, la sultana dirijió así la palabra á Chahriar: « Señor, el jóven de Bagdad prosiguió su historia en estos términos: « Cuando el teniente de policía, » dijo, » tuvo la bolsa en su mano, preguntó al jinete si era la suya y cuánto dinero habia dentro. El jinete la reconoció por ser la que le habian cojido, y aseguró que habia dentro veinte zequines. El juez la abrió, y habiendo hallado que en efecto contenia aquella cantidad, se la devolvió y mandándome comparecer ante él, « Jóven, » me dijo, « confiesa la verdad. ¿Fuiste tú el que tomaste la bolsa á este jinete? Confiésalo y no aguardes á que me valga de tormentos. » Entónces bajé la vista y dije para conmigo: « Si niego el hecho, la bolsa que me han cojido me hará pasar por un impostor. » Así, para evitar un doble castigo, alcé la cabeza y confesé mi delito. Apenas hice esta confesion, cuando el teniente de policía, habiendo atestiguado el hecho, mandó que me cortasen la mano, y la sentencia se ejecutó al punto, lo cual movió á compasion á todos los circunstantes: tambien noté en el rostro del jinete que no estaba menos conmovido que los demás. El teniente de policía queria mandarme cortar un pié; pero supliqué al jinete que pidiera aquella gracia por mí, y habiéndolo hecho, la alcanzó.

« Luego que el juez se marchó, el jinete se acercó á mí. « Ya veo, » me dijo, presentándome la bolsa, « que la necesidad os ha obligado á cometer una accion tan ruin é indigna de un jóven de vuestras circunstancias; ahí teneis esa bolsa fatal, os la doy, y siento en el alma la desgracia que os ha cabido. » Dichas estas palabras, se alejó, y como me hallaba muy débil con motivo de la sangre que habia derramado, algunas buenas almas del barrio tuvieron la caridad de admitirme en su casa y darme un sorbo de vino. Tambien me curaron el brazo y pusieron la mano en unos paños que llevé prendidos á la cintura.

« Áun cuando me volviera al khan de Mesrur en aquel estado lastimoso, no hallara la asistencia que necesitaba, y por otra parte, era aventurar mucho el presentarme á la hermosa dama. Quizá no querrá verme, decia, cuando sepa mi vileza. Sin embargo, me decidí á ello, y para que la jente no me siguiera, caminé por varias calles desviadas, y llegué al fin á casa de la dama, tan débil y cansado, que me tendí en un sofá con el brazo derecho oculto debajo de la ropa, esmerándome mucho en taparlo.

« Entretanto la dama, noticiosa de mi llegada y de los dolores que estaba padeciendo, vino con afan, y viéndome macilento y postrado, « Alma mia, » me dijo, « ¿qué tienes? » Disimulé y le respondí: « Señora, estoy padeciendo un gran dolor de cabeza. » Manifestóse muy condolida. « Siéntate, » repuso, porque me habia levantado para recibirla; « dime como te ha sobrevenido ese quebranto: estabas tan bueno la última vez

que tuve el gusto de verte. Alguna cosa me ocultas; dímelo todo. » Y como yo guardaba silencio, y en vez de responderle, derramaba lágrimas, «No comprendo,» me dijo, «lo que puede aquejarte. ¿Te he dado algun motivo de pena sin advertirlo, y vienes aquí para desengañarme con tu desvío? — No es eso, señora, » le respondí suspirando, « y tan injusto recelo encrudece mas mi quebranto. »

« No podia determinarme á declararle lo que verdaderamente lo ocasionaba. Llegó la noche y trajeron la cena. Rogóme que comiera; pero como no podia valerme sino de la mano izquierda, le rogué que me dispensase, dando por disculpa que no tenia apetito. « Lo tendrás, » me dijo, « cuando me hayas descubierto lo que tan tenazmente me ocultas : sin duda tu desgana proviene tan solo de la pena que tienes en manifestarte. — ¡ Ay de mí! señora, » repuse, « preciso será que al fin prorumpa. » Apenas dije estas palabras, cuando me presentó una copa con vino : « Toma, » me dijo, « y bebe, eso te dará ánimo. » Alargué la mano izquierda y así la copa. »

A estas palabras, advirtiendo Cheherazada que era de dia, dejó de hablar; pero á la noche siguiente prosiguió en estos términos .

NOCHE CXVI.

« Así pues la copa, » dijo el jóven, « y renové mi llanto y sollozos. « ¿Porqué lloras tan amargamente, » dijo entónces la dama, « ¿porqué cojes la copa con la mano izquierda, y no con la derecha ? — ¡ Ah ! señora, » le respondí, « os suplico que me disculpeis ; tengo un tumor en la mano derecha. — Quiero verlo, » repuso, « y rebentarlo. » Me resistí diciéndole que aun no estaba en sazon, y me bebí todo el vino de la copa, que era muy grande. Los vapores de la bebida, el cansancio y la postracion en que me hallaba, me acarrearon pronto un profundo sueño que duró hasta el dia siguiente.

« Durante este tiempo, la dama queriendo saber qué mal tenia en la mano derecha, alzó mi túnica, que la ocultaba, y vió con todo el asombro que se deja suponer como la tenia cortada, y que la llevaba envuelta en unos paños. Al punto comprendió, como era muy obvio, porqué habia resistido tanto á sus encarecidas instancias, y pasó la noche condoliéndose de mi desdicha, no dudando qué me hubiese sucedido por amor suyo.

« Al despertarme, noté en su rostro el sumo pesar que la estaba traspasando, y sin embargo nada me dijo por no apesadumbrarme. Me mandó traer un caldo de gallina, dispuesto por su órden, y me hizo comer y beber, diciéndome que era para corroborarme. Despues de esto, quise marcharme, pero me detuvo por la ropa. « No permitiré, » me dijo, « que salgas de aquí. Aunque no me lo digas, estoy persuadida de que soy causa de la desgracia que te ha sucedido. El dolor que siento no me dejará vivir mucho tiempo ; pero antes de morir he de ejecutar lo que tengo ideado en favor tuyo. » Dicho esto, mandó llamar á un letrado y testigos, é hizo estender una donacion de todos sus bienes. Luego que los hubo despedido satisfechos de su dilijencia, abrió un gran cofre en donde estaban todas las bolsas que yo le habia regalado desde el principio de nuestros amores. « Están todas cabales, » me dijo, « no he tocado una sola : toma, aquí tienes la llave del cofre, eres dueño de todo. » Dile gracias por su jenerosidad y agasajo. « Nada vale, » repuso, « lo que acabo de hacer, y no estaré contenta hasta que muera, para manifestarte cuánto te amo. » Supliquéla con cariñosa persuasiva que desistiera de tan aciaga determinacion ; pero no pude conseguirlo, y el pesar de verme manco le causó una enfermedad de cinco ú seis semanas de cuyas resultas vino por fin á fallecer.

« Despues de haber llorado su muerte como debia, tomé posesion de todos sus bienes que me habia dado á conocer, y de ellos formaba parte el ajonjolí que tuvisteis á bien vender por mi cuenta. »

Cheherazada queria proseguir su narracion ; pero siendo ya de dia, la suspendió hasta la noche siguiente.

NOCHE CXVII.

El jóven de Bagdad acabó de referir su historia al mercader cristiano diciéndole : « Lo que acabais de oir debe disculparme por haber comido con la mano izquierda. Os agradezco infinito la molestia que os habeis tomado por mí. No puedo agradecer debidamente vuestra fidelidad, y como tengo, á Dios gracias, bastantes bienes, aunque he gastado mucho, os ruego que acepteis el regalo que os hago de la cantidad que me debeis. Además, tengo que proponeros una especie : como no puedo vivir en el Cairo despues del lance que acabo de referiros, estoy resuelto á marcharme y no volver mas. Si quereis acompañarme, negociarémos juntos y nos partirémos la granjería. »

« Cuando el jóven de Bagdad hubo acabado su historia, » dijo el mercader cristiano, « le di gracias del mejor modo que me fué posible por el regalo que me hacia; y en cuanto á su propuesta de viajar con él, le dije que la admitia gustoso, asegurándole que cuidaria de sus intereses como de los mios.

« Fijamos dia para nuestra partida, y cuando hubo llegado, emprendimos nuestro viaje. Hemos pasado por la Siria y la Mesopotamia, atravesado toda la Persia, deteniéndonos en muchas ciudades, y al fin llegamos, señor, á vuestra capital. Al cabo de algun tiempo, el jóven me manifestó su ánimo de volverse á Persia y avecindarse allí, con lo cual ajustamos cuentas y nos separamos muy satisfechos uno de otro. Se marchó, y yo, señor, me he quedado en esta ciudad, donde me doy por dichosísimo con servir á vuestra majestad. Esta es la historia que tenia que referiros. ¿No os parece mas asombrosa que la del jorobado? »

El sultan de Casgar se enojó contra el mercader cristiano. « Mucha es tu osadía, » le dijo, « en atreverte á contarme una historia tan poco digna de mi atencion y á compararla con la del jorobado. ¿Cómo pretendes persuadirme que las desvariadas aventuras de un jóven libertino son mas admirables que las de mi juglar? Voy á mandaros colgar á los cuatro para vengar su muerte. »

A estas palabras, el proveedor aterrado se arrojó á las plantas del sultan. « Señor, » le dijo, « suplico á vuestra majestad que suspenda su justo enojo y me escuche, haciéndonos á todos gracia, si la historia que voy á referir á vuestra majestad es mas hermosa que la del jorobado. — Te concedo lo que pides, » respondió el sultan; « habla. » El proveedor tomó entónces la palabra y dijo :

HISTORIA REFERIDA POR EL PROVEEDOR DEL SULTAN DE CASGAR.

« Señor, un sujeto de alta categoría me convidó ayer á las bodas de su hija. No hice falta en ir de noche á la hora señalada, y me hallé en una junta de doctores, letrados y otras personas principales de la ciudad. Terminadas las ceremonias, sirvieron un magnífico banquete, y sentándose todos á la mesa, comió cada cual lo que le pareció mas gustoso. Entre otros manjares, habia un guisado compuesto con ajo, que era escelente y del que todos querian probar, y como observamos que uno de los convidados se desentendia de aquel plato, aunque lo tuviese delante, le instamos para que siguiera nuestro ejemplo y tomara su porcion. Suplicónos que no le hiciésemos mas instancias. « Me guardaré muy bien, » nos dijo, « de tocar á un guisado que tenga ajo; no tengo olvidado lo que me cuesta haberlo probado en otra ocasion. » Suplicámosle que nos refiriera porqué tenia tan suma aversion al ajo; pero el amo de la casa, sin darle tiempo á que nos contestara, le dijo : « ¿Así honrais á mi mesa? Ese plato es delicado; y así no hay que empeñaros en dejar de comerlo; debeis hacerme esta fineza como los demás. — Señor, » le respondió el convidado, que era un mercader de Bagdad, « no creais que proceda así con estudiado melindre; estoy propenso á complaceros, si absolutamente así



lo quereis; pero será bajo condicion de que, despues de haberlo probado, me he de lavar cuarenta veces las manos con álcali, otras tantas con ceniza de la misma planta, y tambien con jabon : no llevaréis á mal que obre así por no quebrantar el juramento que tengo hecho de no comer nunca guisado con ajo, sino bajo esta condicion. »

Al acabar estas palabras, Cheherazada calló viendo asomar el dia, y Chahriar se levantó muy ansioso de saber porqué aquel mercader habia jurado lavarse ciento y veinte veces despues de haber comido el guisado con ajo. La sultana satisfizo su curiosidad la noche siguiente en estos términos :

NOCHE CXVIII.

El proveedor siguió hablando al sultan de Casgar : « El amo de la casa, » dijo, « no queriendo dispensar al mercader de probar el guisado con ajo, mandó á sus criados que tuvieran pronta la palangana con agua alcalina, ceniza de la misma planta y jabon, para que el mercader se lavara tantas veces como quisiera. Luego que hubo dado esta órden, se encaró con el mercader. « Haced como nosotros, » le dijo; « no os faltarán álcali, ceniza de la misma planta y jabon. »

« El mercader, como enojado de la violencia con que se le trataba, alargó la mano y cojió un pedazo que llevó á la boca temblando, y comió con una repugnancia que estrañamos todos sobremanera. Pero lo que nos causó mayor admiracion, fué ver que solo tenia cuatro dedos, faltándole el pulgar, lo cual ninguno habia

echado de ver, aunque hubiese comido ya de otros platos. El amo de la casa tomó al punto la palabra. «¿Cómo es que no teneis pulgar?» le dijo; «¿y por qué ocurrencia lo habeis perdido? Debe de ser con algun motivo que haréis el favor de referir á la concurrencia para su recreo. — Señor,» respondió el mercader, «no solo me falta el pulgar de la mano derecha, sino tambien el de la izquierda.» Al mismo tiempo alargó la mano izquierda y nos hizo ver que era cierto lo que decia. «Aun hay mas,» añadió, «tambien me faltan los pulgares de ambos piés, y podeis creerlo. Estoy estropeado de este modo por una aventura inaudita, que no me niego á referiros si teneis la paciencia de oirla. No os causará menos estrañeza que compasion; pero permitidme antes que me lave las manos.» A estas palabras, se levantó de la mesa, y habiéndose lavado ciento y veinte veces, volvió á ocupar su asiento, y nos refirió su historia en los términos siguientes:

«Habeis de saber, señores, como en el reinado del califa Harun Alraschid, mi padre vivia en Bagdad, de donde soy natural, y era tenido por uno de los mas ricos mercaderes de la ciudad; pero como era hombre dado á los deleites, amigo de francachelas, y desatendia sus negocios, en vez de heredar grandes haberes á su muerte, necesité toda la economía imajinable para pagar las deudas que habia dejado. Logré sin embargo pagarlas todas, y con mis afanes mi suerte empezó á tomar una faz risueña.

«Estando abriendo la tienda una mañana, pasó delante de mi puerta una dama montada en una mula, acompañada de un eunuco y de dos esclavos; se paró. Apeóse con ayuda del eunuco, le dió la mano y le dijo: «Ya os habia yo dicho, señora, que veniais demasiado temprano; ya veis que todavía no hay nadie en el mercado, y si me hubierais creido, os hubierais escusado la molestia que tendréis en aguardar.» La dama miró á todas partes, y viendo que con efecto no habia otra tienda abierta que la mia, se acercó saludándome y me rogó que la permitiera descansar mientras llegaban los demás mercaderes. Correspondí á su cumplimiento como debia.»

No hubiera parado aquí Cheherazada, á no haberle impuesto silencio la luz del dia. El sultan de las Indias, que deseaba oir la continuacion de aquella historia, aguardó con impaciencia la noche siguiente.

NOCHE CXIX.

Dinarzada despertó á la sultana, y esta dirijió la palabra al sultan y le dijo: «Señor, el mercader prosiguió de este modo la narracion empezada: «La dama se sentó en mi tienda, y observando que no habia en el mercado sino el eunuco y yo, se descubrió el rostro para respirar el ambiente. Nunca ví beldad tan cabal: verla y amarla con pasion fué para mí una misma cosa. Tuve continuamente los ojos clavados en ella, y me pareció que no le desagradaba mi ahinco; porque me dió tiempo para mirarla á mis ensanches, y tan solo se cubrió el rostro cuando la obligó la zozobra de ser notada.

«Luego que se hubo tapado, me dijo que iba en busca de varias telas de las mas hermosas y ricas, que me nombró, preguntándome si las tenia. «¡Ay! señora,» le respondí, «soy un mercader principiante, y no tengo medios para emprender tales negocios, y siento infinito no tener nada de lo que deseais; pero en llegando los mercaderes, para escusaros la molestia de andar tiendas, iré, si os parece bien, á tomarles lo que estais apeteciendo: me dirán el justo precio, y sin moveros de aquí, podeis hacer vuestras compras.» Consintió en ello la dama, y tuve con ella una conversacion que duró tanto mas rato, cuanto yo le hacia creer que aun no habian llegado los mercaderes principales.

«Quedé tan embelesado con su injenio, como lo estaba ya con la hermosura de su rostro; pero al fin hube de privarme del hechizo de su presencia y conversacion; fuí en busca de las telas que apetecia, y cuando hubo escojido las que fueron de su gusto, fijamos el preçio á cin-

co mil dracmas de plata acuñada. Hizo un lio que entregué al eunuco, quien se lo puso debajo del brazo. La dama se levantó y se despidió de mí, acompañándola yo con la vista hasta la puerta del mercado, y no cesando de mirarla hasta que estuvo montada en su mula.

« Apenas desapareció la beldad, cuando recapacité que el amor me habia hecho cometer un gran yerro. Tan preocupado estaba mi espíritu, que no habia advertido que se iba sin pagar y ni siquiera le habia preguntado quién era ni dónde vivia. Reflexioné además que era deudor de una gran cantidad á varios mercaderes que quizá no tendrian la paciencia de aguardar. Fuime á ellos y me escusé cuanto pude, diciéndoles que la dama era persona conocida. Finalmente volví á mi casa tan enamorado como perplejo con una deuda tan crecida. »

Aquí llegaba Cheherazada, cuando dejó de hablar, viendo asomar el dia. A la noche siguiente prosiguió de esta manera :

NOCHE CXX.

« Pedí á mis acreedores, » dijo el mercader, « un plazo de ocho dias para satisfacerles, y al cabo de este tiempo viéndome apurado, volví á pedirles otro plazo igual. Consintieron en ello ; pero al dia siguiente ví llegar á la dama montada en su mula, con el mismo acompañamiento y á la misma hora que la primera vez.

« Encaminóse á mi tienda. « Algo os he hecho aguardar, » me dijo, « pero al fin os traigo el dinero de las telas que compré el otro dia : llevadlo á casa de un cambista y que vea si es de ley y si está la cuenta cabal. » El eunuco, que llevaba el dinero, vino conmigo á casa del cambista, y este halló la cantidad cabal y en buena moneda. Volví y aun tuve la suerte de conversar con la dama, hasta que estuvieron abiertas todas las tiendas del mercado. Aunque hablábamos de asuntos triviales, no obstante les daba cierto jiro que los hacia parecer nuevos, convenciéndome de que no me habia equivocado al juzgar desde la primera conversacion que tenia mucho talento.

« Luego que hubieron llegado los mercaderes y abierto sus tiendas, llevé lo que debia á aquellos que me habian fiado las telas, y no tuve dificultad en conseguir que me dejasen otras que la dama me habia pedido. Tomé por valor de mil monedas de oro, y la dama se llevó los jéneros sin pagarlos, sin decirme nada ni darse á conocer. Lo que me pasmaba era que ella nada aventuraba y que yo quedaba sin resguardo y sin saber quien me reintegraria, dado caso que no volviese á verla. » La cantidad que acaba de pagarme es bastante crecida, » decia para conmigo, « pero me deja empeñado por otra mucho mayor. Acaso será alguna estafadora que solo me ha embaucado ahora para engañarme á su salvo. Los mercaderes no la conocen y acudirán á mí. » Mi amor no era harto intenso para que dejara de hacer sobre este punto amarguísimas reflexiones, y mi zozobra fué por cada dia en aumento durante un mes que medió, sin que recibiese noticia alguna de la dama. Los mercaderes empezaron á azorarse, y ya estaba pronto para vender cuanto tenia para cumplir con ellos, cuando la ví volver una mañana con el mismo acompañamiento que las demás veces.

« Tomad las balanzas, » me dijo, « para pesar el oro que os traigo. » Estas palabras acabaron de desvanecer mi recelo, y aumentaron mi pasion. Antes de contar el dinero, me hizo varias preguntas, y entre otras quiso saber si estaba casado. Respondíle que no, y que nunca lo habia estado. Entónces le dijo al eunuco, al entregarle el oro : « Prestadnos vuestra mediacion para concluir nuestro negocio. » El eunuco se echó á reir, y habiéndome llevado á un lado, me hizo pesar el oro. Mientras lo estaba pesando, el eunuco me dijo al oido : « Al parecer estais enamorado de mi ama, y estraño mucho que no os hayais atrevido á declararle vuestra pasion : ella os ama aun mas de lo que la amais. No creais que necesite vuestras telas, pues solo viene aquí porque le habeis infundido un cariño

entrañable. Por eso os preguntó si estabais casado. Si quereis, no teneis mas que hablarle, y en vuestra mano está casaros con ella. — Es cierto, » le respondí, « que he sentido ímpetus de amor para con ella desde el primer momento que la ví; pero no me atrevia á pretender la dicha de agradarle. Soy suyo en un todo y no dejaré de agradeceros el servicio que me estais haciendo. »

« En una palabra, acabé de pesar las monedas de oro, y mientras que las volvia al saco, el eunuco le dijo á la dama que yo estaba contentísimo, pues era la espresion en que estaban convenidos de antemano. Al punto la dama, que estaba sentada, se levantó y marchó diciéndome que me enviaria al eunuco y que no tenia mas que hacer lo que me dijese de parte suya.

« Llevé á cada mercader el dinero que le debia y aguardé con impaciencia al eunuco durante algunos dias. Llegó al fin..... » Pero, señor, dijo Cheherazada al sultan de las Indias, ya asoma el dia y debo callar. Hízolo así, y á la mañana siguiente prosiguió así su narracion :

NOCHE CXXI.



« Recibí al eunuco placenteramente, » dijo el mercader de Bagdad, « y le pregunté por su ama. « Sois, » me respondió, « el amante mas venturoso del mundo ; enferma viene á estar de cariño ; no se puede anhelar con mas afan el veros, y si dispusiera de sus acciones, vendria á buscaros y pasaria gustosa en vuestra compañía todos los momentos de su vida. — Me ha parecido por su noble porte y sus modales cortesanos, » le dije, « que era alguna dama de suposicion. — No os habeis equivocado, » replicó el eunuco : « es la predilecta de Zobeida, esposa del califa, la cual la quiere con tanto mas ahinco cuanto la ha criado desde la niñez y le encarga todas las compras que tiene que hacer. Empeñada en casarse, ha declarado á la esposa del caudillo de los creyentes que os habia cobrado cariño y le ha pedido su consentimiento. Zobeida le dijo que se lo daba : pero que antes queria veros, para juzgar por sí de la eleccion, y que en caso de ser acertada, costearia los gastos de la boda. Ya veis que vuestra dicha es segura, pues si agradasteis á la íntima, no menos habeis de prendar á la dueña, que no trata sino de complacerla, y que no quisiera violentar su inclinacion. No falta mas que ir á palacio, y para eso he venido; á vos os toca determinaros. — Decidido estoy, » repliqué, « y pronto á seguiros do quiera me lleveis. — Muy bien, » repuso el eunuco; « pero ya sabeis que los hombres no entran en los aposentos de las damas de palacio, y que solo se os puede introducir en ellos tomando disposiciones que requieren el mayor sijilo. La predilecta las ha tomado todas; por vuestra parte haced cuanto esté en vuestra mano, y sobre todo sed callado, porque os va en ello la vida. »

« Aseguréle que haria por puntos cuanto se me mandase. « Es menester pues, » me dijo, « que á la caida de la noche vayais á la mezquita que Zobeida, esposa del califa, ha mandado edificar á orillas del Tígris, y que allí aguardeis que se os vaya á buscar. » Consentí en todo lo que él quiso; aguardé la llegada de la noche con impaciencia, y entónces marché á la mezquita, asistí á la oracion, que se dice hora y media despues de puesto el sol, y me quedé el último en el templo.

« Pronto vi llegar una barca, cuyos remeros eran eunucos. Desembarcaron y trajeron á la mezquita varios cofres grandes, y despues se retiraron, quedando tan solo el que habia acompañado á la dama y me habia hablado por la mañana. Tambien vi entrar á la dama ; y le salí al encuentro, manifestándole que estaba pronto á ejecutar sus órdenes. « No hay que perder tiempo, » me dijo, y diciendo y haciendo, abrió uno de los cofres y me mandó que me metiera dentro. « Esto es necesario, » añadió, « para vuestra seguridad y la mia. Nada temais y dejad

lo demás á cargo mio.» Me habia adelantado ya de sobras para retroceder; hice lo que deseaba, y al punto cerró el cofre con llave. Luego el eunuco, que estaba en el secreto, llamó á los demás que habian traido los cofres, y se los hizo llevar otra vez á la barca; cuando la dama y el eunuco estuvieron embarcados, empezaron á remar para llevarme al aposento de Zobeida.

«Entretanto, yo estaba haciendo formalísimas reflexiones, y considerando el peligro en que me hallaba, me arrepentí de haberme espues'o tantísimo, é hice promesas y votos que no eran del caso.

«La barca pasó delante de la puerta del palacio del califa, desembarcaron los cofres y los llevaron al aposento del capataz de los eunucos, que tiene la llave del de las damas y no deja entrar nada sin haberlo rejistrado prolijamente. Estaba acostado, y fué preciso despertarle y hacerle levantar.....» «Pero señor,» dijo en este punto Cheherazada, «ya veo asomar el dia.» Chahriar se levantó para celebrar su consejo, determinado á oir al dia siguiente la continuacion de una historia que hasta entónces habia escuchado con tanto deleite.

NOCHE CXXII.

La sultana de las Indias se despertó poco antes del amanecer, y prosiguió en estos términos la historia del mercader de Bagdad: «El eunuco mayor, enfadado de que le interrumpian el sueño, riñó mucho á la predilecta porque volvia tan tarde. «No saldréis tan bien librada como os lo imajinais,» le dijo; «ninguno de estos cofres pasará sin que se haya abierto y sin que yo lo visite escrupulosamente.» Al mismo tiempo mandó á los eunucos que los fueran trayendo uno tras otro á su presencia y los fueran abriendo. Empezaron por el cofre en que yo estaba encerrado: cojiéronlo y lleváronlo, apoderándose de mí un susto indecible: creí que era llegada mi última hora.

«La interesada, que tenia la llave, protestó que no la daria ni consentiria en que se abriera aquel cofre. «Ya sabeis,» dijo, «que todo lo que traigo es para uso de Zobeida, vuestra ama y la mia. Este cofre está lleno de mercancías preciosas que me han confiado unos mercaderes recien llegados. Además contiene muchas botellitas de agua de la fuente de Zemzem, enviadas de la Meca. Si alguna se rompiera, se echarian á perder las mercancías y seriais responsable: la esposa del caudillo de los creyentes se vengaria de vuestra insolencia.» En suma, habló con tanta entereza, que el eunuco no se atrevió á rejistrar el cofre en que me hallaba ni tampoco los demás. «Pasad pues,» dijo con enojo, «andad.» Abrieron el aposento de las damas y llevaron dentro todos los cofres.

«Apenas los hubieron entrado, cuando de repente oí vocear: «Ahí viene el califa.» Estas palabras aumentaron mi espanto en términos que no sé como no quedé muerto en el acto. Con efecto, llegaba el califa. «¿Qué traeis en esos cofres?» le dijo á la íntima. — «Caudillo de los creyentes,» respondió esta, «son telas recien llegadas que la esposa de vuestra majestad ha deseado ver. — Abridlos,» repuso el califa, «yo tambien quiero verlas.» La interesada quiso escusarse observándole que aquellas telas solo eran propias para damas y que seria privar á su esposa del gusto que tendria en verlas la primera. «Abridlos, repito,» replicó el califa, «yo os lo mando.» Volvió la dama á insistir en que su majestad la esponia al enojo de su ama, obligándole á faltar á su fidelidad. «No, no,» repuso él, «os prometo que no os hará ningun cargo: abridlos y no me hagais aguardar mas.»

«Fué forzoso obedecer, y entónces sentí tan mortal zozobra, que aun me estremezco al recordarla. El califa se sentó, y mandó entónces la dama traer á su presencia todos los cofres uno tras otro y los fué abriendo. Deseando alargar, le hacia observar todos los primores de cada tela en particular, queriendo apurar su pa-

ciencia; pero no lo consiguió. Como no estaba menos interesada que yo en no abrir el cofre en que me hallaba, no se daba priesa á que lo trajeran, aunque era el único que faltaba rejistrar. « Acabemos, » dijo el califa, « veamos tambien lo que hay en ese cofre. » No puedo decir si en aquel momento estaba yo muerto ó vivo, pero no creia librarme de tan gran peligro. »

A estas palabras, Cheherazada vió asomar el dia é interrumpió su narracion; pero al acabarse la noche siguiente, prosiguió de esta manera:

NOCHE CXXIII.

« Cuando la predilecta de Zobeida, » dijo el mercader de Bagdad, « vió que el califa queria absolutamente que abriera el cofre en que yo estaba, « En cuanto á este, » le dijo, « vuestra majestad me hará la merced de dispensarme por ahora, pues encierra preciosidades que solo puedo enseñarle en presencia de su esposa. — Muy bien, » dijo el califa, « estoy satisfecho; mandad que lleven los cofres. « Mandó la dama al punto que los llevasen á su cuarto, y allí empecé á respirar.

« Luego que se hubieron retirado los eunucos que los habian traido, abrió prontamente aquel en que yo me hallaba encerrado. « Salid, » me dijo, apuntándome la puerta de una escalera que conducia á un aposento; subid y aguardadme. » Apenas hubo cerrado tras mí la puerta, cuando el califa entró, y se sentó sobre el cofre de que yo acababa de salir. El motivo de esta visita era un arranque de curiosidad que no hablaba conmigo, pues el príncipe queria hacerle preguntas sobre lo que habia visto ú oido en la ciudad, y despues de haber conversado bastante rato con ella, se marchó, retirándose á su aposento.

« Cuando la íntima se vió libre, vino á buscarme y se disculpó de todos los sobresaltos que me habia causado. « Mi zozobra no ha sido menor que la vuestra; no debeis dudarlo, ya que estuve padeciendo por amor vuestro y por mí, que corria igual peligro. Otra en mi lugar no hubiera quizá tenido espíritu para salir de tan apurado trance. Se necesitaba tanto arrojo como serenidad, ó mas bien era preciso abrigar todo el amor que yo os tengo para salir de tal aprieto; pero serenaos, nada hay ya que temer. » Despues de haber conversado por algun tiempo con mucha ternura, « Ya es hora, » me dijo, « que descanseis; acostaos; mañana os presentaré á Zobeida á cualquiera hora del dia, lo cual es muy fácil, porque el califa no la ve sino de noche. » Sosegado con estas palabras, dormí con bastante desahogo, ó si mi sueño fué alguna vez interrumpido con sobresaltos, fueron estos agradables, causados por la esperanza de poseer una dama de tanto injenio y belleza.

« A la mañana siguiente, la predilecta de Zobeida, antes de presentarme á su ama, me enteró de como debia estar en su presencia, y m dijo casi las preguntas que la princesa me haria, dictándome las competentes contestaciones. Hecho esto, me llevó á una sala adornada con una magnificencia, riqueza y gusto nunca vistos. Luego que entré, salieron del gabinete de Zobeida veinte esclavas de edad avanzada, vestidas uniforme y lujosamente; y se formaron en dos hileras con sumo decoro delante de un trono. Siguiéronlas otras veinte damas muy jóvenes y vestidas del mismo modo que las primeras, aunque con la diferencia de ser sus trajes algo mas elegantes. Zobeida llegó con ellas en ademan erguido y majestuoso, tan cargada de pedrerías y joyas, que apenas podia moverse. Se sentó en el trono. Se me olvidaba deciros que la acompañaba su dama predilecta, la que se quedó en pié á su derecha, mientras que las esclavas, algo mas separadas, se formaban á entrambos lados del solio.

« Luego que la esposa del califa se hubo sentado, las esclavas que habian entrado primeramente me hicieron seña para que me acercase. Adelantéme en medio de las dos alas que formaban, y me postré con la frente hasta el suelo á los piés de la princesa, la que me mandó levantar y me hizo el agasajo de informarse de mi



nombre, familia y bienes; á todo lo cual respondí á su satisfaccion. Esta la conocí no solo por su rostro, sino por las palabras que tuvo la dignacion de dirijirme. « Me alegro mucho, » me dijo, « que mi hija (así llamaba á su dama predilecta), porque la miro como tal, despues de haberme esmerado en su educacion, haya hecho una eleccion tan acertada: la apruebo y consiento en que os caseis ambos. Dispondré yo misma los preparativos de vuestras bodas; pero antes necesito á mi hija por diez dias. Durante este tiempo hablaré al califa, y conseguiré su beneplácito; y vos os quedareis acá, y se os cuidará debidamente. »

Al decir estas palabras, Cheherazada calló, por ser ya de dia, y á la mañana siguiente prosiguió de este modo:

NOCHE CXXIV.

« Permanecí diez dias en el aposento de las damas del califa, » dijo el mercader de Bagdad. « En todo este tiempo estuve privado del gusto de ver á mi dama; pero me agasajaron tantísimo por disposicion suya, que tuve motivo para quedar muy satisfecho.

« Zobeida habló al califa de la determinacion que habia tomado de casar á su predilecta, y el príncipe, dejándola dueña de hacer cuanto quisiere, concedió á la dama una cantidad crecida para contribuir garbosamente á su colocacion. Pasados los diez dias, Zobeida mandó estender el contrato matrimonial, que le fué presentado en debida forma. Hiciéronse los preparativos de la boda, llamaron músicos, bailarines y bailarinas, y hubo durante nueve dias grandes regocijos en palacio. El décimo dia estaba destinado para la ceremonia del casamiento, y la novia fué llevada al baño por un lado y yo por otro. De noche, me senté á la mesa, y me sirvieron toda clase de manjares y guisados, y entre estos uno con ajo como el que acabo de probar. Se me hizo tan halagüeño, que casi no toqué á los demás platos; pero desgraciadamente al levantarme de la mesa, me contenté con enjugarme las manos, en vez de lavármelas bien, descuido que hasta entónces nunca habia tenido.

« Como era de noche, suplieron la claridad del dia con una gran iluminacion en el aposento de las damas. Empezaron á tocar los músicos, los bailarines mostraron su habilidad y todo el palacio resonó con gritería de regocijo. Lleváronnos á mi mujer y á mí á una gran sala, y nos hicieron sentar en dos tronos. Las mujeres de su servicio la hicieron mudar muchas veces de traje y le pintaron el rostro de diferentes modos, segun estilo en el desposorio, y cada vez que mudaba de traje, venian á presentármela.

« Termináronse al fin todas aquellas ceremonias y nos llevaron al tálamo nupcial. Luego que nos dejaron solos, me acerqué á mi esposa para abrazarla; pero en vez de corresponder á mis demostraciones, me rechazó reciamente y prorumpió en alaridos horrorosos que atrajeron pronto al aposento á todas la damas deseosas de saber el motivo de aquellos gritos. En cuanto á mí, quedé inmóvil de asombro y sin tener siquiera fuerzas para preguntarle la causa. « Querida hermana, » le dijeron, « ¿ qué os ha sucedido en el poco tiempo que estamos fuera de aquí? Decídnoslo para que os auxiliemos. — Quitad, » esclamó, « quitadme de delante á ese asqueroso. — ¡ Cómo, señora! » le dije, « ¿ en qué puedo haberos ofendido para merecer vuestro enojo? — Sois un puerco, » me respondió enfurecida, « habeis comido ajos y no os habeis lavado las manos. ¿ Creeis que yo permitiré que un hombre tan asqueroso se acerque á mí para apestarme? — Tendedle en el suelo, » añadió encarándose con las damas, « y que me traigan un látigo. » Al punto me tiraron al suelo, y mientras unas me tenian asido por los brazos y otras por los piés, mi mujer enarbolando el látigo, me azotó sin compasion hasta que le faltaron las fuerzas. Entónces dijo á las damas: « Cojedle y mandadle preso al teniente de policía para que le mande cortar la mano con que comió el guisado con ajo. »

« A estas palabras, prorumpí: « Dios todopoderoso, despues de haberme molido á golpes, me condenan para colmo de quebranto á tener la mano cortada; ¿ y porqué? ¡ por haber comido de un guisado con ajo y haberme trascordado de lavarme las manos! ¡ Cuánto enojo por tan pequeña causa! Llévese el diablo todos los guisados con ajo y malditos sean el cocinero que lo preparó y el que me lo trajo. »

Aquí se paró la sultana Cheherazada, observando que era de dia. Chahriar se levantó riendo á carcajadas del enojo de la dama predilecta, y muy ansioso de saber el desenlace de esta historia.

NOCHE CXXV.

A la mañana siguiente, Cheherazada se despertó antes del amanecer, y volvió á proseguir su narracion: « Todas las damas que me habian visto azotar de aquel modo, » dijo el mercader de Bagdad, « se apiadaron de mí, cuando oyeron que se trataba de mandarme cortar la mano. « Querida hermana, » le dijeron á la predilecta, « os propasais en gran manera con vuestras iras. Seguramente que este hombre no sabe portarse é ignora vuestra jerarquía y las consideraciones

que mereceis; pero os rogamos que no hagais caso del yerro que ha cometido, y que se lo perdoneis. — Aun no estoy satisfecha, » repuso la dama; « quiero que aprenda á vivir y que lleve señales de su desaseo, para que nunca en su vida coma guisado con ajo sin lavarse despues las manos. » Las damas no amainaron por esto, y arrojándose á sus piés y besándole la mano, « Nuestra buena señora, » le dijeron, « por Dios, moderad vuestro enojo y concededнos la gracia que os pedimos. » La dama nada contestó; pero se levantó prorumpiendo en baldones y salió del aposento; todas la siguieron, dejándome solo y desconsolado.

« Diez dias permanecí sin ver mas que á una vieja esclava que me traia de comer. Preguntéle noticias de la dama predilecta. « Está enferma, » me dijo la esclava, « del olor pestífero que le hicisteis respirar. ¿ Yo no sé tambien como os habeis descuidado de lavaros las manos despues de haber comido de aquel maldito guisado? — ¿ Es posible, » dije entónces para conmigo, « que la delicadeza de estas damas llegue á tal estremo, y que sean tan vengativas por una culpa tan leve? » Sin embargo, aun amaba á mi mujer á pesar de su crueldad, y así no dejé de compadecerla.

« Un dia la esclava me dijo: « Vuestra esposa se halla restablecida; ha ido al baño y me ha dicho que vendrá á veros mañana. Así tened paciencia y procurad darle gusto en todo. Es una persona muy sensata, cabal y muy querida de todas las damas que sirven á Zobeida, nuestra respetable ama. »

« Con efecto, mi mujer vino al dia siguiente y me dijo: « Demasiado buena soy en veniros á ver tras la ofensa que me habeis hecho; pero no puedo avenirme á una reconciliacion hasta que os haya castigado como mereceis por no haberos lavado las manos despues de haber comido de un guisado con ajo. » Dichas estas palabras, llamó á las damas, quienes por órden suya me tendieron en el suelo, y despues de haberme atado, la primorosa cojió una navaja de afeitar y tuvo la barbarie de cortarme ella misma los cuatro pulgares. Una de las damas me aplicó cierta raiz para estancar la sangre; pero á pesar de esto, me desmayé con la que habia derramado y el dolor agudo que sentia.

« Volví de mi desmayo, y me dieron un poco de vino para que cobrara fuerzas. « ¡ Ah ! señora, » le dije entónces á mi esposa, « si me sucede alguna vez que coma de un guisado con ajo, os juro que me lavaré las manos ciento y veinte veces con álcali, ceniza de la misma planta y jabon. — Pues bien, » dijo mi mujer, « con esa condicion consiento en olvidar lo pasado y vivir con vos, tratándoos como á mi marido. »

« He aquí, señores, » añadió el mercader de Bagdad mirando á los circunstantes, el motivo porqué rehusé comer del guisado con ajo que tenia delante. »

Empezaba á apuntar el dia, y Cheherazada calló hasta la mañana siguiente, en que volvió á proseguir en estos términos:

NOCHE CXXVI.

« Señor, el mercader de Bagdad acabó su historia: « Las damas me pusieron en las heridas la raiz de que ya hablé para atajar la sangre, y aplicáronme tambien bálsamo de la Meca, que no se podia suponer falsificado, porque lo habian tomado en la botica del califa. Por la virtud de aquel bálsamo admirable, quedé enteramente curado en muy pocos dias, y mi mujer y yo seguimos viviendo juntos y tan unidos como si nunca hubiera comido guisado con ajo. Como siempre habia gozado de mi libertad, me fastidiaba mucho verme encerrado en el palacio del califa; sin embargo, no queria manifestárselo á mi esposa por miedo de desagradarle. Conocióla, y yo tambien advertí que estaba muy dispuesta á salir de palacio. El reconocimiento solo la detenia junto á Zobeida; pero tenia tanto despejo y supo pintar allá tan espresivamente á

su ama la violencia que yo padecia en no vivir en la ciudad con mis iguales, como estaba acostumbrado, que aquella escelente princesa consintió en privarse del placer de tener á su lado á su íntima y le concedió lo que ambos deseábamos.

« Por eso, al cabo de un mes de nuestro enlace, vi llegar á mi esposa con muchos eunucos que llevaban cada uno un saco de dinero. Luego que se hubieron marchado, » No me habeis manifestado, » me dijo, « el tedio que os causa vuestra residencia en la corte ; pero yo lo he conocido y he hallado afortunadamente medios de daros gusto : mi ama Zobeida nos permite que nos marchemos de palacio y nos regala cincuenta mil zequines para que vivamos cómodamente en la ciudad. Tomad diez mil, é id á compraros una casa. »

« Pronto hallé una por aquel precio, y habiéndola amueblado con toda magnificencia, nos mudamos á ella. Compramos gran número de esclavos de ambos sexos y empezamos á darnos una vida muy regalada; pero no duró mucho tiempo, pues al cabo de un año, mi mujer cayó enferma y murió en pocos dias.

« Hubiera podido volverme á casar y seguir viviendo distinguidamente en Bagdad ; pero el deseo de correr mundo me infundió otros intentos. Vendí mi casa, y habiendo comprado toda clase de mercancías, me junté con una caravana y pasé á Persia. Desde allí tomé el camino de Samarcanda, y luego vine á fijarme en esta ciudad. »

« He aquí, señor, » dijo el proveedor que hablaba al sultan de Casgar, « la historia que refirió ayer aquel mercader de Bagdad á la tertulia en que yo me hallaba. — Esa historia, » dijo el sultan, « tiene algo de estraordinario ; pero no puede compararse con la del jorobado. » Entónces el médico judío se adelantó, y postrándose ante el trono de aquel príncipe, le dijo ; « Señor, si vuestra majestad se digna escucharme, conceptúo que va á quedar satisfecho de la historia que estoy pronto á contarle. — Habla pues, » dijo el sultan, « pero no esperes que te conceda la vida, si no es mas peregrina que la del jorobado. »

La sultana Cheherazada se detuvo al llegar aquí, porque era de dia, y á la noche siguiente prosiguió en estos términos :

NOCHE CXXVII.

Señor, dijo, el médico judío, viendo que el sultan de Casgar estaba pronto á oirle, tomó así la palabra :

HISTORIA REFERIDA POR EL MÉDICO JUDÍO.

« Señor, cuando yo estudiaba la medicina en Damasco y empezaba á ejercer tan precioso arte con alguna reputacion, un esclavo vino á buscarme para visitar á un enfermo en casa del gobernador de la ciudad. Pasé allá y me hicieron entrar en un aposento donde hallé un jóven de aventajada presencia ; pero muy postrado por la enfermedad que padecia. Saludéle sentándome junto á él, y aunque no respondió á mi cumplimiento, me hizo seña con los ojos para indicarme que me oia y me daba las gracias. « Señor, » le dije, « dadme la mano para que os tome el pulso. » En vez de alargarme la derecha, me presentó la izquierda, lo cual me admiró bastante. « Vaya una ignorancia, » dije para conmigo, « no saber que se le da al médico la mano derecha, y no la izquierda. » Pulséle, y habiéndole recetado una bebida, me retiré.

« Continué mis visitas durante nueve dias, y siempre que quise pulsarle, me alargó la mano izquierda. Al décimo dia me pareció que estaba bueno, y le dije que ya podia ir al baño. El gobernador de Damasco que se hallaba presente, queriendo manifestarme cuan satisfecho estaba de mí, mandó que me vistiesen en su presencia un magnífico traje, diciéndome que me nombraba médico del hospital de la ciudad, y tambien de su casa, á donde podia ir á comer con toda franqueza, cuando lo tuviese por conveniente.

« El jóven hizo tambien conmigo varias de-

mostraciones de amistad, y me suplicó que le acompañara al baño. Fuimos allá, y cuando sus criados le hubieron desnudado, vi que le faltaba la mano derecha. Tambien advertí que estaba recien cortada, y que era causa de la enfermedad que me habian ocultado. Mientras le aplicaban medicamentos propios para curarle prontamente, me habian llamado para precaver que la calentura, que se le habia declarado, tuviera fatales consecuencias. Quedé absorto y aun apesadumbrado de verle en aquel estado, y advirtiéndolo, « Médico, » me dijo, « no estrañeis ver que tengo la mano cortada : algun dia os diré cual fué la causa y oiréis una historia de las mas singulares. »

« Sentámonos á la mesa despues de haber salido del baño ; luego nos pusimos á conversar, y entre otras particularidades, me preguntó si podia, sin perjuicio para su salud, ir á dar un paseo fuera de la ciudad al jardin del gobernador. Respondíle que no solo podia hacerlo, sino que le seria muy saludable tomar el ambiente. « Si así es, » replicó, « venios conmigo y allí os contaré mi historia. » Díjele que estaba á sus órdenes en lo restante del dia, y habiendo mandado á sus criados que le llevaran con que hacer colacion, salimos y nos encaminamos al jardin del gobernador. Dímos dos ó tres vueltas, y habiéndonos sentado en una alfombra que sus criados tendieron á la sombra de un árbol frondoso, el jóven empezó así la narracion de su historia :

« Nací en Musul, y mi familia es una de las mas esclarecidas de la ciudad. Mi padre era el mayor de diez hijos que dejó mi abuelo á su muerte, todos vivos y casados, pero de todos ellos, mi padre fué el único que tuvo sucesion, y aun esta se redujo á mí. Desvelóse por mi educacion y me hizo aprender cuanto debia saber un jóven de mi clase... » « Pero, señor, » dijo Cheherazada, interrumpiéndose en este punto, « ya asoma la aurora, y me impone silencio. » A estas palabras calló, y el sultan se levantó.

NOCHE CXXVIII.

A la mañana siguiente, Cheherazada volvió á tomar el hilo de su historia. El médico judío continuó hablando al sultan de Casgar y le dijo : « El jóven de Musul prosiguió así su narracion :

« Ya era crecido y empezaba á tener alguna suposicion en el mundo, cuando me hallé un viérnes en la oracion de mediodía, con mi padre y mis tios en la gran mezquita de Musul. Despues de la oracion, todos se marcharon, y solo quedaron mi padre y mis tios, quienes se sentaron sobre la alfombra tendida por toda la mezquita. Sentéme yo tambien, y hablando de varios asuntos, recayó la conversacion sobre los viajes. Celebraron las preciosidades y estrañezas de algunos reinos y de sus principales ciudades ; pero uno de mis tios dijo que si habia de darse crédito á las relaciones de infinitos viajeros, no habia en el mundo pais mas hermoso que el Ejipto y el Nilo, y por lo que refirió, vine á formar de aquel pais un concepto tan aventajado, que desde aquel punto abrigué el deseo de hacer aquel viaje. Lo que mis otros tios dijeron para dar la preferencia á Bagdad y al Tígris, llamando á Bagdad la verdadera residencia de la relijion musulmana y la metrópoli de todas las ciudades de la tierra, ninguna impresion hizo en mí. Mi padre fué del parecer del tio que habia hablado á favor del Ejipto, lo cual me causó suma alegría. « Por mucho que digan, » esclamó, « el que no ha visto el Ejipto no ha visto lo que es mas singular del mundo. La tierra es toda de oro, esto es, tan fértil que enriquece á sus habitantes. Todas las mujeres cautivan con su hermosura ó sus finos modales. Y en cuanto al Nilo, ¿qué rio hay mas admirable, qué aguas fueron mas lijeras y deliciosas ? Hasta el cieno que arrastra cuando sale de madre abona los campos, que producen sin trabajo mil veces mas que los otros paises, á pesar de los afanes que cuesta el cultivarlos. Escuchad lo que decia á los Ejipcios un poeta al tener que dejarlos : « Vuestro Nilo os colma diariamente de bienes y solo para vosotros corre de tan lejos. ¡ Ay de mí ! al ausentarme, mis lágrimas correrán con tanta abundancia como sus agnas ; vosotros

seguiréis gozando de sus halagos, al paso que yo estoy condenado á carecer de todos ellos. »

« Si tendeis la vista, » añadió mi padre, «por el lado de la isla que forman los dos brazos principales del Nilo, ¡ qué variedad de arboledas, qué esmalte de toda clase de flores, qué cantidad prodijiosa de ciudades, aldeas, canales y otros mil objetos agradables ! Si volveis vuestras miradas hácia el lado opuesto en direccion á la Etiopía, ¡ qué campo tan grandioso para la admiracion ! La mejor comparacion que puede hacerse del verdor de tantas campiñas regadas por los diferentes canales de la isla es la de unas brillantes esmeraldas engastadas en plata. ¿ No es el gran Cairo la ciudad mas populosa, rica y considerable del universo ? ¡ Cuántos magníficos edificios, ya públicos, ya particulares ! Si os dirijis á las Pirámides, quedaréis mudos de asombro é inmóviles al aspecto de aquellas moles de piedras de enorme tamaño que se levantan hasta los cielos, y tendréis que confesar que los Faraones, que emplearon tantos hombres y tantas riquezas en construirlas, han aventajado en magnificencia é invencion con aquellos monumentos, tan dignos de su memoria, no solo á todos los monarcas que vinieron tras ellos en Ejipto, sino á todos los de la tierra. Estos monumentos, tan antiguos que los sabios no pueden avenirse acerca de la época en que fueron construidos, aun descuellan hoy dia, y durarán tanto como los siglos. Paso en silencio las ciudades marítimas del reino de Ejipto, como Damieta, Roseta y Alejandría, á donde infinitas naciones van á buscar toda clase de granos y telas y otros mil objetos para la comodidad y las delicias de los hombres. Os hablo con conocimiento de causa : allí pasé algunos años de mi juventud, y mientras viva los contaré entre los mas agradables de mi vida. » Así hablaba Cheherazada, cuando hirió su rostro la luz del dia que empezaba á apuntar. Al punto guardó silencio; pero á la noche siguiente prosiguió de esta manera :

NOCHE CXXIX.

« Mis tios no tuvieron nada que replicar á mi padre, » dijo el jóven de Musul, « y convinieron en todo cuanto acababa de decir relativo al Nilo, el Cairo y todo el reino de Ejipto. En cuanto á mí, quedé con la imajinacion tan acalorada, que no pude dormir en toda la noche. De allí á algun tiempo, mis tios dieron ellos mismos á conocer cuanto les habia impresionado la descripcion de mi padre, pues le propusieron emprender todos juntos el viaje á Ejipto. Admitió su propuesta, y como eran ricos mercaderes, determinaron llevar consigo mercancías que fuesen de pronto despacho. Supe que estaban haciendo sus preparativos de marcha : fuí á verme con mi padre, y arrasados los ojos de lágrimas le supliqué que me dejara ir con él, concediéndome algunas mercancías para venderlas por mi cuenta. « Aun sois demasiado jóven, » me dijo, « para emprender el viaje de Ejipto : son muy penosas las fatigas de la jornada, y además estoy convencido de que allí os perderiais. » Estas palabras no me apearon de mi afan por los viajes. Valíme del influjo que tenian mis tios con mi padre, y al fin recabaron que fuese con ellos hasta Damasco, en donde me dejarian mientras ellos proseguirian su viaje á Ejipto. « La ciudad de Damasco, » dijo mi padre, « tiene tambien sus primores, y es preciso que se contente con el permiso que le doy de ir hasta allí. » Por grande que fuera el deseo que tenia de ver el Ejipto tras lo que habia oido, era mi padre, y hube de conformarme con su voluntad.

« Marché de Musul con mis tios y con él. Atravesamos la Mesopotamia, pasamos el Eufrates, llegamos á Alepo, y tras algunos dias de residencia, seguimos á Damasco, cuya vista me sobrecojió halagüeñamente. Hospedámonos todos en el mismo khan y me hallé en una ciudad grande, populosa y muy bien fortificada. Pasamos algunos dias paseándonos por todos los jardines deliciosos que hay en sus alrededores y convinimos en que tenian razon los que decian que Damasco se hallaba en el centro de un paraiso.

Mis tios trataron en fin de proseguir su viaje; pero antes vendieron mis mercancías, efectuándolo tan ventajosamente para mí, que gané quinientos por ciento: aquella venta me produjo una cantidad crecida, cuya posesion fué para mí un cúmulo de complacencias.

« Mi padre y mis tios me dejaron pues en Damasco y prosiguieron su viaje. Despues de su marcha, tuve gran cuidado de no malgastar mi dinero. No obstante alquilé una casa magnífica: era toda de mármol, adornada con pinturas en que abundaban el oro y el azul, y tenia un jardin con varios y vistosos surtidores. Quise alhajarla, no con el lujo que requeria la suntuosidad de la habitacion; pero á lo menos con bastante aseo para un jóven de mi clase. Habia pertenecido en otro tiempo á uno de los principales señores de la ciudad, llamado Modum Abdalá Ibrahim, y era á la sazon de un rico joyero, á quien pagaba yo dos jerifes al mes. Tenia bastantes criados y vivia distinguidamente, convidando á veces á comer á los conocidos, y otras yendo á comer á sus casas. Así pasaba el tiempo en Damasco, aguardando la vuelta de mi padre: ninguna pasion alteraba mi sosiego, y el trato de personas honradas era mi único recreo.

« Un dia que estaba sentado á la puerta de mi casa tomando el fresco, una dama ricamente vestida y que parecia de personal agraciado, se acercó á mí y me preguntó si vendia telas. Diciendo esto se entró en la casa. »

En este punto Cheherazada calló viendo que amanecia, y á la noche siguiente prosiguió en estos términos:

NOCHE CXXX.

« Cuando vi, » dijo el jóven de Musul, « que la dama se habia entrado en mi casa, me levanté, cerré la puerta y la llevé á una sala donde le rogué que se sentara. « Señora, » le dije, « tenia hace algun tiempo telas muy dignas de parar en esas manos; mas ahora ninguna me queda; y lo siento infinito. » Se quitó el velo que le cubria el rostro, y dejó campear ante mis ojos una hermosura cuyo aspecto me movió á impulsos que aun no habian llegado á mi noticia. « No necesito telas, » me respondió, « vengo tan solo á veros, y pasar aquí la noche, si esto puede complaceros: no os pido mas que una lijera colacion. »

« Enajenado con tanta dicha, mandé á mis criados que nos trajeran toda clase de frutas y algunas botellas de vino. Fuímos al punto servidos y pasamos hasta media noche comiendo y bebiendo: en suma, nunca habia pasado una noche tan placentera como aquella. A la madrugada quise poner diez jerifes en la mano de la dama; pero la retiró. « No he venido á veros, » dijo, « con miras interesadas, y me estais agraviando. Muy lejos de recibir de vos dinero alguno, quiero al contrario que lo recibais de mí, sin lo cual no volveré á visitaros. » Y al mismo tiempo sacó diez jerifes de su bolsa y me precisó á que los tomase. « Aguardadme dentro de tres dias, » me dijo, « al anochecer. » A estas palabras, se despidió de mí, y yo sentí que al marcharse se me llevaba el corazon.

« Al cabo de tres dias no hizo falta en volver á la hora espresada, y yo tampoco dejé de recibirla con todo el júbilo de un hombre que la aguardaba con impaciencia. Pasamos la tarde y la noche como la vez primera, y al dia siguiente prometió, al marcharse, que volveria dentro de tres dias; pero no quiso irse hasta que hube recibido otros diez jerifes.

« Volvió por la tercera vez, y cuando el vino nos hubo enardecido á entrambos, me dijo: « Corazon mio, ¿qué pensais de mí? ¿No soy hermosa y divertida? — Señora, » le respondí, « esa pregunta es muy escusada; todas las pruebas de cariño que os estoy dando deben convenceros de que os amo; estoy enajenado de veros y poseeros; sois mi reina y sultana, y colmais toda la dicha de mi vida. — ¡Ah! estoy segura, » me dijo, « que dejariais de hablar así, si hubieseis visto á una amiga mia mas jóven y hermosa que yo; es de temple tan festivo, que haria reir aun á los mas melancólicos. Preciso

es que la traiga conmigo: le he hablado de vos, y por lo que le he dicho, arde toda en deseos de veros. Me ha rogado que le proporcione esta satisfaccion; pero no me he atrevido á complacerla sin haberos hablado antes. — Señora, » repliqué, « haréis lo que gusteis; pero por mucho que ensalceis á vuestra amiga, reto á su estremada hermosura para ver si os arrebata un corazon tan intensamente apasionado de vuestros primores, que nada es capaz de hacérselos olvidar. — Cuidado con lo que decis, » replicó la dama, « os aviso que voy á poner vuestro amor á una prueba muy violenta. »

« Así quedamos, y á la madrugada al marcharse, en lugar de diez jerifes, me dió quince, que tuve que aceptar. Acordaos, » me dijo, « de que dentro de dos dias tendréis otra convidada, y pensad en regalarla mucho, mucho; vendrémos á la hora acostumbrada, cuando esté ya puesto el sol. » Mandé adornar la sala y disponer una colacion fina para el dia en que habian de venir. »

En este punto se interrumpió Cheherazada advirtiendo que era de dia, y á la noche siguiente prosiguió así:

NOCHE CXXXI.

Señor, el jóven de Musul siguió refiriendo su historia al médico judío: « Aguardé á las dos damas con impaciencia, y al fin llegaron á la caida de la tarde; se descubrieron una y otra, y si me habia embargado la hermosura de la primera, mucho mas me traspasó la vista de su amiga. Tenia las facciones lindas y un rostro perfecto, una tez trasparente, y unos ojos tan centellantes, que apenas cabia sobrellevar su brillantez. Dile gracias por el obsequio que le merecia y le rogué que me escusara si no la recibia segun su mérito. « Dejémonos de cumplimientos, » me dijo, « á mí me tocaria daros gracias porque habeis permitido que mi amiga me trajera aquí; pero ya que gustais de admitirme, dejémonos de ceremonias y no pensemos mas que en divertirnos. »

« Como habia dado órden de que nos sirviesen la colacion luego que hubieran llegado las damas, pronto nos sentamos á la mesa. Hallábame frente á la recien llegada, que no cesaba de mirar con espresiva sonrisa. No pude resistir á sus miradas vencedoras, y se hizo dueña de mi corazon, sin contraresto por mi parte; pero al paso que me estaba flechando á raudales el cariño, lo cobró igualmente para conmigo, y lejos de ocultarlo, me disparó sus saetillas harto punzantes.

« La otra dama que nos estaba observando, al pronto no hizo mas que reirse. « Bien os lo dije yo, » esclamó encarándose conmigo, « que hallariais á mi amiga en estremo seductora, y ya advierto que habeis quebrantado el juramento de serme fiel. — Señora, » le contesté, riéndome tambien como ella, « tendriais motivo de queja, si no me mostrase atento con una dama que me habeis traido y á la que amais; ambas pudierais reconvenirme de que no sé hacer los honores de mi casa.

« Seguimos bebiendo; pero al paso que el vino nos iba enardeciendo, la recien llegada y yo nos echábamos unas ojeadas con tan escaso comedimiento, que su amiga llegó á encelarse violentamente, como al punto nos lo manifestó aciagamente. Se levantó y salió diciéndonos que volvia en seguida; pero de allí á poco, la dama que habia quedado conmigo mudó de semblante, se vió asaltada de tremendas convulsiones, y al fin rindió el alma entre mis brazos, mientras que llamaba á mis criados para que me ayudaran á asistirla. Salgo arrebatadamente, pregunto por la otra dama, y mis criados me dicen que habia abierto la puerta de la calle y se habia marchado. Entónces sospeché, y con certeza, que ella habia causado la muerte de su amiga, y con efecto, habia tenido la maña y la maldad de echar un veneno muy violento en la última copa que le habia ofrecido.

« Acongojéme entrañablemente con tamaño trance; « ¿ qué haré ? » dije para conmigo;

«¿qué va á ser de mí?» Juzgando que no habia tiempo que perder, mandé á mis criados que levantasen con el mayor silencio, á la claridad de la luna, una de las losas de mármol con que estaba empedrado el patio de mi casa, y que abriesen una sepultura, en donde enterraron el cuerpo de la infeliz dama. Luego que hubieron vuelto á colocar la losa de mármol, me vestí en traje de camino, tomé cuanto dinero tenia, y lo cerré todo, hasta la puerta de la casa, lacrándola y poniéndole mi sello. Fuí á verme con el joyero á quien pertenecia, paguéle el alquiler que le estaba debiendo, y además un año adelantado, y dándole la llave, le rogué que me la guardara. » Un negocio urgente, » le dije, «me obliga á ausentarme por algun tiempo, y es preciso que me vea con mis tios en el Cairo. «Finalmente me despedí de él, y al punto monté á caballo y me puse en camino con mis criados que me estaban aguardando. »

Empezó á asomar el dia, y así Cheherazada dejó su narracion para la noche siguiente, en que prosiguió de este modo:

NOCHE CXXXII.

«Mi viaje fué prospero, » dijo el jóven de Musul, y llegué al Cairo sin tropiezo. Allí hallé á mis tios, quienes se quedaron atónitos al verme. Diles por disculpa que me habia cansado de aguardarlos, y que no recibiendo noticia suya, el desasosiego me habia hecho emprender aquel viaje. Acojiéronme con cariño, y prometieron hacer de modo que mi padre no llevara á mal mi salida de Damasco sin permiso suyo. Alojéme con ellos en el mismo khan, y vi todo cuanto era digno de verse en el Cairo.

«Como habian acabado de vender sus mercancías, hablaban de regresar á Musul, y ya empezaban á hacer sus preparativos para la marcha; pero no habiendo visto cuanto anhelaba visitar en Ejipto, dejé á mis tios, me fuí á hospedar en un barrio muy apartado de su khan, y no me dejé ver hasta que se hubieron marchado. Anduvieron buscándome por toda la ciudad; pero no dando conmigo, se imajinaron que remordiéndome la conciencia por haber venido á Ejipto contra la voluntad de mi padre, habia vuelto á Damasco sin decirles nada, y se fueron esperanzados de encontrarme allí y llevarme consigo.

«Quedéme pues en el Cairo despues de su marcha y permanecí tres años para satisfacer la curiosidad que tenia de ver todas las maravillas del Ejipto. Durante aquel tiempo, tuve cuidado de enviar dinero al joyero, rogándole que me guardara su casa, porque trataba de volver á Damasco, y residir allí algunos años mas. Nada me sucedió en el Cairo que merezca mentarse; pero sin duda os quedaréis pasmados con lo que me ocurrió cuando volví á Damasco.

«Al llegar á dicha ciudad, fuí á apearme á casa del joyero, quien me recibió con alegría, y quiso acompañarme hasta mi casa, para hacerme ver que nadie habia entrado durante mi ausencia. Con efecto, permanecia el sello cabal sobre la cerradura, y habiendo entrado, lo hallé todo en el mismo ser en que lo habia dejado.

«Al barrer la sala en que habia comido con las damas, uno de mis criados halló un collar de oro en forma de cadena, en el que estaban engastadas á trechos diez perlas muy gruesas y perfectas; me lo trajo, y lo conocí por ser el que habia visto al cuello de la jóven que habia muerto envenenada. Comprendí que se le habia desprendido y caido sin que yo lo echara de ver. No pude mirarlo sin derramar lágrimas al acordarme de una persona tan apreciable, y á la que habia visto fenecer tan aciagamente. Lo envolví y coloqué esmeradamente en mi pecho.

«Pasé algunos dias en recobrarme de las fatigas del viaje, y luego empecé á visitar á todos mis antiguos conocidos. Engolféme en toda clase de recreos, é insensiblemente fuí gastando todo mi dinero. En aquella situacion, en vez de vender mis muebles, determiné desprenderme del collar; pero como no era intelijente en perlas, me manejé torpísimamente, como vais á oir.

« Fuí al mercado, y llamando á parte á un corredor, le enseñé el collar y le dije que trataba de venderlo y que lo hiciese ver á los principales joyeros. El corredor se quedó asombrado viendo aquella joya. « ¡ Qué preciosidad tan peregrina ! » esclamó, despues de haberlo mirado atentamente ; « nunca nuestros mercaderes han visto joya tan rica : voy á darles un buen rato y no dudeis de que á porfía ofrecerán un crecido precio por ella. » Llevóme á una tienda, y casualmente era la del dueño de mi casa. « Aguardadme aquí, » me dijo el corredor, « pronto volveré á daros respuesta. »

« Mientras iba con mucha reserva de tienda en tienda enseñando el collar, me senté junto al joyero, quien se alegró de verme y empezamos á conversar sobre diferentes asuntos. Volvió el corredor, y llamándome á parte, en vez de decirme que valuaban el collar en mas de mil jerifes, me aseguró que no querian dar por él sino cincuenta. « Me han dicho, » añadió, « que las perlas son falsas, y así ved si quereis darlo por ese precio. » Dile crédito, y como necesitaba dinero, « Id, » le dije, « creo lo que decis y á los que lo entienden mejor que yo; dádselo y traedme pronto el dinero. »

« El corredor habia venido á ofrecerme cincuenta jerifes de parte del mas rico joyero del mercado, el cual habia hecho esta oferta, tan solo para sondearme, y saber si conocia bien el valor de lo que vendia. Así es que apenas supo mi respuesta, cuando llevó al corredor á casa del teniente de policía, y dijo enseñando el collar : « Señor, me han robado este collar, y el ladron, disfrazado de mercader, ha tenido la osadía de venir á venderlo y se halla ahora mismo en el mercado. Se contenta, » añadió, « con cincuenta jerifes por una joya que vale dos mil, y no cabe mejor prueba de que es un ladron. »

« El teniente de policía me mandó prender inmediatamente, y cuando estuve en su presencia, me preguntó si el collar que tenia en la mano era el mismo que yo queria vender al mercader. Respondíle que sí. « ¿ Y es cierto, » añadió, « que esteis dispuesto á darlo por cincuenta jerifes ? » Convine en ello. « Pues bien, » dijo entónces con tono burlon, « que le apaleen, y pronto nos dirá con su hermoso traje de mercader que es un pícaro ladron : que le den de palos hasta que lo confiese. » La violencia de los golpes me hizo decir una mentira : confesé, aunque no era verdad, que habia robado el collar, y al punto el teniente de policía me mandó cortar la mano.

« Esta ocurrencia metió mucho ruido en el mercado, y apenas hube vuelto á casa, cuando llegó el dueño de ella. « Hijo mio, » me dijo, « me pareceis un jóven juicioso y bien criado. ¿ Cómo es posible que hayais cometido una accion tan indigna como la que acabo de saber ? Vos mismo me dijisteis que teniais bienes, y no dudo que me habréis dicho la verdad. ¿ Porqué no me pedisteis dinero ? Os lo hubiera prestado con gusto ; pero tras lo que acaba de suceder, no puedo permitir que habiteis por mas tiempo mi casa : así, tomad vuestro partido y buscaos otra habitacion. » Estas palabras me causaron sumo pesar y rogué al joyero con lágrimas en los ojos que me dejara vivir tres dias mas en la casa, lo cual me concedió.

« ¡ Ay de mí ! » esclamé, « ¡ qué desgracia y qué afrenta ! ¿ Me atreveré á volver á Musul, y podrá persuadir á mi padre de mi inocencia todo cuanto pueda decirle ? »

Aquí se detuvo Cheherazada, porque ya asomaba el dia ; pero á la mañana siguiente prosiguió de este modo :

NOCHE CXXXIII.

« Tres dias despues de haberme sucedido esta desgracia, » dijo el jóven de Musul, « con la mayor estrañeza vi entrar en casa una cuadrilla de esbirros del teniente de policía con el dueño de la casa y el mercader que me habia acusado falsamente de haberle robado el collar de perlas. Preguntéles qué traian ; pero en vez de responderme, me maniataron diciéndome mil bal-

dones, y que el collar pertenecia al gobernador de Damasco, quien lo habia perdido tres años atrás, y que en la misma época habia desaparecido una de sus hijas. Juzgad de mi turbacion al saber esta noticia. Sin embargo, tomé una resolucion. «Le diré la verdad al gobernador,» dije para conmigo, «y á él tocará perdonarme ó mandarme dar muerte.»

«Cuando me presentaron á él, observé que me miraba con ojos de compasion, lo cual me pareció de buen agüero. Me mandó desatar, y luego encarándose con el joyero mi acusador, y con el dueño de la casa, «¿Es este,» les dijo, «el hombre que ofreció en venta el collar de perlas?» Apenas le hubieron respondido que sí, cuando dijo: «Estoy seguro de que no robó el collar y estraño muchísimo que se le haya tratado con tanta injusticia.» Alentado con estas palabras, «Señor,» le dije, «os juro que con efecto soy inocente, y aun estoy persuadido de que el collar nunca perteneció á mi acusador, á quien nunca vi, y cuya ruin alevosía es causa de que me hayan tratado tan vilmente. Es cierto que confesé haber cometido el robo; pero esta confesion fué contra mi conciencia, arrancada por los tormentos y por un motivo que estoy pronto á deciros, si teneis la bondad de escucharme. — Basta con esto,» replicó el gobernador, «para que se os haga al punto una parte de la justicia que os es debida. Que lleven de aquí,» añadió, «al falso acusador y que padezca el mismo suplicio que hizo padecer á este hombre, cuya inocencia me es patente.»

«Ejecutaron al punto la órden del gobernador, llevándose al joyero y castigándole como lo merecia. Hecho esto, el gobernador mandó despejar la sala y me dijo: «Hijo mio, contadme sin temor de qué modo vino á parar en vuestras manos este collar y no me oculteis nada.» Entónces le descubrí todo lo que habia ocurrido, y le confesé que habia preferido pasar por ladron á descubrir aquella trájica aventura. «¡Dios poderoso!» esclamó el gobernador luego que hube acabado de hablar, «vuestros juicios son incomprensibles y debemos acatarlos sin murmurar. Recibo con toda sumision el golpe que os habeis dignado descargarme.» Luego encarándose conmigo, «Hijo mio,» me dijo, «despues de haber oido la causa de vuestra desgracia, de la que estoy muy apesadumbrado, voy á referiros tambien la mia. Sabed que soy padre de esas dos damas de que acabais de hablarme.»

Al acabar estas palabras, Cheherazada vió que amanecia, é interrumpió su narracion hasta la noche siguiente.

NOCHE CXXXIV.

«Señor, he aquí lo que el gobernador de Damasco dijo al jóven de Musul: «Hijo mio, habeis de saber que la primera dama que tuvo la desvergüenza de iros á buscar á casa era la mayor de todas mis hijas. La habia casado en el Cairo con uno de sus primos, hijo de mi hermano. Murió su marido, y volvió á casa estragada con mil perversidades que habia aprendido en Ejipto. Antes de su llegada, su hermana segunda, que murió de un modo tan lastimoso en vuestros brazos, era muy juiciosa y nunca me habia dado motivo alguno para quejarme de sus costumbres. La mayor contrajo estrecha amistad con ella é insensiblemente la fué pervirtiendo al par de ella misma.

«El dia despues de la muerte de la segunda, como no la vi al sentarme á la mesa, pregunté por ella á la mayor, que habia vuelto á casa; pero en vez de responderme, se puso á llorar tan amargamente que formé una aciaga conjetura. Instéla para que me dijera lo que deseaba saber. «Padre mio,» me respondió sollozando, «lo único que puedo deciros es que mi hermana se puso ayer su mejor traje, su hermoso collar de perlas, que salió, y que desde entónces no la he vuelto á ver.» Hice buscar á mi hija por toda la ciudad; pero no pude adquirir ninguna noticia acerca de su desgraciada suerte. Sin embargo, la mayor, que sin duda se arrepentia de sus furiosos zelos, no cesó de aflijirse y llorar la

muerte de su hermana; hasta se privó de todo sustento, y de este modo puso fin á su triste existencia.

« He aquí, » prosiguió el gobernador, « cual es la condicion de los hombres; tales son las desgracias á que están espuestos. Pero, hijo mio, » añadió, « ya que somos ambos igualmente desgraciados, unamos nuestras penas y no nos abandonemos uno á otro. Os doy en casamiento otra hija que tengo; es mas jóven que sus hermanas, y en nada se les parece por su comportamiento. Tambien es mucho mas hermosa que ellas, y os aseguro que es de una índole propia para haceros feliz. No tendréis otra casa que la mia, y á mi muerte seréis mis únicos herederos. — Señor, » le dije, « estoy corrido con tantísima dignacion, y nunca podré manifestaros debidamente mi reconocimiento. — No hablemos mas de eso, » interrumpió el gobernador, « y no perdamos el tiempo en palabras superfluas. » Dicho esto, mandó llamar testigos y estender un contrato matrimonial; y luego me casé con su hija sin ceremonia.

siderables; finalmente, ya habeis podido ver, desde que venis á casa del gobernador, de cuanta consideracion gozo á su lado. Sabed además que un hombre enviado por mis tios á Ejipto, con el único objeto de buscarme, habiendo descubierto á su tránsito que me hallaba en esta ciudad, me entregó ayer una carta de su parte. Me avisan la muerte de mi padre y me instan para que vaya á Musul á recojer su sucesion; pero como el parentesco y amistad del gobernador me enlazan con él y no me permiten ausentarme, he mandado un poder para que se encarguen de todo cuanto me pertenece. Tras lo que acabais de oir, espero que disimularéis la grosería que cometí durante el curso de mi enfermedad, presentándoos la mano izquierda en vez de la derecha. »

« He aquí, » dijo el médico judío al sultan de Casgar, « lo que me refirió el jóven de Musul. Permanecí en Damasco mientras vivió el gobernador, y á su muerte, como me hallaba en la flor de mi edad, tuve la curiosidad de viajar. Recorrí toda la Persia y todas las Indias, y al fin



« No se contentó con castigar al joyero que me habia acusado falsamente, sino que confiscó á mi favor todos sus bienes, que son muy con-

me avecindé en vuestra capital, donde estoy ejerciendo la profesion de médico. »

El sultan de Casgar halló esta historia bas-

tante agradable. « Confieso, » le dijo al Judío, « que lo que acabas de referir es estraordinario; pero francamente, la historia del jorobado lo es mucho mas y muy divertida ; así no esperes que te conceda la vida ni tampoco á los demás ; voy á mandaros ahorcar á los cuatro. — Aguardad, señor, » esclamó el sastre, adelantándose y postrándose á los piés del sultan : ya que vuestra majestad gusta de historias chistosas, no le desagradará la que tengo que contarle. — Corriente, tambien voy á escucharte, » le dijo el sultan ; « pero no te lisonjees de que te deje vivir, á menos que digas alguna aventura mas entretenida que la del jorobado. » Entónces el sastre, como si estuviera seguro del hecho, tomó la palabra con mucha confianza, y empezó su narracion en los términos siguientes :

HISTORIA QUE REFIRIÓ EL SASTRE.

« Señor, un vecino de esta ciudad me convidó dos dias atrás á un banquete que daba ayer mañana á sus amigos : fuí á su casa muy temprano, y hallé unas veinte personas reunidas.

« No aguardábamos mas que al amo de la casa que habia salido para algun asunto , cuando le vimos llegar acompañado de un jóven forastero muy bien vestido, de agraciada presencia, pero cojo. Nos levantamos todos, y en obsequio del amo de casa, rogamos al jóven que se sentara con nosotros en el sofá. Iba á hacerlo, cuando, advirtiendo un barbero que era de la reunion, dió algunos pasos hácia atrás y quiso marcharse. El amo de casa , admirado de su ademan , lo detuvo. « ¿ A dónde vais? » le dijo ; « os traigo conmigo para que me honreis en el banquete que doy á mis amigos , y apenas llegais , ¿ ya quereis salir ? — Señor, » respondió el jóven, « por Dios os ruego que no me detengais y que permitais que me vaya. No puedo menos de horrorizarme viendo á este maldito barbero ; aunque ha nacido en un pais en que todos son blancos, se parece mucho á un Etíope ; pero tiene el alma aun mas negra y horrorosa que el rostro. »

Empezó á apuntar el dia, y Cheherazada interrmupió su narracion hasta la noche siguiente.

NOCHE CXXXV.

« Quedamos todos absortos con aquellas palabras , » prosiguió el sastre , « y empezamos á formar pobrísimo concepto del barbero, sin saber si el jóven forastero tenia fundado motivo para hablar de él en tales términos, y aun protestamos que no consentiríamos que se sentase á la mesa un hombre de quien nos hacian una pintura tan horrorosa. El amo de la casa rogó al forastero que nos dijera los motivos que tenia para aborrecer al barbero. « Señores, » nos dijo entónces el jóven , « habeis de saber como este maldito barbero es causa de que estoy cojo y de que me haya sucedido el lance mas fiero que imajinarse pueda ; por eso he jurado huir de todo paraje donde se halle , y aun de la ciudad en que viva ; por eso me marché de Bagdad , en donde le dejé , y emprendí un viaje tan largo para avecindarme en esta ciudad , situada en el contro de la Gran Tartaria , lisonjeándome con la esperanza de que nunca le volveria á ver. Sin embargo , hele aquí todavía ; y así , señores , tengo que privarme , á pesar mio , del honor de divertirme con todos Vds. Voy á ausentarme hoy mismo de esta ciudad , y á descansar , si puedo, en algun paraje que me trasponga á su vista. » Dichas estas palabras , estaba en ademan de marcharse , pero el amo de la casa lo detuvo otra vez rogándole que se quedara con nosotros y nos refiriera la causa de la aversion que profesaba al barbero, el cual permanecia entretanto cabizbajo y callado. Juntamos nuestras súplicas á las del amo de la casa , y al fin el jóven , cediendo á nuestras encarecidas instancias, se sentó en el sofá y nos refirió así su historia , vuelto de espaldas al barbero , por temor de verle.

« Mi padre ocupaba en la ciudad un lugar preeminente , y así podia aspirar á los principales empleos, mas antepuso siempre una vida sose-

gada á todos los honores á que era acreedor. No tuvo otro hijo que yo, y cuando falleció, descollaba ya mi entendimiento y me hallaba en edad de disponer de los grandes bienes que me habia dejado. No los malgasté locamente, antes bien hice de ellos un uso que me granjeó el aprecio de todos.

« Aun no habia esperimentado pasion alguna, y lejos de avenirme al amor, debo confesar, para vergüenza mia, que huia tenazmente del trato de las mujeres. Un dia que me hallaba en la calle, vi venir hácia mí una cuadrilla de damas, y para no encontrarme con ellas, me metí por una callejuela que abocaba á la derecha, y me senté en un banco junto á una puerta. Hallábame enfrente de una ventana en la que habia un hermoso tiesto de flores, y mis ojos estaban clavados en ella, cuando se abrió de repente y vi asomarse á una dama jóven cuya hermosura me deslumbró. Dióme al punto una mirada, y mientras regaba las flores con una mano mas blanca que el alabastro, me clavó la vista con una sonrisa que me infundió tanto cariño, como aversion habia tenido hasta entónces á todas las mujeres. Luego que hubo regado las flores y dádome otra mirada seductora que acabó de traspasarme el corazon, volvió á cerrar la ventana y me dejó en una turbacion y un trastorno indecibles.

« Hubiera permanecido por mucho tiempo en aquel estado, á no ser por el ruido que oí en la calle y que me hizo volver en mí. Torcí la cabeza al levantarme, y vi que era el primer cadí de la ciudad, montado en una mula y acompañado de cinco ó seis criados. Apeóse á la puerta de la casa cuya ventana habia abierto la señorita; entró, y así conjeturé que era su padre.

« Volví á casa en un estado muy diferente del que habia salido, azorado con una pasion tanto mas violenta en cuanto nunca habia sentido sus efectos. Metíme en cama con una calentura ardiente que llenó de pesar á toda mi familia. Mis parientes, que me amaban, sobresaltados con una enfermedad tan repentina, acudieron prontamente y me importunaron mucho para que les dijera la causa, pero yo me guardé muy bien de comunicársela. Mi silencio les causó una zozobra que los médicos no pudieron desvanecer, porque no entendian mi dolencia, y así sus remedios, lejos de mejorarme, me iban empeorando.

« Mis parientes empezaban ya á desconfiar de mi vida, cuando vino á casa una vieja conocida suya sabedora de mi enfermedad; consideróme atentamente, y despues de haberme examinado, conoció, no sé por qué casualidad, la causa de mi enfermedad. Llamólos á parte y les rogó que la dejaran sola conmigo y mandaran retirar á todos los criados.

« Luego que todos se marcharon del aposento, se sentó á la cabecera de la cama. « Hijo mio, » me dijo, « os habeis obstinado hasta ahora en ocultar la causa de vuestro mal, pero no necesito que me la declareis, tengo bastante esperiencia para calar este secreto, y no me negaréis que estais enfermo de amor. Puedo curaros, con tal que me digais quién es la venturosa dama que ha logrado flechar un corazon tan insensible como el vuestro, porque teneis la reputacion de no querer á las damas, y yo no he sido la única que lo he advertido; pero al fin ha sucedido lo que yo habia previsto, y me alegro de tener una ocasion de sacaros de este conflicto. »

« Pero, señor, « dijo en este punto la sultana Cheherazada, « ya empieza á amanecer y debo suspender mi narracion. » Chahriar se levantó al punto, muy ansioso de oir la continuacion de una historia, cuyo principio habia escuchado con tanto placer.

NOCHE CXXXVI.

« Señor, » dijo á la mañana siguiente Cheherazada, « el jóven cojo prosiguió así su historia: « Luego que la vieja me habló de este modo, se detuvo para oir mi respuesta, pero aunque sus palabras hubiesen hecho en mí mucha impresion, no me atrevia á descubrir el fondo de mi interior. Volvíme solamente hácia la vieja y di un gran suspiro sin decir una palabra. «¿No ha-

blais por vergüenza, » añadió, « ó por falta de confianza en mí? ¿Poneis en duda los efectos de mi promesa? Un sinnúmero de jóvenes conocidos vuestros pudiera citaros que se han hallado en los mismos apuros y á los que he aliviado. »

« En suma, la buena mujer me dijo tantas ternezas, que rompí el silencio, le declaré mi mal, informándole del lugar en donde habia visto el objeto que lo causaba y esplicándole todas las circunstancias de mi aventura. « Podeis contar con mi reconocimiento, » le dije, « si me proporcionais la dicha de ver á aquella beldad encantadora y declararle la pasion en que estoy ardiendo por ella. — Hijo mio, » me respondió la vieja, « conozco muy bien la persona de quien me hablais, y no cabe duda en que es hija del primer cadí de esta ciudad, como os habeis imajinado. No estraño que la ameis, pues es la hermosura mas peregrina y cariñosa de Bagdad; pero lo que me desconsuela es que se la tiene por muy orgullosa y que es difícil hablarle. Ya sabeis cuan esmerados son nuestros jueces en el cumplimiento de las crudísimas leyes que tienen á las mujeres en tan violenta sujecion, y que aun lo son mucho mas en su observancia respecto á sus familias, y el cadí que habeis visto es mas adusto en este punto que todos los demás. Como no hacen mas que predicar á sus hijas que es un grandísimo delito el dejarse ver de los hombres, la mayor parte de ellas viven tan preocupadas, que nunca alzan la vista en la calle, si por casualidad tienen que salir. Supongo que la hija del primer cadí no es de tal temple; mas no por eso preveo que tenga menos obstáculos que vencer por su parte y por la de su padre. Ojalá amaseis á otra dama, pues no tendria que vencer tantísimas dificultades. Echaré el resto, y aunque se requiere tiempo, no hay que desesperanzaros, y vivid confiado en mí. »

« Marchóse la anciana, y como recapacité muy al vivo cuantos obstáculos me acababa de manifestar, aumentóse mi dolencia con la zozobra de que saliesen frustrados sus intentos. Volvió al dia siguiente y leí en su rostro que no traia albricias sobre el particular. Con efecto, me dijo: » No me engañé, hijo mio, pues median aun mas tropiezos que la vijilancia de un padre. Amais á un objeto empedernido que se complace en hacer delirar de amor á todos los que cautiva, y no quiere darles el menor alivio; me escuchó con placer, mientras le hablé del sumo quebranto que os está causando, pero apenas abrí la boca para pedirle que os permitiera verla y conversar con ella, cuando me dijo clavándome una terrible mirada: « Es mucha osadía la vuestra de hacerme semejante propuesta; os prohibo que volvais á poner los piés aquí para hablarme de tales desvaríos. »

« Mas no hay que desesperarse por eso, » prosiguió la vieja, « no me canso tan fácilmente, y con tal que no se os acabe la paciencia, espero que lograrémos el intento. » En resúmen », dijo el jóven, « la buena mensajera hizo en balde otras muchas tentativas con la tremenda enemiga de mi sosiego, y el pesar que sentí empeoró de tal modo mi dolencia que los médicos me desahuciaron enteramente. Se me miraba ya como á un hombre que no aguardaba mas que la muerte, cuando la anciana vino á darme la vida.

« Para que ninguno la entendiera, me dijo al oido: « Pensad en el regalo que me habeis de hacer por la buena noticia que os traigo. » Estas palabras surtieron para mí un efecto portentoso, é incorporándome en la cama, le respondí con alborozo: » No os hará falta el regalo; ¿qué teneis que decirme? — Mi amado señor, » repuso, « pronto tendré el gusto de que hayais recobrado la salud y que estéis contento de mí. Ayer fuí á la casa de vuestra querida, y la hallé de buen humor. Presentéme con rostro desconsolado, di algunos suspiros y derramé copiosas lágrimas. « Buena mujer, » me dijo, « ¿qué es lo que teneis y porqué venis tan aflijida? — ¡Ay de mí! querida señorita, » le respondí, « vengo de casa del jóven de quien os hablaba el otro dia: no hay remedio, va á perder la vida por amor vuestro; gran lástima es por cierto, y mucha la crueldad con que le tratais. — No sé, » replicó, « ¿porqué me suponeis causa de su muerte? ¿Cómo puedo haber contribuido á ella? — ¿Cómo? » repuse, « pues ¡qué! ¿no os dije el otro dia que estaba sentado delante de vuestra ventana cuando la abristeis para regar un tiesto de flores? Vió ese milagro de hermosura, esos hechizos que vuestro espejo os está de continuo retratando; desde entónces se va consumiendo, y su enfermedad se agravó en términos que se halla al fin reducido al lamentable estado que os digo. »

Aquí dejó de hablar Cheherazada, porque vió asomar el dia, y á la noche siguiente prosiguió de este modo la historia del jóven cojo de Bagdad:

NOCHE CXXXVII.

« Señor, la vieja siguió refiriendo al jóven enfermo de amor la conversacion que habia tenido con la hija del cadí : « Os acordais, señora, » añadí, « con cuanto rigor me tratasteis últimamente, cuando quise hablaros de su enfermedad y proponeros un medio para librarle del peligro en que se hallaba. Volví á su casa al salir de aquí, y apenas conoció en mi rostro que no le traia noticia halagüeña, cuando le recreció su dolencia. Desde entónces, señora, está á punto de perder la vida, y no sé si pudierais salvársela, dado caso que os apiadaseis de su situacion.

« He aquí lo que le dije, » añadió la anciana. « Conmovióse con la aprension de vuestra muerte, y mudó de semblante. « ¿Es cierto lo que referis, » me dijo, « y que efectivamente esté enfermo por amor mio? — ¡Ah! señora, » repuse, « demasiado cierto es, y ¡ojalá fuera falso! — ¿Y creeis, » replicó, « que la esperanza de verme y hablarme pueda contribuir á sacarle del peligro en que se halla? — Acaso sí, » le dije, « y si me lo mandais, probaré este remedio. — Pues bien, » replicó suspirando, » hacedle confiar en que me verá ; pero no debe prometerse otras finezas, á menos que pretenda casarse conmigo y que mi padre consienta en este enlace. — Señora, » esclamé, « sois muy bondadosa : voy á ver al señorito y á participarle como tendrá el gusto de conversar con vos. — Me parece que el momento mas á propósito para este avistamiento, » me dijo la dama, « será el viérnes próximo cuando digan la oracion del mediodía. Que observe cuando salga mi padre de casa, y que venga al punto á esta calle, si se halla con fuerzas para llegarse aquí. Le veré llegar desde mi ventana, y bajaré á abrirle. Conversarémos todo el rato de la oracion, y se retirará antes que vuelva mi padre.»

« Hoy es mártes, » prosiguió la anciana, « hasta el viérnes podeis recobraros un poco, y disponeros á este encuentro. » Al paso que la buena abuela me estaba hablando, sentia amainar mi dolencia, ó mas bien me hallé curado, al acabar su relacion. « Tomad, » le dije, dándole una bolsa llena ; « á vos sola debo mi restablecimiento, doy por mejor empleado este dinero que el que di á los médicos, que no hicieron mas que atormentarme durante mi enfermedad. »

« Luego que la anciana se marchó, me sentí con bastantes fuerzas para levantarme. Mis parientes, gozosísimos de verme tan mejorado, me dieron mil parabienes y se retiraron á su estancia.

« Llega el viérnes á la madrugada la anciana, cuando empezaba á vestirme con el mejor traje que tenia. « No os pregunto cómo os hallais, » me dijo, « pues el afan que traeis me da á conocer lo que debo conceptuar : ¿pero no vais á bañaros antes de ir á casa del primer cadí? — Mediaria demasiado rato, » le respondí; « me contentaré con mandar por un barbero y hacerme afeitar cabeza y barba. » Al punto dije á un esclavo que fuera á buscar uno que fuese aventajado en su profesion y muy dilijente.

« El esclavo me trajo á este malhadado barbero que aquí veis, quien me dijo, despues de haberme saludado : « Señor, se os conoce en el rostro que no estáis bueno. » Respondíle que acababa de pasar una enfermedad. « Deseo, » repuso, « que Dios os libre de toda clase de males, y que su gracia os acompañe siempre. — Confio, » le repliqué, « que cumplirá vuestro deseo que os agradezco infinito. — Ya que salis de una enfermedad, » dijo, « ruego á Dios que os conserve la salud ; ahora decidme de qué se trata : he traido mis navajas y mis lancetas, ¿quereis que os afeite ó que os sangre? — Acabo de deciros, » repuse, « que salgo de una enfermedad, y así podeis imajinaros que no os mandé llamar sino para que me afeiteis; daos priesa y no perdamos tiempo en hablar, porque tengo que hacer y me aguardan á las doce en punto. »

Cheherazada calló al acabar estas palabras, porque asomaba el dia, y á la mañana siguiente prosiguió de esta manera :

NOCHE CXXXVIII.

« El barbero, » dijo el jóven cojo de Bagdad, « empleó largo rato en desatar su estuche y afilar sus navajas; en vez de poner agua en su bacía, sacó del estuche un astrolabio muy curioso, salió del aposento y se fué al medio del patio á tomar la altura del sol. Volvió con la misma gravedad, y al entrar me dijo : « Creo que os alegraréis, señor, de saber que hoy es el viérnes décimo octavo de la luna de safar del año 653, desde la retirada de nuestro gran profeta de la Meca á Medina, y del año 7320 desde la época del gran Iskender con dos astas ; y que la conjuncion de Marte y Mercurio significa que no podeis escojer mejor tiempo que hoy, ni mejor hora para afeitaros. Pero por otra parte, esta misma conjuncion os es de infausto agüero, pues me anuncia que correis en este dia un gran peligro, no de perder la vida, sino de una incomodidad que os durará el resto de vuestros dias; debeis estarme agradecido del aviso que os doy, para que os guardeis de tamaño fracaso : sentiria mucho que os sucediese. »

« Imajinaos, señores, cuanto enfado me dió el haber caido en manos de un barbero tan hablador y estravagante; ¡qué terrible contratiempo para un amante que se estaba acicalando para una cita! « Poco me importan, » le dije enojado, « vuestros avisos y pronósticos : no os mandé llamar para consultaros sobre la astrolojía ; habeis venido para afeitarme : así que, sea pronto, y si no, marchaos y mandaré por otro barbero. »

« Señor, » me respondió con una flema capaz de hacerme perder la paciencia, « ¿qué motivo teneis para incomodaros? ¿Sabeis que hay muy pocos barberos que se me parezcan y que no hallariais uno solo que me iguale, aun cuando lo buscarais con un candil? Habeis mandado por un barbero, y en mí teneis, no solo al mas hábil de Bagdad, sino tambien un médico consumado, un químico profundo, un astrólogo que no se engaña, un retórico perfecto, un lójico sutíl, un matemático habilísimo en la jeometría, aritmética, astronomía y todas las sutilezas del áljebra, y un historiador que sabe los sucesos de todos los reinos del universo. Además, poseo todas las partes de la filosofía, tengo en la memoria todas nuestras leyes y tradiciones. Soy poeta, arquitecto; ¿pero qué cosa hay que yo no sepa? Nada hay oculto para mí en la naturaleza. Vuestro difunto padre, á quien tributo lágrimas cuando me acuerdo de él, estaba muy persuadido de mi mérito : me queria, me agasajaba, citándome en todas las tertulias como el primer hombre del mundo : quiero, por reconocimiento y amistad por él, tomaros bajo mi proteccion, y precaveros de cuantas desventuras os amaguen los astros. »

« A estas palabras no pude menos de reirme, á pesar de mi enfado. « ¿ Acabaréis pronto, hablador interminable, » esclamé, « y quereis afeitarme ? »

Al llegar aquí Cheherazada, interrumpió la historia del cojo de Bagdad, porque advirtió que amanecia ; pero á la noche siguiente prosiguió de este modo :



NOCHE CXXXIX.

El cojo dijo refiriendo su historia : « Señor, » replicó el barbero, « me agraviais llamándome hablador : al contrario, todos me dan el honroso adjetivo de callado. Tenia seis hermanos á quienes con razon hubierais podido llamar habladores, y para que los conozcais, os diré que el mayor se llamaba Bacbuc, el segundo Bakbarah, el tercero Bakbac, el cuarto Alcuz, el quinto Alnaschar y el sexto Chacabac. Eran unos molestos charlatanes ; pero yo, el menor, soy circunspecto y lacónico en mi habla. »

« Por favor, señores mios, poneos en mi lugar : ¿ qué partido podia yo tomar viéndome tan cruelmente asesinado ? « Dale tres monedas de oro, » le dije al esclavo encargado del gasto de casa, « y que se vaya y me deje en paz, pues ya no quiero afeitarme por hoy. — Señor, » me dijo entónces el barbero, « qué es lo que estáis diciendo ? Yo no he venido á buscaros, vos sois el que habeis mandado por mí, y ya que es así, juro á fe de Musulman, que no saldré de esta casa hasta que os haya afeitado. No es culpa mia, si no conoceis lo que valgo. Vuestro difunto padre me hacia mas justicia, y siempre que me enviaba á buscar para sangrarle, me hacia sentar á su lado, y entónces era un embeleso oir las lindezas que yo le decia. Estaba perpetuamente absorto y como arrebatado, y cuando habia concluido, « ¡ Ah ! » esclamaba, « sois una fuente inagotable de saber, y nadie se aproxima á la profundidad de vuestro entendimiento. — Mi amado señor, » le respondia yo, « me haceis mas favor del que merezco. Si digo algo de bueno, es por la atencion que os dignais concederme : vuestras liberalidades son las que me infunden todos estos sublimes pensamientos que logran agradaros. — Un dia que estaba embelesado con un discurso asombroso que yo acababa de pronunciar ;

« Que le den, » dijo, « cien monedas de oro y le pongan uno de mis mas ricos vestidos. » Al punto recibí aquel regalo, saqué su horóscopo y hallé que era el mas venturoso del mundo, y aun pujé mucho mas con mi agradecimiento, porque le sangré con ventosas. »

« No paró aquí el barbero, y empezó otra larguísima relacion que duró mas de media hora. Cansado de oirle, y viendo que pasaba el tiempo sin que estuviese mas adelantado, ya no sabia qué decirle. « No, » esclamé, « imposible es que haya en el mundo un hombre igual, que se complazca en martirizar á los demás. »

Empezó á amanecer, y Cheherazada suspendió aquí su narracion. Al dia siguiente la prosiguió en estos términos :

NOCHE CXL.

« Me figuré, » dijo el cojo de Bagdad, « que conseguiria algo hablando al barbero con suavidad. « Por Dios, » le dije, « dejaos de primores retóricos y despachad luego ; ya os dije que me llama fuera de casa un negocio de la mayor importancia. » A estas palabras se echó á reir.

« Logro muy laudable fuera, » dijo, « si nuestro espíritu se mantuviera siempre en la misma situacion y si fuésemos siempre cuerdos y atinados : sin embargo atribuyo el enojo que habeis sentido contra mí á vuestra enfermedad, que ha causado ese trastorno en vuestra índole : por eso necesitais de algunas instrucciones, y nada mejor podeis hacer que seguir el ejemplo de vuestro padre y abuelo. Venian á consultarme en todos sus negocios, y sin vanidad puedo decir que me daban albricias por mis consejos. Mirad, señor, casi nunca logra uno lo que emprende, si no recurre á los consejos de personas ilustradas : dice el refran que nunca llega uno á ser hombre de pro sin tomar el consejo de otro tal ; yo me ofrezco á vuestra disposicion, y no teneis mas que mandar.

— « ¿ Con que no puedo conseguir, » interrumpí, « que dejeis todas esas hablas interminables, que de nada sirven sino para quebrarme la cabeza y malograr mis quehaceres? Afeitadme pues ó marchaos. » Diciendo esto, me levanté colérico dando una patada en el suelo.

« Cuando vió que me enfadaba de veras, « Señor, » me dijo, « no os enojeis, pues vamos á empezar. » Con efecto, me lavó la cabeza y empezó á afeitarla ; pero apenas me hubo pasado un poco la navaja, cuando se paró para decirme : « Señor, sois pronto de jenio ; debierais tener á raya esos arrebatos que vienen del demonio. Además merezco cierta consideracion por mis años, saber y prendas esclarecidas. »

— « Afeitadme, » le dije interrumpiéndole otra vez, « y dejaos de hablar. — ¿ Con que teneis, » repuso, « algun negocio urjente? apuesto que no me engaño. — Hace dos horas que os lo estoy diciendo, » repliqué, « y ya debierais haberme afeitado. — Moderad vuestro afan, » me dijo ; « quizá no habeis pensado bien lo que vais á hacer : casi siempre se arrepiente uno cuando despacha sus quehaceres atropelladamente. Quisiera que me dijerais cual es ese negocio que tanto urje, y os diria mi parecer : por lo demás, os sobra tiempo, ya que solo os aguardan á las doce y aun faltan tres horas. — Eso no es del caso, » le dije ; « los hombres de honor y de palabra se anticipan siempre á la hora dada. Pero advierto que entreteniéndome en hablar, incurro en el achaque de los barberos charlatanes ; daos priesa en afeitarme. »

« Cuanto mas apuro manifestaba yo, tanto menos se apresuraba en obedecerme. Dejó la navaja para tomar el astrolabio, y luego dejó este por aquella. »

Cheherazada se interrumpió viendo que amanecia, y dejó para la noche siguiente la continuacion de la historia empezada.



NOCHE CXLI.

«El barbero volvió á dejar otra vez la navaja,» prosiguió el cojo, « cojió otra vez el astrolabio y me dejó medio afeitado para ir á ver qué hora era. Volvió y me dijo : « Señor, ya sabia yo que no me engañaba; aun faltan tres horas para las doce ; es un hecho positivo, ó todas las reglas de la astronomía son falsas. — ¡ Cielo santo ! » esclamé, « mi paciencia está apurada, y ya no puedo aguantar mas. Maldito barbero, plaga humana, estoy por abalanzarme á ti y ahogarte.— Despacito, caballero, » me dijo con acento sosegado y sin inmutarse con mi arrebato; « ¿no teneis aprension de recaer enfermo ? no os arrebateis, voy á serviros al punto. » Diciendo estas palabras, volvió á meter el astrolabio en el estuche, cojió otra vez la navaja, la repasó en el cuero que tenia atado á la cintura, y siguió afeitándome ; pero entretanto no pudo menos de hablar. «Si quisierais decirme, señor, » me dijo, « cuál es ese asunto que teneis á las doce, os daria algun consejo que pudiera seros provechóso. » Díjele para satisfacerle que algunos amigos me aguardaban para darme una comida y regocijarse conmigo por el restablecimiento de mi salud.

« Cuando el barbero oyó hablar de una comida, « Dios os bendiga en este dia como en todos los demás, » esclamó ; « ahora me recordais que ayer convidé á cuatro ó cinco amigos para que vinieran hoy á comer conmigo; me habia olvidado, y aun no tengo hecha disposicion alguna. — No paseis cuidado por eso, » le dije ; « aunque como fuera, mi despensa está siempre provista. Os regalo todo cuanto en ella se halle, y aun os mandaré dar todo el vino que querais, porque lo tengo escelente en mi bodega ; pero es menester que acabeis prontamente de afeitarme, y acordaos que si mi padre os hacia regalos por oiros hablar, yo os los hago para que calleis. »

« No se contentó con la palabra que le daba. « Dios os premie, » esclamó, « el favor que me haceis ; pero enseñadme ahora esas provisiones para que vea si hay bastante para obsequiar á mis amigos. Quiero que estén contentos del buen trato que les voy á dar. — Tengo, » le dije, « un cordero, seis capones, una docena de gallinas y con que hacer cuatro platos. » Mandé á un esclavo que trajera al punto todo esto y cuatro grandes cántaros de vino. « Todo esto es muy bueno, » repuso el barbero ; « pero se necesitarian algunas frutas y los condimentos para el guiso. « Mandé que le dieran todo lo que pedia : dejó de afeitarme para examinarlo todo por partes, y como este rejistro duró cerca de media hora, yo prorumpí en baldones y me estuve desesperando ; pero con todo eso el malvado no se daba mas priesa. Sin embargo volvió á tomar la navaja y me afeitó por un rato, hasta que parándose de repente, « Nunca hubiera creido, señor, » me dijo, « que fuerais tan jeneroso, y empiezo á conocer que vuestro difunto padre ha dejado un digno sucesor. Seguramente yo no merecia los favores con que me estáis colmando, y os aseguro que conservaré de ellos un reconocimiento perpetuo ; porque habeis de saber, señor, que nada tengo sino lo que me viene de la jenerosidad de los hombres honrados como vos ; en lo que me asemejo á Zantut que da friegas á los que van al baño, á Sali que vende garbanzos tostados por las calles, á Salut que vende habas, á Akerscha que vende yerbas, á Abu Mekares que riega las calles para sentar el polvo, y á Casen de la guardia del califa. Todos estos hombres nunca están melancólicos : no son incómodos ni disputadores ; mas contentos con su suerte que el califa en medio de su corte, siempre están alegres, prontos á cantar y bailar y tienen cada uno su cancion y su danza particular con que divierten á toda la ciudad de Bagdad ; pero lo que mas aprecio en ellos, es que no son grandes charlatanes, como vuestro esclavo que tiene el honor de hablaros. Mirad, señor, esta es la cancion y el baile de Zantut que da friegas á la jente en el baño : atended y ved si le imito bien. »

Aquí paró Cheherazada advirtiendo que era de dia, y á la mañana siguiente prosiguió de este modo:

NOCHE CXLII.

« El barbero cantó la cancion y bailó la danza de Zantut, » continuó el cojo, « y por mas que hice para que interrumpiera sus bufonadas, no paró hasta que hubo remedado por entero á cuantos habia ido nombrando. Hecho esto, y vuelto á mi, « Señor, » me dijo, « voy á mandar por toda esta jente honrada, y si habeis de creerme, haréis bien en veniros con nosotros y dejaréis á vuestros amigos, que quizá son algunos grandes habladores que os aturdirian con sus razones fastidiosas, y os darian una enfermedad peor que la que habeis tenido; en vez de que en mi casa no hallaréis mas que diversion. »

« A pesar de mi enojo no pude menos de reir de sus locuras. Quisiera no tener nada que hacer, » le dije, « y con gusto admitiera la propuesta que me haceis yendo gustoso á divertirme con vosotros; pero os ruego que me escuseis, pues hoy estoy comprometido; otro dia estaré mas espedito y comerémos juntos; acabad de afeitarme y volveos pronto á casa, quizá ya estén allá vuestros amigos. — Señor, » repuso, « no me negueis el favor que os pido, venid á divertiros con la reunion preciosa que voy á tener. Si hubieseis estado una sola vez con esas buenas jentes, hubierais quedado tan bien hallado que os desentenderiais gustoso por ellos de vuestros amigos. — No hablemos mas de eso, » le respondí, « no puedo ir á vuestra comida. »

« Nada aventajé á buenas, y el barbero replicó: « Ya que no quereis veniros conmigo, habeis de permitir que os acompañe. Voy á llevar á casa lo que me habeis dado; mis amigos comerán si quieren; volveré al punto, no quiero faltar á la atencion de acompañaros, pues sois acreedor á este obsequio. — ¡ Cielos ! » esclamé entónces, « ¿ con que no podré librarme hoy de ese hombre tan angustioso ? Por el Dios vivo, » le dije, « terminad vuestras razones importunas; id por vuestros amigos, comed, bebed, divertios y dejadme la libertad de ir con los mios. Quiero marcharme solo, no necesito que nadie me acompañe; además, os he de confesar que el lugar á donde voy no es un paraje en que podais ser admitido, pues solo me quieren á mí. — Eso es burlarse, señor, si vuestros amigos os han convidado para una comida, ¿ qué motivo podeis tener para que no os acompañe ? Estoy seguro de que tendrán gusto en que les lleveis un hombre como yo, que está siempre de buen humor y sabe divertir agradablemente á los convidados. Por mucho que digais, esto es hecho; os acompaño á pesar vuestro. »

« Estas palabras, señores mios, me pusieron en gran conflicto. « ¿ Cómo me libraré de este maldito barbero ? » decia para conmigo; « si me empeño en contradecirle, no acabarémos nuestra contienda. » Además oia que ya llamaban por la primera vez á la oracion de mediodía, y que era hora de marcharme : así tomé el partido de no decir palabra, aparentando consentir en que viniera conmigo. Entónces acabó de afeitarme, y hecho esto, le dije : « Tomad algunos de mis criados para que os lleven esas provisiones, y volved pronto; os quedo aguardando y no me marcharé sin vos. »

« Salió por fin y acabé prontamente de vestirme. Oí llamar á la oracion por la última vez, y me di priesa en marcharme; pero el maldito barbero, maliciando mi intencion, se habia contentado con ir con mis criados hasta un punto desde donde podia verlos entrar en su casa. Se habia encubierto tras una esquina para acecharme y seguirme, y con efecto, cuando llegué á la puerta del cadí, volví la cabeza y lo descubrí con espanto á la entrada de la calle.

« La puerta del cadí estaba entreabierta, y al entrar vi á la anciana que me aguardaba, y que, despues de haber cerrado la puerta, me acompañó al aposento de la señorita; pero apenas empezaba á conversar con ella, cuando oímos rumor por la calle. La dama se asomó á la ventana, y por la celosía vió que era el cadí su padre que volvia ya de la oracion. Miré tambien al mismo tiempo, y vi al barbero sentado enfrente en el mismo poyo, desde el cual habia visto yo á mi querida del alma.

«Entónces tuve dos motivos de zozobra, la llegada del cadí por una parte, y por otra la presencia del barbero. La señorita me esplayó respecto á lo primero, diciéndome que su padre nunca subia á su aposento, y como habia previsto que podia suceder semejante contratiempo, habia discurrido los medios de hacerme salir con toda seguridad; pero la bachillería del malvado barbero me daba suma zozobra; y vais á ver que mi temor no era infundado.

«Luego que el cadí entró en casa, dió él mismo de palos á un esclavo que lo habia merecido. Daba este agudos alaridos, que se oian en la calle; el barbero se figuró que era yo quien voceaba y á quien estaban maltratando. Embargado con esta aprension, prorumpe en alaridos pavorosos, se rasga los vestidos, se echa polvo sobre la cabeza, pide auxilio á los vecinos, que acuden al punto preguntándole qué tiene y qué auxilio pueden aprontarle. «¡Ay de mí!» esclama, «están asesinando á mi amo, á mi caro protector;» y sin mas esplicaciones corre á mi casa dando voces, y vuelve acompañado de todos mis criados armados con palos. Llaman con ímpetu disparatado á la puerta del cadí, quien envia un esclavo para que vea lo que ocurre; pero este, despavorido, vuelve á su amo y le dice: «Señor, mas de diez mil hombres quieren entrar en casa por fuerza y empiezan á derribar la puerta.»

El cadí acude al punto él mismo, abre la puerta y pregunta qué quieren. Su presencia venerable no alcanza á infundir respeto á mis criados, quienes le dicen descocadamente: «Maldito cadí, perro cadí, ¿qué motivo teneis para asesinar á nuestro amo? ¿Qué os ha hecho? — Buena jente,» les respondió el cadí, «y ¿porqué he de asesinar yo á vuestro amo, si no le conozco, ni me ha ofendido? Abierta está mi casa, entrad y buscadle vosotros mismos. — Le habeis apaleado,» dijo el barbero; «hace poco que oí sus alaridos. — Pero os repito,» replicó el cadí, «¿en qué ha podido ofenderme vuestro amo, para que yo haya tenido que maltratarle como decis? ¿Está por ventura en mi casa? Y si está en ella, ¿cómo ha podido entrar y quién le ha admitido? — No me engañaréis con vuestra gran barba, pícaro cadí,» repuso el barbero; «sé muy bien lo que digo. Vuestra hija ama á nuestro amo y le ha dado una cita en vuestra casa durante la oracion del mediodía; sin duda os lo han avisado, habeis vuelto, y hallándole, habeis mandado á vuestros criados que le apaleasen; pero no habeis cometido á vuestro salvo esa accion malvada; enterarémos de todo al califa, y él nos hará justicia. Dejadle salir y volvédnosle pronto, si no, vamos á entrar y á sacarle para vergüenza vuestra. — No hay necesidad de hablar tanto ni meter tanto ruido,» repuso el cadí, «si lo que decis es cierto, os doy permiso para que entreis y le busqueis.» Apenas el cadí pronunció estas palabras, cuando el barbero y mis criados se arrojaron á la casa como unos furiosos, y empezaron á buscarme por todas partes.»

Al llegar aquí Cheherazada, dejó de hablar, porque ya amanecia. Chahriar se levantó riéndose del afan intempestivo del barbero, y muy ansioso de saber lo que habia ocurrido en la casa del cadí y por qué suceso el jóven se habia encojado. La sultana satisfizo á su curiosidad al dia siguiente, y prosiguió en estos términos:

NOCHE CXLIII.

El sastre siguió refiriendo al sultan de Casgar la historia que habia empezado. «Señor,» dijo, «el jóven prosiguió así: «Oyendo todo lo que el barbero decia al cadí, busqué donde ocultarme, y no hallé otro sitio sino un gran cofre vacío, en el que me metí y cerré. El barbero, despues de haber rejistrado por todas partes, no dejó de venir al aposento en que yo estaba. Acercóse al cofre, abriólo, y viéndome dentro, asió de él, se lo cargó sobre la cabeza y se lo llevó. Bajó una escalera bastante elevada, atravesó velozmente un patio y llegó al fin á la puerta de la calle. Mientras me llevaba, por desgracia se abrió el cofre, y entónces no pu-

diendo aguantar la vergüenza de verme espuesto á las miradas y voces del populacho que nos seguia, me arrojé á la calle con tanta precipitacion, que me hice una herida en la pierna, de cuyas resultas he quedado cojo. Al pronto no sentí el daño que me habia hecho, y aun me levanté para zafarme por medio de una pronta fuga del escarnio de la plebe. Tiréle algunos puñados de oro y plata con que estaba llena mi bolsa, y mientras que se abalanzaba á recojerlos, me escapé por calles allá escusadas; pero el maldito barbero, aprovechándose de la astucia de que yo me habia valido para librarme de la muchedumbre, echó á correr detrás de mí, gritando hasta desgañitarse : « Deteneos, señor : ¿porqué correis tanto? Si supierais cuanto he sentido que el cadí os haya tratado así, á vos que sois tan jeneroso y á quien tanto debemos yo y mis amigos. ¿No os dije yo que esponiais vuestra vida empeñándoos en no querer que os acompañara? Ya veis lo que os ha sucedido por culpa vuestra; y si yo no me hubiese empeñado en seguiros para ver á donde ibais, ¿qué os hubierais hecho? ¿A dónde vais, señor? aguardadme. »

« Así clamaba por la calle el malhadado barbero, y no se contentaba con haber movido tantísimo alboroto en el barrio del cadí, sino que tambien queria entónces que toda la ciudad lo supiera. Enfurecíme con impulsos de aguardarle y ahogarle; pero con esto solo hubiera hecho mas ruidoso mi conflicto. Tomé otro partido, y como advertí que sus alaridos agolpaban mucha jente á las puertas y ventanas, entré en un khan, cuyo amo me era conocido. Halléle á la puerta atraido por el estruendo. « Por Dios, » le dije, « hacedme el favor de impedir que aquel mentecato entre aquí tras mí. » Prometiómelo y cumplió su palabra; pero no sin trabajo, porque el porfiado barbero queria entrar á pesar suyo, y no se retiró sin decirle mil baldones, y desde allí hasta su casa se fué refiriendo á cuantos encontraba el gran servicio que suponia haberme hecho.

« He aquí cómo me libré de un hombre tan molesto. El amo del khan me rogó que le contara mi aventura : se la referí, pidiéndole que me dejara un aposento hasta que estuviese curado. « Señor, » me dijo, « me parece que estariais con mas comodidad en vuestra casa. — No quiero volver allá, » le respondí; « ese maldito barbero no dejaria de acudir : me acosaria diariamente, y al fin me moriria de angustia por tenerle continuamente á la vista. Además, despues de lo que me ha sucedido hoy, no puedo determinarme á permanecer por mas tiempo en esta ciudad. Quiero ir á donde me lleve mi ruin estrella. » Con efecto luego que estuve curado, tomé todo el dinero que conceptué podia necesitar, é hice donacion de mis bienes á mis parientes.

« Marchéme pues de Bagdad, señores, y llegué aquí esperanzado de no tropezar con este malditísimo barbero en un pais tan remoto del mio; y sin embargo lo encuentro en medio de vosotros. No estrañeis pues el afan con que me retiro, porque debeis desde luego suponer la congoja que me ha de causar la vista de un hombre que me ha acarreado mi cojera y reducido á la amarguísima precision de vivir lejos de mis parientes, mis amigos y mi patria. » Al acabar estas palabras, el mancebo cojo se levantó y salió del aposento. El amo de la casa le acompañó hasta la puerta, manifestándole cuanto sentia haberle dado, aunque sin culpa suya, tanto motivo de sentimiento.

« Cuando el jóven se hubo marchado, » prosiguió el sastre, « quedamos todos atónitos con su historia. Volvimos nuestras miradas hácia el barbero, y le dijimos que era muy culpado, si era cierto lo que acabábamos de oir. « Señores, » nos respondió alzando la cabeza, que hasta entónces habia tenido baja; « el silencio que he guardado, mientras que ese jóven ha estado hablando, debe serviros de testimonio de que nada ha dicho en que no convenga con él. Pero como quiera que sea, sostengo que he debido hacer lo que hice, y si no, sed vosotros mismos los jueces : ¿no se habia metido en un aprieto del que no hubiera salido tan á su salvo sin mi auxilio? Muy afortunado es en que le cueste solo una pierna lisiada. ¿No me he espuesto yo á un peligro mucho mayor para sacarle de una casa en donde yo creia que le estaban atropellando? ¿Tiene motivo para quejarse de mí é insultarme en términos tan violentos? Esto es lo que se gana con servir á ingratos. Me culpa de ser hablador; esa es una calumnia. De siete hermanos que éramos, yo soy el que hablo menos y el que tengo mas talento, y para que convengais en ello, señores mios, voy á contaros mi historia y la suya. Favorecedme con vuestra atencion.

HISTORIA DEL BARBERO.

« En el reino del califa Mostanser Billah (1), » prosiguió, « príncipe tan famoso por sus inmen-

(1) Mostanser Billah, trijésimo sexto califa abaside, subió al trono el año 1226 de nuestra era (623 de la héjira). Este príncipe, uno de los mejores de su dinastía, se hizo en estremo recomendable por justiciero y dadivoso. Un dia que estaba rejistrando los caudales atesorados por sus antecesores, asombrado á la vista de una cisterna llena de

sas liberalidades con los pobres, diez salteadores atajaban los caminos en los alrededores de Bagdad y cometian muchos robos y crueldades inauditas. Enterado el califa, hizo llamar al juez de policía, pocos dias antes de la fiesta del Bairan, y le mandó, so pena de la vida, que se los trajera todos. »

Cheherazada dejó de hablar en este punto para avisar al sultan de las Indias que ya amanecia. Aquel príncipe se levantó, y á la noche siguiente la sultana tomó otra vez el hilo de su historia.

NOCHE CXLIV.

« El juez de policía, » prosiguió el barbero, « practicó sus dilijencias y puso tanta jente en campaña, que los diez salteadores fueron cojidos el dia mismo del Bairan. Casualmente me estaba yo paseando entónces por la orilla del Tígris, y vi diez hombres, bastante bien vestidos, que se embarcaban en una lancha. Si hubiese reparado en la guardia que los escoltaba, fácilmente hubiera conocido que eran malhechores; pero tan solo reparé en sus personas, y embargado con la aprension de que eran jentes que iban á divertirse y á pasar la fiesta en algun banquete, entré en la barca con ellos sin decir palabra, esperanzado de alternar con ellos en aquel paseo. Bajamos por el Tígris y desembarcamos delante del alcázar del califa. Tuve tiempo para volver en mí y advertir que me habia equivocado. Al salir de la barca, nos vimos rodeados por una nueva escuadra de guardias, que nos ataron y llevaron á la presencia del califa. Me dejé atar como los demás sin decir palabra: y en efecto, ¿de qué me hubiera servido hablar y oponer resistencia? Esto no hubiera conducido sino á que los guardias me maltrataran sin escucharme, porque son unos bárbaros que en nada reparan. Yo me hallaba con los salteadores, y bastaba esto para que creyesen que yo debia ser uno de tantos.

« Luego que estuvimos delante del califa, mandó que se castigara á los diez facinerosos. « Que les corten la cabeza á esos diez malvados, » dijo; y al punto el verdugo nos puso en línea al alcance de su mano, y felizmente me hallé colocado el último. Decapitó á los diez ladrones, empezando por el primero, y cuando llegó á mí, se paró. El califa, viendo que el verdugo no me tocaba, se enojó. « ¿No te he mandado, » le dijo, « que cortes la cabeza á diez ladrones? ¿Porqué no la cortas sino á nueve? — Caudillo de los creyentes, » respondió el verdugo, « guárdeme Dios de no haber ejecutado la órden de vuestra majestad: aquí están en el suelo diez cadáveres y otras tantas cabezas cortadas como puede ver. » Cuando el califa hubo verificado por sí mismo que el verdugo decia verdad, me miró con estrañeza, y no advirtiéndome fisonomía de salteador, « Buen anciano, » me dijo, « ¿por qué casualidad os hallais envuelto con esos desastrados, dignos de mil muertes? Yo le respondí: « Caudillo de los creyentes, voy á deciros la verdad: he visto esta mañana que entraban en una barca esos diez hombres, cuyo castigo acaba de hacer patente la justicia de vuestra majestad; me embarqué con ellos, persuadido de que iban á celebrar este dia, que es el mas grande de nuestra relijion. »

oro, dijo: « ¡Ojalá pueda yo vivir harto tiempo para hacer buen uso de estas riquezas por tantos años sepultadas! — Señor, » respondió uno de sus cortesanos, « vuestro abuelo Naser abrigaba un anhelo muy contrapuesto. Viendo que faltaban dos brazas para que esta cisterna estuviese llena, deseaba vivir bastante tiempo para verla enteramente colmada. Cuéntase que en las noches del mes de ramadan, dedicado al ayuno, mandaba poner en las calles de Bagdad mesas muy bien servidas y á las que podian sentarse todos los Musulmanes. El paso siguiente ofrece un ejemplo de liberalidad que raya en profusion. Mostanser habiendo visto un dia desde lo alto de su alcázar trajes tendidos en las azoteas de muchas casas, preguntó el motivo, y supo que los vestidos que veia eran los de muchos habitantes de Bagdad, que les habian lavado y puesto á secar para solemnizar la fiesta del Bairan. « ¿Es posible, » dijo el califa, « que haya entre mis súbditos tan crecido número de personas sin medios para comprarse un vestido con que celebrar el Bairan? » Al punto mandó hacer gran cantidad de balas de oro, que el califa y sus cortesanos dispararon con ballestas á todas las azoteas en que habia ropa tendida. Mostanser falleció en el año 1242 de J.-C. (641 de la héjira), de edad de cincuenta y un años.

« El califa no pudo menos de reirse de mi aventura, y obrando de muy diferente modo que ese jóven cojo que me trata de hablador, admiró mi discrecion y constancia en guardar silencio. « Caudillo de los creyentes, » le dije, « no estrañe vuestra majestad que haya callado en un trance en que cualquier otro hubiera tenido ganas de hablar. Hago una profesion particular de callar, y por esta virtud he merecido el glorioso título de silencioso, pues así me llaman para distinguirme de los seis hermanos que he tenido. Este es el fruto que he sacado de mi filosofía : en una palabra, esta virtud constituye toda mi gloria y felicidad.

— « Mucho me alegro, » me dijo riéndose el califa, « que os hayan dado un dictado del que tan buen uso estáis haciendo ; pero decidme, ¿qué clase de hombres eran vuestros hermanos? ¿se os parecian en algo? — De ningun modo, » le repliqué; « erán todos á cual mas decidor; y en cuanto á su personal, habia tambien una gran diferencia entre ellos y yo : el primero era jorobado; el segundo mellado; el tercero tuerto; el cuarto ciego ; el quinto desorejado, y el sexto tenia los labios hendidos. Les han sucedido lances que os harian formar concepto de sus índoles, si vuestra majestad me permitiera referírselos. » Como me pareció que el califa se mostraba deseoso de oirlos, proseguí sin aguardar sus órdenes.

HISTORIA DEL PRIMER HERMANO DEL BARBERO.

« Señor, le dije, mi hermano mayor, llamado Bacbuc, el jorobado, era sastre. Cuando hubo acabado su aprendizaje, alquiló una tienda enfrente de un molino ; pero como aun no tenia parroquianos, lo pasaba trabajosamente ; al paso que el molinero estaba muy acomodado y poseia una hermosísima mujer. Un dia que mi hermano estaba trabajando en su tienda, alzó la cabeza y vió á la molinera asomada á la ventana y que miraba á la calle. Hallóla tan hermosa que vino á quedar prendado de ella. En cuanto á la molinera, ningun caso hizo de él; cerró la ventana y no volvió á asomar en todo el dia. Sin embargo, el pobre sastre no hizo mas que alzar la cabeza y los ojos al molino, y mientras se estaba afanando, mas de una vez se punzó los dedos, y su trabajo aquel dia no fué muy cumplido. Por la tarde, cuando hubo de cerrar su tienda, hízosele cuesta arriba, porque esperaba que la molinera se asomaria otra vez : mas al fin tuvo que cerrarla y retirarse á su habitacion, en donde pasó una malísima noche. Verdad es que con este motivo se levantó mas temprano, y que la impaciencia de ver á su querida le llevó antes á su tienda ; pero tampoco logró su anhelo en todo el dia, pues la molinera no se asomó sino una sola vez, aunque bastó esto para que mi hermano quedase muy enamorado. El tercer dia, tuvo mas motivo de satisfaccion que los otros dos ; la molinera le dió casualmente una mirada, y lo sobrecojió con los ojos clavados en ella, con lo cual conoció lo que estaba pasando en su interior. »

Cheherazada interrumpió su narracion, porque ya amanecia, y á la noche siguiente la prosiguió así:

NOCHE CXLV.

Señor, el barbero siguió refiriendo la historia de su hermano mayor : « Caudillo de los creyentes, » dijo, hablando siempre al califa Mostanser Billah, « habeis de saber que apenas la molinera se enteró del cariño de mi hermano, cuando, en vez de enfadarse, determinó divertirse á costa suya. Miróle con semblante risueño; mi hermano la miró tambien, pero de un modo tan chistoso, que la molinera cerró al punto la ventana, por no soltar una carcajada que diera á conocer á mi hermano cuan ridículo le parecia. El inocente Bacbuc interpretó esta accion á su favor y no dejó de lisonjearse de que le habian mirado con buenos ojos.

« La molinera determinó pues divertirse mas y mas á costa de mi hermano. Tenia una pieza

de hermosa tela con que trataba de hacerse un vestido, envolvióla en un pañuelo bordado de seda, y se la envió por una muchacha esclava que tenia. Esta, bien impuesta, fué á la tienda del sastre y le dijo: « Mi ama os saluda, y ruega que le hagais un vestido con esta pieza de tela, segun el corte de este otro que os envia: muda de vestido con mucha frecuencia, y será una parroquiana que os tendrá cuenta. » Mi hermano conceptuó que la molinera estaba enamorada de él, y aun creyó que le enviaba que hacer por lo que habia mediado entre ellos, para demostrarle que habia calado lo íntimo de su corazon. Embargado con este afan, encargó á la esclava que dijera á su ama que iba á dejarlo todo para servirla, y que el vestido estaria pronto para el dia siguiente. Con efecto, trabajó en él con tanto ahinco que lo acabó aquel mismo dia.

« Al siguiente, la muchacha esclava vino á ver si el vestido estaba acabado, y Bacbuc se lo dió muy bien doblado diciéndole: « Estoy muy interesado en dar gusto á vuestra ama para que me haya olvidado de su vestido. Quiero empeñarla con mi dilijencia en no valerse en adelante sino de mí. » Dió la muchacha algunos pasos en ademan de marcharse; luego volviéndose le dijo al oido á mi hermano: « Ahora que me acuerdo, mi ama me ha encargado que os salude de su parte, y os pregunte cómo habeis pasado la noche; en cuanto á ella, os ama tanto que no ha podido dormir. — Decidle, » respondió enajenado mi hermano mentecato, « que estoy ardiendo todo en amor por ella, y que hace cuatro noches que no he cerrado los ojos. » Despues de este cumplimiento por parte de la molinera, se lisonjeó de que no suspiraria mucho tiempo en balde tras sus finezas.

« Aun no hacia un cuarto de hora que la esclava habia dejado á mi hermano, cuando la vió volver con una pieza de raso. « Mi ama, » le dijo, « está muy satisfecha de su vestido, pues le sienta á las mil maravillas; pero como quiere llevarlo con calzones nuevos, os ruega que le hagais pronto unos con esta pieza de raso. — Muy bien, » respondió Bacbuc, « estarán prontos hoy mismo, antes que salga de la tienda, venidlos á buscar antes del anochecer. » La molinera se asomó muchas veces á la ventana, mostrándose á mi hermano para estimularle en su tarea. Este trabajaba con afan, y los calzones quedaron pronto acabados. La esclava vino por ellos; pero no le trajo al sastre el dinero que habia desembolsado para los forros del vestido y calzones, ni con que pagar la hechura de uno y otro. Entretanto aquel malhadado amante, á cuya costa se estaban divirtiendo sin que él lo advirtiera, no habia comido nada en todo aquel dia, y tuvo que pedir prestadas algunas monedas de cobre para comprar con que cenar. Al dia siguiente, luego que abrió la tienda, entró la esclava y le dijo que el molinero deseaba hablarle. » « Mi ama, » añadió, « le ha dicho tantos bienes de vuestro obrar, que desea que trabajeis tambien para él. Lo ha hecho con intento de que las relaciones que se entablen entre vos y él contribuyan al logro de lo que ambos deseais. » Mi hermano se dejó persuadir, y fué al molino con la esclava; el molinero le agasajó, y presentándole una pieza de tela, le dijo: « Necesito camisas; aquí hay tela para ellas; me parece que podeis sacar veinte, y si sobra tela, me la volveréis. »

Cheherazada, viendo la claridad que iluminaba el aposento de Chahriar, calló al acabar estas palabras, dejando para la noche siguiente la continuacion de la historia de Bacbuc.

NOCHE CXLVI.

« Mi hermano, » prosiguió el barbero, « tuvo que hacer para cinco ó seis dias con las veinte camisas para el molinero, quien le dió despues otra pieza de tela para que le hiciera igual número de calzones. Cuando estuvieron acabados, Bacbuc se los llevó al molinero, quien le preguntó cuanto era su trabajo, á lo que mi hermano le dijo que se contentaria con veinte dracmas de plata. El molinero llamó entónces á la esclava y le dijo que le trajera las balanzas para ver si

era de peso el dinero que iba á darle. La esclava, que estaba avisada, miró á mi hermano con enojo, dándole á entender que iba á echarlo á perder todo, si recibia dinero. Así lo entendió y rehusó tomarlo, aunque lo necesitaba y me habia pedido prestado para comprar el hilo con que habia cosido las camisas y calzones. Al salir de casa del molinero, vino á rogarme que le dejara algun dinero, diciéndome que no le pagaban. Dile algunas monedas de cobre que tenia en la bolsa, y con esto vivió algunos dias, aunque solo se mantenia de papas, y aun de ellas con suma escasez.

« Un dia entró en casa del molinero, que estaba ocupado en sus quehaceres, y creyendo este que mi hermano iba á pedirle dinero, se lo ofreció; pero la esclava, que se hallaba presente, le hizo otra vez una seña, lo cual le estorbó el admitirlo, respondiendo al molinero que no iba por eso á su casa, sino para informarse de su salud. El molinero se lo agradeció y le dió que hacer otro vestido. Bacbuc se lo llevó hecho al dia siguiente, el molinero sacó su bolsa, pero bastó que la esclava diera una mirada á mi hermano para que este le dijera al molinero: « Vecino, no es asunto de apuro, ya arreglarémos cuentas otra vez. » Así aquel pobre tonto se retiró á su tienda con tres grandes achaques; esto es, enamorado, hambriento y sin dinero.

« La molinera pecaba de avarienta y mal intencionada; no se contentó con frustrar á mi hermano de lo que se le debia, sino que movió á su marido para que se vengara del amor que le estaba profesando, y se valieron del siguiente medio. El molinero convidó una noche á Bacbuc á cenar, y despues de haberle tratado mal, le dijo: « Amigo, quedaos aquí, porque ya es tarde para que os retireis. » Diciendo esto, lo llevó á un lugar del molino en que habia una cama. Allí lo dejó y se retiró con su mujer al aposento donde solian dormir. A media noche, el molinero fue á buscar á mi hermano. « Vecino, » le dijo, « ¿estáis durmiendo? Tengo la mula enferma y mucho trigo que moler, y así me hariais gran favor si dierais vueltas al molino en su lugar. » Bacbuc, deseando manifestarle que era hombre dispuesto, le respondió que estaba pronto á darle gusto y que no tenia mas que enseñarle lo que habia de hacer. Entónces el molinero lo ató por la cintura como una mula que da vueltas á la tahona, y luego alargándole un latigazo, « Vamos, vecino, » le dijo — « ¿Y porqué me pegais? » le preguntó mi hermano. « Es para daros ánimo, » le respondió el molinero, « porque á no ser así, mi mula no camina. » Bacbuc estrañó aquel procedimiento; pero sin embargo no se atrevió á quejarse. Cuando hubo dado cinco ó seis vueltas, quiso descansar; pero el molinero le descargó una docena de latigazos, gritándole: « Ánimo, vecino, no hay que pararse; caminad sin cobrar aliento, si no, echariais á perder la harina. »

Al llegar aquí, se detuvo Cheherazada porque vió que amanecia, y á la mañana siguiente prosiguió de este modo:



NOCHE CXLVII.

« El molinero precisó á mi hermano á dar vueltas á su tahona toda la noche, y al amanecer le dejó atado, y al fin acudió la esclava y le desató. « ¡ Ah ! ¡ cuánto os hemos compadecido mi buena ama y yo ! » esclamó la malvada ; « ninguna parte nos cabe en la burla que os ha hecho el amo. » El desventurado Bacbuc nada respondió, tan cansado y molido estaba de los golpes ; pero se volvió á casa formando el firme propósito de no pensar mas en la molinera.

« La narracion de esta historia, » prosiguió el barbero, « hizo reir al califa. « Vete, » me dijo, « vuélvete á casa ; van á darte algo de mi parte para consolarte de haber errado el convite que esperabas. — Caudillo de los creyentes, » repliqué, « ruego á vuestra majestad que me permita no recibir nada hasta que le haya referido la historia de mis demás hermanos. » El califa me manifestó con su silencio que estaba pronto á escucharme ; y así proseguí en estos términos :

HISTORIA DEL SEGUNDO HERMANO DEL BARBERO.

« Mi segundo hermano, llamado Bakbarah, el mellado, andando un dia por la ciudad, encontró á cierta vieja, en una calle estraviada, que se le acercó y le dijo : « Tengo una palabrita que deciros y os ruego que os pareis un momento. » Paróse mi hermano preguntándole lo que venia á querer, y ella repuso : « Si os huelga venir conmigo, os llevaré á un magnífico palacio en donde veréis á una señora mas hermosa que la luz. Os admitirá con mucho gusto, y os dará una colacion con esquisitos vinos. No necesito esplicarme mas. — ¿ Y es cierto lo que me decis ? » replicó mi hermano. — « No soy una mentirosa, » repuso la vieja, « nada os propongo que no sea positivo ; pero escuchad lo que os exijo : hay que manifestar cordura, hablar poco y tener infinita condescendencia. » Bakbarah se sujetó á estas condiciones, la anciana echó á andar delante, y él la siguió. Llegaron á la puerta de un gran palacio, en donde habia muchos criados y esclavos que quisieron detener á mi hermano ; pero luego que la vieja habló, lo dejaron pasar á sus anchuras. Entónces esta se volvió á mi hermano y le dijo : « Cuidado, no olvideis que la señorita á cuya casa os traigo, prefiere sobre todo la suavidad y decoro, y que no quiere que la contradigan. Con tal que le deis gusto en esto, podeis contar con que alcanzaréis de ella cuanto podeis apetecer. » Bakbarah le dió gracias por el consejo y prometió aprovecharse de él.

« La anciana le hizo entrar en un hermoso edificio que correspondia á la magnificencia del palacio ; habia alrededor una galería, y en el centro se veia un precioso jardin. Díjole que se sentara en un sofá ricamente guarnecido y que aguardara un momento, pues iba á participar su llegada á la dueña.

« Mi hermano, que en su vida habia entrado en paraje tan suntuoso, se estuvo empapando largo rato en tantísimos primores como atesoraba aquella estancia, y juzgando de su ventura por la magnificencia que presenciaba, apenas podia contener su alborozo. Pronto oyó un gran bullicio causado por una cuadrilla de esclavas festivas que se acercaron á él dando carcajadas, y en medio de ellas advirtió una señorita de peregrina hermosura, que se daba fácilmente á conocer por su ama por los miramientos que merecia á todas. Bakbarah, que se prometia una conversacion particular con la dama, se quedó pasmado al verla llegar con tanto acompañamiento. Sin embargo, las esclavas se revistieron de mucha gravedad al acercársele, y cuando la beldad estuvo junto al sofá, mi hermano se levantó y le hizo su rendida cortesía. Ocupó la jóven el asiento principal, y habiéndole rogado que volviera á sentarse, le dijo con semblante risueño : « Me alegro mucho de veros, y os deseo cuanta ventura podais apetecer. — Señora, » le respondió Bakbarah, « ninguna mayor puede caberme que la honra de presentarme ante vuestros ojos. — Me parece que teneis el jenio festivo, » replicó, « y que estaréis dispuesto á que pasemos alegremente el tiempo juntos. »

« Al punto mandó que sirvieran la colacion, y cubrieron una mesa con varios canastillos de frutas y dulces. Sentóse con las esclavas y con mi hermano, y como este se hallaba enfrente de ella, cuando abria la boca para comer, la dama advertia que era mellado, y se lo hacia reparar á las esclavas, que se echaban á reir con ella. Bakbarah, que de cuando en cuando alzaba la cabeza para mirarla y la veia reir, se imajinó que era del alegron de su venida, y que pronto despediria á sus esclavas para quedarse á solas con él. La jóven juzgó cuales eran sus pensamientos, y complaciéndose en mantenerle en equivocacion tan halagüeña, le dijo mil lindezas y le fué presentando con suma fineza lo mas esquisito.

« Terminada la colacion, se levantaron de la mesa; diez esclavas tomaron instrumentos y se pusieron á tocar y cantar, mientras que otras empezaron á bailar. Mi hermano bailó tambien para terciar espresivamente en el regocijo, y la señorita lo hizo igualmente. Despues de haber bailado por algun rato, se sentaron para cobrar aliento; la señora mandó que le dieran un vaso de vino y miró á mi hermano con semblante risueño para denotarle que iba á beber á su salud. El se levantó y se quedó en pié mientras bebia. Cuando ella hubo acabado, en vez de volver el vaso, lo mandó llenar y lo presentó á mi hermano para que brindara. »

Cheherazada queria proseguir su narracion; pero observando que era de dia, dejó de hablar hasta la noche siguiente.



NOCHE CXLVIII.

Señor, el barbero prosiguió la historia de Bakbarah diciendo : « Mi hermano tomó el vaso de mano de la señorita besándosela, y bebió en pié, reconocido á la distincion que recibia; luego la jóven lo hizo sentar á su lado, le estuvo halagando y le pasó la mano por la espalda, dándole palmaditas de tanto en tanto. Embriagado con estas finezas, se juzgaba el mas venturoso de todos los hombres y se sentia dispuesto á retozar con aquella hermosa jóven; pero no se atrevia á tomarse esta libertad delante de tantas esclavas que tenian los ojos clavados en él, rién-

dose continuamente con su diversion. La dama siguió dándole palmaditas, y al fin le descargó tal bofeton que le dejó parado. Sonrojóse, y se levantó para alejarse de ellas, y entónces la anciana que le habia traido le miró de modo que le dió á entender que tenia culpa, y no se acordaba del consejo que le habia dado para que fuera condescendiente. Reconoció su yerro, y para enmendarlo se acercó á la jóven, aparentando no haberse desviado de ella por enfado. Ella le tiró del brazo, le hizo sentar otra vez á su lado y continuó haciéndole mil caricias maliciosas. Sus esclavas, que solo trataban de recrearla, tomaron parte en la diversion: una le daba al pobre Bakbarah fuertes papirotazos en la nariz, otra le tiraba las orejas como si quisiera arrancárselas, y algunas le daban bofetones que pasaban de chanza. Mi hermano lo aguantaba todo con un sufrimiento asombroso, y aun aparentaba un semblante placentero; y mirando á la anciana con sonrisa forzada, le decia : « Bien me lo habiais dicho que hallaria una dama buena, amable y encantadora. ¡Cuánto os debo! — Aun eso no es nada; » le respondia la vieja, « mas veréis dentro de poco. » La jóven tomó entónces la palabra, y dijo á mi hermano : « Sois un hombre honrado y me alegro de hallaros tanta apacibilidad y condescendencia con mis caprichillos, y un jenio tan conforme con el mio. — Señora, » repuso Bakbarah, prendado de aquel agasajo; « ya no soy dueño de mí, soy todo vuestro y podeis disponer de mi albedrío. — ¡Qué complacencia me causais con esa sumision! » replicó la dama, « y para manifestároslo, quiero que tambien la tengais. Traed, » añadió, « el perfume y el agua de rosa. » A estas palabras salieron dos esclavas y volvieron al punto, una con un braserillo de plata en el que habia madera de aloé de la mas esquisita, con la que le perfumó, y la otra con agua de rosa con que le roció rostro y manos. Mi hermano estaba fuera de sí, tal era su alborozo al verse tratar tan honoríficamente.

« Tras esta ceremonia, la jóven mandó á las esclavas que habian tocado y cantado antes, que volvieran á proseguir sus conciertos. Obedecieron, y entretanto la dama llamó á otra esclava y le dió órden de que se llevara á mi hermano diciéndole : « Hacedle lo que sabeis, y cuando hayais acabado, volvedle aquí. » Bakbarah, que oyó esta órden, se levantó prontamente, y acercándose á la anciana, que tambien se habia levantado para acompañarle, le rogó que le dijera lo que le querian hacer. « Nuestra ama está ansiosa, » le respondió al oido la vieja, « de ver qué facha haréis disfrazado de mujer, y esta esclava tiene encargo de llevaros consigo, pintaros las cejas, afeitaros el bigote y vestiros de mujer. — Pueden pintarme las cejas, si quieren, » replicó mi hermano, « porque podré lavarme; pero en cuanto á dejarme afeitar, ya veis que no debo consentirlo, ¿pues cómo me atreveria á presentarme sin bigotes? — No os opongais á lo que se os pide, » repuso la anciana, « pues lo echariais á perder todo. Os aman, quieren haceros feliz; ¿y seria posible que malograseis por unos feos bigotes las finezas mas peregrinas que un hombre puede alcanzar? » Rindióse Bakbarah á las razones de la vieja, y sin decir palabra se dejó llevar por la esclava á un aposento en donde le pintaron las cejas de encarnado, le afeitaron los bigotes y quisieron cortarle tambien la barba; pero la docilidad de mi hermano no pudo llegar á tanto. « ¡Oh! en cuanto á mi barba, no consentiré en manera alguna que me la corten. » Hízole cargo la esclava de que era por demás haberle quitado los bigotes, si no queria consentir en que le cortaran la barba ; que un rostro barbudo no cuadraba con un vestido de mujer, y que se pasmaba de que un hombre parase la atencion en su barba, cuando iba á poseer la muchacha mas hermosa de Bagdad. La vieja añadió otras razones á las instancias de la esclava y amenazó á mi hermano con el desagrado de la dama. En suma, le hizo tantos y tales cariños, que les dejó hacer todo cuanto quisieron.

« Luego que estuvo vestido de mujer, se le llevaron á la señorita, á quien entró tal tentacion de risa que se dejó caer sobre el sofá en que estaba sentada. Otro tanto hicieron las esclavas, palmoteando de modo que mi hermano se quedó sumamente corrido. La dama se incorporó, y sin dejar de reir, le dijo : « Tras la condescendencia que habeis tenido conmigo, fuera culpable en no amaros de todo corazon, pero es preciso que aun hagais algo por amor mio, esto es, que baileis con ese traje. » Bakbarah obedeció, y así la dama como las esclavas bailaron con él, riendo como unas locas. Despues de haber bailado largo rato, se abalanzaron todas al desventurado, y le dieron tantos bofetones, puñetazos y puntapiés, que cayó en el suelo casi sin sentido. La anciana le ayudó á levantarse, y sin darle tiempo á que se resintiera de los malos tratamientos que acababan de hacerle, « Consolaos, » le dijo al oido, « habeis llegado por fin al término de vuestros padecimientos, y vais á recibir la recompensa. »

Asomaba ya el dia, y la sultana Cheherazada calló, dejando la continuacion de esta historia para la noche siguiente.

NOCHE CXLIX.

« La vieja,» dijo el barbero,» siguió hablando á Bakbarah : « No os queda que hacer sino una cosilla, pero sumamente frívola. Habeis de saber que mi ama acostumbra no dejarse acercar por los que ama, cuando ha bebido un poco como hoy, á menos que estén en camisa. Cuando se han desnudado, toma un poco la delantera y echa á correr por la galería delante de ellos y de uno en otro aposento, hasta que la alcanzan. Este es uno de sus caprichos; pero por mucha ventaja que os lleve, pronto la cojeréis con vuestra lijereza y ajilidad. Desnudaos pronto sin ningun reparo. »

« Mi hermano se habia adelantado en demasía para retroceder. Desnudóse, y entretanto la dama se quitó el vestido y se quedó en ropas menores para correr con mas lijereza. Cuando estuvieron ambos prontos para emprender la carrera, la dama tomó veinte pasos de delantera y echó á correr con velocidad imponderable. Mi hermano la siguió á todo escape, no sin mover la risa de todas las esclavas que estaban palmoteando. La dama, en lugar de perder la ventaja que al pronto le llevaba, iba ganando cada vez mas terreno, le hizo dar dos ó tres vueltas por la galería, y luego se metió por un pasadizo oscuro, escapándose por una revuelta que tenia muy sabida. Bakbarah, que la seguia siempre, habiéndola perdido de vista en el pasadizo, tuvo que ir menos á priesa, á causa de la oscuridad. Al fin divisó una luz, hácia la cual se encaminó, y salió por una puerta que al punto se cerró á su espalda. Imajinaos su asombro, cuando se halló en una calle de curtidores. No quedaron estos menos pasmados al verle en camisa, con las cejas pintadas de encarnado, sin barba ni bigotes. Empezaron á palmotear, á acosarle con gritos, y algunos echaron á correr tras él y le ciñeron las nalgas con sus pieles. Detuviéronle al fin, y montándole en un asno que encontraron casualmente, le pasearon por la ciudad en medio de las mofas de toda la plebe.

« Para coronar su fracaso, al pasar por delante de la casa del juez de policía, este majistrado quiso saber la causa de aquel alboroto, y los curtidores le dijeron que habian visto salir á mi hermano en aquel estado por una puerta del aposento de las mujeres del gran visir, que caia á la calle. Con este motivo, el juez mandó que le dieran cien palos al desgraciado Bakbarah en las plantas de los piés y lo echaran de la ciudad, prohibiéndole volver á ella.

« He aquí, caudillo de los creyentes, » le dije al califa Mostanser Billah, « la aventura de mi hermano segundo que deseaba referir á vuestra majestad. Bakbarah ignoraba que las damas de nuestros principales señores se divierten á veces á costa de los jóvenes bastante mentecatos para caer en semejantes lazos. »

Aquí tuvo que pararse Cheherazada, porque vió asomar el dia, y á la noche siguiente prosiguió su narracion.



NOCHE CL.

Señor, el barbero, sin parar su relacion, pasó á esplicar la historia de su tercer hermano.

HISTORIA DEL TERCER HERMANO DEL BARBERO.

« Caudillo de los creyentes, » le dije al califa, « mi tercer hermano se llamaba Bakbac, era ciego, y como su mala suerte le redujo á mendigar, iba de puerta en puerta pidiendo limosna. Se amaestró tantísimo en ir solo por las calles, que prescindia de lazarillo. Solia llamar á las puertas y no responder hasta que le habian abierto. Un dia llamó á la puerta de una casa, y el amo que se hallaba solo, gritó: « ¿Quién llama ? » Mi hermano, en vez de contestar, volvió á llamar ; y aunque por segunda vez preguntó el amo de la casa quién estaba allí, tampoco respondió. Bajó, abrió la puerta, y preguntó á mi hermano qué buscaba. « Que me deis una limosna por Dios, « le dijo Bakbac. — « ¿ A lo que parece, sois ciego ? » repuso el amo de la casa. — « Sí, por mi desgracia. — Alargad la mano. » Alargósela mi hermano, creyendo que iba á darle alguna cosa; pero tomándosela el amo, no hizo mas que guiarle para subir á su habitacion. Juzgó Bakbac que le llevaba para darle de comer, como le sucedia en otras partes, con bastante frecuencia; mas cuando estuvieron en el aposento, el amo le soltó la mano, fuese á su asiento, y volvióle á preguntar qué se le ofrecia. « Ya os he dicho, » contestó Bakbac, « que os pedia una limosna por Dios. — Buen ciego, lo mas que puedo hacer por vos es rogar á Dios que os restituya la vista. — Bien podiais decírmelo á la puerta, » replicó mi hermano, « y ahorrarme el trabajo de subir. — Y vos, simplon, bien podiais responder luego de haber llamado, cuando os pregunté quién va, y evitar á los vecinos el trabajo de bajar á abrir, ya que os responden. — ¿ Y qué me quereis pues ? » dijo mi hermano. — Ya os tengo dicho, » respondió el amo, « Dios os ampare. — Siendo así, ayudadme á bajar, ya que me ayudasteis á subir. — Delante teneis la escalera ; bajad solo, si os place, » Empezó á bajar mi hermano, pero fuésele el pié á la mitad de la escalera, y resbaló hasta bajo, lastimándose los riñones y la cabeza. — Levantóse con sumo trabajo, y fuése murmurando y quejándose del amo de aquella casa, el cual se quedó riendo á carcajadas.

« Al salir, pasaban por allí dos ciegos camaradas suyos que le conocieron la voz, y detuviéronse para preguntarle qué tenia. Contóles lo que le habia pasado, díjoles que en todo el dia no habia hallado cosa alguna, y añadió : « Suplícoos me acompañeis hasta mi casa para tomar delante de vosotros un poco de dinero del que los tres tenemos en comun y comprar de qué cenar. » Convinieron en ello, y fuéronse los tres á su casa.

« Preciso es advertir que el amo de la casa de donde mi hermano salió tan mal parado era un ladron, muy sagaz y mal intencionado ; el cual, como oyera desde la ventana lo que dijo Bakbac á sus compañeros, fuéles siguiendo, y entró con ellos en el miserable albergue de mi hermano. Sentáronse los ciegos, y dijo mi hermano : « Hermanos, es necesario cerrar la puerta, y ver que no haya aquí ningun estraño. » Muy apurado se vió el ladron al oir aquellas palabras ; pero notando que habia casualmente una cuerda que colgaba del techo, agarróse á ella y mantúvose encaramado mientras los ciegos cerraban la puerta y tantearon todo el aposento con sus palos. Tomada esta precaucion y sentados otra vez, bajó el de la cuerda y fué á sentarse poquito á poco junto á mi hermano, que, pensando estar solo con los ciegos, les dijo : « Hermanos, puesto que me habeis hecho depositario del dinero que hace tiempo recojemos los tres, voy á probaros que no desmerezco la confianza que en mí teneis. Ya sabeis que la última vez que contamos, teníamos diez mil dracmas, y las pusimos en diez talegos. Ahora veréis que están intactos. » Y alargando la mano por debajo de unos trastos viejos, sacó uno tras otro los talegos, y entregándolos á sus camaradas, prosiguió : « Aquí están ; por el peso conoceréis que

están cabales, ó bien, si quereis, vamos á contarlos. » Pero, habiéndole contestado sus camaradas que se fiaban de su honradez, abrió un talego y sacó diez dracmas, sacando igual cantidad cada uno de los demás.

« En seguida volvió á poner mi hermano los talegos en su lugar, y luego le dijo uno de los ciegos que no tenia necesidad de gastar aquel dia cosa alguna para cenar, porque él tenia provisiones suficientes para los tres, merced á la caridad de la jente de bien. Con esto sacó de su zurron pan, queso y algunas frutas, lo puso todo encima de una mesa, y principiaron á comer. El ladron estaba á la derecha de mi hermano, é iba escojiendo lo mejor y comiendo con ellos; pero por mas que procuraba no hacer ruido, sintióle Bakbac como mascaba, y voceó al punto : « ¡ Estamos perdidos ! ¡ entre nosotros hay un estraño! » Y diciendo esto, alargó la mano, asió del brazo al ladron, y echósele encima gritando ¡ al ladron! y dándole fuertes puñetazos; los demás ciegos aumentaron la vocería apaleando al ladron, quien por su parte se defendió lo mejor que pudo; como era robusto y tenia la ventaja de ver á donde asestaba sus golpes, dábalos muy tremendos, ora al uno, ora al otro, cuando le dejaban libre para hacerlo, y gritaba tambien ¡ladrones! aun mas recio que sus contrarios. Al oir aquel estruendo, acudieron pronto los vecinos, echaron la puerta abajo y costóles sumo trabajo despartir á los combatientes, hasta que habiéndolo por fin conseguido, preguntáronles la causa de aquella riña. « Señores, » dijo mi hermano sin desasirse del ladron, « este hombre que aquí tengo es un ladron que se ha introducido en mi casa para robarnos el poco dinero que tenemos. » El ladron, en cuanto vió llegar á los vecinos, habia cerrado los ojos, y finjiéndose ciego tambien, dijo : « Señores, este es un embustero; os juro, por el nombre de Dios y la vida del califa, que yo estoy asociado con ellos, y se niegan á darme la parte que me toca; los tres se han declarado contra mí, y pido se me haga justicia. » Los vecinos no quisieron entender de su contienda y los llevaron á todos ante el juez de policía.

« Puestos ante el majistrado, el ladron, sin aguardar á que le preguntasen, y haciéndose siempre el ciego, dijo : « Señor, puesto que teneis á vuestro cargo la administracion de justicia por parte del califa, cuyo poder haga Dios prosperar, os declararé que mis tres compañeros y yo somos igualmente criminales; pero como estamos comprometidos mediante juramento á no declarar sino á fuerza de palos, caso que querais saber nuestro crímen, no teneis mas que mandarnos apalear, empezando por mí. » Mi hermano queria hablar, pero le impusieron silencio, y sujetaron al palo al ladron. »

Al decir esto, observando Cheherazada que ya era de dia, interrumpió su narracion, y á la noche siguiente la prosiguió de este modo :

NOCHE CLI.

« Puesto al palo el ladron, » dijo el barbero, « tuvo bastante constancia para sufrir veinte ó treinta golpes, hasta que aparentando que le vencia el dolor, abrió primero un ojo, y despues el otro, clamando misericordia y rogando al juez de policía que mandase parar los palos. Quedó el juez admirado de ver que el ladron le miraba con los ojos abiertos, y le dijo : « ¡ Ah ! pícaro, ¿qué viene á ser ese milagro? — Señor, » dijo el ladron, « voy á descubriros un secreto importante, si prometeis perdonarme y me dais la sortija que teneis en el dedo y os sirve de sello; estoy pronto á poneros en claro todo el misterio. »

« El juez mandó suspender el apaleamiento, entrególe la sortija y le ofreció perdonarle. « Fiado en vuestra promesa, » repuso el ladron, « os declaro, señor, que mis camaradas y yo vemos muy claro todos cuatro, y nos finjimos ciejos para entrar libremente en las casas y penetrar hasta los aposentos de las mujeres, donde abusamos de su flaqueza ; confieso además que con este ardid tenemos ganadas diez mil dracmas en sociedad, y que habiendo en este dia

pedido á mis cofrades las dos mil y quinientas que me corresponden por mi parte, me las han negado, porque les he manifestado que yo queria retirarme, y ellos, por temor de que yo los delatase, se han arrojado sobre mí y me han maltratado del modo que pueden atestiguar las personas que á vuestra presencia nos han traido. Espero, señor, de vuestra justicia, que me haréis restituir las dos mil y quinientas dracmas que me pertenecen, y si quereis que mis camaradas confiesen ser verdad lo que yo digo, mandad que les sean aplicados tres veces tantos palos como yo he recibido, y veréis como abren los ojos lo mismo que yo. »

« Mi hermano y los otros dos ciegos trataron de sincerarse de tan horrenda impostura; pero el juez ni oirlos quiso, diciendo : « ¡ Malvados, así os atreveis á finjiros ciegos para engañar á la jente implorando su caridad y cometer tan perversas acciones ! — Es una impostura, » esclamó mi hermano. « Es falso que veamos ninguno de nosotros : á Dios tomamos por testigo.»

« En balde fué cuanto dijo mi hermano, pues tanto él como sus camaradas recibieron doscientos palos cada uno. El juez estaba esperando que abriesen los ojos, y atribuia á suma terquedad lo que era imposible que sucediese; y entretanto el ladron iba diciendo á los ciegos : « Desastrados, abrid los ojos, y no deis lugar á que os maten á palos. » Y en seguida, encarándose con el majistrado, le decia : « Señor, estoy viendo que llevarán al estremo su maldad y que por mas que se haga, no abrirán los ojos, pues sin duda no quieren pasar por la vergüenza de leer su condena en las miradas de los demás : lo mejor es perdonarles y hacer que venga alguno conmigo para tomar las diez mil dracmas que tienen escondidas. »

« El juez, harto crédulo, mandó acompañar por uno de sus dependientes al ladron, quien trajo los diez talegos; y contándole dos mil y quinientas dracmas, quedóse él con las demás, y compadeciéndose de mi hermano y sus compañeros, contentóse con desterrarlos. En cuanto supe yo lo que le habia sucedido á mi hermano, corrí en su busca, y habiéndome esplicado su desgracia, llevéle sijilosamente á la ciudad, donde me hubiera sido fácil sincerarle con el juez de policía y hacer castigar al ladron cual merecia; mas no me atreví á ello, por temor de que á mí tambien me sucediese algun fracaso.

« De este modo terminé la triste aventura del bueno de mi hermano ciego; la que no dió menos que reir al califa que las demás que habia oido contar. Volvió á mandar que me diesen alguna cosa; mas yo, sin esperar la ejecucion de su órden, di principio á la historia de mi cuarto hermano.

HISTORIA DEL CUARTO HERMANO DEL BARBERO.

« Alcuz era el nombre de mi cuarto hermano, el cual quedó tuerto de resultas de lo que tendré el honor de esplicar á vuestra majestad, y era cortador de profesion. Tenia habilidad particular para criar y enseñar á topetarse los moruecos, por cuyo medio se habia granjeado el conocimiento y la amistad de los principales señores, que tienen gusto en ver aquella suerte de peleas, á cuyo objeto crian moruecos en su casa. Tenia por otra parte muchos parroquianos, porque en su tienda habia siempre la mejor carne del mercado, pues como era muy rico, no perdonaba gasto para ajenciar el mejor ganado.

« Un dia que estaba en su tienda, presentóse un anciano con barba blanca muy larga, compró seis libras de carne, entrególe el dinero y se marchó. Notando mi hermano que aquel dinero era muy hermoso, muy blanco y muy bien acuñado, lo puso aparte en un cofre. Por espacio de cinco meses, ningun dia dejó aquel viejo de ir á tomar la misma cantidad de carne, pagándola con la misma moneda, y mi hermano continuó depositándola en el lugar separado.

« Al cabo de aquel tiempo, teniendo Alcuz que comprar una manada de carneros y queriendo pagarlos con aquellas lindas monedas, abrió el cofre, y quedó estraordinariamente asombrado viendo que, en lugar de ellas, no habia mas que hojas redondas. Principió á darse fuertes golpes á la cabeza, echando tales gritos que al instante atrajeron á los vecinos, quienes quedaron tan admirados como él al saber lo que pasaba. « ¡ Quisiera Dios, » esclamó llorando mi hermano, « que ese maldito viejo se presentara aquí en este momento con su traza hipocritona ! » No bien hubo dicho estas palabras, cuando lo vió venir á lo lejos, y corriendo hácia él arrebatadamente, echóle mano, y voceó cuanto pudo : « ¡ Favor, musulmanes, favor ! Oid la picardía que me ha hecho este mal hombre. » Al mismo tiempo contó al jentío que se habia agolpado lo mismo que ya habia esplicado á sus vecinos; y despues que hubo concluido, el viejo le dijo con mucha sorna : « Mas os valiera que me soltarais y me desagraviaseis con esta accion de la afrenta que me dais delante de tanta jente, evitándome así el disgusto de daros á vos otra mayor. — ¿ Qué teneis que decir de mí ? » le replicó mi hermano : « yo soy un hombre que ejerzo honradamente mi profesion, y

no os temo. — ¿Con que, vos quereis que lo publique?» repuso el anciano con el mismo tono; «pues bien: sabed todos,» añadió encarándose con el pueblo, «que en lugar de vender carne de carnero, vende carne humana. — «Sí, sí,» continuó entónces el viejo; «ahora mismo teneis un hombre degollado y colgado fuera de la tienda como un carnero; no hay mas que ir allá, y veráse como digo verdad.»

«Antes de abrir el cofre donde estaban las hojas, mi hermano habia muerto un carnero, y lo habia colgado como siempre fuera de la tienda; así que, protestaba ser falso cuanto decia el anciano; mas á pesar de sus protestas, el crédulo populacho se dejó preocupar contra un hombre á quien se imputaba un hecho tan atroz, y quiso averiguarlo al instante. Obligaron á mi hermano á soltar al viejo, apoderáronse de él, y corrieron furibundos hácia su tienda, donde hallaron efectivamente al hombre degollado y colgado tal como habia dicho el acusador; pues es preciso saber que este viejo era mago, y los habia alucinado á todos, lo mismo que habia hecho con mi hermano haciéndole tomar las hojas por dinero.

«Al ver aquello, uno de los que tenian asido á Alcuz, dándole un fuerte puñetazo, le dijo: «Ola, pícaro, ¿así te atreves á hacernos comer carne humana?» Y el viejo, que tampoco le habia dejado, le descargó otro con que le quitó un ojo. Tampoco anduvieron escasos en aporrearle cuantos le pudieron alcanzar; y no contentos con maltratarle, lleváronle ante el juez de policía, á quien presentaron el supuesto cadáver como cuerpo del delito. «Señor,» le dijo el mago, «este hombre que aquí os presentamos tiene la barbarie de matar á las personas y vender su carne en vez de la de carnero: el público espera con ansia que hagais con él un castigo ejemplar.» El juez oyó con paciencia la disculpa de mi hermano, mas parecióle tan inverosímil lo del dinero mudado en hojas, que le trató de impostor, y juzgando por lo que veia, mandóle descargar quinientos palos. En seguida le obligó á decir donde tenia el dinero, quitóselo todo, y le condenó á destierro perpetuo, despues de haberle espuesto á la vergüenza por todo el pueblo hasta tres dias repetidos, montado sobre un camello.»

Al llegar á este punto, dijo Cheherazada á Chahriar: «Gran señor, la luz del dia que ya descubro me impone silencio.» Calló, y á la noche siguiente continuó distrayendo al sultan de las Indias en estos términos:

NOCHE CLII.

He aquí como prosiguió el barbero la historia de Alcuz. «Cuando sucedió esta trájica aventura á mi cuarto hermano, yo me hallaba ausente de Bagdad. Retiróse á paraje recóndito; donde permaneció hasta que tuvo curada la magulladura de los palos que en el espinazo le habian descargado; y cuando se halló en estado de poder andar, marchóse de noche y por caminos desviados á una ciudad donde nadie le conocia, y allí en un cuarto que alquiló se estuvo sin salir casi nunca de dia. Cansado por fin de vivir siempre encerrado, fuése un dia á pasear por un arrabal, donde sintió repentinamente un gran estruendo de caballos que tras él venian. Hallábase casualmente cerca de la puerta de una casa grande; y como de resultas de lo que le habia pasado, todo le sobresaltaba, temió que aquellos soldados de á caballo no viniesen á prenderle, y así fué que abrió la puerta para esconderse; pero habiéndola vuelto á cerrar y metídose en un gran patio, saliéronle al encuentro dos criados que le agarraron por los cabezones diciéndole: «Gracias á Dios, que vos mismo venis á poneros en nuestras manos: valga por lo que nos habeis dado que hacer en tres noches seguidas que nos habeis tenido sin dormir, y merced á nuestra maña, si hemos podido librar nuestras vidas de la dañada intencion que traiais.»

«Juzgad cuán atónito quedaria mi hermano con aquella bienvenida. «Hombres de Dios,» les contestó, «ignoro lo que me estáis dicien-

do, y sin duda me equivocais con otro. — No, no, » repusieron, « ya sabemos que tanto vos como vuestros compinches sois ladrones de profesion; pues no contentos con haber robado á á nuestro amo todo lo que tenia y reducídole á la mendiguez, aun armais asechanzas contra su vida. Y si no, veamos si conservais la navaja que teniais anoche en la mano cuando nos perseguiais. » Diciendo esto, le rejistraron y halláronle encima una navaja. « ¡ Qué tal ! » le dijeron asiéndole mas fuertemente, « ¿ aun os atreveréis á negar que sois un ladron ? — ¿ Cómo es eso ? » replicó mi hermano, « ¿ no puede un hombre llevar navaja sin ser ladron ? Escuchad mi historia, » añadió, « y estoy seguro de que, en vez de tenerme en tan mal concepto, os compadeceréis de mis desgracias. » Muy ajenos los criados de escucharle, arrojáronse encima de él, le pisotearon, desnudáronle y rasgáronle la camisa; y viendo entónces las cicatrices que en las espaldas tenia, « ¡ Ah ! perro, » le dijeron sacudiéndole mas recio, « tratabas de hacernos creer que eras un hombre de bien, y tu espinazo nos dice ahora quien eres. — ¡ Infeliz de mi ! » esclamó mi hermano, « muy graves han de ser mis pecados para que, despues de haber sido maltratado tan injustamente, lo tenga que ser otra vez sin mas culpa que la primera. »

« En lugar de ablandarse los dos criados con sus lamentos, lleváronle al juez de policía, quien le dijo : « ¿ Cómo has tenido atrevimiento para entrar en su casa y perseguirlos con la navaja en la mano ? — Señor, » respondió el pobre Alcuz, « no hay hombre en el mundo mas inocente que yo, y estoy perdido, si vos no os dignais oirme con paciencia; creed que soy verdaderamente digno de compasion. — Señor, » dijo interrumpiéndole uno de los criados, « no deis oidos á un ladron que se introduce en las casas para robar y asesinar á la jente. Si dudais en creernos, no teneis mas que mirarle el espinazo. » Al decir esto, desnudó las espaldas de mi hermano y las enseñó al juez, el cual mandó, sin necesidad de mas averiguaciones, que acto continuo le diesen cien corbachadas, y que despues le paseasen por la ciudad sobre un camello, con un hombre que iba delante gritando : « Mirad cómo son castigados los que se introducen furtivamente en las casas. »

« Concluido este paseo, echáronle fuera de la ciudad, con prohibicion de volver á poner los piés en ella; y habiéndome dicho donde se hallaba unas personas que despues de esta desgracia le encontraron, fuí á verle y acompañéle secretamente á Bagdad, donde le socorrí del mejor modo que me permitian mis cortas facultades.

« El califa Mostanser Billah, » prosiguió el barbero, « ya se rió menos de esta historia que de las pasadas, y tuvo la bondad de compadecerse del malhadado Alcuz. Quiso otra vez que me diesen alguna cosa para que me marchara; pero sin dar tiempo á que se llevara á efecto su órden, volví á tomar la palabra diciendo : « Mi soberano dueño y señor, ya veis que soy corto en el hablar; y puesto que vuestra majestad me ha hecho la gracia de oirme hasta aquí, suplícole tenga la dignacion de escuchar tambien las aventuras de mis otros dos hermanos, que no dudo le divertirán tanto como las anteriores. Vuestra majestad podrá redondear con ellas toda una historia, que no creo desdiga de las demás de su librería. Así tendré el honor de deciros que mi quinto hermano se llamaba Alnaschar...» « Pero advierto que ya amanece, » dijo en este punto Cheherazada; calló, y á la noche siguiente continuó su discurso de este modo :



NOCHE CLIII.

« Señor, el barbero siguió hablando en estos términos :

HISTORIA DEL QUINTO HERMANO DEL BARBERO.

« En tanto que vivió nuestro padre, Alnaschar fué muy perezoso; pues en vez de trabajar para ganarse el sustento, no se avergonzaba de irlo á mendigar por las noches, y al dia siguiente se mantenia con lo que habia recojido. Murió nuestro padre de vejez, dejándonos por toda herencia setecientas dracmas de plata, las que nos repartimos con igualdad, de modo que nos cupieron ciento por parte. Alnaschar, que jamás se habia visto con tanto dinero junto, hallóse muy apurado en darle empleo, y estuvo mucho tiempo cavilando sobre el particular, hasta que por fin resolvió invertirlo en vasos, botellas y otros enseres de vidriería, que fué á comprar en casa de un mercader por mayor. Colocó toda su mercancía en una canasta, y alquilando una linda tiendecita, sentóse allí con la canasta delante y de espaldas á la pared, esperando que viniesen los compradores. Hallándose en esta posicion, clava la vista sobre su canasta, empieza á discurrir, y en medio de sus cavilaciones prorumpe en las siguientes palabras con voz bastante alta para que las oyese un sastre que tenia por vecino : « Esta canasta, » dijo, « me cuesta cien dracmas, y hé aquí todo lo que poseo en el mundo. Vendiéndolo al por menor, fácilmente haré doscientas dracmas, y volviendo á emplear estas doscientas dracmas en vidriería, juntaré cuatrocientas. Continuando de este modo, reuniré con el tiempo cuatro mil dracmas; de cuatro mil, fácilmente llegaré á ocho mil; y cuando llegue á tener diez mil, dejaré la vidriería y me haré joyero. Negociaré en diamantes, perlas y toda clase de pedrerías; y como atesoraré cuantas riquezas pueda apetecer, compraré una hermosa casa, muchas heredades, esclavos, eunucos, caballos... tendré rica y abundante mesa y haré mucho estruendo en el mundo. Llamaré á mi casa á todos los músicos de la ciudad, bailarines y bailarinas. No pararé aun aquí, pues si Dios es servido, juntaré hasta cien mil dracmas; y cuando sea rico de cien mil dracmas, me tendré en tanto como un príncipe, y pediré por esposa á la hija del gran visir, mandando decir á este ministro que habré oido contar maravillas de la hermosura, discrecion, talento y demás altas prendas de su hija, y finalmente que le daré mil monedas de oro para la primera noche de mi desposorio. Si el visir fuese tan descortés que me negase su hija, lo que es imposible que suceda, iré á robarla á sus propias barbas y la llevaré á mi casa contra su voluntad.

« En cuanto esté casado con la hija del gran visir, le compraré diez eunucos negros, los mas jóvenes y mas gallardos que se encuentren. Vestiré á lo príncipe; y montado en un hermoso caballo, con una silla de oro fino y una mantilla de tisú realzada de perlas y diamantes, me pasearé por la ciudad, acompañado de esclavos que irán delante y detrás de mí, y me presentaré al palacio del visir á la vista de los grandes y pequeños, que me tributarán rendidos acatamientos. Me apearé en casa del visir junto á la misma escalera, subiré descollando entre mis criados, que en dos filas á derecha é izquierda irán en procesion, y el gran visir me recibirá como á su yerno, cediéndome su asiento y colocándose inferior á mí para darme mas realce. Si esto acontece, como no dudo, dos de mi servidumbre llevarán una bolsa de mil monedas de oro cada uno, y tomaré una, diciendo al presentársela : Aquí están mil monedas de oro que prometí para la primera noche de nuestro desposorio; luego le ofreceré la otra, diciendo : Tomad, ahí teneis otras tantas para evidenciaros que sé cumplir mi palabra y que doy mas de lo que ofrezco. — Con tamaño arranque no se hablará por donde quiera sino de mi jenerosidad.

« Regresaré á mi casa con el mismísimo boato. Mi esposa me mandará algun oficial para cumplimentarme sobre la visita que habré hecho

al visir su padre, y yo regalaré al oficial un precioso vestido, y le despediré con un rico presente. Si ella trata de enviarme otro, no lo aceptaré, y despediré al portador. No permitiré que salga de su aposento bajo ningun pretesto, por mas preciso que aparezca, sin mi previo conocimiento, y cuando yo tenga á bien visitarla, lo haré de modo que le infunda respeto á mi persona. En una palabra, no habrá casa mas entonada que la mia. Yo siempre estaré ricamente vestido. Cuando por la noche me retire con ella, me sentaré en el puesto de honor, y aparentaré ínfulas de gravedad, sin volver la cabeza á derecha ni á izquierda; hablaré muy poco, y mientras mi mujer, que será hermosa como la luna llena, permanezca en pié delante de mí con todos sus atavíos, yo haré como si no la viese; y sus damas, que estarán en torno de ella, me dirán: « Nuestro querido amo y señor, mirad á vuestra esposa, á vuestra humilde servidora que delante de vos está esperando que la acaricieis; mirad cuán apesadumbrada está porque ni tan solo os dignais mirarla. Ya se halla cansada de permanecer tanto tiempo en pié; decidle á lo menos que se siente. » Yo no contestaré la menor palabra á esta arenga, á fin de aumentar su estrañeza y su quebranto; ellas se arrojarán á mis piés, y cuando hayan pasado largo rato en aquel ademan, suplicándome que me deje ablandar, levantaré finalmente la cabeza y les echaré una mirada distraida, y volveré á la idéntica postura. Juzgando ellas que mi mujer no estará bastante bien vestida y aderezada, la acompañarán á su retrete para mudarla, y entretanto yo tambien me levantaré y me pondré un vestido aun mas magnífico que el anterior. Volverán ellas otra vez á la carga; me hablarán en los mismos términos, y yo me complaceré en no mirar á mi mujer hasta tanto que me hayan rogado y suplicado con las mismas instancias y tanto rato como la vez primera. Así, ya principiaré desde el primer dia del matrimonio á enseñarle el modo con que pienso tratarla todo el tiempo de su vida. »

Viendo aparecer el dia, calló la sultana Cheherazada, y á la noche siguiente volvió á tomar el hilo de su historia, diciendo al sultan de las Indias lo siguiente:

NOCHE CLIV.

Señor, he aquí como prosiguió el barbero hablador la historia de su quinto hermano: « Pasadas las ceremonias nupciales, » continuó Alnaschar, « tomaré de la mano de uno de mis criados, que estará á mi lado, una bolsa de quinientas monedas de oro y la daré á las doncellas para que me dejen solo con mi esposa. Cuando se hayan retirado, mi mujer se acostará primero, y en seguida me acostaré yo, dándole la espalda, y así pasaré toda la noche sin decirle una sola palabra. Al dia siguiente no dejará ella de quejarse á su madre, la mujer del gran visir, del poco aprecio que le manifiesto y de mi orgullo; y entónces mi corazon rebosará de placer. Vendrá su madre en busca mia, me besará las manos con respeto y me dirá: « Señor (pues no se atreverá á nombrarme su yerno, por temor de ofenderme hablándome con demasiada familiaridad), ruégoos encarecidamente no os desdeñeis de mirar á mi hija y acercaros á ella; os aseguro que ella no trata sino de agradaros y os ama con toda su alma. » Pero por mas que hable mi suegra, yo no le contestaré palabra, y me mantendré cabal en mi gravedad. Entónces ella se arrojará á mis piés, me los besará repetidas veces y me dirá: « Señor, ¿podriais poner en duda el recato de mi hija? júroos que la he tenido siempre á mi lado, y que sois el primer hombre que le ha visto la cara; cesad de tenerla tan apesadumbrada; concededle la gracia de mirarla, de hablarle y de fortalecerla en la buena voluntad que tiene de satisfaceros en todo y por todo. » Nada de esto me inmutará; y al verlo mi suegra, tomará un vaso de vino, y poniéndolo en la mano de su hija, le dirá: « Preséntale tú misma este vaso de vino; no cabe que tenga la crueldad de rehusarlo de una mano tan bella. » Mi mujer se

llegará con el vaso, y permanecerá de pié y temblorosa delante de mí; y cuando vea que yo no me vuelvo á mirarla y me aferro en mi desaire, me dirá bañados en lágrimas los ojos: « Corazon mio, alma mia, amable señor mio, os ruego, por los favores que el cielo os dispensa, que me hagais la merced de recibir este vaso de vino de la mano de esta mas humilde servidora vuestra. » Yo no obstante tendré buen cuidado de no mirarla todavía ni responderle. « Querido esposo mio, » continuará ella, bañada mas y mas en su llanto, y acercándome el vaso á la boca, « no pararé hasta que haya conseguido que bebais. » Cansado ya de sus ruegos, le lanzaré una mirada terrible y le daré un buen bofeton á la cara, repeliéndola con el pié tan fuertemente, que irá á caer á la otra parte del sofá. »

« Tan absorto estaba mi hermano en estas quiméricas ilusiones, que representó al vivo la escena con el pié, y quiso su mala suerte que diera tan recio con su canasta llena de vidrio, que de lo alto de su tienda la echó á la calle, quedando por consiguiente toda su mercancía hecha mil pedazos.

« El sastre su vecino, que habia oido aquel estravagante soliloquio, dió una gran risotada cuando vió caer la canasta. « ¡ Oh ! ¡ qué malvado eres ! » le dijo á mi hermano. « ¿ No debieras morirte de vergüenza en ajar á una novia que ningun motivo de queja te ha dado ? ¡ Muy brutal debes de ser que desoigas el llanto y los halagos de una señorita tan preciosa ! Si yo me hallara en lugar del gran visir tu suegro, te mandaria dar cien corbachadas, y te haria pasear por la ciudad con las alabanzas que mereces. »

« Con este fracaso, volvió en sí mi hermano; y viendo que su orgullo insufrible era causa de que le hubiese sucedido, golpeóse la cara, rasgóse los vestidos y se puso á llorar dando alaridos, á los que pronto acudieron los vecinos y se detuvieron los transeuntes que iban á la oracion del mediodía, los cuales pasaban en mayor número que los demás dias, porque casualmente era viérnes. Los unos se compadecieron de Alnàschar, y los otros no hicieron mas que reirse de su estravagancia; pero lo cierto es que la vanidad que se le habia subido á la cabeza se habia disipado con su hacienda, y él seguia llorando amargamente su mala suerte, cuando vino á pasar por allí una señora de suposicion,



montada en una mula ricamente enjaezada. Movióla á compasion el estado de mi hermano, y preguntando quién era y porqué lloraba, le dijeron únicamente que era un infeliz que habia empleado el poco caudal que tenia en la compra de una canasta de vidrio, y que esta se le habia caido rompiéndosele toda la vidriería. Al punto se volvió la señora hácia un eunuco que la acompañaba, y le dijo: « Dadle lo que lleveis encima. » Obedeció el eunuco, poniendo en manos de mi hermano un bolsillo con quinientas monedas de oro; y fué tal el gozo que recibió mi hermano con aquel dinero, que dió mil bendiciones á la señora, y cerrando la tienda, donde ya no era necesaria su presencia, marchóse á su casa.

« Estaba haciendo mil reflexiones sobre la gran ventura que acababa de tener, cuando oyó llamar á la puerta; antes de abrir preguntó quién era, y conociendo por la voz que era una mujer, abrió, y ella le dijo: « Hijo mio, vengo á pediros un favor; es la hora de la oracion, y quisiera lavarme; para poderla hacer permitidme que entre en vuestra casa á tomar un jarro de agua. » Miró mi hermano á aquella mujer, y aunque no la conoció, viendo que ya era de edád avanzada, otorgóle lo que pedia, dándole un jarro lleno de agua. Volvió en seguida á sentarse, y pensando siempre en su última aventura, puso el dinero en un cinto largo y estrecho. Entretanto hizo la vieja su oracion, y despues vino á ver á mi hermano, postróse dos veces dando con la frente en el suelo, cual si hubiese querido rogar á Dios, y levantándose en seguida, dijo á mi hermano que le deseaba mil felicidades. »

La luz de la aurora que empezaba á despuntar obligó á Cheherazada á suspender su narracion, que á la noche siguiente prosiguió de este modo, siempre hablando como en boca del barbero:

NOCHE CLV.

« Ya dijimos que la vieja deseaba mil felicidades á mi hermano, en agradecimiento á su urbanidad; pero como iba vestida muy pobremente, y se humillaba de aquel modo delante de él, juzgó que le pedia limosna, y él le presentó dos monedas de oro. Retrocedió la vieja con estrañeza y como ofendida, diciendo: « ¡ Gran Dios ! ¿ qué significa eso? ¿ acaso me teneis por una de esas pordioseras que hacen profesion de introducirse descaradamente en las casas para pedir limosna? guardad el dinero, que, á Dios gracias, no me hace falta; yo pertenezco á una señora jóven de esta ciudad, que es muy hermosa y al propio tiempo muy rica, y no permite que yo carezca de cosa alguna. »

« No echó de ver mi hermano el ardid de la vieja, que si bien habia rehusado las dos monedas de oro, era tan solo con el fin de lograr mas; y preguntóle si podia proporcionarle el logro de ver á aquella señora. « Con mucho gusto, » le contestó ella; « tendrá una satisfaccion en casarse con vos, y os hará donacion de todos sus bienes, juntamente con su persona. Tomad vuestro dinero, y seguidme. » Deslumbrado ya con el hallazgo de una gran cantidad de dinero, y casi al mismo tiempo de una mujer rica y hermosa, no se detuvo en mas consideraciones, y tomando las quinientas monedas de oro, dejóse guiar por la vieja.

« Fuése ella delante, y él la siguió de lejos hasta la puerta de una casa grande, donde se detuvo á llamar, llegando él allí al tiempo que una jóven esclava griega abria la puerta. La vieja le hizo entrar primero atravesando un patio muy bien enlosado, y le introdujo en un salon cuyos adornos le corroboraron en el buen concepto que habia formado de la señora de la casa. Mientras la anciana se fué para avisar á la señora, él tomó asiento, quitóse el turbante, porque tenia calor, y púsolo á su lado. A poco rato vió entrar á la señorita, cuya vista le asombró, no tanto por la riqueza de sus vestidos como por su hermosura. Levantóse al instante, y la señorita le rogó espresivamente que vol-

viese á sentarse, sentándose ella tambien á su lado. Manifestóle que estaba muy satisfecha de verle, y tras algunos otros agasajos, le dijo: « No estamos aquí con bastante comodidad, dadme la mano, y venid conmigo.» Dióle ella la suya, y condújole á un aposento retirado, donde estuvo conversando un rato con él, y luego le dejó diciendo: « Quedaos aquí; estoy con vos al instante. » Quedóse allí esperando, y á poco, en lugar de la dama, vió llegar un esclavo negro muy alto con un sable en la mano, y lanzando sobre mi hermano terribles miradas, « ¿Qué haces tú aquí? » le dijo con altivez. Quedó tan atónito Alnaschar á su vista, que ni siquiera tuvo aliento para responder. El esclavo le desnudó, quitóle el oro que llevaba, y descargóle algunos sablazos que le magullaron las carnes. Cayó por tierra el infeliz sin movimiento, aunque no habia perdido el uso de los sentidos; y creyendo el negro que habia muerto, pidió sal, y trájola en un grande azafate la esclava griega; frotaron con ella las heridas de mi hermano, quien tuvo bastante fortaleza de ánimo para resistir el intenso dolor que estaba padeciendo, sin dar la menor señal de vida. Habiéndose retirado el negro y la esclava griega, vino la anciana que le habia armado aquella asechanza, cojióle por los piés y arrastróle hasta un escotillon, por donde le dejó caer. Hallóse en un subterráneo con varios cuerpos de personas asesinadas, lo que echó de ver luego que volvió en sí, pues el golpe de la caida le habia hecho perder el sentido. La sal con que le frotaron las heridas le conservó la vida, y poco á poco fué recobrando el brio necesario para tenerse en pié, hasta que pasados dos dias, abrió de noche el escotillon, y observando que en el patio habia un sitio á propósito para esconderse, permaneció allí hasta el amanecer. Entónces vió comparecer á la maldida vieja, quien abrió la puerta de la calle y se marchó en busca de otra caza. A fin que ella no le viese, no salió de aquella ladronera hasta pasado un rato que ella hubo salido, y vino á refujiarse en mi casa, donde me contó todas las aventuras que en tan corto tiempo le habian sucedido.

« Al cabo de un mes ya estuvo enteramente curado de las heridas, mediante los remedios muy eficaces que yo le fuí aplicando. Habiendo resuelto vengarse de la vieja que con tanta crueldad le habia engañado, hizo al efecto una bolsa que pudiese contener quinientas monedas de oro, y en vez de monedas, la llenó de trozos de vidrio. »

Al concluir estas palabras, observó Cheherazada que ya habia amanecido, y suspendió su narracion hasta la noche siguiente.

NOCHE CLVI.

« Atóse mi hermano, » dijo el barbero, « el talego de vidrios á manera de ceñidor, disfrazóse de vieja, y se proveyó de un sable que ocultó debajo del vestido. Un dia por la mañana encontró á la vieja que se paseaba por la ciudad buscando á quien causar algun desman. Llegóse á ella, y remedando la voz de mujer, le dijo: « ¿Pudierais proporcionarme un pesillo, pues acabo de llegar de Persia, y he traido quinientas monedas en oro, y quisiera ver si están corrientes? — A nadie podiais encaminaros mejor que á mí, » le dijo la anciana: « venid conmigo á casa de mi hijo, que precisamente es cambista, y él mismo cuidará de pesároslas y os ahorrará ese trabajo; pero es preciso que vayamos pronto para que le hallemos en casa antes de ir á la tienda. » Siguióla mi hermano hasta la casa donde le habia introducido la vez primera, y abrió la puerta la esclava griega.

« La vieja acompañó á mi hermano á la sala, donde le dijo que esperase un poco, que iba á llamar á su hijo. Presentóse el supuesto hijo bajo la forma de un feísimo esclavo negro, y dijo á mi hermano: « Vieja maldita, levántate y sígueme. » Diciendo esto, anduvo adelante para conducirle al sitio donde queria asesinarle. Levantóse Alnaschar, siguióle, y sacando el sable que tenia debajo del vestido, tiróle una cuchi-

llada por detrás al pescuezo, con tal acierto que le derribó la cabeza. Al instante la cojió con una mano, y con la otra arrastró el cuerpo hasta el subterráneo, donde le arrojó. La esclava griega, que ya estaba acostumbrada á aquella operacion, no tardó en presentarse con el azafate lleno de sal; pero al ver á Alnaschar con el sable en la mano y sin el velo con que tenia cubierta la cara, dejó caer el azafate y echó á correr; mas mi hermano corrió mas que ellà, la cojió, y le hizo rodar la cabeza de un sablazo. Acudió tambien al ruido la vieja bribona, y antes que pudiese escapársele, agarróla diciendo: «¡Malvada! ¿me conoces?—¡Dios mio!» respondió temblando; «¿quién sois, señor? yo no hago memoria de haberos visto en mi vida.» — Y él le contestó: «Soy aquel en cuya casa entraste el otro dia para lavarte y hacer la hipócrita oracion; ¿te acuerdas?» Entónces ella se echó de rodillas para pedirle perdon; pero él la descuartizó.

«Ya no faltaba mas que la señora, la cual ignoraba lo que acababa de suceder en su casa. Buscóla, y hallóla en un aposento, donde estuvo á punto de desmayarse en cuanto le vió aparecer. Ella le rogó le perdonase la vida, y él tuvo la generosidad de concedérsela, diciéndole: «Señora, ¿cómo es posible que estéis con tan mala jente como estos de quienes acabo de tomar justa venganza?» — Y ella le contestó: «Yo era mujer de un mercader honrado; la maldita vieja, cuya maldad no conocia, venia á verme algunas veces, y un dia me dijo: «Señora, en mi casa estamos de boda, y os divertiréis mucho, si quereis honrarnos con vuestra presencia.» — Dejéme persuadir, tomé el mejor vestido que tenia, y, con un bolsillo de cien monedas de oro, seguíla, y me acompañó á esta casa, donde encontré al negro, que me detuvo por fuerza, y hace tres años que estoy aquí deshecha en amargo llanto. — Segun las fechorías de ese negro detestable,» repuso mi hermano, «preciso es que tenga recogidas inmensas riquezas. — Son tantas,» respondió ella, «que seréis rico para toda la vida, si conseguis llevároslas: seguidme y lo veréis.» Acompañó á Alnaschar á un aposento, donde efectivamente habia varios cofres llenos de oro, y él no podia volver en sí del pasmo que le causó el contemplarlos. «Id en busca de jente,» le dijo ella, «y volved pronto para llevároslo todo.» Mi hermano no dió lugar á que se lo dijera dos veces, y salió, no estando fuera mas que el tiempo necesario para reunir á diez hombres, con quienes volvió á la casa, y quedó admirado al hallar la puerta espedita; pero pasmóse mucho mas, cuando, al entrar en el cuarto donde estaban los cofres, vió que no quedaba ninguno. La señora, mas astuta y dilijente que él, los habia mandado quitar; pero á falta de los cofres, y no queriendo volverse con las manos vacías, mandó cargar todos los muebles que encontró en las salas y guardaropas, con lo cual habia mas que suficiente para indemnizarse de las quinientas monedas de oro que le habian robado; pero al salir de la casa, se olvidó de cerrar la puerta. Los vecinos, que habian conocido á mi hermano y visto entrar y salir á los alhameles, fueron corriendo á dar parte al juez de policía de aquella mudanza de muebles que les pareció sospechosa. Alnaschar pasó la noche con bastante sosiego; pero á la mañana siguiente, cuando iba á salir de su casa, encontró á la puerta veinte dependientes del juez de policía que le echaron mano diciéndole: «Seguidnos, que el señor juez quiere hablaros.» Rogóles mi hermano que no se diesen tanta prisa, y ofrecióles dinero para que le dejasen huir; pero en vez de escucharle, le ataron y se le llevaron á viva fuerza. Al pasar por una calle, dieron con un amigo de mi hermano, quien se detuvo para informarse como era que le llevaban preso, y tambien les propuso una buena suma para que le soltaran y dijeran al juez que no le habian hallado; pero nada pudo conseguir, y Alnaschar fué presentado al juez de policía.»

Cheherazada suspendió su narracion, porque notó que era ya de dia, y á la noche siguiente volvió á tomar el hilo, contando al sultan de las Indias lo siguiente:



NOCHE CLVII.

« Señor, » prosiguió el barbero, « cuando los celadores hubieron llevado á mi hermano ante el juez de policía, aquel majistrado le dijo: « Decid donde tomasteis los muebles que ayer mandasteis llevar á vuestra casa. — Señor, » respondió Alnaschar, « voy á deciros la pura verdad; pero antes permitidme que apele á vuestra clemencia, y os suplico me deis palabra de no castigarme. — Os la doy, » respondió el juez. Entónces le esplicó mi hermano sin rebozo cuanto le habia sucedido, y cuanto habia ejecutado desde el dia en que la anciana habia ido á rezar á su casa, hasta que echó menos á la dama en el cuarto donde la habia dejado despues de haber muerto al negro, la esclava griega y la vieja; y con respecto á lo que se habia llevado á su casa, suplicó al juez le dejase con una parte por lo menos para indemnizarse de las quinientas monedas de oro que le habian robado.

« El juez, sin prometer cosa alguna á mi hermano, mandó algunos dependientes á su casa para recojer todo lo que en ella habia; y cuando le hubieron noticiado que ya no quedaba nada, y que todo estaba depositado en su guardamuebles, mandó á mi hermano que saliese inmediatamente de la ciudad y que no volviese mas á ella en toda su vida, porque temia que no fuese á quejarse de su injusticia al califa. Salió Alnaschar de la ciudad sin quejarse, y fué á refujiarse á otra. En el camino tropezó con unos salteadores que le quitaron cuanto llevaba, dejándole en cueros vivos como el dia en que nació. No bien supe yo esta ocurrencia tan lastimosa, tomé un vestido y fuí en su busca; y despues de haberle consolado lo mejor que pude, llevéle conmigo y le introduje reservadamente en la ciudad, donde le cuidé con el mismo esmero que á los demás hermanos.

HISTORIA DEL SEXTO HERMANO DEL BARBERO.

« Ya no me queda para contar sino la historia de mi sexto hermano, llamado Schacabac, el de los labios hendidos. Primero tuvo maña para hacer producir muy bien las cien dracmas de plata que le tocaron en dote, lo mismo que á los demás hermanos, de modo que llegó á verse bastante acomodado; pero de resultas de un fracaso quedó reducido á la necesidad de pedir limosna para subsistir, y desempeñábalo con maestría, pues tenia particular habilidad en proporcionarse entrada en las casas grandes por medio de los oficiales y criados, á fin de llegar á hablar con los amos y escitar su compasion.

« Pasaba un dia delante de un magnífico palacio, por cuya elevada puerta se veia un espacioso patio donde habia una multitud de lacayos, y llegándose á uno de ellos, preguntóle de quien era aquel palacio. « ¿ De dónde sois, buen hombre, que me venis haciendo semejante pregunta? ¿ No os da á conocer todo lo que veis que este alcázar es de un Barmecida? (1) » Mi hermano, que estaba ya enterado de la jenerosidad y liberalidad de los Barmecidas, se fué encarando con los varios porteros que habia, y pidióles una limosna; pero ellos le contestaron: « Pasad adelante, pues nadie os estorba la entrada, y vos mismo ved al señor de la casa, que no os volveréis descontento. »

« No esperaba mi hermano tanta cortesanía, y dando gracias á los porteros, entró con su permiso en el palacio, que por ser tan grandioso, tardó mucho tiempo en llegar al aposento del Barmecida. Penetró finalmente hasta un grande edificio cuadrado de hermosísima arquitectura, y entró por un atrio, tras el cual descubrió un jardin muy delicioso con caminos de morrillo de varios matices que alegraban la vista. Casi todos los aposentos inferiores que en torno reinaban eran descubiertos, y se cerraban con grandes cortinas que ocultaban los rayos del sol, y se abrian para tomar el fresco cuando habia tramontado.

« Un sitio tan deleitoso hubiera causado admiracion á mi hermano, á no tener el ánimo tan

(1) Los Barmecidas, como ya se ha dicho, eran de una familia noble de Persia establecida en Bagdad.

aquejado. Entró por fin en un salon ricamente adornado y pintado de follajes de oro y azul, donde descubrió á un hombre venerable con una larga barba blanca, que estaba sentado en el sitio de honor de un sofá, por lo que juzgó que era el señor de la casa. Efectivamente, era el mismo Barmecida, que le recibió con el mayor afecto, preguntándole qué se le ofrecia. « Señor, » le respondió mi hermano en acento lastimero, « soy un infeliz que necesito la asistencia de las personas poderosas y liberales como vos. A nadie mejor podia haberme encaminado que á un señor dotado de mil prendas relevantes. »

« Manifestóse admirado el Barmecida de la respuesta de mi hermano, y llevando sus dos manos al pecho, como para rasgarse el vestido en señal de quebranto, « ¿ Es posible, » esclamó, « que estando yo en Bagdad, un hombre de vuestras circunstancias se halle en tal necesidad ? Esto no puedo yo consentirlo. » Persuadido mi hermano con aquellas demostraciones de que iba á darle una prueba nada equívoca de su liberalidad, dióle mil bendiciones y díjole que le deseaba toda suerte de prosperidades. « No quiero que se diga que yo os he desamparado, » repuso el Barmecida, « ni consiento en que vos me abandoneis á mí.— Júroos, señor, » replicó mi hermano, « que no he comido cosa alguna en todo el dia. —¿ Es cierto, » dijo el Barmecida, « que á la hora que es estéis en ayunas ? ¡ Pobre hombre ! ¡ está muriéndose de hambre ! Ola , muchacho, » añadió esforzando la voz, « traigan al punto el agua y la palangana para lavarnos las manos. » Y sin embargo de que no compareció criado alguno ni vió mi hermano palangana ni agua, no por esto dejó el Barmecida de restregarse las manos lo mismo que si alguien le hubiese estado echando agua, y mientras aquello hacia, iba diciendo á mi hermano : « Vaya, llegaos y lavaos las manos conmigo. » Juzgó mi hermano con aquello que el señor Barmecida era amigo de chanzas, y como él tambien era de condicion jovial y sabia por otra parte que los pobres deben ser avenibles con los ricos para sacar de ellos buen partido, llegóse á él é hizo lo que él estaba haciendo.

« Vamos, » dijo el Barmecida, « traigan la comida pronto, que no tengamos que esperar » Despues de haber dicho estas palabras, aunque no habian traido cosa alguna, hizo como si hubiese tomado algo en un plato, y empezó á llevarlo á la boca y á mascar aire, diciendo á mi hermano: «Comed, buen huesped, comed lo mismo que si estuviereis en vuestra casa. Comed, pues para estar hambriento, paréceme, amigo, que andais con hartos cumplimientos. — Nada de eso, señor, » le contestó Schacabac, remedando lo mejor que podia sus muecas ; « ya veis que no pierdo el tiempo y que desempeño perfectamente mi papel. — ¿ Qué tal os parece este pan ? » añadió el Barmecida ; « ¿ no es verdad que es escelente ? — Ciertamente, señor, » respondió mi hermano, sin ver mas pan que otro manjar alguno, « jamás lo habia comido tan blanco y esquisito. — Siendo así, « repuso el Barmecida, « rellenaos bien de él, que os juro que la panadera que tan buen pan amasa me costó quinientas monedas de oro. »

Queria continuar Cheherazada, pero el dia la interrumpió al decir estas palabras, y á la noche siguiente prosiguió de este modo :

NOCHE CLVIII.

« Despues de haber hablado el Barmecida de su esclava panadera, y hecho mil alabanzas de su pan, qne mi hermano tan solo estaba comiendo idealmente, gritó : « Muchacho, tráenos otro plato ; » y aunque ningun muchacho se vió, siguió diciendo á mi hermano : Vaya, buen huésped, probad de este guisado y decidme si habeis comido jamás carnero hecho con trigo mondado, que con este pueda compararse. — Riquísimo está, » respondió mi hermano, « y como á tal le estoy tratando cual merece. — ¡ Que me place ! » dijo el señor Barmecida, « es tal la satisfaccion que tengo de veros comer de tan buena gana, que os ruego no dejeis nada de este

plato, ya que tanto os gusta. » A poco rato, pidió un ganso con salsa agridulce, hecha con vinagre, miel, pasas, garbanzos é higos secos, cuyo guisado fué servido como lo habia sido el de carnero. « ¡ Ah ! ¡ que gordo está el ganso ! » dijo el Barmecida, » tomad una pierna y una pechuga ; pero haced de modo que os quede apetito para los muchos cubiertos que aun faltan. » Pidió en efecto otros muchos platos diferentes : y mi hermano, al propio tiempo que se estaba muriendo de hambre, hizo ademan de comer de todo ; ponderó muy particularmente un cordero relleno de alfónsigos que mandó servir, y lo fué del mismo modo que los platos anteriores. « ¡ Oh ! lo que es este manjar, » dijo el señor Barmecida, « no se come mas que en mi casa, y me daréis gusto si os saciais bien de él. « Diciendo esto, hizo como si tuviese un pedazo en la mano, y llegándolo á la boca de mi hermano, añadió : « Tomad, comed este bocado, y me diréis si tengo razon en alabar ese plato. » Alargó mi hermano la cabeza, abrió la boca, y aparentó que tomaba, mascaba y engullia el bocado con sumo placer. « Bien sabia yo, » repuso el Barmecida, « que os habia de gustar. — Jamás comí cosa mas delicada, » contestó mi hermano, « y es preciso confesar que es espléndida vuestra mesa. — Traigan ahora el sainete, » gritó el Barmecida ; « no dudo que ha de contentaros tanto como el cordero. ¿ Qué tal, qué os parece ? — Deliciosísimo, » respondió Schacabac ; « sabe al ámbar, al clavo especia, á la nuez moscada, al jenjibre, al pimiento y á las yerbas mas olorosas, cuyos aromas están proporcionados de modo que el uno no embota al otro, y todos se perciben á un mismo tiempo ; ¡ oh ! ¡ qué placer ! — Veamos pues si honrais cual se merece este sainete, » replicó el Barmecida ; « comed, comed os ruego. — Ea, muchacho, » añadió esforzando la voz , « tráigannos otro sainete. — No mas, por Dios, » interpuso mi hermano ; júroos, señor, que me es imposible pasar nada mas : estoy que reviento.

— « Levanten pues todo esto, dijo el Barmecida, « y traigan las frutas. » Estuvo un rato esperando, como para dar lugar á que los criados sirviesen, y luego añadió : Probad estas almendras, que son buenas y frescas. « Ambos hicieron ademan de mondar las almendras y comerlas, y rogando en seguida el Barmecida á mi hermano que tomase otra friolera, le dijo : « Ahí teneis frutas de todas clases, empanadas, confituras secas, compotas : tomad lo que mas os agrade ; » y luego alargando la mano como si hubiese presentado alguna cosa, « tomad, » añadió, esta pastilla, que es escelente para facilitar la digestion. » Schacabac aparentó tomarla, diciendo : « Señor, tambien tiene almizcle. — Estas pastillas se hacen en mi casa, » respondió el Barmecida, « y tanto en esto como en todo lo que en ella se hace, nada se escatima. » Aun volvió á instar á mi hermano para que comiese, diciéndole : Para un hombre que estaba sin desayunarse cuando entró en esta casa , paréceme, amigo, que habeis comido muy poco. — Juro á vuestra señoría, » respondió mi hermano, á quien le dolian las quijadas á fuerza de mascar al aire, « que me hallo tan lleno que no sabria donde meter un solo bocado mas. — Ahora, huesped mio, » repuso el Barmecida, « preciso es que bebamos, puesto que tan bien hemos comido (1). ¿ Supongo que beberéis vino ? — Su señoría me dispensará de beber vino, » dijo mi hermano, « porque es cosa que me está vedada. — Escrupuloso sois en demasía , » replicó el Barmecida : « imitadme á mí. — Para complaceros lo beberé, » dijo Schacabac, « pues que os empeñais en que nada falte á vuestro banquete; pero como yo no tengo costumbre de beber vino, temo faltar á la urbanidad y tal vez al respeto que se os debe, por lo que os suplico otra vez me dispenseis de beber vino, pues yo me contentaré con un trago de agua. — No, no, » dijo el Barmecida, « vos habeis de beber vino.» Mandó al mismo tiempo que trajeran vino, mas este no fué mas real que los guisados y las frutas ; aparentó echarse de beber y beber primero, y luego haciendo como si sirviese á mi hermano y le presentase él vaso, dijo: « Bebed á mi salud, y á ver si me decis que tal os parece este vino. » Mostró mi hermano tomar el vaso, miróle de cerca como para ver si el vino tenia buen color, llevólo á las narices para juzgar si olia bien , y haciendo en seguida un rendido acatamiento al Barmecida para demostrarle que se tomaba la libertad de beber á su salud, hizo al fin ademan de beber con toda la apariencia de un hombre que está bebiendo regaladamente. « Señor, » dijo, « hallo escelente este vino, pero á mi entender, no es bastante fuerte. — Si lo deseais de mas fuerza, » respondió el Barmecida, « no teneis mas que pedir, pues en mi bodega lo hay de muchas calidades ; á ver si este os gustará.» Con esto hizo ademan de echar de otro vino, primero para sí y luego para mi hermano, y repitió tantas veces la misma operacion, que finjiendo Schacabac habérsele calentado la cabeza con la bebida, principio á hacer el borracho, y levantando la mano, dió al Barmecida un golpe tan recio en

(1) Los Orientales, y en particular los Mahometanos, no beben hasta el fin de la comida.

la cabeza que le echó por tierra ; iba á descargarle mas golpes, pero presentándole el Barmecida el brazo para evitarlo, le dijo : «¿ Estáis loco ? » A lo que se contuvo mi hermano, diciéndole : « Señor, os habeis dignado recibir en vuestra casa á este esclavo vuestro y darle un espléndido banquete, y en vez de limitaros como debiais á darle de que comer, le habeis hecho beber vino, sin embargo de que os dijo que seria fácil os faltase al respeto debido ; lo que siento en el alma , y os pido por ello perdon. »

« No bien hubo concluido estas palabras, cuando, en lugar de encolerizarse el Barmecida, soltó la risa á carcajada suelta, diciendo : « Mucho tiempo habia que estaba buscando un hombre de vuestro jenio... » « Pero, gran señor, » dijo Cheherazada al sultan de las Indias, « yo no echaba de ver que ya ha amanecido. » Levantóse al punto Chahriar, y á la noche siguiente la sultana prosiguió su relacion en estos términos :

NOCHE CLIX.

Señor, he aquí cómo prosiguió el barbero la historia de su sexto hermano : « El Barmecida hizo á Schacabac toda clase de obsequios, y le dijo : « No tan solo os perdono el golpe que me habeis dado, sino que deseo que en lo sucesivo seamos amigos y no tengais mas casa que la mia ; puesto que os habeis acomodado tan bien á mi jenio y tenido paciencia para aguantar la broma hasta el fin, ahora vamos realmente á comer. » Al concluir estas palabras, dió algunas palmadas, y mandó á varios criados que fueron acudiendo que pusiesen la mesa , en lo que fué prontamente obodecido, y mi hermano pudo entónces paladear todos los manjares que solo idealmente habia probado. Despues de la comida, sirvieron vino, y al propio tiempo se presentaron muchas esclavas hermosas y ricamente vestidas, las cuales entonaron varias canciones agradables acompañadas con armoniosos instrumentos. En suma, nada faltó para que Schacabac quedase mas que satisfecho de la dignacion y agasajo del Barmecida, que estando prendado de él , tratóle con familiaridad y le mandó dar un vestido de su guardaropa.

« Comprendió el Barmecida que mi hermano tenia tanto desempeño y discrecion para todos los quehaceres, que á los pocos dias ya le confió el cuidado de toda su casa y hacienda, cuyo empleo estuvo sirviendo á las mil maravillas por espacio de veinte años ; murió al cabo de este tiempo el jeneroso Barmecida, acabado por la vejez, y como no dejara heredero alguno, todos sus bienes fueron confiscados á favor del príncipe, y con ellos todos los que habia allegado mi hermano ; de suerte que viéndose este reducido á su primitivo estado, juntóse con una caravana de peregrinos de la Meca, con intento de hacer aquella romería socorrido por sus limosnas, pero por sus desventuras se vió atacada la caravana y robada por un número de Beduinos mayor que el de los peregrinantes. Mi hermano quedó esclavo de un Beduino que le apaleó durante muchos dias para precisarle á ajenciarse el rescate, aunque le protestó que era por demás que le maltratase, diciéndole : « Soy vuestro esclavo, y podeis hacer de mí lo que os plazca ; pero tened por cierto que estoy sumido en la desdicha, y que carezco de medios para rescatarme. » Por mas que dijo mi hermano manifestándole su pobreza y procurando ablandarle con sus lágrimas, nada pudo conseguir del Beduino, antes viendo este frustrada la esperanza que habia concebido de sacar de él una buena cantidad, enfurecióse de modo que tomando una navaja, hendióle los labios, á fin de vengarse con esta inhumanidad del malogro que le habia cabido.

« Tenia el Beduino una mujer muy hermosa, y cuando iba á sus correrías, solia dejar solo á mi hermano con ella , la cual entónces no perdonaba medio para hacer llevaderos á mi hermano los rigores de la servidumbre, dándole á entender que le amaba ; pero él no se atrevia á corresponder á su pasion , por no tener que



arrepentirse luego, y procuraba evitar hallarse á solas con ella tanto como ella buscaba ocasion de lograrlo.

Estaba tan viciada en retozar y holgarse con el pobre Schacabac cuantas veces le veia, que una lo hizo á tiempo que lo observó su marido, y aquel dia le avino á mi hermano por sus pecados de juguetear tambien con ella, sin notar que los estaba mirando el Beduino; quien juzgando por lo que veia que se solian holgar deshonestamente, y enfureciéndose con tamaña sospecha, arrojóse sobre mi hermano, le lisió barbaramente, y montándole sobre un camello, le llevó á la cumbre de una altísima montaña, donde le dejó desamparado. Estaba aquella montaña junto al camino de Bagdad, donde le vieron unos pasajeros y me dieron noticia de que allí estaba; trasladéme allí á toda prisa, halléle en el estado mas infeliz que cabe imajinar, y dándole los auxilios que necesitaba, llevéle otra vez á la ciudad.

« Esto conté al califa Mostanser Billah, » añadió el barbero, « y aquel príncipe me aplaudió con nuevas carcajadas. « Ahora sí, » me dijo, « que ya no dudo que os dieron con justicia el título de callado, y no habrá quien diga lo contrario; sin embargo por ciertas causas que yo me sé, os mando que salgais inmediatamente de la ciudad, y haced de modo que yo no oiga hablar mas de vos. » Fué preciso obedecer, y pasé muchos años viajando en paises lejanos, hasta que al fin supe que habia muerto el califa, con cuyo motivo regresé á Bagdad, donde no hallé vivo á ninguno de mis hermanos. En esta ocasion fué cuando hice al jóven cojo el importante servicio que habeis oido, y sois testigos de su ingratitud y tropelía, prefiriendo apartarse de mí y de su patria mas bien que darme pruebas de su reconocimiento. Cuando supe que se habia marchado de Bagdad, puesto que nadie supo decirme de fijo á donde se habia encaminado, no por esto dejé de ponerme en camino para buscarle, y hace ya mucho tiempo que corro de una á otra provincia, habiéndole encontrado en este dia cuando menos lo pensaba. No esperaba por cierto hallarle tan enconado contra mí. »

En esto observó Cheherazada que era de dia, calló, y á la siguiente noche volvió á tomar de este modo el hilo de su historia :

NOCHE CLX.

Señor, el sastre acabó de contar al sultan de Casgar la historia del jóven cojo y del barbero de Bagdad del modo que ayer tuve el honor de esplicarlo á vuestra majestad. « Cuando el barbero hubo terminado su relacion, » añadió, « conocimos que no le faltaba razon al jóven para acusarle de hablador ; pero quisimos que permaneciese con nosotros y participase del festin que nos tenia dispuesto el amo de la casa. Sentámonos á la mesa, y nos divertimos hasta la oracion de la tarde, hora en que se deshizo la reunion, y yo me vine á trabajar á mi tienda hasta que fuese la de retirarme á mi casa.

« En este intervalo sucedió lo de presentarse medio achispado delante de mi tienda el jorobàdito, cantando y tocando el pandero ; y juzgando que con él no dejaria de proporcionar entretenimiento á mi mujer, llevéle á casa conmigo. Mi consorte nos dió un plato de pescado, del que ofrecí un trozo al jorobadillo, y él lo comió sin reparar que tenia una espina ; procuramos en vano socorrerle, y por mas que hicimos, cayó sin sentido á nuestra presencia, causándonos tal trastorno y espanto aquella novedad tan aciaga, que nos dimos priesa en sacar el cuerpo de nuestra casa y logramos con ardid que lo recibiese en la suya el médico judío. Este le bajó al aposento del proveedor, quien le trasladó á la calle, donde se creyó que el mercader le habia muerto. Esto es, señor, » añadió el sastre, « lo que tenia que decir para satisfacer á vuestra majestad, á quien corresponde pronunciar si somos dignos de su clemencia ó de su enojo, de vida ó de muerte.

El sultan de Casgar manifestó en su semblante un viso de complacencia que restituyó la vida al sastre y sus compañeros. « No puedo negar, » dijo, « que me han interesado mas la historia del jóven cojo, la del barbero y las aventuras de sus hermanos, que el cuento de mi bufon ; pero antes de dejaros ir á vuestras casas á los cuatro y de enterrar el cuerpo del jorobado, desearia ver á ese barbero que es causa de que yo os perdone, y puesto que se halla en mi capital, fácilmente podrá satisfacerse mi curiosidad. » Al propio tiempo despachó un ujier para que fuese à buscarle con el sastre que sabia su paradero.

Pronto estuvieron de vuelta el ujier y el sastre, acompañados del barbero, que presentaron al sultan. El barbero era un anciano de noventa años, con la barba y las cejas blancas como la nieve, las orejas caidas y la nariz muy larga ; á cuya vista no pudo el sultan contener la risa, diciéndole : « Hombre callado, me han informado de que sabiais cuentos portentosos, y desearia que me contaseis algunos. — Gran señor, » contestó el barbero, « dejando á parte por ahora los cuentos que yo pueda saber, suplico humildemente á vuestra majestad me permita enterarme de lo que hacen aquí en su presencia este cristiano, este judío, este musulman y ese jorobado muerto que allí en el suelo veo tendido. » Rióse el sultan de la llaneza del barbero, y replicóle : « ¿ Y eso á vos qué os importa ? — Señor, » repuso el barbero, « me importa hacer semejante pregunta, para que sepa vuestra majestad que yo no soy grande hablador, como suponen algunos, sino un hombre á quien llaman con justicia el callado. »

Sobrecojida Cheherazada con la luz del dia que principiaba á alumbrar el aposento del sultan de las Indias, interrumpió su relacion, y prosiguióla luego á la noche siguiente en estos términos :

NOCHE CLXI.

« Señor, el sultan de Casgar tuvo la condescendencia de satisfacer la curiosidad del barbero, mandando que le contasen la historia del jorobado, puesto que tanto aparentaba desearlo; y cuando la hubo escuchado el barbero, meneó la cabeza como para dar á entender que habia allí gato encerrado, y esclamó : « Á la verdad, esta historia es peregrina; mas dejen que reconozca de cerca á ese jorobado. » Llegóse al muerto, sentóse junto á él, tomó la cabeza sobre sus rodillas, y despues de haberla mirado con mucho ahinco, prorumpió repentinamente en tan destemplada carcajada, y con tan poco miramiento, que se dejó caer de espaldas por el suelo, sin considerar que se hallaba delante del sultan de Casgar. Levantóse en seguida sin parar de reir, diciendo : « Bien dicen, y con razon, que nadie muere sin causa : si jamás historia alguna ha merecido ser escrita con letras de oro, es la de este jorobado. »

Al oirle hablar de aquel modo, todos tuvieron al barbero por un bufon ó por un caduco, y el sultan le dijo : « Hombre callado, decidme, ¿cómo es que os reis tan destempladamente? — Señor, » respondió el barbero, « os juro por el númen benévolo de vuestra majestad, que este jorobado no está muerto; y si ahora mismo no consigo probaros que aun vive, quiero que me tengan por el hombre mas estravagante del mundo. » Al concluir estas palabras, sacó una caja en que tenia varios específicos, y que siempre traia consigo por lo que pudiese ocurrir, y tomó una redomita de bálsamo con que restregó un buen rato el cuello del jorobado; luego sacó de su estuche un instrumento de hierro bruñido que afianzó entre los dientes, y habiéndole abierto la boca, metióle por la garganta unas tenacillas con que le sacó el pedacito de pescado con la espina, y los enseñó á todos los circunstantes. Al punto estornudó el jorobado, alargó los brazos y las piernas, abrió los ojos y dió otras muchas muestras de vida.

Tanto el sultan de Casgar como todos los que presenciaron aquella primorosa operacion quedaron menos atónitos de ver resucitado al jorobado, despues de pasar toda una noche y la mayor parte del dia sin dar la menor señal de vida, que del mérito y la capacidad del barbero, á quien, no obstante sus tachas, empezaron á mirar como un gran personaje. Rebosando el sultan de júbilo y admiracion, mandó que se escribiese la historia del jorobado, juntamente con la del barbero, á fin de que su memoria se eternizase cual merecia; y no satisfecho aun con esto, y con la mira de que el sastre, el médico judío, el proveedor y el mercader cristiano tuviesen un agradable recuerdo de la aventura que les habia ocasionado el fracaso del jorobado, quiso que, antes de marcharse á sus casas, recibiesen un vestido riquísimo cada uno, y se lo mandó poner en su presencia : al barbero le señaló una crecida pension y se le quedó consigo.

De este modo terminó la sultana Cheherazada esta larga serie de aventuras á que diera ocasion la supuesta muerte del jorobado; y como ya empezaba á rayar el dia, guardó silencio; visto lo cual, se le encaró su querida hermana Dinarzada, diciéndole : « Princesa y sultana mia, la historia que acabais de contar me complace tanto mas cuanto termina con una novedad para mí inesperada, pues creí absolutamente muerto el jorobado. — A mí me ha gustado esta estrañeza, » dijo Chahriar, « no menos que las aventuras de los hermanos del barbero. — Tambien es muy divertida, » añadió Dinarzada, « la historia del cojito de Bagdad. — Mucho lo celebro, querida hermana, » dijo la sultana, « y puesto que he tenido la dicha de no fastidiar al sultan, nuestro amo y señor, si su majestad se dignase conservarme aun la vida, mañana tuviera el honor de contarle la historia de los amores de Abulhasan Ali Ebn Becar y de Chemselnihar, predilecta del califa Harun Alraschild, la cual es tan digna de su atencion y de la vuestra como la historia del jorobado. » El sultan de las Indias, que no estaba disgustado de las historias que le habia contado Cheherazada, se dejó llevar del placer de escuchar la que le prometia, y levantóse para rezar y asistir al consejo, sin manifestar en lo mas mínimo la buena voluntad que tenia á la sultana.

NOCHE CLXII.

Dinarzada, que cuidaba siempre de dispertar á su hermana, llamóla aquella noche á la hora acostumbrada, diciéndole : « Querida hermana, pronto va á llegar el dia; contadnos, os ruego, antes que amanezca, alguna de las agradables historias que sabeis. — No hay que pensar en otras, » dijo Chahriar, « sino en la de los amores de Abulhasan Ali Ebn Becar y de Chemselnihar, predilecta del califa Harun Alraschid. — Señor, » dijo Cheherazada, « estoy dispuesta á satisfacer vuestra curiosidad ; y al punto principió de este modo :

HISTORIA DE ABULHASAN ALI EBN BECAR Y DE CHEMSELNIHAR, MUY QUERIDA DEL CLIAFA HARUN ALRASCHID.

En el reinado de Harun Alraschid habia en Bagdad un droguero que se llamaba Abulhasan Ebn Thaher, hombre muy poderoso en riquezas, y de un personal gallardo y vistoso : tenia mas discrecion y urbanidad que la que comunmente tienen los de su profesion; y su rectitud, buena fe y jovialidad eran partes para que todos le amasen y apeteciesen su compañía. El califa, que estaba enterado de su mérito, tenia depositada en él su total confianza, tanto que dejaba á su cuidado el proveer á las damas de su corte de cuantas alhajas pudiesen necesitar, como vestidos, muebles y joyas, lo que desempeñaba con asombroso discernimiento y maestría.

Sus prendas aventajadas y el arrimo del califa llamaban á su casa á los hijos de los emires y demás oficiales de graduacion, de modo que allí era el punto de reunion de toda la nobleza de la corte; pero entre los jóvenes señores que diariamente le visitaban, habia uno á quien distinguia entre los demás, y con quien habia contraido entrañable intimidad, y este se llamaba Abulhasan Ali Ebn Becar, y descendia de uua antigua familia real de Persia, que aun subsistia en Bagdad despues que los musulmanes habian conquistado aquel reino. Parecia que la naturaleza habia echado el resto con aquel príncipe en cuantas prendas caben en cuerpo y alma : su rostro era hermosísimo, airoso su talle, jentil en su garbo, y tan halagüeña su fisonomía que se hacia imposible verle sin amarle; en su trato, siempre se espresaba con términos propios y selectos, y usaba un lenguaje ameno y peculiar, teniendo hasta su voz no sé qué aliciente que cautivaba á cuantos la oian : añádase á todo esto su talento sumo, con cuyo auxilio juzgaba y hablaba de todo atinadísimamente, teniendo por otra parte tal modestia y comedimiento, que nunca adelantaba palabra alguna sin esmerarse en evitar toda ofensa.

Con semejantes dotes como las que acabo de manifestar, no debe estrañarse que Ebn Thaher le sobrepusiera á todos los señores de la corte, cuya mayor parte adolecian de los vicios contrapuestos á tantísimas virtudes. Estando un dia aquel príncipe en casa de Ebn Thaber, vieron llegar una dama montada en una mula negra y blanca, acompañada de diez mujeres á pié, todas muy hermosas, á juzgar por su traza y por lo que permitia ver el velo que les cubria la cara. La dama llevaba un ceñidor de color de rosa, de cuatro dedos de ancho, en el que centelleaban perlas y diamantes de tamaño estraordinario; y por lo tocante á la belleza, fácil era descubrir que la suya á la de todas sus mujeres sobresalia tanto como aventaja la luna llena á la creciente que solo tiene dos dias. Venia de comprar alguna alhaja, y teniendo que hablar con Ebn Thaher, entró en su tienda, que era grande y espaciosa, y él la recibió con todas las muestras del mas profundo acatamiento, rogándole que se sentase en el lugar preferente que le señaló con la mano.

Al propio tiempo, quiso el príncipe de Persia avalorar la coyuntura favorable que se le presentaba de hacer ver su finura y galantería, arreglando la almohada de tejido con fondo de oro en que habia de recostarse la dama, despues de lo cual se retiró con prontitud para que ella se sentase. Saludóla en seguida besando la alfombra de sus piés, y volviéndose á levantar, permaneció de pié delante de ella, á la parte inferior del sofá. Todo era llaneza para ella en casa

de Ebn Thaher, y alzándose el velo, ofreció á la vista del príncipe persa una hermosura tan estremada, que le hirió hasta lo íntimo del corazon. La dama por su parte no pudo menos de mirar al príncipe, cuya vista produjo en ella igual impresion. « Señor, » le dijo en acento cariñoso, « tened á bien el sentaros. » Obedeció el príncipe de Persia, sentándose á la orilla del sofá; pero clavándole mas y mas los ojos, y bebia sediento á raudales el veneno de la pasion. No tardó ella en hacerse cargo de cuanto estaba pasando en aquel interior, cuyo descubrimiento acabó de inflamarla mutuamente; y levantándose para llegarse á Ebn Thaher, díjole muy quedito el motivo de su visita, y luego le preguntó el nombre y el pais del príncipe de Persia, á lo que él respondió : Señora mia, este jóven señor se llama Abulhasan Ali Ebn Becar, y es un príncipe de sangre real. »

Contentísima quedó la señora de saber que el sujeto á quien amaba ya con ahinco fuese de tan encumbrada esfera, y añadió : « ¿ Sin duda querréis decir que desciende de los reyes de Persia ? — Efectivamente, señora, » replicó Ebn Thaher, « los últimos reyes de Persia son sus ascendientes, y desde la conquista de aquel reino, los príncipes de su casa se han hecho muy recomendables en la corte de los califas. — Mucho me complaceis dándome á conocer este jóven señor, y os ruego que cuando yo os mande esta mujer, » añadió señalando á una de sus esclavas, « para avisaros que vengais á verme, hagais de modo que él os acompañe, porque deseo que vea la magnificencia de mi casa, á fin de que pueda publicar que entre las personas de categoría de Bagdad no domina la avaricia; enteraos de lo que os encargo, y procurad no faltar en un ápice, porque si así no lo cumpliereis, yo me incomodara contra vos y no volviera en mi vida á vuestra casa. »

No era tan escaso de alcances Ebn Thaher que dejara de conceptuar por estas palabras los ímpetus de la dama, y le respondió : « Princesa, reina mia, guárdeme el cielo de daros jamás motivo alguno de queja contra mí : vuestras órdenes son leyes para mí, absolutamente inviolables. » Despidióse acto seguido la dama, dedicando una cabezadita expresiva á Ebn Thaber, y clavando en el príncipe persa una mirada intensísima, montó en su mula y marchóse.

Calló en este punto la sultana Cheherazada, con harto sentimiento del sultan de las Indias, que se vió precisado á levantarse á causa de la luz del dia que estaba resplandeciendo. A la noche siguiente prosiguió aquella historia, diciendo á Chahriar :

NOCHE CLXIII.

Señor, ciegamente enamorado el príncipe de Persia de aquella dama, siguióla con la vista mientras pudo alcanzarla, y aun despues de mucho rato que ya no la veia, conservaba fijos los ojos en el rumbo por donde se habia marchado, hasta tanto que le advirtió Ebn Thaher que mirase en lo que hacia, porque habia algunas personas que le estaban reparando y ya empezaban á reirse de él, por verle en aquel ademan. «¡ Ay de mí sin ventura! » le dijo el príncipe, « estoy seguro que tanto la jente como vos me compadecierais, si supieseis que la divina señora que acaba de salir de vuestra casa se lleva consigo la mejor parte de mi sér, y que cuanto de él me queda no anhela sino entregarse á ella igualmente. Decidme, os lo ruego encarecidamente, quién es esa mujer tirana que fuerza á los hombres á amarla, sin dar cabida á reflexiones ni miramientos. —Señor, » le contestó Ebn Thaher, « es la famosa Chemselnihar, la predilecta del califa nuestro amo. — Con justicia lleva este nombre, » replicó el príncipe, « porque es mas hermosa que el sol en un dia sereno. — Así es la verdad, » repuso Ebn Thaher, « y por esto la ama, ó mas bien la adora el caudillo de los creyentes, quien me tiene hecho el especial encargo de aprontarle cuanto me pida, y aun de anticiparme en cuanto me quepa á ofrecerle todo aquello que pueda ser de su gusto. »

Hablábale de este modo á fin de retraerle de engolfarse en unos amores que solo podian tener un resultado infeliz; pero aquello mas bien fué parte para inflamar su pasion. « Harto habia ya maliciado, encantadora Chemselnihar, » esclamó, « que me habia de estar vedado encumbrar hasta tu elevacion mi pensamiento; mas aunque desahuciado de correspondencia, conozco tambien que no estará en mí dejar de idolatrarte: si, yo te amaré, y me daré por satisfecho llamándome esclavo del objeto mas hermoso que el sol alumbra. »

Mientras el príncipe de Persia quedaba consagrando su corazon á la bella Chemselnihar, esta señora, en el camino de su palacio, iba cavilando sobre los medios de ver al príncipe y hablarle á sus anchuras; y no bien llegó á su casa, cuando envió á Ebn Thaher la mujer que le habia mostrado, en quien tenia depositada toda su confianza, para decirle que viniese á verla sin perder momento con el príncipe de Persia. Llegó la esclava á la tienda de Ebn Thaher á tiempo que todavía estaba hablando con el príncipe y procurando disuadirle con poderosísimas razones de amar á la íntima del califa; y al verlos juntos, les dijo: « Señores, mi esclarecida señora Chemselnihar, primera predilecta del comendador de los creyentes, os suplica vengais á su palacio, donde os está esperando. » Para manifestar que estaba pronto á obedecer, levantóse al instante Ebn Thaher sin responder cosa alguna á la esclava, y adelantóse para seguirla bien á pesar suyo; y el príncipe la siguió igualmente sin reflexionar en el peligro que traia consigo aquella visita, bastándole para conceptuarse á su salvo la presencia de Ebn Thaher, que tenia libre entrada en casa de la señora. Siguieron pues á la esclava, que iba un poco adelantada, y entraron tras ella en el palacio del califa, esperándolos ella en la puerta de la casa de Chemselnihar, que estaba abierta, para acompañarlos hasta un gran salon, donde les dijo se sentasen.

Imajinó el príncipe de Persia que se hallaba en uno de aquellos deliciosos alcázares que para el otro mundo nos tienen prometidos, pues en su vida habia visto maravilla alguna que se aproximase á la magnificencia del sitio en que estaba: las alfombras, las almohadas que servian de respaldo y los demás realces del sofá, los muebles, los adornos y la arquitectura, eran tan ricos y preciosos que llenaban de asombro. A poco rato de estar sentados Ebn Thaher y el príncipe, presentóse una esclava negra muy aseada á servirles una mesa llena de varios y delicados manjares, que por el olor delicioso que despedian podia juzgarse de la finura de los condimentos. La esclava que los habia acompañado no se separó de ellos en tanto que estuvieron comiendo, antes bien anduvo solícita en instarles á comer de los manjares que sabia eran mas delicados, al paso que otras esclavas les sirvieron escelente vino al fin de la comida. Al concluir, les presentaron á cada uno por separado una palangana con un hermoso jarro de oro lleno de agua para lavarse las manos, y trajéronles en seguida perfume de aloé en un braserillo tambien de oro, con que se perfumaron la barba y los vestidos; no faltó tampoco el agua de olor, que presentaron en un tazon de oro guarnecido de diamantes y rubíes, hecho á propósito para este uso y vertérsela en ambas manos, con las cuales ellos se restregaron, segun costumbre, la barba y toda la cara. Volvieron despues á sus asientos, pero no bien estuvieron sentados cuando les rogó la esclava que se levantasen y la siguiesen, y los guió por una puerta del salon á otro muy grandioso de maravillosa estructura, que consistia en una cúpula sumamente elegante, sostenida por cien colunas de mármol blanquísimo como alabastro, cuyas basas y capiteles estaban adornados de cuadrúpedos y pájaros dorados de varias especies. La alfombra de aquel salon estraordinario era de una sola pieza con fondo de oro y realce de ramilletes de rosas de seda colorada y blanca, y la cúpula estaba igualmente pintada de arabescos, cuyo conjunto presentaba un golpe de vista en estremo embelesante. En todos los intercolunios habia un pequeño sofá, guarnecido igualmente con grandes vasos de porcelana, cristal, jaspe, azabache, pórfido, ágata y otros minerales preciosos, guarnecidos de oro y pedrerías. Los espacios que dejaban las colunas ormaban otros tantos balcones con arrimadillos guarnecidos al modo qne los sofáes, los cuales daban vista al jardin mas delicioso del mundo. Sus caminos estaban formados de guijarros de diferentes matices que representaban la alfombra del salon en figura circular; de modo que mirando la alfombra de dentro y la de fuera, parecia que la cúpula y el jardin con toda su amenidad estuviesen en la misma alfombra. Al estremo de los arriates la vista terminaba en derredor sobre dos canales de agua cristalina como la de manantial, los cuales guardaban la misma figura circular que la cúpula, y estando el uno mas elevado que el otro, se iba derramando el agua en este último á manera de cascada; al márjen de este canal inferior estaban colocados á trechos unos hermosos jarros de bronce dorado, alternativa-



mente guarnecidos de arbustos y flores. Los arriates formaban divisiones entre grandes espacios plantados de rectos y copados árboles, donde mil pajarillos diversos hacian con sus trinos un melodioso concierto y divertian la vista con sus varios movimientos y con las riñas, ya inocentes, ya enconadas, que andaban trabando por los aires. Detuviéronse largo rato el príncipe de Persia y Ebn Thaher contemplando aquella gran magnificencia, prorumpiendo en esclamaciones de estrañeza y admiracion cada vez que alguna particularidad nueva descubrian, con especialidad el príncipe de Persia que jamás habia visto objetos que con los que estaba viendo pudiesen parangonarse; y no obstante que Ebn Thaher ya se habia internado tal cual vez hasta aquel sitio encantador, todavía observaba maravillas que le parecian enteramente nuevas. En conclusion, no podian saciarse de admirar tantas preciosidades como allí juntas estaban, y en medio de aquel grato arrobamiento ofreciósele á la vista una tropa de ninfas galanamente trajeadas, repartidas todas á cierta distancia de la cúpula, cada una en un asiento de plátano de Indias, adornado de cuadritos de hilo de plata, con un instrumento músico en la mano, aguardando el punto en que se les diese la señal para tocar.

Llegáronse entrambos al balcon que enfrente de ellas caia, y volviendo la vista á su derecha, vieron un gran patio desde el cual por unas gradas se subia al jardin, y en cuyo alrededor habia espléndidas habitaciones. Habiéndose quedado solos, por haberse desviado de ellos la esclava, entretuviéronse en la siguiente plática: « Por lo que á vos toca, que sois hombre de reflexion, » dijo el príncipe de Persia, « no dudo que debeis mirar con mucha satisfaccion todos esos testimonios de poderío y grandeza, puesto que yo mismo opino que no puede haber en el

mundo portento mas admirable; pero cuando considero que esta es la morada esplendorosa de la para mí harto interesante Chemselnihar, y que quien aquí la guarda es el primer monarca de la tierra, confiésoos que me conceptúo el mas desventurado de todos los mortales: paréceme que no puede darse suerte mas cruel que la mia, idolatrando á un objeto súbdito de mi competidor, y cabalmente en un sitio donde este dominador es tan poderoso que ni aun ahora mismo estoy seguro de la vida.»

No dijo mas Cheherazada aquella noche, porque vió la luz del dia, y á la siguiente habló al sultan de las Indias de este modo:

NOCHE CLXIV.

Señor, á lo que yo espliqué anoche á vuestra majestad que dijo el príncipe de Persia, contestó Ebn Thaher lo siguiente: «¡Ojalá pudiese yo prometer á vuestra señoría un paradero tan feliz en sus amores, como puedo responderle de la seguridad de su vida! Aunque este soberbio alcázar pertenece al califa, quien lo mandó construir espresamente para Chemselnihar, con el nombre de *Palacio de las Delicias Eternas*, y aunque forme parte del suyo, sabed sin embargo que esta señora vive en él con entera independencia, sin que la molesten eunucos para zelar sus acciones. Tiene su casa particular, y dispone allí con dominio absoluto, saliendo á la ciudad sin pedir permiso á nadie, regresando cuando bien le parece, y no viéndola jamás el califa sin mandarle antes á Mesrur, su eunuco mayor, para avisarla que se prepare para recibirle. De consiguiente podeis estar sin zozobra y clavar toda la atencion en el concierto con que, segun veo, trata Chemselnihar de obsequiaros.»

Al proferir Ebn Thaher estas últimas palabras, advirtieron ambos que venia la esclava confidente de la dama, la cual dió órden á las doncellas que estaban allá sentadas que cantasen acompañadas de sus instrumentos. Al instante rompieron todas juntas la música, como en señal de floreo, y despues de tocar algun rato, empezó á cantar una sola, acompañándose con un laud, que pulsaba con admirable maestría. Advertida de antemano del tema que debia entonar, dijo una letra tan conforme á los impulsos del príncipe de Persia, que este no pudo menos de aplaudir luego de terminada la copla, esclamando: «¿Atesorais acaso el don de calar los corazones, y sabeis por ventura lo que pasa en el mio que con tamañas palabras habeis querido darnos un ensayo de vuestra voz encantadora, puesto que ni yo mismo me hubiera espresado en otros términos?» Nada respondió la doncella á aquella pregunta, antes prosiguió cantando otras varias coplas que de tal modo conmovieron al príncipe, que con lágrimas en los ojos repitió algunas, con lo que estaba dando á conocer que se aplicaba á sí mismo su concepto. Apurados por fin sus cantares, levantóse con sus compañeras y entonaron todas juntas, espresando con sus palabras que iba á salir la luna con toda su brillantez, y que pronto la verian aproximarse al sol: lo que significaba que Chemselnihar estaba á punto de salir, y que pronto el príncipe de Persia gozaria de su vista.

Efectivamente, volviendo Ebn Thaher y el príncipe la vista hácia el patio, advirtieron que venia la esclava confidenta seguida de diez negras que con sumo trabajo llevaban un gran trono de plata maciza de peregrina estructura, que les mandó colocar delante de ellos á cierta distancia; hecho lo cual, se retiraron las esclavas negras tras los árboles que formaban la entrada de una calle. Adelantáronse despues en dos filas veinte doncellas, todas hermosas y ricamente vestidas en traje uniforme, cantando y tañendo cada una el instrumento que llevaba, y colocáronse por ambos lados cerca del trono.

Todas estas particularidades tenian al príncipe de Persia y á Ebn Thaher tanto mas absortos cuanto mayor era su afan por saber en qué terminarian, hasta que por fin vieron llegar á la misma puerta por donde habian venido las diez negras que trajeron el trono y las otras veinte

llegadas últimamente, con otras diez doncellas no menos hermosas y bien vestidas, que se detuvieron allí algun rato esperando á la predilecta, quien finalmente se presentó y se colocó en medio de ellas.

El dia, que ya empezaba á alumbrar el aposento de Chahriar, impuso silencio á Cheherazada, quien á la noche siguiente prosiguió de este modo:

NOCHE CLXV.

Colocada Chemselnihar en medio de las diez doncellas que á la puerta la habian estado aguardando, fácil era distinguirla de las demás, tanto por su estatura y su señorío majestuoso, como por una especie de manto de una tela muy lijera de oro y azul celeste que prendida á la espalda llevaba por encima del vestido, el cual de suyo era el mas adecuado, mas digno y mas magnífico que cabe imajinar: las perlas, los diamantes y rubíes que le servian de aderezo, en vez de confundirse por su profusion, eran en corto número, pero escojidos y de un valor inestimable. Adelantóse con sumo garbo, representando con bastante esmero la carrera del sol por medio de las nubes que reciben sus destellos sin empañarlos; y fué á sentarse en el trono de plata que le estaba destinado.

Desde el punto en que el príncipe de Persia descubrió á Chemselnihar, faltáronle ojos para mirarla, y dijo á Ebn Thaher. « No hay necesidad de preguntar por el objeto que uno busca, en cuanto se presenta á la vista, pues desaparece la duda en asomando la verdad. Esa beldad encantadora que ahí estáis viendo es el oríjen de mis quebrantos y amarguras, y ahora lo bendigo todo y lo bendeciré de hoy mas eternamente, por violentos que sean sus embates, y por larga que sea su duracion. Al verla, ya no soy dueño de mí mismo; pertúrbase mi alma, y se rebela, palpando que se desvive y forcejea por desampararme. ¡Ah! ¡huye de una vez alma mia, ya te lo concedo; pero sea para el bien y conservacion de este frájil cuerpo! Vos, harto cruel Ebn Thaher, sois el causador de tamaño trastorno: creísteis proporcionarme sumo deleite acompañándome á este sitio, y á lo que veo, he venido aquí para completar mi perdicion. ¡Ah! perdonadme, » añadió volviendo en si, « ¡cuánto me engaño! yo soy quien vine de mi grado, y de nadie puedo quejarme si no de mí mismo. » Al concluir estas palabras derramó abundantes lágrimas, y Ebn Thaher le dijo: « Pláceme que me hagais justicia: cuando os dije que Chemselnihar era la predilecta del califa, os lo dije con el intento de precaver esa pasion aciaga que vos mismo estáis fomentando en vuestro pecho; y ahora mismo todo lo que estáis viendo debe retraeros de sus ímpetus, haciendo por no conservar sino arranques de gratitud por el honor que os ha dispensado Chemselnihar mandándome que aquí os trajera. Recobrad vuestra razon estraviada, y poneos en estado de presentaros á ella como lo requiere el decoro; ved que ya se acerca; si hubiese lugar para ello, os prometo que tomara otras precauciones; mas ya que todo está hecho, quiera Dios que no tengamos que arrepentirnos. Lo único que debo añadiros, es que el amor es un traidor que puede conduciros á un despeñadero del cual no tengais salida. »

Nada mas pudo decir Ebn Thaher, porque en aquel punto llegó Chemselnihar, la cual se sentó en su trono y saludó á entrambos con una donosa cabezada; pero clavó la vista en el príncipe de Persia, y hablándose mutuamente un lenguaje mudo salpicado de suspiros, dijéronse en poquísimo rato mucho mas que con palabras hubieran podido decirse en largo coloquio. Cuanto mas Chemselnihar al príncipe contemplaba, mas conocia este en sus miradas que no le era persona indiferente; y ella por su parte, ya persuadida de la pasion del príncipe, teníase por la mujer mas venturosa del mundo. Desvió finalmente los ojos de él para mandar que llegasen las primeras doncellas que habian empezado á cantar, las cuales se levantaron, y mien-

tras se iban adelantando, se fueron desembos-cando las negras de las grandiosas arboledas donde se ocultaban, trajeron sus sitiales y co-locáronlos cerca del balcon de la cúpula donde se hallaban Ebn Thaher y el príncipe de Persia, de modo que las sillas así dispuestas, con el trono de la predilecta y las doncellas que á sus lados estaban, vinieron á formar un semicírculo delante de ellos.

Cuando las doncellas que estuvieron antes sentadas en aquellas sillas hubieron vuelto á to-mar asiento con permiso de Chemselnihar, que se lo dió por medio de una seña, aquella dama encantadora elijió la que debia cantar, la cual, despues de haber templado su laud, entonó un cantar cuyo tema era: que dos amantes que se están correspondiendo se profesan perfecto y estremado cariño, que sus corazones, aunque en dos cuerpos distintos, tan solo forman uno, y que si á sus deseos se opone algun obstáculo, pueden decirse con lágrimas en los ojos: « Si nos queremos porque el uno agrada al otro, ¿ podráse culparnos á nosotros? cúlpese al des-tino que lo dispuso. »

Chemselnihar dió á conocer de tal modo en sus ojos y ademanes que aquellas palabras de-bian aplicarse á ella y al príncipe de Persia, que este no pudo contenerse, y levantándose un poco, adelantóse por encima del balaustre que le servia de apoyo, é hizo seña á una de las compañeras de la doncella que acababa de can-tar para que le escuchase, pues se hallaba cerca de él, y le dijo: « Prestadme atencion, y ha-cedme el favor de acompañar con vuestro laud la cancion que voy á entonar. » Y principió una cantata cuya letra tierna y ardiente manifestaba al vivo el estremo de su pasion. No bien hubo concluido, Chemselnihar dijo al propio tenor á una de sus doncellas: « Atendedme á mí tam-bien, y acompañadme. » En eso cantó de un modo tan estremado que no hizo sino abrasar mas y mas el corazon del Príncipe de Persia, el cual respondió con otro cantar todavía mas acalorado que el anterior.

Habiéndose declarado por medio del canto en-trambos amantes su mutuo cariño, no pudo Chemselnihar resistir al ímpetu del suyo, y toda fuera de sí, bajó del trono en que estaba y se encaminó á la puerta del salon, donde le salió arrebatadamente al encuentro el príncipe, que habia penetrado su intento. Encontráronse de-bajo de la puerta, donde se dieron las manos y se abrazaron con tal delirio, que vinieron á que-dar desmayados, y hubieran dado en el suelo, á no haberlo estorbado las doncellas que si-guieron á Chemselnihar, sosteniéndolos y acom-pañándolos á un sofá, donde los hicieron vol-ver en sí á fuerza de bañarles el rostro con aguas olorosas y hacerles respirar todo jénero de espíritus.

Cuando hubieron recobrado los sentidos, lo primero que hizo Chemselnihar fué mirar á to-das partes si veia á Ebn Thaher, y no viéndole, preguntó solícita dónde estaba. Ebn Thaher se habia retirado por respeto mientras las donce-llas estaban afanadas con su señora, y temia con razon algun resultado amarguísimo de lo que acababa de presenciar; y en cuanto oyó que le llamaba Chemselnihar, llegóse á su pre-sencia.

En este punto suspendió su narracion la sul-tana Cheherazada, porque vió rayar el dia, y á la noche siguiente prosiguió de este modo:

NOCHE CLXVI.

Alegróse Chemselnihar de ver á Ebn Thaher, y se lo manifestó en estos términos: « Bonda-doso Ebn Thaher, no sé de qué modo podré pagaros las infinitas obligaciones que os debo; pues sin vos jamás hubiera conocido al prín-cipe de Persia ni amado al hombre mas apre-ciable del mundo. Sin embargo, quedad per-suadido de que no moriré ingrata, y que mi reconocimiento igualará en lo posible al bene-ficio que de vos he recibido. » Ebn Thaher solo contestó á este agasajo con un profundo acata-miento y deseando á la predilecta el logro de todos sus deseos.

Entónces Chemselnihar se volvió hácia el

príncipe de Persia, que estaba sentado á su lado, y mirándole con una especie de rubor por lo que entre ellos habia mediado, le dijo: «Señor, estoy mas que segura de que me amais, pero por mas ardiente que sea vuestro cariño, no dudeis que el mio es tan violento como el vuestro. Mas ¡ay! no debemos congratularnos con nuestra suerte, porque, por mas conformidad que haya entre vuestros impulsos y los mios, no preveo, tanto para vos como para mí, sino quebrantos y zozobras mortales. No tenemos mas remedio para nuestros males que amarnos siempre, entregarnos á la voluntad del cielo y esperar lo que disponga de nuestro destino. — Señora,» le contestó el príncipe de Persia, «me hariais sumo disfavor en dudar un solo instante de la constancia de mi pasion, la cual está empapada en mi alma hasta el punto de poder asegurar que forma su mejor parte y que subsistirá aun despues de mi muerte; ni las penas, ni los tormentos, ni los obstáculos, nada alcanzará á retraerme de amaros.» Al concluir estas palabras, derramó abundantes lágrimas, y Chemselnihar tampoco pudo contener las suyas.

Ebn Thaher se aprovechó de aquel momento para hablar á la dama, diciéndole: «Permitidme, señora, que os advierta como, en vez de verter lágrimas, debierais alegraros de veros juntos. No sé á qué viene vuestro desconsuelo; y si ahora es tal, ¿qué será cuando la necesidad os obligue á separaros? Mas, ¡qué digo cuando os obligue! harto tiempo hace que aquí estamos, y bien conoceis, señora, que es hora ya de que nos retiremos. — ¡Ah! ¡qué crueldad es la vuestra!» replicó Chemselnihar. «Vos, que sabeis la causa de mi llanto, ¿porqué no os habeis de compadecer del estado infeliz en que me veo? ¡Triste fatalidad¡ ¿Porqué he de estar sujeta á la tiránica ley que me prohibe gozar de lo único que amo en el mundo?»

Como estaba persuadida de que cuanto le habia dicho Ebn Thaher era por puro afecto, así no se ofendió de sus palabras, antes sacó provecho de ellas. Efectivamente, hizo una seña á la esclava su confidente, y saliendo esta al instante, trajo á poco rato un desayuno de frutas en una mesita de plata que colocó entre su ama y el príncipe de Persia. Escojió Chemselnihar la mejor que habia, y la presentó al príncipe, rogándole que comiese por el amor que le profesaba. Tomóla, y llevóla á su boca por la parte donde ella la habia tocado; y luego ofreció tambien una á Chemselnihar, que la aceptó asimismo y comió con la misma fineza. Tampoco se olvidó el brindar á Ebn Thaher, el cual, conceptuándose mal seguro, prefiriera con mil amores el hallarse en su casa; y si tomó tal cual frutilla, fué por mera condescendencia. Despues del servicio, trajeron una palangana de plata con agua en un jarro de oro, y laváronse todos las manos, volviendo en seguida á sus asientos; entónces tres negras de las diez que habia trajeron cada una una copa de cristal de roca llena de esquisito vino sobre un platillo de oro, y las colocaron delante de Chemselnihar, del príncipe de Persia y Ebn Thaher.

Á fin de lograr mas desahogo, Chemselnihar hizo quedar solamente las diez negras con otras diez doncellas que sabian cantar y tocar instrumentos, y despidiendo toda la demás jente, tomó una copa, y con ella en la mano cantó unas coplas amorosas, acompañándolas con su laud una de las doncellas. Al concluir, bebió, y tomando en seguida una de las otras dos copas, presentóla al príncipe rogándole que bebiese por su amor, así como ella acababa de beber por el suyo. Recibióla él con raptos de pasion y deleite, mas antes de beber, quiso tambien cantar una cancion acompañado de otra doncella, y mientras cantaba, brotáronle abundantes lágrimas de sus ojos, por cuya razon espresó en su canto que no sabia si era el vino que ella le habia presentado lo que iba á beber, ó bien sus propias lágrimas. Finalmente, Chemselnihar presentó la última copa á Ebn Thaher, quien le dió gracias por su fineza y por el agasajo con que le distinguia.

Tomó en seguida de manos de una de sus doncellas un laud, á cuya tañido cantó con arranques tan alcalorados, que ninguna reserva al parecer la contenia; y el príncipe de Persia, clavados en ella los ojos, permaneció immóvil cual si estuviese encantado. Estando en esto llegó toda trastornada la esclava confidente, y dijo á su ama: «Señora, Mesrur, con otros dos oficiales y varios eunucos que los acompañan, están á la puerta y dicen que tienen que hablaros de parte del califa.» Al oir estas palabras entrambos convidados se inmutaron y principiaron á temblar, creyendo segura su perdicion, pero Chemselnihar los serenó con una sonrisa.

Traslucióse la claridad del dia, que obligó á Cheherazada á interrumpir su narracion; y á la noche siguiente la continuó de este modo:

NOCHE CLXVII.

Despues de haber desvanecido la zozobra del príncipe de Persia y Ebn Thaher, Chemselnihar encargó á la confidente que fuese á entretener á Mesrur y á los otros dos oficiales del califa, hasta que ella estuviese en disposicion de recibirlos y los mandase avisar. Al punto dió la órden para que se cerrasen todas las ventanas del salon y que se descolgaran las cortinas pintadas que estaban á la parte del jardin; y despues de haber asegurado al príncipe y á Ebn Thaher que ya podian quedarse allí sin temor, salió por la puerta que daba al jardin, y volvióla á cerrar. Sin embargo, por mas que ella les dijo que estaban seguros, les atormentó mas y mas la primera zozobra en su soledad.

Luego que Chemselnihar estuvo en el jardin con las doncellas que la habian seguido, mandó retirar todos los asientos que habian ocupado las doncellas que tañeron los instrumentos enfrente del balcon desde el cual el príncipe de Persia y Ebn Thaher las habian escuchado; y cuando quedó por fin corriente cuanto habia dispuesto, sentóse en el trono de plata, y mandó decir á la esclava confidente que diese entrada al primer eunuco y á sus dos oficiales subalternos.

Presentáronse seguidos de veinte eunucos negros, todos lucidamente vestidos, con el sable en cinto, y un ceñidor de oro de cuatro dedos de ancho; y no bien descubrieron á lo lejos á la predilecta Chemselnihar, hiciéronle su rendido acatamiento, al que correspondió ella desde su asiento. Cuando estuvieron mas cerca, levantóse ella para ir á recibir á Mesrur, que iba delante de todos, y preguntóle qué noticias traia. Él le contestó: « Señora, el caudillo de los creyentes me envia para deciros que ya no puede vivir mas tiempo privado de vuestra presencia, y que está en ánimo de visitaros esta noche; lo que os participo á fin de que os prepareis para recibirle. No duda, señora, que le agasajaréis con tanto placer cuanta es la impaciencia que tiene de hallarse con vos. »

Al oir estas razones de Mesrur, la predilecta Chemselnihar se postró rendidamente en demostracion de la obediencia con que recibia la órden del califa, y en seguida dijo: « Ruégoos que manifesteis al adalid de los creyentes que siempre será una gloria para mí el dar cumplimiento á los mandatos de su majestad, y que esta su esclava se esmerará en recibirle con todo el acatamiento que le es debido. » Al mismo tiempo mandó á la esclava confidente que dispusiese que las negras destinadas al intento pusiesen el palacio en estado de recibir al califa: « Ya veis, » le dijo á Mesrur, « que se requiere algun rato para disponer todo esto; así os encargo hagais de modo que tenga alguna espera, á fin de que á su llegada no nos halle desprevenidas. »

Habiéndose retirado con su comitiva el eunuco mayor, Chemselnihar volvió al salon sumamente desconsolada por tener que despedir al príncipe de Persia antes de lo que se habia prometido; y como llegase á él con los ojos bañados de lágrimas, acrecentóse el sobresalto de Ebn Thaher, por atribuirlas á motivos mas siniestros. « Harto conozco, señora, » dijo el príncipe, « que venis á noticiarnos que es precisa nuestra separacion; mas con tal que no medie otra contingencia mas aciaga, espero que el cielo me dará toda la resignacion que necesito para sobrellevar vuestra ausencia. — ¡Ay! corazon mio, alma mia, » interpuso la muy enamorada Chemselnihar, « ¡cuán feliz os considero y cuán desdichada me veo, comparando vuestra suerte con la mia! No dudo que os aquejará esta privacion, mas á esto se reducen vuestros padecimientos y os será fácil consolaros con la esperanza de volverme á ver. Mas yo, ¡santos cielos! ¡á qué prueba tan rigurosa me veo sentenciada! No tan solo quedaré privada de la vista de lo único que amo, sino que habré de aguantar la de un objeto que por vos me es tan odioso. Y en efecto, con la llegada del califa, ¡no me ha de ser mas sensible vuestra partida! Empapada como estoy en vuestra imájen idolatrada, ¿cómo podré mostrar á ese príncipe el gozo que ha estado viendo en mis ojos cuantas

veces ha estado conmigo? Cuando le hable, mi espíritu estará en otra parte, y los mas leves favores que le conceda á su amor, serán otras tantas puñaladas que me traspasarán el corazon. ¡Cómo he de aguantar sus espresiones y sus halagos! Juzgad, príncipe, qué tormentos serán los mios desde el momento en que deje de veros.» Las lágrimas que derramó y los sollozos incesantes le embargaron el habla. El príncipe de Persia trató de replicarle, mas no tuvo fuerzas para tanto, pues su propio quebranto y el que veia padecer á su amante le tenian absolutamente mudo.

Ebn Thaher, que tan solo ansiaba verse fuera del palacio, tuvo que consolarlos diciéndoles que se armasen de paciencia; pero vino á interrumpirle la esclava confidente, diciendo á Chemselnihar: «Señora, no hay que perder tiempo; ya van llegando los eunucos, y sabeis que pronto vendrá el califa. — ¡Santos cielos! ¡qué cruel es esta separacion!» esclamó la enamorada. «Despachad,» dijo á su confidente; «acompañadlos á la galería que de una parte da al jardin y de la otra al Tígris; y cuando la noche esté muy oscura, haced que salgan ambos con toda seguridad por la puerta escusada.» Al concluir estas palabras, dió un tierno abrazo al príncipe de Persia, sin poder proferir palabra alguna, y fué á recibir al califa, trastornada como se deja discurrir.

La esclava confidente acompañó al príncipe y á Ebn Thaher á la galería que le espresó Chemselnihar, y los dejó allí encerrados, asegurándoles que no tenian nada que temer y que volveria á sacarlos cuando fuese tiempo.

Mas ya va amaneciendo, dijo en este punto Cheherazada, y me permitiréis, ó gran señor, que guarde silencio. Á la noche siguiente prosiguió de este modo su narracion:

NOCHE CLXVIII.

Señor, no bien se hubo retirado la esclava confidente de Chemselnihar, cuando ya el príncipe de Persia y Ebn Thaher, olvidando lo que les habia dicho de que no tenian nada que temer, principiaron á rejistrar toda la galería y quedaron sobrecojidos de un terror pánico al reconocer que no habia parage alguno por donde pudiesen escaparse, en caso que al califa ó alguno de su servidumbre les ocurriese ir allí.

De repente vieron un gran resplandor hácia la parte del jardin, por entre las celosías, lo que les llevó á examinar de donde procedia, y vieron que lo ocasionaban cien antorchas de blanca cera que llevaban en la mano otros tantos jóvenes eunucos negros. Seguian á estos mas de otros tantos eunucos de mas edad, todos pertenecientes á la guardia de las damas del palacio del califa, con sable en mano, y vestidos al igual de los demás que he dicho; y detrás venia el califa, teniendo á Mesrur, jefe de los eunucos, á la derecha, y á Vasif, su segundo, á la izquierda.

Chemselnihar estaba esperando al califa á la entrada de una calle de árboles, acompañada de veinte mujeres, todas ellas de asombrosa belleza y adornadas de collares y pendientes de gruesos diamantes, que venian á cubrirles la cabeza. Cantaban al son de los instrumentos que traian y formaban un deleitoso concierto. Luego que la predilecta descubrió al califa, adelantóse y postróse á sus plantas, en cuyo acto dijo para sí estas palabras: «Príncipe de Persia, si vuestros ojos son testigos de lo que estoy haciendo, juzgad cuan rigurosa es mi suerte: ante vos quisiera yo humillarme de este modo, que por cierto no lo repugnara mi corazon.»

Embriagado el califa con la vista de Chemselnihar, «Levantad, señora,» le dijo, «llegaos, que no puedo disculparme á mí mismo del mucho tiempo que me he privado del gusto de veros.» Al concluir estas palabras, tomóle la mano, y dirijiéndole otras palabras cariñosas, fué á sentarse en el trono de plata que le mandó traer Chemselnihar. Sentóse ella delante de él en un sillon, y las veinte doncellas formaron círculo en derredor, sentadas en otras sillas, al tiempo que los eunucos se dispersaron por el



jardin á cierta distancia unos de otros, á fin de que el califa pudiese gozar mas cómodamente del fresco de la noche.

Cuando estuvo sentado el califa, tendió la vista al rededor, y vió con gran satisfaccion todo el jardin iluminado de infinidad de otras luces, á mas de las antorchas que los jóvenes eunucos traian; mas notó que el salon estaba cerrado, y estrañándolo, pidió le dijesen la causa. Habíase dispuesto así muy de intento para sobrecojerle, y no bien acabó de hablar, abriéronse todas las ventanas á un mismo tiempo, y vióle iluminado al esterior y al interior de un modo incomparablemente mas primoroso que en cuantas veces lo habia visto. « Entiendo, encantadora Chemselnihar, » dijo viendo aquel espectáculo, « que habeis tratado de hacerme saber que hay noches tan hermosas como los dias mas bellos; y segun lo que estoy mirando, debo confesar que es verdad. »

Volvamos al príncipe de Persia y á Ebn Thaher, á quienes dejamos en la galería. No podia Ebn Thaher admirar lo bastante todo aquello que á su vista se estaba ofreciendo, y dijo: « Ya soy de edad harto avanzada, y son muchas las grandes funciones que he presenciado en el discurso de mi vida, pero dudo que pueda verse perspectiva mas asombrosa, ni que ostente mayor grandiosidad. Tolo lo que nos cuentan de los alcázares encantados no admite comparacion con el prodijioso espectáculo que á la vista tenemos. ¡ Qué riqueza, qué magnificencia! »

No paraba su atencion el príncipe de Persia en aquellos esplendorosos objetos que tanto cautivaban á Ebn Thaher, pues sus ojos no veian mas que á Chemselnihar, y sumíale en estremado desconsuelo la presencia del califa. « Querido Ebn Thaher, » esclamó, « ¡ ojalá tuviera yo el ánimo desahogado para embargarme, como vos, en lo que debiera causarme admiracion! Mas ¡ ay! ¡ cuán diverso es el estado en que me hallo! Cuantos objetos tenemos delante tan solo sirven para acrecentar mi quebranto. ¿Cómo cabe que vea al califa en conversacion familiar con la que yo adoro, sin morirme de congoja y desesperacion? ¡ Ah! ¿ un amor tan entrañable como el mio ha de ir al través por tamaño personaje, por todo un califa? ¡ Dios mio! ¡ cuán adversa, cuán inhumana es mi estrella! No ha

nada que me tenia por el amante mas venturoso del orbe, y ahora me siento en el corazon una llaga que me da la muerte. Ya no puedo mas resistir, querido Ebn Thaher; mi sufrimiento está de remate; el penar me postra, y mi valor ya está exánime. » Al proferir estas palabras, vió que ocurria en el jardin alguna cosa, novedad que le obligó á guardar silencio y fijar su atencion.

Era que el califa habia mandado á una de las doncellas que cantase á su laud, y ella daba principio á su canto. Dijo unas espresiones fogosísimas, y persuadido el califa de que las cantaba por órden de Chemselnihar, que en otras ocasiones le habia dado semejantes muestras de afecto, interpretólas á su favor, aunque por esta vez no fuese tal el ánimo de aquella, que las estaba aplicando al ídolo de sus entrañas Ali Ebn Becar; y dejóse apoderar de un dolor tan vehemente por tener delante de sí un objeto cuya presencia ya no le era dable tolerar, que cayó desmayada sobre el respaldo del sillon, y hubiera venido al suelo por no tener este brazos de apoyo, si al punto no acudieran algunas de sus doncellas á darle auxilio, llevándola al salon.

Sobrecojido Ebn Thaher con aquella novedad, desde la galería donde estaba, volvió la cabeza hácia el príncipe de Persia, y en lugar de verle asomado á la zelosía mirando como él, quedó sumamente pasmado de verle tendido á sus piés sin movimiento alguno. Con aquel terminante desengaño acabó de conocer el estremo de pasion que profesaba el príncipe á Chemselnihar, y no pudo menos de admirar aquel raro efecto de simpatía, el cual le causó sumo quebranto á causa del sitio donde se hallaban. En balde fueron todos sus conatos para hacerle volver en sí; y hallándose en aquel apuro, abrió la puerta de la galería la confidente de Chemselnihar, y entró sin aliento y como si ya hubiese perdido el tino. « Venid pronto, » esclamó, « salid conmigo. Todo es confusion en este sitio. y creo que ha llegado nuestro último dia. — ¿Y cómo quereis que salgamos? » respondió Ebn Thaher con voz que daba á conocer su desconsuelo. « Hacedme el favor de llegaros, y ved el príncipe en que estado se halla. » Viéndole desmayado la esclava, corrió por agüa sin perder tiempo en palabras ociosas, y regresó en un instante.

Por fin, volvió en sí el príncipe de Persia, despues de haberle echado agua á la cara, y Ebn Thaher le dijo: « Príncipe, ved que corremos peligro de perder la vida, si permanecemos mas tiempo en este lugar: recojed vuestras fuerzas, y salgamos pronto de aquí. » Estaba tan débil que no pudo levantarse solo; y dándole la mano Ebn Thaher y la confidente, sostuviéronle por ambos lados, y acompañáronle hasta un portillo de hierro que daba salida hácia el rio Tígris. Salieron por allí y anduvieron hasta un canalizo que tenia comunicacion con el rio, donde dió unas palmadas la confidente, y al punto apareció un esquife que vino hácia ellos con solo un remero. Ali Ebn Becar y su compañero se embarcaron, y la esclava confidente se quedó á la orilla del canal. Luego que el príncipe estuvo sentado en el esquife, alargó una mano hácia el palacio, y colocando la otra sobre el corazon, prorumpió con voz doliente en estas palabras: « Bien idolatrado de mi alma, recibid con esta mano mi fe, mientras con la otra os aseguro que mi corazon conservará eternamente el fuego en que por vos se está abrasando. »

Al llegar á este punto, notó Cheherazada que ya era de dia, y calló hasta la noche siguiente, en que prosiguió de este modo:

NOCHE CLXIX.

Seguia bogando el barquero con todas sus fuerzas, y la esclava confidente de Chemselnihar acompañó el esquife por la márjen del canal hasta llegar á la madre del rio Tígris, donde se despidió del príncipe y Ebn Thaher, por serle imposible pasar mas adelante.

Aun no habia recobrado el príncipe sus fuerzas, y procuraba consolarle su compañero exhor-

tándole para que se revistiese de brios, diciéndole: « Juzgad que cuando echemos pié á tierra, tendrémos aun que andar largo trecho para llegar á mi casa; pues no os aconsejo que nos encaminemos á la vuestra, que está mucho mas lejos, por ser muy tarde y por el estado en que os hallais, habiendo además peligro de que la ronda diese con nosotros. » Por fin salieron del esquife, pero el príncipe estaba tan débil que no le era posible andar, lo que dió mucho que discurrir á Ebn Thaher: pero acordóse de que en aquella vecindad tenia un amigo íntimo, y á duras penas llevó al príncipe hasta su albergue. Recibiólos el amigo con mucha satisfaccion, y despues que les hubo hecho tomar asiento, preguntóles de dónde venian tan tarde; y díjole Ebn Thaher: « He sabido esta noche que un sujeto que me debe una cantidad bastante crecida de dinero estaba en ánimo de emprender un largo viaje, y sin perder tiempo he ido en su busca, habiendo encontrado en el camino á este jóven señor que aquí veis, á quien debo muchas atenciones; como él conoce á mi deudor, ha tenido á bien acompañarme, y entre los dos hemos podido á mucha costa reducir á buenos términos á aquel hombre, aunque para lograrlo se nos ha hecho tan tarde. Al regreso, hallándonos muy cerca de vuestra casa, este buen señor, á quien debo grandes consideraciones, se ha sentido indispuesto, y he aquí porqué me he visto en la precision de llamar á vuestra puerta, lisonjeándome que os avendréis gustoso á darnos hospedaje por esta noche. »

El amigo de Ebn Thaher se dió por satisfecho con esta fábula, díjoles que eran muy bienvenidos, y ofreció al príncipe, aunque no le conocia, toda clase de asistencia; pero Ebn Thaher tomó la palabra en lugar del príncipe, y dijo que el mal que tenia no necesitaba mas que reposo. Por estas razones conoció el amigo que deseaban descansar, y por tanto los acompañó á un aposento, donde los dejó solos.

Si algo durmió el príncipe de Persia, fué con interrupcion de pesadísimos sueños en que veia á Chemselnihar desmayada á los piés del califa, lo que le mantenia en su desconsuelo. Ebn Thaher, que ansiaba verse en su casa, pues no dudaba que su familia estaria con mortal sobresalto, porque era la primera vez que dormia fuera de casa, madrugó muchísimo y se marchó despues de haberse despedido de su amigo, que tambien se habia levantado para rezar la oracion del alba. Llegado á su casa con el príncipe de Persia, que harto hizo en poder llegar hasta allí, lo primero que este hizo fué echarse sobre un sofá, cansado como si acabase de hacer un larguísimo viaje. Como no se hallaba en estado de poder trasladarse á su casa, Ebn Thaher le mandó arreglar una alcoba, y para que sus parientes no estuviesen con cuidado, envió un criado á decirles donde y como se encontraba. Al mismo tiempo encargó al príncipe de Persia que se esplayase, que mandase en su casa y dispusiese de cuanto le pareciese. « Acepto gustoso, » dijo el príncipe, « los oficiosos ofrecimientos que me haceis; pero no quisiera incomodaros, y os ruego hagais como si no estuviera en vuestra casa, pues si os tomais la menor incomodidad, no quisiera permanecer un momento en ella. »

Luego que Ebn Thaher estuvo algun tanto sosegado, esplicó á su familia cuanto habia pasado en el palacio de Chemselnihar, y terminó dando gracias á Dios por haberle librado del peligro que habia corrido. Los principales criados del príncipe de Persia vinieron á recibir sus órdenes en casa de Ebn Thaher, y tambien acudieron allí muchos amigos suyos que tuvieron noticia de su indisposicion, pasando con él la mayor parte del dia, con cuya compañía, aunque no pudo orillar los aciagos pensamientos que le aquejaban, logró sin embargo dar algunas treguas á su quebranto. Queria marcharse antes de la noche, mas conociendo su fiel amigo Ebn Thaher que estaba aun apocado, le precisó á quedarse hasta el dia siguiente, y á fin de proporcionarle distraccion dióle á la noche un concierto de voces é instrumentos: lo que solo sirvió para reproducir en la memoria del príncipe el de la noche anterior, enconando mas bien que aliviando su desconsuelo. Así es que al dia siguiente parecia habérsele agravado la dolencia, en vista de lo cual ya no se opuso Ebn Thaher al intento que tenia el príncipe de retirarse á su casa, cuidando él mismo de hacerlo trasladar á ella y acompañarle. Cuando estuvieron solos en su aposento, hízole presente todos los motivos que tenia para hacer un conato jeneroso y vencer una pasion cuyo término no podia menos de redundar, así á él como á su querida, en aciagas resultas; á lo que contestó el príncipe: « ¡ Ah ! querido Ebn Thaher, ¡ cuán llano es para vos dar semejante consejo, pero cuán árduo me es á mí el seguirlo ! Conozco que es muy útil, mas no puedo aprovecharme de él. Ya lo tengo dicho, llevaré al sepulcro el amor que profeso á Chemselnihar. » Viendo Ebn Thaher que nada podia conseguir con sus reflexiones, despidióse del príncipe para marcharse.

Al ver Cheherazada que ya amanecia, guardó silencio, y á la noche siguiente continuó de este modo:

NOCHE CLXX.

El príncipe de Persia le detuvo, diciéndole: « Bondadoso Ebn Thaher, aunque os he declarado que no estaba en mí el seguir vuestros consejos, suplícoos no me condeneis ni dejeis por ello de continuarme las pruebas de vuestra amistad; la mayor que podeis darme es tenerme al corriente de la suerte de mi querida Chemselnihar, pues la incertidumbre en que me hallo relativamente á ella y las mortales aprensiones que me causa su desmayo son las que me tienen en la prostracion que me echais en cara. — Señor, » le respondió Ebn Thaher, « confiad en que su desmayo no habrá tenido funestos resultados, y que su confidente no tardará en venir á enterarme de cuanto haya ocurrido; y en cuanto lo sepa, no dejaré de venir á haceros de todo una relacion puntualísima. »

Habiendo dejado en esta confianza al príncipe de Persia, volvió á su casa Ebn Thaher, y en vano estuvo aguardando todo el dia á la confidente de Chemselnihar, pues no asomó, como tampoco el dia siguiente. El afan que traia por saber de la salud del príncipe no le permitió pasar mas tiempo sin verle, y fuése á su casa con ánimo de alentarle. Hallóle en la cama, tan doliente como antes, y rodeado de varios amigos y facultativos que se valian de todos los recursos del arte para indagar la causa de su enfermedad. En cuanto vió á Ebn Thaher, miróle sonriéndose para manifestarle en primer lugar que se alegraba de verle, y en segundo, cuan equivocados andaban los médicos en sus conjeturas para descubrir el oríjen de su dolencia.

Fuéronse retirando amigos y médicos hasta venir á quedar solos el enfermo y Ebn Thaher; y entónces acercándose este á su lecho, le preguntó cómo se hallaba desde que no le habia visto. « Solo puedo deciros, » contestó el príncipe, « que mi amor, el cual se va acrecentando cada vez mas, y la incertidumbre del estado de Chemselnihar, aumentan por momentos mi mal y me reducen á un estado que acongoja en gran manera á todos mis parientes y amigos, y descamina á los facultativos. No podeis formar concepto de lo que estoy padeciendo al ver tanta jente como me importuna y de quien no me está bien desprenderme, pues tan solo vuestra compañía me proporciona algun consuelo; pero os suplico no me oculteis nada, y me digais lo que sabeis de Chemselnihar. ¿ Habeis visto á su confidente? ¿ qué os ha dicho? » Ebn Thaher contestó que no la habia visto, y no bien hubo dado al príncipe esta aciaga noticia, cuando le asomaron las lágrimas á los ojos, sin poder articular una sola palabra, tan acongojado tenia el corazon. « Dispensad, príncipe, » replicó Ebn Thaher, « que os diga que sois harto propenso á estaros así angustiando. Enjugad, por Dios, esas lágrimas, porque pudiera entrar alguno de vuestros criados, y no ignorais la reserva con que debeis guardar vuestros afectos, que con esa flaqueza pudieran traslucirse. » Por mas que dijo el discreto confidente, no pudo el príncipe reprimir su llanto, esclamando luego que logró recobrar el uso del habla: « Cuerdo Ebn Thaher, fácil me será estorbar que mi lengua revele los arcanos del corazon; pero ningun poder tengo sobre mi llanto, mediando la zozobra que me está acosando por Chemselnihar: si este adorable y único objeto de mis anhelos faltara del mundo, ni un momento pudiera yo existir. — Orillad esa aprension tan congojosa, » repuso Ebn Thaher; « no dudeis que Chemselnihar vive todavía, y si no os ha mandado noticias suyas, es porque no le ha cabido coyuntura, y confio que no llegará la noche sin que las recibais. » Díjole además otras varias razones para consolarle, y en seguida se despidió.

A poco de haber llegado á su casa Ebn Thaher, se presentó la confidente de Chemselnihar con semblante muy angustiado, lo que le hizo formar dolorosas conjeturas; y habiéndole preguntado por su señora, ella le contestó: « Dadme vos primero noticias para sacarme del afan en que me dejó el haber visto marcharse al príncipe de Persia en aquel estado. » Esplicóle Ebn Thaher lo que ella deseaba saber, y al concluir, la esclava le dijo: « No queda haciendo

menos mi señora por el príncipe de Persia que este ha padecido y padece aun por ella : cuando me hube separado de vosotros, volví al salon, donde hallé á Chemselnihar, que aun no habia vuelto en sí, por mas auxilios que se hubiesen apronlado. El califa estaba sentado á su inmediacion dando muestras de sumo quebranto, y preguntando á todas las doncellas y á mí particularmente si podíamos alcanzar la causa de su dolencia; pero guardamos el secreto, y dijímosle lo contrario de lo que sabíamos. Sin embargo todas estábamos llorosas al verla padecer tanto rato, y no perdonábamos medio para proporcionarle todo jénero de alivio. Por fin, era ya media noche cuando volvió en sí, de lo que mostró mucho contento el califa, el cual habia tenido el empeño de esperar hasta entónces, y preguntó á Chemselnihar de qué podia venirle aquel trastorno. Luego que conoció su voz, hizo un esfuerzo para incorporarse, y besándole los piés antes de darle tiempo que se lo estorbase, le dijo : « Señor, he de quejarme del cielo por haberme negado la gracia completa de espirar á los piés de vuestra majestad para que conozcais hasta que punto estoy penetrada de vuestras finezas. — Estoy mas que persuadido de que me amais, » le dijo el califa, « pero quiero que os conserveis por mi amor. Probablemente habréis hecho hoy algun esceso que os habrá ocasionado esa indisposicion: cuidad otra vez de evitar que tal suceda. Me alegro de veros mejor, y os aconsejo que paseis aquí la noche, en lugar de volver á vuestro aposento, no fuese que os perjudicase el movimiento. » En esto mandó traer un poco de vino, y quiso que lo bebiera para corroborarse, y en seguida se despidió de ella y retiróse á su morada.

« Luego que hubo salido el califa, mi señora me hizo seña de acercarme, y con mucha solicitud me preguntó noticias vuestras. Aseguréle que ya habia tiempo que vos habiais salido de palacio, y esto la sosegó algun tanto. Le callé el desmayo del príncipe, por temor de hacerla recaer en el mismo estado de que le habia costado volver; pero fué infructuoso mi afan, como lo oiréis ahora. « Príncipe, » esclamó, « desde hoy me desentiendo de todo recreo, mientras esté privada de tu vista. Si he podido interesar tu corazon, tú has movido tambien el mio; y puesto que tu llanto no ha de cesar hasta que me hayas hallado, justo es que yo llore y me acongoje hasta que seas devuelto á mi pasion. » Al concluir estas palabras, las que pronunció con ímpetus de entrañable cariño, cayó otra vez desmayada en mis brazos. »

Aquí vió Cheherazada la claridad del dia, y calló hasta la noche siguiente, en que continuó de este modo :

NOCHE CLXXI.

La confidente de Chemselnihar siguió refiriendo á Ebn Thaher cuanto habia sobrevenido á su señora desde su primer desmayo, diciendo : « Tardamos aun largo rato en hacerla volver en sí, y cuando por fin lo conseguimos, yo le dije : — « Está visto, señora, que os habeis empeñado en dejaros morir, y hacernos fenecer á nosotras tambien : ruégoos, en nombre del príncipe de Persia, por quien os interesa vivir, que hagais por conservar vuestra existencia; dejaos persuadir, os lo suplico, y alentaos por lo que os debeis á vos misma, al amor del príncipe y al cariño que nosotras os profesamos. — Estoy entrañablemente agradecida, » contestó, « á vuestro esmero, á vuestro afan y á vuestros consejos; mas ¡ay! ¿de qué provecho me pueden servir? Ni siquiera una vislumbre de esperanza nos puede halagar : solo en la tumba hallarémos el fin de nuestros quebrantos. » Una de mis compañeras quiso distraerla de tan aciagos pensamientos entonando una cancion sobre el laud; pero ella la mandó callar, y dispuso que se saliese con las demás á fin de pasar la noche á solas conmigo. ¡Qué noche, santos cielos! Pasóla empapada en lágrimas y acosada de sollozos, nombrando sin cesar al príncipe de Persia, y lamentándose de la suerte que la habia destinado para el califa, á quien no

podia amar, y no á él á quien estaba idolatrando.

«Al dia siguiente, no hallándose á su placer en el salon, ayudéla á pasar á su aposento, donde luego que llegó vinieron á verla por órden del califa todos los médicos del palacio, no tardando mucho en llegar este mismo príncipe. Los remedios que los médicos recetaron á Chemselnihar fueron tanto menos eficaces cuanto ignoraban el oríjen de su dolencia, y el trastorno que le causaba la presencia del califa no hacia mas que aumentársela. Sin embargo, esta noche ha descansado algun poco, y luego que ha dispertado me ha encargado que os viniese á ver para saber noticias del príncipe de Persia. — Ya os he dicho el estado en que se halla,» le contestó Ebn Thaher; «así, volved con vuestra señora, y aseguradle que el príncipe de Persia estaba esperando saber de ella con igual impaciencia á la suya. Exortadla sobre todo á reportarse y esparcirse para evitar ante el califa toda espresion que pudiera perdernos á todos. — En cuanto á mí,» replicó la confidente, «os confieso que estoy temiendo algun desastre por sus arrebatos; pues me he tomado la llaneza de decirle lo que pensaba sobre el particular, y estoy persuadida de que no llevará á mal que le vuelva á hablar de lo mismo por parte vuestra.»

Como Ebn Thaher acababa de llegar de la casa del príncipe de Persia, no juzgó oportuno volver á verle tan pronto y desatender ciertos negocios importantes que le sobrevinieron al llegar á su casa: no fué allá hasta la caida del sol, y halló al príncipe solo y en el mismo estado que por la mañana; y así que vió á Ebn Thaher, le dijo: «No dudo que teneis muchos amigos; mas no saben por cierto lo que valeis, como lo estáis demostrando con ese afan incesante, los cuidados que traeis, y el trabajo que os tomais cuando se trata de servirlos. Lo mucho que con tanto afecto haceis por mí me abochorna, y no sé de qué modo podré pagároslo. — Príncipe,» le contestó Ebn Thaher, «orillemos por ahora esas razones: no tan solo estoy pronto á perder un ojo por conservar uno vuestro, sino hasta á sacrificar mi vida por la vuestra. No se trata ahora de esto: vengo para deciros que Chemselnihar me ha mandado su confidente para saber noticias vuestras, y al mismo tiempo para dármelas suyas; y podeis contar con que cuanto le he dicho no es sino aquello que puede haberle corroborado el concepto de vuestro amor vehementísimo para con su señora, y el teson con que la estáis idolatrando.» En seguida le contó menudamente lo mismo que le habia dicho la esclava confidente; y el príncipe le estuvo escuchando con mil vaivenes de zozobra, zelos, cariño y compasion que le fué infundiendo su relacion, haciendo sobre cada particularidad que iba oyendo todas las reflexiones dolientes ó consoladoras de que era capaz un amante tan sumamente apasionado.

Tanto se fué alargando su conversacion, que siendo ya muy entrada la noche, quiso el príncipe de Persia que Ebn Thaher se quedase en su casa. Á la madrugada, mientras aquel íntimo amigo regresaba á la suya, vió que se le acercaba una mujer, que luego conoció ser la confidente de Chemselnihar, la cual le dijo: «Mi señora me manda saludaros, y os ruega entregueis este billete al principe de Persia.» Tomó el celoso Ebn Thaher el papel, y retrocedió con la esclava confidente á la casa del referido príncipe.

Suspendió en este punto su narracion Cheherazada, por ver que ya era de dia, y á la noche siguiente prosiguió de este modo:

NOCHE CLXXII.

Señor, dijo Cheherazada al sultan de las Indias, cuando Ebn Thaher estuvo en el palacio del príncipe de Persia con la confidente de Chemselnihar, rogóle que esperase un rato en la antesala; y luego que le vió el príncipe, preguntóle con ahinco qué noticias le traia. «La mejor que pudierais apetecer,» le contestó Ebn Thaher; «sois correspondido con el mismo estremo que vos amáis. Ahí teneis, en la antesala, á la confidente de Chemselnihar, que os trae

una carta de su ama, y no espera sino vuestro permiso para entrar. — ¡Que entre! » esclamó el príncipe con raptos de júbilo. Y al decir esto, incorporóse para recibirla.

Como los criados del príncipe habian salido del cuarto en cuanto vieron entrar á Ebn Thaher para dejarlos á solas, salió este á abrir la puerta á la confidente. Conocióla desde luego el príncipe y recibióla con sumo agasajo. Ella le dijo : « Señor, sé todo lo que habeis padecido despues que tuve el honor de acompañaros al esquife que debia llevaros; pero confio que la carta que os traigo conducirá para vuestra curacion. » Al decir esto, presentóle el billete, y al tomarlo, besólo repetidas veces, abriólo y leyó las siguientes palabras :

CARTA DE CHEMSELNIHAR AL PRINCIPE DE PERSIA ALI EBN BECAR.

« La persona que os entregue la presente os dará noticias mias mejor que yo pudiera hacerlo, pues ni yo misma me conozco desde que dejé de veros. Privada de vuestra presencia, procuro embelesarme con escribiros estos renglones mal formados, con el mismo placer que si lograra la dicha de estaros hablando.

« Dicen que la paciencia es un remedio para todos los males, y sin embargo acibara los mios en vez de aliviarlos. Aunque vuestra imájen esté entrañablemente estampada en mi interior, mis ojos anhelan la dicha de estar viendo de continuo el orijinal, y perderán toda su luz, si han de carecer mucho tiempo de tamaña satisfaccion. ¿Puedo lisonjearme de que los vuestros estén igualmente ansiosos por verme? Sí; lo puedo, pues me lo han dado á entender con sus tiernas miradas. ¡Cuán venturosa seria Chemselnihar, y tambien vos, príncipe, si mis deseos, tan conformes con los vuestros, no se encontrasen con obstáculos insuperables. Estos me acongojan tanto mas, cuanto son todos causa de nuestro quebranto.

« Estos ímpetus que van mal rasgueando mis dedos y que espreso con indecible deleite, repitiéndolos muchas veces, brotan de lo íntimo de mi corazon y de la incurable llaga que me teneis hecha, mil veces bendita, á pesar del mortal desconsuelo que estoy padeciendo con vuestra ausencia. Nada fuera todo cuanto se opone á nuestros amores, si tan sólo me fuese dable el veros alguna vez á mis anchuras. Entónces os poseeria: ¿y qué mas pudiera anhelar?

« No creais que mis palabras digan mas de lo que estoy pensando. ¡Ay! cualesquiera que sean las espresiones de que me valga, siento que conceptúo mucho mas de lo que digo. Mis ojos están en vela perpetua, derramando lágrimas, hasta que os vuelvan á ver; mi corazon inconsolable tan solo á vos anhela; los suspiros que despido, cuantas veces pienso en vos, esto es, á cada instante; mi imajinacion, que no me presenta otro objeto que mi amado príncipe; las quejas que doy al cielo por los rigores de mi suerte; finalmente mi tristeza, zozobras y tormentos, que no me dan tregua desde que os he perdido, harto están atestiguando cuanto os escribo.

« ¡Cuán desventurada soy de haber nacido para amar desahuciada de gozar lo que estoy amando! Esta dolorosa aprension me acosa en tal estremo, que causara mi muerte, á no estar persuadida de que me correspondeis; pero este grato consuelo contrapesa mi desesperacion y me aficiona á la vida. Decidme que siempre me amais : guardaré preciosamente vuestra carta, la leeré mil veces al dia, y sufriré mis quebrantos con menos impaciencia. Deseo que el cielo se desenoje con nosotros y nos proporcione ocasiones para decirnos desahogadamente que nos amamos y que esta pasion sea sempiterna. Adios. Saludo á Ebn Thaher, á quien ambos debemos tantos favores. »

El príncipe de Persia no se contentó con leer esta carta una vez. Parecióle que la habia leido con poco ahinco; volvióla á leer mas pausadamente, y mientras lo hacia, daba melancólicos suspiros, derramaba lágrimas y manifestaba su regocijo y su pasion, segun se sentia conmovido con la lectura. Finalmente, no se saciaba de mirar los renglones rasgueados por una mano tan querida, é iba á leerlos por tercera vez, cuando Ebn Thaher le advirtió que la confidente no podia perder mucho rato, y que debia tratar de la contestacion. « ¡Ay de mí! » esclamó el príncipe, « ¿cómo quereis que conteste á un billete tan afectuoso? ¿En qué términos me espresaré en medio de la turbacion que padezco? Mi espíritu está azorado con un mar de pensamientos crueles, y mis conceptos se desvanecen luego que los he concebido para dar lugar á otros. ¿Cómo podré sujetar el papel y llevar la caña (1) para formar letras, trascendiendo á mi cuerpo los vaivenes de mi alma? »

Al decir esto, sacó de un bufete que estaba cerca de él una caña cortada y un tintero.

Cheherazada suspendió su narracion, advirtiendo que era de dia, y á la mañana siguiente la prosiguió de esta manera :

(1) Los Arabes, Persas y Turcos, cuando escriben, sujetan el papel con la mano izquierda, apoyándola en la rodilla, y escriben con la derecha, valiéndose de una caña cortada como nuestras plumas. Esta especie de caña no está hueca, y se parece á un junco, aunque tiene mas consistencia.

NOCHE CLXXIII.

Señor, el príncipe de Persia, antes de ponerse á escribir, entregó la carta de Chemselnihar á Ebn Thaher y le pidió que la tuviese abierta delante mientras escribia, para que, echando los ojos encima, viese mejor lo que debia contestar. Empezó á escribir; pero las lágrimas que se desprendian de sus ojos sobre el papel le precisaron repetidas veces á pararse para darles libre desahogo. Al fin acabó la carta, y poniéndola en manos de Ebn Thaher, « Leedla, os ruego, » le dijo, « y hacedme el favor de ver si el desconcierto que reina en mi ánimo me ha permitido formar una contestacion atinada. » Tomóla Ebn Thaher y leyó lo que sigue:

CONTESTACION DEL PRINCIPE DE PERSIA AL BILLETE DE CHEMSELNIHAR.

« Hallábame sumido en mortal desconsuelo, cuando me entregaron vuestra carta. Solo al verla me sentí arrebatado con un júbilo indecible, y al conocer los caractéres de vuestra hermosa diestra, traspasó mis ojos una luz mas ardiente que aquella que perdieron al cerrarse los vuestros de repente á los piés de mi competidor. Las palabras contenidas en ese billete espresivo son otros tantos destellos esplendorosos que han disipado las tinieblas que oscurecian mi alma. Por ellas conozco cuanto estáis padeciendo por amor mio, y tambien que no ignorais lo mucho que por vos me aqueja, y así me consuelan en mi quebranto. Por una parte me hacen derramar copiosas lágrimas, y por otra parte encienden en mi corazon un fuego que le sostiene y me salva al ir á espirar de dolor. Ni un momento de sosiego he tenido desde nuestra cruel separacion. Solo vuestro billete vino á dar algun alivio á tantísimo dolor. He guardado un ansioso silencio hasta el punto en que lo recibí, y entónces recobré el habla. Hallábame sumido en pavorosa melancolía, y vuestro escrito me ha infundido un júbilo que al punto resplandeció en mis ojos y semblante. Pero tan sumo fué mi asombro al recibir una fineza no merecida, que no sabia por donde empezar para manifestaros mi reconocimiento. Finalmente, despues de haberlo besado repetidas veces, como una prenda preciosa de vuestra dignacion, lo leí y releí, quedando atónito con mi dicha. Quereis que os diga que siempre os amo. ¡ Ah ! aun cuando no os amara en tan sumo grado, no podria menos de adoraros tras las pruebas que me dais de un cariño tan estremado. Sí, os amo, alma mia, y me tendré por venturoso en arder toda mi vida en el precioso fuego que encendisteis en mi pecho. Nunca me quejaré del intensísimo ardor que me abrasa, y por agudo que sea el martirio que me causa vuestra ausencia, lo sobrellevaré esforzadamente con la esperanza de veros algun dia. ¡ Ojalá fuera hoy mismo, y que en vez de enviaros mi carta, me fuera dable aseguraros personalmente que ardo por vos de pasion! Las lágrimas no me permiten decir mas. Adios. »

Ebn Thaher no pudo menos de llorar al leer los últimos renglones, y devolvió la carta al príncipe de Persia, asegurándole que nada habia que retocar en ella. El príncipe la cerró, y despues de haberla sellado, « Acercaos, por favor, » le dijo á la confidente de Chemselnihar, que estaba algo desviada; « aquí teneis la contestacion que doy á la carta de vuestra querida ama. Os ruego que se la lleveis y la saludeis en mi nombre. » La esclava confidente tomó el billete y se retiró con Ebn Thaher.

Al acabar estas palabras, la sultana de las Indias calló, porque ya amanecia, dejando para la noche siguiente la continuacion de esta historia.

NOCHE CLXXIV.

Ebn Thaher acompañó algun trecho á la esclava confidente, y luego volvió á casa, en donde se puso á recapacitar sobre el trato amoroso en que por su fatalidad se hallaba comprometido. Reflexionó que el príncipe de Persia y Chemselnihar, á pesar del sumo interés que tenian en ocultar su correspondencia, obraban con tan poca reserva que no podia estar secreta por mucho tiempo, y de aquí sacó cuantas consecuencias debian ocurrir á un hombre sensato. « Si Chemselnihar fuera una dama cualquiera, » se decia, « contribuiria con todo mi ahinco á hacerla feliz con su amante; pero es la predilecta del califa, y nadie puede intentar impunemente el galantear á la que ama. Su enojo caerá al pronto sobre Chemselnihar; el príncipe de Persia perderá la vida, y yo me veré arrollado en su desventura. Sin embargo, tengo que mirar por la conservacion de mi honor, sosiego, familia y bienes. Preciso es pues que me escude, mientras está en mi mano. »

Estas especies lo tuvieron embargado todo aquel dia, y á la mañana siguiente fué á casa del príncipe de Persia, con ánimo de echar el resto para precisarle á vencer su pasion. Con efecto, le advirtió cuanto ya le tenia manifestado, aunque sin provecho: que haria mucho mejor en emplear todo su brio en sofocar la inclinacion que abrigaba para con Chemselnihar, mas bien que dejarse arrollar por ella; pues era tanto mas espuesta en cuanto su competidor era mas poderoso. « Finalmente, señor, » añadió, « si habeis de creerme, procurad triunfar de vuestro amor; si no, os esponeis á perderos con Chemselnihar, cuyos dias deben seros mas apreciables que los propios vuestros. Os doy este consejo como un amigo, y algun dia me lo agradeceréis. »

El príncipe escuchó á Ebn Thaher con impaciencia. No obstante le dejó decir cuanto quiso, y luego cuando tomó la palabra, « Ebn Thaher, » le dijo, « ¿creeis que yo pueda dejar de amar á Chemselnihar, amándome ella tan entrañablemente? No teme esponer su vida por mí, ¿y quereis que me afane yo ahora por preservar la mia? No; suceda lo que sucediere, amaré á Chemselnihar hasta el postrer suspiro. »

Ebn Thaher, lastimado con la temeridad del príncipe de Persia, se marchó precipitadamente y se retiró á su casa, en donde, trayendo á su mente las reflexiones del dia anterior, se puso á recapacitar eficazmente en el partido que debia tomar. En aquel momento vino á verle un joyero íntimo amigo suyo. Este habia advertido que la confidente de Chemselnihar iba con mucha frecuencia á casa de Ebn Thaher, quien pasaba todo el dia con el príncipe de Persia, cuya enfermedad era sabida de todos, aunque se ignorase la causa. Todo esto le habia dado que maliciar, y como Ebn Thaher le pareció pensativo, juzgó que algun negocio de entidad le tenia perplejo, y suponiendo alcanzarlo, le preguntó qué le podia ofrecer la esclava confidente de Chemselnihar. Ebn Thaher quedó sobrecogido con esta pregunta y quiso disimular diciéndole que venia con tanta frecuencia á su casa por una pequeñez. « No me hablais sin rebozo, » le replicó el joyero, « y vais á persuadirme, con vuestro disimulo, que esa pequeñez es un negocio mas importante de lo que al pronto creí. »

Viendo Ebn Thaher que su amigo le instaba tanto, le dijo: « Es cierto que el negocio es de la mayor importancia. Estaba en ánimo de encubrirlo; pero como sé el interés que tomais en cuanto me atañe, prefiero el franquearme sin límites al veros maliciar lo que no existe. No os encargo el secreto, pues con lo que voy á deciros, conoceréis cuan importante es el reservarlo. » Tras esto le refirió los amores de Chemselnihar y del príncipe de Persia. « Ya sabeis, » añadió despues, « cuanto valimiento tengo en la corte y en toda la ciudad con los grandes y las damas de primera clase. ¡Qué vergüenza fuera para mí, si llegaran á descubrirse tan temerarios amores! Pero ¡qué digo! quedaríamos perdidos mi familia y yo. He aquí lo que me tiene tan preocupado; pero acabo de tomar una determinacion. Me deben bastante, y yo

tambien tengo cantidades que satisfacer; voy á vincularme en pagar á mis acreedores y recobrar mis créditos; y cuando haya puesto á buen recaudo mis haberes, me retiraré á Balsora, y allí permaneceré hasta que haya pasado la borrasca que estoy previendo. El cariño que profeso á Chemselnihar y al príncipe de Persia me hace partícipe de los quebrantos que pueden sobrevenirles; ruego á Dios que les dé á conocer el peligro á que se esponen y que los conserve; pero si su suerte adversa es que sus amores lleguen á conocimiento del califa, á lo menos estaré á cubierto de su resentimiento, porque no los creo tan mal intencionados que quieran despeñarme con ellos. Si tal sucediera, su ingratitud seria estremada; seria recompensar mal los servicios que les he hecho y los buenos consejos que les he dado, sobre todo al príncipe de Persia, que aun pudiera salir del trance, si lo quisiera con todas veras. Fácil le es marcharse de Bagdad como yo, y la ausencia le haria olvidar insensiblemente una pasion que no hará mas que aumentar mientras se empeñe en permanecer aquí.»

Atónito estuvo oyendo el joyero la narracion de Ebn Thaher. «Lo que acabais de referirme,» le dijo, «es de tal entidad, que no alcanzo á comprender cómo Chemselnihar y el príncipe de Persia se han dejado avasallar por un amor tan violento. Por mas recia que sea la inclinacion que los atrae mútuamente, en vez de ceder cobardemente, debian resistirla y hacer mejor uso de su razon. ¿Cómo han podido alucinarse sobre las aciagas consecuencias de su amor? ¡Qué lamentable ceguedad! Alcanzo como vos todas las consecuencias; pero sois sensato y prudente, y la resolucion que habeis tomado merece mi aprobacion: de ese modo únicamente podeis escudaros contra los funestos acontecimientos que debeis temer.» Despues de esta conversacion, el joyero se levantó y despidió de Ebn Thaher.

Señor, dijo en este punto Cheherazada, empieza á amanecer, y no debo entretener por mas tiempo á vuestra majestad. Calló, y á la mañana siguiente prosiguió en estos términos:



NOCHE CLXXV.

Antes que se marchara el joyero, Ebn Thaher no hizo falta en suplicarle, por la amistad que los hermanaba, que nada dijera de cuanto acababa de oir. «Estad seguro,» le dijo el joyero, «de que os guardaré el secreto con riesgo de la vida.»

Dos dias despues de esta conversacion, pasó el joyero por delante de la tienda de Ebn Tha-

her, y viéndola cerrada, no puso duda en que su amigo habia ejecutado el intento consabido. Para cerciorarse de su presuncion, preguntó á un vecino si sabia porqué no estaba abierta, y este le respondió que Ebn Thaher habia emprendido un viaje. Nada mas quiso saber, y al punto se acordó del príncipe de Persia. « Desgraciado príncipe, » dijo allá en su interior, « ¡ qué pesar tendréis cuando sepais esta noticia! ¿ Por qué medio seguiréis vuestra correspondencia con Chemselnihar? Temo que morais de desesperacion, os compadezco y es forzoso que os resarza del malogro de un confidente harto apocado. »

El negocio que lo habia movido á salir era de poca importancia, y así lo dejó por entónces, y aunque solo conocia al príncipe de Persia por haberle vendido algunas joyas, no dejó de pasar á su casa. Habló con un criado y le suplicó que dijera á su amo que deseaba verle por un negocio importantísimo. Pronto volvió el criado y acompañó al joyero al aposento del príncipe, que estaba reclinado en un sofá con la cabeza recostada sobre un almohadon. Como se acordó de haberle visto, se incorporó para recibirle, y le dijo que era muy bien venido; y habiéndole rogado que tomara asiento, le preguntó en qué podia servirle, ó si venia á participarle alguna noticia relativa á él mismo. « Príncipe, » le respondió el joyero, « aunque no tengo la honra de seros particularmente conocido, me he arrestado á veniros á ver, llevado del afan de manifestaros mi afecto comunicándoos una nueva que os atañe, y confio en que disculparéis mi osadía á favor de mi sanísimo intento. »

Tras esto, el joyero empezó á hablar y prosiguió de este modo: « Príncipe, habeis de saber como hace años traigo negocios con Ebn Thaher, y conjeniando en gran manera, estamos íntimamente relacionados. Me consta que es conocido vuestro, y que hasta ahora ha procurado serviros en cuanto le ha cabido; esto lo he sabido de él mismo, porque nada me oculta, así como yo ningun secreto tengo para él. Acabo de pasar por delante de su tienda, y he estrañado verla cerrada. He preguntado á un vecino el motivo, y ha dicho que hace dos dias Ebn Thaher se despidió de él y de los demás vecinos, ofreciéndoles sus servicios en Balsora, á donde iba para un negocio importantísimo. Poco satisfecho con esta contestacion é interesado en lo que le toca, me he determinado á preguntaros si sabeis algo acerca de una marcha tan arrebatada. »

A estas palabras, que el joyero se habia esmerado en pulir cuanto le fué dable para lograr su intento, el príncipe de Persia se inmutó repentinamente y miró al joyero con ojos en que se leia el desconsuelo que le causaba aquella noticia. « Estraño mucho lo que me decis, » respondió, « y no podia sucederme desventura mas amarga. — « Sí, » esclamó, anegados los ojos en llanto, « estoy perdido, si es cierto lo que me decis. ¡ Ebn Thaher, que era todo mi consuelo y en quien cifraba todas mis esperanzas, me desampara! Ya no debo pensar en vivir tras un golpe tan tremendo. »

No necesitó el joyero oir mas para convencerse plenamente de la violenta pasion del príncipe de Persia. La mera amistad no prorumpe en semejante lenguaje; solo el amor es capaz de causar tan vivos impulsos.

El príncipe permaneció por algun rato embargado todo en angustiosas reflexiones. Al fin alzó la cabeza, y encarándose con un esclavo, « Vete á casa de Ebn Thaher, » le dijo, « habla con alguno de sus criados, y sabe si es cierto que se marchó á Balsora. Corre y vuelve pronto á comunicarme lo que sepas. » Mientras volvia el esclavo, el joyero procuró hablar al príncipe de asuntos indiferentes; pero este no se enteró de lo que hablaba, tan embebido estaba en su mortal zozobra. Ora se persuadia que Ebn Thaher no se habia marchado, ora no le cabia la menor duda, cuando repasaba las palabras que aquel confidente le habia dicho en la última visita que le habia hecho, y el ímpetu con que se habia ido.

Llegó por fin el esclavo del príncipe, y dijo que habia hablado con un criado de Ebn Thaher, quien le habia asegurado que ya no se hallaba en Bagdad, pues habia salido para Balsora dos dias antes. « Al salir de casa de Ebn Thaher, » añadió el esclavo, « se me acercó una jóven bien vestida, y habiéndome preguntado si me hallaba en vuestra servidumbre, me dijo que tenia que hablaros, y al mismo tiempo me ha rogado que la dejara venir conmigo. Está en la antesala, y creo que quiere entregaros una carta de parte de alguna persona de suposicion. » El príncipe dió órden al punto para que la dejaran entrar, no dudando de que era la esclava confidente de Chemselnihar, como en efecto era la misma. El joyero la conoció por haberla visto algunas veces en casa de Ebn Thaher, quien le habia dicho lo que traia. No podia llegar mas oportunamente para estorbar que el príncipe se entregase á su desesperacion. Saludóle... Pero, señor, dijo al llegar aquí Cheherazada, advierto que ya amanece, y así dejaré para mañana la conclusion de esta historia.

NOCHE CLXXVI.

El príncipe de Persia devolvió el saludo á la confidente de Chemselnihar. El joyero se habia levantado al verla entrar y retirado á un lado para dejarlos hablar sin reparo. Luego que la confidente hubo conversado un rato con el príncipe, se despidió de él y salió, dejándole muy diferente de lo que antes estaba. Sus ojos asomaron mas centellantes y su rostro mas placentero, lo cual hizo conceptuar al joyero que la esclava acababa de darle noticias favorables de sus amores.

Volvió á sentarse el joyero junto al príncipe, y le dijo sonriéndose : « Á lo que veo, príncipe, teneis negocios importantes en el palacio del califa. » El príncipe de Persia, muy sobrecojido, y aun asustado con estas palabras, contestó al joyero : « ¿ Y porqué suponeis que tengo negocios en el palacio del califa? — Me lo presumo, » replicó el joyero, « por la esclava que acaba de salir. — ¿ Y de quién creeis que sea esta esclava? » repuso el príncipe. — « De Chemselnihar, predilecta del califa, » dijo el joyero. « Conozco, » añadió, « no solo á la esclava, sino tambien á su ama, quien á veces me ha honrado viniendo á comprar joyas á mi tienda. Además sé que Chemselnihar no guarda reserva alguna con esta esclava, á quien veo de algunos dias á esta parte yendo y viniendo por las calles, y á mi entender, harto azorada. Me figuro que se trata de algun negocio importante relativo á su ama. »

Turbóse el príncipe de Persia con las espresiones del joyero y dijo en su interior : « Ciertamente no me hablaria así, si no maliciara ó supiera mi secreto. » Enmudeció por un rato, no sabiendo qué partido tomar, y al fin se encaró con el joyero y le dijo : « Acabais de hablar de un modo que me da motivo para conceptuar que sabeis mucho mas de lo que decis ; importa en gran manera á mi sosiego que lo sepa á las claras, y así os suplico que no me oculteis el menor ápice sobre el asunto. »

Entónces el joyero, que ya estaba dispuesto para satisfacer su deseo, le fué refiriendo por puntos la conversacion que habia tenido con Ebn Thaher, dándole á entender que estaba enterado de sus relaciones con Chemselnihar, y no dejó de decirle que Ebn Thaher, atemorizado del riesgo que corria á título de confidente, le habia comunicado el intento que traia de retirarse á Balsora y permanecer allí, hasta que abonanzase la tormenta de que estaba tan temeroso. « Eso es lo que ha ejecutado, » añadió el joyero, « y estraño que haya podido resolverse á desampararos en medio de la situacion en que me manifestó que os hallabais. En cuanto á mí, príncipe, os confieso que vuestro afan me ha conmovido ; vengo á ofreceros mis servicios, y si os debo la fineza de admitirlos, me comprometo á guardaros la misma lealtad que Ebn Thaher. Os prometo ante todo mayor teson, estando pronto á sacrificaros mi honor y mi vida, y para que no dudeis de mi sinceridad, juro, por todo lo mas sagrado de nuestra relijion, guardaros un secreto inviolable. Persuadios pues, príncipe, que en mí hallaréis el amigo que habeis perdido. » Estas palabras sosegaron al príncipe, y le consolaron de la ausencia de Ebn Thaher. « Mucho me alegro, » le dijo al joyero, que podais resarcirme el malogro que acabo de padecer. No hallo espresiones para manifestaros mi agradecimiento, ruego á Dios que premie vuestra jenerosidad, y admito gustoso la oferta oficiosa que me estáis haciendo. « ¿ Creeriais, » añadió, « que la confidente de Chemselnihar me ha estado hablando de vos ? Me dijo que vos fuisteis el que aconsejasteis á Ebn Thaher que se marchara de Bagdad. Estas son las últimas palabras que me habló al despedirse, y aun me pareció que así lo estaba creyendo. Pero no se os hace justicia, y no me cabe duda en que se equivoca, tras todo lo que acabais de espresarme. — Príncipe, » le replicó el joyero, « os he hecho un relato individual de la conversacion que tuve con Ebn Thaher. Verdad es que no me opuse á su intento cuando me declaró que pensaba retirarse á Balsora, y aun le dije que obraba como varon atinado ; mas no por eso dejeis de poner

en mí vuestra confianza, pues estoy pronto á serviros con cuanta eficacia me sea dable. Si obrais de otro modo, no por eso dejaré de guardar relijiosamente el secreto, como me he comprometido con mi juramento. — Ya os dije, » repuso el príncipe, « que no daba crédito á las palabras de la confidente. Su afan le ha hecho maliciar esa estremada doblez sin fundamento, y debeis disculparla como yo lo hago. »

Continuaron aun por largo rato su conversacion, y juntos deliberaron sobre los medios mas adecuados para seguir la correspondencia del príncipe con Chemselnihar. Convinieron en que era preciso desimpresionar primero á la confidente, que estaba tan injustamente preocupada contra el joyero. El príncipe se encargó de sacarla de aquel descamino la primera vez que la viera, y de rogarla que se encaminara al joyero cuando tuviese que darle algun billete ó comunicarle alguna especie de parte de su ama. Con efecto, juzgaron que no debia presentarse tan á menudo en casa del príncipe, porque así podia dar motivo á que se descubriera lo que importaba tantísimo tener muy oculto. Finalmente el joyero se levantó y despidió del príncipe despues de haberle repetido que tuviera en él toda su confianza.

La sultana Cheherazada dejó de hablar en este punto, porque ya empezaba á amanecer, y á la noche inmediata prosiguió su narracion del modo siguiente :

NOCHE CLXXVII.

Señor, cuando el joyero se retiraba á casa, halló en la calle una carta que alguien habia perdido ; recojióla, y como no estaba cerrada, la abrió y leyó lo siguiente :

CARTA DE CHEMSELNIHAR AL PRÍNCIPE DE PERSIA.

« Mi confidente acaba de comunicarme una noticia que no me desconsuela menos de lo que debe entristeceros. Verdad es que perdemos mucho con la ausencia de Ebn Thaher ; pero no dejeis por eso, amado príncipe, de pensar en vuestra conservacion. Si nuestro confidente nos desampara llevado de un terror pánico, consideremos que es un quebranto que no hemos podido evitar y del que es forzoso consolarnos. Confieso que carecemos de Ebn Thaher cuando más necesitábamos de su auxilio ; pero armémonos de paciencia contra este golpe imprevisto y no dejemos de amarnos inalterablemente. Fortaleced vuestro pecho contra este descarrío ; no se alcanza sin trabajo lo que se anhela. No nos desanimemos ; confiemos en que el cielo nos será propicio y que verémos cumplidos nuestros afanes tras tantos padecimientos. Adios. »

Mientras que el joyero habia estado conversando con el príncipe de Persia, la confidente habia tenido lugar para volver á palacio y participar á su ama la desagradable noticia de la marcha de Ebn Thaher ; Chemselnihar habia escrito al punto este postrer billete, y mandado á su confidente para llevarlo al príncipe, y esta lo habia perdido en el camino.

Alegróse el joyero de haberlo hallado, porque le proporcionaba un medio de sincerarse para el concepto de la confidente, trayéndola al paraje apetecido. Cuando acababa de leerlo, vió á la esclava que lo estaba buscando con suma zozobra, mirando á todas partes. Cerrólo prontamente y se lo metió en el pecho ; pero la esclava advirtió su accion y corrió tras él. « Señor, » le dijo, « he perdido la carta que teniais ahora en la mano, y os ruego que me la devolvais. » El joyero hizo como que no la oia, y prosiguió su camino para casa. No cerró la puerta tras sí, para que la confidente le siguiera y pudiera entrar, lo cual esta no dejó de hacer, y cuando estuvo en su aposento, « Señor, » le dijo, « no podeis hacer uso de la carta que acabais de hallar ; y no pondriais dificultad en volvérmela, si supierais de parte de quien es, y el sujeto á quien va dirijida. Además, me permitiréis os diga que no podeis honradamente retenerla. »

El joyero hizo sentar á la confidente antes de

responderle, y luego le dijo: «¿No es verdad que la carta de que se trata es de Chemselnihar y que va para el príncipe de Persia?» La esclava, que no esperaba semejante pregunta, se inmutó en gran manera. «Parece que os turbais con esta pregunta,» repuso; «pero habeis de saber que no os la hago por bachillería. Hubiera podido devolveros el papel en la calle; pero he querido traeros aquí, porque deseo manifestaros un desengaño. Decidme, ¿os parece justo achacar un suceso adverso á aquellos que ninguna parte tuvieron en él? Eso, sin embargo, es lo que hicisteis, diciendo al príncipe de Persia que yo fuí el que aconsejé á Ebn Thaher que saliera de Bagdad para su resguardo. No intento desperdiciar el rato sincerándome para con vos; basta que el príncipe de Persia esté plenamente persuadido de mi inocencia en este punto. Os diré solamente que, en vez de haber contribuido á la partida de Ebn Thaher, la he sentido en el alma, no por la amistad que media entre nosotros, sino por compasion con el príncipe á quien dejaba y cuyas relaciones con Chemselnihar me habia descubierto. Luego que estuve seguro de que Ebn Thaher no se hallaba ya en Bagdad, fuí á presentarme al príncipe cuando me visteis en su casa, para comunicarle esta novedad y ofrecerle los mismos servicios que él le hacia. He conseguido mi objeto, y con tal que tengais en mí tanta confianza como teniais en Ebn Thaher, en vuestra mano estará el valeros provechosamente de mi intervencion. Comunicad á vuestra ama lo que acabo de deciros, asegurándola de que aun cuando debiera perecer comprometiéndome en una correspondencia tan espuesta, no me arrepentiré de haberme sacrificado por dos amantes tan dignos uno de otro.»

La confidente escuchó al joyero con suma satisfaccion, y le rogó que disimulara el mal concepto en que le habia tenido llevada de su afan por los intereses de su ama. «Me cabe grandísima satisfaccion,» añadió, «en que el príncipe y Chemselnihar hallen en vos un hombre tan adecuado para ocupar el lugar de Ebn Thaher. No dejaré de manifestar á mi ama la buena voluntad que le profesais.»

Dejó de hablar Cheherazada, advirtiendo que era de dia, y á la noche siguiente prosiguió de esta manera:

NOCHE CLXXVIII.

Luego que la confidente hubo manifestado al joyero el júbilo que le cabia al verle tan dispuesto á servir al príncipe de Persia y á Chemselnihar, sacó del pecho el billete, y se lo devolvió diciéndole: «Tomad, llevádselo prontamente al príncipe de Persia, y volved por acá para que yo vea su contestacion. No os olvideis de comunicarle la conversacion que hemos tenido.»

La confidente tomó la carta y se la llevó al príncipe, quien dió al punto contestacion, y al volver á palacio, pasó por casa del joyero y se la enseñó:

CONTESTACION DEL PRÍNCIPE DE PERSIA Á CHEMSELNIHAR.

«Vuestro precioso billete surtió grandísimo efecto; mas no tanto cual yo apeteciera. Procurais consolarme por el malogro de Ebn Thaher. ¡Ay de mí! por mucho que lo sienta, no es mas que una parte muy menguada de los quebrantos que me acosan. Estáis enterada de todo, y sabeis que solo vuestra presencia es capaz de aliviarlos. ¿Cuándo llegará el dia en que pueda gozar de ella sin zozobra? ¡Cuán distante lo conceptúo! ó mas bien, ¿hemos de estar temiendo que nunca lo llegarémos á ver? Me mandais que me conserve, y os obedeceré, porque me he desapropiado de todo albedrío para seguir tan solo el vuestro. Adios.»

Luego que el joyero leyó la carta, se la devolvió á la confidente, quien le dijo al marcharse: «Señor, voy á hacer de modo que mi ama tenga la misma confianza en vos que tenia en Ebn Thaher. Mañana pasaré por aquí.» Con efecto,

al dia siguiente la vió llegar con un aspecto que demostraba suma satisfaccion. « Vuestro semblante, » dijo el joyero, « me da á conocer que habeis dispuesto el ánimo de Chemselnihar como deseabais. — Verdad es, » respondió la confidente, « y vais á saber de que modo lo he conseguido. Hallé ayer á Chemselnihar que me aguardaba con impaciencia. Le entregué la carta del príncipe ; leyóla anegados los ojos en llanto, y como ví que al acabarla iba á sumirse en su desconsuelo acostumbrado, « Señora, » le dije, « sin duda os aqueja la ausencia de Ebn Thaher ; pero permitidme que os suplique en nombre de Dios que no os azoreis mas sobre ese punto. Hemos hallado otro sujeto como él que se ofrece á serviros con igual afan, y que es mas á propósito por su mayor intrepidez. » Entónces le hablé de vos, » prosiguió la esclava « y le referí el motivo que os habia llevado á casa del príncipe de Persia. Finalmente le aseguré que guardariais inviolablemente la reserva, y que estabais resuelto á favorecer sus amores con todo vuestro ahinco. Con esto se manifestó bastante consolada. « ¡ Ah ! ¡ cuánto debemos el príncipe de Persia y yo, » esclamó, « al hombre honrado de quien hablais ! Quiero conocerle, verle y oir de su boca cuanto acabais de espresarme, y darle gracias por una jenerosidad inaudita con personas por quienes nada le obliga á interesarse con tanto empeño. Su vista me causará regocijo, y echaré el resto en corroborarle en tan finos intentos. No dejeis de ir mañana en su busca, y traerle á mi presencia. » Por lo tanto, señor, tomaos la molestia de venir conmigo á palacio. »

Sebresaltóse el joyero á estas palabras de la confidente. « Vuestra ama, » repuso, « me permitirá que le diga como no ha recapacitado harto de veras lo que está requiriendo de mí. Como Ebn Thaher tenia entrada en la corte, podia pasar por todas partes, y los oficiales que le conocian le franqueaban á sus anchuras el palacio de Chemselnihar ; ¿ pero cómo me he de atrever yo á entrar allí ? Vos misma veis que esto no cabe, y así os ruego que manifesteis á Chemselnihar los motivos que deben retraerme de darle esta satisfaccion, y esponerme á las infaustas consecuencias que pudieran sobrevenir. Por poco que pare la atencion, hallará que es arriesgarme infinito, y luego, á mi parecer, infructuosamente. »

La confidente procuró serenar al joyero. « Pues qué, ¿ os imajinais, » le dijo, « que Chemselnihar esté tan privada de razon que os esponga al menor peligro llamándoos á palacio, cuando aguarda de vos tan importantes servicios ? Recapacitad vos mismo que no correis peligro alguno. Demasiado interesadas estamos mi ama y yo para comprometeros torpemente y á ciegas. Podeis fiaros de mí y dejaros llevar. Cuando estéis de vuelta, vos mismo confesaréis que eran infundadas vuestras zozobras. »

Allanóse el joyero á las reconvenciones de la confidente y se levantó para acompañarla ; pero por mucho que se jactara naturalmente de entereza, era tal el pavor que se le habia apoderado, que temblaba como un azogado. « En ese estado, » le dijo la esclava, « ya veo que vale mucho mejor que os quedeis en casa y que Chemselnihar tome otras disposiciones para veros, y no me cabe duda en que vendrá á visitaros ella misma para satisfacer el deseo que tiene de conoceros : así, señor, no salgais, pues estoy segura de que no tardaréis en verla. » La confidente habia acertado, pues no bien contó á Chemselnihar el susto del joyero, esta se dispuso á ir á su casa.

Recibióla con todas las demostraciones del mas sumiso acatamiento, y cuando se hubo sentado, como estaba algo cansada del camino que habia andado, alzó el velo y dejó ver al joyero una hermosura que le dió á conocer cuan disculpable era el principe de Persia en haber entregado su corazon á la predilecta del califa. Chemselnihar saludó al joyero con cariñosa sonrisa y le dijo : « No he podido saber con qué empeño os habeis interesado por el príncipe de Persia y por mí, sin formar al punto el intento de agradecéroslo en persona. Doy gracias al cielo que nos ha resarcido tan pronto el malogro de Ebn Thaher. »

Cheherazada tuvo que pararse en este punto, con motivo de ser ya de dia, y á la mañana siguiente prosiguió de este modo su narracion :

NOCHE CLXXIX.

Otras muchas ternezas espresó Chemselnihar al joyero y luego se retiró á palacio. El joyero fué inmediatamente á comunicar esta visita al príncipe de Persia, quien le dijo al verle: « Os estaba aguardando con suma impaciencia; la esclava confidente me ha traido una carta de su ama; pero su contenido no me ha llenado. Cualesquiera que sean las esperanzas de la amable Chemselnihar, nada me atrevo á prometerme, y mi sufrimiento se está apurando. No acierto á formar intento alguno. La partida de Ebn Thaher me tiene desesperado; era mi arrimo: con él lo he perdido todo. Con él podia lisonjearme con alguna esperanza por la entrada espedita que lograba en las habitaciones de Chemselnihar. »

Á estas palabras, que el príncipe pronunció con tanto ímpetu sin dar al joyero tregua para contestar, este le dijo: « Príncipe, no cabe interesarse mas en vuestros quebrantos de lo que yo me conduelo, y si os dignais tener la paciencia de escucharme, veréis que puedo proporcionaros algun alivio. » Entónces el príncipe calló y prestó atencion. « Ya veo, » replicó el joyero, « que el único medio de daros gusto es hacer



de modo que podais conversar libremente con Chemselnihar. Voy á rodearos ese logro, y desde mañana me dedicaré al intento. No es forzoso que os espongais entrando en palacio; ya sabeis por esperiencia que es un paso muy aventurado. Sé un lugar mas adecuado para este avistamiento, y en el que estaréis á buen recaudo.»

Al acabar el joyero estas palabras, el príncipe le dió un estrecho abrazo. «Con esa encantadora promesa resucitais,» le dijo, «á un desventurado amante que se habia sentenciado á muerte. Á lo que veo, he resarcido colmadamente la pérdida de Ebn Thaher; todo cuanto hiciereis será bien hecho; á vos me entrego por entero.»

Luego que el príncipe hubo dado gracias al joyero por el afan que le manifestaba, se retiró este á su casa, á donde fué á buscarle al dia siguiente la confidente de Chemselnihar. Él le dijo que habia lisonjeado al príncipe de Persia con que pronto veria á su amante. «Para eso vengo,» le respondió la confidente, «y así vamos á idear nuestras disposiciones. Me parece,» añadió «que esta casa seria bastante cómoda para el avistamiento. — Muy bien pudiera recibirlos aquí,» repuso el joyero; pero me ha parecido que estarán con mayor libertad en otra casa que tengo y que está actualmente desalquilada. Pronto la habré amueblado con bastante aseo para recibirlos. — Si es así,» replicó la confidente, «no queda ya mas que hacer consentir á Chemselnihar. Voy á decírselo, y dentro de un rato volveré á daros respuesta.»

Con efecto anduvo muy dilijente, volviendo de allí á poco, y comunicó al joyero que su ama no haria falta en acudir á la cita al anochecer. Al mismo tiempo le entregó una bolsa, diciéndole que era para los gastos de la colacion. El joyero la llevó al punto á la casa en que los amantes debian verificar su encuentro, para que supiera en donde estaba y pudiera acompañar á su ama; y luego que se hubieron separado, fué á pedir prestada, en casa de sus amigos, vajilla de oro y plata, alfombras, ricos almohadones y otros muebles, con los cuales adornó su casa con mucha magnificencia. Cuando lo tuvo todo dispuesto, pasó á verse con el príncipe de Persia.

Figuraos cual seria el gozo del príncipe cuando el joyero le dijo que iba en su busca para llevarle á la casa que tenia dispuesta para recibir á entrambos amantes. Esta noticia le hizo olvidar sus pesares y padecimientos. Vistióse un traje magnífico y salió sin acompañamiento con el joyero, quien le fué llevando por calles muy estraviadas para que nadie los observara, y le introdujo al fin en la casa donde se pusieron á conversar hasta la llegada de Chemselnihar.

No aguardaron largo rato á la enamorada hermosura. Llegó despues de la oracion, al ponerse el sol, con su confidente y otras dos esclavas. Imposible me fuera espresaros el rapto de alborozo que se apoderó de entrambos amantes á la vista uno de otro. Sentáronse en el sofá, mirándose sin poder hablar, tan fuera estaban de sí. Pero cuando recobraron el uso del habla, se desquitaron de aquel silencio, diciéndose tales ternezas que hicieron llorar al joyero, á la confidente y á las otras dos esclavas. Sin embargo, el primero enjugó sus lágrimas para aviar la colacion, que trajo el mismo. Los amantes comieron y bebieron poco, y tras esto, habiéndose sentado otra vez en el sofá, Chemselnihar preguntó al joyero si tenia laud ó algun otro instrumento. El joyero, que se habia esmerado en surtirse de cuanto podia complacerla, le aprontó el laud apetecido. La predilecta lo estuvo templando un ratillo, y luego se puso á cantar.

Aquí se paró Cheherazada, porque empezaba á amanecer, y á la noche siguiente prosiguió de esta manera:

NOCHE CLXXX.

En el momento en que Chemselnihar tenia estático al príncipe de Persia, espresándole su pasion en versos repentinos, se oyó un gran estruendo, y al punto se presentó muy sobresaltado un esclavo que el joyero habia traido consigo, diciendo que estaban violentando la puerta;

que habia preguntado quién era, pero que en vez de responderle, habian repetido los golpes. El joyero sobresaltado dejó al príncipe con Chemselnihar para ir á cenciorarse de esta mala noticia. Ya se hallaba en el patio, cuando divisó en medio de la oscuridad una cuadrilla de hombres armados con sables y bayonetas, que habian volcado la puerta y se adelantaban en derechura hácia él. Arrimóse prontamente á la pared, y sin que le viesen, los dejó pasar, y contó hásta diez.

Como no le cabia servir del menor auxilio al príncipe de Persia y á Chemselnihar, se contentó con lamentarse de su suerte y determinó huir. Salió de su casa y fué á refujiarse á la de un vecino que aun no estaba acostado, no dudando de que tamaña violencia se hacia de órden del califa, á quien sin duda habian informado del avistamiento de su idolatrada con el príncipe de Persia. Desde la casa en que estaba oculto, oyó el estrépito que movian en la suya, el cual duró hasta media noche. Entónces, pareciéndole que todo estaba sosegado, rogó al vecino que le dejara un sable, y saliendo armado, se adelantó hasta la puerta de su casa y entró en el patio, en donde tropezó despavoridamente con un hombre que le preguntó quién era. Conoció por la voz que era su esclavo. « ¿Cómo hicistes, » le dijo, « para que la ronda no te cojiera? — Señor, me oculté en un rincon del patio y salí tan pronto como dejé de oir estruendo. Pero no es la ronda la que ha entrado en casa, sino unos ladrones que saquearon poco hace una en este barrio. Es de creer que habrán observado los ricos muebles que aquí mandasteis traer y que los hayan apetecido. »

El joyero conceptuó probable la conjetura de su esclavo. Recorrió la casa, y vió en efecto que los ladrones se habian llevado los ricos muebles del aposento destinado á Chemselnihar y á su amante, robando la vajilla de oro y plata, y finalmente que no habian dejado la menor alhaja. Sumo fué su desconsuelo. « ¡ Oh cielos! » esclamó, « ¡ estoy perdido sin remedio! » ¿Qué dirán mis amigos y qué escusa les daré cuando les diga que unos salteadores forzaron mi casa y robaron lo que tan jenerosamente me habian prestado? Será preciso que los indemnice de la pérdida que les he causado. Además, ¿qué se han hecho el príncipe de Persia y Chemselnihar? Este lance meterá tanto ruido, que es imposible no llegue á oidos del califa. Sabrá esta cita, y serviré de víctima á su enojo. » El esclavo, que le era muy fiel, procuró consolarle. « Con respecto á Chemselnihar, » le dijo, « los ladrones se habrán contentado con quitarle sus joyas, y podeis creer que se habrá retirado á palacio con sus esclavas; igual suerte habrá cabido al príncipe de Persia; así podeis confiar en que el califa ignorará siempre esta aventura. En cuanto á la pérdida que han tenido vuestros amigos, es una desgracia que no pudisteis evitar. Saben muy bien que abundan mucho los ladrones y que han tenido la osadía de saquear, no solo la casa de que os hablé, sino tambien otras muchas de los principales señores de la corte; y no ignoran que, á pesar de las órdenes que se han dado para cojerlos, no se ha podido prender ninguno por muchas pesquisas que se han hecho. Cumpliréis restituyendo á vuestros amigos el valor de las alhajas que os robaron, y aun, á Dios gracias, os quedará con que vivir. »

Entretanto que amanecia, el joyero mandó á su esclavo que compusiera del mejor modo posible la puerta derribada, y luego se volvió con su esclavo á la casa en que vivia, rumiando desconsoladamente cuanto le habia sucedido. « Ebn Thaher, » iba diciendo para sí, « fué mas cuerdo que yo; habia previsto este fracaso en que yo he venido á tropezar ciegamente. ¡ Ojalá no me hubiese nunca metido en una tramoya que quizá me costará la vida! »

Apenas amaneció, corrió por la ciudad la noticia de la casa robada, y atrajo á casa del joyero á varios amigos y vecinos, los cuales, socolor de condolerse de su quebranto, ansiaban saber los pormenores. No dejó de darles gracias por el interés que le manifestaban y tuvo al menos el consuelo de ver que nadie le hablaba de Chemselnihar ni del príncipe de Persia, con lo cual se figuró que estaban en su casa ó seguros en alguna parte.

Cuando el joyero se quedó solo, sus criados le sirvieron de comer; pero apenas probó bocado. Eran sobre las doce, cuando un esclavo suyo se llegó á decirle que habia á la puerta un hombre que no conocia y que deseaba hablarle. El joyero, no queriendo recibir en su casa á un desconocido, se levantó y fué á hablarle á la puerta. « Aunque no me conoceis, » le dijo el hombre, « yo os conozco muy bien y vengo á tratar de un negocio importante. » Á estas palabras el joyero le suplicó que pasase adelante. « No, » replicó el desconocido, « mejor es que os tomeis la molestia de veniros conmigo hasta la otra casa que teneis. — ¿Cómo sabeis, » repuso el joyero, « que tengo otra casa? — Lo sé, » respondió el desconocido; « no teneis mas que veniros conmigo sin temer nada; tengo que comunicaros una especie que os causará

suma satisfaccion.» El joyero se marchó al punto con él, y despues de haberle referido por el camino de qué modo habia sido robada la casa donde iban, le dijo que no estaba en estado de poderle recibir en ella.

Cuando llegaron delante de la casa y el desconocido vió que la puerta estaba medio rota, «Vamos adelante,» le dijo al joyero; «Ya veo que me habeis dicho la verdad. Voy á llevaros á un sitio donde estarémos con toda comodidad.» Al decir esto, echaron otra vez á andar y caminaron todo lo restante del dia sin pararse. El joyero, cansado del camino que habia hecho, y acongojado viendo que se acercaba la noche y que el desconocido caminaba siempre sin decirle á donde queria llevarle, empezaba á desazonarse, cuando llegaron á un sitio que conducia al Tígris. Luego que estuvieron á la orilla del rio, se embarcaron en un barquichuelo y pasaron á la márjen opuesta. Entónces el desconocido llevó al joyero por una larga calle, en la que nunca habia estado, y despues de haberle hecho pasar por varias calles estraviadas, se paró á una puerta que abrió. Hizo pasar al joyero, cerró la puerta con una gruesa barra de hierro y le condujo á otro aposento, donde habia otros diez hombres que no eran menos desconocidos para el joyero que su acompañante.

Estos diez hombres recibieron marcialmente al joyero. Dijéronle que se sentara, lo que él ejecutó al punto. Mucho lo necesitaba, porque no solo estaba sin aliento de haber caminado tanto rato, sino que la zozobra que se habia apoderado de él al verse entre jentes tan propias para causarla, no le hubiera dejado permanecer en pié. Como aguardaban á su principal para cenar, luego que este llegó, sirvieron la cena. Se lavaron las manos, y obligaron al joyero á hacer otro tanto y á que se sentara con ellos á la mesa. Terminada la cena, preguntáronle si sabia con quiénes estaba hablando; respondió que no, y que ignoraba el barrio y el lugar en que se hallaba. «Contadnos vuestra aventura de esta noche,» le dijeron, «y no nos disfraceis nada.» El joyero, atónito á estas palabras, les respondió: «Señores mios, probablemente la sabeis ya. — Es cierto, replicaron, «que el jóven y la dama que estaban ayer noche en vuestra casa nos la han contado; pero la queremos oir de vuestra boca.» Esto fué bastante para que entendiera el joyero que hablaba con los salteadores que habian robado su casa. «Señores mios,» esclamó, «estoy sumamente zozobroso por ese jóven y esa dama; ¿podriais darme noticias suyas?»

Al llegar aquí Cheherazada, se interrumpió para avisar al sultan de las Indias que asomaba el dia, y guardó silencio hasta la noche siguiente.

NOCHE CLXXXI.

Señor, preguntando el joyero á los ladrones si podian darle noticias del jóven y de la dama, «No os apureis por ellos,» respondieron; «estan en lugar seguro y sin novedad.» Al decir esto, le apuntaron dos gabinetes, asegurándole que estaban cada uno por separado en ellos. «Nos han dicho,» añadieron, «que solo vos estáis sabedor de cuanto les atañe. Luego que lo hemos sabido, hemos guardado con ellos cuantos miramientos son dables por consideracion vuestra. Muy lejos de haber usado de violencia, les hemos franqueado toda clase de atenciones, y ninguno de nosotros quisiera haberles hecho el menor daño. Lo mismo os decimos por lo que á vos toca, y podeis tener en nosotros la mayor confianza.»

El joyero, sosegado con estas palabras y contento de que el príncipe de Persia y Chemselnihar no tuviesen novedad, se esmeró en interesar mas y mas á los salteadores en su favor. Dióles mil elojios y bendiciones y les dijo: «Señores, confieso que no tengo la honra de conoceros; pero es una gran dicha para mí el no seros desconocido y no acabaré jamás de agradeceros la fortuna que este conocimiento me ha proporcionado. Dejando á parte una accion tan humana,

veo que solo los de vuestra esfera son capaces de guardar un secreto, de modo que nunca sea descubierto; y si hay algun lance arduo, sabeis desempeñarlo con acierto, valor é intrepidez. Fundado en estas prendas, que con razon os corresponden, no pongo dificultad en referiros mi historia y la de las otras dos personas que hallasteis en mi casa, con toda la puntualidad que me habeis pedido. »

Luego que el joyero hubo tomado estas precauciones para interesar á los ladrones en la narracion que iba á hacerles, la cual no podia menos de surtir buen efecto en cuanto lo podia conceptuar, les refirió, sin omitir nada, los amores del príncipe de Persia y de Chemselnihar desde el principio hasta la cita que les habia proporcionado en su casa.

Grande fué la estrañeza de los ladrones cuando oyeron todos estos pormenores. « ¡ Cómo ! » esclamaron cuando el joyero hubo concluido, « ¿ es posible que el jóven sea el ilustre Ali Ebn Becar, príncipe de Persia, y la dama la hermosa y célebre Chemselnihar? » El joyero les juró que lo que decia era cierto, y añadió que no debian estrañar que unas personas tan distinguidas tuviesen repugnancia en darse á conocer.

Entónces los salteadores fueron á echarse uno tras otro á los piés del príncipe y de Chemselnihar, y les suplicaron que les perdonasen, protestando que no les hubiera sucedido nada, si hubiesen sabido qué clase de personas eran antes de entrar en la casa del joyero. « Procurarémos enmendar el yerro que hemos cometido,» añadieron, y volviéndose á incorporar con él le espresaron : « Mucho sentimos no poderos volver todo lo que se os ha robado, pues parte de ello yá no está en nuestro poder; os rogamos que os contenteis con la plata que vamos á poner en vuestras manos. »

El joyero se tuvo por dichosísimo con el favor que le hacian. Cuando los ladrones hubieron entregado la plata, trajeron al príncipe de Persia y á Chemselnihar, y les dijeron, como tambien al joyero, que iban á llevarlos á un sitio, desde el cual podrian retirarse cada uno á su casa; pero que antes querian que se comprometiesen con juramento á no descubrirlos. El príncipe de Persia, Chemselnihar y el joyero les dijeron que hubieran podido fiarse de su palabra; pero que ya que lo deseaban, juraban solemnemente guardarles una fidelidad inviolable. Al punto los ladrones, satisfechos de su juramento, salieron con ellos.

Por el camino, el joyero, cuidadoso por no ver á la confidente y á las dos esclavas, se acercó á Chemselnihar y le rogó que le dijese qué se habian hecho. « Ninguna noticia sé de ellas, » respondió, « y lo único que puedo deciros, es que nos arrebataron de vuestra casa, que cruzamos el agua y fuimos conducidos á la casa de donde salimos. »

Chemselnihar y el joyero no pudieron conversar por mas tiempo. Se dejaron llevar por los ladrones con el príncipe y llegaron á la orilla del rio. Los salteadores cojieron una barca, se embarcaron con ellos y los pasaron á la márjen opuesta.

Oyóse al desembarcar un estruendo, y era de una ronda á caballo, que acudia velozmente y llegó en el momento en que la barca se alejaba de la orilla llevándose los salteadores.

El comandante de la tropa preguntó al príncipe, á Chemselnihar y al joyero de dónde venian tan tarde y quiénes eran. Como estaban sobrecojidos de pavor, y por otra parte temian decir alguna palabra que les perjudicase, se quedaron atónitos. Sin embargo era preciso que hablasen, y eso es lo que hizo el joyero, que estaba algo menos trastornado. « Señor, » respondió, « en primer lugar puedo aseguraros que somos jente honrada de esta ciudad. Aquellos que van en la barca que se va alejando son unos ladrones que asaltaron la noche pasada la casa en que nos hallábamos. La saquearon y nos llevaron á su madriguera, en donde, tras de valernos de todos cuantos medios suaves hemos podido, hemos conseguido nuestra libertad y que nos trajesen aquí. Nos han restituido una parte de lo que nos habian robado, como podeis ver. » Y diciendo esto, enseñó al comandante la plata que llevaba envuelta.

No satisfecho este con la contestacion del joyero, se acercó á él y al príncipe de Persia, mirándolos uno tras otro. « Confesadme, » les dijo, « quién es esta dama, cómo la conoceis y en qué barrio vivis. »

Esta pregunta los puso en grande aprieto, y no sabian qué responder; pero Chemselnihar venció la dificultad, llamó á parte al comandante, y apenas le hubo hablado, cuando se apeó con grandes demostraciones de respeto y atencion y mandó á su jente que trajeran dos barcas.

Cuando llegaron estas, el comandante hizo embarcar en una á Chemselnihar y en la otra al príncipe de Persia y al joyero con dos soldados en cada embarcacion, y con órden de que los acompañaran hasta el punto que apeteciesen. Las dos barcas tomaron un camino enteramente opuesto. Nosotros no atendemos por ahora sino á la que llevaba al príncipe de Persia y al joyero.

El príncipe, para evitar molestias á los que le acompañaban, les dijo que llevaria consigo al joyero y les puntualizó el barrio en que vivia. Con esta indicacion los conductores tocaron con la barca delante del palacio del califa, con lo cual se sobrecojieron el príncipe y el joyero, aunque sin atreverse á manifestar sus temores. Aunque habian oido la órden del comandante, sin embargo se imajinaron que iban á meterlos en el cuerpo de guardia, para ser presentados al califa al dia siguiente.

Empero, no era este el ánimo de los conductores, pues habiendo desembarcado para reunirse con su jente, los recomendaron á un oficial de la guardia del califa, quien les dió dos soldados para que los acompañaran por tierra al palacio del príncipe de Persia, que estaba distante del rio. Llegaron por fin; pero tan cansados, que apenas podian moverse.

Este sumo cansancio, junto con la amargura del príncipe de Persia por el aciago contratiempo que le habia sobrevenido, como tambien á Chemselnihar, privándole de la esperanza de otra visita, le causó un desmayo al sentarse en un sofá. Mientras que la mayor parte de sus criados estaban solícitos en hacerle volver en sí, los demás cercaron al joyero, rogándole que les dijera lo que habia sucedido al príncipe cuya ausencia los habia tenido en un sobresalto indecible.

Tras estas palabras, Cheherazada calló, porque ya empezaba á amanecer, dejando para el dia siguiente la continuacion de su historia.

NOCHE CLXXXII.

Señor, ayer dijeá vuestra majestad que mientras algunos criados estaban afanados en hacer volver al príncipe de su desmayo, otros preguntaban al joyero lo que le habia sucedido á su amo. El joyero, que tenia buen cuidado en no descubrirles lo que no debian saber, les respondió que el caso era muy estraño; pero que no era aquella ocasion para contárselo y que era mejor atender al príncipe. Afortunadamente, este volvió entónces en sí, y los que habian hecho aquella pregunta con tanto afan se alejaron ó callaron sumisamente, y gozosos en estremo de que no le hubiese durado por mas tiempo el parasismo.

Aunque el príncipe de Persia recobró el sentido, sin embargo quedó tan postrado, que apenas podia abrir la boca para hablar. No respondia sino con señas, aun á sus padres que le hablaban, y aun se hallaba en el mismo estado, á la madrugada, cuando se le despidió por fin el joyero. El príncipe solo le respondió con una mirada y alargándole la mano; y viendo que ba cargado con la plata que los ladrones le habian devuelto, hizo señas á un criado para que se la tomara y llevara á su casa.

La familia del joyero le habia estado aguardando con suma zozobra el dia que habia salido con el hombre que preguntara por él, y á quien no conocian, y habia supuesto que le habia sobrevenido algun lance peor que el primero, luego que pasó la hora en que debia haber vuelto. Su esposa, hijos y criados estaban muy acongojados cuando llegó. Regocijáronse sobremanera al verle; pero se sobresaltaron al hallarle tan demudado en tan breve tiempo. La fatiga del dia anterior, y la noche, pasada siempre temeroso y desvelado, habian ocasionado aquella mutacion, de modo que estaba desconocido. Como se sentia muy abatido, permaneció dos dias en su casa para restablecerse, y solo vió algunos íntimos amigos á quienes habia encargado que franquearan la entrada.

Al tercer dia, el joyero sintiendo que habia recobrado algunas fuerzas, creyó que se aumentarian si salia á tomar el ambiente, y así se marchó á la tienda de un rico mercader amigo suyo, con el cual estuvo conversando por largo rato. Cuando se levantaba para despedirse de su amigo y retirarse, advirtió una mujer que le hacia señas, y conoció que era la confidente de Chemselnihar. En el vaiven de su júbilo y recelo, se retiró mas prontamente sin mirarla. Ella le siguió, como el joyero se lo habia presumido, porque el lugar en que se hallaba no era á pro-

pósito para conversar con ella. Como caminaba algo de priesa, la confidente, no pudiendo seguirle, le voceaba de tanto en tanto que la aguardara. Él la oia; pero tras lo que le habia sucedido, no queria hablarle en público, por temor de que se maliciara que tenia ó hubiera tenido relaciones con Chemselnihar. Con efecto era sabido en Bagdad que pertenecia á la predilecta y que hacia todas sus compras. Prosiguió del mismo paso y llegó á una mezquita no muy concurrida y en donde sabia que no habria entónces nadie. La confidente entró tras él, y pudieron conversar sin testigos.

El joyero y la confidente de Chemselnihar se manifestaron recíprocamente cuanta complacencia tenian en volverse á ver, despues de la estraña aventura ocasionada por los ladrones, y sus recelos uno por otro, sin hablar del que tocaba á su persona.

El joyero queria que la confidente empezara á referirle cómo se habia escapado con las dos esclavas, y luego que le diera noticias de Chemselnihar desde que no la habia visto. Pero la confidente se mostró tan solícita por saber antes lo que le habia sucedido desde su separacion tan imprevista, que hubo de satisfacerla. « He aquí, » dijo al concluir, « lo que de mí deseabais saber : ahora contadme por vuestra parte lo que ya os he preguntado. »

« Luego que vi asomar los ladrones, » dijo la confidente, « me imajiné, sin mirarlos bien, que eran unos soldados de la guardia del califa que este enviaba, por haber sabido la cita de Chemselnihar, para quitarle la vida, y tambien al príncipe de Persia y á todos nosotros. Embargada con esta aprension, subí al punto á la azotea de vuestra casa, mientras que los ladrones entraron en el aposento en que se hallaban el príncipe de Persia y Chemselnihar, y las dos esclavas me siguieron prontamente. Pasamos de una en otra azotea, y al fin llegamos á la de una casa habitada por jente muy honrada, que nos recibió con muchas atenciones y con quien pasamos la noche.

« Á la madrugada, despues de haber dado gracias al amo de la casa por el favor que nos habia hecho, regresamos al palacio de Chemselnihar. Entramos azoradísimas, y tanto mas acongojadas, cuanto ignorábamos cuál habia sido el paradero de nuestros dos desventurados amantes. Las demás mujeres de Chemselnihar se quedaron atónitas cuando vieron que volvíamos sin ella. Dijímosles, como ya estábamos convenidas, que se habia quedado en casa de una amiga suya y que debia mandar por nosotras para irla á buscar cuando quisiese volver, y esta escusa las satisfizo.

« Sin embargo, pasé el dia sumamente desazonada, y cuando llegó la noche, abrí la puerta de atrás y ví un barquichuelo en el canal que desemboca sobre el rio. Llamé al barquero y le pedí que fuera siguiendo el rio, á ver si descubria una dama, y que si la encontraba, que la trajera consigo.

« Aguardé su vuelta con las dos esclavas, que estaban no menos zozobrosas que yo, y eran las doce de la noche, cuando llegó el mismo barquichuelo con dos hombres dentro y una mujer recostada en la popa. Luego que tocó á tierra la embarcacion, los dos hombres ayudaron á la mujer á levantarse y á desembarcar, y la conocí por Chemselnihar, con sumo alborozo de volverla á ver y de que no estaba perdida. »

Cheherazada terminó aquí su narracion por esta noche; pero á la siguiente dijo al sultan de las Indias :

NOCHE CLXXXIII.

Señor, ayer dejamos á la confidente de Chemselnihar en la mezquita, donde referia al joyero lo que le habia sucedido desde su último avistamiento, y las circunstancias de la vuelta de la predilecta á su palacio, y prosiguió de esta manera :

« Alargué la mano á Chemselnihar para ayudarla á apearse. Mucho necesitaba mi auxilio, porque apenas podia tenerse en pié. Luego que hubo desembarcado, me dijo al oido en acento acongojado, que fuera á buscar una bolsa de

mil piezas de oro y se la diera á los dos soldados que la habian acompañado. Dejéla en manos de las dos esclavas para que la sostuvieran, y despues de haber dicho á los soldados que me aguardaran un rato, corrí á buscar la bolsa y volví prontamente. Dísela á los dos soldados, pagué al barquero y cerré la puerta.

« Alcancé á Chemselnihar, que aun no habia llegado á su aposento, y sin perder tiempo, la desnudamos y metimos en la cama, en donde quedó toda la noche, como si fuera á exhalar el postrer suspiro.

« Al dia siguiente, las demás esclavas se mostraron deseosas de verla; pero les dije que habia vuelto muy quebrantada, y que necesitaba descansar para restablecerse. Entretanto las dos esclavas y yo le aprontamos cuantos auxilios imajinarse pueden, y cuanto cabia en nuestro cariño. Al pronto se empeñó en no querer tomar nada, y hubiéramos desconfiado de su vida, á no haber advertido que recobraba algunas fuerzas con el vino que le dábamos de cuando en cuando. En fin, á fuerza de ruegos vencimos su tenacidad y la obligamos á que comiera.

« Cuando vi que se hallaba en estado de hablar (porque hasta entónces no habia hecho mas que llorar, jemir y suspirar), le pregunté que me dijera por favor á qué casualidad debia el haberse librado del poder de los ladrones. « ¿ Porqué pedis, » me dijo con un profundo suspiro, « que renueve la causa de mi desconsuelo ? ¡ Ojalá los ladrones me hubiesen quitado la vida en vez de conservármela ; mis quebrantos estarian terminados, pues solo vivo para padecer mas ! »

« Señora, » repliqué, « os ruego que accedais á mis súplicas. No ignorais què los degraciados esperimentan cierto consuelo, refiriendo sus mas horrendas aventuras. Lo que yo os pido os aliviará, si teneis la dignacion de concedérmelo. »

« Escuchad pues, » me dijo, « la estrañeza mas lamentosa que pueda suceder á una persona tan apasionada como yo, que creia no tener nada mas que desear. Cuando vi entrar á los ladrones con el sable y puñal en mano, creí que el príncipe de Persia y yo habíamos llegado á nuestra última hora, y no sentia la muerte, al pensar que iba á morir con él. En vez de arrojarse sobre nosotros para traspasarnos el corazon, como yo lo estaba temiendo, dos recibieron órden de custodiarnos, y los demás hicieron lios de todo lo que habia en el aposento y habitaciones contiguas. Cuando hubieron acabado, cargaron los lios al hombro y salieron llevándonos consigo.

« En el camino, uno de los que me acompañaban me preguntó quién era y le dije que era una bailarina. Igual pregunta le hizo al príncipe, quien respondió que era un vecino de la ciudad.

« Cuando llegamos á su casa, aumentóse nuestro pavor, cuando juntándose al rededor de mí, y habiendo considerado mi traje y las ricas joyas con que estaba adornada, maliciaron que les habia ocultado mi jerarquía. « Una bailarina no va tan bien vestida, » me dijeron; « confesad claramente quien sois. »

« Como vieron que no les respondia, « ¿ Y vos, quién sois ? » le preguntaron al príncipe de Persia. « Ya vemos que un vecino cualquiera no tiene ese porte. » Tampoco los satisfizo acerca de lo que deseaban saber. Díjoles solamente que habia ido á ver al joyero, que nombró, y á divertirse con él, y que á él le pertenecia la casa en que nos habian hallado.

— « Conozco á ese joyero, » dijo al punto uno de los salteadores, que parecia tener entre ellos cierta autoridad; « le debo algun favor, sin que él lo sepa, y sé que tiene otra casa; me encargo de traerle aquí mañana, y no os soltarémos, » añadió, « hasta que sepamos de él quienes sois. Entretanto no se os hará ningun daño. »

« Al dia siguiente trajeron al joyero, y creyendo hacernos un servicio, como en efecto así fué, declaró á los ladrones quienes éramos. Estos vinieron al punto á pedirme perdon, y creo que otro tanto hicieron con el príncipe de Persia que estaba en otra vivienda, y me protestaron que no hubieran forzado la casa en que nos habian hallado, á saber que era del joyero. Inmediatamente nos llevaron á todos á orillas del rio, y nos embarcaron en una lancha que nos trasladó á la orilla opuesta; pero apenas habíamos desembarcado, cuando se acercó á nosotros una ronda de caballería.

« Llamé al comandante á un lado, me nombré y le dije que al volver de casa de una amiga la noche anterior, los ladrones, que pasaban á la otra orilla, me habian detenido y llevado consigo; que les habia dicho quien era, y que al soltarme habian hecho igual gracia, á ruego mio, á los dos sujetos que me acompañaban, por haberles asegurado que eran conocidos mios. El comandante echó pié á tierra y me manifestó que se tenia por dichoso en servirme; luego mandó por dos esquifes y me hizo embarcar en uno de ellos con los dos soldados que visteis y me custodiaron hasta aquí; en cuanto al príncipe de Persia y el joyero, los envió en el otro, tambien con otros dos solda-



dos, para que los acompañaran y dejaran en su casa con toda seguridad.

« Tengo la confianza, » añadió al terminar y derramando copiosas lágrimas, « que no les habrá sucedido nada desde nuestra separacion, y no dudo que el pesar del príncipe será igual al mio. El joyero, que nos ha servido con tanto afan, merece ser resarcido de la pérdida que ha padecido por causa nuestra; así no dejeis de tomar mañana dos bolsas de mil piezas de oro cada una y llevárselas de mi parte, preguntándole por el príncipe de Persia. »

« Cuando mi buena ama hubo acabado, procuré adquirir noticias del príncipe de Persia, persuadiéndola que hiciera esfuerzos para vencerse á sí misma tras el peligro que habia corrido, y del que solo se habia librado por un milagro. « No me repliqueis, » repuso, « y haced lo que os mando. »

« Vime precisada á callar y he venido para obedecerla; fuí á vuestra casa, en donde no os hallé; desconfiada de hallar en donde me dijeran que podiais estar, faltó poco para que fuera á casa del príncipe de Persia; pero no me atreví á ejecutarlo; he dejado al pasar las dos bolsas en casa de un conocido: aguardadme aquí, no tardaré mucho en traéroslas. »

Advirtió Cheherezada que amanecia, y calló tras estas palabras. A la noche siguiente prosiguió la misma historia y dijo al sultan de las Indias :

NOCHE CLXXXIV.

Señor, la confidente acudió luego á la mezquita con las dos bolsas para el joyero. « Tomad, » le dijo, « y cumplid con vuestros amigos. — Aquí hay, » repuso el joyero, « mucho mas de lo que necesito ; pero no me atreveria á rehusar la fineza que una dama tan cortés y jenerosa franquea á su humilde servidor. Os ruego le asegureis que conservaré eternamente el recuerdo de sus agasajos. » Convino con la confidente en que iria á buscarle á la casa en que le habia visto por la primera vez, cuando tuviera algo que mandarle de parte de Chemselnihar y á saber noticias del príncipe de Persia ; y tras esto se separaron.

El joyero se volvió á su casa muy satisfecho, no solo porque tenia con que pagar á sus amigos, sino porque veia que nadie sabia en Bagdad que el príncipe de Persia y Chemselnihar se hallaban en su casa cuando le habian robado. Es verdad que se lo habia manifestado á los ladrones ; pero estaba confiado en su reserva. Por otra parte no tenian bastantes relaciones para temer por su conducto peligro alguno, aun cuando lo hubiesen divulgado. Á la madrugada visitó á los amigos que le habian servido, y no tuvo dificultad en dejarlos satisfechos. Aun le sobró mucho dinero para amueblar con sumo aseo la casa robada, poniendo en ella algunos criados para que la habitaran. Así olvidó el peligro que habia corrido, y de noche fué á visitar al príncipe de Persia.

La servidumbre del príncipe que recibió al joyero le dijo que llegaba oportunamente ; que el príncipe se hallaba enfermo de sumo cuidado y que no articulaba ni una palabra. Hiciéronle entrar en su aposento muy callandito, y le halló tendido en su lecho, con los ojos cerrados y en un estado que le movió á compasion : saludóle tocándole la mano, y le exhortó á que cobrara ánimo.

El príncipe de Persia conoció al joyero ; abrió los ojos y le miró de un modo que le dió á entender cuán suma era su postracion, por de contado, infinitamente mayor que cuantas habia padecido desde la primera vez de su comunicacion con Chemselnihar : asióle la mano, y estrechándosela para manifestarle su cariño, le dijo con escasa voz que le agradecia la molestia que se tomaba de visitar á un príncipe tan desgraciado y aflijido.

« Príncipe, » repuso el joyero, « os ruego que no menteis los servicios que os he hecho ; deseara que hubiesen tenido mejor éxito : hablemos de vuestra salud, pues en el estado en que os veo, mucho temo que os dejeis abatir, y que no tomeis el alimento que necesitais. »

Los criados que estaban cerca del príncipe, su señor, aprovecharon aquella coyuntura para decirle al joyero que les habia costado muchísimo hacerle tomar alimento, que se iba rematando mas y mas, y que hacia tiempo que nada habia tomado. Esto indujo al joyero á suplicar al príncipe que permitiera á sus criados le trajesen algun alimento y que lo tomase ; lo cual consiguió con vivísimas instancias.

Luego que el príncipe de Persia hubo comido mas abundantemente de lo que hasta entónces habia hecho, mandó á sus criados que le dejasen á solas con el joyero, y cuando se hubieron marchado, le dijo : « En medio de la desventura que me aqueja, me llega al alma el sumo quebranto que habeis padecido por causa mia ; justo es que piense en recompensároslo ; pero antes os ruego que me digais si habeis tenido alguna noticia de Chemselnihar desde el momento en que hube de separarme de ella. »

El joyero, informado por la confidente, le refirió cuanto sabia de la llegada de Chemselnihar á su palacio, del estado en que se habia hallado hasta entónces, y que ya recobrada habia enviado la confidente en busca de noticias suyas.

El príncipe de Persia tan solo contestó al joyero con lágrimas y suspiros ; luego hizo un esfuerzo para levantarse, mandó llamar á sus criados y fué en persona á su gabinete, y allí mandó separar ricos muebles y plata labrada, dando órden para que los llevaran á casa del joyero.

Este no queria aceptar el regalo que el príncipe le hacia; pero aunque le manifestó que Chemselnihar le habia enviado mas de lo que necesitaba para reintegrar á sus amigos, quiso sin embargo ser obedecido. El joyero prorumpió en demostraciones de rubor con aquel esceso de liberalidad, mas no hallaba espresiones para agradecer. Queria despedirse; pero el príncipe le suplicó que se quedara, y continuaron conversando una parte de la noche.

A la madrugada el joyero entró á ver al príncipe antes de marcharse, y este le hizo sentar á su lado. « Ya sabeis, » le dijo, « que en todo se lleva un fin : el de un amante es poseer sin obstáculo al objeto adorado; si llega á perder esta esperanza, no debe pensar en vivir: ya comprendeis que esa es la fatal situacion en que yo me hallo. Con efecto, desde el punto en que por dos veces me conceptué en la cumbre de mis anhelos, me ví frustrado cruelmente de tan idolatrado objeto. Tras esto, no me queda mas arbitrio que el de avenirme con la muerte: ya me la hubiera dado, si no me prohibiera mi relijion el ser homicida de mí mismo; pero no es necesario que la anticipe, pues conozco que no la aguardaré mucho tiempo. » Calló tras estas palabras, dando rienda suelta á sus suspiros, lágrimas y sollozos.

El joyero, que no sabia otro medio de retraerle de aquellos ímpetus desesperados que trayéndole á la memoria su querida Chemselnihar y dándole alguna vislumbre de esperanza, le dijo que temia que la confidente hubiese llegado ya y que convenia que volviera prontamente á casa. « Os dejo ir, » le dijo el príncipe, « y si la veis, ruégoos le encargueis que asegure á Chemselnihar que si fallezco pronto, como lo espero, la amaré hasta el postrer suspiro y hasta el sepulcro. »

Regresó el joyero á su casa, y permaneció confiado en que asomaria la confidente. Esta llegó de allí á algunas horas; pero llorosa y en el mayor desconcierto. El joyero, sobresaltado, le preguntó con afan lo que tenia.

« Chemselnihar, el príncipe de Persia, vos y yo, » repuso la confidente, « estamos perdidos. Escuchad la infausta nueva que supe ayer al volver á palacio, despues de haberos dejado.

« La predilecta habia mandado castigar, por alguna falta, á una de las esclavas que la acompañaban el dia que estuvo en vuestra casa. La esclava enojada, acechando el momento de estar abierta la puerta de palacio, se ha marchado, y no ponemos duda en que lo habrá declarado todo á uno de los eunucos de la guardia que la ha recojido.

« Aun hay mas; la otra esclava compañera suya se ha escapado tambien al palacio del califa, á quien creemos que habrá descubierto todo, porque hoy el califa ha enviado, en busca de Chemselnihar, veinte eunucos, que la han conducido á palacio. He hallado medio de ocultarme y veniros á avisar de todo esto. No sé lo que habrá sucedido; pero nada bueno estoy anteviendo. Como quiera que sea, os ruego que guardeis el secreto. »

Empezaba á amanecer, y así la sultana Cheherazada suspendió su narracion hasta la noche siguiente.

NOCHE CLXXXV.

Señor, la confidente añadió á lo que acababa de decir al joyero, que era conveniente que sin pérdida de tiempo fuese á verse con el príncipe de Persia y le comunicara aquella novedad, para que estuviera pronto á cualquiera trance. No le pudo decir mas y se marchó de repente sin aguardar su respuesta.

¿ Qué hubiera podido responderle el joyero en el estado en que se hallaba ? Permaneció inmóvil y como aterrado. Sin embargo, vió que el negocio urjia, y violentándose en gran manera, se fué á ver al príncipe de Persia. « Príncipe, » le dijo, « armaos de paciencia, entereza y teson, y preparaos para el mas terrible golpe que habeis recibido en vuestra vida.

— « Decidme en resúmen lo que hay, » repuso

el príncipe, « y no me tengais por mas tiempo dudoso. Estoy pronto á morir, si es preciso. »

Refirióle el joyero lo que la confidente acababa de comunicarle. « Ya veis, » añadió, « que vuestra pérdida es cierta. Levantaos y huid prontamente; los momentos son preciosos. No debeis esponeros á las iras del califa, y aun menos á confesar nada en medio de los tormentos.»

Poco faltó para que el príncipe espirase de congoja, pavor y quebranto. Estuvo cavilando un rato, y luego preguntó al joyero cuál era su dictámen sobre el trance en que se hallaba. « El único partido que os queda, » repuso el joyero, « es montar al punto á caballo y seguir el camino de Ambar (1) para llegar mañana antes del amanecer. Tomad de vuestros criados los que creais conveniente, con buenos caballos, y permitid que os acompañe en vuestra fuga. »

El príncipe de Persia, viendo que no tenia otro partido que tomar, dió órden para los preparativos mas prontos, tomó dinero y joyas, y despues de haberse despedido de su madre, se marchó arrebatadamente de Bagdad, con el joyero y los criados que habia escojido.

Caminaron lo restante del dia y toda la noche, sin detenerse en paraje alguno hasta las dos de la madrugada, en que atropellados con tan larga jornada, y rendidos los caballos, se apearon para descansar.

Aun no habian tenido tiempo de tomar aliento, cuando se vieron repentinamente acometidos por una crecida gavilla de salteadores. Defendiéronse largo rato con gran bizarría; pero los criados del príncipe cayeron todos muertos, y entónces el príncipe y el joyero rindieron las armas y se entregaron á discrecion. Los forajidos les concedieron la vida; pero luego que se hubieron apoderado de los caballos y bagajes, los despojaron, y al retirarse con su presa, los dejaron en el mismo sitio.

Cuando los robadores se hubieron alejado, « ¿ Qué tal ? » dijo el afligido príncipe al joyero, « ¿ qué decis de nuestra aventura y del estado en qué nos hallamos ? ¿ No me hubiera sido mejor haberme quedado en Bagdad aguardando la muerte, cualquiera que fuese ?

— « Príncipe, » repuso el joyero, « es un decreto de la voluntad de Dios; le place ponernos á prueba enviándonos quebranto sobre quebranto. A nosotros toca dejarnos de murmuraciones y recibir con entera sumision estas desgracias de su mano. No nos detengamos aquí, y busquemos algun lugar donde hallemos auxilio en nuestra desventura.

(1) Ambar era una ciudad á orillas del Tígris, á veinte leguas de Bagdad.

— « Dejadme morir, » le dijo el príncipe de Persia; « poco importa que muera aquí ó en otra parte. Quizá en el momento en que estamos hablando, Chemselnihar ya no existe, y no debo tratar de vivir faltando ella. » El joyero le persuadió á fuerza de ruegos. Caminaron largo rato y hallaron una mezquita abierta, en donde entraron y pasaron lo restante de la noche.

Al amanecer, llegó un hombre solo á la mezquita, y se puso á hacer oracion. Cuando hubo acabado, divisó, al volverse, al príncipe de Persia y al joyero que estaban sentados en un rincon, y acercándose á ellos, los saludó con suma cortesía. « Si no me engaño, » les dijo, « me parece que sois forasteros. »

Tomó el joyero la palabra. «No os engañais,» le respondió; « nos han robado esta noche viniendo de Bagdad, como podeis colejir del estado en que nos hallamos, y necesitamos auxilio; mas no sabemos á quien volvernos.—Si quereis tomaros la molestia de venir á mi casa, » les respondió el hombre, « os daré gustoso el auxilio que pueda. »

Á este jeneroso ofrecimiento, el joyero se volvió al príncipe y le dijo al oido : « Ya veis, príncipe, que este hombre no sabe quienes somos, y debemos temer que venga otro y nos conozca. Me parece que no debemos rehusar el favor que quiere hacernos. — Á vuestra eleccion lo dejo, » respondió el príncipe, « consiento en cuanto querais. »

El hombre, que vió que el joyero y el príncipe de Persia estaban en consulta, se imajinó que ponian reparo en admitir la oferta que les hacia, y así les preguntó á que se determinaban. « Estamos prontos á seguiros, » respondió el joyero; « lo que nos da pena es que estamos desnudos y que tenemos vergüenza de presentarnos en tal estado.

Afortunadamente el hombre pudo darles parte de sus vestidos para que se cubriesen, y luego los llevó á su casa. Apenas llegaron á ella, cuando les mandó dar á cada uno un traje bastante decente, y suponiendo que tendrian gran necesidad de comer y que les gustaria estar á solas, les envió varios manjares por una esclava. Pero apenas comieron, sobre todo el príncipe de Persia, que se hallaba tan decaido y postrado, que el joyero llegó á temer por su vida.

El amo de la casa les hizo varias visitas durante el dia, y de noche, como sabia que necesitaban descansar, los dejó solos; pero el joyero tuvo pronto que llamarle para que asistiera á la muerte del príncipe de Persia. Advirtió que este resollaba con mas fatiga y vehemencia, lo cual le dió á entender que le quedaban muy pocos



momentos de vida. Acercóse á él, y el príncipe le dijo: « Esto es hecho, ya lo veis, y me alegro que presencieis la última hora de mi vida. La pierdo con mucha satisfaccion, y no os digo el motivo, pues ya lo sabeis. Siento no morir en brazos de mi querida madre, que siempre me amó entrañablemente, y á quien siempre tributé el respeto debido. Sumo será su desconsuelo por no haber logrado el amargo alivio de cerrarme los ojos, y sepultarme con sus propias manos. Manifestadle cuanto lo siento y rogadle de mi parte que mande trasladar mi cuerpo á Bagdad, para que riegue mi sepulcro con sus lágrimas, y me asista con sus oraciones. » No se olvidó del amo de la casa; dióle gracias por la jenerosa acojida que le habia dispensado, y despues de haberle rogado por favor que consintiera en que su cuerpo quedara depositado en su casa, hasta que fuesen á buscarlo, exhaló el postrer aliento.

Aquí llegaba Cheherazada, cuando advirtió que asomaba el dia, y así dejó de hablar hasta la noche inmediata.

NOCHE CLXXXVI.

Señor, al dia siguiente de la muerte del príncipe de Persia, aprovechó el joyero la proporcion de una numerosa caravana que se encaminaba á Bagdad, á donde llegó sin novedad. No hizo mas que entrar en su casa y mudarse de traje, y pasó al palacio del difunto príncipe de Persia, en donde se sobresaltaron, no viendo al príncipe con él. Pidió que avisaran á la madre del príncipe que deseaba hablarle, y no tardaron en admitirle al estrado en que se hallaba con muchas sirvientas. « Señora, » le dijo el joyero, « con un ademan que demostraba la fatal noticia que iba á comunicarle, « Dios os conserve y os colme de favores. No ignorais que Dios dispone de nosotros como le place... »

La dama no dió lugar al joyero para que se esplicara. « ¡ Ah ! » esclamó, « venis á participarme la muerte de mi hijo. » Al mismo tiempo prorumpió en pavorosos gritos, que, mezclados con los de sus criadas, renovaron las lágrimas del joyero. Dió rienda á su dolor antes que le dejara proseguir en su narracion. Al fin suspendió sus lágrimas y jemidos, y le rogó que prosiguiera y no le ocultara la menor circunstancia de tan dolorosa separacion. Satisfízola el joyero, y cuando hubo acabado, la dama le preguntó si el príncipe su hijo no le habia encargado en sus últimos momentos alguna particularidad para ella. Él le aseguró que su mayor pesar habia sido morir lejos de ella, y que su único deseo habia sido que mandara trasladar su cuerpo á Bagdad. Al dia siguiente muy de mañana, se puso en camino acompañada de sus sirvientas y de la mayor parte de sus esclavos.

Cuando el joyero, que se habia detenido con la madre del príncipe de Persia, vió marchar á esta dama, volvió á su casa todo apesadumbrado con la muerte de un príncipe tan cabal y amable en la primavera de sus dias.

Iba andando embargado en sus pensamientos, cuando se le presentó una mujer y se paró delante de él. Alzó la vista y vió que era la confidente de Chemselnihar, llorosa y vestida de luto. Á esta vista renovó su llanto sin despegar los labios para hablarle, y continuó encaminándose á su casa, siguiéndole la confidente, que entró con él.

Sentáronse, y el joyero, tomando el primero la palabra, preguntó con un profundo suspiro á la confidente si sabia la muerte del príncipe de Persia y si era él á quien lloraba. « ¡ Ay de mí ! no es por él, » esclamó; « puesto que ha muerto aquel príncipe tan amable, no ha sobrevivido mucho tiempo á su querida Chemselnihar. Almas bellas, » añadió, « en cualquiera parte en que os halleis, debeis estar muy contentas de poderos amar en adelante sin obstáculo. Vuestros cuerpos eran un estorbo para vuestros deseos, y el cielo os ha librado de él para reuniros. »

El joyero, que ignoraba la muerte de Chemselnihar y que aun no habia reparado en que la confidente iba vestida de luto, sintió nuevo quebranto al saber aquella noticia. « ¿Ha muerto Chemselnihar? » esclamó. — Ha muerto, » repuso la confidente llorando amargamente, « y por ella llevo luto. Las circunstancias de su fallecimiento son tan estrañas que merecen ser sabidas; pero antes que os las refiera, os ruego me entereis por puntos de la muerte del príncipe de Persia, á quien lloraré toda mi vida, como tambien á Chemselnihar, mi muy amada señora. »

El joyero dió á la confidente la satisfaccion que apetecia, y luego que se lo hubo contado todo, hasta la marcha de la madre del príncipe de Persia que acabada de ponerse en camino para traer á Bagdad el cadáver de su hijo, « Os acordais, » le dijo, « que os referí como el califa habia mandado por Chemselnihar : era cierto, como lo habíamos presumido, que el califa habia sabido los amores de Chemselnihar y del príncipe de Persia por ambas esclavas, á quienes habia ido preguntando separadamente. Vais á figuraros que se airó mucho contra Chemselnihar y dió pruebas de zelos y de venganza ejecutiva contra el príncipe de Persia; pero no sucedió así, y ni siquiera se acordó del príncipe; compadeció á Chemselnihar, y es de

creer que se atribuyó á sí mismo lo que habia sucedido, por el permiso que le habia dado para ir libremente por la ciudad sin acompañamiento de eunucos. No cabe formar otro concepto tras el modo estraordinario con que se portó con ella, como vais á oir.

« El califa la recibió con rostro sereno, y cuando hubo notado el desconsuelo que la acosaba sin empañar su hermosura (porque se presentó ante él sin manifestar estrañeza ni zozobra), « Chemselnihar, » le dijo con una condescendencia digna de su señorio, « no puedo sobrellevar que os presenteis delante de mí con un aspecto que me desconsuela entrañablemente. Ya sabeis con qué pasion os he amado siempre, y debeis de estar convencida de su estremo por todas las pruebas de amor que os he ido dando. No he variado y os amo mas que nunca. Teneis enemigos, y ellos me han informado contra vuestra conducta; pero todo cuanto han podido decirme no me hace mella. Dejad pues esa melancolía y disponeos para recrearme esta noche, como soleis, con algun primor agradable y divertido. » Díjole otras muchas ternezas, y la hizo entrar en un magnífico aposento contiguo al suyo, en dónde le encargó que le aguardara.

« La desconsolada Chemselnihar se mostró agradecida á tantísima dignacion; pero cuanto mas se hacia cargo de lo infinito que debia al califa, tanto mas adolecia de quebranto, al verse para siempre separada del príncipe de Persia, sin el cual ya no podia vivir.

« Aquel trance de pasion entre el califa y Chemselnihar, » prosiguió la confidente, « acaeció mientras vine á hablaros, y supe todos estos pormenores de mis compañeras que estaban presentes; pero luego que os dejé, acudí á Chemselnihar y presencié lo que ocurrió de noche. Halléla en el aposento ya citado, y como se presumió que llegaba de vuestra casa, me mandó acercar, y sin que nadie la oyera, « Os agradezco mucho, » me dijo, « el servicio que acabais de hacerme; siento que será el postrero. » No dijo mas, y yo no me hallaba en estado de poderle dar algun consuelo.

« El califa entró de noche al son de los instrumentos que tocaban las mujeres de Chemselnihar, y sirvieron al punto la colacion. Asió á su predilecta de la mano y la hizo sentar en el sofá junto á sí. Pero fué tal la violencia con que se avino á complacerle, que la vimos espirar de allí á algunos instantes. Con efecto, apenas se sentó cuando cayó tendida. El califa creyó que era un desmayo, y lo mismo pensamos nosotras. Procuramos auxiliarla; pero no volvió en sí; y he aquí como la perdimos.

« Honróla el califa con sus lágrimas, que no pudo contener, y antes de retirarse á su aposento, mandó romper todos los instrumentos, lo cual se ejecutó inmediatamente. Pasé toda la noche junto al cadáver; le lavé y amortajé yo misma, regándole con mis lágrimas, y á la mañana siguiente fué sepultada por órden del califa en un magnífico mausoleo que habia mandado construir en el lugar que ella misma habia escojido. Ya que deben traer á Bagdad el cuerpo del príncipe, estoy resuelta á hacer de modo que le pongan en el mismo sepulcro. »

Mucho maravilló al joyero la determinacion de la confidente. « ¿ En qué pensais ? » le dijo; « nunca lo consentirá el califa. — Creeis que eso sea imposible, » repuso la confidente; « pero no lo es, y vos mismo lo confesaréis cuando os haya dicho que el califa ha dado libertad á todas las esclavas de Chemselnihar, concediendo á cada una, una pension suficiente para subsistir, y me ha encargado de cuidar y guardar su sepulcro con rentas cuantiosas para su conservacion y mi subsistencia particular. Además, el califa, que no ignora los amores del príncipe y de Chemselnihar, como ya os lo dije, y que no se ha escandalizado de ellos, no se opondrá de ningun modo á este deseo. » El joyero no contestó palabra y solo rogó á la confidente que le llevara al sepulcro, para hacer oracion. Grande fué su pasmo cuando vió llegar la muchedumbre de ambos sexos que se agolpaba de todos los barrios de Bagdad. No pudo acercarse mucho, y cuando hubo dicho su oracion, « Ya no hallo imposible la ejecucion de lo que habeis imajinado, » le dijo á la confidente al juntarse con ella. « Vamos á publicar lo que ambos sabemos de sus amores, y particularmente de la muerte del príncipe de Persia, acaecida casi al mismo tiempo. Antes que llegue su cuerpo, todo Bagdad acudirá á pedir que no se le separe del de Chemselnihar. » El intento salió á medida de su deseo, y el dia en que debia llegar el cuerpo, un numeroso concurso salió á su encuentro á mas de siete leguas de la ciudad.

La confidente aguardó á la puerta de la ciudad, en donde se presentó á la madre del príncipe; y le suplicó, en nombre de toda la ciudad, que ansiosamente lo deseaba, permitiera que los dos amantes, que no habian tenido mas que un corazon desde que habian empezado á amarse hasta su muerte, tuviesen un mismo sepulcro. La madre consintió en ello, y el cuerpo fué llevado al sepulcro de Chemselnihar en medio de un numerosísimo concurso de todas clases y colocado junto á ella. Desde entónces todo el vecindario de Bagdad, y aun los estranjeros de

todos los parajes del mundo habitados por musulmanes, no han cesado de profesar suma veneracion á este sepulcro y de hacer en él sus oraciones.

Esto es, señor, dijo Cheherazada, advirtiendo tambien que era de dia, lo que tenia que referir á vuestra majestad de los amores de la hermosa Chemselnihar, predilecta del califa Harun Alraschid, y del amable Ali Ebn Becar, príncipe de Persia.

Cuando Dinarzada vió que la sultana su hermana habia dejado de hablar, le dió las mas espresivas gracias por el entretenimiento que le habia porporcionado con la narracion de una historia tan interesante. Si el sultan me permite vivir mañana, repuso Cheherazada, te referiré la de Nuredin y la hermosa Persa, que te parecerá mucho mas entretenida. Calló, y el sultan, no pudiendo determinarse á darle muerte, trató de escucharla en la noche siguiente.

NOCHE CLXXXVII.

HISTORIA DE NUREDIN Y LA HERMOSA PERSA.

Por mucho tiempo la ciudad de Balsora fué capital de un reino tributario de los califas. El rey que lo gobernaba en la época del califa Harun Alraschid se llamaba Zinebi, siendo ambos primos, hijos de dos hermanos. Zinebi no habia creido conveniente confiar la administracion de sus estados á un solo visir, y habia elejido dos, llamados Khacan y Sauy.

El primero era afable, oficioso y liberal, y se complacia en favorecer á todos en cuanto estaba en su mano, sin faltar á la justicia que debia administrar; así no habia uno en la corte de Balsora, la ciudad y todo el reino que no le respetara y pregonara los elojios que merecia.

Sauy era de muy diversa índole; siempre estaba de humor avinagrado y se mostraba arrogante con todos, sin distincion de clase ó dignidad. Además, muy lejos de hacer buen uso de las grandes riquezas que poseia, era de avaricia consumada, hasta el estremo de privarse de lo mas necesario. Nadie podia sufrirle, y nunca se habian oido de él mas que vituperios. Lo que le hacia mas aborrecible, era la grande aversion que abrigada á Khacan, no cesando de desconceptuarle cuanto podia con el rey.

Un dia que el rey de Balsora descansaba despues del consejo, discurriendo con sus dos visires y otros individuos de palacio, recayó la conversacion sobre las mujeres esclavas, que se compran y consideran al par de las mujeres habidas en legítimo matrimonio. Unos pretendian que bastaba comprar una esclava hermosa y bien formada, para consolarse de las mujeres que uno tiene que tomar por entronques ó intereses de familia, y que no siempre están dotadas de una gran hermosura ni de las demás perfecciones del cuerpo.

Otros sostenian, y Khacan era de la misma opinion, que la hermosura y todas las prendas corporales no eran las únicas dotes que debian buscarse en una esclava, y que era preciso que estuviesen acompañadas de talento, juicio, modestia, agrado, y si posible fuera, de muchos conocimientos. Fundábanse en que nada es mas aventajado para las personas que tienen que administrar grandes negocios, que el hallar, despues de haber pasado el dia en afanosa tarea, solaz y entretenimiento en una conversacion provechosa y amena. « Porque en suma, » añadian, « tener una esclava solo para verla y satisfacer una pasion que nos es comun con los irracionales, es no diferenciarse de estos. »

El rey fué del parecer de los segundos, y lo dió á conocer mandando á Khacan que le comprase una esclava de consumada belleza, dotada de todas las buenas prendas que acababan de enumerarse, y sobre todo que fuera muy instruida.

Sauy, envidiando el honor que el rey hacia á Khacan, pues habia sido de opinion contraria, « Señor, » repuso, « difícil será hallar una esclava tan cabal como vuestra majestad la pide. Si llega á hallarse, lo que dificulto, la comprará muy barata, si le cuesta tan solo diez mil mo-

nedas de oro. — « Sauy, » replicó el rey, « sin duda esa cantidad os parece muy crecida ; puede serlo para vos, mas no para mí. » Y al mismo tiempo el rey mandó á su tesorero mayor que enviase las diez mil monedas de oro á casa de Khacan.

A su vuelta, envió por los corredores que andaban en la venta de esclavas, y les encargó que tan pronto como hallasen una de las prendas sobredichas, se lo participaran. Los corredores, ya para servir al visir Khacan, ya por su interés particular, le prometieron poner todo ahinco en descubrir alguna cual la apetecia. Casi no se pasaba dia sin que le presentaran alguna, pero siempre le hallaba alguna nulidad.

Un dia muy de madrugada que Khacan iba al palacio del rey, se le presentó un corredor muy solícito y le notició que un mercader persa, llegado la víspera, tenia de venta una esclava de consumada belleza y muy superior á cuantas podia haber visto. « Por lo que toca á su desempeño, » añadió, « el mercader responde que puede habérselas con los primeros sabios y eruditos del mundo. »

Khacan, alegre con esta noticia, que le daba la esperanza de complacer al rey, le dijo que le llevara la esclava á la hora que debia volver á casa, y prosiguió su camino.

El corredor no hizo falta á la hora señalada, y Khacan halló en la esclava una belleza tan superior á lo que se prometia, que desde aquel momento le dió el nombre de hermosa Persa. Como era despejada é instruidísima, pronto conoció por la conversacion que con ella tuvo, que en vano buscaria otra esclava que la aventajara en alguna de las prendas que el rey exijia, y así le preguntó al corredor cuanto pedia por ella el mercader persa.

« Señor, » respondió el corredor, « es un hombre que no tiene mas que una palabra y protesta que no puede darla por menos de diez mil monedas de oro, y aun me ha jurado que, sin contar sus desvelos, afanes y el tiempo que hace que la está educando, casi ha gastado esa cantidad, ya en maestros para los ejercicios del cuerpo, para instruirla y labrar su entendimiento, ya en vestirla y mantenerla. Como la juzgó digna de un rey, desde que la compró en su niñez echó el resto en cuanto podia contribuir á que ocupara algun dia un puesto aventajado. Toca toda clase de instrumentos, canta, baila y escribe mejor que los mas hábiles pendolistas, compone versos, y no hay libro que no haya leido. Nunca se ha oido decir que una esclava supiera los primores que esta posee. »

El visir Khacan, que conocia el mérito de la hermosa Persa mucho mejor que el corredor, pues este solo hablaba de ella por lo que le habia dicho el mercader, no quiso dejar para otra hora aquel ajuste, y asi envió por el mercader al sitio en que dijo el corredor que se le hallaria.

Cuando el mercader persa llegó, Khacan le dijo : « No quiero comprar la esclava para mí, sino para el rey ; pero hay que vendérsela algo mas barata. — Señor, » respondió el mercader, « grande honor fuera para mí, si pudiera regalársela á su majestad, pero esto escede á las facultades de un mercader como yo. No pido por la esclava mas que el dinero desembolsado para formarla y hacerla tal cual es, y lo que os puedo asegurar es que su majestad habrá hecho una compra de que va á quedar muy satisfecho.»

El visir Khacan no quiso andar regateando; mandó entregar la cantidad al mercader, y este, antes de retirarse, le dijo : « Señor, ya que la esclava está destinada para el rey, me permitiréis os diga que está sumamente cansada del largo viaje que ha hecho para venir aquí. Aunque ahora es una hermosura sin igual, otra cosa será si la reteneis tan solo quince dias en vuestra casa, y mandais se la trate debidamente. Al cabo de este tiempo, si se la presentais al rey, os servirá de realce el agasajo. Ya veis como está un tantillo atezada ; pero luego que haya ido dos ó tres veces al baño y la hayais vestido como corresponde, estará tan mudada, que la veréis infinitamente mas hermosa. »

Khacan se atuvo al consejo del mercader y determinó cumplirlo. Hospedó á la hermosa Persa en un aposento inmediato al de su mujer, á quien encargó que la hiciera comer con ella y la cuidara como á dama que pertenecia al rey. Tambien le mandó hacer varios trajes de ricas telas y de los mejores cortes, y antes de separarse de ella, le dijo : « No puede caberos mayor dicha de la que acabo de proporcionaros. Juzgadlo vos misma ; os he comprado para el rey, y espero que tendrá mayor satisfaccion en poseeros de la que yo logro en haber cumplido el encargo que me dió. Creo oportuno avisaros que tengo un hijo dotado de bastante despejo, pero jóven, jovial y emprendedor, y así guardaos bien de él, dado caso que se os acerque. » La hermosa Persa le agradeció el consejo, y habiéndole asegurado que lo cumpliria, se despidió del visir.

Nuredin, pues así se llamaba el hijo de Khacan, solia entrar anchamente en el aposento de su madre y comer con ella. Era de personal agraciado, mozo y arrogante, y con su despejo y afluencia lograba persuadir cuanto queria.

Vió á la hermosa Persa, y desde su primer encuentro, aunque sabia que su padre la habia comprado para el rey y así se lo habia declarado, no por eso se retrajo de galantearla. Dejóse avasallar por la hermosura que al pronto le habia cautivado, y la conversacion que tuvo con ella le hizo tomar la determinacion de valerse de toda clase de arbitrios para quitársela al rey.

La hermosa Persa conceptuó por su parte á Nuredin amabilísimo. « El visir me honra mucho, » se decia en su interior, « con haberme comprado para darme al rey de Balsora; muy venturosa fuera, aun cuando se contentara con darme tan solo á su hijo. »

Nuredin estuvo muy dilijente en aprovechar las proporciones que tenia de ver á una beldad que le tenia tan enamorado, y solia conversar, reir y chancearse con ella, y nunca se marchaba hasta que su madre le precisaba. « Hijo mio,» le repetia, « no le está bien á un jóven como tú el estar siempre en el aposento de las mujeres. Márchate y procura hacerte acreedor á suceder algun dia á tu padre en su encumbramiento. »

Como hacia tiempo que la hermosa Persa no habia ido al baño, á causa del largo viaje que acababa de hacer, á los cinco ó seis dias de comprada, la mujer del visir Khacan tuvo cuidado de mandar calentar para ella el que tenia el visir en su casa. Envióla con algunas de sus esclavas, á las que encargó que la sirvieran como si fuera ella misma, y que al salir del baño, le pusieran un magnífico vestido que le habia mandado hacer. Se habia esmerado tanto mas cuanto deseaba alegar por mérito aquel esmero para con el visir su marido, y darle á conocer cuanto se interesaba en todo lo que podia agradarle.

Al salir del baño, la hermosa Persa, mil veces mas linda de lo que habia parecido á Khacan cuando la comprara, se presentó á la esposa de este visir, la que tuvo trabajo en conocerla.

La hermosa Persa le besó la mano con mucho gracejo y le dijo: « Señora, no sé cómo me halláreis con el vestido que os habeis tomado la molestia de mandarme hacer. Vuestras mujeres me adulan sin duda, cuando me aseguran que me cae tan bien que estoy desconocida; decidme la verdad, pues en el caso que así fuera, á vos deberia, señora, todo el realce que me da.

— « Hija mia, » repuso la mujer del visir, « no debeis tener por lisonja lo que os han dicho mis mujeres; el vestido os está muy bien, y traeis del baño una hermosura tan superior á la que teniais antes, que yo misma no os conozco. Si creyera que el baño estuviera aun á punto, iria á tomarlo. Además estoy en una edad que requiere se use con frecuencia. — Señora, » repuso la hermosa Persa, « nada sé que responder á las atenciones que me dispensais sin haberlas merecido. En cuanto al baño, está á punto, y si quereis ir, no perdais momento. Vuestras esclavas pueden deciros lo mismo que yo. »

La mujer del visir consideró que hacia dias que no habia estado en el baño (1) y quiso aprovechar la coyuntura. Se lo manifestó á sus criadas, y estas se surtieron pronto de todo lo necesario. La hermosa Persa se retiró á su aposento, y la mujer del visir, antes de marcharse al baño, encargó á dos esclavitas que se mantuviesen junto á ella, con órden de que no dejaran entrar á Nuredin, si se presentaba.

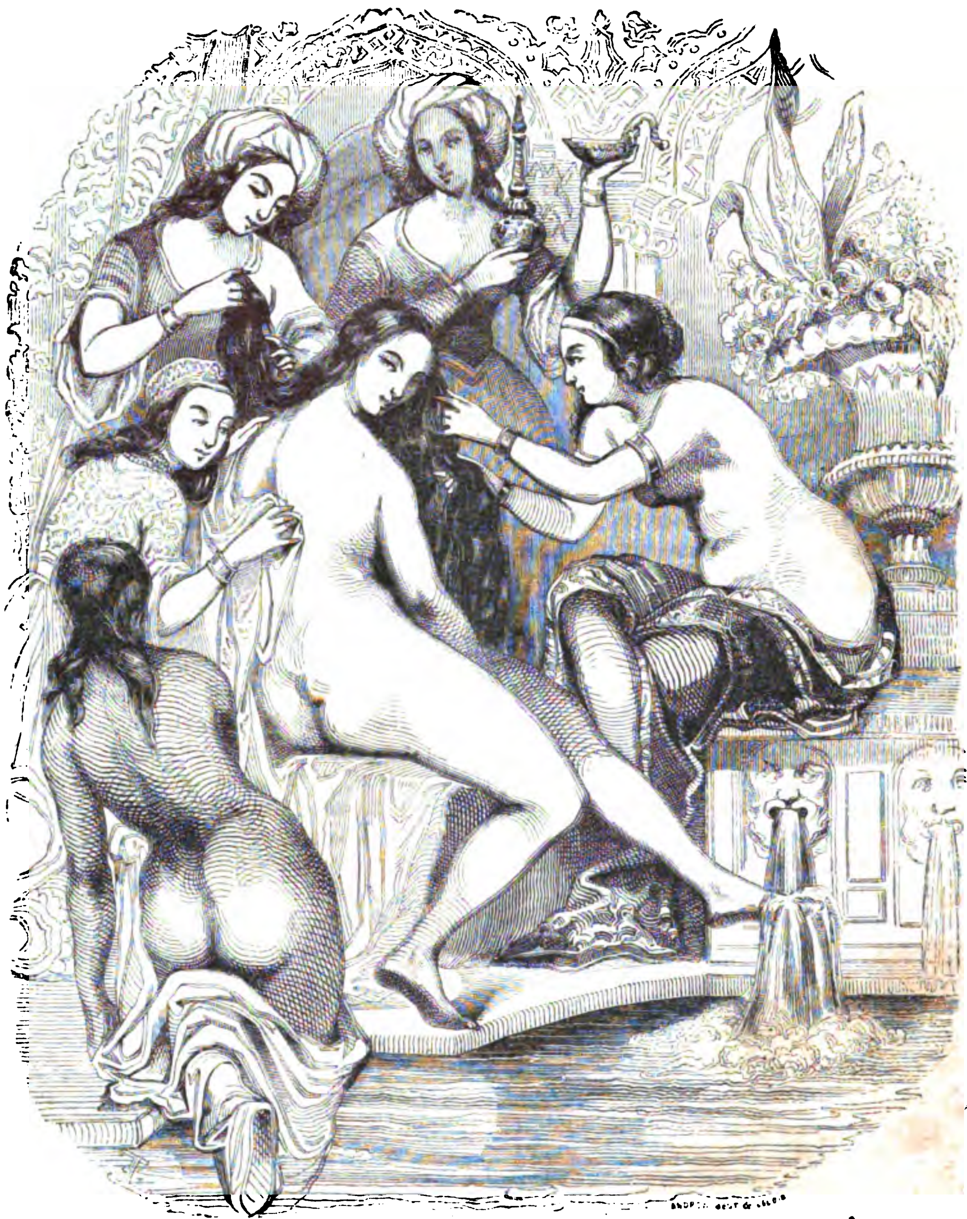
Mientras la mujer del visir Khacan estaba en el baño, y la hermosa Persa permanecia sola, llegó Nuredin, y como no halló á su madre en su aposento, fué al de la hermosa Persa y se encontró con las dos esclavas en la antesala. Preguntóles en donde estaba su madre, á lo que respondieron que habia ido al baño. « ¿Y ha ido tambien la hermosa Persa? » replicó Nuredin. — « Ya ha vuelto, » repusieron las esclavas, « y se halla en su aposento; tenemos órden de vuestra madre para no dejaros entrar. »

El aposento de la hermosa Persa estaba cerrado con una mampara. Nuredin se adelantó para entrar, y las dos esclavas se pusieron delante para estorbárselo. Cojiólas á ambas del brazo, y echándolas fuera de la antesala, cerró la puerta tras ellas. Corrieron al baño dando agudos gritos, y noticiaron con llanto á su señora que Nuredin habia entrado á pesar suyo en el aposento de la hermosa Persa y que las habia echado de allí.

La noticia de tan sumo desacato causó á la buena señora amarguísima pesadumbre. Dejó el

(1) Los baños del Oriente son muy diversos de los nuestros, y se hallarán sobre este punto pormenores tan esmerados como curiosos en el primer tomo de las *Cartas de Savary sobre el Ejipto* y en los *Viajes de Chardino*, t. V, p. 195, edic. de Langles.

« Las mujeres son muy aficionadas á estos baños, » dice Savary. « Van á ellos á lo menos una vez la semana, y llevan consigo esclavas acostumbradas á servirlas. Mas sensuales que los hombres, despues de haber pasado por los preparativos comunes, se lavan el cuerpo y sobre todo la cabeza con agua de rosa. Allí las peinadoras les entrenzan sus largas cabelleras negras, que empapan con esencias preciosas, en vez de polvos y mantequillas. Allí se tiñen el estremo de los párpados y se alargan las cejas con *cohel*, y tambien se pintan las uñas de piés y manos con *henné*, que les da un color rosado. La ropa y los vestidos se pasan por el suave vapor de la madera de aloé. Cuando han completado su atavío, se quedan en el aposento esterior y pasan el dia en banquetes. Las cantarinas vienen á ejecutar delante de ellas bailes voluptuosos ó á cantar canciones y tambien á referirles aventuras amorosas. » (Cartas de Savary, tomo I.)



baño y se vistió arrebatadamente; pero antes que hubiese acabado y acudido al aposento de la hermosa Persa, ya Nuredin habia salido y se habia puesto en salvo.

La hermosa Persa se quedó absorta al ver entrar á la mujer del visir llorosa y como fuera de sí. « Señora, » le dijo, « ¿me atreveré á preguntaros de dónde os proviene ese fatal desconsuelo? ¿Qué desgracia os ha sucedido en el baño para precisaros á salir tan pronto de él?

— « ¿Cómo, » esclamó la mujer del visir, « podeis hacerme esa pregunta tan sosegadamente, despues que mi hijo Nuredin ha entrado en vuestro aposento y se ha estado á solas con vos? ¿Podia sucedernos mayor desgracia tanto á él como á mí?

— « Por favor, señora, » repuso la hermosa Persa, « ¿ qué desventura cabe sucederos á vos y á Nuredin por lo que ha hecho ? — ¿ Cómo ? » replicó la mujer del visir, « ¿ no os dijo mi marido que os ha comprado para el rey, y no os avisó quo os guardaseis de él ?

— « No lo he olvidado, señora, » repuso otra vez la hermosa Persa ; « pero Nuredin vino á decirme que el visir su padre habia variado de ánimo, y que en vez de destinarme para el rey, como antes ideaba, le habia hecho don de mi persona. Creíle señora, y como esclava acostumbrada á obedecer desde mi tierna niñez, no pude ni debí oponerme á su albedrío. Y aun añadiré que lo hice con tanta menor repugnancia, en cuanto le habia cobrado cariño por la llaneza con que nos veíamos. Pierdo sin pesar la esperanza de pertenecer al rey, y me tendré por muy dichosa en pasar toda mi vida con Nuredin. »

Á estas palabras de la hermosa Persa, « ¡ Ojalá fuera verdad lo que decis, » dijo la mujer del visir, « grande fuera mi alegría. Pero creedme, Nuredin es un impostor ; os ha engañado, y no es posible que su padre le haya hecho ese presente como os ha dicho, ¡ Cuán desventurado es, y cuánto lo soy yo ! ¡ Qué fatales consecuencias debe temer su padre y nosotros por él ! Mis lágrimas, mis súplicas no podrán enternecerle ni alcanzar su perdon. Su padre va á sacrificarle á su justo enojo luego que sepa la violencia que os hizo. » Al acabar estas palabras, se puso á llorar amargamente, y sus esclavas remedaron su ejemplo, pues no temian menos que ella por la vida de Nuredin.

El visir Khacan llegó poco despues, y se quedó todo atónito viendo á su esposa y esclavas deshechas en llanto, y á la hermosa Persa muy melancólica. Preguntóles la causa de su desconsuelo, y todas reforzaron sus alaridos y su llanto en vez de responderle. Sorprendióle mucho su silencio, y dirijiéndose á su mujer, le dijo : « Quiero absolutamente que me declareis qué motivo teneis para llorar, y que me digais la verdad. »

La desconsolada señora no pudo menos de satisfacer á su marido. « Prometedme pues, señor, » repuso, « que no os enojaréis contra mí de lo que voy á deciros, pues os aseguro que ninguna culpa tengo. » Y sin aguardar su respuesta, prosiguió diciendo : « Mientras estaba yo en el baño con mis esclavas, ha venido vuestro hijo y se ha valido de esta ocasion para imbuir á la hermosa Persa en que ya no queriais darla al rey y que se la habiais regalado. No os diré lo que hizo despues de tan insigne falsedad, pues ya os lo podeis imajinar. Este es el motivo de mi desconsuelo por amor vuestro y suyo, sin que me quede la confianza de implorar vuestra clemencia. »

Imposible fuera espresar la pesadumbre del visir Khacan, cuando supo el desacato de su hijo Nuredin. « ¡ Ah ! » esclamó mesándose la barba y retorciéndose las manos, « ¡ de este modo, hijo infame é indigno de ver la luz del dia, arrojas á tu padre por un despeñadero desde la cumbre de su dicha, y le pierdes, causando tu propia ruina ! El rey no se contentará con tu sangre y la mia para vengarse de tamaño ultraje. »

Su mujer trató de consolarle. « No os afligais, » le dijo, « fácilmente juntaré diez mil monedas de oro con una parte de mis joyas, y compraréis otra esclava que sea mas hermosa y digna del rey.

— « ¿ Y creeis, » repuso el visir, « que yo me apuro tantísimo por el malogro de diez mil monedas de oro ? Aquí no se trata de esa pérdida, ni aun de la de todos mis bienes, que tampoco me inmutaria, se trata de la de mi honor, que me es mas precioso que todos los bienes del mundo. — Paréceme sin embargo, señor, » repuso la dama, « que no es de tan suma entidad lo que puede reponerse con dinero.

— « ¿ Qué es lo que decis ? » replicó el visir, « ¿ ignorais que Sauy es mi enemigo mortal ? ¿ Creeis que cuando sepa este hecho, no irá á triunfar de mí ante el mismo rey ? « Vuestra majestad, » le dirá Sauy, « no habla sino del afecto y esmero de Khacan por su servicio ; no obstante, acaba de manifestar cuan indigno es de tanta consideracion. Recibió diez mil monedas de oro para comprarle una esclava. Cumplió con esta comision, y nunca se vió mujer tan hermosa ; pero en vez de presentársela á vuestra majestad, juzgó del caso el regalársela á su hijo. « Hijo mio, » le dijo, « tomad esa esclava, para vos es, pues la mereceis mejor que el rey. Su hijo, » añadirá con su malicia acostumbrada, « la ha tomado y se devierte diariamente con ella. El hecho es tal cual tengo el honor de asegurárselo á vuestra majestad, y ella misma puede cerciorarse de todo. — ¿ No veis, añadió el visir, « que entónces los encargados del rey vendrán á forzar mi casa y á robar la esclava, siguiéndose otras muchas tropelías inevitables ?

— « Señor, » repuso la dama al visir su marido, confieso que es mucha la maldad de Sauy y que es capaz de presentar el hecho tan alevosamente como decis, si tuviera el mas mínimo conocimiento de él ; ¿ pero puede él ni nadie saber lo que se encubre en el interior de vuestra casa ? Aun cuando se maliciase y el rey os ha-

blase de esto, ¿no podeis decirle que habiendo rejistrado detenidamente á la esclava, no la habeis hallado tan digna de su majestad como os pareció al pronto; que el mercader os engañó, y que si bien es cierto que tiene una hermosura sin igual, dista mucho de atesorar el alcance y la habilidad que os habian celebrado? El rey os creerá sobre vuestra palabra, y Sauy padecerá el bochorno de haber logrado tan poco su pernicioso intento como otras muchas veces en que ha tratado de perjudicaros infructuosamente. Sosegaos pues, y si quereis creerme, enviad en busca de los corredores y decidles que no estáis gustoso con la hermosa Persa, y encargadles que os busquen otra esclava.»

Como este consejo le pareció muy acertado al visir Khacan, se aquietó un tanto, y tomó el partido de seguirlo: pero en nada amainó su enojo contra su hijo Nuredin.

Este no se presentó en todo el dia, ni aun se atrevió á buscar un asilo en casa de alguno de los jóvenes con quienes estaba relacionado, por temor de que su padre le fuera á buscar allí. Marchóse de la ciudad y se refujió en un jardin, á donde nunca habia ido y en el que no le conocian. No volvió hasta muy tarde, cuando sabia que su padre se habia retirado; é hizo que las esclavas de su madre le abrieran la puerta y le admitieran sin ningun ruido. Salió al dia siguiente antes que su padre estuviera levantado, y tuvo que manejarse con la propia cautela por espacio de un mes, con sumo quebranto suyo. Con efecto, las esclavas no le lisonjeaban, pues le declaraban llanamente que el visir su padre insistia en el mismo enojo, protestando que le mataria, si asomaba por su presencia.

La mujer de aquel ministro sabia por sus esclavas que Nuredin volvia diariamente; pero no se atrevia á encargarse de rogar á su marido que le perdonara. Al fin se resolvió y le dijo un dia: «Señor,» hasta ahora no me he atrevido á hablaros de vuestro hijo. Suplícoos que me permitais preguntaros lo que pensais hacer con él. No cabe en un hijo el ser mas criminal para con su padre de lo que viene á serlo Nuredin. Os ha defraudado de un grande honor y de la satisfaccion de presentar al rey una esclava tan cabal como la hermosa Persa; pero al cabo, ¿qué intencion teneis? ¿Quereis perderle enteramente? En vez de un mal en el que ya no debeis pensar, os acarrearéis otro mayor, en que no os parais. ¿No temeis que el mundo, que es malicioso, busque porqué vuestro hijo huye de vos, y adivine la verdadera causa que quereis tener oculta? Si tal sucediera, habriais incurrido cabalmente en la desventura que estabais ansiando evitar.

— «Señora,» repuso el visir, «lo que decis es muy acertado; pero no puedo determinarme á perdonar á Nuredin hasta que le haya escarmentado cual merece. — Harto escarmiento le cabrá,» repuso la dama, «cuando hayais hecho lo que se me ocurre. Vuestro hijo viene aquí todas las noches, cuando estáis retirado; pasa aquí mismo la noche, y sale antes que os levanteis. Aguardadle hoy cuando venga, y haced como si quisierais matarle. Acudiré á su defensa, y manifestando que le concedeis la vida á mi ruego, le obligaréis á que tome la hermosa Persa bajo cualquiera condicion que os cumpla. La está queriendo, y sé que la hermosa Persa tampoco le aborrece.»

Khacan se avino á este dictámen: así, antes que abrieran á Nuredin á la hora acostumbrada, se ocultó detrás de la puerta, y luego que la abrieron, se arrojó sobre él y le tendió en el suelo. Nuredin volvió el rostro y conoció á su padre, que tenia un puñal en la mano en ademan de quitarle la vida.

La madre de Nuredin llegó en aquel punto, y deteniendo el brazo del visir, «¿Qué vais á hacer, señor?» esclamó. — «Dejadme,» replicó el visir, «que mate á este hijo indigno. — ¡Ah señor!» repuso la madre, «antes matadme á mí; no permitiré nunca que mancilleis vuestras manos con vuestra propia sangre.» Aprovechó Nuredin aquella tregua. «Padre mio,» esclamó anegado en llanto, «imploro vuestra clemencia y misericordia; concededme el perdon que os pido en nombre de aquel de quien lo esperais en el dia en que debemos comparecer todos á su presencia.

Khacan dejó que le desasieran el puñal de la mano, y luego que hubo soltado á Nuredin, este se echó á sus piés y se los besó, para manifestarle cuanto se arrepentia de haberle ofendido. «Nuredin,» le dijo, «da gracias á tu madre, te perdono por consideracion con ella, y aun consiento en darte la hermosa Persa; pero á condicion de que prometas con juramento no mirarla como esclava, sino como á mujer tuya, esto es, que no la venderás ni repudiarás jamás. Como es despejada y juiciosa, al revés de ti, estoy persuadido de que enfrenarás esos arrebatos de la mocedad que pueden perderte.»

Jamás se atreviera Nuredin á esperar que su padre le tratara con tanta induljencia, y así le dió gracias muy entrañables y le hizo gustosísimo el juramento que apetecia. La hermosa Persa y él quedaron contentísimos uno con otro, y el visir sumamente satisfecho de su fino enlace.

El visir Khacan no daba lugar á que el rey le

hablara de la comision que le habia dado, esmerándose en suscitar el punto, espresándole las dificultades que hallaba en cumplirla á satisfaccion de su majestad; en una palabra, supo manejarse con tal discrecion, que por fin el sultan trascordó el asunto. Sauy llegó á entender algo de lo que habia ocurrido; pero como Khacan se habia granjeado de tal manera la privanza del rey, no se atrevió á mover aquella especie.

Hacia un año que habia sucedido esta ocurrencia tan delicada, sin resultado siniestro, cual se estuvo recelando aquel ministro, cuando fué un dia al baño y tuvo que dejarlo repentinamente por un negocio urjentísimo, estando acalorado; sobrecojiόle el ambiente demasiado frio, y le ocasionó una fluxion de pecho que le obligó á guardar cama. Atacóle luego una calentura, se agravó la dolencia, y advirtiendo que no estaba lejos de su hora postrera, habló así á Nuredin, que nunca se apartaba de su cabecera: « Hijo mio, ignoro si habré hecho el buen uso que debia de las riquezas con que Dios tuvo á bien favorecerme; ya veo que de nada me sirven para librarme de la muerte. Lo único que te pido al espirar, es que te acuerdes de la promesa que me hiciste respecto á la hermosa Persa. Muero contento con la confianza de que nunca la olvidarás. »

Estas fueron las últimas palabras que pronunció el visir Khacan. Espiró poco despues, con sumo duelo de los suyos y de toda la corte y la ciudad. Le echó menos el rey, como ministro sabio, celoso y fiel, y toda la ciudad le lloró como á su padre y bienhechor. Nunca se habian visto en Balsora exequias mas honoríficas. Los visires, emires, y jeneralmente todos los grandes de la corte se afanaron por llevar en hombros su atahud, unos tras otros, hasta el lugar de su sepultura, á la que le acompañaron llorando todos los ricos y pobres de la ciudad.

Nuredin dió terminantes muestras de la grande afliccion qne debia causarle la pérdida que acababa de padecer, y vivió por algun tiempo sin ver á nadie. Por fin un dia permitió que dejaran entrar á un amigo íntimo. Este procuró consolarle, y como le vió propenso á oirle, le dijo que despues de haber tributado á la memoria de su padre el duelo debido y satisfecho plenamente á cuanto requeria el decoro, era ya tiempo de que se presentase en el mundo, viera á sus amigos y sostuviera el lugar que le habian granjeado su mérito y nacimiento. « Faltaríamos, » añadió, « á las leyes naturales, y aun á las civiles, si al morir nuestros padres, no les tributáramos los deberes que exije de nosotros el cariño, y se nos tendria por insensibles. Pero luego que hemos cumplido con ellos, sin que puedan reconvenirnos en manera alguna, estamos obligados á volver á la misma vida que antes, y hacer como los demás. Enjugad pues vuestro llanto y recobrad ese aspecto jovial que siempre derramó regocijo por donde quiera que os habeis hallado. »

El consejo de aquel amigo era muy acertado, y Nuredin evitara todas las desventuras que le sucedieron, si lo hubiese ido siguiendo con toda la puntualidad que se requeria. Dejóse persuadir sin violencia, agasajó á su amigo y cuando quiso retirarse, le suplicó que volviera al dia siguiente y trajera consigo tres ó cuatro de sus íntimos. Insensiblemente fué componiendo una tertulia de diez jóvenes de su edad, y pasaba con ellos el tiempo en banquetes y continuos regocijos, no habiendo dia que no los despidiera á cada cual con un regalo.

Á veces, para complacer mas á sus amigos, Nuredin mandaba llamar á la hermosa Persa, que tenia la condescendencia de obedecerle, pero que no aprobaba aquella escesiva profusion. Decíale sin rebozo su modo de pensar en estos términos: « No dudo que el visir, vuestro padre, os habrá dejado grandes riquezas; pero por muchas que sean, no lleveis á mal que una esclava os represente que pronto vais á apurarlas, si continuais con esa vida. Cabe muy bien el regalar tal cual vez á sus amigos y divertirse con ellos; pero si se toma por costumbre, se va caminando á paso redoblado á la desdicha. Mucho mejor hariais, para vuestro honor y reputacion, en seguir las huellas de vuestro difunto padre y poneros en situacion de alcanzar los altos cargos en que tanta nombradía logró granjearse. »

Nuredin escuchaba á la linda Persa sonriéndose, y cuando habia concluido, « Hermosa mia,» le contestaba placenteramente, « dejémonos de eso y no pensemos mas que en divertirnos. Mi difunto padre me ha tenido siempre en una gran sujecion; quiero gozar de la libertad tras la que tanto suspiré antes de su fallecimiento. Bastante tiempo me queda para sujetarme á la vida arreglada de que hablais; un jóven de mi edad debe gozar de los recreos de la juventud. »

Lo que tambien contribuyó á menoscabar los haberes de Nuredin, fué que nunca queria ajustar cuentas con su mayordomo. Despedíale cuando se presentaba con el libro. « Vete, vete, » le decia, « ya me fio de ti; ten cuidado de que puedas proporcionarme siempre buena vida.

— « Como querais, señor, » replicaba el mayordomo; « sin embargo me permitiréis que os re-

cuerde el proverbio que dice, que el que mucho gasta y nunca ajusta cuentas, se halla al fin reducido á la mayor desdicha sin haberlo echado de ver. No contento con hacer un gasto exhorbitante en vuestra mesa, dais á manos llenas. Vuestros tesoros no pueden bastar para tanto, aunque fueran tan grandes como cerros. — Vete,» le repetia Nuredin, «no necesito tns lecciones; sigue dándome de comer, y no te metas en lo demás.»

Entretanto los amigos de Nuredin acudian puntualísimos á su mesa y no malograban coyuntura para abusar de su desprendimiento. Adulábanle y ensalzaban sus acciones mas indiferentes; sobre todo no dejaban de encomiar todo cuanto le pertenecia, y este modo de proceder le redundaba en sumo gravámen. «Señor,» le decia uno, «el otro dia pasé por la posesion que teneis en tal sitio; la casa es magnífica y está ricamente amueblada; el jardin es un paraiso de delicias. — Me alegro mucho que os guste tanto,» respondia Nuredin; «que me traigan pluma, papel y tinta, y no se hable mas de ella; es vuestra, yo os la regalo.» Otros apenas le habian alabado alguna de las casas, baños y hosterías que le pertenecian y daban crecida renta, cuando les hacia donacion de ellas. La hermosa Persa le representaba el mal que hacia; pero en vez de escucharla, seguia derrochando cuanto le quedaba á todo trance.

Finalmente, Nuredin no hizo en todo el año mas que regalarse y divertirse, malgastando los grandes bienes que sus predecesores y el buen visir su padre habian adquirido ó conservado con muchos afanes y desvelos. Acababa de mediar un año cuando llamaron un dia á la puerta de la sala en que estaba la mesa. Habia despedido á los esclavos y se habia encerrado con sus amigos para gozar mayor ensanche.

Uno de estos quiso levantarse; pero Nuredin le ganó por mano y fué á abrir él mismo. Era el mayordomo el que llamaba, y Nuredin, queriendo saber lo que traia, se adelantó un poco fuera de la sala y entornó la puerta.

El amigo, que habia querido levantarse y que habia visto al mayordomo, curioso de saber lo que traia con Nuredin, se metió detrás de la puerta y oyó que aquel decia: «Señor, os pido mil perdones de veniros á interrumpir en medio de vuestros recreos. Lo que tengo que comunicaros me parece de tan suma entidad, que he creido indispensable tomarme esta libertad. Acabo de ajustar las cuentas y hallo que ha sucedido lo que tiempo atrás habia previsto y mil veces os avisé, esto es, que ya no tengo un cuarto de todas las cantidades que me habeis dado para vuestros gastos. Los demás fondos que me habiais asignado tambien están exhaustos, y vuestros colonos y todos los que os pagaban rentas me han manifestado tan claramente que habeis traspasado á otros lo que os tenian arrendado, que ya nada puedo exijirles en nombre vuestro. Aquí teneis mis cuentas, rejistradlas, y si quereis que continúe sirviéndoos, señaladme otros fondos ó permitidme que me retire.» Nuredin quedó tan atónito con estas palabras, que no pudo contestarle una palabra.

El amigo, que estaba escuchando y que lo habia oido todo, volvió á la sala y comunicó á los demás lo que acababa de saber. «Á vosotros toca,» les dijo, «el aprovecharos de este aviso; en cuanto á mí, os manifiesto como hoy es el último dia que vengo á casa de Nuredin. — Siendo así,» repusieron los demás, «tampoco tenemos nada que hacer aquí ni para qué volver.»

Llegó entónces Nuredin, y por muy buen semblante que pusiese para animar á los convidados, con todo no pudo disimular en términos que no conociesen como era cierto lo que acababan de saber. Apenas se habia vuelto á sentar, cuando uno de los amigos se levantó y le dijo: «Señor, siento no poder estar por mas tiempo en vuestra compañía: os ruego no lleveis á mal que me vaya. — ¿Porqué os vais tan pronto?» repuso Nuredin. — «Señor, mi esposa está de parto, y no ignorais que la presencia de un marido es muy necesaria en semejante caso.» Hizo una profunda cortesía y se marchó. De allí á un rato, otro se retiró con cierto pretesto; los demás hicieron lo mismo, hasta que no quedó uno solo de los diez amigos que estaban formando la reunion de Nuredin.

Este nada sospechó de la determinacion que habian tomado sus amigos de no volverle á ver. Fué al aposento de la hermosa Persa y se puso á conversar con ella de lo que le habia dicho su mayordomo, dando estremadas muestras de un verdadero arrepentimiento por el desconcierto en que se hallaban sus negocios,

«Señor,» le dijo la hermosa Persa, «permitidme os diga que no habeis querido atender sino á vuestro dictámen; ahora veis lo que os ha sucedido. No me equivocaba, cuando os pronosticaba el siniestro paradero que debiais esperar. Lo que me desconsuela es que aun no veis todo el estremo de tan amarga desventura. Cuando yo queria daros mi parecer, «Regocijémonos,» me deciais, «y aprovechemos las horas felices que la suerte nos franquea mientras nos es propicia; quizá no estará siempre de tan buen talante.» Pero yo os respondia, y tenia

razon, que nosotros labramos nuestra buena suerte con una conducta atinada. No habeis querido escucharme, y me he visto precisada á dejaros obrar á pesar mio.

— « Confieso, » repuso Nuredin, « que hice mal en no seguir los provechosos consejos que me habeis dado con asombrosa cordura; pero si he malgastado mis bienes, ha sido con mis mejores amigos; los conozco, son honrados y reconocidos, y estoy seguro de que no vendrán á desampararme. — Señor, » replicó la hermosa Persa, « si no teneis otro recurso que el reconocimiento de vuestros amigos, creedme, vuestra esperanza está mal fundada, y con el tiempo me lo diréis.

— « Hermosa Persa, » respondió Nuredin, « tengo mejor opinion que vos del auxilio que me franquearán. Desde mañana quiero irlos á visitar antes que se tomen la molestia de venir como solian, y me veréis volver con la gran cantidad de dinero que todos ellos me habrán aprontado. Mudaré de vida, como estoy resuelto, y beneficiaré este dinero por medio de algun negocio. »

No hizo falta Nuredin en ir al dia siguiente á casa de sus diez amigos que vivian en una misma calle; llamó á la primera puerta que se presentó á su vista y en donde vivia uno de los mas ricos. Acudió una esclava, y antes que abriera, preguntó quién llamaba. « Decid á vuestro amo, » respondió Nuredin, « que es el hijo del difunto visir Khacan. » Abrió la esclava, le introdujo en una sala, entró en el aposento en que se hallaba su amo, á quien participó que Nuredin venia á verle. « ¡ Nuredin ! » repuso el amo en tono de desprecio y en alta voz de modo que este lo oyó; « vete, dile que no estoy en casa, y lo mismo le dirás cuantas veces venga. » Volvió la esclava y dió por respuesta á Nuredin que habia creido que su amo estaba en casa; pero que se habia equivocado.

Nuredin salió abochornado. « ¡ Ah pérfido y mal hombre ! » esclamó; « ayer me protestabas que no tenia mejor amigo que tú, y hoy me tratas de un modo tan indigno. » Fué á llamar á la puerta de otro amigo, y este mandó decirle lo mismo que el primero. Igual respuesta recibió del tercero y de todos los demás hasta el décimo, aunque todos estaban en casa.

Entónces fué cuando Nuredin volvió en sí y reconoció el yerro tan irreparable que habia cometido en dar aquel fácil crédito á las demostraciones de tan falsos amigos y á sus protestas de amistad todo el tiempo que le habian visto en estado de hacerles suntuosos regalos y colmarlos de beneficios. « Es cierto, » se decia lloroso, « que un hombre feliz cual yo lo era se parece á un árbol cargado de fruta : mientras tiene alguna, le rodean y se la cojen, y cuando ya no tiene ninguna, se alejan de él y lo dejan solo. » Violentóse fuera de casa; pero luego que volvió á ella, se sumió en su amargo desconsuelo, y acudió á esplayarle la hermosa Persa.

Luego que esta vió llegar á Nuredin tan afligido, se presumió que no habia hallado entre sus amigos el auxilio que esperaba. « ¿ Qué tal, señor? » le dijo, « estáis ahora convencido de la verdad de cuanto yo os habia pronosticado ? — Ah mi buena amiga, » esclamó, « demasiado cierto ha sido vuestro vaticinio. Ninguno quiso conocerme, verme ni hablarme ; nunca hubiera creido que me trataran tan cruelmente unas personas que me deben tantísimas obligaciones y por las cuales me he desangrado. Ya no soy dueño de mí, y estoy temiendo cometer alguna accion indigna de mí en la situacion lamentable en que me hallo, y en medio de la desesperacion que me acosa, si no me ayudais con vuestros atinados consejos. — Señor, » repuso la hermosa Persa, « el único remedio que os queda en vuestra desventura es que vendais vuestros esclavos y muebles y vivais con su producto, hasta que el cielo os muestre alguna otra senda para salir de tal desamparo. »

Sumamente cuesta arriba le pareció á Nuredin este remedio; ¿ pero qué hubiera podido hacer en la necesidad en que se hallaba para mantenerse? Vendió primeramente sus esclavos, que entónces eran otras tantas bocas inútiles que le hubieran causado un gasto muy superior al que podia sobrellevar. Vivió por algun tiempo con el dinero que sacó, y cuando llegó á quedar exhausto, mandó llevar sus muebles á la plaza pública, en donde se vendieron por mucho menos de su justo valor, aunque hubiese algunos muy preciosos y que habian costado cuantiosas sumas. Con esto subsistió durante bastante tiempo; pero al fin se halló sin dinero y sin tener que vender para ajenciarlo, y manifestó á la hermosa Persa su estremado quebranto.

No se esperaba Nuredin la respuesta que le dió aquella juiciosa jóven. « Señor, » le dijo, « soy vuestra esclava, y ya sabeis que el difunto visir vuestro padre me compró por diez mil monedas de oro. Conozco que desde entónces he menguado en valor; pero con todo estoy persuadida de que aun me podeis vender por una cantidad muy aproximada. Creedme; no dudeis en llevarme al mercado y venderme; con el dinero que recibiréis, podréis ir á comerciar en otro pueblo donde no seais conocido, y así ha-

llaréis medios de vivir, si no en suma opulencia, al menos de un modo que os tenga placentero y venturoso.

— « Ah hermosa Persa, » esclamó Nuredin, « ¿ es posible que hayais llegado á idear semejante pensamiento? ¿Os he dado tan pocas pruebas de cariño para que me creais capaz de semejante vileza? ¿Y aun cuando la tuviera, podria hacerlo sin ser perjuro, tras el juramento que hice á mi difunto padre de no venderos nunca? Antes morir que faltar á él y separarme de vos, á quien amo, no digo tanto como á mí mismo, sino mucho mas. Al hacerme una propuesta tan descaminada, me dais á conocer que falta mucho para que me ameis tanto como yo os amo.

— « Señor, » repuso la hermosa Persa, « estoy convencida de que me amais cuanto decis, y sabe Dios si la pasion que os tengo es inferior á la vuestra y con cuanta repugnancia os hago la propuesta que tanto os indispone contra mí. Basta acordaros que la necesidad carece de ley para desvanecer las razones que me dais. Os amo á tal punto, que no cabe me ameis mas, y puedo aseguraros que nunca dejaré de profesaros la misma pasion, cualquiera que sea el amo á que pertenezca; y no tendré mayor placer en el mundo que reunirme con vos luego que vuestros negocios os permitan rescatarme, como lo espero. He aquí, lo confieso, una necesidad muy cruel para entrambos; pero al cabo, no veo otro medio para salir del conflicto. »

Nuredin, que conocia muy bien la verdad de lo que la hermosa Persa acabada de representarle, y que no tenia otro recurso para evitar una pobreza ignominiosa, se vió precisado á tomar el partido que ella le habia propuesto. Así la llevó al mercado donde vendian á las mujeres esclavas, con un pesar indecible. Acudió á un corredor llamado Haji Hasan. « Haji Hasan, » le dijo, « he aquí una esclava que voy á vender; ve cuanto querrán dar por ella. »

Haji Hasan hizo entrar á Nuredin y á la hermosa Persa en un aposento, y luego que esta se levantó el velo que le cubria el rostro, « Señor, » dijo Haji Hasan á Nuredin, « ¿no es esta la esclava que el difunto visir vuestro padre compró por diez mil monedas de oro? » Aseguróle Nu-



redin que era la misma, y Haji Hasan, haciéndole esperar que sacaria una crecida suma, le prometió que echaria el resto para que la com prasen al precio mas elevado que fuese dable.

Haji Hasan y Nuredin salieron del aposento, y el primero dejó encerrada á la hermosa Persa. Luego se fué en busca de mercaderes; pero estaban ocupados en comprar esclavas griegas, francesas, africanas, tártaras y de otras naciones, de modo que hubo de aguardar á que hubiesen hecho sus compras. Luego que las hubieron terminado y casi todos estuvieron reunidos, « Señores mios, » les dijo con una jovialidad que se manifestaba en su rostro y sus ademanes, « no todo lo redondo es avellana, ni todo lo largo higo, ni todo lo encarnado carne, ni todos los huevos están frescos. Quiero decir con esto que habeis visto y comprado muchas esclavas en vuestra vida; pero que nunca habeis visto una sola que pueda compararse con la que os anuncio : esta es la perla de las esclavas. Venid, seguidme, que yo os la dejaré ver. Quiero que vosotros mismos me digais á qué precio debo pregonarla. » Los mercaderes acompañaron á Haji Hasan, y este les abrió la puerta del aposento donde se hallaba le hermosa Persa. Viéronla con asombro, y todos á una convinieron en que no se la podia pregonar por menos de cuatro mil monedas de oro. Salieron del aposento, y Haji Hasan, que fué con ellos, habiendo cerrado la puerta, se puso á vocear sin alejarse: « Por cuatro mil monedas de oro la esclava persa. »

Ningun mercader habia pujado todavía y se estaban apalabrando sobre lo que trataban de hacer, cuando llegó el visir Sauy, y viendo á Nuredin en el mercado, « Sin duda, » dijo para consigo, « Nuredin viene á vender algunos muebles (porque sabia que habia hecho algunas ventas), ó quiere comprar una esclava. » Adelantóse, y Haji Hasan gritó otra vez : « Por cuatro mil monedas de oro la esclava persa. »

Esta tasacion hizo juzgar á Sauy que la esclava debia de ser de una hermosura peregrina, y al punto tuvo gran deseo de verla. Dirijió su caballo en derechura á Haji Hasan, que estaba rodeado de mercaderes. « Abre la puerta, » le dijo, « y déjame ver la esclava. » No era costumbre que un particular viera una esclava cuando los mercaderes la habian visto y la estaban ajustando; pero estos no se atrevieron á escudarse con su derecho contra la autoridad de un visir, y Haji Hasan no pudo escusarse de abrir la puerta y hacer seña á la hermosa Persa para que se acercara, de modo que Sauy pudiera verla sin apearse.

El visir se quedó pasmado al ver una esclava de tan suma belleza, y como habia tratado varias veces con el corredor, no le era desconocido su nombre y así le dijo : « Haji Hasan, ¿no la estás pregonando por cuatro mil monedas de oro? — Sí señor, » respondió aquel; « estos mercaderes han convenido poco ha en que debia pedirse ese precio. Aguardo á que ofrezcan mas. — Ya daré yo ese dinero, » repuso Sauy, « si nadie ofrece mas por ella. » Y al mismo tiempo dió á los mercaderes una mirada que manifestaba su deseo de que no pujasen. Era tan temido de todos, que se guardaron muy bien de abrir los labios, ni aun para quejarse del derecho que les usurpaba.

Cuando el visir Sauy hubo esperado algunos momentos y vió que ningun mercader pujaba, « ¿ Vamos, ¿ qué aguardas? » le dijo á Haji Hasan; « vete en busca del vendedor y ajusta con él á cuatro mil monedas de oro, ó infórmate de lo que quiere hacer. » Aun no sabia que la esclava fuera de Nuredin.

Haji Hasan, que habia cerrado ya la puerta del aposento, fué á verse con Nuredin. « Señor,» le dijo, « siento anunciaros una mala noticia : vuestra esclava va á ser vendida por casi nada. — ¿ Y por qué motivo? » repuso Nuredin. — « Señor, » replicó Haji Hasan, « al principio iba prósperamente el asunto. Luego que los mercaderes hubieron visto vuestra esclava, me encargaron que la pregonase por cuatro mil monedas de oro. Empecé á ofrecerla á este precio, y al punto llegó el visir Sauy, y su presencia selló los labios de los mercaderes que yo veia dispuestos á pujarla á lo menos á la misma cantidad que costó al difunto visir vuestro padre. Sauy no quiere dar mas que cuatro mil monedas de oro, y muy á pesar mio vengo á traeros una propuesta tan poco razonable. La esclava es vuestra; pero nunca os aconsejaré que se la entregueis á ese precio. Ya le conoceis, y todos saben su modo de obrar. Además de que la esclava vale infinitamente mas, es bastante perverso para buscar algun medio de no pagaros.

— « Haji Hasan, » replicó Nuredin, « te agradezco el consejo; no temas que yo consienta que mi esclava sea vendida al enemigo de mi familia. Tengo mucha necesidad de dinero; pero prefiriera morir en el mayor desamparo al permitir que le sea entregada. Una sola circunstancia te encargo, y es, que puesto que sabes todos los usos y artimañas, me digas lo que debo hacer para dejarle burlado.

— « Señor, » respondió Haji Hasan, « eso es muy obvio. Finjid que os habeis enojado contra vuestra esclava y jurado llevarla al mercado;

pero que no entendiais venderla, y que lo que hicisteis fué tan solo para cumplir vuestro juramento: esto satisfará á todo el mundo, y Sauy no podrá deciros nada. Venios pues, y en el momento en que la presente á Sauy, como si fuera de consentimiento vuestro y estuviera hecho el ajuste, recobradla dándole algunos golpes y lleváosla á casa. — Doyte gracias, » le dijo Nuredin, « ya verás como sigo tu consejo. »

Haji Hasan volvió al aposento, lo abrió, y habiendo avisado en pocas palabras á la hermosa Persa, para que no se sobresaltara por lo que iba á sucederle, la cojió por el brazo y la llevó al visir Sauy, que estaba todavía delante de la puerta. « Señor, » le dijo presentándosela, « he aqui la esclava; tomadla, vuestra es. »

Aun no habia acabado Haji Hasan estas palabras, cuando Nuredin asió á la linda Persa y tiráñdola á sí, le dió un bofeton. « Venid, impertinente, » le dijo en alta voz de modo que todos le oyeron, « y volved á casa. Vuestro mal jenio me obligó á jurar que os llevaria al mercado; pero no que os venderia. Aun os necesito, y tiempo queda para hacerlo cuando no tenga nada. »

El visir Sauy se enojó mucho de la accion de Nuredin. « Desastrado libertino, » esclamó, « ¿ quieres hacernos creer que aun te queda algo que vender además de esa esclava ? Y al mismo tiempo guió su caballo hácia él para quitarle la hermosa Persa. Ofendido Nuredin de la afrenta que le hacia el visir, no hizo mas que soltar á la esclava y decirle que le aguardara, y echando mano á la brida del caballo, lo hizo cejar algunos pasos. « Maldito viejo, » le dijo entónces al visir, « te arrancaria al punto el alma, si no me detuviera la consideracion de los que están presentes. » Como Sauy no era querido de nadie, y por el contrario todos le aborrecian, ni uno solo de los circunstantes dejó de alegrarse que Nuredin le hubiese abochornado. Manifestáronselo con señas, dándole á entender que podia vengarse como juzgara oportuno y que nadie tomaria parte en su contienda.

Sauy quiso hacer un esfuerzo para obligar á Nuredin á que soltara la brida de su caballo; pero este, que era fuerte y ájil, alentado por el interés que le manifestaban los circunstantes, le tiró del caballo en medio de la calle, y dándole muchos golpes, le ensangrentó la cabeza contra el enlosado. Diez esclavos que escoltaban á Sauy quisieron desenvainar los sables y echarse sobre Nuredin; pero los mercaderes se pusieron por medio y se lo impidieron. « ¿ Qué quereis hacer? » les dijeron; « ¿no veis que si uno es visir, el otro es hijo de visir? Dejadles que se arreglen entre sí; quizá se avendrán uno de estos dias, y si hubieseis muerto á Nuredin, ¿ creeis que vuestro amo, por poderoso que sea, pudiera libraros de la justicia? » Cansóse al fin Nuredin de golpear al visir Sauy; dejóle tendido en la calle, asió de la mano á la hermosa Persa y volvió á su casa en medio de las aclamaciones del puebló, que le elojiaba por la accion que acababa de hacer.

Sauy, molido de golpes, se levantó con mucho trabajo, ayudándole sus esclavos; y su pesadumbre fué mortal, viéndose cubierto de lodo y sangre. Apoyóse en los hombros de dos esclavos, y en aquel estado, se encaminó á palacio á vista de todo el mundo, con un sonrojo tanto mayor, cuanto nadie le compadecia. Cuando estuvo bajo las ventanas del rey, se puso á vocear implorando su justicia de un modo lastimoso. Mandóle llamar el rey, y luego que se presentó, preguntóle quién le habia maltrado y puesto en aquel estado. « Señor, » esclamó Sauy, « basta que goce del favor de vuestra majestad y tenga parte en sus sagrados consejos, para ser tratado del modo indigno que acaban de hacerlo. — Dejémonos de esclamaciones, » repuso el rey, « y decidme tan solo lo que ha sido y quién es el ofensor, pues haré que se arrepienta, si es culpado.

— « Señor, » dijo entónces Sauy refiriendo el caso de un modo favorable para sí, « fuí al mercado de las esclavas para comprar yo mismo una cocinera que necesito; llegué y hallé que estaban pregonando una esclava por cuatro mil monedas de oro. Mandé que me la trajeran y la hallé hermosísima; apenas la hube examinado con suma satisfaccion, cuando pregunté quién era el dueño, y supe que se vendia por órden de Nuredin, hijo del difunto visir Khacan.

« Vuestra majestad debe acordarse que hace dos ó tres años mandó entregar diez mil monedas de oro á aquel visir encargándole que os comprara por aquella suma una esclava. Empleó aquel dinero en comprar esta; pero en vez de presentarla á vuestra majestad, no la conceptuó digna del intento y se la regaló á su hijo. Desde la muerte del padre, este se ha comido y malgastado todo cuanto tenia, y no quedándole mas que esta esclava, se determinó á venderla, y con efecto así mandó que se hiciese en nombre suyo. Le mandé llamar, y sin hablarle de la perfidia de su padre con vuestra majestad, « Nuredin, » le dije con la mayor cortesía, « los mercaderes han tasado, á lo que parece, la esclava en cuatro mil monedas de oro. No dudo que la pujarán á competencia; pero creedme, dádmela por las cuatro mil monedas, pues quiero com-

prarla para regalársela al rey nuestro señor y amo, á quien haréis con esto un obsequio. Esto valdrá mucho mas de lo que pudieran daros los mercaderes. »

« En vez de responderme con el debido decoro, el insolente me miró con altivez. « Maldito viejo, » me dijo, « prefiriera dar de balde mi esclava á un Judío, antes que vendértela. — Pero Nuredin, » repuse yo sin acalorarme, aunque tuviese motivo para ello, « no considerais, al hablar así, que injuriais al rey que hizo á vuestro padre lo que era, como tambien me confirió á mí el alto cargo que estoy disfrutando. »

« Este reparo, que debia desenojarle, le airó mucho mas. Abalanzóse á mí como un furioso, sin la menor consideracion á mi edad y aun mas á mi encumbrado cargo, me ha tirado del caballo, y despues de haberme golpeado á su antojo, me dejó en el estado en que vuestra majestad me está viendo. Ruégole considere que padezco por sus intereses un oprobio tan manifiesto. » Al acabar estas palabras, bajó la cabeza y la torció para dar rienda suelta á su llanto.

El rey, sobrecojido y airado contra Nuredin con esta relacion artificiosa, manifestó en su rostro estremado enfurecimiento. Volvióse al capitan de su guardia, que estaba junto á él, y le dijo : « Tomad cuarenta hombres, y cuando hayais saqueado la casa de Nuredin y dado órdenes para que la arrasen, traédmele con su esclava. »

Aun no habia salido el capitan del aposento del rey, cuando un ujier que oyó dar la órden, tomó la delantera. Llamábase Sanjiar y habia sido en otro tiempo esclavo del visir Khacan, quien le habia colocado en palacio, en donde habia logrado algunos ascensos.

Sanjiar, reconocido á su antiguo amo é interesadísimo por Nuredin, á quien habia visto nacer, y que conocia el encono que abrigaba Sauy á la familia de Khacan, no habia podido oir aquella órden sin estremecerse. « La accion de Nuredin, » recapacitó, « no puede ser tan villana como Sauy la ha pintado, ha predispuesto al rey, y este va á dar muerte á Nuredin, sin que tenga lugar para sincerarse. » Fué tal la dilijencia con que caminó, que llegó á tiempo para avisarle de lo que acababa de ocurrir en palacio y darle lugar á que se salvara con la hermosa Persa. Llamó á la puerta de tal modo que Nuredin hubo de abrir él mismo, porque no tenia quien le sirviese. « Señor, » le dijo Sanjiar, « no podeis permanecer por mas tiempo en Balsora : marchaos y salvaos sin perder momento.

— « ¿ Y qué motivo hay para que me marche? » repuso Nuredin. — « Marchaos, » replicó Sanjiar « y llevaos á la esclava. En resúmen, Sauy acaba de referir al rey, pintándole á su modo, lo que ha ocurrido entre vos y él, y el capitan de la guardia me sigue con cuarenta soldados para prenderos y tambien á vuestra esclava. Tomad estas cuarenta monedas de oro para que podais buscar un asilo : mas os daria, si las llevara conmigo. Disimulad, si no me detengo mas ; os dejo á pesar mio, por el bien de entrambos y por el interés que tengo en que no me vea el capitan de la guardia. » Sanjiar no le dió tiempo á Nuredin mas que para darle gracias, y se retiró.

Nuredin fué á comunicar á la hermosa Persa la necesidad en que ambos se hallaban de marcharse arrebatadamente, y echándose esta el velo, salieron al punto de su casa. Tuvieron la suerte de alejarse de la ciudad sin que nadie advirtiera su salida, y aun de llegar á la boca del Eufrates, que no estaba distante, y embarcarse en un bajel que iba á zarpar.

Con efecto, cuando llegaron, el capitan se hallaba sobre cubierta en medio de los pasajeros. Muchachos, » les preguntaba, « ¿ estáis aquí todos ? ¿ Teneis algo mas que hacer, ó se os ha olvidado algo en la ciudad ? Á lo que respondieron todos que no faltaba nadie y que podia dar la vela cuando quisiera. Apenas Nuredin estuvo embarcado, cuando preguntó á donde se dirijia la embarcacion, y se alegró de saber que iba á Bagdad. El capitan mandó levar el ancla, dió la vela, y el buque se alejó de Balsora con viento favorable.

Vamos ahora á lo que vino á suceder mientras que Nuredin se salvaba con la hermosa Persa de Balsora y de las iras del rey :

El capitan de la guardia llegó á casa de Nuredin y llamó á la puerta. Viendo que nadie parecia para abrir, la mandó tirar al suelo, y los soldados entraron atropelladamente. Pesquisaron á diestro y siniestro los rincones, y no hallaron ni á Nuredin ni á su esclava. El capitan de la guardia mandó preguntar, y aun lo hizo en persona, á los vecinos, para saber si los habian visto ; pero aun cuando tal hubiera sucedido, ni uno solo queria mal á Nuredin, antes al contrario, le amaban, y por tanto no hubieran dicho especie alguna que pudiera perjudicarle. Mientras estaban saqueando y arrasando la casa, fué á llevar esta noticia al rey, quien le contestó que los buscase por donde quiera, pues queria que se cumpliese su órden.

El capitan de la guardia se afanó en practicar nuevas pesquisas, y el rey despidió al visir Sauy, dispensándole mucho honor. « Id, » le dijo, « volved á vuestra casa y no paseis cui-

dado sobre el castigo de Nuredin : yo mismo os vengaré de su desacato. »

Para valerse de todos los medios, el rey mandó pregonar por toda la ciudad que daria mil monedas de oro á quien le trajera á Nuredin y á su esclava, y que mandaria castigar ejemplarmente á quien los hubiese encubierto. Pero por mucho afan que se tomó, fuéle imposible adquirir noticia alguna de ellos, y el visir Sauy solo tuvo el consuelo de ver que el rey se habia puesto de su parte.

Entretanto Nuredin y la hermosa Persa se adelantaban y proseguian su viaje con toda prosperidad. Aportaron al fin en Bagdad, y cuando el capitan, gozoso de haber terminado su travesía, descubrió la ciudad, « Muchachos, » esclamó encarándose con los pasajeros, « alegraos : hela allí esa grande y asombrosa ciudad á donde se agolpa una concurrencia jeneral y perpetua de todas las partes del mundo. Aquí hallaréis una poblacion crecidísima, y no tendréis el frio intolerable del invierno, ni los escesivos calores del verano. Gozaréis de una primavera perpetua con sus flores y de los deliciosos frutos del otoño. »

Luego que la embarcacion hubo anclado cerca de la ciudad, se fueron marchando los pasajeros, dirijiéndose cada cual á su alojamiento. Nuredin pagó cinco monedas de oro por su tránsito y desembarcó inmediatamente con la hermosa Persa; pero como nunca habia estado en Bagdad, no sabia dónde hospedarse. Caminaron mucho tiempo siguiendo los jardines situados en la orilla del Tígris, y vieron uno que estaba ceñido de hermosa y larguísima cerca. Al llegar al estremo, torcieron por una calle dilatada y enlosada toda, y descubrieron la verja, y junto á ella una grandiosa fuente.

Hallábase la verja cerrada; pero habia un pasillo abierto y un sofá á cada lado. « Muy agradable es este sitio, » dijo Nuredin á la hermosa Persa; « se acerca la noche, y ya hemos comido antes de desembarcar : por lo tanto soy de parecer que pasemos aquí la noche, y mañana tendrémos tiempo de buscar alojamiento. — Ya sabeis, señor, » respondió la hermosa Persa, « que vuestra voluntad es la mia : no pasemos de aquí, ya que así lo deseais. » Bebieron agua de la fuente y se recostaron sobre uno de los sofáes, en donde estuvieron conversando por un rato. Al fin se apoderó de ellos el sueño y se quedaron dormidos al grato murmullo de las aguas.

El jardin pertenecia al califa, y en el centro habia un gran cenador llamado el Cenador de las pinturas, porque su principal adorno consistia en cuadros á lo persa de mano de muchos artistas de aquel pais, llamados por el califa al intento. El grande y magnífico salon que formaba este cenador estaba alumbrado por noventa ventanas, de las que colgaban otras tantas arañas, que solo se encendian cuando el califa iba á pasar allí la noche, y el tiempo estaba tan apacible, que no soplaba el menor ambiente. Entónces formaban una iluminacion halagüeña que se avistaba desde muy lejos en la campiña, y desde gran parte de la ciudad.

Solo habitaba aquel jardin el encargado de su custodia, y era un anciano llamdo Jeque Ibrahim, á quien el califa habia dado aquel destino en recompensa de sus servicios. Habíale recomendado el califa que tuviera sumo cuidado de no dar entrada á toda clase de jentes, y sobre todo en no consentir que se sentaran en los dos sofáes que estaban fuera de la verja, para que estuviesen siempre aseados, castigando á los que allí encontrase.

Jeque Ibrahim habia tenido que salir para algun quehacer y aun no habia vuelto. Cuando llegó aun habia bastante luz para que advirtiera que dos personas estaban durmiendo en uno de los sofáes, cubierta la cabeza con un paño, para precaverse de los mosquitos. « Muy bien. » dijo para consigo Jeque Ibrahim, « estas jentes están contraviniendo á la orden del califa ; voy á enseñarles el acatamiento que le deben » Abrió la puerta sin rumor, y á poco rato volvió con un palo en la mano y el brazo arremangado. Iba á descargar un golpe con todo su ahinco; pero se contuvo. « Detente, » prorumpió, « vas á maltratarlos sin considerar que son acaso unos forasteros que no saben en donde hospedarse é ignoran el ánimo del califa ; vale mas que sepas antes quienes son. » Alzó con sumo tiento el paño que les tapaba la cabeza, y su admiracion fué estremada cuando vió un jóven tan bien formado y una mujer tan hermosa. Despertó á Nuredin tirándole un tantillo por los piés.

Nuredin alzó al punto la cabeza, y luego que vió á sus piés un anciano con larga barba, se incorporó, y habiéndose arrodillado y asídole la mano, que besó, le dijo : « Padre mio, Dios os guarde. ¿ Se os ofrece algo ? — Hijo mio, » repuso Jeque Ibrahim, « ¿ quién sois y de dónde venis ? — Somos unos estranjeros que acabamos de llegar, » respondió Nuredin y tratábamos de pasar aquí la noche hasta mañana. — Mal estariais aquí, » replicó Jeque Ibrahim, « venid, entrad, os proporcionaré un lecho mas cómodo, y la vista del jardin, que es hermosísima, os recreará mientras es aun de dia. — ¿ Es vuestro

este jardin ? » preguntó Nuredin. — « Ciertamente es mio, » repuso con una sonrisa Jeque Ibrahim ; « es una herencia de mi padre : entrad, os repito, os alegraréis de verlo. »

Levantóse Nuredin manifestando á Jeque-Ibrahim cuanto le agradecia su atencion, y entró en el jardin con la hermosa Persa. Ibrahim cerró la puerta, y caminando delante, los llevó á un sitio desde el cual vieron la disposicion, el ámbito y la hermosura del jardin de una mirada.

Nuredin habia visto en Balsora jardines grandiosos ; pero ninguno de ellos podia entrar en cotejo con este. Cuando lo hubo examinado todo y se hubo paseado por algunas alamedas, se volvió al anciano que le acompañaba y le preguntó por su nombre. Cuando este le respondió que se llamaba Jeque Ibrahim, « Debo confesaros, » dijo Nuredin, « que este jardin es á todas luces asombroso : ¡ que Dios os conserve por mucho tiempo en él ! No cabe agradeceros debidamente la fineza que nos habeis franqueado, dejándonos ver un sitio tan peregrino. Justo es que de algun modo os manifestemos nuestro fino agradecimiento, y así tomad ; aquí teneis dos monedas de oro, y os ruego que envieis en busca de algunos manjares para holgarnos y divertirnos. »



Al ver las dos monedas de oro, Jeque Ibrahim, que era muy interesado, se regocijó en gran manera; tomólas, y dejando á Nuredin y á la hermosa Persa para desempeñar el encargo, porque estaba solo, « Vaya unas buenas jentes, » repetia gozosamente en su interior; « me hubiera perjudicado mucho si hubiese cometido la torpeza de atropellarlas y echarlas de aquí. Con la décima parte de este dinero podré regalarlos como unos príncipes, y lo demás me lo quedaré por mi trabajo. »

Mientras Jeque Ibrahim fué á comprar la cena para sus huéspedes y para sí, Nuredin y la hermosa Persa se pasearon por el jardin y llegaron al cenador de las pinturas que estaba en el centro. Paráronse al pronto á contemplar su admirable construccion y grandiosidad, y luego que hubieron dado vuelta al rededor mirándolo por todas partes, subieron á la puerta del salon por una gradería de mármol blanco; pero la hallaron cerrada.

Nuredin y la hermosa Persa acababan de bajar la escalera, cuando llegó Jeque Ibrahim cargado de abastos, « Amigo, » le dijo con estrañeza Nuredin, « ¿no nos dijisteis que este jardin era vuestro? — Sí lo dije, » repuso Jeque Ibrahim, « y lo repito; ¿porqué me haceis esa pregunta? — ¿Ese magnífico cenador, » repuso Nuredin, « os pertenece tambien? » No esperaba Jeque Ibrahim que le hiciesen semejante pregunta, y se quedó un tanto suspenso. « Si digo que no es mio, » recapacitó, « al punto me preguntarán cómo es posible que sea el amo del jardin, y no lo sea del cenador. » Como habia querido aparentar que el jardin era suyo, otro tanto quiso hacer respecto al cenador. « Hijo mio, » repuso, « el cenador y el jardin van juntos, ambos son de mi pertenencia. — Siendo así, » replicó entónces Nuredin, « y ya que nos concedeis la hospitalidad por esta noche, os ruego que nos hagais el favor de dejarnos ver el interior, pues por lo que se ve, no puede menos de ser de una magnificencia estraordinaria. »

Hubiera sido una desatencion en Jeque Ibrahim desairar á Nuredin en lo que le pedia, despues de haberle manifestado tan buena voluntad. Además consideró que el califa no le habia mandado avisar segun acostumbraba, y que por lo tanto no iria allí aquella noche, y que podia dejar cenar á sus huéspedes en el cenador, y aun hacer otro tanto con ellos. Dejó sus provisiones al pié de la escalera, y fué en busca de la llave á su habitacion. Volvió pronto con luz, y abrió la puerta.

Nuredin y la hermosa Persa entraron en el salon y lo juzgaron tan peregrino que no podian cansarse de admirar su hermosura y riqueza. Con efecto, dejando á parte las pinturas, los sofáes eran magníficos, y además de las arañas que colgaban en cada ventana, habia en los entrepaños un brazo de plata que sostenia un candelero. Nuredin, al presenciar aquellos objetos, no pudo menos de acordarse de la esplendidez en que habia vivido, prorumpiendo en algunos suspiros.

Entretanto Jeque Ibrahim trajo los manjares, dispuso la mesa junto á un sofá, y cuando todo estuvo pronto, Nuredin, la hermosa Persa y él se sentaron á cenar gustosísimos. Luego que hubieron acabado y lavádose las manos, Nuredin abrió una ventana y llamó á la hermosa Persa. « Acercaos, » le dijo, « y admirad conmigo la grandiosa vista y la hermosura del jardin á la claridad de la luna: es una perspectiva embelesante. » Acercóse la esclava, y disfrutaron juntos aquella vista, mientras que Jeque Ibrahim levantaba la mesa.

Cuando este hubo acabado y reunídose con sus huéspedes, preguntóle Nuredin si no tenia alguna bebida con que pudiera obsequiarlos. « ¿Qué bebida apeteceis? » repuso Ibrahim. « ¿Por ventura sorbete? Lo tengo muy esquisito, pero ya sabeis, hijo mio, que no es bebida para despues de cenar.

— « Ya lo sé, » replicó Nuredin; « por lo tanto no es sorbete lo que os pedimos, sino otra bebida: estraño que no me entendais. — Luego es vino lo que quereis, » añadió Jeque Ibrahim. — « Ahora lo habeis acertado, » le dijo Nuredin; « si lo teneis, os agradeceré que nos traigais una botella. Ya sabeis que se acostumbra beber un poco despues de cenar hasta tanto que se hace hora de acostarse.

— « ¡ Guárdeme Dios de tener vino en mi casa, » esclamó Jeque Ibrahin, « y aun de acercarme á un lugar en donde lo tengan! Un hombre como yo, que ha ido cuatro veces en peregrinacion á la Meca, ha renunciado al vino para toda su vida.

— « Sin embargo, me hariais singular fineza en proporcionarnos un par de sorbos, » repuso Nuredin; « y si no os sirve de molestia, os enseñare un medio para que entreis en la taberna sin que toqueis la vasija que contenga el vino. — Bajo esa condicion consiento en ello, » dijo Ibrahim; « no teneis mas que decirme lo que he de hacer.

— « Cuando entramos en el jardin, vimos un asno atado á la reja, » dijo entónces Nuredin; « sin duda os pertenece y debeis de serviros de él cuando lo necesitais. Tomad, ahí teneis otras dos monedas de oro: llevaos el asno con sus cestos, é id á la primera taberna sin acercaros,

sino en cuanto querais; dadle algo al primero que pase por allí y rogadle que vaya con el asno hasta la taberna y compre dos cántaros de vino que colocarán en ambos cestos, y que os traiga el asno despues de haber pagado el vino con el dinero que le habréis dado. No tendréis mas que guiar al asno hasta aquí, y nosotros mismos sacarémos los cántaros de los cestos. De este modo nada haréis que os pueda causar la mas mínima repugnancia. »

Aquellas otras dos monedas de oro surtieron grandísimo efecto en el ánimo de Jeque Ibrahim. « ¡ Ay hijo mio ! » esclamó cuando Nuredin hubo acabado, « ya tengo entendido lo discreto que sois. Á no ser por vos, nunca se me hubiera ocurrido ese medio de ajenciaros vino sin escrúpulo. » Marchóse para ir á cumplir su comision y la desempeñó por la posta. Á su llegada, bajó Nuredin, sacó los cántaros de los cestos y los llevó al estrado.

Jeque Ibrahim llevó el asno al paraje en donde habia ido á buscarlo, y cuando volvió, díjole Nuredin : « Mucho os agradecemos la molestia que os habeis tomado; pero aun nos falta algo. — ¿ Qué mas puedo hacer en servicio vuestro ?» repuso Ibrahim. — « No tenemos copas, » dijo Nuredin, « y nos vendrian bien algunas frutas si las teneis. — No hay mas que pedir, » respondió Ibrahim, « de nada careceréis en cuanto sea dable. »

Bajó el anciano, y dispuso luego una mesa cubierta de hermosas bandejas cuajadas de varias especies de frutas, con copas de oro y plata, y cuando les hubo preguntado si necesitaban alguna otra cosa, se retiró sin quererse quedar, aunque le instaron encarecidamente.

Nuredin y la hermosa Persa volvieron á sentarse á la mesa y empezaron á beber del vino, que les pareció escelente. « ¿Qué tal, hermosa mia? » dijo Nuredin á la esclava Persa, « ¿ no os parece que somos muy afortunados en que la casualidad nos haya traido á un sitio tan embelesante ? Alegrémonos y repongámonos de la angustiosa vida que hemos tenido en toda la travesía. ¿ Puede caberme dicha mayor que el verme á vuestro lado con la copa en la mano ? » Bebieron varias veces conversando placenteramente, y cantando alternativamente algunas coplillas.

Como ambos tenian una voz sobresaliente, con especialidad la linda esclava, su canto atrajo á Jeque Ibrahim, quien los estuvo escuchando largo rato desde afuera sin dejarse ver. Al fin asomó la cabeza á la puerta. « Ánimo, señor, » le dijo á Nuredin, creyéndole ya beodo; « me alegro de veros tan sumamente jovial.

— « ¡ Ah ! Jeque Ibrahim, » esclamó Nuredin volviéndose hácia él, « ¡ qué hombre tan honrado sois ! y ¡ cuántos favores os debemos ! Aunque no nos atrevamos á ofreceros un trago, no por eso dejeis de entrar. Venid, acercaos, y á lo menos hacednos el agasajo de terciar en nuestra compañía. — Proseguid, proseguid, » repuso Ibrahim, « me contento con oir vuestros lindos cantares; » y diciendo esto, se marchó.

Advirtió la hermosa Persa que Jeque Ibrahim se habia parado á la entrada y se lo avisó á Nuredin. « Ya veis, señor, » añadió, « que manifiesta gran aversion al vino ; pero no pierdo la esperanza de hacérselo beber, si quereis hacer lo que yo os diga. — ¿ De qué se trata? » preguntó Nuredin; « no teneis mas que hablar, haré todo cuanto querais. — Inducidle tan solo á que entre y se quede con nosotros, » dijo la esclava ; « de allí á poco echadle de beber y presentadle la copa; si lo rehusa, bebed y aparentad que os quedais dormido; lo demás corre de mi cuenta. »

Comprendió Nuredin la intencion de la hermosa Persa; llamó á Jeque Ibrahim para que se asomase á la puerta. « Jeque Ibrahim, » le dijo, « somos vuestros huéspedes y nos habeis acojido jenerosamente, ¿quereis negarnos la fineza de honrarnos con vuestra compañía? No os pedimos que bebais, y sí solo que tengamos el gusto de veros. »

Ibrahim se dejó persuadir, entró y se sentó en el estremo del sofá que estaba mas inmediato á la puerta. « Ahí no estáis bien , » le dijo Nuredin, « y no podemos tener el gusto de veros. Acercaos os ruego, y sentaos junto á esta señora , que sin duda os lo permitirá. — Haré pues lo que apeteceis , » dijo Ibrahim , y se acercó sonriéndose por el placer que iba á disfrutar junto á una mujer tan linda , y se sentó á cierta distancia de la hermosa Persa. Nuredin le pidió que entonara algun cantar en pago del favor que Jeque Ibrahim les dispensaba, y cantó al punto uno que le enajenó.

Cuando la hermosa Persa hubo acabado de cantar , Nuredin echó vino en una copa y se la presentó á Ibrahim. « Amigo , » le dijo , » brindad os ruego , á nuestra salud. — Señor , » repuso el viejo retirándose como si se horrorizara con solo ver el vino , « ruégoos que me dispenseis, pues ya os dije que hace tiempo me aparté de ese licor. — Ya que absolutamente no quereis brindar á nuestra salud , » dijo Nuredin, « permitiréis que yo beba á la vuestra. »

Mientras que Nuredin bebia, la hermosa Persa cortó media manzana , y presentándosela á Ibrahim, « No habeis querido beber , » le dijo,

« pero no creo que pongais el mismo reparo en probar esta manzana que es deliciosa. » Ibrahim no pudo rehusarla de una mano tan linda, y tomándola con un acatamiento, la llevó á la boca. Con este motivo la esclava le dijo algun requiebro, y entretanto Nuredin se tendió en el sofá y aparentó dormirse. Al punto la hermosa Persa se acercó á Jeque Ibrahim y le dijo quedito: « Lo veis, pues siempre procede así cuando nos estamos solazando juntos. Apenas ha bebido algunos tragos, cuando se queda dormido y me deja sola; pero creo que me haréis compañía mientras duerma. »

La hermosa Persa tomó una copa, llenóla de vino, y presentándosela á Jeque Ibrahim, « tomad, » le dijo, « y brindad á mi salud, voy á hacer otro tanto á la vuestra. » Escrupulizó el anciano con mil reparos y le suplicó que le dispensara; pero ella le instó tanto, que al fin, vencido por sus halagos y ruegos, tomó la copa y la apuró hasta la última gota.

El buen viejo era aficionado al trago; pero se avergonzaba de beber delante de aquellas personas desconocidas. Solia ir á la taberna como otros muchos, y no habia tomado las precauciones que Nuredin le habia apuntado para comprar el vino. Habia ido á buscarlo sin ceremonia á casa de un tabernero conocido suyo al resguardo de la oscuridad, y habia ahorrado el dinero que hubiera tenido que dar á otro, segun la propuesta de Nuredin.

Mientras Jeque Ibrahim acababa de comer la mitad de la manzana despues de haber bebido, la hermosa Persa le llenó otra vez la copa, que bebió con menos reparo; á la tercera no puso ninguno, y estaba vaciando la cuarta, cuando Nuredin dejó de aparentar que dormia. Incorporóse, y mirando al viejo, « ¡ Ola, ola, Jeque Ibrahim, » le dijo, « ¡ con que os he sobrecojido! me dijisteis que os habiais despedido del vino; mas parece que lo sorbeis garbosamente. »

Atónito Ibrahim con el inesperado lance, se coloreó sobremanera. Sin embargo no por eso dejó de apurar la copa, y cuando hubo concluido, « Señor, » dijo sonriéndose, « si he pecado, mi culpa debe recaer sobre esta señora, y no sobre mí: ¿cómo cabia resistir á tantísimo embeleso? »

La linda Persa, á una con Nuredin, aparentó abogar por el anciano. « Jeque Ibrahim, » le dijo, « dejadle hablar, no hay que violentaros: seguid bebiendo y alegraos y gozaos. » De allí á poco Nuredin se echó de beber é hizo otro tanto á la hermosa Persa, y viendo Ibrahim que Nuredin no se acordaba de él, tomó una copa y se la presentó diciéndole: « Y yo? ¿no quereis que beba? »

Á estas palabras, Nuredin y la hermosa Persa prorumpieron en carcajadas y siguieron divirtiéndose, riendo y bebiendo hasta las doce de la noche. Entónces reparó la hermosa Persa en que la mesa solo estaba alumbrada por una luz: « Jeque Ibrahim, » dijo al buen abuelo, « nos habeis traido tan solo una vela, cuando aquí vemos tantas hermosas bujías. Hacednos la fineza de encenderlas para que veamos mas claro. »

Jeque Ibrahim usó de los ensanches que suele acarrear el vino cuando la cabeza se va calentando, y por no interrumpir la conversacion que seguia con Nuredin, « Encendedlas vos misma, » le dijo á la preciosa esclava, « eso os cuadra mejor que á mí; pero cuidado que encendais mas de cinco ó seis. » La linda Persa se levantó, cojió una bujía, la encendió á la luz que estaba sobre la mesa, y sin pararse en lo que Ibrahim le decia, encendió las noventa bujías.

De allí á un rato como Jeque Ibrahim se hallaba conversando sobre otro asunto con la hermosa esclava, Nuredin le rogó por su parte que encendiera algunas arañas, y Jeque Ibrahim le respondió, sin advirtir que todas las bujías estaban encendidas: « Muy perezoso debeis ser ó muy poco brio teneis, si no podeis encenderlas vos mismo. Id, encendedlas; pero que no pasen de tres. » Nuredin, en vez de obedecerle, las encendió todas, y abrió las noventa ventanas, sin que Ibrahim lo reparase, tan entretenido estaba con la hermosa Persa.

Casualmente el califa Harun Alraschid no estaba todavía acostado. Hallábase en un salon de su palacio que daba sobre el Tígris, y desde el cual se veia el jardin con el cenador de las pinturas. Abrió una ventana, y quedó todo atónito al ver el cenador tan iluminado, con tanto mas motivo, cuanto al pronto conceptuó que tamaño resplandor provenia de algun incendio en la ciudad. El gran visir Jiafar estaba aun con él y solo aguardaba el momento en que el califa se retirarse para volverse á casa. El califa le llamó muy enojado. « Visir descuidado, » le dijo, « ven aquí, acércate; mira el cenador de las pinturas, y dime porqué está iluminado á estas horas, no hallándome yo allí. »

El gran visir se estremeció á semejante novedad, temiendo que fuese cierta. Acercóse, y quedó aun mas sobrecojido, cuando vió que era cierto lo que el califa le decia. Sin embargo, era preciso hallar algun pretexto para aplacarle, y así le dijo: « Caudillo de los creyentes, lo único

que puedo decir á vuestra majestad es que habrá unos cuatro ó cinco dias se me presentó Jeque Ibrahim y me manifestó que deseaba juntar á los ministros de su mezquita para cierta ceremonia que pensaba celebrar en el feliz reinado de vuestra majestad. Preguntéle qué era lo que apetecia con aquel motivo, y me rogó consiguiera de vuestra majestad que se le permitiera celebrar la reunion y la ceremonia en el cenador. Despedíle diciéndole que podia hacerlo, y que no haria falta en comunicárselo á vuestra majestad, á quien pido mil perdones por haberlo olvidado. Probablemente Jeque Ibrahim ha escojido esta noche para la ceremonia, y al obsequiar á los ministros de su mezquita, sin duda ha querido darles un buen rato con esa iluminacion.

— «Jiafar,» repuso el califa con cierto desentono que estaba manifestando lo poco satisfecho que quedaba con lo que acababa de decir, «cometiste dos yerros indisculpables : el primero por haber dado permiso á Ibrahim para que celebrara esa ceremonia en mi cenador; un mero conserje no es un empleado de tal suposicion que merezca tanta honra; el segundo por no haberte enterado de la verdadera intencion de ese buen hombre. Con efecto, estoy persuadido de que no ha tenido otra que la de ver si conseguiria alguna gratificacion para ayudarle á costear el gasto. Tú no has caido en el caso.»

El visir Jiafar se alegró de que el califa tomase el asunto por aquel rumbo, y echándose la culpa de lo que acababa de achacarle, confesó francamente que habia hecho mal en no dar algunas monedas de oro á Ibrahim. «Siendo así,» añadió sonriéndose el califa, «justo es que se te castigue de tamaños yerros; pero el castigo será leve, y es que pasarás como yo lo que falta de la noche con esas buenas jentes, pues me alegraré de estar con ellos. Mientras voy á ponerme un traje de paisano, vete á disfrazar con Mesrur y venios ambos conmigo.» Por mas que el visir Jiafar quiso advertir al califa que era tarde y que ya se habrian retirado, este respondió que absolutamente queria ir. Como nada habia de cuanto el visir le habia dicho, este se amohinó con aquella determinacion; pero era forzoso obedecer sin réplica.

El califa salió pues de palacio disfrazado de paisano, con el gran visir Jiafar y Mesrur, jefe de los eunucos, y anduvo por las calles de Bagdad hasta que llegó al jardin. Hallábase abierta la verja por descuido de Jeque Ibrahim, quien se habia olvidado de cerrarla al volver de la taberna. El califa quedó escandalizado. «Jiafar,» le dijo al gran visir, «¿qué significa esta verja abierta á tales horas? ¿Acostumbrará dejarla abierta Jeque Ibrahim todas las noches? Mas vale suponer que ha incurrido en este yerro en medio de los apuros de la fiesta.»

El califa entró en el jardin, y cuando llegó al cenador, como no queria subir al salon sin saber antes lo que en él sucedia, consultó con el gran visir si se subiria á uno de los árboles mas inmediatos para cerciorarse de todo. Pero el gran visir, acercándose á la puerta del salon, reparó que estaba abierta y se lo avisó. Jeque Ibrahim la habia dejado así cuando Nuredin y la hermosa Persa le habian persuadido que les hiciera compañía.

Desistió el califa de su primer intento, subió calladamente á la puerta del salon, y como esta se hallaba entreabierta, podia ver á los que estaban dentro sin ser visto. Suma fué su estrañeza, cuando advirtió una dama de peregrina belleza y un jóven muy gallardo sentados á la mesa con Jeque Ibrahim. Tenia este la copa en la mano y estaba diciendo á la linda Persa : «Mi preciosa dama, un buen bebedor nunca debe empinar sin cantar antes alguna letrilla. Hacedme el favor de escucharme, pues la que voy á cantar es lindísima.»

Jeque Ibrahim se puso á cantar, y el califa se admiró tanto mas, cuanto habia ignorado hasta entónces que bebiese vino, y que siempre le habia tenido por hombre manso y juicioso. Apartóse de la puerta con la misma cautela con que se habia acercado á ella, y juntándose con el gran visir Jiafar, que estaba en la escalera algunas gradas mas abajo, «Sube,» le dijo, «y mira si los que están ahí dentro son ministros de la mezquita como quisiste dar á entender.»

Por el tono con que el califa pronunció estas palabras, conoció el gran visir que el trance le iba á redundar en algun quebranto. Subió, y mirando por la rendija de la puerta, tembló de espanto por su persona cuando vió las mismas tres personas en la situacion y el estado en que se hallaban. Volvió á juntarse con el califa, confuso y sin saber qué decir. «¡Qué trastorno!» esclamó el califa, «¿hase visto atrevimiento igual de venirse á divertir en mi jardin y cenador, dándoles Jeque Ibrahim libre entrada, consintiéndolos y divirtiéndose con ellos? Sin embargo no creo que se pueda ver una pareja tan linda. Antes que manifieste mi enojo, quiero enterarme mas y saber quiénes son estos jóvenes y con qué motivo se hallan aquí.» Volvió á la puerta para observarlos otra vez, y el visir, que le siguió, se quedó detrás de él mientras tenia los ojos clavados en los huéspedes. Ambos oyeron que Ibrahim decia á la hermosa Persa :

«Mi amable señora, ¿apeteceis por ventura algo mas para redondear vuestro júbilo en esta noche? — Me parece,» repuso la linda esclava, «que nada faltaria, si tuvierais un instrumento con que pudiese acompañarme y quisiereis dejármelo. — Señora,» replicó Jeque Ibrahim, «¿sabeis tocar el laud? — Traédmelo,» le respondió la primorosa esclava, «pronto os lo haré ver.»

Jeque Ibrahim no tuvo que ir muy lejos, pues sacó un laud de una alacena y lo presentó á la hermosa Persa, quien se puso á templarlo. Entretanto el califa volviéndose al gran visir Jiafar, le dijo : «Mira, la preciosa dama va á tocar el laud : si tañe bien, le perdonaré, como tambien al jóven por amor suyo; en cuanto á ti, no por eso dejaré de mandarte ahorcar. — Soberano señor;» repuso el visir, «siendo así, pido á Dios que toque mal. — ¿Y porqué?» replicó el califa. — «Cuantos mas seamos,» respondió el visir, «mas podrémos consolarnos muriendo en tan buena compañía.» El califa, que era amigo de chistes, se echó á reir con aquel arranque, y volviéndose hácia la rendija de la puerta, se puso á escuchar á la hermosa Persa.

Esta recorria las cuerdas con una soltura que dió á entender al califa que tocaba primorosísimamente; luego entonó su cantar acompañándose con el laud, y fué tal la maestría y halago que estuvo mostrando, que el califa se quedó embelesado.

Luego que la linda Persa hubo acabado de cantar, el califa bajó la escalera, siguiéndole el visir Jiafar, y cuando estuvo al pié de ella, «En mi vida,» le dijo, «he oido una voz tan peregrina, ni un laud tan bien pulsado. Isaac, á quien tenia yo por el mejor tocador del mundo, no se le acerca. Estoy tan gozoso que quiero entrar para oirla tocar delante de mí. Vamos à ver cómo lo conseguirémos.

— «Caudillo de los creyentes,» repuso el gran visir, «si entrais y Jeque Ibrahim os conoce, se quedará muerto de pavor. — Eso es lo que me apura,» repuso el califa, «y sentiria ser causa de su muerte al cabo de tanto tiempo que me está sirviendo. Se me ocurre una especie que podrá salir acertada : quédate aquí con Mesrur, y aguardad en la primera calle á que vuelva.»

Como el Tígris pasaba cerca de allí, el califa habia ideado hacer pasar gran cantidad de agua por una gran bóveda bien enlosada, para formar un estanque á donde se retraia el mejor pescado del Tígris. Los pescadores lo sabian muy bien y hubieran querido pescar allí á sus anchuras; pero el califa habia prohibido terminantemente á Jeque Ibrahim que dejase entrar á nadie. Sin embargo aquella misma noche habia entrado un pescador que pasaba por delante de la verja del jardin tras el califa, y hallándola abierta, se habia aprovechado de la ocasion adelantándose en el jardin hasta el estanque.

Este pescador habia echado sus redes é iba á sacarlas, cuando el califa presumiéndose, segun el descuido de Jeque Ibrahim, lo que habia sucedido y queriendo aprovecharse de esta ocurrencia para su intento, llegó al mismo sitio. Á pesar de su disfraz, el pescador le conoció y al punto se arrojó á sus piés pidiéndole perdon y disculpándose con su pobreza. «Levántate y nada temas,» repuso el califa, «tira solamente las redes y veamos qué pescado vas á sacar.»

El pescador, sosegado, ejecutó prontamente lo que el califa apetecia, y sacó cinco ó seis hermosos peces, y el califa habiendo escojido dos de los mas grandes, se los mandó atar por la cabeza con un mimbre y luego le dijo al pescador : «Dame tu vestido y toma el mio.» El cambio se hizo en brevísimo rato, y luego que el califa estuvo vestido de pescador con el calzado y el turbante correspondiente, «Toma tus redes,» le dijo al pescador, «y vete de aquí.»

Luego que el pescador se marchó, contentísimo de su buena suerte, el califa cojió los dos peces y se fué en busca del gran visir Jiafar y Mesrur. Paróse delante de ellos, y el gran visir no le conoció y le dijo : «¿Qué es lo que quieres? sígue tu camino.» El califa se echó á reir, y entónces el visir le conoció. «Soberano señor,» esclamó, «¿es posible que seais vos? no os conocia y os pido mil perdones por mi descortesía. Ahora podeis entrar en el salon sin temor de que Jeque Ibrahim os conozca. — Quedaos pues aquí,» les dijo, «mientras que voy á representar mi papel.»

Subió el califa al salon y llamó á la puerta. Nuredin, que lo oyó el primero, se lo avisó á Jeque Ibrahim, y este preguntó quién llamaba. El califa abrió la puerta, y dando un paso en el salon como para dejarse ver, «Jeque Ibrahim,» le respondió, «soy el pescador Kerin; he notado que estabais obsequiando á vuestros amigos, y como acabo de pescar dos hermosísimos peces, vengo á preguntaros si los necesitais.»

Alegráronse Nuredin y la hermosa Persa oyendo hablar de pescado. «Ibrahim,» le dijo al punto la linda esclava, «os ruego que le mandeis entrar para que veamos su pescado.» El anciano ya no se hallaba en estado de preguntar al finjido pescador cómo habia llegado hasta allí, y solo pensó en complacer á la

amable Persa. Volvióse pues con mucho trabajo hácia la puerta y le dijo tartamudeando al califa, á quien tenia por un pescador : « Acércate, buen ladron nocturno, acércate y déjate ver. »

Adelantóse el califa remedando todos los modales de un pescador, y presentó los dos peces. « Hermoso pescado es por cierto, » dijo la linda Persa, « comeria gustosa de él, si estuviera bien guisado. — Tiene razon la señora, » repuso Jeque Ibrahim, « ¿ qué quieres que hagamos con tu pescado sin que esté guisado? Mira, vete, guísalo tú mismo y tráenoslo; hallarás en mi cocina todo cuanto necesites. »

Volvió el califa á juntarse con el gran visir Jiafar y le dijo : « Jiafar, me han hecho muy buen recibimiento; pero me piden que estén los peces guisados. — Voy á guisarlos yo mismo, » repuso el gran visir, « pronto estará hecho. — Tengo tanto empeño en conseguir mi objeto, » replicó el califa, « que yo mismo me encargaria de ello. Ya que represento tan bien el pescador, puedo hacer de cocinero ; en mi mocedad me he entrometido á cocinar y me salí con mi intento. » Al decir esto, se encaminó á la habitacion de Jeque Ibrahim, siguiéndole el gran visir y Mesrur.

Pusieron los tres mano á la obra, y aunque la cocina no era grande, con todo como nada faltaba de cuanto se necesitaba, pronto hubieron guisado sus peces. Llevólos el califa, y al servirlos, puso un limon delante de cada uno, para que se sirvieran de él si querian. Comieron con mucho apetito; particularmente Nuredin y la hermosa Persa, y el califa se mantuvo en pié delante de ellos.

Cuando hubieron acabado, Nuredin miró al califa y le dijo : « Pescador, no puede darse mejor pescado y nos has complacido en gran manera. » Al mismo tiempo metió la mano en el pecho y sacó su bolsa en la que habia treinta monedas de oro, resto de las cuarenta que le habia dado á su partida Sanjiar, ujier del palacio del rey de Balsora. « Toma, » le dijo; « mas te diera si tuviese. Á haberte conocido antes de haber consumido mis bienes, te pusiera en salvo de tu pobreza, mas no por eso dejes de admitirlo, como si el regalo fuera mucho mas considerable. »

Tomó el califa la bolsa, dando gracias á Nuredin, y conociendo que era oro lo que habia dentro, « Señor, » le dijo, « no cabe agradeceros cumplidamente tantísima jenerosidad : dichoso el que trata con jente honrada como vos; pero antes que me retire, permitidme os haga una súplica y que me la concedais. Veo aquí un laud, y supongo que esta señora sabe tocarlo. Si pudierais conseguir de ella que me hiciera el favor de tocar tan solo una sonata, me volveria contentísimo, pues es un instrumento á que tengo particular aficion.

« Hermosa Persa, » dijo al punto Nuredin, encarándose con la esclava, « os pido esa fineza, y espero que no me la negaréis. » La jóven tomó el laud, y habiéndolo templado, tocó y cantó al mismo tiempo una tonada que arrebató al califa. Al acabar, siguió tocando sin cantar, y lo hizo con tanta suavidad y señorío que el califa quedó enajenado.

Cuando la linda Persa dejó de tocar, « ¡ Cielos ! » esclamó el califa, « ¡ qué voz, que ejecucion ! Nunca se cantó mejor ni tocó tan bien el laud, nunca se vió ni oyó primor semejante. »

Nuredin, acostumbrado á dar lo que le pertenecia á todos los que se lo elojiaban, « Pescador, » repuso, « ya veo que lo entiendes; ya que tanto te agrada, tuya es, te la regalo. » Al mismo tiempo se levantó, cojió su vestido, que se habia quitado, disponiéndose á marcharse y á dejar al califa, á quien conceptuaba un pescador, en posesion de la hermosa Persa.

Esta, sumamente pasmada de la jenerosidad de Nuredin, le detuvo. « Señor, » le dijo mirándole cariñosamente « ¿ á dónde os quereis marchar ? Volveos á sentar, os ruego, y escuchad lo que voy á cantar. » Hizo Nuredin lo que deseaba, y entónces tocando el laud y mirándole con ojos anegados en llanto, cantó unos versos repentinos y le reconvino espresivamente por el escaso cariño que le mostraba, ya que tan fácilmente y con tanto desvío la abandonaba á Kerin. Al concluir, dejó el laud á un lado y se cubrió el rostro con el pañuelo para ocultar sus lágrimas, que no podia contener.

Nada contestó Nuredin á estas reconvenciones, y con su silencio manifestó que se arrepentia de la donacion que habia hecho. Pero el califa, asombrado de lo que acababa de oir, le dijo : « Señor, á lo que veo, esta dama tan hermosa y peregrina, que acabais de regalarme con tanta jenerosidad, es vuestra esclava y vos sois su amo. — Es cierto, Kerin, » replicó Nuredin, « y mucho mas te pasmaras, si te refiriera todas las desventuras que me han sobrevenido por causa suya. — Por favor, señor, » repuso el califa, desempeñando muy bien el papel de pescador, « hacedme la fineza de referirme vuestra historia. »

Nuredin, que acababa de prorumpir en otros rasgos de mayor entidad, aunque solo le creia un pescador, consintió en complacerle. Refirióle toda su historia, empezando por la compra que el visir su padre habia hecho de la hermosa Persa para el rey de Balsora, y nada omitió de

lo que habia hecho y le habia sucedido en Bagdad con ella hasta aquel momento.

Cuando Nuredin hubo acabado, « ¿ Y ahora á dónde vais ? » le preguntó el califa. — « ¿ Á dónde voy ? » respondió el jóven, « á donde Dios me guie. — Si quereis creerme, » repuso el califa, « no pasaréis de aquí : antes debeis volveros á Balsora. Voy á daros una esquela que entregaréis al rey de mi parte ; veréis como os recibe placenteramente en habiéndola leido, y que nadie se meterá con vos.

— « Kerin, » repuso Nuredin, « muy estraño es cuanto me dices ; nunca se oyó que un pescador como tú estuviese en correspondencia con un rey.—No debeis estrañarlo, » replicó el califa, « hemos estudiado juntos con los mismos maestros, y siempre hemos sido los amigos mas finos del mundo. Es cierto que la suerte no nos ha sido igualmente propicia : le ha hecho rey, y á mí pescador ; pero esta desigualdad en nada menoscaba nuestro cariño. Quiso sacarme de mi estado con todas las instancias que cabian en nuestra intimidad. Yo me contenté con el aprecio que le merezco en no rehusarme un ápice de cuanto le pido en obsequio de mis amigos : dejadme obrar ; allá veréis los resultados.

Nuredin se avino á cuanto apetecia el califa, y como habia en el salon recado de escribir, el califa estendió la siguiente carta al rey de Balsora, poniendo en el estremo del papel esta fórmula en letrita sumamente menuda : « En nombre de Dios misericordiosísimo, » en prueba de que requeria ser absolutamente obedecido.

CARTA DEL CALIFA HARUN ALRASCHID AL REY DE BALSORA.

« Harun Alraschid, hijo de Mahdi, envia esta carta á su vecino Mohamed Zinebi. Luego que Nuredin, hijo del visir Khacan, portador de esta carta, te la haya entregado y tú la hayas leido, te despojarás al instante del manto soberano, se lo echarás sobre los hombros, haciéndole sentar en tu lugar, y cuidado que dejes de hacerlo. Adios. »

El califa cerró la carta y la selló , y sin manifestar á Nuredin su contenido, « Tomad, » le dijo, « é id á embarcaros inmediatamente en un bajel que va á dar la vela, pués sale diariamente uno á la misma hora ; ya dormiréis cuando os hayais embarcado. Nuredin tomó la carta y marchó con el poco dinero que tenia sobre sí, cuando el ujier Sanjiar le habia dado su bolsa ; y la linda Persa, desconsolada de su partida, se tendió en el sofá derramando lágrimas. »

Apenas Nuredin habia salido del salon, cuando Jeque Ibrahim, que habia guardado silencio durante todo lo que acababa de ocurrir, miró al califa, á quien siempre tenia por el pescador Kerin, y le dijo : « Escucha Kerin, nos has venido á traer dos peces que á lo mas valen veinte monedas de cobre , y te han dado una bolsa y una esclava : ¿ te imajinas que todo esto será para tí ? Te declaro que quiero la esclava á medias. En cuanto á la bolsa, enséñame lo que hay dentro : si es plata, tomarás una moneda para ti ; si es oro, yo me lo quedaré todo y te daré algunas monedas de cobre que me quedan en el bolsillo. »

Para comprender bien lo que sigue, dijo Cheherazada, es de advertir que el califa, antes de llevar al salon el plato de pescado ya corriente, habia mandado al gran visir Jiafar que fuese prontamente á palacio y le trajera cuatro criados y un vestido y le aguardara al otro lado del cenador hasta que llamase por una de las ventanas. El gran visir habia cumplido esta órden, y él, Mesrur y los cuatro criados estaban aguardando á que diera la señal.

Vuelvo á mi narracion, añadió la sultana : El califa, disfrazado de pescador, contestó resueltamente á Jeque Ibrahim : « Amigo mio, no sé lo que contiene la bolsa ; sea plata ú oro, os daré gustoso la mitad ; pero en cuanto á la esclava, la quiero para mí solo. Si no quereis admitir las condiciones que os propongo, nada tendréis. »

Jeque Ibrahim, ciego de ira con esta insolencia, pues tal le parecia en un pescador con respecto á él, asió una de las porcelanas que habia sobre la mesa y se la tiró al califa. Este evitó, fácilmente el golpe de un hombre beodo ; la porcelana fué á dar contra la pared y se destrozó en mil pedazos. Jeque Ibrahim, mas y mas enfurecido por haber errado el golpe, toma una vela que estaba sobre la mesa, se levanta dando traspieses, y baja por una escalerilla escusada en busca de un garrote.

El califa llama por una de las ventanas. El gran visir Mesrur y los cuatro criados le quitan arrebatadamente el traje de pescador y le ponen el que le habian traido. Están aun afanados en redondear su faena con el califa, sentado ya en el trono que habia en el salon, cuando Jeque Ibrahim, á impulsos de su codicia, vuelve empuñando un varapalo, y ansiosísimo de vengarse del supuesto pescador. Pero, en vez de encontrarle, ve su vestido en medio del salon y al califa sentado en su solio con el gran visir y Mesrur á su lado. Pásmase todo y duda si está despierto ó durmiendo. El califa se echa á reir por su asombro y le dice : « Jeque Ibrahim, ¿ qué quieres ? ¿ qué buscas ? »

Ibrahim, que ya no podia dudar de que era el

califa, se arroja á sus piés, con el rostro y su larga barba pegadas al suelo. « Caudillo de los creyentes, » prorumpe, « vuestro vil esclavo os ha ofendido, implora vuestra clemencia y os pide mil perdones. En aquel momento los criados habian acabado de vestirle, y le contesta apeándose del trono : «Levántate, ya estás perdonado.»

Encaróse luego el califa con la linda Persa, que habia suspendido su quebranto al ver que el jardin y el cenador eran de aquel príncipe, y no de Jeque Ibrahim, como este lo habia aparentado, y que era él mismo el que se habia disfrazado de pescador. « Hermosa Persa, » le dijo, « levantaos y seguidme. Debeis conocer quien soy tras lo que acabais de ver, y que no soy de jerarquía que necesito afianzar el regalo que Nuredin me hizo de vuestra persona con una jenerosidad sin igual. Le he enviado á Balsora para ser rey, y tambien os enviaré para que seais reina tan pronto como le remita los despachos necesarios para su ensalzamiento. Entretanto tendréis un aposento en mi palacio, y se os tratará segun vuestras prendas. »

Estas palabras sosegaron y consolaron en gran manera á la hermosa Persa con el júbilo de saber que Nuredin, á quien amaba entrañablemente, acababa de ser encumbrado á tan alto señorío. El califa cumplió la palabra que acababa de dar, y aun la recomendó á su esposa Zobeida, tras de haberle comunicado la gracia que habia dispensado á Nuredin.

El regreso de Nuredin á Balsora fué mas próspero y veloz de lo que le cumplia apetecer para su dicha. Al llegar, no vió á pariente ni amigo; se encaminó al palacio del rey, y llegó cuando aquel príncipe estaba dando audiencia. Atravesó el concurso, levantando la carta : le hicieron lugar y la presentó. Recibióla el rey, y habiéndola abierto, se inmutó al leerla. Besóla tres veces, é iba á ejecutar la órden, cuando le ocurrió enseñársela al visir Sauy, enemigo mortal de Nuredin.

El visir, que habia conocido á este y que estaba cavilando ansiosamente sobre el intento que habria traido, no quédo menos atónito que el rey con la órden que contenia la carta, y como esta no le interesaba menos que á él, discurrió al punto un medio de eludirla. Aparentó no haberla leido bien y se volvió de costado para leerla otra vez. Entónces, sin que nadie lo advirtiera ni que se conociese á menos de mirar con mucho ahinco, arrancó mañosamente la fórmula que habia en el encabezamiento para demostrar que el califa queria ser obedecido en términos absolutos, se la metió en la boca y la tragó.

Hecho esto, encaróse al rey, le devolvió la carta y le dijo en voz baja : « Y bien, señor, ¿ cuál es el ánimo de vuestra majestad ? — Mi ánimo es hacer lo que el califa manda, » contestó el rey. — « Guardaos de hacerlo, señor, » respondió el malvado visir, « parece la letra del califa ; pero la carta no tiene fórmula. » El rey la habia advertido anteriormente ; pero con su turbacion se figuró que se habia engañado, puesto que ya no la veia.

« Señor, » prosiguió el visir, « es de creer que el califa habrá concedido esta carta á Nuredin, en vista de las quejas que le habrá dado contra vuestra majestad y contra mí, para quitárselo de delante ; pero no ha sido su intencion que ejecuteis su contenido. Además, habeis de considerar que no ha enviado un espreso con la patente, sin lo cual es nula. Jamás se destrona un rey sin mediar esta formalidad ; cualquiera otro pudiera presentarse tambien con una carta falsa ; esto nunca se ha practicado así ; vuestra majestad puede fiar en mi palabra y respondo de las consecuencias. »

El rey Zinebi se dejó persuadir y puso á Nuredin en manos del visir Sauy, quien le llevó á su casa con fuerza armada. Luego que llegó, le mandó dar de palos hasta que quedó como muerto, y en aquel estado le mandó llevar á una cárcel, encargando que le empozaran en una mazmorra, y que no le dieran mas que pan y agua.

Cuando Nuredin, molido de golpes, volvió en sí y se vió en aquel calabozo, empezó á exhalar mil lamentosos gritos quejándose de su desgraciada suerte. « ¡ Ah ! pescador, » esclamó, « ! cuánto me engañaste y cuán necio fuí en creerte ! ¿ Podia yo aguardar una suerte tan cruel tras el bien que te hice ? Con todo Dios te bendiga, pues no puedo creer que tu intencion fuese siniestra, y tendré paciencia hasta el término de mis males. »

Diez dias permaneció en esta situacion el cuitado Nuredin, y el visir Sauy no se olvidó de que le habia puesto en aquel encierro. Determinado á hacerle perder la vida de un modo afrentoso, no se atrevió sin embargo á obrar por su propria autoridad. Para lograr su pernicioso intento, cargó varios esclavos con ricos presentes y fué á presentarse al rey. « Señor, » le dijo con diabólica malicia, « he aquí lo que el nuevo rey suplica á vuestra majestad que acepte á su advenimiento á la corona. »

Comprendió el rey lo que Sauy queria darle á entender. « ¡ Cómo ! » repuso, « ¿ aun vive ese desastrado ? Me creia que le habias mandado dar muerte. — Señor, » replicó Sauy, « no me incumbe á mí mandar quitar la vida á nadie ;

esto toca á vuestra majestad. — Vete, » dijo el rey, « y mándale degollar; yo te doy mi permiso. — Señor, » respondió entónces Sauy, « estoy sumamente agradecido á vuestra majestad de la justicia que me dispensa; pero como Nuredin me hizo tan públicamente la afrenta que ya sabe, yo le pido por favor que permita que la ejecucion se celebre delante del palacio y que los pregoneros vayan á vocearla por todos los barrios de la ciudad, para que nadie ignore que ha sido plenamente castigada la ofensa que se me hizo. » Concedióle el rey lo que queria, y los pregoneros, cumpliendo su deber, fueron contristando en gran manera la ciudad. Estaba muy reciente la memoria de las virtudes del padre, para que nadie oyera sin indignacion que el hijo iba á padecer muerte afrentosa á instancias y por la maldad del visir Sauy.

Este fué á la cárcel en persona, acompañado de unos veinte esclavos, ministros de su crueldad. Trajéronle á Nuredin, y le mandó montar en un ruin caballejo y en pelo. El jóven preso, viéndose en poder de su enemigo, « Triunfas, » le dijo, « y abusas de tu situacion; pero confio en la verdad de estas palabras de uno de nuestros libros : « Juzgais injustamente, y dentro de poco vosotros mismos seréis juzgados. » El visir Sauy, que verdaderamente triunfaba en su interior, « ¡ Cómo ! insolente , » replicó, « ¿ aun te atreves á insultarme? Vete, te lo perdono; suceda lo que quiera, con tal que te haya visto degollar en presencia de todo Balsora. Tambien debes saber lo que dice otro libro : « ¿ Qué importa morir el dia despues de la muerte de un enemigo? »

Aquel ministro implacable en su encono y enemistad, rodeado de una parte de sus esclavos armados, mandó que los demás llevaran á Nuredin, y se encaminó á palacio. El pueblo estuvo á punto de abalanzarse á él, y le hubiera apedreado, si alguien hubiera dado el ejemplo. Cuando le hubo llevado á la plaza de palacio, delante del aposento del rey, le dejó en manos del verdugo y fué á presentarse al rey, que se hallaba ya en su gabinete, pronto á saciar sus ojos con el sangriento espectáculo que se preparaba.

La guardia del rey y los esclavos del visir Sauy tuvieron mucho trabajo en contener al pueblo, que estremaba sus conatos, aunque en balde, para romper las filas y arrebatar á Nuredin. Acercóse á este el verdugo y le dijo : « Señor, os suplico que me perdoneis vuestra muerte; soy un esclavo, y como tal tengo que cumplir con mi obligacion; si no teneis que mandar, disponeos á morir, porque el rey va á darme muy pronto la señal. »

En aquel momento cruel, « ¿ No habrá alguna persona caritativa, » dijo el afligido Nuredin, volviendo la cabeza á uno y otro lado, « que me dé un poco de agua para apagar la sed? » Trajéronle al punto un vaso, que fué pasando de mano en mano hasta él. El visir Sauy, que advirtió este retardo, voceó al verdugo desde la ventana del gabinete del rey donde se hallaba : « ¿ Á qué aguardas? Descarga. » Á estas palabras bárbaras é inhumanas resonaron en toda la plaza tremendas imprecaciones contra él; y el rey, celoso de su autoridad, no aprobó aquella libertad en su presencia, como lo manifestó gritando que se aguardase. Otro motivo tenia para ello, pues alzando en aquel momento la vista hácia una calle que estaba en frente del palacio y desembocaba en la plaza, descubrió una cuadrilla de jinetes que llegaban á escape. « Visir, » le dijo al punto á Sauy ; « ¿ qué es aquello? mira. » Este, que se receló de lo que podia ser, instó al rey para que diera la señal al verdugo. « No, » repuso el rey; « antes quiero saber quienes son esos jinetes. » Era el gran visir Jiafar con su comitiva que llegaba de Bagdad de parte del califa.

Para saber el motivo de la ida de aquel ministro á Balsora, advertirémos que despues de la salida de Nuredin con la carta del califa, este no se habia acordado, al dia siguiente ni en los sucesivos, de enviar un espreso con la patente de que habia hablado á la linda Persa. Hallábase en el palacio imperial, que era el de las mujeres, y al pasar delante de un aposento, oyó una hermosísima voz. Paróse, y apenas hubo oido algunas palabras que manifestaban el dolor de la ausencia, cuando preguntó á un oficial de los eunucos que le acompañaba, qué mujer era la que vivia en aquel aposento, y el oficial le respondió que era la esclava del jóven señor á quien habia enviado á Balsora para ser rey en lugar de Mohamed Zinebi.

« ¡ Ah pobre Nuredin, hijo de Khacan ! » esclamó al punto el califa, « mucho me he olvidado de ti. Que venga al punto el visir Jiafar. » Llegó aquel ministro, y el califa le dijo : « Jiafar, no me he acordado de enviar la patente para que Nuredin sea reconocido por rey de Balsora. No hay tiempo que perder; toma alguna jente y caballos de posta y marcha al punto á Balsora. Si Nuredin ya no existe, manda ahorcar al visir Sauy; si no está muerto, traétele con el rey y su visir. »

El gran visir Jiafar, sin detenerse, montó á caballo, marchó inmediatamente con una es-

colta de los empleados de su casa, y llegó á Balsora del modo y en el momento que hemos espresado. Luego que entró en la plaza, abrióse la muchedumbre para dejarle el paso libre, pidiendo la gracia de Nuredin, y entró en el palacio con igual rapidez hasta la escalera, en donde se apeó.

El rey de Balsora, que habia conocido al primer ministro del califa, le salió al encuentro y le recibió á la entrada de su aposento. El gran visir preguntó al pronto si Nuredin estaba vivo, y en tal caso, dijo que se le trajeran. Respondió el rey que aun vivia, y mandó que se le presentasen. Como compareció atado, mandó que le dieran libertad y que se apoderaran del visir Sauy, amarrándole con los mismos cordeles.

El gran visir Jiafar no durmió mas que una noche en Balsora; marchóse á la mañana siguiente, y segun la órden que tenia, se llevó consigo á Sauy, el rey de Balsora y Nuredin. Cuando llegó á Bagdad, los presentó al califa, y habiéndole dado cuenta de su viaje, y particularmente del estado en que habia hallado á Nuredin y del modo como se le habia tratado por consejo y encono de Sauy, el califa propuso á Nuredin que cortara él mismo la cabeza á su enemigo. « Caudillo de los creyentes, » repuso Nuredin, « por mucho daño que me haya hecho ese hombre perverso y haya procurado causar á mi difunto padre, me tendria por el mas infame de todos los hombres, si manchara mis manos con su sangre. » Aprobóle el califa su jenerosidad y mandó que se hiciera justicia por mano del verdugo.

El califa quiso enviar á Nuredin á Balsora para reinar allí; pero este le suplicó que le dispensara de aquel honor. « Caudillo de los creyentes, » repuso, « la ciudad de Balsora me será siempre odiosa tras lo que me sucedió, y así suplico á vuestra majestad me permita cumplir el juramento que tengo hecho de no volver allá en mi vida. Pondria toda mi gloria en hacerle los mayores servicios junto á su persona, si tuviese la dignacion de concederme esta gracia. » El califa le admitió en el número de sus cortesanos, le devolvió la linda Persa y le colmó de tantos bienes, que vivieron juntos hasta la muerte con cuanta felicidad pudieron apetecer.



En cuanto al rey de Balsora, contentóse el califa con darle á conocer cuanta atencion debia poner en la eleccion de sus visires, y le envió otra vez á su reino.

NOCHE CLXXXVIII.

Al dia siguiente antes de amanecer, Dinarzada despertó á la sultana Cheherazada, y esta refirió al sultan de las Indias la historia de Camaralzaman, segun lo habia prometido, y dijo:

HISTORIA DE LOS AMORES DE CAMARALZAMAN, PRÍNCIPE DE LA ISLA DE LOS HIJOS DE KHALEDAN, Y DE BADURA, PRINCESA DE LA CHINA.

Señor, á unos veinte dias de navegacion de las costas de Persia, habia en el anchuroso piélago una isla llamada de los hijos de Khaledan. Estaba dividida en varias y grandiosas provincias de suma entidad por muchas ciudades populosas y florecientes que componen un reino poderosísimo. En otro tiempo estaba gobernada por un rey llamado Chahzaman, que tenia cuatro mujeres de lejítimo matrimonio, todas hijas de reyes, y sesenta concubinas.

Chahzaman se conceptuaba el monarca mas venturoso de la tierra por el sosiego y prosperidad de su reinado. Una sola particularidad menoscababa su dicha, y era que siendo anciano, carecia de hijos, á pesar de tan crecido número de mujeres. No sabia á qué atribuir aquella esterilidad, y en su desconsuelo, miraba como la mayor desventura que pudiera sucederle el morir sin dejar tras sí un sucesor de su sangre. Disimuló por mucho tiempo el agudo pesar que le atormentaba, y sufria tanto mas en cuanto se violentaba para no manifestarlo. Al fin rompió el silencio, y un dia habiéndose quejado amargamente de su desdicha á su gran visir, con quien estaba conversando á solas, le preguntó si no sabia algun medio para remediarlo.

« Si lo que vuestra majestad me pregunta, » respondió aquel sabio ministro, « dependiera de las reglas comunes de la humana sabiduría, pronto se le rodeara la satisfaccion que con tanto afan está apeteciendo; pero confieso que mi esperiencia y conocimientos no alcanzan á lo que se me propone: solo á Dios se puede recurrir en tales necesidades: en medio de nuestras prosperidades, que nos le hacen á veces olvidar, se complace en mortificarnos de algun modo, para que nos acordemos de él, reconozcamos su omnipotencia y le pidamos lo que solo de él debemos esperar. Teneis súbditos cuya profesion particular es honrarle y servirle y vivir trabajosamente por amor suyo: mi opinion fuera que vuestra majestad les hiciese limosnas y los exhortara á juntar sus plegarias con las vuestras: quizás en tantísimo número se hallará alguno bastante puro y grato á Dios para alcanzar que colme vuestros anhelos. »

El rey Chahzaman aprobó mucho aquel consejo, por el que dió gracias al gran visir. Mandó repartir cuantiosas limosnas á todas las comunidades de hombres consagrados á Dios. Tambien llamó á los superiores, y despues de haberlos obsequiado con un banquete frugal, les manifestó su ánimo, rogándoles que se lo comunicaran á los devotos que estaban bajo su direccion.

Chahzaman consiguió del cielo lo que deseaba, manifestándose muy pronto embarazada una de sus mujeres, que al cabo de nueve meses dió á luz un precioso niño. En accion de gracias, envió nuevas limosnas á las comunidades de los devotos musulmanes, dignas de su grandeza y poderío, y se celebró el nacimiento del príncipe, no solo en su capital, sino tambien por toda la estension de sus estados, por medio de regocijos públicos que duraron toda una semana. Lleváronle el príncipe luego que vino á luz, y le halló tan hermoso que le dió el nombre de Camaralzaman ó *Luna del siglo.*

Este príncipe fué criado con esmeradísimo ahinco, y cuando tuvo la edad competente, el sultan le dió un ayo muy cuerdo con sabios maestros. Aquellos personajes tan sobresalientes en su desempeño le fueron descubriendo una índole candorosa, dócil y capaz de recibir cuantas instrucciones quisieron darle, ya en cuanto al arreglo de sus costumbres, ya por lo que toca á los conocimientos que debia atesorar un príncipe tan poderoso. Aprendió luego tambien todos sus ejercicios, y los ejecutaba con una gra-

cia y maestría asombrosa, causando á todos embeleso, y particularmente al sultan su padre.

Cuando el príncipe cumplió quince años, el sultan, que le amaba con ternura y le daba continuamente pruebas de su cariño, ideó el intento de darle la mas señalada bajando del trono y poniéndole en su lugar. Comunicóselo á su gran visir, diciendo: « Temo que mi hijo malogre en la ociosidad de la juventud, no solo todas las prendas con que le colmó la naturaleza, sino tambien las que se granjeó con tanto aprovechamiento por la buena educacion que he procurado darle. Como ya estoy en una edad en que debo tratar de retirarme, me hallo casi determinado á confiarle las riendas del gobierno y á pasar el resto de mis dias con la satisfaccion de verle reinar. Llevo ya largo plazo de afanes, y necesito descanso. »

El gran visir no quiso hacer objeciones que disuadieran al sultan de su determinacion: al contrario, aprobó su pensamiento. « Señor, » respondió, « el príncipe es todavía muy jóven, en mi concepto, para cometerle tan temprano una carga tan pesada como la de gobernar un estado poderoso. Vuestra majestad teme con motivo que se corrompa en la ociosidad; mas para remediarlo, ¿no fuera mas acertado casarle antes? el matrimonio liga é impide que un príncipe se descamine con devaneos. Así vuestra majestad le admitiria en sus consejos, en donde aprenderia poco á poco á sostener dignamente el esplendor y peso de vuestra corona, de que estariais á tiempo de despojaros en favor suyo, cuando por vuestra propia esperiencia le juzgaseis capaz. »

Chahzaman dió el consejo de su primer ministro por muy acertado, y luego que le hubo despedido, mandó llamar al príncipe Camaralzaman.

El príncipe, que hasta entónces siempre habia visto al sultan su padre á ciertas horas determinadas sin necesidad de que se le llamara, estrañó algun tanto aquel mandato. En vez de presentarse ante él con su llaneza acostumbrada, le saludó con sumo respeto y se paró en su presencia con la vista baja.

Advirtió el sultan el encojimiento del príncipe. « Hijo mio, » le dijo en acento agasajador, « ¿sabes con qué motivo te mandé llamar? — Señor, » respondió modestamente el príncipe, « solo Dios penetra hasta el fondo de los corazones: con gusto lo oiré de boca de vuestra majestad. — Te he mandado llamar, » repuso el sultan, « para decirte que deseo casarte. ¿Qué te parece de este pensamiento? »

Con sumo disgusto oyó estas palabras el príncipe Camaralzaman. Trastornáronle, cubriósele el rostro de un frio sudor, y no sabia qué responder. Al cabo de un rato de silencio, contestó: « Señor, os ruego que me perdoneis si me muestro confuso al oir semejante declaracion, pues no me la aguardaba en tan tierna mocedad, y aun no sé si podré determinarme algun dia al matrimonio, no solo por el engorro que dan las mujeres, como conozco muy bien, sino por lo que he leido en nuestros autores de sus picardías, maldades y perfidias. Quizá no siempre seré del mismo parecer: con todo me es preciso algun plazo para avenirme á lo que vuestra majestad requiere de mí. »

Cheherazada queria proseguir; pero vió que el sultan de las Indias se levantaba ya, porque amanecia, y así dejó de hablar. A la noche siguiente prosiguió de esta manera:

NOCHE CLXXXIX.

Señor, la respuesta del príncipe Camaralzaman aflijió en estremo al sultan su padre, haciéndosele dolorosísima tanta repugnancia al matrimonio. Con todo, no quiso tratarla de desobediencia, ni usar de la potestad paternal, y se contentó con decirle: « No quiero violentarte en este punto; te doy tiempo para que lo pienses y consideres que un príncipe como tú, destinado á gobernar un gran reino, debe pensar ante todo en proporcionarse un sucesor.

Esta satisfaccion tuya ha de redundar en ventaja mia, para quien es muy grato verme revivir en ti y en los hijos que tengas. »

Nada mas dijo Chahzaman al príncipe su hijo. Admitióle en el consejo de sus estados y le dió todos los motivos de estar contento que podia desear. Al cabo de un año le llamó á solas y le dijo : « Hijo mio, ¿ has recapacitado sobre el proyecto que tenia de casarte el año pasado? ¿ Te negarás todavía á darme el júbilo que aguardo de tu obediencia, y quieres que me muera sin disfrutar ese logro ? »

Apareció el príncipe menos confuso que la primera vez, y no titubeó mucho tiempo en responder con entereza en estos términos : « Señor, no he dejado de pensarlo con el debido ahinco ; pero despues de haberlo premeditado con madurez, me he corroborado mas en la resolucion de vivir libre de los vínculos del matrimonio. Con efecto, los quebrantos infinitos que las mujeres han causado en todas épocas por el universo, como lo dicen sin rebozo nuestras historias, y lo que todos los dias estoy oyendo decir de sus dobleces, son los motivos que me persuaden á no tener en la vida relacion alguna con ellas. Así, vuestra majestad me perdonará, si me atrevo á manifestarle que es por demás hablar de casarme. » Al decir esto se despidió de su padre repentinamente sin aguardar otra respuesta.

Cualquier otro monarca se hubiera contenido á duras penas en vista del atrevimiento con que el príncipe su hijo acabada de hablarle, y le hubiera hecho arrepentirse de su demasía; pero le queria en estremo y deseaba valerse de todos los medios suaves antes de violentarle. Comunicó á su primer ministro el nuevo motivo de pesar que acababa de darle Camaralzaman. « He seguido vuestro consejo, » le dijo ; « pero mi hijo manifiesta mayor repugnancia en casarse de la que tenia la primera vez que le hablé, y se ha espresado de un modo tan atrevido, que he necesitado toda mi apacibilidad y moderacion para no enojarme contra él. Los padres que piden hijos con tanto ardor como yo pedí este son otros tantos insensatos que andan tras la privacion de aquel sosiego que está en su mano gozar á sus anchuras. Decidme, os ruego, por qué medios he de doblegar un ánimo tan rebelde á mi albedrío.

— « Señor, » repuso el gran visir, « con paciencia se llega á cabo de muchas empresas : acaso esta no es de tal naturaleza que se consiga por semejante medio ; pero vuestra majestad no tendrá que reconvenirse de haber obrado con demasiada precipitacion, si concede otro año al príncipe para que se consulte á sí mismo. Si durante este plazo cae en la cuenta, tendrá tanta mas satisfaccion, cuanto no se habrá valido para obligarle sino de la condescendencia paternal. Si, por el contrario, se aferra en su obstinacion, entónces, me parece que, acabado el año, podrá declararle vuestra majestad en pleno consejo que conviene al bien del estado que se case. No es de creer que falte al debido respeto delante de un cuerpo tan esclarecido, honrado con vuestra presencia. »

El sultan, que deseaba con tanto anhelo ver al príncipe su hijo casado, y á quien parecian años los momentos de dilacion, tuvo trabajo en determinarse á aguardar tanto tiempo. Cedió sin embargo á las razones de su gran visir, que no le cabia desaprobar.

Ya empezaba á amanecer, y Cheherazada suspendió su narracion, dejándola para la noche siguiente, en que dijo al sultan.

NOCHE CXC.

Señor, luego que el gran visir se marchó, el sultan fué al aposento de la madre del príncipe Camaralzaman á quien había manifestado varias veces el vehemente deseo que tenia de casarle. Cuando le hubo referido con pesadumbre de que modo acababa de desairarle por la segunda vez, y apuntado la induljencia que aun queria dispensarle, por consejo de su gran visir, « Señora, » le dijo, « sé que tiene en vos mas confianza que en mi, que le hablais y què

os escucha con mas agrado. Os ruego que aprovecheis el momento de hablarle formalmente y hacerle entender que si insiste en su terquedad, me obligará al fin á valerme de medios estremos, que me serian muy desagradables y le harian arrepentirse de haberme desobedecido. »

Fatima, pues así se llamaba la madre de Camaralzaman, indicó al príncipe su hijo, la primera vez que le vió, que estaba informada de la nueva desatencion que habia tenido con el sultan su padre al tratarse de su casamiento, y cuanto sentia que le hubiese dado tanto motivo de enojo. « Señora, » repuso Camaralzaman, « os ruego que no renoveis mi dolor sobre este punto. Temeria que en mi enojo soltase alguna espresion impropia del respeto que os debo. » Fatima conoció por esta respuesta que la herida estaba muy reciente, y nada mas le dijo por aquella vez.

De allí á algun tiempo, creyó haber hallado ocasion de hablarle sobre el mismo asunto, con mas esperanza de ser atendida. « Hijo mio, » le dijo, « te ruego me digas qué motivos te pueden causar tanta aversion al matrimonio. Si no tienes ótro que el de la doblez y maldad de las mujeres, este es muy frívolo y desatinado. No quiero tomar la defensa de las mujeres malvadas: estoy muy persuadida de que son en gran número; pero es una injusticia culparlas á todas de tales. ¡Ay! hijo mio, no te fijas sino en aquellas de que hablan nuestros libros, y que á la verdad han causado grandísimos trastornos que no quiero escusar; pero no haces caso de tantos monarcas, sultanes y príncipes particulares, cuyas tiranías, barbaries y crueldades horrorizan al leerlas en las historias que hemos estado leyendo juntos. Por una mujer hallarás mil de esos bárbaros y tiranos; y las mujeres honradas y juiciosas que tienen la desgracia de casarse con aquellos furiosos, ¿crees que sean muy dichosas?

— « Señora, » replicó Camaralzaman, « no dudo que hay gran número de mujeres atinadas, virtuosas, suaves y de buenas costumbres. ¡Ojalá todas se os pareciesen! Lo que me repugna es la eleccion dudosa que ha de hacer un hombre para casarse, ó mas bien, que no se le deja muchas veces en libertad de hacerla á su albedrío.

« Supongamos que esté avenido á contraer un enlace, como lo desea con tanta impaciencia el sultan mi padre; ¿qué esposa me dará? Sin duda una princesa que va á pedir á algun príncipe vecino suyo, quien se tendrá por muy dichoso en enviársela. Hermosa ó fea, preciso será que la tome. Concedo que ninguna otra princesa pueda compararsele en belleza, pero ¿quién puede asegurar que tendrá talento, que será candorosa, amena y halagüeña, que su conversacion será de asuntos sólidos, y no de trajes, galas, dijes y otras fruslerías que deben repugnar á todo hombre sensato; en una palabra, que no será vanidosa, altanera é insultante, y que no consumirá todo un estado en sus gastos frívolos, en vestidos, pedrerías, joyas y lujo disparatado?

« Ya veis, señora, en este solo punto infinitos motivos para que me repugne el matrimonio. Concedo que esa princesa sea tan perfecta y cabal que no pueda tachársela de ninguna de estas nulidades; otros muchos motivos tengo aun mas poderosos para no desistir de mi parecer ni de mi determinacion.

— « ¿Cómo, hijo mio, » repuso Fatima, « aun tienes otros motivos, á mas de los que acabas de decir? Con todo yo me empeñaba en responderte á ellos y cerrarte la boca con una palabra. — No por eso debeis dejar de hacerlo, señora, » replicó el príncipe: « quizá tendré alguna objecion á vuestra respuesta.

— « Queria decir, hijo mio, » añadió entónces Fatima, « que le es fácil á un príncipe, cuando ha tenido la desgracia de casarse con una princesa tal cual acabas de pintar, de dejarla y dar órdenes terminantes para imposibilitarle el que arruine el estado.

— « Señora, » repuso el príncipe Camaralzaman, » ¿no veis qué pesadumbre tan amarga es para un príncipe la de tener que recurrir á tal estremo? ¿No vale mas, para su nombradía y sosiego, que no se esponga á ella?

— « Pero, hijo mio, » insistió Fatima, « á lo que parece, tratas de ser el postrero de los reyes de tu estirpe que han reinado con tanta gloria en las islas de los hijos de Khaledan.

« Señora, » contestó el príncipe, « no deseo sobrevivir al rey mi padre. Aun cuando muriera antes que él, no habria motivo para estrañarlo, tras tantos ejemplos de hijos que mueren antes que sus padres. Pero siempre es glorioso para un linaje de reyes acabar en un príncipe tan digno de serlo como procuraré mostrarme al par de mis predecesores y del que le dió principio. »

Desde entónces Fatima tuvo con frecuencia otras conversaciones con el príncipe Camaralzaman, valiéndose de todos los medios posibles para desarraigar su aversion; pero siempre burló cuantas razones pudo darle, con otras á las que ella no sabia que responder, y permaneció firme en su propósito.

Trascurrió el año, y con gran pesar del sultan Chahzaman, el príncipe no dió la menor señal

de haber variado de opinion. Un dia de consejo solemne que se hallaban reunidos todos los visires, primeros oficiales de la corona y jenerales del ejército, el sultan tomó la palabra y dijo al príncipe: « Hijo mio, hace tiempo que te manifesté el anhelo con que deseaba verte casado, y esperaba de tí mas condescendencia con un padre que solo te pedia una determinacion razonable. Tras tan tenaz resistencia por tu parte, que ha apurado mi paciencia, te propongo lo mismo en presencia de mi consejo. Ya no es para complacer á un padre, á quien no debieras haber desairado: es porque así lo requiere el bien de mis estados, y porque todos estos señores te lo piden conmigo. Declárate pues, para que tome las providencias oportunas, segun sea tu respuesta. »

El príncipe Camaralzaman respondió con tan poco miramiento, ó mas bien tan arrebatadamente, que el sultan, airado con aquel sonrojo en pleno consejo, esclamó: « ¡Cómo! hijo descastado, ¡ así tienes la insolencia de hablar á tu padre y sultan. ! » Dichas estas palabras, mandóle prender y llevar á una torre antigua y desamparada, donde le dejaron encerrado con una cama, algunos muebles y libros y un solo esclavo para servirle.

Camaralzaman, bien hallado con la libertad de recrearse con sus libros, miró su encierro con bastante indiferencia. De noche se lavó, y despues de haber leido algunos capítulos del Alcoran, con el mismo sosiego que si estuviera en su aposento en el palacio del sultan su padre, se acostó sin apagar la lámpara, que dejó junto á su lecho, y se quedó dormido.

En aquella torre habia un pozo que servia de asilo durante el dia á una hada llamada Maimuna, hija de Damriat, rey ó caudillo de una lejion de jenios. Eran las doce de la noche, cuando Maimuna salió del pozo para ir por el mundo, segun costumbre, á donde la llevaba la curiosidad. Admiróse de ver luz en el aposento del príncipe Camaralzaman. Entró en él, y sin hacer alto en el esclavo que estaba tendido á la puerta, se acercó al lecho, cuya magnificencia llamó su atencion, y quedó aun mas atónita viendo á un jóven acostado.

El príncipe Camaralzaman tenia el rostro medio cubierto. Maimuna se lo destapó y vió el mas hermoso jóven que hasta entónces hubiese visto en todos los parajes de la tierra habitada que solia recorrer. « ¡ Qué resplandor ! » dijo para sí, « ó mas bien, ¿qué prodijio de hermosura será cuando estén abiertos estos ojos ocultos por unos párpados tan bien formados ? ¿Qué motivo podrá haber dado para que se le trate de un modo tan indigno de la alta clase á que pertenece ? » Es de saber que la hada ya tenia conocimiento de este jóven y malició el caso.

Maimuna no podia cansarse de admirar al príncipe Camaralzaman; pero al fin, habiéndole besado en ambas mejillas y en medio de la frente sin despertarle, volvió á cubrirle como antes y emprendió su vuelo por los aires. Habiéndose elevado hasta la rejion media, oyó un rumor de alas, lo cual la obligó á volar hácia aquel lado. Al acercarse, conoció que era un jenio el que movia aquel ruido; pero un jenio de los que son rebeldes á Dios; en cuanto á Maimuna, era de aquellos á quienes el gran Salomon obligó á reconocerle desde aquel tiempo.

El jenio, que se llamaba Danhasch y que era hijo de Chamhurasch, conoció tambien á Maimuna; pero con gran sobresalto. Con efecto, sabia que tenia gran superioridad sobre él por su sumision á Dios. Hubiera querido evitar su encuentro; pero se halló tan cerca de ella, que no habia medio entre pelear ó ceder.

Danhasch se anticipó á Maimuna y con humilde acento le dijo: « Valiente Maimuna, júradme por el gran nombre de Dios que no me haréis daño, y por mi parte os prometo no hacéroslo.

— «Maldito jenio,» repuso Maimuna, «¿qué daño puedes hacerme? No te temo: con todo me avengo á franquearte tamaño favor, y te hago el juramento que pides. Dime ahora de dónde vienes, lo que has visto y hecho esta noche. — Hermosa dama, » respondió Danhasch, « llegais muy á punto para oir un lance en estremo peregrino. »

La sultana Cheherazada no pudo proseguir, porque ya asomaba el dia; así dejó su narracion para la noche siguiente :

NOCHE CXCI.

Señor, Danhasch, el jenio rebelde á Dios, prosiguió y dijo á Maimuna: « Ya que lo deseais os diré que vengo de los confines de la China, desde donde se otean las últimas islas de este hemisferio... Pero, hermosa Maimuna,» dijo Danhasch, que temblaba de miedo en presencia de la hada y apenas acertaba á proseguir, «¿me prometeis indultarme y dejarme en plena libertad, en habiendo satisfecho á vuestras preguntas?

— « Prosigue, maldito,» replicó Maimuna, « y nada temas. ¿Me conceptúas acaso tan alevosa como tú mismo y capaz de quebrantar el gran juramento que te hice? Cuenta con decirme la verdad, si no, te cortaré las alas, y te trataré como mereces. »

Danhasch, algun tanto rehecho con estas razones de Maimuna, « Mi querida señora,» repuso, « nada os diré que no sea cierto; tened solamente la dignacion de escucharme. El pais de la China de donde vengo es uno de los mayores y mas poderosos reinos de la tierra, del cual dependen las últimas islas de aquel hemisferio consabido. El rey actual se llama Gayur y tiene una hija única, la mas hermosa que se vió en el orbe desde que existe. Ni vos, ni yo, ni los jenios de vuestro partido, ni los del mio, ni todos los hombres juntos, tenemos términos adecuados, espresiones harto significativas, ó suficiente elocuencia para rasguear un retrato con asomos de semejanza á la realidad. Tiene el cabello castaño y tan poblado que le llega hasta los piés y que se parece á un hermoso racimo cuyos granos son de un tamaño estraordinario, cuando lo riza sobre su cabeza. Despues del cabello, tiene la frente tan lisa como el espejo mas terso, con asombroso primor en su hechura; los ojos negros, fogosos y centellantes; la nariz proporcionada; la boca pequeña y sonrosada; los dientes como dos hileras de perlas que se aventajan en blancura á las mas finas; y cuando mueve la lengua para hablar, va derramando un sonido suave y lisonjero y se espresa con palabras que están retratando la travesura de su injenio. El mas hermoso alabastro no es tan blanco cual su pecho. En suma, por este escaso bosquejo, fácilmente juzgaréis que no hay en el mundo hermosura mas sobresaliente y acabada.

« El que no conociera al rey, padre de esta princesa, juzgaria, en vista de las pruebas que le está dando de cariño, que se halla enamorado de su hija. Nunca amante hizo por la querida mas idolatrada lo que se le ha visto hacer por ella. Con efecto, nunca idearon allá los zelos mas violentos lo que le ha hecho inventar y ejecutar el afan de incomunicarla y reservarla para el que debe ser su consorte. Para que no se aburriera en el retiro en que la tiene guardada, le ha mandado construir siete palacios que se aventajan á cuanto se ha visto y oido.

« El primero es de cristal de roca, el segundo de bronce, el tercero de tersísimo acero, el cuarto de otra clase de bronce mas precioso que el susodicho y que el mismo acero, el quinto de piedra iman, el sexto de plata, y el séptimo de oro macizo. Los ha amueblado con un lujo inaudito, cada cual por un rumbo proporcionado á la materia de que están construidos. No se han olvidado en los jardines que de ellos dependen praderas esmaltadas de flores, estanques, surtidores, azequias, cascadas, alamedas interminables y en las que nunca llega á penetrar el sol; todo con diversa simetría en cada verjel. Finalmente, el rey Gayur ha manifestado que el amor paterno solo le ha ocasionado un gasto inmenso.

« Sabedores por la fama de aquella beldad incomparable, los reyes vecinos mas poderosos enviaron á pedirla en matrimonio por medio de solemnes embajadas. El rey de la China dispensó á todas igual agasajo; mas como no queria casar á la princesa sino con su beneplácito, y esta no se avenia á ninguno de los partidos propuestos, si los embajadores se retiraban poco satisfechos por lo que toca á su intento, á lo menos se marchaban contentísimos con las atenciones y obsequios que les habian cabido.

« Señor,» decia la princesa al rey de la China, « quereis casarme y os figurais agradarme con

esto. Vivo persuadida de todo y os lo agradezco en estremo. ¿Pero dónde hallaré, lejos de vuestra majestad, palacios tan ricos y tan deleitosos jardines? Confieso que por vuestra dignacion en nada me hallo violentada y que me tributan los mismos honores que á vuestra persona. Estas son ventajas que no hallaria en ningun otro lugar del mundo, cualquiera que fuese el esposo que elijiese. Los maridos siempre quieren ser dueños, y yo no tengo jenio para dejarme mandar. »

Tras muchas embajadas llegó una de parte de un rey mas opulento y poderoso que cuantos se habian presentado. El rey de la China se lo comunicó á la princesa su hija y le encareció cuan aventajado le seria admitirlo por esposo. Suplicóle la princesa que la dispensase de aquel enlace, y le dió las mismas razones que antes. Instóla, pero en vez de avenirse, la princesa trató con sumo desacato al rey su padre y le dijo enojada : « Señor, no me hableis mas de ese matrimonio ni de otro alguno; si no, me clavaré un puñal en el pecho, y me libraré de vuestras instancias. »



« El rey de la China, sumamente airado contra la princesa, repuso : « Hija mia, sois una loca, y como tal os voy á tratar. » Y con efecto, la mandó encerrar en un aposento de uno de los siete palacios, y solo le dió diez mujeres para hacerle compañía y servirla, siendo su nodriza la principal. Luego, para que los reyes vecinos que le habian enviado embajadas no pensasen mas en ella, les comunicó la aversion que tenia al matrimonio. Y no dudando que verdaderamente estaba loca, mandó pregonar que si habia algun médico harto consumado para curarla, no tenia mas que presentarse, y que se la daria en recompensa por esposa.

« Hermosa Maimuna, » prosiguió Danhasch, « en tal estado se halla aquel negocio, y no hago falta en ir diariamente á contemplar aquella hermosura incomparable, á quien sentiria causar el menor daño, á pesar de mi malicia natural. Venid á verla, os lo ruego, pues merece toda fatiga, y cuando hayais conocido por vos misma que no soy un mentiroso, estoy persuadido de que me agradeceréis el que os haya enseñado una princesa que no tiene igual por lo

que toca á la hermosura. Estoy pronto á serviros de guia, y no teneis mas que mandar.» En vez de responder á Danhasch, Maimuna prorumpió en grandes carcajadas que duraron largo rato; y Danhasch, que no sabia á qué atribuirlas, se quedó todo atónito. Cuando la hada hubo acabado de reir, «Vaya, vaya,» le dijo, «tú quieres engañarme. Creia que ibas á hablarme de alguna novedad muy peregrina, y me hablas de una mozuela. ¿Qué dirias, maldito, si hubieses visto como yo el hermoso príncipe que acabo de mirar en este momento, y á quien amo tanto como lo merece? Verdaderamente fuera muy diverso el caso, pues vinieras á enloquecer.

— «Amable Maimuna,» repuso Danhasch, «¿me cabrá el arrojo de preguntaros quién puede ser ese príncipe de que hablais?—Sabe,» le dijo Maimuna, «que le ha sucedido con corta diferencia lo mismo que á la princesa de que acabas de hablarme. El rey su padre queria casarle á viva fuerza, y tras muchas y repetidas instancias, ha declarado sin rebozo que no queria. Por eso ahora está encerrado en la antigua torre en que habito, y donde acabo de asombrarme.

— «No quiero contradeciros,» repuso Danhasch, «pero hermosa dama, me permitiréis creer, hasta que haya visto á vuestro príncipe, que ningun mortal se aproxima á la belleza de mi princesa. — Cállate, maldito,» replicó Maimuna; «otra vez te repito que eso no puede ser. — No quiero aferrarme en contradeciros,» añadió Danhasch; «el mejor medio de convenceros de si es cierto ó falso lo que os digo, es admitir la propuesta que os hice de venir á ver á mi princesa y enseñarme despues vuestro príncipe.

«No necesito tomarme esa molestia,» dijo Maimuna; «otro medio hay para que ambos quedemos satisfechos, y es que traigas á tu princesa y la coloques en el lecho del príncipe. De este modo nos será fácil compararlos uno con otro y zanjar nuestra disputa.»

Avínose Danhasch á lo que deseaba la hada, y queria volverse al punto á la China; pero Maimuna le detuvo diciendo: «Aguarda, ven y te enseñaré antes la torre en donde debes dejar á la princesa.» Volaron juntos hasta la torre, y cuando Maimuna se la hubo enseñado á Danhasch, «Vete á buscar á la princesa,» le dijo, «y date priesa, aquí me hallarás. Pero escucha, espero que me pagues una apuesta, si mi príncipe es mas hermoso que tu princesa, y consiento tambien en pagártela, si esta es mas hermosa que aquel.»

Entraba la luz en el aposento, y Cheherazada dejó de hablar hasta la noche siguiente, en que dijo al sultan de las Indias:

NOCHE CXCII.

Señor, Danhasch se alejó de la hada, y habiéndose trasladado á la China, volvió con increible velocidad, cargado con la hermosa princesa dormida. Recibióla Maimuna, é introduciéndola en el aposento del príncipe Camaralzaman, la colocaron en el lecho á su lado.

Cuando el príncipe y la princesa estuvieron así uno junto á otro, hubo una gran disputa sobre la preferencia de su hermosura entre el jenio y la hada. Pasaron harto rato admirándolos y comparándolos mudamente. Danhasch rompió el silencio y dijo á Maimuna: «Ya veis que mi princesa es, como os lo dije, mucho mas hermosa que vuestro príncipe. ¿Lo dudais todavia?

— «¡Cómo si lo dudo!» repuso Maimuna, «sí por cierto, lo dudo. Debes estar ciego para no ver que mi príncipe se aventaja mucho á tu princesa. Confieso que esta es hermosa; pero no te atropelles, compáralos sin preocupacion, y verás que la realidad es lo que yo digo.

— «Aun cuando empleara mas rato en compararlos,» repuso Danhasch, «no variaria de dictámen. He visto á la primera ojeada lo que ahora estoy viendo, y el tiempo no me haria formar otro concepto. Con todo, hermosa Maimuna, cedo, si lo deseais. — No quiero que así sea,» replicó Maimuna, «ni que un maldito jenio como tú me haga gracia. Nos atendrémos, en cuanto

á la decision, á un árbitro, y si no te avienes, te consideraré como vencido. »

Danhasch, que estaba propenso á complacer á Maimuna, consintió en lo que pedia; y esta golpeó la tierra con el pié, y al punto apareció un jenio horrendo jorobado, tuerto y cojo, con seis astas en la cabeza y las manos y piés con uñas retorcidas. Luego que salió de la tierra y vió á Maimuna, se echó á sus piés, y permaneciendo arrodillado, le preguntó lo que deseaba y en qué podia servirla.

« Levantaos, Caschcasch, » le dijo, « os he llamado para que decidais en una contienda que traigo con este maldito Danhasch. Echad la vista sobre esa cama, y decidnos imparcialmente cuál os parece mas hermoso, el jóven ó la dama. »

Caschcasch miró al príncipe y á la princesa con estraordinario asombro y estrañeza, y luego que los hubo contemplado sin poderse decidir, « Señora, » dijo á Maimuna, « os confieso que os engañaria, si dijera que el uno me parece mas hermoso que el otro. Cuanto mas los miro, mas hallo que cada uno está atesorando en alto grado la hermosura de que ambos están, á mi entender, dotados; y no tiene el uno el menor defecto por donde se pueda decir que ceda al otro. Si uno ú otro tienen alguno, solo hay á mi juicio un medio para deslindarlo, y este es despertarlos uno tras otro, conviniendo en que tendrá menos hermosura aquel que manifieste mas amor, mas afan, y aun arrebato. »

El consejo de Caschcash gustó igualmente á Maimuna y á Danhasch. La hada se trasformó en pulga, y saltó al cuello de Camaralzaman y le picó tan reciamente que se despertó y echó la mano, pero sin ningun fruto, porque Maimuna habia dado un salto hácia atrás y recobrado su forma acostumbrada, quedando invisible como los dos jenios, para presenciar lo que iba á hacer.

Al retirar la mano, el príncipe la dejó caer sobre el brazo de la princesa de la China. Abrió los ojos y quedó absolutamente atónito al ver una dama tan hermosa acostada á su lado. Alzó la cabeza y se apoyó sobre el codo para considerarla mejor. La tierna mocedad de la princesa y su hermosura incomparable le abrasaron al punto con tal pasion cual hasta entónces no habia llegado á sentir, y de la que se habia guardado con tanta aversion.

Apoderóse el amor en términos violentísimos de su corazon, y no pudo menos de prorumpir: « ¡ Qué hermosura ! ¡ qué embeleso ! ¡ corazon mio ! ¡ alma mia ! » Y diciendo estas palabras, le besó la frente, las mejillas y la boca con tan poquísima cautela, que se hubiera despertado, á no ser que estaba aletargada por ensalmo de Danhasch.

« ¡ Cómo, hermosa dama ! » dijo el príncipe, « ¿ no os despertais á estas pruebas de amor del príncipe Camaralzaman ? Quien quiera que seais, no soy indigno del vuestro. » Iba á despertarla, pero se contuvo de repente. « ¿ Seria acaso esta dama, » dijo allá para consigo, « la que el sultan mi padre queria darme en casamiento ? Ha hecho mal en no dejármela ver antes. No le hubiera ofendido con mi desobediencia y público arrebato contra él, y se hubiera escusado el sonrojo que le he causado. » El príncipe Camaralzaman se arrepintió de corazon del gran yerro que habia cometido, y otra vez estuvo á punto de despertar à la princesa de la China. « Quizá, » recapacitó conteniéndose, « el sultan mi padre quiere sobrecojerme; sin duda ha enviado á esta dama para probar si verdaderamente abrigo tantísima aversion al matrimonio como he manifestado. ¿ Quién sabe si la habrá traido él mismo, y si estará oculto para dejarse ver y avergonzarme de mi finjimiento ? Este segundo yerro seria mucho mayor que el primero. Como quiera que sea, me contentaré con este anillo para acordarme de ella. »

Aquel anillo lo tenia la princesa en un dedo. Se lo fué sacando con sumo tiento, y en su lugar le puso el suyo. Luego le volvió la espalda, y no medió largo rato sin quedarse tan profundamente dormido como antes por encanto de los jenios.

Luego que el príncipe Camaralzaman se quedó de nuevo dormido, Danhasch se trasformó tambien en pulga, y picó á la princesa en el labio inferior. Despertóse sobresaltada, incorporóse, y habiendo abierto los ojos, quedó muy pasmada al verse acostada con un hombre. De la estrañeza pasó al arrobamiento, y de este á un derrame de júbilo en que prorumpió apenas hubo visto que era un jóven tan cabalmente formado y tan hechicero.

« ! Cómo ! » esclamó, « ¿ sois vos el que mi padre me habia destinado para esposo ? Por muy desgraciada me tengo en no haberlo sabido, pues no le hubiera enojado contra mí, y no hubiera estado privada tanto tiempo de un marido á quien no puedo menos de amar con todo mi corazon. Despertaos, despertaos : no le está bien á un marido dormir tanto la primera noche de boda. »

Al decir estas palabras, la princesa asió al príncipe Camaralzaman del brazo y le sacudió de tal modo, que se hubiera despertado, si Maimuna no le hubiera recargado el sueño, aumen-

tando su ensalmo. Volvió á sus conatos para despertarle, y viendo que no lo conseguia, « ¿ Qué os ha sucedido ? » le dijo. « ¿ Si se habrá valido de la majia algun competidor envidioso de vuestra dicha y la mia, y si os habrá sepultado en este tan tremendo letargo cuando debeis estar mas despierto que nunca ? » Asióle de la mano, y besándosela desaladamente, advirtió que tenia un anillo en un dedo. Parecióle tan igual al suyo, que se convenció de que era el mismo, cuando vió que ella tenia otro puesto en su lugar. No comprendió cómo se habia ejecutado aquel trueque; pero no dudó en que fuese una señal cierta de su matrimonio. Cansada de la molestia infructuosa en que se habia estremado para despertarle, y segura, á su entender, de que no se le frustraria, « Ya que no puedo tener la dicha de despertaros, » dijo, « no me empeño por mas tiempo en interrumpir vuestro sueño : adios. » Y habiéndole dado un beso en la mejilla al pronunciar estas últimas palabras, se volvio á acostar y pronto se quedó dormida.

Cuando Maimuna vió que podia hablar sin temor de que la princesa de la China se despertara, « ¿ Qué tal, maldito ? » le dijo á Danhasch, ¿ has visto y te has convencido de que tu princesa es menos hermosa que mi príncipe ? Vete, te perdono la apuesta que me debes. Otra vez créeme cuando te asegure una proposicion. » Y volviéndose á Caschcasch, « En cuanto á vos, » añadió, « os doy gracias. Cojed á la princesa con Danhasch y depositadla en su lecho á donde él os lleve. » Los jenios ejecutaron la órden de Maimuna, y esta se retiró á su pozo.

Empezaba á rayar el dia, y calló la sultana Cheherazada. El sultan de las Indias se levantó, y por la noche siguiente la sultana siguió refiriendo el mismo cuento en estós términos :

NOCHE CXCIII.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE CAMARALZAMAN.

Señor, cuando á la mañana siguiente se despertó el príncipe Camaralzaman, miró á su lado para ver si aun estaba allí la dama que habia visto la noche anterior, y no hallándola junto á sí, « Ya me lo pensaba, » se dijo en sí mismo, « que era una sorpresa que me estaba guardando el rey mi padre : hice bien en estar sobre mí. » Despertó al esclavo que aun dormia, y le dió priesa para que le vistiera sin decirle nada. El esclavo le trajo agua : lavóse, y despues de haber dicho sus oraciones, tomó un libro y se puso á leer.

Hechos estos ejercicios acostumbrados, Camaralzaman llamó al esclavo y le dijo : « Ven aquí y no mientas. Dime cómo vino la dama que estuvo acostada esta noche conmigo y quién la trajo aquí.

— « Príncipe, » respondió el esclavo atónito; « ¿ de qué dama hablais ? — De la que vino ó me trajeron esta noche, » repuso el príncipe, « y que estuvo acostada conmigo. — Príncipe, » replicó el esclavo, « os juro que no lo sé. ¿ Y cómo pudiera haber venido esa dama, cuando yo estuve tendido á la puerta ?

— « Eres un mentiroso y un bribon, » dijo el príncipe, « y estás mancomunado para desconsolarme mas y hacerme rabiar. » Á estas palabras, le dió un bofeton que le tiró al suelo, y despues de haberle pisoteado, le ató por debajo los brazos con la cuerda del pozo, y habiéndole bajado, le zambulló varias veces en el agua. « Tente por ahogado, » esclamó, « si no dices pronto quién es la dama y quién la trajo aquí. »

El esclavo, muy apurado viéndose metido en el agua, dijo para consigo : « Sin duda el príncipe ha perdido el juicio con el dolor, y solo puedo librarme con una mentira. Príncipe, » dijo con tono suplicante, « concededme la vida, os ruego, y prometo deciros el hecho tal cual es. »

El príncipe sacó al esclavo y le dió priesa para que hablara. Cuando estuvo fuera del pozo, « Príncipe, » le dijo el esclavo temblando,

« ya veis que no puedo complaceros en el estado en que me hallo : dadme tiempo para que vaya á mudarme de ropa. — Te lo concedo, » repuso el príncipe; « pero no pierdas un momento, y guárdate de ocultarme la verdad. »

Salió el esclavo, y habiendo cerrado la puerta, corrió á palacio en el estado en que se hallaba. Estaba el rey conversando con su primer visir y se le quejaba de la mala noche que habia pasado con motivo de la desobediencia y criminal arrebato del príncipe su hijo.

Aquel ministro procuraba consolarle y darle á entender que el príncipe mismo le habia dado motivo para tenerle sujeto. « Señor, » le decia, « vuestra majestad no debe arrepentirse de haberle puesto preso. Debe persuadirse de que con el teson de tenerle algun tiempo encerrado, orillará esos ímpetus de la mocedad, y que al fin se allanará á cuanto se le requiera. »

El gran visir acababa estas palabras, cuando el esclavo se presentó al rey Chahzaman. « Señor, » le dijo, « mucho siento venir á participar á vuestra majestad una noticia que le causará sumo disgusto. Lo que el príncipe dice de una dama que ha estado acostada con él esta noche y el modo con que me ha maltratado, como puede ver vuestra majestad, me dan á conocer que no está en su sano juicio. » Luego refirió circunstanciadamente cuanto el príncipe habia dicho y hecho, en términos que corroboraron sus primeras razones.

El rey, que no esperaba aquel nuevo motivo de pesadumbre, « He aquí, » dijo á su primer ministro, « un incidente muy desagradable y muy ajeno de lo que me haciais esperanzar poco ha. Id, no perdais un instante; ved vos mismo lo que pasa y venid á comunicármelo. »

El gran visir obedeció inmediatamente, y al entrar en el aposento del príncipe, le halló sentado y con todo sosiego con un libro en la mano que estaba leyendo. Saludóle, y sentándose á su lado, « Grande es el enojo que tengo contra vuestro esclavo, » le dijo, « por haber venido á sobresaltar al rey vuestro padre con la noticia que acaba de traerle.

— « ¿ Qué noticia es esa, » repuso el príncipe, « que puede haberle causado tamaño sobresalto? Mayor motivo tengo yo de quejarme de mi esclavo.

— « Príncipe, » replicó el visir, « no quiera Dios que sea cierto lo que de vos ha referido. El buen estado en que os veo, y en que ruego á Dios os conserve, me da á conocer que es falso cuanto dijo. — Acaso, » dijo el príncipe, « no se esplicó bien; y ya que habeis venido, quiero preguntaros, pues debeis saberlo, en dónde está la dama que durmió conmigo esta noche. »

El gran visir se quedó pasmado á esta pregunta. « Príncipe, » respondió, « no estrañeis la admiracion que me causa lo que me preguntais, ¿ Cómo fuera posible que hubiese penetrado de noche hasta este sitio, no digo una dama, sino ningun hombre, pues solo se puede entrar por la puerta, y pisando á vuestro esclavo? Vamos, recapacitad, y apuraréis que habeis tenido un sueño que os ha encarnado muy hondamente.

— « Todo eso no es del caso, » repuso el príncipe con desentono, « quiero saber que se ha hecho aquella dama, y estoy aquí en paraje en que sabré hacerme obedecer. »

Á estas palabras, dichas con entereza, el gran visir se halló en grandísimo apuro y trató de salir del paso del mejor modo posible. Habló apaciblemente al príncipe y le preguntó, en los términos mas humildes y comedidos, si él mismo habia visto aquella dama.

« Sí, sí, » repuso el príncipe, « la he visto, y muy bien he advertido que la habiais enviado para tentarme. Ha representado muy bien el papel que le encargasteis, no boqueando una palabra, haciéndose la dormida y marchándose tan pronto como yo volví á entregarme al sueño. Ya lo sabeis sin duda, pues no habrá dejado de referíroslo.

— « Príncipe, » replicó el visir, « os juro que nada absolutamente hay de todo cuanto acabo de oir de vuestra boca, y que ni el rey vuestro padre ni yo hemos enviado la dama de que hablais, y ni siquiera soñado semejante intento. Permitidme os diga otra vez que sin duda habeis visto esa dama en sueños.

— « ¿ Venis aquí á burlaros de mí, » repuso otra vez el príncipe enojado, « y para decirme cara á cara que lo que os he referido es un sueño ? » En esto le asió de la barba y le descargó tantos golpes como le permitieron sus fuerzas.

El pobre gran visir aguantó con sufrimiento, por respeto, los ímpetus del príncipe Camaralzaman. « Heme aquí, » recapacitó, « en el mismo caso que el esclavo : por muy afortunado me tendré, si logro librarme como él de tan gran peligro. « En medio de los golpes que el príncipe le estaba dando, « Príncipe, » esclamó, « os ruego que me concedais un momento de audiencia. » El príncipe, cansado de darle golpes, le dejó hablar.

« Os confieso, » dijo entónces el gran visir con disimulo, « que hay algo de lo que sospechais. Pero no ignorais la necesidad en que está un ministro de ejecutar las órdenes del rey su amo. Si teneis la dignacion de permitírmelo,

estoy pronto á ir á decirle de vuestra parte cuanto mandeis. — Os lo permito, » le dijo el príncipe, « id y decidle que quiero casarme con la dama que me envió ó me trajo y que durmió esta noche conmigo; daos priesa y traedme la contestacion. » El gran visir hizo un rendido acatamiento al marcharse, y solo se creyó seguro cuando estuvo fuera de la torre y hubo cerrado la puerta.

Presentóse al rey Chahzaman con un desconsuelo que le apesadumbró por el pronto. « ¿Qué tal? » le preguntó el monarca, « ¿en qué estado habeis hallado á mi hijo? — Señor, » respondió el ministro, « demasiado cierto es lo que el esclavo refirió á vuestra majestad. » Contóle la conversacion que habia tenido con Camaralzaman, el arrebato de aquel príncipe cuando trató de representarle que no era posible que hubiese dormido con él la dama de que hablaba, el atropellamiento que habia recibido y el ardid de que se habia valido para librarse de sus manos.

Chahzaman, tanto mas apesadumbrado cuanto estaba siempre amando entrañablemente al príncipe, quiso cerciorarse por sí mismo de la verdad, y así fué á la torre llevando consigo al gran visir.

Pero, señor, dijo al llegar aquí Cheherazada, advierto que ya asoma el dia. Guardó silencio, y á la noche siguiente, prosiguiendo su narracion, dijo al sultan de las Indias:

NOCHE CXCIV.

Señor, el príncipe Camaralzaman recibió con respeto al rey su padre en la torre donde estaba encerrado. Sentóse el rey, y habiendo mandado al príncipe que tomara asiento junto á él, le hizo varias preguntas á las que contestó con mucha cordura. Y de tanto en tanto miraba al gran visir como para decirle que no veia que el príncipe hubiese perdido el juicio, como se lo habia asegurado, y que sin duda él no estaba muy cuerdo.

Al fin el rey habló de la dama al príncipe y le dijo: « Hijo mio, te ruego me digas qué dama es esa que ha dormido contigo esta noche, á lo que parece.

— « Señor, » respondió el príncipe, « ruego á vuestra majestad que no aumente el pesar que ya me han causado en este punto: hacedme mas bien la merced de dármela en matrimonio. Por mucha aversion que hasta ahora os haya manifestado contra las mujeres, tan prendado estoy de esa tierna beldad, que no pongo reparo en confesaros mi flaqueza. Estoy pronto á recibirla de vuestra mano, como una fineza imponderable. »

Quedóse absorto el rey Chahzaman de la respuesta del príncipe, tan remota, en su concepto de la cordura que acababa de manifestar. « Hijo mio, » repuso, « tus palabras me causan una estrañeza sin igual.

« Te juro por la corona que debo trasponerte, que nada sé de la dama que me estás mentando. Ninguna parte tengo en ello, si ha venido alguna. ¿Y cómo hubiera podido penetrar en esta torre sin mi consentimiento? Porque todo lo que te ha dicho mi gran visir ha sido tan solo para sosegarte. Debes haber tenido un sueño: te ruego que lo mires bien y lo pienses.

— « Señor, » repuso el príncipe, « me tuviera por indigno de las bondades de vuestra majestad, si no diera crédito á los afianzamientos que me estais dando. Pero os suplico que os tomeis la molestia de escucharme, y juzgar si es un sueño lo que voy á referiros. »

El príncipe Camaralzaman refirió entónces á su padre cómo se habia despertado. Encarecióle la belleza y primores de la dama que habia tenido á su lado, el amor que le habia señoreado al punto, y cuanto habia hecho en balde para despertarla. No le ocultó tampoco lo que le habia obligado á despertarse y volverse á dormir despues de haber cambiado su anillo con el de la dama. Finalmente, al concluir, le presentó esta joya que llevaba en el dedo, añadiendo: « Señor, ya conoceis el mio, pues varias veces

lo habeis visto. Tras esto espero que os convenceréis de que no he perdido el juicio, como os lo han hecho creer. »

Conoció claramente el rey Chahzaman la verdad de lo que el príncipe su hijo acababa de referirle , y no supo qué contestar; quedando tan atónito que enmudeció por largo rato.

El príncipe se aprovechó de aquella coyuntura y le dijo: « Señor, es tan violenta la pasion que estoy sintiendo tras aquella embelesante jóven, cuya sin par imájen conservo estampada en mi interior, que no alcanzan mis fuerzas á resistirla. Os suplico que os compadezcais de mí, y me proporcioneis la dicha de poseerla.

— « Tras lo que acabo de oir y en vista de ese anillo, » repuso el rey Chahzaman, « no me cabe duda en que tu pasion es verdadera y que has visto á la dama que te la infundió para siempre. ¡ Ojalá yo la conociese! Hoy mismo quedarias satisfecho, y yo seria el padre mas venturoso del orbe. Pero ¿en dónde cabe el buscarla? ¿cómo y por dónde entró aquí sin que yo lo haya sabido y sin mi consentimiento? ¿Porqué ha entrado tan solo para dormir aquí, para dejarte ver su hermosura, inflamarte de amor mientras dormia, y desaparecer mientras estabas dormido? Nada entiendo, hijo mio, de tamaño acontecimiento, y si el cielo no nos es propicio, será causa de tu muerte y de la mia.» Al acabar estas palabras, asió al príncipe de la mano, añadiendo: « Ven, vamos á condolernos juntos, tú de un amor desahuciado, y yo de verte traspasado y no poder remediar tu quebranto. »

El rey Chahzaman sacó al príncipe de la torre y le llevó á palacio, en donde Camaralzaman, desesperado de amar con tanto estremo á una desconocida, se metió al punto en la cama. El rey se encerró y lloró varios dias con él, sin quererse enterar de los negocios de su reino.

Su primer ministro, que era el único que lograba entrada libremente, vino un dia á representarle que toda su corte, y aun los pueblos empezaban á murmurar de no verle y de que no administraba diariamente justicia, segun costumbre, y que no respondia de los trastornos que pudieran acontecer. « Suplico á vuestra majestad, » le dijo, « se haga cargo del asunto. Estoy persuadido de que vuestra presencia amortigua el dolor del príncipe, y que la suya alivia el vuestro; pero debeis tratar de la conservacion del estado. Tened á bien que os proponga que os traslادeis con el príncipe al castillo del islote cercano al puerto, y que allí deis audiencia dos veces por semana. Mientras estéis desempeñando tan alto ministerio lejos del príncipe, la amenidad de aquel sitio, el grato ambiente y la maravillosa perspectiva que allí se disfrutan, harán que el príncipe sobrelleve vuestra corta ausencia con apacible resignacion. »



El rey Chahzaman aprobó aquel consejo, y luego que estuvo amueblado el palacio, que no habia habitado de mucho tiempo á aquella parte, se trasladó allá con el príncipe, de quien solo se separaba para dar las dos audiencias necesarias. Lo restante del tiempo lo pasaba al lado de su lecho, ya procurando consolarle, ya condoliéndose al par de su quebranto.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DE LA PRINCESA DE LA CHINA.

Mientras que esto sucedia en la capital del rey Chahzaman, los dos jenios Danhasch y Caschcasch habian llevado la princesa de la China al palacio donde su padre la tenia encerrada, tendiéndola de nuevo en su propio lecho.

Al dia siguiente, cuando la princesa se despertó, miró hácia todas partes, y viendo que el príncipe Camaralzaman no estaba allí, llamó á sus mujeres con tantísimo ahinco que las hizo acudir prontamente y rodear su lecho. La nodriza, que se presentó á la cabezera, le preguntó lo que deseaba, y si le habia sucedido algo.

« Decidme, » repuso la princesa, « ¿qué se ha hecho el jóven que ha dormido conmigo esta noche y á quien amo entrañablemente?—Princesa, » respondió la nodriza, « nada comprendemos de lo que estais diciendo, si no os esplicais mas.

« — Esta noche, » dijo la princesa, « estaba acostado junto á mí un jóven, el mejor mozo y el mas embelesante que cabe idearse, le estuve halagando por largo rato y haciendo cuanto pude para despertarle, sin conseguirlo : os pregunto dónde está.

« — Princesa, » respondió la nodriza, « sin duda os quereis mofar de nosotras. ¿Quereis levantaros? — Hablo formalmente, » replicó la princesa, « y quiero saber en dónde está. — Pero princesa, » insistió la nodriza, « anoche estabais sola cuando os acostasteis, y nadie entró aquí para dormir con vos, á lo menos que nosotras sepamos. »

La princesa de la China se destempló, y asiendo á la nodriza por la cabeza, le dió varios bofetones y puñetazos, esclamando: « Me lo dirás, bruja ramplona, ó te mataré. »

La nodriza forcejeó para desasirse, y habiéndolo conseguido, corrió en busca de la reina de la China, madre de la princesa. Presentóse á ella anegados los ojos en llanto, y el rostro lastimado, con suma estrañeza de la reina, la que le preguntó quién la habia dejado tan mal parada.

« Señora, » dijo la nodriza, « ya veis como me ha magullado la princesa, y seguramente me hubiera muerto, á no haberme librado de sus manos. » Luego le refirió el motivo de su airado arrebato, de lo cual la reina no quedó menos desconsolada que atónita. « Ya veis, señora, » añadió al acabar, « que la princesa no está en su juicio cabal. Vos misma lo conoceréis, si os tomais la molestia de venirla á ver. »

El cariño de la reina de la China estaba muy interesado en lo que acababa de oir; así que, mandando á la nodriza que le acompañara, fué á ver á la princesa, su hija.

Iba á proseguir la sultana Cheherazada, pero advirtió que ya rayaba el dia. Calló, y continuando á la noche siguiente, dijo al sultan de las Indias:

NOCHE CXCV.

Señor, la reina de la China se sentó junto á la princesa su hija, en llegando al aposento donde estaba encerrada, y despues de haberse informado de su salud, le preguntó qué motivo de descontento tenia contra su nodriza, pues la habia maltratado hasta aquel estremo. « Hija mia, » le dijo, « eso es muy mal hecho y nunca debe arrebatarse tan desaforadamente una grande princesa como tú.

« — Señora, respondió la princesa, « ya veo que vuestra majestad viene tambien á burlarse de mí; pero le declaro que no tendré sosiego hasta que me haya casado con el precioso jóven que durmió esta noche conmigo. Debeis saber donde está, y os suplico que le mandeis volver.

« — Hija mia, » repuso la reina, « me dejas atónita, y nada comprendo de lo que dices. » La princesa, desacatando á su madre, contestó: « Señora, así el rey mi padre como vos me habeis estado acosando para precisarme á que me casase cuando carecia de tamaña vocacion. Ahora la tengo, y quiero absolutamente lograr por es-

poso al mancebo de quien os he hablado, y si no, voy á matarme. »

Procuró la reina usar de blandura con la princesa. « Hija mia, » le dijo, « ya sabes que estás sola en tu aposento, y que ningun hombre puede entrar en él. » Pero la princesa, en vez de escucharla, la interrumpió y cometió estrañezas que obligaron á la reina á retirarse con sumo desconsuelo, y á ir á comunicar al rey cuanto ocurria.

Este quiso cerciorarse por sí mismo del hecho, y habiendo pasado al aposento de la princesa su hija, le preguntó si era cierto lo que acababa de saber. « Señor, » respondió la jóven, « no hablemos de eso; hacedme la merced de volverme el esposo que ha dormido esta noche conmigo.

« — ¿Cómo, hija mia, » repuso el rey, « ha dormido alguien contigo está noche? — ¿Cómo, señor, » replicó la princesa sin darle tiempo para proseguir, « me preguntais si ha dormido alguien conmigo? Vuestra majestad no lo ignora. Es el jóven mas cabal que se haya visto, y para que vuestra majestad no dude que ese jóven ha estado acostado conmigo y que hice mil conatos para despertarle sin haberlo conseguido, mirad este anillo. » Alargó la mano, y el rey de la China no supo qué decir cuando vió que era el anillo de un hombre; pero como nada podia comprender de cuanto le decia, y la habia encerrado por loca, lo creyó mucho mas que antes. Así, sin hablarle mas, por temor de que prorumpiera en algun desman contra su persona ó contra los que se le acercasen, la mandó aherrojar y custodiar con mas vijilancia, dejándole tan solo su nodriza para servirla, y guardia competente á la puerta.

El rey de la China, inconsolable con la desventura acaecida á la princesa su hija de haber perdido el juicio, trató de buscar algun medio para curarla. Reunió su consejo, y habiéndole espuesto el estado en que se hallaba la princesa, « Si alguno de vosotros, » añadió « está dotado de la competente suficiencia para curarla, y lo consigue, se la daré en matrimonio, y le nombraré heredero de mis estados y corona despues de mi muerte. »

El afan de poseer una hermosa princesa y la esperanza de gobernar algun dia un reino tan poderoso como el de la China, hicieron mucha mella en el ánimo de un emir ya anciano que se hallaba presente en el consejo. Como era consumado en la majia, se lisonjeó de conseguirlo y se ofreció al rey. « Consiento en ello, » repuso este monarca, pero antes debo advertiros que es á condicion de que os mandaré cortar la cabeza, si no lo conseguis. No fuera justo que merecieseis tan sumo galardon sin aventuraros por vuestra parte á algun quebranto. Lo que os digo debe entenderse para todos los demás que se fueren presentando en pos vuestro, dado caso que no admitais estas condiciones ó nada consigais. »

Aceptó el emir las condiciones propuestas, y el rey le condujo al aposento de la princesa, la cual se cubrió el rostro cuando le vió llegar. « Señor, » le dijo, » vuestra majestad me sobrecoje trayéndome á un hombre que no conozco, y de quien la relijion me prohibe que me deje ver. — Hija mia, » repuso el rey, « su presencia no debe escandalizarte. Es uno de mis emires que te pide por esposa. — Señor, » replicó la princesa, « no es el que me habeis dado ya, y cuya fe he recibido con el anillo que llevo puesto. No lleveis á mal que no acepte otro. »

El emir esperaba que la princesa haria ó diria mil estravagancias, y quedó muy atónito viéndola sosegada y hablando con tanta cordura, y así se enteró de que su locura solo consistia en un violento amor que no podia menos de ser fundado. No se atrevió á comunicárselo al rey, y este no hubiera podido consentir que la princesa diera su corazon á otro á que al mismo á quien queria dar su mano. Pero postrándose ante sus piés, « Señor, » le dijo, « tras lo que acabo de oir, fuera en balde que yo tratase de curar á la princesa. No tengo remedios adecuados para su dolencia, y mi vida está á la disposicion de vuestra majestad. » El rey, enojado de la incapacidad del emir y de la molestia que le habia dado, le mandó degollar.

Á pocos dias, echando el resto por la curacion de la princesa, aquel monarca mandó publicar en su capital que si habia algun médico, astrólogo ú mago del competente desempeño para volverle el juicio, no tenia mas que presentarse, á condicion de perder la cabeza si no la curaba. Otro tanto mandó publicar por todas las principales ciudades de sus estados y en las cortes de los príncipes sus vecinos.

El primero que se presentó fué un astrólogo y mago, que el rey mandó llevar por un eunuco á la cárcel de la princesa. El astrólogo sacó un astrolabio, una pequeña esfera, un braserillo de un saco que llevaba debajo del brazo, y tambien varias drogas propias para fumigaciones, un vaso de cobre y otras muchas baratijas, y pidió fuego.

La princesa de la China preguntó qué significaban todos aquellos preparativos. « Princesa, » respondió el eunuco, « son para conjurar al espíritu maligno de que estais poseida, encerrarle en el vaso que veis, y echarlo al fondo del mar,

— «Maldito astrólogo,» esclamó la princesa, «has de saber que no necesito de todos esos preparativos, que estoy muy cuerda, y que tú mismo eres un insensato. Si tu poder alcanza á tanto, traéme al que amo: este es el mejor servicio que puedes hacerme. — Princesa,» replicó el astrólogo, «siendo así, no de mí, sino del rey vuestro padre debeis esperarlo.» Volvió al talego cuanto habia sacado, muy apesadumbrado de haberse comprometido á curar una enfermedad imaginaria.

Cuando el eunuco hubo vuelto con el astrólogo ante el rey de la China, no aguardó aquel á que el eunuco hablara al rey, sino que le dijo con suma osadía: «Señor, segun vuestra majestad mandó publicar y ella misma me confirmó creí que la princesa estaba loca, y me hallaba seguro de hacerla recobrar el juicio por medio de arcanos que me reservo en mi interior; pero muy pronto he conocido que no tiene otra enfermedad que la de amar, y mi arte no se estiende hasta remediar la dolencia amorosa: vuestra majestad le administrará mejor remedio que otro alguno, cuando tenga á bien darle el marido que pide.»

El rey trató al astrólogo de insolente y le mandó cortar la cabeza. Para no cansar á vuestra majestad con repeticiones, entre astrólogos, médicos y magos, se presentaron cincuenta, que tuvieron todos la misma suerte y sus cabezas se fueron colocando sobre las puertas de la ciudad.

HISTORIA DE MARZAVAN Y CONTINUACION DE LA DE CAMARALZAMAN.

La nodriza de la princesa de la China tenia un hijo llamado Marzavan, hermano de leche de la princesa, que se habia criado y educado con ella. Su intimidad habia sido tan estrecha durante la niñez, todo el tiempo que habian estado juntos, que se trataban de hermano y hermana, aun cuando, mas entrados en edad, fué preciso separarlos.

Entre varias ciencias con que Marzavan habia cultivado su entendimiento desde los asomos de su mocedad, se habia inclinado particularmente al estudio de la astrolojía judiciaria, la jeomancia y otras ciencias recónditas, en las que se habia granjeado cabal maestría. No contento con lo que habia aprendido de sus maestros, habia empezado á viajar tan luego como se habia sentido con bastantes fuerzas para sobrellevar fatigas violentas. Ningun varon afamado habia en ciencias ó artes que no hubiese ido á buscar á las ciudades mas remotas y con quien no hubiera estado bastante tiempo para imponerse en todos los conocimientos que eran de su gusto.

Al cabo de una ausencia de muchos años, Marzavan volvió al fin á la capital de la China y se quedó pasmado al ver encima de la puerta por donde entró las cabezas cortadas y alineadas de los pretendientes. Luego que hubo entrado en su casa, preguntó por qué estaban allí, y sobre todo se informó de la princesa, su hermana de leche, de quien no se habia olvidado. Como no pudieron satisfacer á su primera pregunta sin responder á la segunda, supo en globo con amargo sentimiento lo que deseaba, en tanto que su madre, como nodriza de la princesa, pudiera decirle mas.

Aquí suspendió Cheherazada su narracion por aquella noche, y á la siguiente continuó en estos términos:

NOCHE CXCVI.

Señor, aunque la nodriza, madre de Marzavan, estuviese muy atareada con la princesa de la China, sin embargo, apenas supo que habia vuelto su querido hijo, cuando halló medio de salir, abrazarle y conversar con él algunos momentos. Despues que le hubo contado con sumo desconsuelo el lamentable estado en que se hallaba la princesa, y el motivo por que el rey de la China la estaba tratando con tamaña violencia, Marzavan le preguntó si podia proporcionarle

un avistamiento reservado con ella, sin que el rey lo supiera. Recapacitó un rato la madre, y al fin le dijo : « Hijo mio, nada puedo decirte por ahora sobre este punto, pero aguárdame mañana á la misma hora, y te daré la repuestā.»

Como nadie, sino la nodriza, podia acercarse á la princesa sin permiso del eunuco que mandaba la guardia que estaba custodiando la puerta, y la buena anciana sabia que era todavía muy bisoño en la servidumbre del rey y que ignoraba cuanto habia ocurrido antes en la corte, se encaró con él y le dijo : « Ya sabeis que yo crié y eduqué á la princesa; pero quizá ignorais que la crié con una hija mia de la misma edad, que se ha casado poco tiempo ha. La princesa, que la honra siempre con su amistad, quisiera verla ; pero que fuera sin que nadie la viese entrar ni salir. »

La nodriza iba á proseguir ; pero el eunuco la interrumpió diciéndole : « Eso basta, haré siempre con mucho gusto cuanto me sea posible en obsequio de la princesa. Id vos misma en busca de vuestra hija en anocheciendo, y traedla cuando el rey esté retirado, que se le abrirá la puerta.

Anocheció y acudió la nodriza con su hijo Marzavan. Disfrazóle ella misma de mujer, de modo que nadie hubiera advertido que era un hombre, y le llevó consigo. El eunuco, suponiendo que era su hija, les abrió la puerta y los dejó entrar juntos.

Antes de presentar á Marzavan, la nodriza se acercó á la princesa y le dijo : « Señora, no es una mujer la que veis, sino mi hijo Marzavan, recien llegado de sus viajes, á quien he logrado introducir aquí con este disfraz. Espero que le permitiréis que os tribute sus rendimientos. »

Al oir el nombre de Marzavan, la princesa manifestó entrañable gozo. « Acércate, hermano mio, » dijo al punto à Marzavan, « y quítate ese velo ; nunca estuvo vedado á dos hermanos el verse á rostro descubierto. »

Marzavan la saludó con grandísimo respecto, y antes que hablara, la princesa prosiguió de este modo : « Me alegro de verte bueno despues de una ausencia de tantos años, sin haber dado noticias tuyas, ni aun á tu madre.

— « Princesa, » repuso Marzavan, « os agradezco infinito tantísima dignacion. Esperaba adquirir á mi llegada mejores noticias vuestras de las que he sabido y presencio con dolor. Sin embargo me alegro de haber llegado á tiempo para administraros, despues de tantos que nada consiguieron, el específico que estais necesitando. Aun cuando no sacara otro fruto de mis estudios y viajes, me tendria por colmadamente recompensado. »

Al acabar estas palabras, Marzavan sacó un libro y varios dijes de que se habia provisto y que habia creido necesarios, segun el informe que su madre le habia hecho de la enfermedad de la princesa. Esta, que vió tantos preparativos, esclamó : « ¿ Cómo, hermano mio, tambien eres de aquellos que se figuran que estoy loca? Desengáñate y escúchame. »

La princesa refirió á Marzavan toda su historia, sin omitir la menor circunstancia, ni el anillo cambiado por el suyo, que le enseñó. « Nada te he ocultado, » añadió, « de cuanto acabas de oir : es cierto que hay algo que no comprendo y que da motivo á creer que no estoy en mi juicio cabal; pero no hacen caso de lo principal, que es tal cual lo digo. »

Calló la princesa, y Marzavan, atónito, enmudeció por largo rato cabizbajo. Al fin alzó la cabeza, y tomando la palabra, « Princesa, » le dijo, « si es cierto lo que acabais de referirme, como no lo dudo, no pierdo la esperanza de proporcionaros ese logro que estais anhelando. Ruégoos tan solo que os armeis por algun tiempo de sufrimiento, hasta que recorra los reinos que me faltan, y en sabiendo mi regreso, estad segura de que no estará muy distante aquel por quien suspirais con tantísima vehemencia. » Dichas estas palabras, Marzavan se despidió de la princesa y se marchó al dia siguiente.

Fué viajando de ciudad en ciudad, de provincia en provincia y de isla en isla, y en cuantas partes llegaba, le repetian mas y mas el nombre de la princesa Badura y su peregrina historia.

Al cabo de quatro meses, nuestro viajero llegó á Tarf, ciudad marítima rica y populosa, en donde ya no oyó hablar de la princesa Badura, sino del príncipe Camaralzaman, á quien decian enfermo y cuya historia referian, con muy corta diferencia, en los mismos términos que la de la princesa Badura. Marzavan rebosó de gozo, inquirió en qué paraje del mundo se hallaba aque príncipe, y se lo manifestaron. Habia dos caminos, uno por mar y tierra, y otro solo por mar, que era el mas breve.

Marzavan prefirió este último camino, y se embarcó en un buque mercante que tuvo próspera navegacion hasta la vista de la capital del reino de Chahzaman. Pero antes de entrar en el puerto, el buque tocó por su desventura y la torpeza del piloto en un peñasco, y se fué á pique no lejos del palacio en que estaba el príncipe Camaralzaman, y donde se hallaba entónces el rey Chahzaman con su gran visir.

Marzavan sabia nadar perfectamente : no titubeó en echarse á la mar y desembarcar al pié

del palacio del rey Chahzaman, en donde fué recibido y agasajado de órden del gran visir y segun el ánimo del rey. Diéronle otro traje, y cuando estuvo recobrado, le llevaron al gran visir, quien habia mandado que se le presentasen.

Como Marzavan era un jóven agraciado y de linda presencia, aquel ministro le hizo muy fina acojida y formó alto concepto de su persona por sus respuestas atinadas y agudas á cuantas preguntas le hizo. Fué mas y mas advirtiendo que atesoraba muchos conocimientos, y esto le movió á decirle: « Al oiros, veo que no sois hombre vulgar. ¡ Ojalá que en vuestros viajes hubieseis aprendido algun arcano para sanar á un enfermo que está causando tiempo ha sumo desconsuelo en esta corte! »

Respondióle Marzavan que quizá hallaria remedio, segun fuese la enfermedad.

Entónces el gran visir le refirió el estado en que se hallaba el príncipe Camaralzaman, entablando la narrativa desde su oríjen. No le ocultó nada de su nacimiento tan deseado, de su educacion, el deseo del rey Chahzaman de casarle jóven, la resistencia del príncipe y su estraordinaria aversion á un enlace, su desobediencia en pleno consejo, su prision, sus devaneos supuestos, que se habian trasformado en una violenta pasion por una desconocida, sin otro fundamento que un anillo, que el príncipe suponia pertenecer á aquella dama que quizá no existia.

A estas palabras del gran visir, Marzavan se alegró infinito de que, á pesar de su naufrajio, hubiese llegado tan prósperamente á donde se hallaba el que estaba buscando. Conoció á no dudarlo que el príncipe Camaralzaman era por quien estaba ardiendo de amor la princesa de la China, la que era el objeto de los anhelos del príncipe. No se franqueó con el gran visir, y solo le dijo que si viera al príncipe, pudiera formar mejor concepto del específico que le hacia al caso. « Seguidme, » le dijo el gran visir, « hallaréis al rey junto á él, quien me ha manifestado ya que deseaba veros. »

Lo primero que embargó á Marzavan, al entrar en el aposento del príncipe, fué verle en su lecho, lánguido y con los ojos cerrados. Aunque se hallaba en aquel estado, sin miramiento alguno con el rey Chahzaman, padre del príncipe, que estaba sentado junto á él, ni con el príncipe á quien podia ofender tanta llaneza, no pudo menos de esclamar: « ¡ Cielos! ¡ no hay objeto mas parecido en el mundo! » Queria decir que le estaba viendo muy parecido á la princesa de la China, y en efecto, las facciones eran en estremo semejantes.

Estas palabras de Marzavan movieron la curiosidad del príncipe Camaralzaman, que abrió los ojos y le miró. Marzavan, que tenia mucha perspicacia, utilizó la ocasion y al punto le obsequió en verso. Aunque de un modo disfrazado, en que el rey y el gran visir nada comprendieron, le retrató tan al vivo lo que le habia sucedido con la princesa de la China, que no le cupo dudar de que la conocia y pudiera darle noticias de ella. Al punto sintió un gozo que se traslució en sus ojos y semblante.

La sultana Cheherazada nada mas pudo decir aquella noche. Á la siguiente el sultan la dejó proseguir, y ella habló en estos términos:

NOCHE CXCVII.

Señor, cuando Marzavan hubo acabado su agasajo en verso sobrecojiendo deleitosamente al príncipe Camaralzaman, este se tomó la libertad de hacer seña con la mano al rey su padre para que se quitara de su asiento, y dejara que Marzavan se sentase.

El rey, prendado de ver en el príncipe su hijo un cambio que le esperanzaba halagüeñamente, se levantó, cojió á Marzavan de la mano y le obligó á que se sentara en el mismo lugar que acababa de dejar. Preguntóle quién era y de dónde venia, y luego que Marzavan le hubo respondido que era súbdito del rey de la China y que venia de sus estados, « Quiera Dios, » le dijo, « que saqueis á mi hijo de su profunda melancolía; os lo agradeceré infinito, y las prue-

bas de mi reconocimiento serán tan señaladas, que toda la tierra reconocerá que nunca servicio alguno habrá sido mejor recompensado. » Al acabar estas palabras, dejó al príncipe su hijo conversando desahogadamente con Marzavan, miéntras que él se regocijaba con su gran visir por tan venturoso encuentro.

Marzavan se acercó al oido del príncipe, y hablándole quedo, le dijo : « Hora es ya, señor, que dejeis de melancolizaros con tanto estremo. La dama por quien estais padeciendo me es conocida, pues es la princesa Badura, hija del rey de la China que se llama Gayur. Puedo asegurároslo, por lo que ella misma me ha estado refiriendo de su aventura y lo que he sabido ya de la vuestra. La princesa no aguanta menos por amor vuestro de lo que vos estais padeciendo por el suyo. » Luego le fué diciendo cuanto sabia de la historia de la princesa desde la noche aciaga en que se habian visto de un modo tan peregrino, sin omitir el tratamiento del rey de la China con los novios de la princesa Badura con su soñada locura. « Sois el único, » añadió, « que podeis curarla cabalmente y presentaros sin zozobra ; pero antes de emprender tan largo viaje, es fuerza que esteis de todo punto restablecido : entónces dispondrémos todo lo conducente á nuestro intento. Pensad pues en recobrar la salud. »

Las palabras de Marzavan encarnaron tantísimo en el interior del príncipe Camaralzaman, que se halló aliviado con la esperanza que le cabia y se sintió con bastantes fuerzas para levantarse, pidiendo á su padre que le dejara vestirse con acento que le causó suma complacencia.

El rey se contentó con abrazar á Marzavan en agradecimiento, sin averiguar los medios de que se habia valido para surtir tan asombroso efecto y salió del aposento del príncipe con el gran visir para pregonar aquella nueva tan plausible. Mandó que se hiciesen regocijos durante muchos dias, hizo donativos á sus oficiales y al pueblo, dió limosnas á los pobres y mandó poner en libertad á todos los presos. Resonaron voces de júbilo en la capital, y muy luego en todos los estados del rey Chahzaman.

El príncipe Camaralzaman, sumamente menoscabado de salud con desvelos dilatados y larguísima abstinencia, casi de toda clase de alimentos, recobró pronto la sanidad. Cuando conoció que se hallaba restablecido en términos de sobrellevar las fatigas de un viaje, llamó á Marzavan á solas y le dijo : « Querido Marzavan, ya es tiempo que cumplais la promesa que me hicisteis. Con el afan de ver á la hechicera princesa y poner fin á los tormentos que la aquejan por amor mio, conozco que volveria al mismo estado en que me habeis visto, si no nos marchásemos pronto. Una circunstancia me acongoja, y me hace temer la dilacion, y es el cariño desalado del rey mi padre, que nunca podrá determinarse á concederme permiso para que me ausente de su lado. Si no hallais algun medio para remediarlo, no sé lo que será de mí ; pues ya veis que nunca me pierde de vista. » Al acabar estas palabras, el príncipe no pudo contener su llanto.

« Príncipe, » repuso Marzavan, « ya he previsto el gran obstáculo de que hablais : á mí me toca hacer de modo que no nos detenga. El primer intento de mi viaje fué proporcionar á la princesa de la China la libertad, y esto por todos los motivos de la mutua amistad que nos profesamos desde la cuna y el afan y cariño que por otra parte le debo. Faltaria á mi obligacion, si no lo aprovechase para su consuelo y el vuestro, y no me valiera de cuantos medios están á mi alcance. He aquí pues lo que tengo ideado para zanjar el tropiezo de alcanzar el permiso del rey vuestro padre, tal cual entrambos lo apetecemos. Aun no habeis salido desde mi llegada : manifestadle que deseais tomar el ambiente puro, y pedidle permiso para ir dos ó tres dias á cazar conmigo : segun toda probabilidad, no os lo negará, y cuando lo hayais conseguido, daréis órden para que nos tengan á cada uno dos buenos caballos prontos, uno para montar y otro de repuesto, y en cuanto á lo demás, dejadlo á mi cargo.

Al dia siguiente, el príncipe Camaralzaman aprovechó la ocasion y manifestó al rey su padre el deseo que tenia de espaciarse por la campiña, y le pidió que le dejara ir á caza por uno ó dos dias con Marzavan. « Corriente, » le dijo el rey, « pero á condicion que no pasaréis fuera mas de una noche. Por el pronto el ejercicio pudiera serte dañino, y una ausencia mas larga me causaria zozobra. » El rey mandó que le dieran los mejores caballos, y él mismo se esmeró en que todo lo tuviese á punto. Dispuesta la cacería, le abrazó, y habiendo recomendadado á Marzavan que mirara mucho por él, le dejó marchar.

El príncipe y Marzavan salieron al campo, y para desentenderse de los dos palafreneros que conducian los caballos de repuesto, aparentaron ir cazando y se alejaron de la ciudad tanto como les fué posible. A la caida de la noche se detuvieron en un parador de caravanas, en donde cenaron y durmieron hasta las doce de la noche. Marzavan, que se despertó el primero, llamó al

príncipe Camaralzaman, sin recordar los palafreneros. Rogó al príncipe que le diera su vestido y tomara otro que habia traido uno de los sirvientes. Montaron cada uno el caballo de repuesto que les habian traido, y luego que Marzavan hubo tomado de la brida el caballo de uno de los palafreneros, emprendieron su camino, marchando á paso largo.

Al amanecer, los dos jinetes se hallaron en un bosque, y luego en una encrucijada de cuatro caminos. Allí Marzavan rogó al príncipe que le aguardara un momento y entró en el bosque. Mató el caballo del palafrenero, rasgó el vestido que el príncipe se habia quitado, lo manchó con sangre, y al incorporarse con el príncipe, lo arrojó en medio del camino.



Preguntóle el príncipe á Marzavan cuál era su intento. « Príncipe, » respondió este, « cuando el rey vuestro padre vea esta noche que no volveis y sepa por nuestros palafreneros que nos hemos marchado sin ellos, mientras dormian, no dejará de poner jente en movimiento para que corra tras nosotros. Los que vengan por esta parte y encuentren este vestido ensangrentado, creerán que alguna fiera os ha devorado, y que yo he tenido que escaparme temeroso de sus iras. El rey, que ya no os conceptuará vivo, segun su relacion, dejará de buscaros y nos dará lugar á proseguir nuestro viaje sin zozobra de que vengan en nuestro alcance. La precaucion es algo violenta, pues causamos un desman terrible á un padre, parti-

cipándole la muerte de un hijo á quien ama tan entrañablemente. Pero el alborozo del rey vuestro padre será tanto mayor, cuando sepa que estais vivo y gozoso. — Buen Marzavan, » repuso el príncipe, « no puedo menos de aprobar tan injenioso ardid y os debo una nueva fineza. »

El príncipe y Marzavan, provistos de buenas joyas para su gasto, prosiguieron su viaje por mar y tierra, sin hallar otro obstáculo que el de los dias que les fué preciso emplear. Llegaron por fin á la capital de la China, en donde Marzavan, en vez de llevar al príncipe á su casa, le hizo apear en un parador público para los estranjeros. Allí permanecieron tres dias descansando de las fatigas del viaje, y en aquel breve plazo, Marzavan mandó hacer un traje de astrólogo para disfrazar al príncipe. Pasados los tres dias, fueron juntos al baño, en donde Marzavan hizo que el príncipe se vistiera el traje de astrólogo, y al salir del baño, le acompañó hasta el palacio del rey de la China y le dejó para ir á avisar de su llegada á su madre, nodriza de la princesa Badura, para que se lo comunicara á dicha princesa.

Al llegar aquí la sultana Cheherazada advirtió que ya amanecia, y al punto dejó la continuacion de su historia para la noche siguiente, en que prosiguió así :

NOCHE CXCVIII.

Señor, el príncipe Camaralzaman, impuesto por Marzavan en lo que debia practicar, y pertrechado de todo lo correspondiente á un astrólogo, y vestido como tal, se adelantó hasta la puerta del palacio del rey de la China, y parándose, voceó, á presencia de la guardia y de los porteros : « Soy astrólogo y vengo á curar á la respetable princesa Badura, hija del muy alto y poderoso monarca Gayur, rey de la China, bajo las condiciones propuestas por su majestad de casarme con ella si lo consigo, ó de perder de lo contrario la vida. »

Además de los guardas y porteros del rey, se agolparon un sinnúmero de curiosos al rededor del príncipe Camaralzaman, atraidos por la novedad. Con efecto, ya hacia tiempo que no se habia presentado ningun médico, astrólogo ú mago despues de tantos trájicos ejemplares de los que habian salido frustrados en su empresa. Se creia que ya no habia otros en el mundo, ó que á lo menos no los habia tan insensatos.

Al ver el hermoso semblante del príncipe, su gallarda traza y tierna mocedad, no hubo uno que no le compadeciese. « ¿ En qué pensais, señor ? » le dijeron los que se hallaban inmediatos á él. « ¿ Cuál es vuestro devaneo en esponer así á una muerte segura una vida que está dando tan grandiosas esperanzas ? ¿ No os horrorizais con la vista de las cabezas cortadas que están sobre las puertas ? En nombre de Dios, desistid de ese intento desatinado, y retiraos. »

Á pesar de estas reconvenciones, el príncipe Camaralzaman se mantuvo firme, y en vez de escuchar á aquellos consejeros, como vió que nadie se presentaba para introducirle en palacio, repitió el mismo grito con una serenidad que hizo estremecer á todos los circunstantes. Entónces estos esclamaron : « Está resuelto á morir, Dios se conduela de su mocedad y de su alma. » Voceó por tercera vez, y al fin llegó el gran visir en persona de parte del rey de la China.

Aquel ministro acompañó á Camaralzaman á la presencia del rey. El príncipe, apenas le divisó en su solio, cuando se postró y besó la tierra en su presencia. El rey, que de todos aquellos á quienes una presuncion desatinada habia hecho acudir, no habia visto ninguno que mereciese su atencion, se condolió entrañablemente de Camaralzaman, con motivo del peligro á que se esponia. Tratóle tambien con mas consideracion, permitiéndole que se acercara y sentara junto á su persona. « Jóven, » le dijo, « con dificultad puedo creer que hayais adquirido á vuestra edad bastante esperiencia para

atreveros á curar á mi hija. Deseara que lo lograseis, y os la daria en matrimonio, no solo sin repugnancia, sino con la mayor complacencia, al paso que hubiera sentido en el alma el haberla concedido á cualquiera de los que os antecedieron. Pero os manifiesto muy á mi pesar que si errais la curacion, esa mocedad tierna y lozana no obstará para mandaros degollar.

— « Señor, » repuso el príncipe, « debo dar infinitas gracias á vuestra majestad por el honor que me hace y tanta dignacion como manifiesta con un desconocido. No vengo de pais tan remoto, cuyo nombre no ha quizá sonado aun por vuestros estados, para no ejecutar el intento que me ha traido. ¿ Qué se diria de mi liviandad, si desistiera de tan jeneroso empeño tras tantísimas fatigas y riesgos sobrellevados ? ¿ No vendria vuestra majestad misma á orillar el aprecio que le ha merecido mi persona ? Si muero, señor, será con la satisfaccion de no haber desmerecido ese concepto tras de haberlo gozado. Os suplico pues que no me tengais por mas tiempo en este afan de dar á conocer lo positivo de mi arte, por el esperimento á que estoy pronto á sujetarme. »

El rey de la China mandó al eunuco, guarda de la princesa Badura, que se hallaba presente, que llevara al príncipe Camaralzaman al aposento de la princesa su hija. Antes que se marchase, le dijo que aun era dueño de orillar su empeño ; pero el príncipe no le escuchó, y acompañó al eunuco en alas de aquel denuedo é ímpetu asombroso.

El eunuco llevó al príncipe Camaralzaman, y cuando estuvieron en una larguísima galería, á cuyo estremo se hallaba el aposento de la princesa, el príncipe, que se vió tan cerca del objeto que le habia hecho derramar tantas lágrimas y por el cual no habia cesado de suspirar en tanto tiempo, aceleró el paso y se adelantó al eunuco.

Este se dió tambien priesa y tuvo dificultad en alcanzarle. « ¿ Á dónde vais con ese arrebato ? » le dijo, asiéndole del brazo; « no podeis entrar sin mí. Preciso es que traigais sumo afan por fenecer, puesto que correis de tal modo á la muerte. Ninguno de los astrólogos que he visto y acompañado al paraje, á donde sobrado pronto llegaréis, se ha disparado con tantísimo ímpetu.

— « Amigo mio, » repuso el príncipe mirando al eunuco y siguiéndole, « sábete que todos esos astrólogos no estaban seguros de su ciencia como yo lo estoy de la mia, sabian positivamente que perderian la vida, si no alcanzaban su objeto, y ninguna seguridad tenian de conseguirlo. Por eso tenian razon en temblar al irse acercando al lugar á donde voy y en donde estoy seguro de hallar mi felicidad. » Pronunciaba estas palabras, cuando llegaron á la puerta. Abrióla el eunuco é introdujo al príncipe en un salon que comunicaba con el aposento de la princesa por medio de una mampara que estaba cerrada.

Antes de entrar, paróse el príncipe, y hablando mas despacio que antes, por temor de que le oyeran en el aposento de la princesa, « Para convencerte, » le dijo al eunuco, « que no cabe presuncion, capricho, ni fuegos de mocedad en mi designio, dejo á tu eleccion estos dos medios : ¿ prefieres que cure á la princesa en tu presencia, ó desde aquí, sin pasar mas adelante y sin verla ? »

El eunuco se quedó atónito con la entereza de su habla. Trocó entónces el príncipe su denuedo en formalidad. « No importa, » le contestó el eunuco, « que sea allí ó aquí. Como quiera, os granjearéis nombradía inmortal, no solo en esta corte, sino tambien por toda la tierra habitada.

— « Vale mucho mas, » repuso el príncipe, que la cure sin verla, para que dés testimonio de mi habilidad. Por mas ansioso que esté de ver una princesa de tan encumbrada jerarquía, que debe ser mi esposa; con todo, por consideracion á ti, quiero privarme de tamaña satisfaccion por un rato. » Como estaba surtido de cuanto correspondia á un astrólogo, sacó tintero y papel y escribió este billete á la princesa de la China :

BILLETE DEL PRINCIPE CAMARALZAMAN A LA PRINCESA DE LA CHINA.

« Adorable princesa, el enamorado príncipe Camaralzaman no os habla de los infinitos quebrantos que está padeciendo desde la noche tan aciaga en que vuestra hermosura le arrebató la libertad que tenia dispuesto conservar toda su vida. Os comunica tan solo que entónces os dió su corazon, en medio de vuestro sueño embelesante, aunque intempestivo, que le privó del vivísimo resplandor de vuestros hermosos ojos, á pesar de sus conatos para que los abrieseis. Atrevióse á daros su anillo en prenda de su amor, y á tomar en cambio el vuestro, que os envia en este billete. Si os dignais devolvérselo en testimonio recíproco del vuestro, se tendrá por el mas venturoso de todos los amantes. Si no, aunque desechado, recibirá el golpe mortal con tanta mas resignacion, en cuanto lo recibirá

por amor vuestro. Aguarda vuestra contestacion en la antesala. »

Cuando el príncipe hubo acabado este billete, puso dentro el anillo de la princesa sin dejárselo ver al eunuco, y al dárselo le dijo : « Amigo, lleva esto á tu señora. Si no se cura al golpe en leyendo este billete y viendo lo que lleva dentro, te permito que pregones como soy el mas indigno y desvergonzado de todos los astrólogos presentes y venideros. »

Rayaba el dia cuando la sultana Cheherazada acabó estas palabras, y hubo de dejar para la noche siguiente la continuacion de la historia.

NOCHE CXCIX.

Señor, el eunuco entró en el aposento de la princesa de la China, y presentándole el billete que le enviaba el príncipe Camaralzaman, «Princesa, » le dijo, « acaba de llegar un astrólogo mas temerario que todos los demás, y pretende que vais á quedar curada luego que hayais leido este billete y visto lo que hay en su interior. Deseara que no fuera un impostor. »

La princesa Badura tomó el billete y lo abrió con harto despego; pero luego que hubo visto su anillo, ni siquiera se paró á leerlo. Levantóse arrebatadamente, rompió la cadena que la tenia atada con el ímpetu de su alegría, y corriendo á la puerta, la abrió. La princesa y el príncipe se conocieron recíprocamente, y al punto arrojándose á los brazos uno de otro, se abrazaron tiernamente, y enmudeciendo con su júbilo, se miraron largo rato atónitos al volverse á ver tras su primer encuentro, que no podian comprender. La nodriza, que habia acudido con la princesa, los hizo entrar en el aposento, en donde la princesa devolvió su anillo al príncipe. « Tomadlo, » le dijo, « no pudiera guardarlo sin restituiros el vuestro, que quiero guardar toda mi vida. Uno y otro no pueden estar en mejores manos. »

Entretanto el eunuco habia ido á comunicar al rey de la China lo que acababa de suceder. « Señor, » le dijo, « todos los astrólogos, médicos y demás personajes que han tratado de curar hasta ahora á la princesa eran unos ignorantes. Este recien venido no se ha valido de embolismos, conjuros de espíritus malignos, aromas ni otros arbitrios; la ha curado sin verla. » Refirióle lo que habia ocurrido; y el rey, gozosamente admirado, acudió al punto al aposento de la princesa á quien abrazó estrechamente. Otro tanto hizo con el príncipe, y asiendo su mano, la enlazó con la de la princesa y dijo : « Afortunado estranjero, cualquiera que seais cumplo mi promesa y os doy mi hija por esposa. Con todo, al veros, no es posible me persuada que seais lo que pareceis y habeis querido hacerme creer. »

El príncipe Camaralzaman dió gracias al rey en los términos mas rendidos para manifestarle mejor su reconocimiento. « En cuanto á mi persona, señor, » prosiguió, « es cierto que no soy astrólogo, como vuestra majestad lo ha supuesto. Solo he vestido este traje para merecer el precioso entronque con el mas poderoso monarca del universo. Nací príncipe, hijo de reyes : llámome Camaralzaman, y mi padre Chahzaman reina en las islas bastante conocidas de los Hijos de Khaledan. » Luego le refirió su historia y le dió á conocer cuan peregrino era el oríjen de su pasion y de la correspondencia que merecia á la princesa, comprobadas con el cambio de los anillos.

Cuando el príncipe Camaralzaman hubo concluido, « Una historia tan estraordinaria, » esclamó el rey, « merece ser conocida de la posteridad. La mandaré escribir, y cuando haya depositado el orijinal en los archivos de mi reino, la haré pública para que desde mis estados pase á los demás. »

Aquel mismo dia se celebró el desposorio y se hicieron solemnes regocijos en toda la China. Marzavan no quedó olvidado : el rey de la China le admitió en su corte, honrándole con un cargo eminente, y prometiendo elevarle á otros de mayor entidad.

El príncipe Camaralzaman y la princesa Badura, entrambos en la cumbre de sus ardientes anhelos, gozaron el sumo embeleso del himeneo, y durante muchos meses, el rey de la China no cesó de manifestar su regocijo con repetidas funciones.

En medio de aquellas delicias, el príncipe Camaralzaman tuvo un sueño una noche, en el cual le pareció ver al rey su padre tendido en su lecho, y pronto á exhalar el postrer suspiro, y que decia: «Aquel hijo que enjendré y tan entrañablemente quise, me ha abandonado y es causa de mi muerte.» Despertóse el príncipe lanzando un profundo suspiro que despertó tambien á la princesa, y esta le preguntó por qué suspiraba. «¡Ay de mí!» esclamó el príncipe, «quizá en el momento en que estoy hablando, ya mi padre no existe.» Y le refirió el motivo que tenia para que le azorase tan aciago recuerdo. La princesa, que solo ansiaba complacerle, y que conoció que el deseo de volver á ver á su padre pudiera menoscabar su embeleso permaneciendo con ella en un pais tan remoto, nada le dijo del intento que ideó desde luego, y en aquel mismo dia habiéndosele proporcionado ocasion de hablar á solas con el rey de la China, «Señor,» le dijo besándole la mano, «tengo una fineza que pedir á vuestra majestad, y le ruego no me la niegue. Mas para que no conceptueis que os la pido á instancia del príncipe mi marido, os aseguro antes que ninguna parte tiene en ella. Lo que os pido es que consintais en que vaya á ver con él al rey Chahzaman mi suegro.

— «Hija mia,» repuso el rey, «por amarga que me haya de ser tu ausencia, no puedo menos de aprobar esa determinacion. Es digna de ti, no obstante las fatigas de tan largo viaje. Id, consiento en ello; pero á condicion de que no os detendréis mas de un año en la corte del rey Chahzaman. Aquel monarca consentirá, lo espero, en que obremos así y tengamos alternativamente á nuestro lado, él su hijo y su nuera, yo mi hija y mi yerno.»

La princesa participó la anuencia del rey de la China al príncipe Camaralzaman, que prorumpió en raptos de alborozo, y le agradeció aquella nueva prueba de cariño que acababa de darle.

El rey de la China dispuso los preparativos del viaje, y cuando estuvieron corrientes, marchó con ellos y los acompañó algunas jornadas. Al fin se separaron derramando unos y otros muchas lágrimas. El rey los abrazó tiernamente, y habiendo encargado al príncipe que amara siempre á la princesa su hija como hasta entónces, los dejó proseguir su viaje y regresó á su capital.

Apenas el príncipe Camaralzaman y la princesa Badura hubieron enjugado sus lágrimas, cuando no pensaron mas que en la alegría que habia de causar al rey Chahzaman el verlos y abrazarlos y la que ellos mismos disfrutarian.

Hacia un mes que caminaban, cuando llegaron á un soto dilatado y frondosísimo que estaba brindando con su apacible sombra. Como era escesivo el calor aquel dia, el príncipe Camaralzaman juzgó oportuno acampar allí y se lo comunicó á la princesa Badura, que se avino con tanta mayor complacencia cuanto ella misma lo estaba deseando. Apeáronse en el sitio mas ameno, y cuando estuvo levantada la tienda, la princesa Badura, que se habia sentado á la sombra, entró en ella, mientras que el príncipe daba sus órdenes para que acampase su comitiva. Para mayor desahogo, la princesa se quitó el ceñidor, que sus mujeres le colocaron á su lado, y luego hallándose cansada, se quedó dormida y todas la dejaron sola.

Cuando el príncipe Camaralzaman hubo tomado sus disposiciones, volvió á la tienda, y viendo que la princesa dormia, entró y tomó calladamente asiento. En tanto que le entraba el sueño, cojió el ceñidor de la princesa: miró uno tras otro los diamantes y rubíes que lo adornaban, y advirtió una bolsita esmeradamente cosida sobre la tela y cerrada con un cordon. Tocóla y sintió que habia dentro algun dije que hacia como resistencia. Deseoso de saber lo que era, abrió la bolsa y sacó una cornalina grabada con figuras y caractéres que le eran desconocidos. «Preciso es,» dijo allá en su interior, «que esta cornalina sea de mucho valor; pues de otro modo no la llevaria mi princesa sobre sí con tanto esmero por temor de perderla.»

Era con efecto un ensalmo que la reina de la China habia regalado á la princesa su hija, para hacerla feliz, segun decia, mientras lo llevara consigo.

Á fin de hacerse cargo, salió el príncipe fuera de la tienda que estaba oscura, y quiso examinarlo á las claras. Mientras lo tenia en la palma de la mano, un pájaro se arrojó de repente sobre él y se lo arrebató.

Cuando llegaba aquí la sultana Cheherazada, ya empezaba á amanecer; así dejó de hablar hasta la noche siguiente en que dijo al sultan Chahriar:

NOCHE CC.

Señor, á vuestra majestad cabe juzgar mejor de lo que yo pudiera espresarle, el asombro y quebranto de Camaralzaman, cuando el pájaro le hubo arrebatado el ensalmo de la mano. Á esta novedad amarguísima, acaecida por una curiosidad intempestiva y que defraudaba á la princesa de un objeto tan precioso, permaneció inmóvil por largo rato.

SEPARACION DEL PRINCIPE CAMARALZAMAN Y DE LA PRINCESA BADURA.

El pájaro voló y se posó en el suelo á corta distancia con el ensalmo en el pico. El príncipe se adelantó, esperanzado de que lo soltase; pero luego que se acercó, el pájaro echó á volar, y por segunda vez se paró. Camaralzaman siguió tras él, pero el pájaro se tragó el talisman y voló mas lejos. Entónces el príncipe, que era muy diestro, esperó que le mataria de una pedrada y volvió á perseguirle. Cuanto mas el pájaro se alejaba, tanto mas se empeñaba Camaralzaman en seguirle y no perderle de vista.

De valle en valle y de cerro en cerro, el pájaro fué atrayendo todo el dia al príncipe Camaralzaman, alejándose de la pradera y de la princesa Badura, y de noche, en vez de meterse en alguna zarza en donde Camaralzaman hubiera podido sorprenderle en la oscuridad, se posó en la copa de un árbol frondoso, en donde estaba con toda seguridad.

El príncipe, desesperado de haberse tomado en balde tanta molestia, deliberó si volveria á sus tiendas. «¿Pero por dónde volveré?» prorumpió para sí mismo. «¿Subiré ó bajaré los cerros y valles por donde he venido? ¿No me estraviaré en las tinieblas y me lo permitirán mis fuerzas? Y aun cuando lo pudiera, ¿me atreveria á presentarme delante de la princesa sin devolverle su ensalmo?» Acosado con tan amarga cavilacion y estremado cansancio, de hambre, sed y sueño, se tendió y pasó la noche al pié del árbol.

Al dia siguiente, apenas se despertó, cuando el pájaro dejó el arbol y echó á volar, siguiéndole el príncipe todo el dia con tan poco éxito como el anterior, alimentándose de yerbas ó frutos que hallaba por su tránsito. Otro tanto hizo hasta en el décimo dia, siguiendo al pájaro con la vista desde la mañana hasta la noche, pasando esta al pié del árbol, y el pájaro en su cima.

Al undécimo dia, llegaron á una gran ciudad, el pájaro volando siempre, y Camaralzaman observándole continuamente. Cuando el pájaro estuvo cerca de los muros de la ciudad, emprendió su vuelo y desapareció enteramente á la vista de Camaralzaman, quien perdió la esperanza de volverle á ver y de recobrar el ensalmo de la princesa Badura.

Camaralzaman, inconsolable, entró en la ciudad, que estaba edificaba á orillas del mar y tenia un hermosísimo puerto. Anduvo mucho tiempo por las calles sin saber á dónde iba ni lo que hacia, y llegó al puerto. Siguió la orilla hasta la puerta de un jardin que estaba abierta y en la cual se presentó. El jardinero, que era un buen anciano dedicado á su cultivo, alzó entónces la cabeza, y apenas le vió y conoció que era estranjero y musulman, cuando le convidó á que entrara y cerrara tras sí la puerta.

Entró el príncipe, hizo lo que el anciano le decia, y acercándose á él, le preguntó por qué le habia hecho tomar aquella precaucion. «Veo,» respondió el hortelano, «que sois un estranjero recien llegado y musulman, y esta ciudad está en gran parte habitada por idólatras que profesan mortal aversion á los musulmanes, y aun tratan muy mal á los que aquí seguimos la relijion de nuestro profeta. Sin duda lo ignorais, y me parece un milagro que hayais llegado hasta aquí sin tropiezo. Con efecto, estos idólatras están asechando con sumo ahinco á los musulmanes estranjeros cuando llegan, para hacerlos caer en algun lazo, si no están enterados de antemano en sus maldades. Doy gracias á Dios de que os ha traido á lugar seguro.»

Camaralzaman agradeció á aquel buen hombre

la acojida que le daba tan jenerosamente, escudándole contra todo desacato. Queria estenderse mas; pero el jardinero le interrumpió diciéndole : « Dejémonos de cumplimientos, estais cansado y debeis tener necesidad de comer : venid á descansar. » Llevóle á su casita, y luego que el príncipe hubo comido bastante de lo que le presentó con halagüeño agasajo, pidióle que le dijera el objeto de su llegada á aquel pueblo.

Satisfizo el príncipe al hortelano, y cuando hubo concluido su historia sin ocultarle nada, le preguntó en seguida por qué camino podria volverse á los estados del rey su padre; « porque empeñarme, » añadió, « en juntarme con la princesa fuera un imposible al cabo de once dias que me he separado de ella por una aventura tan peregrina. ¿ Quién sabe si todavía existe? » Con tan aciago recuerdo, no pudo menos de prorumpir en lágrimas.

En respuesta á lo que Camaralzaman acababa de preguntar, el hortelano le dijo que habia un año de camino desde la ciudad en que se hallaba hasta los paises habitados únicamente por musulmanes, mandados por príncipes de su relijion; pero que era fácil pasar por mar á la isla de Ébano en mucho menos plazo, y que desde allí podia pasarse á las islas de los Hijos de Khaledan; que todos los años salia un buque mercante para las isla de Ébano, y que podria aprovechar aquella coyuntura para regresar desde allí á las islas de los Hijos de Khaledan. « Si hubieseis llegado algunos dias antes, » añadió, « os hubierais embarcado en el que dió á la vela este año. Entretanto que marche el del año próximo, si os quereis quedar conmigo, os ofrezco mi casa, tal cual es, con la mejor voluntad. »

El príncipe Camaralzaman se tuvo por afortunado en hallar aquel asilo en un lugar en que no tenia ningun conocimiento ni le interesaba adquirirlos. Aceptó el ofrecimiento y se quedó con el jardinero. En tanto que llegaba el momento de la partida del buque mercante para la isla de Ébano, se dedicaba al cultivo del huerto durante el dia; y de noche, cuando nada le distraia de pensar en su querida princesa Badura, la pasaba suspirando y lamentándose de su suerte. Dejarémosle aquí para volver á la princesa Badura, que dejamos dormida en su tienda.

HISTORIA DE LA PRINCESA BADURA, DESPUES DE LA SEPARACION DEL PRINCIPE CAMARALZAMAN.

La princesa durmió largo rato, y al despertarse, se quedó asombrada de que el príncipe no estuviese junta á ella. Llamó á sus mujeres y les preguntó si sabian en donde paraba. Cuando le estaban diciendo que le habian visto entrar, pero no salir, descubrió, al tomar su ceñidor, que estaba abierta la bolsa y que no contenia el ensalmo. No dudó que Camaralzaman lo hubiese tomado para ver su contenido y que se lo devolviese. Aguardóle hasta la noche, con sumo desasosiego, y no podia comprender lo que le tenia tanto tiempo ausente. Como vió que era ya de noche cerrada y que no volvia, se apesadumbró indeciblemente. Maldijo mil veces el ensalmo y á su fabricante; y á no haberla contenido el respeto, se hubiera desahogado en imprecaciones contra la reina, su madre, que le habia hecho tan funesto regalo. Desconsoladísima con este lance, tanto mas doloroso cuanto ignoraba como el ensalmo podia ser causa de la separacion del príncipe, no perdió el juicio; al contrario, tomó una determinacion animosa y desusada entre las personas de su sexo.

Nadie sabia en el campamento que el príncipe hubiese desaparecido, sino Badura y sus mujeres; porque los criados se hallaban descansando ó durmiendo por las tiendas. Temiendo que le hiciesen traicion, si llegaban á saberlo, enfrenó sus propios ímpetus, y prohibió á sus mujeres que prorumpieran en dicho ó hecho que causara la menor sospecha. Luego se quitó su vestido, tomó otro de Camaralzaman, de quien era muy parecida, de modo que todos la tuvieron por él al dia siguiente, cuando se presentó y les mandó levantar las tiendas y ponerse en camino. Cuando todo estuvo pronto, hizo entrar á una de sus mujeres en la litera, y montando á caballo, prosiguió su viaje.

Al cabo de varios meses de marcha, la princesa, que habia proseguido su viaje bajo el nombre del príncipe Camaralzaman, para pasar á la isla de los Hijos de Khaledan, llegó á la capital del reino de la isla de Ébano, cuyo monarca reinante se llamaba Armanos. Como los primeros que desembarcaron para proporcionarle alojamiento hicieron correr la voz de que el buque recien llegado traia á bordo al príncipe Camaralzaman, que volvia de un largo viaje, y á quien el recio temporal habia precisado á tocar allí, pronto llegó la noticia al palacio del rey.

Aquel monarca, acompañado de gran parte de su corte, salió al punto al encuentro de la princesa, y la halló cuando acababa de desembarcar y se encaminaba al alojamiento que le tenian dispuesto. Recibióla como al hijo de un rey amigo, con quien habia vivido siempre en perfecta armonía, y la llevó á palacio, donde



la hospedó con toda su comitiva, sin hacer caso de las instancias que le hizo para que la dejara vivir privadamente. Tratóla además con todos los honores imajinables y la estuvo agasajando tres dias con estraordinaria magnificencia.

Al cabo de aquel tiempo, viendo el rey Armanos que la princesa, á quien tenia siempre por el príncipe Camaralzaman, hablaba de em-

barcarse y proseguir su viaje, prendado de un príncipe tan gallardo y de tan galana presencia é injenio, la cojió á solas y le dijo : « Príncipe, ya veis que me hallo en edad muy avazanda, con muy pocas esperanzas de vivir largo tiempo, y estoy con el sentimiento de no tener un hijo á quien dejar mi reino. El cielo me ha dado solamente una hija única, de una hermosura que solo puede parangonarse con la de un príncipe tan gallardo, bien nacido y cabal, cual vos sois. En vez de pensar en volver á vuestro pais, admitidla de mi mano con mi corona, que depongo desde ahora á favor vuestro, y quedaos con nosotros. Hora es ya que descanse, despues de haberla sostenido durante tantos años, y no me cabe hacerlo en mejor ocasion, cuando mis estados pueden ser gobernados por tan digno sucesor. »

La sultana Cheherazada queria proseguir; pero asomaba el dia, y tuvo que enmudecer. Á la noche siguiente dijo al sultan de las Indias :

NOCHE CCI.

Señor, el ofrecimiento jeneroso del rey de la isla de Ébano, de dar su hija única en matrimonio á la princesa Badura, que no podia admitirla, por ser mujer, y de cederle sus estados, la puso en un conflicto que no aguardaba. Impropio era de una princesa como ella declararle que no era el príncipe Camaralzaman, sino su esposa, y desengañar al rey, despues de haberle asegurado que era aquel príncipe y haber sostenido tan bien hasta entónces el papel de tal. Temia con fundamento que si le rehusaba en el afan que le manifestaba por la conclusion de aquel matrimonio, trocaria su benevolencia en aversion y odio, y aun atentara contra su vida. Además, no sabia si hallaria al príncipe Camaralzaman en la corte del rey Chahzaman su padre.

Estas consideraciones y la de adquirir un reino para el príncipe su marido, dado caso que volviera á hallarle, determinaron á la princesa á aceptar el partido que acababa de proponerle el rey Armanos. Así, despues de haber permanecido largo rato sin hablarle, con un rubor que le cubrió el rostro, y que el rey atribuyó á su modestia, le respondió : « Señor, estoy sumamente agradecido á vuestra majestad del favorable concepto que le merezco, y del honor que me hace, que no merezco y no me atrevo á rehusar; pero señor, » añadió, « solo acepto este grandioso entronque á condicion que vuestra majestad me asistirá con sus consejos, y que nada haré sin que antes haya merecido su aprobacion. »

Ajustado de este modo el casamiento, se fijó el dia siguiente para la ceremonia, y la princesa Badura avisó entretanto á sus oficiales, que tambien la tenian por el príncipe Camaralzaman, de cuanto iba á ocurrir, para que no lo estrañasen, y les aseguró que todo se efectuaba con el consentimiento de la princesa Badura. Tambien habló á sus mujeres y les encargó que guardaran bien el sijilo.

El rey de la isla de Ébano, ufano de haberse granjeado un yerno de quien estaba tan prendado, juntó al dia siguiente su consejo, y declaró que daba la princesa su hija en matrimonio al príncipe Camaralzaman, á quien habia hecho sentar á su lado, que le entregaba su corona y les mandaba que le reconociesen por su rey y le tributasen sus homenajes. Al acabar estas palabras, bajó del trono, y luego que la princesa Badura subió á él y se sentó en su lugar, recibió el juramento de fidelidad y el rendimiento de los señores mas poderosos de la isla de Ébano que se hallaban presentes.

Al salir del consejo, se celebró solemnemente por toda la ciudad la proclamacion del nuevo rey; mandáronse ejecutar regocijos durante muchos dias y se despacharon correos por todo el reino para que se observasen las mismas ceremonias y demostraciones de alborozo.

Á la noche todo el palacio se entregó al regocijo, y Hayatalnefusa (así se llamaba la princesa de la isla de Ébano) fué conducida á la princesa Badura, á quien todos tuvieron por un

hombre, con un aparato verdaderamente rejio. Terminadas las ceremonias, se quedaron solas y se acostaron.

Á la madrugada, mientras la princesa Badura estaba recibiendo en junta jeneral los parabienes de toda la corte, con motivo de su casamiento y como nuevo monarca, el rey Armanos y la reina pasaron al aposento de su hija y le preguntaron cómo habia pasado la noche. En vez de re.ponderles, bajó los ojos, y la tristeza que asomó en su rostro dió á conocer que no estaba satisfecha.

Para consolar á la princesa Hayatalnefusa, el rey Armanos le dijo : « Hija mio, eso no debe aflijirte : cuando el príncipe Camaralzaman desembarcó aquí, solo pensaba en volverse cuanto antes junto al rey Chahzaman su padre. Aunque le háyamos retenido por un vínculo de que debe estar muy satisfecho, con todo debemos creer que tiene gran sentimiento de verse privado de repente de la esperanza de volverle á ver nunca, como tampoco á ningun otro individuo de su familia. Debes pues aguardar, porque tan pronto como hayan cedido un poco esos ímpetus de cariño filial, se portará como buen marido. »

La princesa Badura, bajo el nombre de Camaralzaman y como rey de la isla de Ébano, empleó todo el dia, no solo en recibir los parabienes de su corte, sino tambien pasando revista á las tropas y desempeñando otras funciones rejias, con un señorío é inteljencia que le merecieron la aprobacion de cuantos estuvieron presentes.

Era de noche cuando volvió al aposento de la reina Hayatalnefusa, y conoció muy bien, por el empacho con que aquella princesa la recibió, que tenia muy presente la noche anterior. Procuró desvanecer su descontento con una larga conversacion que tuvo con ella y en la que echó el resto de su persuasiva para convencerla de que la amaba entrañablemente. Dióle al fin tiempo de acostarse, y entretanto se puso á decir sus oraciones; pero estas fueron tan largas que la reina Hayatalnefusa se quedó dormida. Entónces dejó de rezar y se acostó junto á ella siñ despertarla, no menos pesarosa de representar un papel que no le correspondia, que de la pérdida de su querido Camaralzaman, por el cual no cesaba de suspirar. Levantóse al dia siguiente al rayar el dia, antes que Hayatalnefusa estuviese despierta, y acudió al consejo en traje rejio.

El rey Armanos no hizo falta en visitar aquel dia á su hija y la halló llorosa y desconsolada. Bastóle esto para que calara el motivo de tantísimo desconsuelo. Airado con aquel menosprecio, pues tal se lo imajinaba, y cuya causa no podia comprender, « Hija mia, » le dijo, « ten aun paciencia hasta la noche próxima; he elevado á tu marido á mi trono; pero sabré hacerle bajar de él y arrojarle vergonzosamente, si no te da la satisfaccion que debe. Aun no sé si me contentaré con tan suave castigo, con estos ímpetus de ira que siento al verte tratada tan vergonzosamente. La afrenta no es á ti, sino á mi persona. »

Aquella noche, la princesa Badura volvió muy tarde al aposento de Hayatalnefusa como la anterior; se puso á conversar con ella y quíso decir sus oraciones mientras se acostaba ; pero Hayatalnefusa la detuvo y obligó á volverse á sentar. « ¡Como, ! » le dijo, « á lo que veo, ¿quereis tratarme todavía esta noche en los mismos términos que las dos anteriores? Decidme, os ruego, ¿en qué puede disgustaros una princesa como yo, que no solo os ama, sino que os adora y se mira como la mas venturosa de todas las de su clase con tener por marido á un príncipe tan amable? Otra en mi lugar, no digo ofendida, sino ultrajada de un modo tan sensible, tendria buena ocasion de vengarse con solo abandonaros á vuestra malvada suerte; pero aun cuando no os amara con tantísimo estremo, como bondadosa y condolida de toda desventura, no dejaria de avisaros que el rey mi padre está irritadísimo de vuestro proceder, y que solo aguarda el dia de mañana para daros, si continuais, pruebas de su justo enojo. Hacedme el favor de no desesperar á una princesa que no puede menos de amaros. »

Estas palabras dejaron perpleja á la princesa Badura. No dudó de la sinceridad de Hayatalnefusa : la tibieza con que el rey Armanos la habia recibido aquel dia le habia dado á conocer el esceso de su descontento. El único medio de sincerar su conducta era confiar su sexo á Hayatalnefusa; pero aunque tenia previsto que tendria que venir á parar en semejante declaracion, con todo temblaba, incierta de si la princesa lo tendria á bien ó á mayor ultraje, Cuando hubo considerado que si el príncipe Camaralzaman vivia aun, necesariamente debia pasar por la isla de Ébano para regresar al reino del rey Chahzaman, que debia conservarse para él, y que no podia hacerlo, si no se descubria á la princesa Hayatalnefusa, se aventuró á hacerlo.

Como la princesa Badura habia quedado suspensa, Hayatalnefusa, enardecida, iba á proseguir, cuando aquella la detuvo con estas palabras : « Amable y hermosa princesa, » le dijo, « confieso que tengo culpa; pero espero que me

perdoneis y guardeis el sijilo que voy á confiaros para mi descargo. »

Al mismo tiempo la princesa Badura se descubrió el pecho. « Ved, princesa, » prosiguió, « si una mujer de vuestra clase merece ser perdonada. Estoy persuadida de que lo haréis de buen corazon, cuando os haya referido mi historia, y sobre todo el fracaso que me ha precisado á representar este papel. »

Cuando la princesa Badura hubo acabado de darse á conocer á la princesa de la isla de Ébano, le rogó por segunda vez que le guardara secreto y tuviera á bien aparentar que era verdaderamente su marido, hasta la llegada del príncipe Camaralzaman, á quien esperanzaba recibir muy presto.

« Princesa, » repuso Hayatanelfusa, « estraño destino fuera que un matrimonio tan venturoso como el vuestro debiese ser de tan poca duracion, despues de un amor recíproco tan portentoso. Deseo como vos que el cielo os reuna muy pronto. Entretanto, estad segura de que guardaré relijiosamente el secreto que acabais de confiarme. Tendré el mayor placer en ser la única que os conozca por lo que sois en el gran reino de la isla de Ébano, mientras lo gobernais tan dignamente como habeis empezado. Os pedia amor, y ahora os declaro que estaré contentísima si os dignais concederme vuestra amistad. » Dichas estas palabras, las dos princesas se abrazaron tiernamente y se acostaron despues de haberse dado mil pruebas de recíproca intimidad.

Segun costumbre del pais, era preciso manifestar públicamente que se habia consumado el matrimonio : las dos princesas hallaron medio de zanjar aquel tropiezo. Así las mujeres de la princesa Hayatalnefusa quedaron engañadas al dia siguiente, y engañaron al rey Armanos, á su esposa y á toda la corte. De este modo la princesa Badura continuó gobernando sosegadamente con satisfaccion del rey y de todo el reino.

Nada mas dijo por aquella noche la sultana Cheherazada, porque ya asomaba la luz del dia. Á la noche siguiente prosiguió de esta manera :

NOCHE CCII.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DEL PRÍNCIPE CAMARALZAMAN DESDE SU SEPARACION DE LA PRINCESA BADURA.

Señor, mientras que en la isla de Ébano se hallaban los negocios en el estado que vuestra majestad ha podido juzgar por el final de mi última narracion, el príncipe Camaralzaman se hallaba jardineando en la ciudad de los idólatras.

Un dia de madrugada en que el príncipe se disponia á trabajar en el jardin, segun costumbre, el buen jardinero se lo estorbó y le dijo : « Los idólatras celebran hoy una gran fiesta, y como se abstienen de todo trabajo para pasarla en reuniones y regocijos públicos, tampoco quieren que los musulmanes trabajen ; y estos, para conservar su amistad, se divierten en asistir á sus espectáculos, que son de suyo muy vistosos. Así por hoy podeis reposaros. Os dejo aquí, y como se acerca el tiempo en que debe dar la vela para la isla de Ébano el buque mercante de que os hablé, voy á ver á algunos amigos é informarme por ellos de cuando saldrá ; al mismo tiempo ajustaré vuestro embarque. » El jardinero se vistió su mejor traje y salió de casa.

Cuando el príncipe Caramalzaman se vió solo, en vez de participar en el alborozo público que resonaba por toda la ciudad, su inaccion le trajo á la memoria, mas de recio que nunca, el aciago recuerdo de su querida princesa. Ensimismado todo, suspiraba paseándose por el jardin cuando le obligó á alzar la cabeza y á pararse el bullicio que dos pájaros traian en un árbol.

Camaralzaman estuvo mirando con asombro como aquellos pájaros peleaban desaforadamente á picotazos, y que al cabo de pocos instantes, uno de ellos cayó muerto al pié del árbol. El pájaro que habia quedado vencedor echó á volar y desapareció.

Muy luego otros dos pájaros mayores que habian visto la pelea desde lejos llegaron por otra parte, se colocaron uno á la cabeza, y otro á los piés del muerto, le miraron algun tiempo meneando la cabeza de un modo que estaba diciendo su quebranto, y le escavaron un hoyo con sus garras, en el cual le enterraron sin demora.

Luego que los dos pájaros hubieron cubierto el hoyo con la tierra que habian sacado, echaron á volar y pronto volvieron, asiendo con el pico, uno por el ala y otro por una pata, al pájaro homicida, que daba espantosos alaridos y hacia grandísimos esfuerzos para escaparse. Finalmente le abrieron el buche, le sacaron las entrañas, y dejando el cuerpo en aquel sitio, echaron á volar.

Camaralzaman estuvo pasmado todo el rato que duró aquel espectáculo peregrino. Acercóse al árbol en que habia ocurrido, y echando la vista sobre las entrañas dispersas, advirtió una cosa encarnada que salia del buche que habian desgarrado los pájaros vengadores. Recojiólo, y sacando lo que parecia encarnado, halló que era el ensalmo de la princesa Badura, su muy amada esposa, que tantas lágrimas y suspiros le habia hecho derramar desde que el pájaro se lo habia arrebatado. « ¡ Cruel ! » esclamó mirando al pájaro, « te complacias en hacer daño; bien hayan los que me han vengado, castigándote por la muerte de su semejante. »

Imposible fuera espresar el rapto de gozo del príncipe Camaralzaman. « Querida princesa, » esclamó otra vez, « este momento felicísimo, que me restituye lo que os era tan precioso, es sin duda un presajio que me anuncia que tambien os volveré á hallar, y quizá mas pronto de lo que conceptúo. Bendito sea el cielo que me envia esta dicha, y al mismo tiempo me da la esperanza de la mayor que puedo desear. »

Al terminar estas palabras, el príncipe besó el ensalmo, lo envolvió y se lo ató esmeradamente al brazo. En su desconsuelo, habia pasado casi todas las noches en vela. Pero durmió sosegadamente la noche que siguió á tan venturosa ocurrencia, y al dia siguiente, cuando se hubo puesto al amanecer su traje de trabajo, fué á tomar órdenes del jardinero, quien le rogó que echara al suelo un árbol viejo que ya no daba fruto.

Camaralzaman cojió una hacha y fué á ponerlo en ejecucion. Cuando estaba cortando una raiz, dió un golpe sobre un bulto que opuso resistencia y metió mucho estruendo. Separó la tierra y descubrió una gran lámina de bronce, debajo de la cual halló una escalera de diez gradas. Bajó por ella, y cuando estuvo al pié, vió una bodega de doce varas cuadradas, en la que contó cincuenta vasijas de bronce colocadas al rededor, cada una con su tapa. Destapólas una tras otra, y las halló todas llenas de oro en polvo. Salió de la bodega, sumamente satisfecho con el descubrimiento de tan rico tesoro, colocó la plancha sobre la escalera y acabó de derribar el árbol mientras volvia el jardinero.

Este habia sabido el dia anterior que dentro de pocos dias debia salir el bajel que ejecutaba anualmente el viaje de la isla de Ébano; pero no habian podido decirle puntualmente el dia, remitiéndole al siguiente. Habia ido allá y volvió con un semblante que indicaba la buena noticia que traia á Camaralzaman. « Hijo mio, » le dijo (porque acostumbraba tratarle así, usando del privilejio de sus años), « regocijaos y disponeos á marchar dentro de tres dias : el buque dará la vela aquel dia sin falta, y he convenido con el capitan en cuanto á vuestro embarque y pasaje.

— « Nada mas grato podiais anunciarme en el estado en que me hallo, » repuso Camaralzaman. « En desquite, tambien tengo que comunicaros una noticia de que debeis alegraros. Tomaos la molestia de veniros conmigo, y veréis la buena suerte que el cielo os envia. »

El príncipe llevó al jardinero al lugar en donde habia derribado el árbol, le hizo bajar á la bodega, y cuando le hubo enseñado el gran número de vasijas que habia llenas de oro en polvo, le manifestó su regocijo de que Dios recompensaba al fin su virtud y todas las molestias que habia padecido durante tantos años.

« ¿ Qué quereis decir con eso ? » replicó el jardinero; « ¿ os imajinais acaso que yo quiera apropiarme ese tesoro ? Todo él es vuestro, y ninguna parte pretendo de él. Hace ochenta años que murió mi padre, y desde entónces no he hecho sino revolver la tierra de este jardin sin haberlo descubierto. La prueba de que os estaba destinado es que Dios ha permitido que lo hallaseis. Mas propio es de un príncipe como vos, que no de mí, asomado como estoy al sepulcro y que nada necesito. Dios os lo envia oportunamente en el trance de acudir á los estados que deben perteneceros, y en los que haréis buen uso de estas riquezas. »

El príncipe Camaralzaman no quiso ceder al jardinero en punto á jenerosidad, con cuyo motivo trabaron allá su contienda. Al fin le protestó que nada tomaria, si no se quedaba con la mitad por su parte, y habiéndose avenido el jardinero, se compartieron hasta veinte y cinco vasijas para cada uno.

Hecha la reparticion, « Hijo mio, » le dijo el jardinero, « eso no basta; ahora se trata de

embarcar esas riquezas en el buque con tanta reserva que nadie lo sepa; si no, os espondriais á perderlas. No hay aceitunas en la isla de Ébano, y las que se llevan de aquí se venden ventajosamente. Ya sabeis que tengo buena provision de las que cojo en mi jardin. Teneis que tomar cincuenta vasijas para llenarlas de oro en polvo hasta la mitad, y lo demás con aceitunas, y las harémos llevar al buque cuando os embarqueis.»

Camaralzaman siguió este buen consejo y empleó lo restante del dia en arreglar las cincuenta vasijas; y temiendo que se le perdiera el ensalmo de la princesa Badura que llevaba en el brazo, tuvo la precaucion de ponerlo en una de ellas, haciendo una señal para reconocerla. Cuando hubo acabado, como se acercaba la noche, se retiró con el jardinero, y conversando con él, le refirió la pelea de los dos pájaros y las circunstancias de aquella aventura que le habia proporcionado el recobro del ensalmo de la princesa Badura, de lo cual no quedó menos asombrado que complacido el jardinero por amor suyo.

Sea con motivo de sus años, ó que se hubiese azorado demasiado aquel dia, el jardinero pasó una noche trabajosa; agravósele la indisposicion al dia siguiente, y empeoró á la madrugada del tercer dia. Al amanecer, el capitan del buque y algunos marineros llamaron á la puerta del jardin. Preguntaron á Camaralzaman, que les abrió, en dónde estaba el pasajero que debia embarcarse en su buque. «Soy yo,» respondió el príncipe; «el jardinero que os pidió pasaje para mí se halla enfermo y no puede hablaros; no dejeis de entrar y llevaros las vasijas de aceitunas que están aquí, como tambien mi equipaje, y os seguiré tan pronto como me haya despedido de él.»

Los marineros se llevaron uno y otro, y al marcharse, el capitan dijo á Camaralzaman: «No dejeis de venir pronto; el viento es favorable y no aguardo mas que vuestro embarque para dar la vela.»

Luego que el capitan y los marineros se hubieron marchado, Camaralzaman volvió á la cabecera del jardinero para despedirse de él y darle gracias por todos los buenos servicios que le habia merecido. Pero le halló agonizando, y apenas pudo conseguir de él que hiciera su profesion de fe, segun costumbre de los buenos musulmanes en el acto de la muerte, cuando le vió espirar.

Precisado el príncipe Camaralzaman á irse á embarcar, hizo las mayores dilijencias para tributar al difunto los últimos deberes. Lavó su cuerpo, le amortajó, y despues de haberle abierto una huesa en el jardin (porque los Mahometanos no tenian cementerio público en aquella ciudad de idólatras, porque no eran tolerados), le enterró solo y no acabó hasta el anochecer. Corrió á embarcarse sin pérdida de tiempo, y tambien se llevó consigo la llave del jardin, para dársela al propietario de la casa, dado caso que pudiera hacerlo, ó á alguna persona de confianza en presencia de testigos, para que se la entregara. Pero al llegar al puerto, supo que el buque habia levado el ancla horas antes, y que lo habian perdido de vista. Añadieron que no habia dado la vela sino despues de haberle aguardado mas de tres horas.

Cheherazada iba á proseguir; pero empezaba á rayar el dia, y suspendió su historia hasta la noche siguiente, en que dijo al sultan de las Indias:

NOCHE CCIII.

Señor, fácilmente debeis juzgar cuan sumo seria el desconsuelo del príncipe Camaralzaman, teniendo que permanecer todavía en un pais donde carecia de toda relacion, y aguardar otro año para aprovechar la ocasion que acababa de malograr. Lo que mas le desconsolaba era que se habia desprendido del ensalmo de la princesa Badura y que lo tuvo por perdido. Sin embargo, no le quedó otro arbitrio que el de regresar al jardin de donde habia salido, alquilárselo al propietario, seguir cultivándolo, y llorar su desventura. Como no podia resistir el

afan de cultivarlo solo, tomó un muchacho, y por no perder la otra parte del tesoro que le correspondia por muerte del jardinero, que habia fallecido sin herederos, puso el oro en polvo en otras cincuenta vasijas, que tambien acabó de llenar de aceitunas, para embarcarlas consigo en su tiempo.

Mientras el príncipe Camaralzaman entraba en un nuevo año de fatiga, quebrantos y desasosiego, la nave proseguia su derrota con viento favorable, y llegó prósperamente á la capital de la isla de Ébano.

Como el palacio estaba en la orilla del mar, el nuevo rey, ó mejor dicho, la princesa Badura, que divisó el buque desde el momento en que iba á entrar en el puerto á toda vela, preguntó qué embarcacion era aquella, y le respondieron que aportaba todos los años de la ciudad de los idólatras en la misma estacion y que solia venir cargada de ricas mercancías.

La princesa, siempre preocupada con el recuerdo del príncipe, en medio del boato que la cercaba, se figuró que Camaralzaman podia hallarse embarcado en él, y le ocurrió ganarle por la mano y salirle al encuentro, no para darse á conocer (porque conceptuaba que no la conoceria), sino á fin de enterarse y providenciar lo conducente para su mútuo reconocimiento. Á título de informarse por sí misma de las mercancías, rejistrarlas ante todos y elejir las mas preciosas que le cuadrasen, mandó que le trajesen un caballo. Encaminóse al puerto, acompañada de muchos oficiales que se hallaban en su corte, y llegó en el punto mismo de estar desembarcando el capitan. Mandóle que se presentara y quiso saber de él de dónde venia, cuánto tiempo habia empleado en su travesía, qué encuentros habia tenido en ella, si traia algun estranjero de suposicion, y sobre todo, de qué estaba cargado el buque.

El capitan satisfizo á todas sus preguntas, y en cuanto á los pasajeros, le aseguró que solo traia algunos mercaderes que solian hacer aquel viaje y traficaban en ricas telas de diferentes paises, pedrerías, almizcle, ámbar gris, alcanfor, algalia, especias, drogas medicinales, aceitunas, y otros renglones.

La princesa Badura era muy aficionada á las aceitunas, y tan pronto como oyó hablar de ellas, le dijo al capitan: «Tomo para mí todas cuantas tengais; mandadlas desembarcar inmediatamente y harémos trato. En cuanto á las demás mercancías, avisaréis á los mercaderes que me traigan las mas hermosas antes de manifestarlas á nadie.

— «Señor,» replicó el capitan, que la conceptuaba rey de la isla de Ébano, como en efecto lo era bajo el traje que vestia, «tengo á bordo cincuenta vasijas grandes; pero son de un mercader que se quedó en tierra. Yo mismo le encargué que dilijenciase, y le aguardé bastante rato, mas viendo que no llegaba, y que su tardanza me defraudaba de un viento favorable, se me apuró la paciencia y di la vela. — No dejeis por eso de desembarcarlas,» dijo la princesa; «no obstante podeis venderlas.»

El capitan envió su esquife á bordo, y pronto volvió cargado con las vasijas de aceitunas. Preguntó la princesa cuánto podian valer todas en la isla de Ébano. «Señor,» respondió el capitan, «el mercader es muy pobre; vuestra majestad no le hará gran merced dándole por ellas mil monedas de plata.

— «Para que esté contento,» repuso la princesa, «y en consideracion á lo que me decis de su pobreza, se os entregarán mil monedas de oro, que tendréis cuidado de poner en sus manos.» Dió órden para el pago, y habiendo hecho llevar las vasijas, regresó á palacio.

Como iba anocheciendo, la princesa Badura se retiró al interior del palacio, entró en el aposento de la princesa Hayatalnefusa y mandó que le trajeran las cincuenta vasijas de aceitunas. Abrió una para que las probase y hacer por su parte otro tanto y la vació en una gran fuente. Indecible fué su asombro al ver que las aceitunas estaban cubiertas de oro en polvo: «¡Qué aventura y qué portento!» esclamó. Mandó á las damas de Hayatalnefusa que abrieran y vaciaran las demás vasijas en su presencia, y su admiracion se acrecentó cuando vió que en todas ellas las aceitunas estaban mezcladas con oro en polvo. Pero cuando llegaron á vaciar la vasija en la que Camaralzaman habia ocultado su ensalmo, y lo hubo visto, fué tal su pasmo, que cayó desmayada.

La princesa Hayatalnefusa y sus damas socorrieron á la princesa Badura y la hicieron volver en sí rociándole el rostro. Cuando hubo recobrado el sentido, cojió el hechizo y lo besó repetidas veces. Pero como no queria esplicarse delante de la comitiva de la princesa, que ignoraba su disfraz, y siendo ya hora de acostarse, la despidió. «Princesa,» le dijo á Hayatalnefusa luego que estuvieron solas, «despues de lo que os tengo referido de mi historia, sin duda habréis conocido que me desmayé á la vista de este dije. Es el mio y el que nos separó al príncipe Camaralzaman, mi caro esposo, y á mí. Fué

causa de una separacion muy dolorosa para entrambos, y estoy persuadida de que va á sèrlo de nuestra próxima reunion. »

« acerca del mercader á quien pertenecian las aceitunas que compré ayer. Me parece que me dijisteis que le habiais dejado en tierra en la



Al dia siguiente, luego que amaneció, la princesa Badura envió en busca del capitan del buque, y cuando llegó, « Informadme, » le dijo,

ciudad de los idólatras : ¿ podeis decirme lo que hacia allí ?

— « Señor, » respondió el capitan, « puedo

asegurar á vuestra majestad una particularidad que sé por mí mismo. Habia ajustado su embarque con un jardinero muy viejo, quien me dijo que le hallaria en su jardin, cuya situacion me esplicó, y en el cual trabajaba con él; por eso dije á vuestra majestad que era pobre; yo mismo fuí á buscarle y avisarle al jardin para que acudiese á embarcarse, y he hablado con él.

— « Siendo así, » repuso la princesa Badura, « es menester que deis la vela hoy mismo, regreseis á la ciudad de los idólatras y me traigais á ese jóven jardinero, que es mi deudor; si no, os declaro que confiscaré, no solo las mercancías que os pertenecen y las de los mercaderes que han venido á bordo de vuestro buque, sino tambien que vuestra vida y las de los mercaderes me responderán del cumplimiento de esta órden. Desde ahora van á embargar los almacenes en que se hallan, y no se levantará el embargo hasta que me hayais entregado el hombre que os pido: esto es lo que tenia que deciros; id, y haced lo que os mando. »

El capitan nada pudo replicar á aquella órden, cuya ejecucion debia redundarle en sumo quebranto para sus negocios, como tambien á los mercaderes. Se lo notificó y no se dieron menos priesa que él en embarcar inmediatamente las provisiones de víveres y agua que necesitaban para el viaje. Todo se ejecutó con tanta dilijencia, que dió la vela aquel mismo dia.

El buque logró próspera navegacion, y el capitan tomó tan bien sus medidas, que llegó de noche ante la ciudad de los idólatras. Cuando se hubo acercado tanto como creyó conveniente, no mandó echar el ancla; pero mientras que el buque estaba á la capa, desembarcó en su lancha y saltó en tierra en un paraje poco distante del puerto, y de allí marchó al jardin de Camaralzaman, con seis marineros de su confianza.

El príncipe no dormia á la sazon; aquejábale mas y mas su separacion de la hermosa princesa de la China, su esposa, y detestaba el momento en que se habia dejado arrastrar de la curiosidad, no solo de abrir, sino de tocar su ceñidor. Así pasaba las horas propias del sueño, cuando oyó llamar á la puerta del jardin. Acudió prontamente medio desnudo, y apenas abrió, cuando el capitan y los marineros se echaron sobre él sin decir palabra, le llevaron á viva fuerza á su lancha, y de allí al bajel, que dió la vela luego que estuvieron embarcados.

Camaralzaman, que hasta entónces habia guardado silencio al par que el capitan y los marineros, preguntó al primero, luego que le conoció, qué motivo tenia para tratarle con tanta violencia. « ¿ No sois deudor del rey de la isla de Ébano? » le preguntó en contestacion el capitan. — « ¡ Yo deudor del rey de la isla de Ébano! » repuso el príncipe con estrañeza: no le conozco, nunca tuve negocios con él, ni puse los piés en su reino. — Eso lo debeis saber mejor que yo, » replicó el capitan; « vos mismo le hablaréis; entretanto quedaos aquí y tened paciencia. »

Al llegar á este punto, Cheherazada tuvo que suspender su narracion para dar tiempo al sultan de las Indias de levantarse y desempeñar sus funciones acostumbradas. Á la noche siguiente prosiguió de este modo su narrativa:

NOCHE CCIV.

Señor, el príncipe Camaralzaman fué arrebatado de su jardin del modo que referí ayer á vestra majestad. El buque no tuvo menos suerte en llegar á la isla de Ébano que al irle á cojer en la ciudad de los idólatras. Aunque ya era de noche cuando echó el ancla en el puerto, el capitan no por eso dejó de desembarcar y llevar el príncipe Camaralzaman al palacio, en donde pidió que se le presentara al rey.

La princesa Badura, que se habia retirado ya al palacio interior, apenas supo su llegada y la del príncipe Camaralzaman, salió para hablarle. Al punto echó los ojos sobre el príncipe por quien tantas lágrimas habia derramado desde su

separacion, y le conoció bajo el mezquino traje que vestia. En cuanto al príncipe, que temblaba delante de un rey á quien debia responder de una deuda imajinaria, ni siquiera tuvo la menor aprension de que estuviera presente la que con tanto afan estaba ansiando hallar de nuevo. Si la princesa se dejara llevar de su inclinacion, se abalanzara á él, y se diera á conocer al abrazarle; pero se contuvo y creyó que les interesaba á entrambos que sostuviera aun por algun tiempo el papel de rey, antes de descubrirse. Contentóse con recomendarle á un oficial que se hallaba presente, encargándole que cuidara de su persona y la tratara bien hasta el dia siguiente.

Cuando la princesa Badura hubo atendido á todo lo concerniente al príncipe Camaralzaman, se volvió al capitan para reconocer el importante servicio que acababa de hacerle : encargó á otro oficial que fuera al punto á desembargar sus mercaderías y las de los mercaderes, y le despidió regalándole un rico diamante que le recompensó con ventaja del viaje que acababa de ejecutar. Díjole además que podia guardar las mil monedas de oro pagadas por las vasijas de aceitunas, y que ya se arreglaria con el mercader que acababa de traer.

Finalmente, volvió al aposento de la princesa de la isla de Ébano, á la cual comunicó su regocijo, rogándole no obstante que le guardara todavía el secreto, y confiándole las disposiciones que creia oportuno tomar antes de darse á conocer al príncipe Camaralzaman y tratarle como debia. « Tan grande distancia hay de un jardinero á un gran príncipe tal cual es, que seria espuesto trasponerlo instántaneamente de la ínfima clase del pueblo á lugar tan encumbrado, por mucha justicia que tenga en hacerlo. » La princesa de la isla de Ébano, muy lejos de faltar á la fidelidad, aprobó su intento. Le aseguró que contribuiria á él con suma complacencia, y que no tenia mas que avisarla de lo que de ella deseaba.

Al dia siguiente la princesa de la China, bajo el nombre, traje y autoridad del rey de la isla de Ébano, despues de haber cuidado de que el príncipe Camaralzaman fuera al baño muy de madrugada, y haberle hecho vestir un traje de emir ó gobernador de provincia, le mandó admitir en el consejo, en donde llamó la atencion de todos los señores que estaban allí reunidos, por su gallarda presencia y continente majestuoso.

La princesa Badura misma quedó prendada al mirarle tan aventajado como le habia visto tantas veces, lo cual la enardeció para elojiarle en pleno consejo. Luego que hubo ocupado el lugar que le correspondia entre los emires, « Señores, » dijo la princesa encarándose con ellos, « Camaralzaman, que hoy os doy por compañero no desmerece respecto á vosotros. Harto le he tratado en mis viajes para responder de sus circunstancias, y puedo aseguraros que se dará á conocer á vosotros, no solo por su valor y otras mil prendas, sino por su esclarecido desempeño. »

Camaralzaman se quedó atónito al oir que el rey de la isla de Ébano, al cual estaba muy ajeno de tener por mujer, y aun menos por su idolatrada princesa, le habia nombrado y afirmado que le conocia, estando seguro de que nunca se habia encontrado con él en paraje alguno. Mucho mas se admiró de los elojios escesivos que acababa de oir.

Con todo, estas alabanzas pronunciadas por unos labios llenos de majestad no le perturbaron. Recibiólas con una modestia que manifestó cuanto las merecia, pero que no le envanecian. Postróse ante el trono del rey y dijo al levantarse : « Señor, no hallo espresiones para agradecer á vuestra majestad el sumo realce que tiene á bien darme, y aun menos tanta dignacion. Haré cuanto me quepa á fin de merecerla.

Al salir del consejo, un oficial condujo al príncipe á una casa magnífica que la princesa Badura habia mandado alhajar de intento para él. Allí halló oficiales y sirvientes prontos para recibir sus órdenes, y una cuadra llena de hermosísimos caballos; todo ello para sostener la jerarquía de emir á que acababa de ser ensalzado; y cuando estuvo en su gabinete, su mayordomo le presentó un cofre lleno de oro para su gasto. Cuanto menos podia alcanzar de donde le venia aquella dicha, tanto mas admirado estaba, y nunca le ocurió que la princesa de la China fuese la autora de todo.

Al cabo de dos ó tres dias, la princesa Badura, para dar al príncipe Camaralzaman mas libre entrada junto á su persona, y al mismo tiempo mas realce, le honró con el cargo de tesorero mayor, que acababa de quedar vacante. Desempeñó el príncipe este empleo con tanta integridad, aunque cumpliendo con todos, que se granjeó, no solo la amistad de los señores de la corte, sino tambien el afecto de todo el pueblo por su rectitud y sus larguezas.

Camaralzaman hubiera sido el mas venturoso de todos los hombres, viéndose en tanto valimiento en la corte de un rey estranjero, pues por tal le reputaba, y hallándose tan apreciado de todos, si hubiese poseido á su princesa. En medio de su dicha, estaba siempre inconsolable

por no saber de ella ninguna noticia en un pais por el que al parecer debia haber transitado, desde el tiempo que se habia separado de ella de un modo tan doloroso para entrambos. Hubiera podido recelarse de algo, si la princesa Badura hubiese conservado el nombre de Camaralzaman que habia tomado al vestir su traje; pero se lo habia mudado al subir al trono y tomado el del rey Armanos, para tributar aquel honor á su suegro. De este modo no se la conocia ya sino con el nombre de rey Armanos el jóven, y tan solo algun palaciego se acordaba del nombre de Camaralzaman que usó al llegar á la corte de la isla de Ébano. Camaralzâman no lograba todavía bastante familiaridad con ellos para saberlo; pero al fin podia tenerla.

Como la princesa Badura temia que esto sucediera y estaba deseando que Camaralzaman debiera á ella sola su reconocimiento, determinó poner fin á sus propios tormentos y á los que le estaba viendo padecer. Con efecto, habia advertido que cuantas veces conversaba con él de los negocios que estaban á su cargo, exhalaba á ratos hondos suspiros que solo á ella podian encaminarse. Vivia además ella misma en una violencia de la que estaba resuelta á desprenderse sin mediar ya mas tiempo; y luego la amistad de los señores, el afan y cariño del pueblo, todo contribuia á ceñir sus sienes, sin obstáculo, con la corona de la isla de Ébano.

Apenas la princesa Badura tomó esta determinacion, de acuerdo con la princesa Hayatalnefusa, llamó á solas al príncipe Camaralzaman y le dijo: « Camaralzaman, tengo que hablaros sobre un asunto de larga plática, acerca del cual necesito vuestro dictámen, y como no veo que pueda hacerlo á mis anchuras sino de noche, venios á palacio, y avisad que no os aguarden, pues ya cuidaré que os proporcionen un dormitorio. »

Acude Camaralzaman á palacio puntualísimamente cual se lo habia mandado la princesa Badura, le lleva esta á su vivienda interior, y habiendo despedido al eunuco mayor, encargándole únicamente que tuviera cerrada la puerta, le conduce lejos del aposento de la princesa Hayatalnefusa, á su dormitorio acostumbrado.

Cuando el príncipe y la princesa estuvieron en el aposento, donde no habia mas que una cama, y estuvo cerrada la puerta, la princesa saca de una cajita el ensalmo, y presentándoselo á Camaralzaman, « Hace tiempo, » le dice, « que un astrólogo me regaló este dije; como sois intelijente en todo, « ¿ podréis decirme para qué es bueno? »

Camaralzaman coje el ensalmo y se acerca á la luz para examinarlo. Luego que lo hubo conocido con una admiracion que sirvió de suma complacencia á la princesa Badura, « Señor, » esclamó, « vuestra majestad me pregunta para qué sirve esta alhaja; ¡ ay de mí! solo sirve para matarme de quebranto, si no hallo pronto á la princesa mas halagüeña y encantadora que se haya conocido, á la que perteneció y de cuyo malogro fué causa: ocasionémela por un estraño acaecimiento, cuya narracion moveria á compasion á vuestra majestad, si quisiera tomarse la molestia de escucharla.

— « Otra vez me la referiréis, » repuso la princesa; « pero me complazco en deciros, » añadió, « que ya sé algo de ella: vuelvo al punto; aguardadme algunos instantes. »

Dichas estas palabras, la princesa Badura entró en un gabinete, en donde se despojó del rejio turbante, y habiendose puesto su tocado y traje de mujer, con el ceñidor que llevaba el dia de su separacion, volvió á entrar en el aposento.

El príncipe Camaralzaman conoció al pronto á su querida princesa, corrió hácia ella, y abrazándola entrañablemente, « ¡ Ah, ! » esclamó, « ¡ cuanto agradezco al rey que me haya sobrecojido de un modo tan halagüeño! — No conteis con ver al rey, » repuso la princesa estrechándole luego anegada en lágrimas: « en mí veis al rey: sentémonos, y os esplicaré este enigma. »

Sentáronse, y la princesa refirió al príncipe la determinacion que habia tomado en el prado en que acamparan juntos la última vez, tan pronto como se hizo cargo de cuan en balde le aguardaba; como la habia llevado á cabo hasta su llegada á la isla de Ébano, en donde se habia visto precisada á casarse con la princesa Hayatalnefusa y aceptar la corona que el rey Armanos le habia ofrecido con motivo de su casamiento; de qué modo la princesa, cuyo mérito le ponderó habia escuchado la manifestacion que le hiciera de su sexo; y finalmente la aventura del ensalmo hallado en una de las vasijas de aceitunas y oro en polvo que habia comprado, lo cual habia dado motivo á que mandara en su busca á la ciudad de los idólatras.

Cuando la princesa Badura hubo acabado, quiso que el príncipe le comunicara por qué acaecimiento el dije habia sido causa de su separacion. Complacióla en esto, y luego, que hubo concluido, se le quejó tiernamente de que hubiese tenido la crueldad de hacerle padecer tanto tiempo. Dióle ella las razones que ya diji-

mos, y luego, como ya era muy tarde, se acostaron.

Interrumpióse Cheherazada en este punto, porque asomaba el dia, y á la noche siguiente dijo así:

NOCHE CCV.

Señor, el príncipe Camaralzaman y la princesa Badura se levantaron á la mañana siguiente luego que amaneció; pero la princesa dejó el traje rejio para vestir el de mujer y mandó al eunuco mayor que fuera á rogar al rey Armanos, su suegro, que se tomara la molestia de pasar á su aposento.

Cuando el rey Armanos llegó, fué indecible su estrañeza viendo á una dama que le era desconocida, y al tesorero mayor, al que no correspondia entrar en el palacio interior, como tampoco á ningun señor de la corte. Al sentarse, preguntó en dónde estaba el rey.

« Señor, » dijo la princesa « ayer era el rey, y hoy solo soy la princesa de la China, esposa del verdadero príncipe Caramalzaman, hijo lejítimo del rey Chahzaman. Si vuestra majestad quiere tomarse la molestia de oir nuestra historia, espero que no llevará á mal este inocente engaño. » El rey Armanos le dió audiencia y la estuvo escuchando con pasmo desde el principio hasta el fin.

Cuando hubo concluido, «Señor, » añadió la princesa, « aunque en vuestra relijion las mujeres no se avienen con la libertad que tienen los maridos de tomar muchas esposas, con todo, si vuestra majestad consiente en dar la princesa Hayatalnefusa, su hija, en matrimonio al príncipe Camaralzaman, le cedo gustosa el puesto y dignidad de reina que por derecho le corresponden, y me contento con el segundo lugar. Aun cuando no le fuera debida esta preferencia, no dejaria de concedérsela tras el servicio que le debo por el sijilo que tan jenerosamente me estuvo guardando. Si vuestra majestad se atiene á su consentimiento, ya la he prevenido sobre esto, y respondo que estará muy contenta. »

El rey Armanos escuchó con admiracion el relato de la princesa Badura, y cuando esta hubo acabado, « Hijo mio, » le dijo al príncipe Camaralzaman, volviéndose hácia él, « ya que la princesa Badura vuestra esposa á quien habia tenido hasta ahora por mi yerno, con un engaño de que no me cabe el querellarme, veis como me asegura que está dispuesta á dividir vuestro lecho con mi hija, no me queda mas que saber si consentis en casaros con ella y admitir la corona que la princesa Badura mereciera llevar toda su vida, si no antepusiera dejarla por amor vuestro. — Señor, » respondió el príncipe Camaralzaman, « por vehemente que sea el deseo que tengo de volver á ver al rey mi padre, las obligaciones que debo á vuestra majestad y á la princesa Hayatalnefusa son tan estremadas que nada puedo rehusarle. »

Aquel mismo dia Camaralzaman fué proclamado rey, y se casó con gran pompa, y quedó muy satisfecho de la hermosura, injenio y cariño de la princesa Hayatalnefusa.

Las dos reinas continuaron viviendo juntas con la misma intimidad y estrechez que antes, muy satisfechas de la igualdad que el rey Camaralzaman observaba respecto á ellas, admitiéndolas alternativamente en su lecho.

Cada una dió á luz un hijo el mismo año, y casi en igual fecha, celebrándose con grandes regocijos el nacimiento de ambos príncipes. Camaralzaman dió el nombre de Amjiad al primero que dió á luz la reina Badura, y el de Asad al que habia enjendrado la reina Hayatalnefusa.

HISTORIA DE LOS PRÍNCIPES AMJIAD Y ASAD.

Los dos príncipes fueron criados con incesante esmero, y cuando fueron adultos, no tuvieron sino un mismo ayo, los mismos maestros en las ciencias y nobles artes, que el rey Camaralzaman les mandó enseñar, y el mismo profesor en cada ejercicio. La estrecha amistad que se tenian uno á otro desde la niñez habia dado

motivo para tanta uniforminad, que fué mas y mas en aumento.

Con efecto, cuando estuvieron en edad de tener cada uno su casa separada, estaban tan unidos que rogaron al rey Camaralzaman su padre que les concediera una sola para los dos. Consiguiéronlo, y así tuvieron los mismos oficiales y sirvientes, un mismo aposento y la idéntica mesa. Insensiblemente Camaralzaman tuvo tanta confianza en su capacidad y honradez, que luego que hubieron cumplido veinte años, no tenia reparo en confiarles alternativamente el encargo de presidir el consejo, cuando iba á cazar durante algunos dias.

Como los dos príncipes eran igualmente hermosos y gallardos, ambas reinas se habian encariñado con ellos en tal estremo que la princesa Badura abrigaba mas inclinacion á Asad, hijo de la reina Hayatalnefusa, que no á Amjiad su propio hijo, y que la reina Hayatalnefusa queria mas á Amjiad que no á Asad, que era el suyo.

Las reinas conceptuaron al pronto aquella inclinacion como un cariño que provenia del esceso del que se profesaban siempre una á otra. Pero al paso que los príncipes fueron creciendo, aquella amistad vino á parar en una inclinacion vehemente, y al fin esta en un amor violento, cuando se presentaron ante ellas con primores que acabaron de enajenarlas. Se hacian cargo de su temeraria pasion y echaron el resto para enfrenarla. Pero la familiaridad con que los veian diariamente y la costumbre de aclamarlos desde su tierna niñez, no cabiéndoles ya el desprenderse de sus mutuos halagos y alabanzas, las abrasaron por fin con tanta vehemencia, que perdieron el sueño y el apetito. Por su desgracia y la de los príncipes mismos, estos, acostumbrados á sus demostraciones, no maliciaron en lo mas mínimo aquella pasion tan aborrecible.

Como entrambas reinas se habian franqueado su pasion, y no tenian bastante descaro para declararse cada una de palabra al príncipe que amaba, convinieron en que se esplicarian por escrito, y para efectuar tan pernicioso intento, se aprovecharon de la ausencia del rey Camaralzaman, que habia ido á una cacería durante tres ó cuatro dias.

Cuando se marchó el rey, el príncipe Amjiad presidió el consejo y administró justicia hasta las tres de la tarde. Al salir del consejo de vuelta á palacio, un eunuco le habló á solas y le presentó un billete de parte de la reina Hayatalnefusa. Tomólo Amjiad, y se horrorizó al leerlo. «¡Cómo, malvado!» dijo al eunuco al acabar de leer, y desenvainando el sable, «¿es esa la fidelidad que debes á tu señor y rey?» Y diciendo estas palabras, le cortó la cabeza.

Despues de esta accion, Amjiad enfurecido fué á ver á la reina Badura, su madre, y con un desentono que estaba manifestando su saña, le enseñó el billete y la enteró de su contenido, despues de haberle dicho de que mano venia. En vez de escucharle, la reina Badura se encolerizó. «Hijo mio,» repuso, «lo que estais diciendo es una calumnia é impostura; la reina Hayatalnefusa es honrada, y estraño mucho que os atrevais á hablarme de ella con tanta insolencia.» Á estas palabras, el príncipe se arrebató contra la reina su madre. «Sois todas tan malvadas unas como otras,» esclamó; «si no me detuviera el respeto que debo al rey mi padre, este dia fuera el último de la vida de Hayatalnefusa.»

La reina Badura podia juzgar muy bien, por el ejemplo de su hijo Amjiad, que el príncipe Asad, no menos pundonoroso que él, tampoco acojeria favorablemente la manifestacion que trataba de hacerle. Mas no por eso desistió de su torpe intento, y le escribió tambien un billete al dia siguiente, que confió á una anciana que tenia entrada en palacio.

Esta aprovechó tambien la coyuntura de entregar el billete al príncipe Asad á la salida del consejo, que acababa de presidir por turno. El príncipe lo tomó, y habiéndolo leido, se dejó arrebatar de su ira, y sin decir palabra, desnudó el sable y castigó á la vieja como merecia. Corrió al aposento de la reina Hayatalnefusa, su madre, con el billete en la mano. Quiso enseñárselo; pero ella no le dió siquiera tiempo para hablar. «Ya sé lo que me quieres,» esclamó, «y eres tan mentecato como tu hermano Amjiad. Vete, retírate y nunca vuelvas á presentarte delante de mí.»

Asad quedó cortado á estas palabras, que no esperaba, y que le causaron tal enojo que poco faltó para que prorumpiera en algun estremo fatal; pero se contuvo y se retiró sin replicar, por temor de verter alguna espresion indigna de su grandeza de alma. Como el príncipe Amjiad nada le habia dicho del billete que habia recibido el dia anterior, y segun lo que acababa de decirle la reina su madre, entendia que no era menos criminal que la reina Badura, fué á reconvenirle amistosamente y juntar mutuamente sus respectivos quebrantos.

Las dos reinas, desahuciadas con la virtud inesperada de ambos príncipes, en vez de volver en sí ateniéndose á los impulsos maternales de la naturaleza, acordaron el esterminio de sus queridos. Imbuyeron á sus damas que estos habian tratado de violentarlas; y para mejor

aparentarlo, prorumpieron en lágrimas, alaridos é imprecaciones, acostándose en un mismo lecho, como si su resistencia las hubiera reducido á tan suma postracion.

Pero, señor, dijo Cheherazada, ya asoma el dia y es hora de guardar silencio. Calló, y á la noche siguiente prosiguió la misma historia y dijo al sultan de las Indias :

NOCHE CCVI.

Señor, ayer dejamos á las dos reinas descastadas, todas frenéticas con su determinacion monstruosa de acabar con entrambos príncipes sus hijos. Al dia siguiente, el rey Camaralzaman, al volver de la caza, estrañó sobremanera el hallarlas acostadas juntas y sin consuelo y en un estado que, finjiéndolo con estremada propiedad, le movió á compasion. Preguntóles con afan lo que les habia sucedido.

A esta pregunta, las dos alevosas reinas redoblaron sus gritos y sollozos, y tras encarecidas instancias, la reina Badura tomó al fin la palabra y dijo : «Señor, en medio del justo dolor que nos acosa, no debiéramos ver la luz, tras el ultraje que nos han hecho los príncipes vuestros hijos con un desenfreno sin ejemplar. Por una trama indigna de su nacimiento, han tenido en vuestra ausencia el atrevimiento y la irracionalidad de mancillar nuestro honor. Dispénsenos vuestra majestad de decir mas ; baste nuestro desconsuelo para hacerle comprender lo demás.»

El rey mandó llamar á entrambos príncipes, y les quitara la vida él mismo, si no le detuviera el rey Armanos, su suegro, que se hallaba presente. «Hijo mio,» le dijo, «¿qué vais á hacer? ¿Quereis ensangrentar vuestras manos y vuestro palacio con vuestra misma prole? Otros medios hay de castigarlos, si es cierto que sean delincuentes.» Procuró aplacarle, y le rogó que escudriñara cumplidamente si era cierto que hubiesen cometido el crímen de que se les acusaba.

Camaralzaman pudo contenerse y no ser el verdugo de sus propios hijos; pero despues de haberlos mandado prender, envió de noche por un emir llamado Jiondar, á quien dió órden de que les quitara la vida fuera de la ciudad, en el paraje que juzgase oportuno, y no volviera sin traer sus vestidos en prueba de haber ejecutado la órden que le daba.

Jiondar caminó toda la noche, y á la mañana siguiente, cuando se hubo apeado, intimó llorando á los dos príncipes la órden que tenia. «Príncipes,» les dijo, «esta órden es muy cruel, y para mí es una pesadumbre el que se me haya elejido para ejecutarla. ¡Ojalá pudiera escusarme de hacerlo! — Cumplid vuestro deber,» repusieron los príncipes ; «ya sabemos que no sois la causa de nuestra muerte : os la perdonamos con todo corazon.»

Al decir estas palabras, los dos príncipes se abrazaron y dieron el postrer adios, con tanta ternura, que estuvieron largo rato sin acertar á separarse. El príncipe Asad fué el primero que se aparejó á recibir el golpe mortal. «Empezad por mí,» le dijo á Jiondar, «que no tenga el dolor de ver morir á mi querido hermano Amjiad.» Este se opuso, y Jiondar no pudo presenciar, sin derramar copiosas lágrimas, su contienda que estaba demostrando cuan entrañable y cabal era su intimidad.

Al fin terminaron aquel altercado tan doloroso y pidieron á Jiondar que los atara juntos y los pusiera en lo situacion mas cómoda para darles al mismo tiempo el golpe mortal. «No defraudeis,» añadieron, «del consuelo de morir juntos á dos hermanos desventurados, para quienes todo ha sido comun desde que se hallan en el mundo, hasta su inocencia.»

Jiondar concedió á los dos príncipes lo que apetecian: atólos, y cuando los hubo puesto en el estado que creyó mas ventajoso para no errar el descabezarlos de un sablazo, les preguntó si tenian algo que mandarle antes de morir.

«Una sola cosa os pedimos,» respondieron los dos príncipes, «y es que á vuestra vuelta asegureis al rey nuestro padre que morimos ino-

centes; pero que no le achacamos la efusion de nuestra sangre. Con efecto, sabemos que no está bien informado de la verdad del crímen que se nos imputa.» Prometióles Jiondar que no dejaria de hacerlo, y al mismo tiempo desenvainó el sable. Su caballo, que estaba atado á un árbol junto á él, asombrado con aquel ademan y el resplandor del sable, rompió la brida, se escapó y echó á correr por el campo.

Era un caballo de mucho precio, ricamente enjaezado, que Jiondar hubiera sentido perder, y turbado con este incidente, en vez de cortar la cabeza á los príncipes, tiró el sable y corrió tras el caballo para cojerlo.

El caballo, que era animoso, se encabritó delante de Jiondar y se emboscó hasta la mayor espesura. Siguióle Jiondar, y los relinchos del caballo despertaron á un leon que dormia: este acudió, y en vez de dirijirse al caballo, se encaminó á Jiondar tan pronto como llegó á verlo.

Jiondar ya no pensó en su caballo: vióse en el mayor conflicto para la conservacion de su vida, sorteando el embate del leon, que, sin perderle de vista, le seguia de cerca por entre los árboles. En aquel trance, «Dios no me enviaria este castigo» decia allá interiormente, «si no fueran inocentes los príncipes á quienes el rey me ha mandado quitar la vida; y por



desgracia no tengo mi sable para defenderme.»

En tanto que Jiondar corria tras el caballo, los dos príncipes se sintieron abrasados de una sed ardiente, causada por el temor de la muerte, á pesar de su generosa determinacion de avenirse á la órden cruel del rey su padre. El príncipe Amjiad advirtió á su hermano que no estaban lejos de un manantial, y le propuso que se desataran y fueran á beber. « Hermano, » repuso el príncipe Asad, « no merece la pena el apagar la sed para el poco tiempo que nos queda de vida ; bien podremos aguantar aun algunos momentos. »

Amjiad no hizo caso de aquel reparo, y habiéndose desatado, hizo otro tanto con su hermano, aunque á pesar suyo : fueron al manantial, y luego que hubieron apagado la sed, oyeron el rujidò del leon y grandes alaridos en el bosque donde se habian internado el caballo y Jiondar. Amjiad asió al punto el sable que habia dejado este. « Hermano mio, » le dijo á Asad; « corramos en auxilio del desgraciado Jiondar: quizá llegarémos á tiempo para sacarle del peligro en que se halla. »

Ambos príncipes, sin perder momento, llegaron cuando el leon acababa de tirar al suelo á Jiondar. El leon, viendo que el príncipe Amjiad se adelantaba hácia él con el sable levantado, soltó su presa y se abalanzó á él todo enfurecido ; recibióle el príncipe con intrepidez y le descargó un sablazo con tantísimo brio y maestría, que le dejó tendido.

Luego que Jiondar conoció que debia la vida á los dos príncipes, se arrojó á sus piés y les dió gracias del gran servicio que les debia, en términos que manifestaban su reconocimiento. « Príncipes, » les dijo levantándose y besándoles las manos, arrasados los ojos en lágrimas, « guárdeme Dios de menoscabar vuestra vida, despues del auxilio sin igual que acabais de franquearme. Nunca se le echará en cara al emir Jiondar el haber sido capaz de tamaña ingratitud.

— « El servicio que os hemos prestado, » respondieron los príncipes, « no debe servir de óbice para ejecutar vuestra órden : cojamos antes á vuestro caballo y volvamos al sitio donde nos habiais dejado. » Poco trabajo tuvieron en cojer el caballo, cuya fogosidad habia amainado y estaba cercano ; pero cuando hubieron vuelto junto al manantial, por muchas instancias que hicieron al emir, no pudieron recabar de su entereza que les diera la muerte. « Lo único que os pido, » les dijo, « y que os ruego me concedais, es que os arregleis con lo que puedo daros de mi traje y me deis cada uno vuestro vestido marchándoos tan lejos que el rey vuestro padre no oiga ya nunca hablar de vosotros. »

Los príncipes tuvieron que consentir en lo que quiso, y luego que le hubieron dado cada uno su vestido y se cubrieron con lo que les dió del suyo, el emir Jiondar les entregó todo el dinero que llevaba y se despidió de ellos.

Cuando el emir se hubo separado de los príncipes, entró en el bosque, manchó los vestidos con la sangre del leon, y prosiguió su camino hasta la capital de la isla de Ébano. Á su llegada, el rey Camaralzaman le preguntó si habia cumplido fielmente con la órden que le habia dado. « Señor, » respondió Jiondar, presentándole los vestidos de los príncipes, « aquí están las pruebas. »

— « Decidme, » repuso el rey, « cómo recibieron el castigo que les mandé dar. — Señor, » lo recibieron con entereza asombrosa, y con suma resignacion á los decretos de Dios, manifestando la sinceridad con que profesaban su relijion ; pero particularmente con gran respeto á vuestro majestad y una sumision indecible á su sentencia. « Morimos inocentes, » decian, « pero sin murmurar. Recibimos nuestra muerte de la mano de Dios, y la perdonamos al rey nuestro padre : sabemos que no se le ha dicho la verdad. »

Camaralzaman, conmovido con aquella narzacion del emir Jiondar, rejistró las faltriqueras de los vestidos que habian pertenecido á los príncipes, empezando por el de Amjiad, y halló un billete que abrió y leyó. Apenas hubo conocido que lo habia escrito la reina Hayatalnefusa, no solo por su letra, sino por un rizo de su cabello que estaba dentro, cuandó se estremeció. Luego rejistró temblando las faltriqueras de Asad, y hallando el billete de la reina Badura, le sobrecojió un pasmo tan repentino, que cayó desmayado.

La sultana Cheherazada, advirtiendo que rayaba el dia, dejó de hablar hasta la noche siguiente en que prosiguió de esta manera :

NOCHE CCVII.

Señor, jamás hubo pesar comparable al que sintió Camaralzaman cuando volvió de su desmayo. « ¿ Qué has hecho, padre bárbaro? » esclamó; « ¡ has asesinado á tus hijos que eran inocentes! ¿ Su cordura, modestia, obediencia y sumision á todas tus voluntades y en fin su virtud no estaban desde luego abogando por ellos? Padre ciego, ¿ mereces que la tierra te sostenga tras una bastardía tan abominable? Yo mismo me he despeñado en este abismo, y este es el castigo con que Dios me apena, por no haber perseverado en la aversion á las mujeres con que nací. No sinceraré vuestro delito con vuestra misma sangre, aborrecibles mujeres: no, no sois dignas de mis iras. Pero confúndame el cielo, si os vuelvo á ver jamás. »

El rey Camaralzaman fué puntualísimo en el cumplimiento de su promesa. Aquel mismo dia mandó trasladar á las dos reinas á un aposento separado, en donde permanecieron bajo competente custodia, y en su vida volvió á verlas.

Mientras que el rey Camaralzaman se estaba así acongojando por el malogro de sus hijos, habiéndolo causado él mismo con un arrebato inconsiderado, los dos príncipes andaban errantes por los desiertos, desviándose de los pueblos y evitando el encuentro de las jentes; no vivian sino de yerbas y frutas silvestres, y solo bebian el agua estancada de la lluvia que hallaban en el hueco de los peñascos. Durante la noche, para guardarse de las fieras, dormian y velaban alternativamente.

Al cabo de un mes llegaron á la falda de un monte espantoso, de piedra negra, y al parecer inaccesible. Advirtieron sin embargo un camino trillado; pero lo hallaron tan angosto y trabajoso, que no quisieron aventurarse en él. Con la confianza de hallar otro menos áspero, siguieron dándole vueltas y caminaron durante cinco dias; pero fué en balde todo aquel ahinco, pues al fin tuvieron que volver al camino que habian dejado. Pero halláronlo tan intransitable que estuvieron deliberando mucho rato antes de trepar por él. Al fin se fueron alentando y empezaron á subir.

Cuanto mas se adelantaban los príncipes, tanto mas agrio y empinado les parecia el monte, y varias veces estuvieron próximos á desistir de su intento. Cuando uno estaba cansado y el otro lo advertia, este se paraba y recobraban aliento. Á veces venian á estar ambos tan rendidos, que les faltaban las fuerzas. Entónces no pensaban en seguir su marcha, sino en morir de fatiga y quebranto. Pasado un rato, cuando habian recobrado algun aliento, se estimulaban mutuamente y volvian á proseguir su camino.

Á pesar de su dilijencia, brio y teson, no les fué posible llegar á la cumbre en todo el dia. Sobrecojiólos la noche, y el príncipe Asad se halló tan postrado y exánime, que se paró de repente. « Hermano mio, » le dijo á Amjiad, no puedo mas y voy á rendir el alma. — Descansemos cuanto quieras, « repuso Amjiad, parándose con él, y cobra ánimo. Ya ves que nos queda muy poco por subir y que nos favorece la luna. »

Al cabo de media hora de descanso, Asad hizo un nuevo esfuerzo, y al fin treparon á lo alto del monte, en donde se pararon de nuevo. Amjiad fué el primero que se levantó y vió un árbol á corta distancia. Llegóse á él y halló que era un granado cubierto de gruesas granadas, y á cuyo pié manaba una fuente. Corrió á comunicar esta buena noticia á Asad, y le trajo á la sombra del árbol y cerca de la fuente; comieron cada uno su granada, y luego se quedaron dormidos.

Al dia siguiente cuando se despertaron, « Vamos, hermano, » dijo Amjiad á Asad, « prosigamos nuestro rumbo : ya veo que el monte es menos empinado por esta parte que por la otra y no tenemos mas que bajar. » Pero Asad estaba tan cansado del dia anterior, que le fué preciso descansar hasta tres dias para reponerse enteramente. Pasáronlos conversando, como ya varias veces lo habian hecho, del amor desenfrenado de sus madres, que los habia reducido á tan lamentable situacion. « Pero si Dios se ha declarado por nosotros, » decian, « de un modo tan

patente, debemos sobrellevar nuestros males con sufrimiento y consolarnos con la esperanza de quel al fin los verémos terminados. »

Pasados los tres dias, ambos hermanos se pusieron de nuevo en camino, y como el monte se esplayaba por aquella parte, tardaron cinco dias en llegar á la llanura. Por fin descubrieron con sumo alborozo una ciudad grandiosa. « Hermano, » dijo entónces Amjiad á Asad, « ¿ no eres del mismo parecer que yo, que te quedes en algun paraje fuera de la ciudad, á donde vendré á buscarte, mientras voy á informarme cómo se llama esa ciudad y en qué pais nos hallamos? Á la vuelta traeré comestibles. Bueno es que no entremos juntos, en el caso de que haya algun peligro que temer.

— « Hermano mio, » respondió Asad, apruebo mucho tu dictámen; es acertado y prudente; pero si uno de los dos debe separarse, nunca consentiré que seas tú, y así me permitirás que yo me encargue de la empresa. ¡ Qué pesar seria para mí, si te sobreviniera algun quebranto!

— « Pero hermano, » repuso Amjiad, « lo mismo que tú temes por mí debo yo temerlo por ti, y así te ruego que me dejes marchar y me aguardes con paciencia. — Nunca lo permitiré, » replicó Asad, « y si me sucede algo, tendré el consuelo de saber que estás salvo. » Amjiad hubo de ceder y se detuvo bajo unos árboles en la falda del monte.

EL PRÍNCIPE ASAD DETENIDO AL ENTRAR EN LA CIUDAD DE LOS MAGOS.

El príncipe Asad tomó dinero de la bolsa que llevaba Amjiad, y prosiguió su camino hasta la ciudad. Apenas hubo entrado en la primera calle, cuando se juntó con un venerable anciano bien vestido, y que llevaba un baston en la mano. Como no dudó que era sujeto de suposicion y que no querria engañarle, « Señor, » le dijo, « os ruego que me enseñeis el camino de la plaza pública. »

El anciano miró al príncipe con cierta sonrisa y le dijo: « Hijo mio, sin duda sois estranjero, pues de otro modo no me hariais semejante pregunta. — Sí señor, lo soy, » repuso Asad. — « Bien venido seais, » replico el anciano; « grande honor es para nuestro pais que un jóven de tan gallarda presencia se haya tomado la molestia de venirlo á ver. Pero decidme, ¿ qué negocios teneis en la plaza pública?

— « Señor, » respondió Asad, « hace dos meses que un hermano mio y yo hemos salido de un pais muy lejano. Desde entónces no hemos cesado de caminar, y hoy mismo hemos llegado. Mi hermano, cansado de tan largo viaje, se ha quedado en la falda del monte, y yo vengo en busca de víveres para entrambos.

— « Hijo mio, » repuso otra vez el anciano, « muy al caso habeis venido, y lo celebro por amor vuestro y de ese hermano. Hoy he convidado á comer á muchos amigos y me ha quedado gran cantidad de manjares, á los que nadie ha tocado. Venios conmigo, os agasajaré cuanto me quepa, y cuando hayais acabado, os llevaréis para vos y vuestro hermano con que vivir muchos dias. No os tomeis la molestia de ir á gastar el dinero en la plaza, pues los viajeros jamás lo tienen de sobras. Además, mientras comais os informaré, mejor que nadie, de las circunstancias de nuestra ciudad. Una persona como yo que ha pasado con distincion por los cargos mas honrosos no debe ignorarlas. Tambien debeis alegraros de haberos encontrado conmigo mas bien que con otro alguno, porque habeis de saber que no todos son como yo. Os aseguro que aquí hay jente perversa. Venid pues, quiero que conozcais la diferencia que hay entre un hombre honrado como yo, y muchos que se precian de serlo y no lo son.

— « Os agradezco infinitamente, » repuso el príncipe Asad, « la buena voluntad que me estais manifestando. Me fio enteramente de vos, y estoy pronto á ir donde querais. »

El anciano siguió caminando junto á Asad, riéndose interiormente, y por temor de que Asad lo advirtiera, le hablaba de varios asuntos para ratificarle en el favorable concepto que de él habia formado. « Es preciso confesar, » le decia, « que habeis tenido mucha suerte en veniros á mí mas bien que á otro. Doy gracias á Dios de haberos encontrado: ya sabréis, cuando llegueis á casa, por qué os digo esto. »

El anciano llegó al fin á su casa é hizo entrar á Asad en una gran sala, en la que vió cuarenta ancianos que formaban un círculo al rededor de un fuego encendido que estaban adorando.

Con aquella vista, el príncipe Asad se horrorizó tanto al ver hombres harto insensatos para tributar su culto á la criatura con preferencia al Criador, cuanto temió viéndose engañado y en sitio atan bominable.

Mientras Asad estaba inmóvil de estrañeza, el astuto anciano saludó á los cuarenta circunstantes y les dijo. « Devotos adoradores del fuego, feliz es este dia para nosotros. ¿ En dónde está Gazban? » añadió: « que le llamen. »

Á estas palabras, pronunciadas en alta voz, un negro, que las oyó desde una habitacion baja, se presentó, y apenas vió al desconsolado Asad, cuando comprendió para que le habian llamado. Corrió á él, le tiró al suelo de un golpe y

le ató los brazos con asombrosa dilijencia. Cuando hubo acabado, « Llévale abajo, » le mandó el anciano. « y no dejes de decir á mis hijas Bostana y Cabame que le apaleen cada dia y le den por alimento un pan por la mañana y otro por la noche : con esto podrá vivir hasta la salida del buque para el mar azul y la montaña del fuego; harémos de él un sacrificio grato á nuestra divinidad. »

La sultana Cheherazada no prosiguió aquella noche, porque ya amanecia; pero á la siguiente habló así al sultan de las Indias :

NOCHE CCVIII.

Señor, luego que el anciano hubo dado la órden cruel de que ayer hablé, Gazban asió á Asad maltratándole, le hizo bajar debajo de la sala, y despues de haberle hecho pasar por muchas puertas, hasta una mazmorra á donde se bajaba por una escalerilla, le ató por los piés á una cadena muy gruesa y pesada. Luego que hubo acabado, fué á avisar á las hijas del anciano, pero este ya les estaba hablando. « Hijas mias, » les dijo, « bajad y apalead como sabeis al musulman que acabo de cojer, sin ninguna consideracion : de este modo manifestaréis que sois buenas adoradoras del fuego. »

Bostana y Cabame, criadas en el odio contra todos los musulmanes, recibieron esta orden con júbilo. Bajaron al punto al calabozo, desnudaron á Asad y le apalearon sin ninguna compasion, hasta que le sacaron sangre y que perdió el sentido. Despues de esta bárbara ejecucion, le pusieron al lado un pan y un cántaro de agua y se retiraron.

Asad no volvió en sí hasta largo rato despues, y fué para derramar dos torrentes de lágrimas, lamentándose de su desdicha, aunque con el consuelo de que su hermano Amjiad se habia librado de aquel fracaso.

El príncipe Amjiad aguardó á su hermano Asad hasta la noche en la falda del monte, con sumo desasosiego. Cuando vió que eran las dos, las tres, y aun las cuatro de la tarde, y que no habia vuelto, poco faltó para que se desesperase, y pasó la noche en aquella amarguísima zozobra. Apenas amaneció, encaminóse á la ciudad. Estrañó desde luego el ver tan pocos musulmanes. Detuvo al primero que encontró y le preguntó cómo se llamaba aquella poblacion. Supo que era la ciudad de los magos, así llamada porque los adoradores del fuego eran en mayor número y habia muy pocos musulmanes. Tambien preguntó cuánto habia desde allí á la isla de Ebano, y le respondieron que por mar habia unos cuatro meses de navegacion y por tierra un año de viaje. El sujeto á quien se habia dirijido se desvió tras estas contestaciones, y siguió su camino, como que estaba de priesa.

Amjiad, que solo habia puesto seis semanas en venir de la isla de Ebano con su hermano Asad, no podia comprender cómo habian echo tantísimo camino en tan corto tiempo, á menos que fuera por encanto ó que el rumbo del monte por donde habian venido fuese mas breve y no practicado á causa de su escabrosidad. Caminando por la ciudad, se paró en la tienda de un sastre, que conoció á su traje por musulman, así como ya habia conocido al que habia detenido antes. Sentóse junto á él despues de haberle saludado, y le refirió el conflicto en que se hallaba.

Cuando el príncipe Amjiad hubo acabado, « Si vuestro hermano, » repuso el sastre, « ha caido en poder de algun mago, podeis contar con que no le volveréis á ver jamás. Está perdido sin recurso, y os aconsejo que os consoleis y procureis guardaros de igual desventura. Al efecto, si me quereis creer, os quedaréis conmigo, y os enteraré de todos los ardides propios de estos magos, para que os guardeis de ellos cuando salgais. » Amjiad, inconsolable por haber perdido á su hermano Asad, admitió la oferta y dió gracias al sastre por el agasajo que le dispensaba.

HISTORIA DEL PRÍNCIPE AMJIAD Y DE UNA DAMA DE LA CIUDAD DE LOS MAGOS.

El príncipe Amjiad no salió por la ciudad du-

rante un mes, sino en compañía del sastre; al fin se aventuró á ir solo al baño. Un dia, cuando pasaba por una calle, encontró á una dama que venia hácia él.

La dama, que vió un jóven agraciado y que acababa de salir del baño, alzó el velo y le preguntó con semblante risueño y miradas amorosas á dónde se encaminaba. Amjiad no pudo resistir á los primores que estaba manifestando. « Señora, » respondió, « voy á mi casa ó la vuestra, eso queda á vuestra eleccion.

— « Señor, » respondió la dama con halagüeña sonrisa, « las damas de mi clase no llevan á los hombres á su casa, sino que van á la de ellos. »

Amjiad se vió en sumo ahogo con esta contestacion inesperada. No se atrevia á llevarla á casa de su huésped, que su hubiera escandalizado, perdiendo así la proteccion de que tanto necesitaba en una ciudad donde habia que vivir con tan solícita cautela. Bisoño además en la poblacion, no sabia paraje alguno á donde llevarla, y no podia determinarse á malograr tan venturoso encuentro. En esta incertidumbre, determinó entregarse á la suerte, y sin contestar tomó la delantera, y le siguió la dama.

El príncipe Amjiad la llevó largo rato de calle en calle, de barrio en barrio, de plaza en plaza, y cuando ya ambos estaban cansados de andar, se metió por una calle, en el fondo de la cual se veia una gran puerta cerrada de una casa de esterior vistoso, con dos poyos, uno á cada lado de la entrada. Amjiad se sentó en uno, como para cobrar aliento, y la dama, mas cansada que él, sentóse en el otro.

Cuando la dama se hubo sentado, « Con que esta es vuestra casa, » le dijo á Amjiad. — « Ya lo veis, señora, » respondió el príncipe. — « Por qué no abris pues? » repuso la desconocida; « ¿ á qué aguardais? — Hermosa mia, » replicó Amjiad, « es porque no tengo la llave; se la dejé á mi esclavo y le di un encargo de que no puede estar de vuelta todavía, y como le he mandado que despues de haber cumplido mi encargo, fuese á comprar, tendrémos que aguardarle todavía muy despacio. »

Las dificultades que hallaba el príncipe en satisfacer su pasion, de la cual empezaba á arrepentirse, le habian hecho idear aquella salida, con la esperanza de que la dama lo creeria, y que enojada, le dejaria allí é iria en busca de fortuna por otra parte; pero se equivocó.

« Vaya un esclavo harto necio en hacernos aguardar así, » repuso la dama; « yo misma le castigaré como lo merece, si vos no lo haceis, cuando esté de vuelta. No es decoroso que me esté sola á una puerta con un hombre. » Al decir esto, se levantó y cojió una piedra para romper la cerradura, que, segun costumbre del pais, era de madera y muy endeble.

Amjiad, sobresaltado con tamaño intento, quiso oponérsele. « Señora, » le dijo, « ¿ qué vais á hacer? Tened á bien sosegaros. — ¿ Qué teneis que temer? » repuso la dama; « ¿ no es vuestra la casa? Gran negocio por cierto una cerradura de madera rota : fácil es poner otra. » Rompió la cerradura, y cuando estuvo abierta la puerta, entró en la casa andando delante.

Amjiad se creyó perdido al ver forzada la puerta de la casa : titubeó si debia entrar á ponerse en salvo del peligro que tenia por indudable, é iba á tomar este último partido, cuando la dama se volvió y vió que no entraba. « ¿ Qué teneis? ¿ por qué no entrais en vuestra casa? » le dijo la dama. — « Estaba mirando, señora, » respondió, « si mi esclavo volvia, y temo que nada esté pronto. — Venid, venid; estarémos mejor aquí que no afuera mientras llega. »

El príncipe Amjiad entró, á pesar suyo, en un patio espacioso y bien enlosado. Desde el patio subió por algunas gradas á un gran recibidor, en donde vieron él y la dama una gran sala abierta y muy bien amueblada, y en ella una mesa con manjares esquisitos, y otra cubierta de toda clase de hermosas frutas y un aparador atestado de botellas con vino.

Cuando Amjiad vió estos preparativos, ya no dudó de su muerte. « Estás perdido, pobre Amjiad, » estuvo diciendo para consigo; « no sobrevivirás mucho tiempo á tu querido hermano Asad. » La dama, al contrario, prendada de espectáculo tan halagüeño, « ¿ Cómo, señor, » esclamó, « temiais que nada hubiese pronto? Ya veis con todo que vuestro esclavo ha hecho mas de lo que creiais. Pero si no me engaño, estos preparativos son para otra dama. No importa, que venga la tal dama, y os prometo no tener zelos. El favor que os pido, es que me prometais que la sirva y á vos tambien. »

Amjiad no pudo menos de reirse del chiste de la dama, por muy acongojado que se hallara. « Señora, » repuso, pensando en otra cosa muy diferente que le entristecia, « os aseguro que no hay nada de lo que os imajinais : esto es solamente mi comida diaria. » Como no osaba colocarse á la mesa que no se habia dispuesto para él, quiso sentarse en el sofá; pero la dama se lo estorbó. « ¿ Qué haceis? » le dijo; « debeis tener gana despues del baño : sentémonos á la mesa, comamos y regocijémonos. »

Amjiad se vió precisado á hacer lo que la dama quiso : sentáronse á la mesa y empezaron

á comer. Despues de los primeros bocados, la dama cojió una copa y una botella, se echó de beber y brindó la primera á la salud de Amjiad. Luego volvió á llenar la copa y la presentó á Amjiad, quien le correspondió.

Cuanto mas cavilaba Amjiad acerca de su aventura, tanto mas atónito estaba, al ver que el amo de la casa no comparecia, y aun, que, siendo las habitaciones tan lujosas, no hubiese siquiera un solo criado. « Peregrina fuera en verdad mi ventura, » decia para sí mismo, « si el amo no volviera hasta que yo haya salido de tamaño atascadero. » Mientras estaba embargado con estos pensamientos y otros mas temibles, la dama seguia comiendo y bebiendo de cuando en cuando, y le obligaba á hacer otro tanto. Estaban en los postres, cuando llegó el amo de la casa.

Era este el caballerizo mayor del rey de los magos y se llamaba Bahader. La casa le pertenecia; pero tenia otra, en la que habitaba por lo regular. Esta solo le servia para divertirse en particular con tres ó cuatro amigos predilectos; hacia llevar todo de su casa, y sus criados acababan de salir poco antes que llegasen Amjiad y la dama.

Bahader llegó sin acompañamiento, y disfrazado, como solia, un poco antes de la hora que habia señalado á sus amigos. No quedó poco embargado al ver la puerta de su casa quebrantada. Entró con gran sijilo, y oyendo que hablaban y se divertian en la sala, se arrimó á la pared y sacó un poco la cabeza á la puerta para ver qué clase de jente era. Viendo que eran un jóven y una dama que estaban comiendo á la mesa dispuesta para sus amigos y para sí, y que el quebranto no era tan sumo como se lo habia imajinado, determinó divertirse.

La dama, que estaba vuelta de espalda, no podia ver al caballerizo; pero Amjiad lo notó al pronto cuando estaba con la copa en la mano. Inmutóse con aquella vista, y clavó los ojos en Bahader, quien le hizo seña de que no dijera nada y fuera á hablarle.

Amjiad bebió y se levantó: « ¿Adónde vais? » le preguntó la dama. — « Señora, » le dijo Amjiad, « quedaos, os ruego; pronto estoy de vuelta; tengo que salir para una necesidad. » Halló á Bahader, que le aguardaba en la entrada y le llevó al patio para hablarle sin ser oido de la dama.

Á estas palabras advirtió Cheherazada que ya era hora de que el sultan de las Indias se levantase, y suspendió su historia hasta la noche siguiente, en que prosiguió de este modo:

NOCHE CCIX.

Señor, cuando Bahader y el príncipe Amjiad estuvieron en el patio, el primero preguntó al príncipe por qué aventura se hallaba en su casa con la dama y por qué habian violentado la puerta.

« Señor, » respondió Amjiad, « debo pareceros muy culpado; pero si quereis tener sufrimiento para escucharme, espero que me hallaréis muy inocente. » Prosiguió su narracion, refiriéndole en pocas palabras el lance tal cual era, sin ocultarle nada; y para convencerle de que era incapaz de cometer una accion tan baja como la de forzar una casa, no le disimuló que era príncipe ni tampoco el motivo por que se hallaba en la ciudad de los magos.

Bahader, que era naturalmente amigo de lo estranjeros, se alegró de que se le rodeara ocasion de servir á uno de la clase de Amjiad. Con efecto, no dudó de su sinceridad, en vista de sus modales atentos y de sus espresiones comedidas y cultas. « Príncipe, » le dijo, « me alegro mucho de que se me proporcione coyuntura de serviros en un encuentro tan chistoso como el que acabais de referirme. Muy lejos de turbar la fiesta, me servirá de suma complacencia el contribuir á vuesta satisfaccion. Antes de comunicaros lo que pienso sobre esto, creo deberos decir que soy caballerizo mayor del rey y que me llamo Bahader, tengo una casa en la que habito jeneralmente, y esta solo me sirve para

recrearme algunas veces con mis amigos. Habeis hecho creer á esa dama que teniais un esclavo, aunque no hay tal; quiero ser ese esclavo, y para que eso no os repugne ni os escuseis, os repito que lo quiero absolutamente, y pronto sabréis el motivo. Volved pues á sentaros y seguid divirtiéndoos, y cuando vuelva dentro de un rato y me presente en traje de esclavo, reñidme mucho y aun no temais golpearme; os serviré todo el rato que esteis en la mesa y hasta la noche. Dormiréis en mi casa, como tambien la dama, y mañana la despediréis. Tras esto procuraré haceros servicios de mas entidad. á su primer encuentro. Luego que se marcharon, salió y se vistió un traje de esclavo.

El príncipe Amjiad se juntó con la dama, muy complacido de que la casualidad le hubiese llevado á una casa que pertenecia á un sujeto tan distinguido y que tan cortesmente se portaba con él. Al sentarse otra vez á la mesa, « Señora, » le dijo, « os pido mil perdones de mi descortesía y del mal humor que tengo con la ausencia de mi esclavo; el bribon me lo pagará y le haré ver si debe estar tanto tiempo fuera.

« — Eso no debe desazonaros, » repuso la dama; « peor para él: si comete yerros, ya los



Id pues sin perder tiempo. » Amjiad quiso replicar: pero el caballerizo mayor no se lo permitió, y le precisó á que volviera junto á la dama.

Apenas Amjiad habia vuelto á la sala, cuando llegaron los amigos que el caballerizo mayor habia convidado. Pidióles encarecidamente que le escusasen por aquel dia, dándoles á entender que aprobarian el motivo cuando lo supiesen pagará. No pensemos en él, y sí tan solo en divertirnos. »

Siguieron sentados á la mesa, con tanto mas gozo de Amjiad, cuanto ya no le quedaba rastro de la zozobra por lo que sucederia con la indiscrecion de la dama, la cual no debia forzar la puerta, aun cuando la casa hubiera pertenecido á Amjiad. No estuvo menos jovial que la amiga, y se dijeron mil requiebros, bebien-

do mas que comiendo, hasta la llegada de Bahader, disfrazado de esclavo.

Bahader entró como un esclavo, acongojadísimo al ver que su amo estaba acompañado, y que volvia tan tarde. Se arrojó á sus piés besando la tierra para implorar su clemencia, y cuando se hubo levantado, permaneció en pié con las manos cruzadas y cabizbajo, aguardando que le mandasen algo.

« Pícaro esclavo, » le dijo Amjiad con una mirada y un desentono violento, « ¿dime si hay en el mundo un esclavo peor que tú? ¿A dónde has ido? ¿Qué has estado haciendo para volver á esta hora?

« — Señor, » repuso Bahader, « os pido perdon; vengo de hacer los encargos que me disteis: no creí que volvieseis tan temprano.

« — Eres un bribon, » replicó Amjiad, « y te moleré á palos para que aprendas á no mentir ni faltar á tu obligacion. » Levantóse, cojió un palo y le dió dos ó tres golpes á la lijera, y luego volvió á sentarse á la mesa.

La dama no se contentó con aquel castigo, y levantándose luego, cojió el palo y dió tantos golpes á Bahader, que á este le saltaron las lágrimas á los ojos. Amjiad, escandalizado de la libertad que se tomaba y porque maltrataba á un oficial de tanta suposicion, clamaba que era bastante, sin que le atendiese. « Dejadme en paz, » decia, « quiero satisfacerme y enseñarle á que no esté tanto tiempo fuera. » Y continuaba siempre con tanta furia, que Amjiad hubo de levantarse y quitarle el palo, que no soltó sin mucha resistencia. Como vió que ya no podia golpear á Bahader, se volvió á sentar y le dijo mil baldones.

Bahader se enjugó las lágrimas y quedó en pié para servirles de beber. Cuando vió que no bebian ni comian, levantó la mesa, barrió la sala, puso todo el ajuar en su sitio, y luego que anocheció, fué encendiendo las bujías. Cada vez que entraba ó salia, la dama no dejaba de reñirle, amenazarle é insultarle, con gran descontento de Amjiad, que deseaba quedar bien con él y no se atrevia á decirle nada. Cuando fué hora de acostarse, Bahader les preparó una cama en el sofá, y se retiró á un aposento que estaba en frente y en donde no tardó en dormirse tras tanta fatiga.

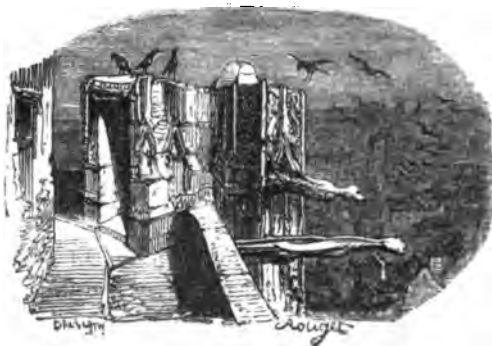
Amjiad y la dama conversaron todavía media hora, y antes de acostarse, la dama hubo de salir. Al pasar por la entrada, oyó que Bahader estaba roncando ya, y como habia visto un sable en la sala, « Señor, » dijo á Amjiad al volver, » os ruego que hagais una cosa por amor mio. — ¿Qué puedo hacer para serviros? » repuso Amjiad. — « Hacedme el favor de tomar ese sable, » replicó la dama, « y cortarle la cabeza á vuestro esclavo. »

Amjiad quedó pasmado con tamaña propuesta, que atribuyó al vino que habia bebido la dama. « Señora, » le dijo, « dejemos á mi esclavo; no merece la pena de que penseis en él; ya le castigué, vos tambien lo habeis hecho, y esto basta; además estoy muy contento con él, y no acostumbra cometer semejantes yerros.

— « No me doy por satisfecha, » repuso la dama furiosa, « quiero que ese bribon muera; y si no es de vuestra mano, será de la mia. » Diciendo estas palabras, coje el sable, lo desenvaina, y echa á correr para ejecutar su malvado intento.

Amjiad la alcanza á la entrada, y le dice: « Señora, es preciso complaceros, ya que así lo deseais: sentiria que cualquiera otro sino yo quitara la vida á mi esclavo. » Cuando la dama le hubo entregado el sable, « Venid, seguidme, » añadió, « no metamos ruido, por temor de que se despierte. » Entraron en el aposento en donde dormia Bahader; pero en vez de descargarle el golpe, Amjiad lo asestó contra la dama y le cortó la cabeza, que cayó encima de Bahader.

Ya empezaba á amanecer, cuando Cheherazada decia estas palabras; advirtiólo y dejó de hablar. A la noche siguiente prosiguió de esta manera.



NOCHE CCX.

Señor, la cabeza de la dama hubiera interrumpido el sueño del caballerizo mayor al caer encima de él, aun cuando no le hubiera despertado el eco del sablazo. Atónito al ver á Amjiad con el sable ensangrentado y el cuerpo de la dama tendido en el suelo sin cabeza, le preguntó qué significaba aquello. Amjiad le refirió lo qne habia ocurrido, y al acabar añadió: «Para estorbar qne esa furia os quitase la vida, no he hallado otro medio que el de quitársela á ella misma.

— «Señor,» repuso Bahader, lleno de reconocimiento, «personas de vuestra sangre y tan jenerosas son incapaces de favorecer tan perversas acciones. Sois mi libertador, y no puedo agradecéroslo como corresponde.» Despues de haberle abrazado para manifestarle mejor cuan agradecido le estaba, dijo: «Hay que sacar este cadáver de aquí antes que amanezca, y es lo que voy á hacer.» Amjiad se opuso y dijo que él mismo le llevaria, ya que habia hecho la muerte. «Un recien llegado á esta ciudad, cual vos sois, no conseguiria nada,» repuso Bahader. «Dejadme obrar á mí, y descuidad. Si no vuelvo antes del amanecer, será señal de que me habrá sobrecojido alguna patrulla, y por si acaso, voy á haceros por escrito donacion de la casa con todos sus muebles; no tendréis mas que vivir en ella.»

Luego que Bahader hubo escrito y entregado la donacion al príncipe Amjiad, metió el cuerpo de la dama y la cabeza en un saco, se lo echó al hombro y caminó de calle en calle siguiendo el camino del mar. Poco le faltaba para llegar, cuando encontró al juez de policía que audaba haciendo su ronda. Los dependientes del juez le detuvieron, abrieron el saco y hallaron dentro el cuerpo y la cabeza de la dama degollada. El juez, que conoció al caballerizo mayor á pesar de su disfraz, se le llevó consigo, y no atreviéndose á darle muerte á causa de su dignidad, sin comunicárselo al rey, se le llevó á la mañana siguiente. Apenas supo el rey por el relato del juez la negra accion que habia cometido, pues así lo creia segun los indicios, cuando prorumpió en baldones contra el matador. «¡Con que así degüellas á mis súbditos para robarlos,» esclamó, «y echas sus cuerpos al mar para ocultar tu maldad! ¡Á la horca con él al punto!»

Por inocente que estuviese Bahader, escuchó esta sentencia de muerte con toda la resignacion posible y no dijo una palabra para sincerarse. Llevósele el juez, y mientras disponian la horca, mandó pregonar por toda la ciudad que á las doce se haria justicia de un asesinato cometido por el caballerizo mayor.

El príncipe Amjiad, que habia aguardado en balde al caballerizo mayor, quedó exánime al oir el pregon desde la casa en que se hallaba. «Si alguno debe morir por haber muerto á tan perversa mujer,» dijo para consigo, «no es el caballerizo mayor, sino yo, y no permitiré que se castigue al inocente en lugar del culpado.» Y sin deliberar mas, salió y se encaminó á la plaza, en donde debia hacerse la ejecucion, ante el pueblo que de todas partes acudia.

Luego que Amjiad vió comparecer al juez que llevaba á Bahader á la horca, fué á presntarse á él. «Señor,» le dijo, «vengo á declararos y aseguraros que el caballerizo mayor á quien vais á matar, es muy inocente de la muerte de la dama. Yo soy el que cometí el crímen; si tal se puede llamar quitar la vida á una mujer aborrecible que iba á matar al caballerizo mayor; he aquí lo que sucedió.»

Cuando el príncipe Amjiad hubo informado al juez como se le habia acercado la dama al salir del baño, de que modo habia sido causa de que entrara en la casa de recreo del caballerizo mayor y de todo cuanto habia ocurrido, y que se habia visto precisado á cortarle la cabeza para salvar la vida al caballerizo mayor, el juez suspendió la ejecucion y le llevó á palacio con el caballerizo.

El rey quiso que Amjiad mismo le refiriese todo, y este, para darle á conocer su inocencia y la del caballerizo mayor, aprovechó la coyuntura para referir su historia y la de su hermano

Asad, desde el principio hasta su llegada y el momento en que hablaba.

Cuando el príncipe hubo acabado, el rey le dijo: « Príncipe, me alegro que esta ocasion me haya proporcionado el gusto de conoceros: os concedo, no solo la vida, sino que tambien lo hago á mi caballerizo mayor, á quien elojio por la buena intencion que ha tenido y á quien repongo en su empleo; á vos os nombro gran visir, para consolaros del injusto proceder, aunque disculpable, que el rey, vuestro padre, ha tenido con vos. Con respecto al príncipe Asad, os permito que empleeis toda la autoridad que os acabo de conferir para saber su paradero. »

Luego que Amjiad hubo dado gracias al rey de la ciudad y del pais de los magos y hubo tomado posesion del cargo de gran visir, se valió de cuantos medios son imajinables para hallar al príncipe, su hermano. Mandó prometer por los pregoneros, en todos los barrios de la ciudad, una crecida gratificacion á los que se le trajeran, ó siquiera le comunicaran alguna noticia de él. Puso jente en campaña; pero por muchas dilijencias que hizo, no pudo recabar la menor noticia.

CONTINUACION DE LA HISTORIA DEL PRÍNCIPE ASAD.

Entretanto Asad continuaba aherrojado en la mazmorra donde le habia empozado el astuto anciano, y Bostana y Cabame, sus hijas, le maltrataban con la misma crueldad. Acercóse la fiesta solemne de los adoradores del fuego, y fletaron un bajel que solia hacer el viaje de la montaña del fuego. Cargáronlo de mercancías, puestas al cuidado de un capitan llamado Behram, muy adicto á la relijion de los magos. Cuando se halló en estado de dar la vela, este mandó embarcar á Asad en una caja; cuajada por mitad de mercancías, con bastantes resquicios en las tablas para que pudiera respirar, y mandó bajar la caja al fondo de la bodega.

Antes que el buque saliera, el gran visir Amjiad, hermano de Asad, á quien habian avisado que los adoradores del fuego solian sacrificar cada año un musulman en la montaña del fuego, y que Asad, que acaso habia caido en sus manos, podia muy bien estar destinado á tan bárbara ceremonia, quiso visitarlo él mismo. Mandó que todos los marineros y pasajeros subiesen sobre cubierta, mientras que los suyos rejistraron todo el buque; pero no hallaron á Asad, pues estaba muy oculto.

Hecho el rejistro, salió el buque del puerto, y cuando estuvo en alta mar, Behram mandó sacar á Asad de la caja y le hizo aherrojar para afianzarle, por miedo de que, no ignorando que iban á sacrificarle, la desesperacion le hiciera arrojarse al mar.

Al cabo de algunos dias de navegacion, se volvió contrario el viento favorable que hasta entónces habia acompañado al buque, y se aumentó de tal modo, que levantó furiosa tormenta. El buque no solo perdió su derrota, sino que Behram y su piloto no sabian dónde se hallaban y temian á cada paso tropezar con algun peñasco y estrellarse contra él. En lo mas estremado de la tempestad, divisaron tierra, y Behram la conoció por el paraje en que se hallaban el puerto y la capital de la reina Marjiana, y sintió en ello suma pesadumbre.

Con efecto. aquella reina era musulmana y mortal enemiga de los adoradores del fuego. No solo no permitia que ninguno tocase en sus estados, sino que ni siquiera toleraba que ninguno de sus buques anclase en él.

Sin embargo ya no podia evitar Behram la entrada en el puerto de la capital de aquella reina, á menos que fuera á encallar y perderse en la costa, que estaba cuajada de peñascos espantosos. En aquel trance, celebró consejo con su piloto y marineros. « Muchachos, » les dijo, « ya veis en qué apuro nos hallamos. Una de dos, ó hemos de perecer en las olas, ó hemos de librarnos de la reina Marjiana; pero ya conoceis su odio implacable contra nuestra relijion y todos cuantos la profesan. No dejará de apoderarse del buque y mandarnos quitar á todos la vida sin misericordia. Solo veo un remedio que acaso nos saldrá bien: soy de parecer que le quitemos la cadena al musulman que llevamos y que le vistamos de esclavo. Cuando la reina Marjiana me mande comparecer y me pregunte cuál es mi tráfico, le responderé que soy mercader de esclavos y que he guardado uno solo para que me sirva de amanuense porque sabe leer y escribir. Querrá verle, y como es agraciado y de su relijion, se compadecerá de él y no dejará de proponerme que se le venda, y con este motivo nos permitirá permanecer en el puerto hasta que el temporal abonance. Si discurris algun arbitrio mejor, decídmelo y os escucharé. » El piloto y los marineros aplaudieron su propuesta, y quedó admitida.

La sultana Cheherazada hubo de pararse á estas palabras, porque ya amanecia, y á la noche siguiente prosiguió así la misma historia:

NOCHE CCXI.

Señor, Behram mandó quitar la cadena al príncipe Asad y le hizo vestir un traje de esclavo, correspondiente al cargo de escribane del buque, bajo cuyo carácter queria presentarle á la reina Marjiana. Apenas estuvo en el estado en que deseaba, cuando el buque entró en el puerto y descolgó el ancla.

Luego que la reina Marjiana, cuyo palacio estaba situado hácia el mar, de modo que el jardin se estendia hasta la playa, hubo visto que el buque habia fondeado, cuando mandó avisar al capitan que fuera á hablarle, y para satisfacer antes su curiosidad, pasó á aguardarle en el mismo jardin.

Behram, que estaba prevenido, desembarcó luegó con el príncipe Asad, despues de haber exijido de él que confirmara que era su esclavo y su escribano, y fué llevado ante la reina Marjiana. Se echó á sus piés, y despues de haberle manifestado la necesidad que le habia precisado á refujiarse en su puerto, le dijo que era traficante de esclavos, y que Asad, que le acompañaba, era el único que le quedaba y que guardaba para que le sirviera de escribano.

Asad habia agradado á la reina Marjiana desde el momento que le habia visto, y esta se alegró al saber que era esclavo. Determinada á comprarle á cualquier precio, le preguntó cómo se llamaba.

« Gran reina, » replicó Asad arrasados los ojos, « ¿ vuestra majestad me pregunta mi nombre ó el que tengo en el dia ? — ¡ Cómo ! » repuso la reina, « ¿ teneis acaso dos nombres? — ¡ Ay de mí ! » replicó Asad, « demasiado cierto es ; en otro tiempo me llamaban Asad (muy venturoso), y ahora me llamo Motar (destinado á ser sacrificado). »

Marjiana, que no podia penetrar el verdadero sentido de aquella respuesta, la aplicó al estado de su esclavitud y conoció al mismo tiempo que tenia mucho talento. « Ya que sois escritor, » le dijo, « no dudo que seais pendolista, dejadme ver vuestra letra. »

Asad, provisto de un tintero que llevaba en la cintura y de papel, pues Behram no habia olvidado estas circunstancias para persuadir á la reina lo que deseaba que creyera, se apartó un poco y escribió estas sentencias relativas á su desdicha.

« El ciego se desvia de la huesa en la que el intelijente se deja caer. El ignorante se encumbra á los honores con palabras que nada significan : el sabio permanece en el polvo con su elocuencia. El musulman se halla en el mayor desamparo con todas sus riquezas, el infiel triunfa en medio de sus bienes. No se puede esperar que cambien los lances, pues es decreto del Todopoderoso que así permanezca. »

Asad presentó el papel á la reina Marjiana, quien no admiró menos la moralidad de las sentencias que la hermosura de la letra, y esto fué bastante para acabar de inflamar su corazon y moverlo á compasion para con él. Apenas hubo acabado de leerlo, cuando encarándose con Behram, le dijo : « Elije, ó venderme este esclavo ó regalármele ; quizá te tendrá mas cuenta el conformarte con lo segunde. »

Replicó Behram, con harta insolencia, que no tenia eleccion que hacer, que necesitaba el esclavo y queria retenerle.

La reina Marjiana, ofendida de aquella osadía, no quiso hablar mas á Behram ; cojió al príncipe Asad del brazo, le hizo pasar por delante de ella, y llevándole á su palacio, mandó decir á Behram que le confiscaria todas sus mercancías y prenderia fuego al buque en medio del puerto, si pasaba en él la noche. Behram se vió precisado á volverse al buque, muy apesadumbrado, y mandar disponerlo todo para dar la vela, aunque la tormenta no estaba enteramente aplacada.

La reina Marjiana, despues de haber mandado, al entrar en palacio, que le sirvieran prontamente la cena, llevó á Asad á su aposento y le mandó que se sentara á su lado. Asad quiso escusarse diciendo que no correspondia á un esclavo honor tan relevante.

« ¡ Á un esclavo ! » repuso la reina, « hace un

momento que lo erais; pero ya no lo sois. Sentaos junto á mí, os repito, y referidme vuestra historia, porque lo que habeis escrito por via de muestra y el desacato de ese traficante de esclavos me dan á entender que debe ser estraordinaria.»

El príncipe Asad obedeció, y cuando estuvo sentado, dijo: « Poderosa reina, vuestra majestad no se engaña; mi historia es verdaderamente peregrina y mucho mas de lo que puede imajinarse. Los pesares y tormentos increibles que yo estuve padeciendo y el jénero de muerte á que estaba destinado, de que me he librado por su rejia jenerosidad, le darán á conocer la grandeza de su beneficio, que nunca olvidaré. Pero antes de entrar en este pormenor que horroriza, permítame vuestra majestad que empiece la narracion de mis desventuras de mas atrás.»

Tras esta introduccion, que avivó la curiosidad de Marjiana, Asad empezó enterándola de su nacimiento rejio y del de su hermano Amjiad, de su mutua intimidad, y de la odiosa pasion de sus madres, convertida en odio cruel, causa de su estraña suerte. Luego pasó á la ira del rey su padre, al modo casi milagroso con que habian salvado sus vidas, y finalmente la pérdida que habia hecho de su hermano, y el largo y doloroso encierro del que le habian sacado para sacrificarle en la montaña del fuego.

Cuando Asad hubo terminado su narracion, la reina Marjiana, airada mas que nunca contra los adoradores del fuego, le dijo: « Príncipe, á pesar de la aversion que siempre tuve á los adoradores del fuego, no he dejado de proceder con ellos humanamente; pero despues del bárbaro tratamiento que os han dado y su abominable intento de ofreceros en holocausto á su fuego, les declaro desde ahora una guerra á muerte.» Queria esplayarse mas sobre este punto, pero sirvieron la cena y se sentó á la mesa con el príncipe Asad, embelesada en verle y oirle, y enajenada tras él con una pasion, que esperaba manifestar muy pronto en ocasion oportuna. « Príncipe, » le dijo, « es preciso que os desquiteis de tantos ayunos y ruines comidas que os dieron los desapiadados adoradores del fuego. Necesitais alimento tras tanto padecer; y diciéndole estas finezas y otras semejantes, le servia repetidos platos y copas incesantes. La comida duró largo rato, y el príncipe Asad bebió algo mas de lo que debia.

Cuando se levantó la mesa, Asad necesitó salir y aprovechó el momento para que la reina no lo advirtiera. Bajó al patio, y viendo que la puerta del jardin estaba abierta, se entró en él, y tras los primores que lo realzaban, se estuvo paseando por él muy despacio. Llegóse al fin á un surtidor que constituia el principal adorno, se lavó rostro y manos para refrescarse, y queriendo descansar sobre el césped que lo rodeaba, se quedó dormido.

Acercábase entónces la noche, y Behram, que no queria dar motivo á que la reina Marjiana ejecutara su amenaza, habia levado ya el ancla, en estremo apesadumbrado con el malogro de Asad, al ver así frustradas sus esperanzas de sacrificarle; procuraba no obstante consolarse, ya que la tempestad habia cesado y que con viento favorable se iba alejando. Luego que hubo salido del puerto con el remolque de su lancha, antes de subirla á bordo, « Muchachos, » les dijo á los marineros que estaban dentro, « aguardad, no subais, voy á mandaros dar los barriles para la aguada y os aguardaré por este sitio.» Los marineros, que no sabian en donde podrian hacerla, quisieron escusarse; pero como Behram habia hablado á la reina en el jardin y habia observado el surtidor, « Id á desembarcar delante del jardin del palacio,» repuso, « saltad la cerca que es muy baja, y hallaréis bastante agua en la concha que está en el centro del jardin.»

Los marineros fueron á desembarcar en donde Behram les habia dicho, y despues de haberse echado cada uno al hombro un barril en desembarcando, fácilmente traspusieron la cerca. Al llegar al surtidor, advirtieron un hombre acostado que estaba durmiendo, se acercaron á él y le conocieron por Asad. Se dividieron en dos cuadrillas, y mientras que unos llenaban los barriles de agua, sin meter ruido, otros rodearon á Asad y le estuvieron acechando para prenderle en el caso de que se despertase. Dióles el tiempo necesario, y luego que tuvieron llenos los barriles y cargados en hombros de los que debian llevarlos, los demás se apoderaron de él, sin darle tiempo á que lo advirtiese, y pasándole por encima de la cerca, le embarcaron y trasladaron al buque á fuerza de remos. Cuando llegaron á bordo, « Capitan, » esclamaron con grandes carcajadas, « mandad que toquen los pífanos y tambores, pues os traemos vuestro esclavo.»

Behram, que no alcanzaba cómo los marineros habian podido encontrar y cojer á Asad, y que tampoco acertaba á divisar á este en la lancha, á causa de la oscuridad, aguardó con impaciencia que hubiesen subido á bordo para preguntarles qué era lo que querian decir; pero cuando le vió delante de sus ojos, no pudo contener su alborozo, y sin informarse de qué medio se habian valido para hacer tan hermosa presa, mandó que le volvieran á poner la



cadena, y despues de haber recojido la barquilla dentro del buque, tendió todas las velas y se dirijió hácia la montaña del fuego.

La sultana Cheherazada no pasó adelante por aquella noche, y en la siguiente dijo al sultan de las Indias :

NOCHE CCXII.

Señor, ayer terminé espresando á vuestra majestad que Behram se habia dirijido hácia la montaña del fuego, sumamente contento de que sus marineros le hubiesen vuelto el príncipe Asad.

Entretanto la reina Marjiana estaba con la mayor zozobra : al pronto no se sobresaltó cuando advirtió que el príncipe Asad habia salido, y no dudando que volveria luego, le aguardó sosegadamente. Al cabo de algun rato, viendo que no parecia, empezó á desazonarse.

Mandó á sus mujeres que fueran á ver en dónde estaba; estas le buscaron y ninguna noticia le trajeron. Llegó la noche, y le mandó buscar con luminarias; pero tambien fué en balde.

Entónces la reina Marjiana, en alas de su impaciencia y sobresalto, fué á buscarle ella misma á la luz de algunos hachones, y como advirtió que la puerta del jardin estaba abierta, entró en él y lo recorrió con sus mujeres. Al pasar junto al surtidor, observó una babucha sobre el césped, que mandó recojer, y así ella como sus mujeres la reconocieron por una de las que llevaba el príncipe. Esto, y el agua vertida cerca de la concha, le hicieron creer que Behram podia muy bien haberle preso. Al punto mandó á saber si estaba aun en el puerto, y sabiendo que habia dado la vela un poco antes del anochecer, que se habia detenido algun tiempo en aquellas aguas y que su lancha habia hecho aguada en el jardin, avisó al comandante de diez buques de guerra que tenia en el puerto, siempre tripulados y prontos á salir á la menor señal, que queria embarcarse en persona al dia siguiente á la una.

El comandante tomó sus providencias, reunió los capitanes, oficiales, marineros y soldados, y todo estuvo embarcado á la hora que ella habia dispuesto. Embarcóse, y cuando la escuadra estuvo fuera del puerto y á la vela, manifestó al comandante su intencion. « Quiero, » le dijo, « que hagais fuerza de vela y deis caza al buque mercante que salió del puerto ayer tarde. Os lo doy, si lo apresais; pero de lo contrario, me respondereis con la vida. »

Los diez buques dieron caza á la embarcacion de Behram y nada vieron. Descubriéronle al amanecer del tercer dia, y á las doce le rodearon de modo que no podia escaparse.

Luego que el cruel Behram divisó los diez buques, se presumió que era la escuadra de la reina Marjiana que le perseguia, y en aquel momento estaba apaleando á Asad, porque desde su embarque en el puerto de la ciudad de los magos, no habia dejado un solo dia de tratarle del mismo modo, y con este motivo le maltrató mas que de costumbre. Vióse en gran aprieto hallándose rodeado. Si guardaba á Asad, se declaraba reo, y si le quitaba la vida, temia que quedase alguna señal. Mandó que le quitasen la cadena, y cuando le hubieron sacado sobre cubierta y se le hubieron presentado, « Tú eres la causa, » dijo, « de que nos persigan ; » y á estas palabras le arrojó al mar.

El príncipe Asad, que sabia nadar, se valió de piés y manos con tanto ahinco, ayudado de las olas, que logró llegar á tierra. Cuando estuvo en la playa lo primero que hizo fué dar gracias á Dios de haberle librado de tan gran peligro y sacado por segunda vez del poder de los adoradores del fuego. Desnudóse despues, y habiendo esprimido el agua de sus vestidos, los tendió sobre un peñasco, en donde pronto se enjugaron, ya por el ardor del sol como por el calor de la peña.

Entretanto descansó lamentando su desgracia, sin saber en qué pais se hallaba, ni hácia dónde se dirijiria. Al fin recojió sus vestidos y anduvo sin alejarse de la costa, hasta que halló un camino que luego fué siguiendo. Anduvo mas de diez dias por un pais en que nadie habitaba y en el que hallaba tan solo frutas silvestres y algunas plantas en las márjenes de los arroyos, que le servian de alimento. Al cabo llegó junto á una ciudad que conoció por la de los magos, en la que le habian maltratado tanto y era gran visir su hermano Amjiad. Sintió sumo gozo, pero determinó no acercarse á ningun adorador del fuego, y solo á algun musulman, porque se acordaba de haber observado algunos la primera vez que habia entrado. Como era tarde, y ya sabia que las tiendas estaban cerradas y que hallaria poca jente en las calles, tomó el partido de detenerse en el cementerio, que estaba inmediato á la ciudad y en el cuad habia muchos sepulcros en forma de mausoleos, y en uno de ellos se metió, determinado á pasar allí la noche.

Volvamos ahora á la embarcacion de Behram: no tardó en verse acometida por todos lados por los buques de la reina Marjiana, luego que hubo arrojado al príncipe Asad á la mar. Abordó el buque en que estaba la reina, y al acercarse, como no se hallaba en estado de hacer resistencia, Breham mandó recojer las velas en señal de rendicion.

La reina Marjiana pasó en persona al buque, y preguntó á Behram en donde estaba el jóven que habia tenido el atrevimiento de llevarse de su palacio. « Reina, » respondió Behram, « juro á vuestra majestad que no está en mi buque; puede mandarle buscar, y así conocerá mi inocencia. »

Marjiana mandó reconocer el buque con toda la escrupulosidad posible; pero no hallaron al que tan apasionadamente deseaba descubrir, ya porque le amaba, como por la jenerosidad que le era natural. Estuvo á punto de quitarle á Behram la vida por su propia mano; pero se reprimió, contentándose con embargarle buque y cargamento, enviándole por tierra con todos sus marineros y dejándole tan solo la lancha para desembarcar.

Behram, acompañado de sus marineros, llegó á la ciudad de los magos la misma noche que Asad se habia detenido en el cementerio y retirado en el sepulcro. Como la puerta estaba cerrada, tuvo tambien que buscar en el cementerio algun sepulcro para aguardar en él que fuera de dia y que la abrieran.

Desgraciadamente para Asad, Behram pasó cerca de aquel en que se hallaba. Entró y vió un hombre que dormia envuelta la cabeza en su vestido. Asad se dispertó con el ruido, y levantando la cabeza, preguntó quién iba.

Behram le conoció al pronto: « ¡ Ah sois vos, » le dijo, « el causador de mi ruina ! No se os ha sacrificado este año; pero no os escaparéis así el venidero. » Al decir estas palabras, se echó sobre él, le metió el pañuelo en la boca para imposibilitarle el gritar, y le mandó atar por sus marineros.

Á la madrugada, luego que abrieron la puerta de la ciudad, fácil le fué á Behram llevar á Asad á casa del anciano que tantísimo le habia atropellado, por calles estraviadas en las que nadie se habia levantado. Luego que hubo entrado, le mandó bajar al mismo calabozo de donde le habian sacado, é informó al anciano del triste motivo de su vuelta y del éxito desgraciado de su viaje. El perverso anciano no se olvidó de mandar á sus hijas que malparasen mas que antes, si era posible, al desventurado príncipe.

Asad se quedó atónito al presenciar el idéntico sitio en que ya habia padecido tan sumo martirio; y con la zozobra de los mismos tormentos de los que habia conceptuado librarse para siempre, lloraba el rigor de su suerte, cuando vió entrar á Bostana con un palo, un pan y un cántaro de agua. Estremecióse á la vista de aquella mujer cruel y con solo el recuerdo de los suplicios diarios que aun tenia que estar aguantando un año para morir despues de un modo horroroso.

Cuando la sultana Cheherazada pronunciaba estas últimas palabras, ya asomaba el dia, y así dejó de hablar, guardando para la noche siguiente la continuacion de su historia.

NOCHE CCXIII.

Señor, Bostana trató al desgraciado príncipe Asad tan cruelmente como lo habia hecho durante su primer encierro. Los lamentos, quejas y entrañables súplicas de Asad, que le pedia que no le maltratase, unidas á sus lágrimas, fueron tan persuasivas, que Bostana no pudo menos de enternecerse y derramar lágrimas con él. « Señor, » le dijo, cubriéndole las espaldas, « os pido mil perdones de la crueldad con que hasta aquí os he tratado y cuyos efectos acabais de sentir tan amargamente. Hasta ahora no he podido desobedecer á un padre injustamente enconado con vos y desalado por acabaros; pero al fin aborrezco esta barbarie. Consolaos, vuestros males se han acabado y voy á procurar la enmienda de todos mis delitos, cuya bastardía estoy por fin conociendo, por medio de mejores procederes. Hasta ahora me habeis tenido por una infiel; ahora miradme como una musulmana. Ya tengo alguna instruccion que me ha dado de vuestra relijion una esclava que me sirve. Espero que querréis acabar lo que ella empezó. Para daros una prueba de mi sana intencion, pido perdon de todas mis ofensas al Dios verdadero por los viles tratamientos que os he dado, y tengo confianza en que me proporcione algun medio para poneros en plena libertad. »

Estas palabras fueron un bálsamo consolador para el príncipe Asad. Dió gracias á Dios porque habia movido el corazon de Bostana, y despues de haberle agradecido los impulsos benéficos que le estaba mostrando; echó el resto para corroborarlos, no solo acabando de instruirla en la relijion musulmana, sino refiriéndole además su historia y todas sus desgracias en medio de su alto nacimiento. Cuando estuvo enteramente seguro de su teson, le preguntó cómo haria para estorbar que su hermana Cabame lo supiera y bajase á maltratarle por su parte. « No os apesadumbreis por eso, » repuso Bostana; « ya sabré hacer de modo que no vuelva á veros. »

Con efecto, Bostana logró siempre evitar el que Cabame bajara al calabozo. Acudia con frecuencia á ver al príncipe Asad, y en vez de llevarle pan y agua, le surtia de vino y finos manjares, que mandaba aderezar á dos esclavas musulmanas que la servian. Comia tambien de cuando en cuando con él y hacia cuanto estaba de su parte para consolarle.

Algunos dias despues, hallándose Bostana á la puerta de la casa, oyó un pregonero que publicaba alguna novedad. Como no entendia lo que era, porque el voceador estaba demasiado distante y se acercaba para pasar delante de la casa, se metió dentro, y teniendo la puerta entre abierta, vió que caminaba delante del gran visir Amjiad, hermano del príncipe Asad, acompañado de muchos oficiales y gran número de servidores que iban delante y detrás de él.

El pregonero se hallaba á algunos pasos de la puerta, cuando repitió este pregon en alta voz: « El escelente é ilustre gran visir, aquí presente, busca á su querido hermano que se separó de él un año atrás. Las señales son estas. Si alguien le tiene guardado en su casa ó sabe su paradero, su escelencia manda que se le presente ó le dé noticia, prometiendo recompensarle cumplidamente. Si alguien le oculta y llega á descubrirse, su escelencia declara que le castigará de muerte, con su mujer, hijos y demás familia, y mandará arrasar su casa. »

Apenas Bostana oyó estas palabras, cuando cerró prontamente la puerta y corrió al calabozo de Asad. « Príncipe, » le dijo muy gozosa, « ha llegado el término de vuestras desventuras : seguidme al punto. » Asad, que estaba sin cadena desde el primer dia que le habian vuelto al calabozo, la siguió hasta la calle, en donde Bostana se puso á vocear : « ¡ Aquí está, aquí está ! »

El gran visir, que no estaba muy distante, se volvió. Asad conoció á su hermano, y corriendo á él, le abrazó. Amjiad, que tambien le conoció al punto, le estrechó entre sus brazos, le hizo montar el caballo de uno de sus oficiales que se apeó, y le llevó al palacio en triunfo, en donde le presentó al rey, que le nombró su visir.

Bostana, que no habia querido volver á casa de su padre, que fué arrasada aquel mismo dia, y que no habia perdido de vista al príncipe Asad, fué enviada al aposento de la reina. El anciano su padre y Behram, presentados al rey con sus familias, fueron condenados á muerte. Se echaron á sus pies é imploraron su clemencia. « No hay perdon para vosotros, » repuso el rey, « á menos que renuncieis á la adoracion del fuego y abraceis la relijion musulmana. » Salvaron sus vidas tomando este último partido, como tambien Cabame, hermana de Bostana, y sus familias.

En consideracion á que Behram se habia hecho musulman, Amjiad, que quiso recompensarle de la pérdida que habia padecido antes de merecer su perdon, le admitió en el número de sus principales oficiales y le hospedó en su casa. Behram, enterado en pocos dias de la historia de Amjiad, su bienhechor, y de su hermano Asad, les propuso que mandaran habilitar un buque y que los restituiría al rey Camaralzaman, su padre. « Segun es de presumir, » les dijo, « habrá conocido vuestra inocencia y deseará con impaciencia volveros á ver. Dado caso que así no fuese, fácil será dársela á conocer antes de desembarcarse ; y si aun conserva su injusta aprension, no tendréis mas que la molestia de volveros por acá. »

Los dos hermanos admitieron el ofrecimiento de Behram; hablaron de su intento al rey, quien lo aprobó y mandó alistar un buque. Behram se afanó en su habilitacion con toda eficacia, y cuando estuvo pronto á dar la vela, los príncipes fueron á despedirse una mañana del rey, antes de embarcarse. Mientras que cumplimentaban al monarca y le daban gracias por su dignacion, se oyó un gran estruendo en toda la ciudad, y al mismo tiempo llegó un oficial anunciando que se aproximaba un ejército numeroso y que nadie sabia quien le capitaneaba.

Sobresaltóse el rey con tan infausta nueva y entónces Amjiad, tomando la palabra, le dijo: « Señor, aunque acabo de poner en manos de vuestra majestad la dignidad de primer ministro con que me habia honrado, con todo estoy pronto á servirle aun, y le ruego que me permita ir á ver cuál es ese enemigo que viene á atacarnos en vuestra capital, sin haberos declarado antes la guerra. « Rogóselo el rey, y al punto marchó con una corta comitiva.

El príncipe Amjiad no tardó en descubrir el ejército, que le pareció muy crecido, y se iba adelantando. Las avanzadas que tenian allá sus órdenes le recibieron amistosamente y le llevaron ante una princesa, que se paró con todo su ejército para hablarle. El príncipe Amjiad le hizo un rendido acatamiento, y le preguntó si venia como amiga ó enemiga, y en este último caso, qué motivo de queja tenia contra el rey, su señor.

« Vengo como amiga, » respondió la princesa, « y ningun motivo tengo de descontento contra el rey de los magos. Sus estados y los mios están situados de tal modo, que es muy remoto el que nos sobrevenga alguna desavenencia. Vengo

tan solo en demanda de un esclavo llamado Asad, que me ha robado un capitan de esta ciudad, llamado Behram, el mas insolente de todos los hombres, y espero que vuestro rey me hará justicia cuando sepa que soy Marjiana.

«Poderosa reina, » repuso el príncipe Amjiad, « delante teneis al hermano de ese esclavo que con tanto afan estais buscando. Le habia perdido y le he vuelto á hallar. Venid, yo mismo os le entregaré y tendré la honra de informaros de todo lo demás : el rey mi amo logrará la mayor complacencia en veros. »

Mientras el ejército de la reina Marjiana se fué acampando por disposicion suya en aquel mismo sitio, el príncipe Amjiad la acompañó hasta la ciudad y hasta palacio, en donde la presentó al rey : y despues que este la hubo recibido como merecia, el príncipe Asad, que se hallaba presente y la habia conocido desde el momento en que habia entrado, pasó á cumplimentarla. La reina le estaba manifestando el gozo que le cabia en volverle á ver, cuando vinieron á decir al rey que un ejército mas crecido que el primero se adelantaba por otra parte de la ciudad.

El rey de los magos, mas sobresaltado que antes de la llegada de un segundo ejército mas temible que el primero, segun él mismo juzgaba por las nubes de polvo que iba levantando en su marcha, y que ya ocultaban el cielo; « Amjiad, » esclamó « ¿ qué es esto? He aquí un nuevo ejército que va á anonadarnos. »

Comprendió Amjiad la intencion del rey, montó á caballo y corrió á galope al encuentro de la nueva hueste. Mostró á los primeros que encontró que deseaba hablar al que la mandaba, y le llevaron delante de un rey, al que conoció por la corona que llevaba en la cabeza. Tan pronto como le descubrió, se apeó, y cuando estuvo cerca de él y se hubo echado á sus plantas con el rostro pegado al suelo, le preguntó qué deseaba del rey su señor.

Me llamo Gayur, « repuso el rey, » y soy soberano de la China. He salido de mis estados atormentado del deseo de saber noticias de una hija llamada Badura, á quien casé años hace con el príncipe Camaralzaman, hijo de Chahzaman, rey de las islas de los Hijos de Khaledan. Permití á este príncipe que fuera á ver al rey su padre, á condicion que volviera á verme al cabo de un año con mi hija; sin embargo, desde entónces nada he sabido de ellos. Vuestro monarca haria suma fineza á un padre inconsolable, comunicándole lo que pueda saber de ellos. »

El príncipe Amjiad, que á estas palabras advirtió que hablaba con el rey, su abuelo, le besó la mano con ternura, respondiéndole : « Señor, vuestra majestad me perdonará esta libertad, cuando sepa que me la tomo, para tributarle mis respetos como á mi abuelo. Soy hijo de Camaralzaman, actual soberano de la isla de Ébano, y de la reina Badura, tras la cual os estais afanando, y no dudo que entrambos disfrutan cabal salud en su reino. »

El rey de la China, ufano de ver á su nieto, le abrazó al punto entrañablemente, y este encuentro inesperado los bañó á uno y á otro en lágrimas de alegría. Preguntado el príncipe Amjiad por el motivo que le habia traido á aquel pais estranjero, le refirió toda su historia y la del príncipe Asad, su hermano, y cuando hubo acabado, « Hijo mio, » dijo el rey de la China, « no es justo que unos príncipes inocentes como sois esteis padeciendo por mas tiempo. Consolaos, yo os volveré á vuestro padre y lo arreglaré todo. Volveos y comunicad mi llegada á vuestro hermano. »

Mientras que el rey de la China se acampaba en el paraje en que el príncipe Amjiad le habia encontrado, este volvió á traer la contestacion al rey de los magos, que le aguardaba con suma impaciencia. El rey estrañó sobremanera el saber que un monarca tan poderoso como el de la China hubiese emprendido un viaje tan dilatado y trabajoso, movido del deseo de ver á su hija, y que estuviera tan cerca de su capital. Inmediatamente dió órdenes para que se le obsequiase, y se dispuso á salirle al encuentro.

Entretanto asomó otra nube de polvo por distinta parte de la ciudad, y pronto se supo que era un tercer ejército que llegaba, lo cual obligó al rey á quedarse y á rogar al príncipe Amjiad que fuera á ver lo que venia á pedir.

Marchó Amjiad, y esta vez le acompañó el príncipe Asad. Se encontraron con que era el ejército de Camaralzaman, su padre, que venia á buscarlos. Habia manifestado tantísimo quebranto por haberlos perdido, que el emir Jiondar le habia venido á declarar de qué modo les habia conservado la vida : lo cual le habia hecho tomar la determinacion de buscarlos por donde quiera que se hallasen.

Aquel desconsoladísimo padre abrazó á los dos príncipes, derramando á raudales lágrimas de alegría, que coronaron felicísimamente el llanto de aflicion que por tanto tiempo habia corrido de sus ojos. Apenas los príncipes le informaron que el rey de la China, su suegro, acababa de llegar aquel mismo dia, cuando, acompañado de ellos, fué á verle á su campamento con un corto séquito. Aun no habian andado mucho, cuando divisaron un cuarto

ejército que se adelantaba con mucho órden, llegando al parecer por la parte de Persia.

Camaralzaman dijo á los príncipes sus hijos que fueran á ver qué hueste era aquella, y que él los aguardaria. Marcharon al punto, y á su llegada fueron presentados al rey que mandaba el ejército. Despues de haberle saludado rendidamente, le preguntaron con qué intento se aproximaba tanto á la capital del rey de los magos.

Hallábase presente el gran visir y tomó la palabra diciendo : « El rey á quien venis á hablar es Chahzaman, soberano de las islas de los Hijos de Khaledan, que viaja tiempo ha con el tren que veis, buscando al príncipe Camaralzaman, su hijo, que salió de sus estados años atrás. Si sabeis algunas noticias de él, le haréis singular fineza en comunicárselas. »

Los príncipes no contestaron sino que traerian muy luego la respuesta, y volvieron á galope á participar á Camaralzaman que el último ejército que acababa de llegar, era el del rey Chahzaman su padre, que le mandaba en persona.

La estrañeza, alborozo y quebranto de haber desamparado al rey, su padre, sin despedirse de él, causaron tantísimo trastorno en el ánimo de Camaralzaman, que cayó desmayado cuando supo que se hallaba tan cerca ; volvió al fin en sí por el esmero de los príncipes Amjiad y Asad, y cuando se sintió con bastantes fuerzas, fué á echarse á los piés del rey Chahzaman.

Tiempo hacia que no se habia visto encuentro tan tierno entre un padre y un hijo. Chahzaman se quejó cariñosamente al rey Camaralzaman por la insensibilidad con que habia procedido, alejándose de él de un modo tan inhumano, y Camaralzaman le manifestó verdadero pesar por el yerro que el amor le habia hecho cometer.

Los tres reyes y la reina Marjiana permanecieron tres dias en la corte del rey de los magos, quien los obsequió espléndidamente. Estos tres dias fueron tambien notables por el casamiento del príncipe Asad con la reina Marjiana y del príncipe Amjiad con Bostana, en consideracion al servicio que habia franqueado á Asad. Finalmente, los tres reyes y la reina Marjiana con su esposo se retiraron cada cual á su reino. En cuanto á Amjiad, el rey de los magos, que le habia cobrado cariño y que era ya muy anciano, le ciñó la corona, y Amjiad echó el resto en destruir el culto del fuego y propagar en sus estados la relijion musulmana.

HISTORIA DE SINDBAD EL MARINO.

Señor, en el reinado del califa Harun Alraschid, habia en Bagdad un pobre mandadero llamado Hindbad. Un dia que hacia un calor escesivo, llevaba una carga muy pesada de estremo á estremo de la ciudad. Como estaba muy cansado del camino que habia andado, y aun le quedaba mucho por andar, llegó á una calle, en que soplaba un suave zéfiro y cuyo enlosado estaba regado con agua de rosa. No pudiendo desear sitio mas á propósito para descansar y cobrar fuerzas, tiró su carga al suelo y se sentó encima, cerca de una casa grandiosa.

Echó luego de ver que habia acertado en detenerse en aquel paraje, porque halagó á su olfato un esquisito aroma de leña de aloé y de pastillas que salia por las ventenas del edificio, y que meclándose al olor del agua de rosa, acababa de embalsamar el ambiente. Además oyó dentro un concierto de varios instrumentos acompañados del armonioso gorjeo de un sinnúmero de ruiseñores y otros pájaros propios del clima de Bagdad. Aquella grata melodía y el olor de varios manjares que se percibia le hicieron juzgar que allí habia algun banquete y que se estaban divirtiendo. Quiso saber quien vivia en aquella casa, que no conocia, porque no habia tenido frecuentes ocasiones de pasar por aquella calle. Para satisfacer su curiosidad, se acercó á unos criados ricamente vestidos, que vió á la puerta, y preguntó á uno de ellos cómo se llamaba el amo de aquella casa. «¡Cómo! » le respondió el criado, « ¿vivis en Bagdad é ignorais que esta es la morada del señor Sindbad el marino, famoso viajero que ha corrido todos los mares que alumbra el sol? » El mandadero, que habia oido hablar de las riquezas de Sindbab, no pudo menos de envidiar á un hombre cuya suerte le parecia tan venturosa como la suya desgraciada. Sus reflexiones le turbaron el ánimo, alzó los ojos al cielo y dijo bastante alto para que le oyeran : « Poderoso criador de todas las cosas, considerad la diferencia que media entre Sindbad y yo : estoy de continuo padeciendo mil afanes y quebrantos, y con trabajo puedo alimentarme con mi familia, de ruin pan de cebada, mientras que el venturoso Sindbad gasta con profusion inmensas riquezas y trae su vida de delicia en delicia. ¿Qué ha hecho para alcanzar de vos tan grato destino, y qué he hecho yo para merecer uno tan riguroso? » Al acabar estas palabras, descargó su planta sobre la tierra, á guisa de hombre traspasado de amargura y desesperacion.

Permanecia aun embargado en sus aciagos

pensamientos, cuando vió salir de la casa un criado, que se acercó á él, y asiéndole del brazo, le dijo: « Venid, seguidme; el señor Sindbad, mi amo, quiere hablaros. »

Empezó á amanecer, cuando Cheherazada llegó á este punto de su historia, y así la dejó para la noche siguiente.

NOCHE CCXIV.

Señor, fácilmente puede imajinarse vuestra majestad que Hindbad no quedó poco sobrecojido con el cumplimiento que le hacian. Despues de lo que acababa de decir, temia que Sindbad le enviara á buscar para atropellarle; por lo tanto quiso disculparse diciendo que no podia dejar su carga en medio de la calle. Pero el criado de Sindbad le aseguró que tendrian cuidado de ella, y de tal modo le instó por la órden que se le habia dado, que el mandadero hubo de ceder á sus ruegos.

El criado le introdujo en un salon donde habia un crecido concurso al rededor de una mesa cubierta de toda clase de manjares delicados. En el asiento de honor, se veia un personaje grave, pero agraciado y venerable, con su larga barba blanca (1), y destrás de él habia en pié muchos oficiales y dependientes, solícitos en servirle. Aquel señor era Sindbad. El mandadero, cuya turbacion creció á la vista de tanta jente y de tan magnífico festin, saludó á la concurrencia temblando. Sindbad le dijo que se acercara, y despues de haberle hecho sentar á su derecha, le sirvió él mismo de comer, y le hizo dar de beber de un escelente vino del que habia abundante provision.

Al acabarse la comida, notando Sindbab que los convidados ya no comian, tomó la palabra, y encarándose con Hindbad, á quien trató de hermano, segun costumbre de los Árabes cuando se hablan familiarmente, le preguntó cómo se llamaba y cuál era su profesion. « Señor, » le respondió, « me llamo Hindbad. — Me alegro de veros. » replicó Sindbad, « y os respondo que todos los circunstantes os conocen tambien con satisfaccion; pero deseara saber por vuestra boca lo que poco ha deciais en la calle. » Antes de sentarse á la mesa, Sindbad habia oido por una ventana cuanto habia dicho, y le habia mandado llamar.

Á esta pregunta, Hindbad, sonrojadisimo, bajó la cabeza y repuso: « Señor, os confieso que la fatiga me habia puesto de perverso humor y que solté algunas palabras indiscretas que os ruego me perdoneis. — ¡ Oh! no creais, » replicó Sindbad, « que sea tan injusto que os guarde el mas mínimo rencor. Comprendo vuestra situacion, y en vez de reconveniros por vuestras quejas, os compadezco; pero es preciso que os desengañe acerca de la equivocacion en que al parecer estais respecto á mí. Sin duda os estais figurando que adquirí sin molestia y trabajo todas las comodidades y el desahogo de que me veis disfrutar. Desengañaos: no he llegado á tan feliz estado sino tras haber padecido durante muchos años todos los trabajos físicos y mentales que la imajinacion puede idear. Sí, señores mios, » añadió encarándose con toda la concurrencia, « puedo aseguraros que estos afanes son tan estraordinarios, que son capaces de quitar á los hombres mas codiciosos de riquezas el fatal arrojo de cruzar los mares para granjearlas. Acaso me habeis oido hablar confusamente de mis estrañas aventuras y de los peligros que corrí en el mar durante los siete viajes que hice y ya que se rodea la ocasion, voy á haceros una narracion puntual que me parece no oiréis con desagrado. »

Como Sindbad queria referir su historia, particularmente á causa del mandadero, antes de empezarla, mandó que llevasen la carga que habia dejado en la calle al lugar que Hindbad indicó, y luego habló en estos términos:

(1) Sabido es que en el Oriente se considera la barba como un adorno, y los Orientales hacen caso particular de este signo distintivo del hombre. El último rey de Persia, Feth-Ali-Schah, tenia una barba negrísima, y tan larga, que le llegaba á la cintura. Los súbditos del schah conceptuaban tan peregrina barba como señal del favor divino, y les causaba admiracion, siendo el objeto de sus conversaciones. (Véase el Viaje á Armenia y Persia por M. Jaubert, pájina 178.)

PRIMER VIAJE DE SINDBAD EL MARINO.

« Heredé de mi familia cuantiosos bienes y malgasté la mayor parte de ellos en los devaneos de la juventud; pero al fin volví de mi ceguedad, y recapacitando conmigo mismo, conocí que las riquezas eran perecederas y que pronto se veia el término de ellas, cuando se obraba tan desatinadamente como yo. Por otra parte reflexioné que estaba por desgracia desperdiciando en una vida descarriada el tiempo, que es lo mas precioso del mundo. Tambien consideré que la peor de todas las desventuras era ser necesitado en la vejez. Acordéme de estas palabras del gran Salomon, que en otro tiempo habia oido á mi padre : « Que es menos sensible hallarse en el sepulcro que en la pobreza. » Asaltado por todas estas reflexiones, reuní los restos de mi patrimonio; vendí públicamente todos los muebles que tenia; me relacioné con algunos mercaderes que traficaban por mar; consulté con los que me parecieron capaces de darme sanos consejos; en una palabra, determiné sacar partido del poco dinero que me quedaba, y una vez tomada esta resolucion, no tardé en llevarla á cabo. Pasé á Balsora, y allí me embarqué con otros muchos mercaderes en un bajel que habíamos fletado en comun.

« Dimos la vela y nos dirijimos á las Indias orientales por el golfo Pérsico, formado por las costas de la Arabia Feliz á la derecha, y las de la Persia á la izquierda, y cuya mayor anchura es de setenta leguas, segun la opinion comun. Fuera de este golfo, el mar del Levante y el de las Indias es muy anchuroso; tiene á un lado por linderos las costas de Abisinia, y cuatro mil quinientas leguas de largo hasta las islas de Vakvak. Pronto sentí lo que se llama el mareo; pero muy luego me restablecí, y desde entónces no he padecido ya semejante incomodidad.

« Durante el curso de nuestra navegacion, tocamos en varias islas, y vendimos, ó cambiamos nuestra mercancías. Un dia que estábamos á la vela, nos cojió una calma cerca de un islote casi á flor de agua, que por su verdor se parecia á una pradera. El capitan mandó recojer las velas y permitió que bajasen á tierra los individuos de la embarcacion que lo deseasen, y fuí yo uno de los que desembarcaron.

« Pero en el momento en que nos estábamos divirtiendo en comer y beber y descansando de las fatigas de la navegacion, la isla se conmovió de repente y nos dió un violento embate. »

Á estas palabras, Cheherazada se detuvo porque ya asomaba el dia, y al terminarse la noche siguiente, prósiguió así su narracion :

NOCHE CCXV.

Señor, Sindbad continúó su historia diciendo : « Advirtieron desde el buque el vaiven de la isla, y nos gritaron que nos embarcásemos prontamente, y que íbamos á perecer todos, pues lo que teníamos por isla era el lomo de una ballena. Los mas dilijentes se salvaron en la lancha : otros se echaron á nado; en cuanto á mí, me hallaba todavía sobre el islote ó mas bien sobre la ballena, cuando se sumerjió en el mar, y no tuve tiempo sino para asirme de un gran madero que habian traido del buque para hacer fuego. Sin embargo el capitan, habiendo recibido á bordo á los que estaban en la lancha y recojido á los que nadaban, quiso aprovecharse de un viento fresco y favorable que empezaba á soplar : mandó desplegar las velas, y así me quitó la esperanza de alcanzar el buque.

« Quedé pues á la merced de las olas, impelido ya de un lado, ya de otro; disputé contra ellas mi vida todo aquel dia y en la noche siguiente. Á la mañana ya no tenia fuerzas, y desesperanzaba de evitar la muerte, cuando una ola me arrojó afortunadamente contra una isla. La orilla era alta y tajada, y hubiera tenido mucho trabajo en subir á ella, si no me hubiesen facilitado la subida algunas raices de árboles que la suerte parecia haber conservado en

aquel sitio para mi salvacion. Me tendí sobre la tierra y permanecí sin sentido hasta que fué dia claro y salió el sol.

« Entónces, aunque estaba muy débil por la lucha que habia traido con el mar y no haber tomado ningun alimento desde el dia anterior, no dejé de arrastrarme buscando algunas yerbas propias para comer. Hallé algunas, y tuve la dicha de encontrar un manantial de escelente agua, que no contribuyó poco á mi restablecimiento. Habiendo recobrado las fuerzas, me adelanté tierra á dentro, caminando sin seguir determinado rumbo. Entré en una hermosa llanura, en la que habia un caballo que estaba paciendo. Encaminé mis pasos hácia aquella parte, fluctuando entre el temor y la alegría, porque ignoraba si iba á buscar mi muerte mas bien que una ocasion de salvar mi vida. Al acercarme, observé que era una yegua atada á una estaca. Su hermosura llamó mi atencion : pero mientras la estaba mirando, oí la voz de un hombre que hablaba debajo de tierra. De allí á un rato, aquel hombre se presentó y acercándose á mí, me preguntó quién era. Contéle mi aventura, y luego cojiéndome de la mano, me hizo entrar en una gruta, en la que habia otras personas, que no quedaron menos atónitas al verme de lo que yo quedé al hallarlas allí.

« Comí de algunos manjares que aquellas jentes me presentaron, y habiéndoles preguntado lo que hacian en un lugar, al parecer, tan desierto, me respondieron que eran palafreneros del rey Mihrajio, soberano de aquella isla ; que todos los años en la misma estacion solian llevar allí las yeguas del rey, que ataban, como ya lo habia visto, para que las cubriese un caballo marino que salia del mar; cuyo animal, despues de haberlas cubierto , queria devorarlas; pero que se lo impedian con sus alaridos y le precisaban á volverse al mar ; que estando las yeguas preñadas, se las llevaban, y que los caballos que nacian de ellas estaban destinados para el rey y llamados caballos marinos. Añadieron que debian marcharse al dia siguiente, y que si hubiera llegado un dia mas tarde, hubiera perecido sin remedio, porque las habitaciones estaban muy distantes, y me hubiera sido imposible llegar á ellas sin guia.

« Mientras que así conversaban conmigo, el caballo marino salió del mar, como me lo habian dicho, se echó sobre la yegua, la cubrió y quiso devorarla : pero los palafreneros metieron muchísimo estruendo, el cual le hizo soltar su presa y engolfarse en el mar.

« Al dia siguiente tomaron el camino de la capital de la isla con las yeguas, y los acompañé. Á nuestra llegada, el rey Mihrajio, á quien me presentaron, me preguntó quién era y por qué acaso me hallaba en sus estados. Luego que hube satisfecho debidamente su curiosidad, me manifestó que se interesaba mucho en mi desgracia, y mandó que tuvieran cuidado de mí y me proporcionaran todo cuanto necesitase. Esto se ejecutó de un modo que no tuve sino motivos de congratularme de su jenerosidad y de la puntualidad de sus empleados.

« Siendo mercader, me relacioné con los de mi profesion. Buscaba particularmente á los que eran estranjeros, ya para saber de ellos noticias de Bagdad, como para hallar alguno con quien pudiese volverme; porque la capital del rey Mihrajio está situada á orillas del mar y tiene un hermoso puerto, en el que entran cada dia buques de varias naciones del mundo. Tambien procuraba acompañarme con los sabios de las Indias y me complacia en oirlos hablar ; mas no por esto dejaba de hacer regularmente la corte al rey, ni de conversar con los gobernadores y príncipes tributarios suyos que rodeaban su persona. Me hacian mil preguntas acerca de mi pais, y por mi parte, queriendo instruirme en las costumbres y leyes de sus estados, les preguntaba cuanto me parecia merecer la curiosidad.

« Bajo el dominio del rey Mihrajio, hay una isla llamada Casel. Me habian asegurado que se oia en ella todas las noches un sonido de timbales, lo cual ha dado márjen á la opinion que tienen los marineros de que Dejial (1) ha fijado allí su morada. Quise presenciar aquel portento, y ví durante la travesía peces de ciento y doscientos codos de largo, que causan mas temor que daño, pues son tan tímidos, que huyen al dar algun golpe sobre cubierta. Observé otros peces que solo tenian un codo de largo, y cuya cabeza se parecia á la de los buhos.

« Á mi regreso , hallándome un dia en el puerto , entró un buque, y luego que hubo echado el ancla , empezaron á descargar las mercancías, y los mercaderes á quienes pertenecian las mandaban llevar á los almacenes. Al echar una ojeada sobre algunos fardos y los rótulos que indicaban de quien eran, ví mi nombre sobre algunos de ellos; y despues de haberlos examinado detenidamente , no dudé que fuesen los que habia cargado en el buque en que me habia embarcado en Balsora. Conocí tambien al capitan ; pero como estaba persuadido de que me creia muerto, me acerqué á él

(1) Dejial, entre los mahometanos, es lo mismo que el Anticristo.

y le pregunté de quién eran los fardos que veia. « Llevaba á bordo, » me respondió, « un mercader de Bagdad que se llamaba Sindbad. Un ballena de enorme tamaño que se habia quedado dormida á flor de agua. Apenas sintió el calor del fuego encendido sabre el lomo para co-



dia que estábamos cerca de una isla, pues tal nos parecia, desembarcó con otros pasajeros en aquella supuesta isla, que no era mas que una cinar, cuando empezó á moverse y á sumerjirse en el mar. La mayor parte de las personas que estaban encima se ahogaron, y el

desgraciado Sindbad fué uno de tantos. Estos fardos eran suyos y he determinado negociarlos hasta que encuentre alguno de su familia á quien pueda restituir las ganancias y el capital. — Capitan, » le dije entónces, « yo soy ese Sindbad á quien creeis difunto, y que no lo está, y esos fardos son de mi pertenencia... » Nada mas dijo Cheherazada por aquella noche; pero á la siguiente prosiguió así:

NOCHE CCXVI.

Sindbad dijo así á los circunstantes: « Cuando el capitan del buque me oyó hablar de este modo, « Dios poderoso, » esclamó, ¿« de quién puede uno fiarse en estos tiempos? ya no hay buena fe entre los hombres: yo ví con mis propios ojos perecer á Sindbad; tambien lo han visto como yo los pasajeros que estaban á bordo, ¿y os atreveis á decir que sois Sindbad? ¡qué osadia! Al veros, cualquiera creyera que sois un hombre honrado, y sin embargo estais diciendo una falsedad horrorosa para apoderaros de unos bienes que no os pertenecen. — Tomaos un poco de paciencia, » le respondí al capitan, « y hacedme el favor de escuchar lo que voy á deciros. — Pues bien, » repuso, ¿« qué vais á decir? Hablad, ya os escucho. » Entónces le referí de que modo me habia salvado y por que casualidad habia encontrado á los palafreneros del rey Mihrajio, quienes me habian traido á la corte.

« Estas palabras le hicieron fuerza; pero pronto quedó persuadido de que no era un impostor, porque llegaron algunos pasajeros de su buque que me conocieron, y me dieron grandes parabienes, manifestándome el júbilo que tenian en volverme á ver. Por fin, él mismo me conoció, y arrojándose entre mis brazos, « Loado sea Dios, » me dijo, « de que os habeis librado felizmente de tan gran peligro; no puedo manifestaros bastante la satisfaccion que esperimento. Aquí están vuestros bienes; tomadlos, vuestros son, haced de ellos lo que querais. » Díle las gracias, alabé su honradez, y en prueba de mi agradecimiento, le rogué que aceptase algunas mercancías; pero no quiso admitirlas.

« Escojí lo mas precioso en mis fardos y se lo regalé al rey Mihrajio. Como aquel príncipe sabia la desgracia que me habia sucedido, me preguntó en donde habia ajenciado tan ricos jéneros. Referíle por qué casulidad acababa de recobrar mis mercancías, tuvo la dignacion de manifestarme su alegría, admitió el presente y me hizo otros mucho mas considerables. Despues de esto me despedí de él y me embarqué en el mismo buque; pero antes de verificarlo, cambié las mercaderías que me quedaban contra otras del pais. Llevé conmigo madera de aloé, sándalo, alcanfor, nuez moscada, clavo, pimienta y jenjibre. Pasamos por varias islas y fondeamos por fin en Balsora, donde desembarqué con un valor de cien mil cequines. Recibióme mi familia y la volví á ver con todo el júbilo que puede causar el mas entrañable cariño. Compré esclavos de ambos sexos, hermosas campiñas y edifiqué una casa grandiosa. Así me avecindé con ánimo de olvidar los quebrantos que habia padecido y de disfrutar los placeres de la vida. »

Aquí se paró Sindbad y mandó á los músicos que prosiguiesen sus conciertos, que habian interrumpido con la narracion de su historia. Continuaron comiendo y bebiendo hasta la noche, y cuando fué hora de retirarse, Sindbad mandó que le trajeran una bolsa de cien zequines, y dándosela al mandadero, le dijo: « Tomad, Hindbad, volveos á casa, y mañana no hagais falta en venir á oir la continuacion de mis aventuras. » El mandadero se retiró todo sonrojado con tan honorífico agasajo, y mas con el regalo. La relacion que hizo en su casa fué muy agradable á su esposa é hijos, quienes no dejaron de dar gracias á Dios del bien qué les hacia la Providencia por mano de Sindbad.

Al dia siguiente, Hindbad se vistió con mas aseo que la víspera y volvió á casa del jeneroso

viajero, quien le recibió con semblante risueño y le hizo mil estremos de intimidad. Luego que hubieron llegado los convidados, sirvieron la comida y todos se sentaron á la mesa. Cuando hubieron acabado de comer, Sindbad tomó la palabra: y encarándose con los circunstantes, les dijo: « Señores, os ruego me deis audiencia y os digneis escuchar las aventuras de mi segundo viaje, pues son mas dignas de vuestra atencion que las del primero. » Todos guardaron silencio y Sindbad habló en estos términos:

SEGUNDO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO.

« Despues de mi primer viaje, determiné pasar sosegadamente en Bagdad el resto de mis dias, como ayer tuve el gusto de íroslo refiriendo. Pero no tardé en cansarme de una vida ociosa: volvióse á apoderar de mí el afan de viajar y negociar por mar: compré mercancías propias para el tráfico que tenia ideado, y me marché por segunda vez con otros mercaderes cuya honradez tenia esperimentada, Nos embarcamos en un buen buque, y habiéndonos encomendado á Dios, emprendimos nuestra navegacion.

« Ibamos de isla en isla y hacíamos cambios ventajosísimos. Un dia bajamos á una que estaba toda arbolada con frutales, pero tan desierta que no pudimos descubrir ni albergue ni habitantes. Fuímos á respirar el aire por las praderas y por las márjenes de los arroyos que las regaban.

« Mientras unos se divertian cojiendo flores y otros alcanzando frutas, cojí mis provisiones y el vino que habia llevado conmigo y me senté junto á un arroyo de agua cristalina que serpenteaba entre unos árboles frondosos. Hice una comida de mi satisfaccion, y luego el sueño se apoderó de mis sentidos. No os diré si dormí mucho rato; pero cuando me desperté, ya no vi el buque al ancla. »

Cheherazada hubo de interrumpir esta historia porque ya rayaba el dia, y á la noche siguiente prosiguió de este modo el segundo viaje de Sindbad:

NOCHE CCXVII.

« Me quedé atónito, » dijo Sindbad, « no viendo ya el buque en donde estaba anclado; levantéme, miré á todas partes y no ví ni uno solo de los mercaderes que habian bajado á la isla conmigo. Divisé tan solo el buque á la vela; pero tan lejano que á poco rato lo perdí de vista.

« A vuestra imajinacion dejo las reflexiones que hice en situacion tan amarga. Poco me faltó para fenecer de pesadumbre; di lamentosos alaridos, me golpeé la cabeza y me revolqué por el suelo, quedando largo rato abismado en un laberinto de especies á cual mas horrorosa, y cien veces me reconvine de no haberme contentado con el primer viaje que debia haberme quitado para siempre el afan de emprender otros; pero todos mis lamentos eran infructuosos y mi arrepentimiento fuera del caso.

« Por fin me resigné con la voluntad de Dios, y sin saber lo que seria de mí, subí á la copa de un árbol y miré hácia todas partes á ver si descubria algun objeto que me diera ciertos asomos de esperanza. Al tender los ojos por el mar, no vi mas que cielo y agua; pero habiendo observado por parte de la tierra cierto bulto blanco, bajé del árbol, y llevando los víveres que me quedaban, me dirijí hácia aquel objeto, que estaba tan remoto, que apenas podia distinguir lo que era.

« Cuando estuve á una distancia regular, observé que era una bola blanca de un tamaño portentoso. Cuando estuve cerca, la toqué y la hallé muy suave. Dile vueltas al rededor para ver si no tenia alguna abertura, y no pude descubrir ninguna, al paso que me pareció imposible subir encima, porque era muy lisa. Podia tener cincuenta pasos de circunferencia.

« El sol iba á ponerse entónces, y se oscureció de repente como si lo ocultara alguna nube densa. Pero si aquella oscuridad me dejó atóni-

to, mucho mas lo quedé, cuando advertí que la causaba una ave de un tamaño y grueso estraordinarios, que venia volando hácia mí. Acordéme de una ave llamada roc, de la que me habian hablado muchas veces los marineros, y saqué en conclusion que la gruesa bola que tanto habia admirado debia ser un huevo de aquella ave. En efecto, bajó y se posó encima del huevo como para empollarlo. Al verle venir, me arrimé mucho contra el huevo, de modo que tuve delante una de las patas del ave, que era tan gruesa como un tronco de árbol. Atéme á ella fuertemente con la tela envuelta en mi turbante, con la esperanza de que el roc me sacaria de aquella isla desierta, cuando emprendiese su vuelo al dia siguiente. Con efecto, despues de haber pasado la noche en aquella situacion, luego que amaneció, el ave echó á volar y me levantó tan alto que ya no veia la tierra; luego bajó de repente con tanta velocidad, que ni siquiera me sentia. Cuando el roc se hubo parado y me vi en tierra, desaté prontamente el nudo que me tenia sujeto á su pata. Apenas habia acabado de desatarme, cuando dió un picotazo á una serpiente de enorme lonjitud, y cojiéndola, emprendió otra vez su vuelo.

« El lugar en que me dejó era un valle muy hondo, rodeado por todas partes de montes tan elevados, que se confundian con las nubes, y tan escarpados, que no habia ningun camino por donde pudiera subirse. Halléme en una nueva incertidumbre, y comparando aquel lugar con la isla desierta que acababa de abandonar, juzgué que nada habia aventajado en el cambio.

« Eché á andar por aquel valle, y noté que estaba sembrado de diamantes, algunos de ellos de asombroso tamaño. Complacíme mucho en mirarlos; pero muy pronto divisé á lo lejos otros objetos que disminuyeron mucho mi placer y que no pude contemplar sin susto. Era un gran número de serpientes, tan gruesas y largas, que cualquiera de ellas hubiera podido tragar un elefante. Se retiraban durante el dia á sus cuevas, en las que se ocultaban á causa del roc, su enemigo, y solo salian de ellas de noche.

« Pasé el dia recorriendo el valle y descansando de tanto en tanto en los parajes mas cómodos. Sin embargo al ponerse el sol, me retiré á una cueva en la que juzgué que estaria seguro. Tapé la entrada, que era baja y estrecha, con una piedra bastante gruesa para precaverme de las serpientes; pero que no ajustaba de tal modo que no entrase un poco de luz. Cené con una parte de mis provisiones, al ruido de las serpientes que empezaron á salir. Sus espantosos silbidos me causaron sumo terror, y ya podeis figuraros que no me dejaron pasar la noche muy sosegadamente. Cuando amaneció, las serpientes se retiraron, y entónces salí temblando de mi cueva, y puedo decir que anduve largo rato sobre los diamantes, sin curarme de recojerlos. Al fin me senté, y á pesar de la zozobra que me traia azorado, como no habia cerrado los ojos en toda la noche, me quedé dormido, despues de haber comido otra vez de mis provisiones. Pero apenas habia cerrado los ojos, cuando cayó junto á mí un bulto que metió mucho ruido y me despertó; era un gran pedazo de carne fresca: y al punto vi caer otras muchas de la cumbre de los riscos en diferentes parajes.

« Siempre habia mirado como un cuento lo que varias veces habia oido decir á los marineros y á otras personas relativamente al valle de los diamantes, y la maña de que se valian algunos mercaderes para sacar de allí aquellas piedras preciosas, y entónces conocí que no me habian engañado. Con efecto, aquellos mercaderes se encaminan al valle en la temporada en que las águilas tienen cria. Cortan carne y la tiran al valle en grandes pedazos, á los que se prenden los diamantes sobre cuyas puntas caen. Las águilas, que son en aquel pais mas fuertes que en otras partes, se arrojan sobre estos pedazos de carne, y los llevan á sus nidos en lo alto de los peñascos, para servir de alimento á sus polluelos. Entónces los mercaderes acuden á los nidos y con sus voces obligan á las águilas á alejarse, y cojen los diamantes que hallan pegados á los pedazos de carne. Se valen de esta maña, porque no hay otro medio de sacar los diamantes de aquel valle, que es todo un derrumbaderro al cual no se puede bajar.

« Hasta entónces habia creido que me seria imposible salir de aquel abismo, que consideraba como mi sepulcro; pero mudé de parecer, y lo que acababa de ver me hizo imajinar un medio para conservar mi vida. »

Amaneció al llegar aquí Cheherazada, y así dejó para la noche siguiente la continuacion de esta historia.

NOCHE CCXVIII.

Señor, dijo Cheherazada, encarándose con el sultan de las Indias. Sindbad continuó refiriendo las aventuras de su segundo viaje á la concurrencia que le escuchaba: « Empecé á juntar los diamantes mas gruesos que se ofrecieron á mi vista y llené con ellos la bolsa de cuero que me habia servido para guardar mis provisiones. Cojí despues el pedazo de carne que me pareció mas largo y lo até fuertemente al rededor del cuerpo con la tela de mi turbante, y en aquel estado me tendí boca abajo con la bolsa de cuero atada á la cintura, de modo que no podia caerse.

« Apenas me puse en este estado, cuando acudieron las águilas: cada una se apoderó de un pedazo de carne, y una de las mas fuertes habiéndome levantado con el pedazo de carne con que estaba envuelto, me llevó á su nido en la cumbre del monte. Los mercaderes no dejaron de vocear para amedrentar á las águilas, y cuando las hubieron obligado á soltar su presa, uno de ellos se acercó á mí: pero enmudeció al verme. Serenóse sin embargo, y en vez de preguntarme por qué incidente me hallaba allí, empezó á insultarme, preguntándome por qué le robaba lo que era suyo. « Ya me hablaréis, » le dije, « con mas humanidad, cuando me hayais conocido mejor. Consolaos, » añadí; « tengo diamantes para vos y para mí en mayor número de lo que pueden tener todos los demás mercaderes juntos. Si los tienen, es por casualidad; pero yo mismo he escojido en el interior del valle los que traigo en esta bolsa que veis. » Al decir esto, se la enseñé. Aun no habia acabado de hablar, cuando los demás mercaderes que me estaban mirando se agolparon al rededor de mí, muy admirados de verme, y yo acrecenté su estrañeza con la narracion de mi historia. No admiraron tanto el ardid que habia ideado para salvarme como mi arrojo en intentarlo.

Lleváronme al parador en donde vivian todos juntos, y allí, habiendo abierto mi bolsa en su presencia, se quedaron pasmados del tamaño de mis diamantes, y me confesaron que en todas las cortes en que habian estado, no habian visto ninguno que se aproximase á los mios. Rogué al mercader, á quien pertenecia el nido á donde habia sido trasladado (porque cada mercader tenia el suyo), roguéle, repito, que escojiera por su parte tantos como quisiera. Contentóse con uno solo, y aun tomó el menos grueso, é instándole yo á que tomara otros sin temor de perjudicarme, «No,» me dijo, « con este estoy satisfecho, pues es bastante precioso para escusarme la molestia de hacer en adelante otros viajes y asegurarme una vida decorosa. »

« Pasé la noche con aquellos mercaderes, á quienes por segunda vez conté mi historia para satisfaccion de los que no la habian oido. No podia contener mi júbilo, cuando reflexionaba que estaba libre de los peligros de que os he hablado. Me parecia que era un sueño lo que me pasaba, y no podia acabar de creer que ya nada tuviese que recelar.

« Ya hacia dias que los mercaderes tiraban pedazos de carne al valle, y como todos se mostraban contentos con los diamantes que les habian cabido en suerte, nos marchamos todos juntos al dia siguiente, y caminamos por unos altos montes en los que habia serpientes de tamaño estraordinario, pero logramos irlas evitando todas. Llegamos al primer puerto, y desde allí pasamos á la isla de Roha, en donde se encuentra el árbol que produce el alcanfor y que es tan grueso y frondoso que cien hombres pueden estar cómodamente á su sombra. El jugo de que se forma el alcanfor mana por una abertura que se hace en lo alto del árbol y se recoje en un vaso, en el que adquiere consistencia y llega á ser lo que se llama alcanfor. El jugo, una vez sacado, el árbol se seca y muere.

« En la misma isla hay rinocerontes, que son unos animales mas pequeños que el elefante y mas grandes que el búfalo; tienen una asta encima de la nariz, de un codo de largo: esta asta es sólida y cortada por el medio desde un cabo á otro. Encima se ven algunas rayas que

representan la figura de un hombre. El rinoceronte pelea con el elefante, le hiere con el asta por debajo del vientre, le levanta en alto y le lleva sobre la cabeza, pero como la sangre y la grasa del elefante le corren sobre los ojos y le ciegan, cae al suelo, y lo que vais á estrañar, llega el roc, que los arrebata á entrambos con sus garras y los lleva para servir de alimento á sus polluelos.

« Voy orillando otras muchas estrañezas de aquella isla, por no cansaros. Allí cambié algunos diamantes por buenas mercancías. Luego fuímos á otras islas, y finalmente, despues de haber tocado en varias islas mercantes de tierra firme, llegamos á Balsora, y desde allí pasé á Bagdad. Hice muchas limosnas á los pobres y disfruté honrosamente de las inmensas riquezas que habia traido conmigo y ganado con tanta fatiga. »

Así refirió Sindbad su segundo viaje. Mandó otra vez que dieran cien zequines á Hindbad y le convidó para el dia siguiente á fin de que oyera la narracion del tercer viaje.

Los convidados volvieron á sus casas, y acudieron al dia siguiente á la misma hora á casa de Sindbad, como tambien el mandadero, que habia olvidado ya su anterior miseria. Sentáronse á la mesa, y despues de la comida, Sindbad pidió audiencia y refirió de este modo su tercer viaje :

TERCER VIAJE DE SINDBAD EL MARINO.

« Pronto perdí, en los deleites de la vida que disfrutaba, el recuerdo de los peligros corridos durante mis dos viajes; pero como estaba en la flor de mi edad, me cansé de vivir en el ocio, y cerrando los ojos á los nuevos peligros que deseaba arrostrar, salí de Bagdad con ricas mercancías del pais, que mandé trasladar á Balsora. Allí me embarqué con otros mercaderes. Emprendimos una larga navegacion y tocamos en muchos puertos y traficamos con cuantioso beneficio.

« Un dia que nos hallábamos en alta mar, fuímos acometidos por una horrible borrasca que nos hizo perder nuestro rumbo. Duró algunos dias y nos arrojó delante del puerto de una isla, en el que el capitan hubiera deseado no entrar; pero tuvimos que echar el ancla. Aferradas las velas, el capitan nos dijo : « Esta isla y las contiguas están habitadas por unos salvajes muy velludos que vendrán á acometernos. Aunque son enanos, es preciso no oponerles la menor resistencia, porque son en mayor número que las langostas, y si llegáramos á matar uno de ellos, se echarian todos sobre nosotros y nos asesinarian. »

Asomó el dia en el aposento de Chahriar, é interrumpió á Cheherazada, quien dejó su narracion para la noche siguiente.

NOCHE CCXIX.

« Las palabras del capitan, » dijo Sindbad, « consternaron á todos los pasajeros, y pronto conocimos que era demasiado cierto lo que acababa de decirnos. Vimos asomar gran número de asquerosos salvajes, todo el cuerpo cubierto de un vello rojo y de unos dos piés de alto. Se echaron á nado y rodearon al punto el buque. Nos hablaban al acercarse, pero no entendíamos su lenguaje. Se asieron de la orilla y de las jarcias de la embarcacion y subieron por todas partes sobre cubierta, con tanta ajilidad y rapidez como si tuvieran alas.

« Contemplamos aquella invasion con el pavor que se deja suponer, sin osar defendernos ni decirles una sola palabra para retraerlos de su intento, que maliciábamos ser funesto. Con efecto, soltaron las velas, cortaron el cable del ancla sin tomarse el trabajo de levarla, y despues de haber atracado el buque á tierra, nos hicieron desembarcar á todos. Llevaron luego el buque á otra isla de donde habian venido. Todos los viajeros iban evitando esmeradamente aquella en que entónces nos hallábamos, y era espuesto detenerse en ella por el motivo que vais á saber; pero fuénos preciso aguantar con sufrimiento nuestro desman.

«Nos alejamos de la playa, internándonos en la isla, y hallamos algunas frutas y yerbas, de las que comimos para prolongar, en cuanto nos fuera posible, el postrer momento de nuestra vida, porque aguardábamos una muerte cierta. Despues de haber andado bastante, descubrimos á lo lejos un gran edificio, hácia el cual dirijimos nuestros pasos. Era un palacio bien construido y muy espacioso, que tenia una puerta de ébano, con dos hojas, que abrimos empujándolas. Entramos en el patio, y vimos enfrente un espacioso aposento con una antesala, en la que habia á un lado un monton de huesos humanos, y al otro gran número de asadores. Estremecímonos á aquella vista, y como estábamos muy cansados de la marcha, nos flaquearon las piernas, caímos en el suelo poseidos de un espanto mortal, y permanecímos largo rato inmóviles.



«El sol se ponia, y mientras nos hallábamos en tan lamentable situacion, se abrió con gran estruendo la puerta del aposento, y vimos salir una horrenda figura de hombre negro del alto de una palmera. Tenia en medio de la frente un solo ojo, encarnado y centelleante como ascua. Los dientes de delante, que eran muy largos y puntiagudos, le salian de la boca, tan hendida como la de un caballo, y el labio inferior le colgaba hasta el pecho. Sus orejas se parecian á las de un elefante y le cubrian los hombros. Tenia las uñas largas y corvas como las garras de las aves de rapiña. Al aspecto de tan espantoso jigante, perdimos el sentido y nos quedamos yertos

«Por fin volvímos de nuestro desmayo y le vimos sentado mirándonos ahincadamente. Luego que nos hubo contemplado largo rato, se acercó á nosotros, alargó la mano hácia mí, me

cojió por la nuca, y dándome vueltas á diestro y siniestro, como un carnicero á una cabeza de carnero, me miró, y viendo que no tenia mas que huesos, me soltó. Fué cojiendo á los demás uno por uno, los rejistró del mismo modo, y como el capitan era el mas gordo de todos, le levantó con una mano, como yo levantaria un gorrion, y le pasó un asador por medio del cuerpo. Despues encendió una gran hoguera, le asó y se le comió á cenar en el aposento á donde se habia retirado. Terminada la comida, volvió á la entrada, se tendió y pronto quedó dormido, roncando estrepitosamente, y su sueño duró hasta la madrugada. En cuanto á nosotros, nos fué imposible disfrutar el menor descanso y pasamos la noche en la mas tremenda zozobra. Al amanecer, el jigante se despertó y salió, dejándonos en el palacio.

« Cuando le juzgamos distante, rompimos el pavoroso silencio que habíamos estado guardando toda la noche, y contristándonos todos como á porfía mutuamente, hicimos resonar el palacio con lamentos y alaridos. Aunque éramos en bastante número, y no teníamos mas que un solo enemigo, no se nos occurrió al pronto el pensamiento de librarnos de él con su muerte. Este intento, aunque de muy ardua ejecucion, era sin embargo el que debíamos naturalmente idear.

« Deliberamos sobre otros muchos medios, pero no nos fijamos en ninguno, y resignándonos á lo que Dios tuviera á bien disponer de nosotros, pasamos el dia recorriendo la isla, alimentándonos de frutas y plantas como á la llegada. Al anochecer buscamos algun sitio para ponernos á cubierto; pero no hallamos ninguno, y á pesar nuestro tuvimos que regresar al palacio.

« El jigante no dejó de volver y comerse á cenar uno de nuestros compañeros, y tras esto se quedó dormido, roncando hasta el dia, en que salió dejándonos como la víspera. Nuestra situacion nos pareció tan horrorosa, que muchos de mis compañeros estuvieron á punto de arrojarse al mar, antes que aguardar tan bárbara muerte, y luego andaban incitando á los demás á que siguieran su consejo. Pero uno de ellos, tomando la palabra, dijo : « Nos está vedado el darnos la muerte, y aun cuando no lo fuera, ¿no es mas acertado que busquemos un medio para librarnos del bárbaro que nos está guardando un paradero tan horroroso ? »

« Como me habia ocurrido un intento acerca de esto, se lo comuniqué á mis compañeros, quienes lo aprobaron. « Hermanos, » les dije entónces, « ya sabeis que hay mucha madera en la playa, y si quereis creerme, harémos algunas balsas que puedan llevarnos, y cuando estén concluidas, las dejarémos en la costa hasta que juzguemos conveniente valernos de ellas. Entretanto pondrémos en ejecucion el pensamiento que os propuse para librarnos del jigante; si sale bien, podrémos aguardar aquí algun bajel que nos saque de esta isla fatal; si al contrario, erramos el golpe, huirémos á nuestras balsas y nos harémos á la mar. Confieso que nos aventuramos á perder la vida, esponiéndonos al furor de las olas en tan frájiles embarcaciones; pero aun cuando debiéramos perecer, ¿no es mas tolerable que el piélago nos trague, que no ese monstruo que ya ha devorado á dos compañeros nuestros ? » Mi parecer fué aprobado, y construimos balsas capaces de llevar cada una tres personas.

« Regresamos al palacio al anochecer, y el jigante llegó poco despues de nosotros. Fué preciso presenciar de nuevo el suplicio de otro compañero; pero al fin he aquí de que modo nos vengamos de la crueldad del jigante. Luego que hubo acabado su bárbara cena, se tendió boca arriba y se quedó dormido. Al oirle roncar como solia, nueve de los mas atrevidos y yo cojimos cada uno un asador, pusimos la punta en el fuego hasta que estuvo candente, y luego se las clavamos á una en el ojo y se lo rebentamos.

« El dolor que sintió el jigante le arrancó un espantoso alarido. Levantóse arrebatadamente y tendió los brazos á diestro y siniestro para asir alguno de nosotros y sacrificarle á su saña. Pero tuvimos lugar de alejarnos de él y echarnos en el suelo por parajes en que no podia encontrarnos bajo sus piés. Despues de habernos buscado en balde, halló la puerta á tientas y salió dando espantosos ahullidos. »

Nada mas dijo Cheherazada por aquella noche; pero á la siguiente prosiguió de este modo :



NOCHE CCXX.

« Salimos del palacio detrás del jigante, » prosiguió Sindbad, « y llegamos á la orilla del mar, en donde estaban nuestras balsas. Las echamos al agua y aguardamos que amaneciera para embarcarnos en el caso que viésemos venir al jigante con algun guia de su especie; pero nos lisonjeábamos de que si no parecia cuando hubiese salido el sol, y aun oíamos sus ahullidos que resonaban continuamente, seria una prueba de que habria perdido la vida, en cuyo caso era nuestro ánimo permanecer en la isla, y no aventurarnos en las balsas. Pero apenas rayó el dia, cuando divisamos á nuestro cruel enemigo acompañado de dos jigantes de igual estatura que él, que le guiaban, y otros muchos que caminaban tras él aceleradamente.

« Á esta vista, no titubeamos en embarcarnos en las balsas y empezamos á alejarnos de la playa á todo remo. Los jigantes, que lo advirtieron, cojieron grandes piedras, acudieron á la orilla, entraron en agua hasta medio cuerpo y nos las tiraron tan diestramente, que, escepto la balsa en que yo estaba, todas las demás quedaron hechas pedazos, ahogándose los hombres que las montaban. En cuanto á mí y mis dos compañeros, como echábamos el resto en la boga, nos hallamos mas adelantados en el mar y fuera del alcance de las piedras.

« Cuando estuvimos en alta mar, fuímos el juguete del viento y de las olas que nos arrojaban acá y acullá, y pasamos aquel dia y la noche siguiente en una cruel incertidumbre acerca de nuestra suerte; pero al otro dia tuvimos la suerte de aportar en una isla donde nos salvamos con mucha algazara. Allí hallamos escelentes frutas, que nos fueron de grande auxilio para recobrar las fuerzas que habiamos perdido casi de todo punto.

« De noche nos dormimos á la orilla del mar; pero nos despertó el estruendo que metia con sus escamas arrastrándose á tierra una serpiente de enorme corpulencia. Acercóse tanto á nosotros, que se tragó á uno de mis dos compañeros, á pesar de los gritos y estremos que hizo para librarse de la serpiente, quien le sacudió varias veces, y habiéndole aplastado contra el suelo, acabó de tragarle. Al punto mi compañero y yo echamos á correr, y aunque bastante lejos, oímos poco despues un ruido, por el cual juzgamos que la serpiente iba volviendo los huesos del desgraciado que habia arrebatado. Con efecto, al dia siguiente nos horrorizamos al verlos. « ¡ Oh cielos! » esclamé entónces, « ¡ á lo que estamos espuestos! Ayer nos congratulábamos de haber librado nuestras vidas de la crueldad de un jigante y del ímpetu de las olas, y hemos tenido aquí un paradero no menos pavoroso.

« Observamos, al pasearnos, un árbol muy elevado, en el cual acordamos pasar la noche siguiente para ponernos en salvo. Comímos frutas como el dia anterior, y al anochecer trepamos al àrbol. Pronto oimos á la serpiente que se acercó silbando hasta el pié del árbol en que estábamos. Levantóse siguiendo el tronco, y encontrando á mi compañero que estaba mas abajo que yo, se le tragó de repente y se retiró.

« Permanecí en el árbol hasta el amanecer, y entónces bajé de él mas muerto que vivo. Con efecto, no podia esperar otra suerte que la de mis dos compañeros, y este pensamiento me estremeció de piés á cabeza, y así di algunos pasos para lanzarme al mar; pero como es grato vivir tanto como se pueda, contrasté aquel ímpetu de desesperacion y me resigné á la voluntad de Dios que dispone á su albedrío de nuestras vidas.

« No dejé de reunir sin embargo gran cantidad de ramas y espinas secas. Hice varios haces que até juntos, despues de haber formado un gran círculo al rededor del árbol, y até algunos otros de través por encima para cubrirme la cabeza. Hecho esto, me encerré en aquel círculo á la caida de la noche, con el triste consuelo de no haber desatendido nada para precaverme de la suerte cruel que me estaba amenazando. La serpiente no dejó de volver y dar vueltas al rededor del árbol, ansiando devorarme; pero no pudo conseguirlo, por el resguardo que habia fabricado, y en vano hizo hasta el amanecer lo que

hace un gato cuando sitia á un raton en un asilo á donde no alcanza á penetrar. Al fin lució el dia, y se retiró; pero no me atreví á salir de mi fortaleza hasta la salida del sol.

« Halléme tan cansado del trabajo que habia tenido y era tantísimo lo que habia padecido de su pestífero aliento, que la muerte me parecia preferible á aquel horror, y así me alejé del árbol, y sin acordarme de la resignacion del dia anterior, corrí hácia el mar con intento de precipitarme en él. »

Á estas palabras, Cheherazada dejó de hablar viendo que rayaba el dia, y á la noche siguiente prosiguió su historia, y dijo al sultan:

NOCHE CCXXI.

Señor, así refirió Sindbad la conclusion de su tercer viaje: « Dios se compadeció de mi desesperacion, pues en el acto de arrojarme al mar, divisé una embarcacion, aunque harto distante de la orilla. Grité con todo mi ahinco para que me oyesen y tremolé la tela de mi turbante para que me vieran. Conseguílo: toda la tripulacion reparó en mí, y el capitan me envió su lancha. Cuando llegué á bordo, los mercaderes y marineros me preguntaron con mucho afan por qué acaso me hallaba en aquella isla desierta, y luego que les hube referido cuanto me sucediera, los mas ancianos me dijeron que habian oido hablar varias veces de los jigantes que vivian en aquella isla, y que les habian asegurado que eran antropófagos y que comian los hombres, no solo asados, sino tambien crudos; respecto á las serpientes, añadieron que tambien abundaban allí mismo, que se ocultaban de dia y se presentaban de noche. Despues de haberme manifestado su alborozo al verme libre de tantísimos peligros, no dudando que necesitase comer, se afanaron en obsequiarme con lo mejor que tenian, y el capitan, notando que mi vestido estaba andrajoso, tuvo la jenerosidad de darme uno de los suyos.

« Navegamos por algun tiempo; tocamos en varias islas, y al fin llegamos á la de Salahat, de la cual se saca el sándalo, que es una madera muy usada en medicina. Entramos en el puerto y echamos el ancla. Los mercaderes empezaron á desembarcar sus mercancías para venderlas ó cambiarlas. Entretanto el capitan me llamó y me dijo: Hermano, tengo en depósito unas mercancías que pertenecian á un mercader que navegó algun tiempo en mi buque; como ha muerto, quiero beneficiarlas para dar cuenta de ellas á sus herederos cuando llegue á encontrar alguno. » Los fardos de que hablaba estaban ya sobre la cubierta y me los enseñó diciendo: « Estas son las mercancías de que se trata; espero que os encargaréis de negociarlas, satisfaciéndoos el derecho acostumbrado por la molestia que os tomeis. » Consentí en ello, dándole las gracias porque me proporcionaba una ocasion para no estar ocioso.

El escribano del buque iba rejistrando todos los fardos con los nombres de los mercaderes á quienes pertenecian. Habiendo preguntado al capitan bajo qué nombre queria que anotase los que acababa de confiarme, « Apuntad, » dijo el capitan, « bajo el nombre de Sindbad el marino. » No pude oir mi nombre sin inmutarme, y encarándome con el capitan, le conocí por aquel que en mi segundo viaje me habia abandonado en la isla en que me dormí á la márjen de un arroyo y que habia dado la vela sin aguardarme ó hacerme buscar. Al pronto no le habia conocido por lo muy mudado que estaba desde que no le habia visto.

« En cuanto á él, creyéndome muerto, no es estraño que no me conociese. « Capitan, » le dije, « ¿no decis que se llamaba Sindbad el mercader dueño de estos fardos? — Sí, » me respondió, « así se llamaba, era de Bagdad y se habia embarcado en mi buque en Balsora. Un dia que desembarcamos en una isla para hacer aguada y cojer algunas frutas, no sé por qué equivocacion di la vela sin advertir que no habia vuelto á bordo con los demás. Nadie lo advirtió sino al cabo de cuatro horas. Teníamos viento en popa y tan fresco, que nos fué impo-

sible virar de bordo para recojerle. —¿Con que le creeis difunto?» repuse. —«Seguramente,» replicó. — «Pues bien, capitan,» le dije, «abrid los ojos y conoced á ese Sindbad á quien dejasteis en aquella isla desierta. Me dormí junto á un arroyo, y cuando me desperté, ya no vi nadie de la embarcacion.» Á estas palabras, el capitan se paró á mirarme.»

Al llegar aquí, advirtió Cheherazada que ya amanecia, y hubo de parar hasta la noche siguiente en que prosiguió así:

NOCHE CCXXII.

«El capitan,» dijo Sindbad, «despues de haberme mirado atentamente, me conoció al fin. «Loado sea Dios,» esclamó abrazándome; «me alegro de que la suerte os haya desagraviado por mí. Aquí están vuestras mercancías, que he tenido cuidado de conservar y beneficiar en todos los puertos en que he tocado; os las devuelvo con las ganancias que he sacado.» Tomélas, manifestando al capitan todo el agradecimiento que merecia.

«Desde la isla de Salahat, fuímos á otra, en donde me surtí de clavo, canela y otras especias. Cuando estuvimos distantes, vimos una tortuga que tenia veinte codos de largo; tambien observamos un pescado que se parecia á una vaca: tenia leche, y su pellejo es tan duro que sirve comunmente para escudos; vi otro que tenia la figura y el color de un camello. Finalmente, despues de una larga navegacion, llegué á Balsora, y de allí regresé á Bagdad, con tantas riquezas, que ignoraba la cantidad de ellas. Di á los pobres parte considerable de mis ganancias y añadí otras grandes posesiones á las que ya habia adquirido.»

Así terminó Sindbad la historia de su tercer viaje; mandó que diesen otros cien zequines á Hindbad, convidándole á comer para el dia siguiente y á oir la narracion de su cuarto viaje. Hindbad y los demás convidados se retiraron, y al dia siguiente cuando estuvieron juntos, Sindbad tomó la palabra al acabarse la comida y prosiguió sus aventuras.

CUARTO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO.

«Los placeres y diversiones á que me entregué á la vuelta de mi tercer viaje no tuvieron bastante atractivo para retraerme de emprender aun otro. Dejéme arrebatar por la pasion de traficar y ver objetos nuevos, arreglé mis negocios, y habiendo acopiado las mercancías mas adecuadas para los lugares á donde trataba de ir, sali, seguí el camino de Persia, cuyas provincias atravesé, y llegué á un puerto de mar en el que me embarqué, dímos la vela, y ya habíamos tocado en varios puertos de tierra firme y en algunas islas orientales, cuando un dia que navegábamos con mucha velocidad, nos sobrecojió un viento que obligó al capitan á tomar rizos y dar todas las órdenes necesarias para evitar el peligro que nos estaba amenazando. Pero todas nuestras precauciones fueron inservibles: la maniobra se frustró, las velas quedaron hechas trizas, y el buque no pudiendo ya gobernar, dió contra un peñasco, y se estrelló de modo que se ahogaron varios mercaderes y marineros, perdiéndose el cargamento.»

Aquí llegaba Cheherazada, cuando vió rayar el dia. Paróse, y Chahriar se levantó. Á la noche siguiente continuó así el cuarto viaje:



NOCHE CCXXIII.

«Tuve la suerte,» prosiguió Sindbad, «de asirme á una tabla con otros mercaderes y marineros. Llevónos la corriente á una isla que estaba delante de nosotros, y en la que hallamos frutas y agua dulce, que sirvieron para restablecer nuestras fuerzas. Descansamos aquella noche en el lugar á donde el mar nos habia arrojado, sin haber tomado disposicion alguna sobre lo que debíamos practicar, á causa del abatimiento en que estábamos con tan gran fracaso.

«Al dia siguiente, luego que salió el sol, nos alejamos de la playa, é internándonos en la isla, descubrímos habitaciones á las que nos acercamos. Á nuestra llegada, acudieron muchos negros, nos rodearon, se apoderaron de nosotros, hicieron una especie de reparto y nos llevaron á sus casas.



«Cúponos en suerte á cinco compañeros y á mí ir á un mismo sitio. Nos hicieron sentar y nos sirvieron de cierta yerba, convidándonos por señas á que comiésemos de ella. Mis com-

pañeros, sin reflexionar que los que la ofrecian no la probaban, no pensaron mas que en el hambre que los acosaba y se abalanzaron á aquel manjar. En cuanto á mí, recelándome de algun engaño, no quise siquiera probarla, lo cual me aprovechó porque muy luego advertí que mis compañeros habian perdido el seso, y que al hablarme no sabian lo que se decian.

« Sirviéronnos despues arroz aderezado con aceite de coco, y mis compañeros comieron de él en gran cantitad. Yo no hice mas que probarlo. Los negros nos habian presentado aquella yerba para trastornarnos el juicio y quitarnos así el pesar que debia causarnos el triste conocimiento de nuestra suerte, y nos daban arroz para engordarnos. Como eran antropófagos, su ánimo era comernos cuando estuviésemos en sazon. Esto fué lo que sucedió á mis compañeros, quienes ignoraron su suertė, porque no estaban en su sana cordura. Habiendo conservado la mia, ya os podeis figurar, señores, que en vez de engordar como los demás, me puse mas flaco de lo que estaba. El temor de la muerte de que estaba continuamente sobrecojido, convertia en veneno todos los alimentos que tomaba. Me sobrevino una languidez que me fué muy provechosa, porque los negros, habiendo muerto y comido á mis compañeros, no pasaron adelante, y viéndome seco, descarnado y enfermo, aplazaron ni muerte para otra coyuntura.

« Entretanto tenia mucha libertad, y casi no reparaban en mis acciones, y así me alejé un dia de las habitaciones de los negros, decidido á escaparme. Un anciano que lo advirtió y malició mi intento me voceó reciamente que volviera; pero en vez de obedecerle, apresuré el paso y pronto le perdí de vista. No habia entónces en las habitaciones sino aquel anciano, pues las demás negros estaban ausentes y no debian volver hasta el anochecer, lo que acostumbraban hacer con frecuencia. Por eso, estando seguro de que ya no estarian á tiempo para correr en pos de mí cuando supiesen mi fuga; caminé hasta la noche, en que me paré para descansar un poco y comer de los víveres que llevaba. Pero pronto proseguí mi camino y continué andando durante siete dias, evitando los poblados. Vivia de cocos, que me proporcionaban al mismo tiempo comida y bebida.

« Al octavo dia llegué cerca del mar y descubrí hombres blancos, como yo, afanados en cojer pimienta, que abundaba mucho. Su quehacer me fué de buen agüero, y no tuve ninguna dificultad en acercarme á ellos. »

Nada mas dijo Cheherazada hasta la noche siguiente, en que habló así :

NOCHE CCXXIV.

« Los hombres que estaban cojiendo pimienta, » prosiguió Sindbad, « me salieron al encuentro ; luego que me vieron me preguntaron en árabe quién era y de dónde venia. Contento al oirlės hablar como yo, satisfice gustoso su curiosidad, refiriéndoles como habia naufragado y llegado á aquella isla, en donde habia caido en manos de los negros. « Pero esos negros, » me dijeron, « comen los hombres. ¿ Por qué milagro os habeis librado de su crueldad ? » Híceles la misma relacion que acabais de oir, y quedaron sumamente admirados.

« Quedéme con ellos hasta que hubieron cojido la pimienta que necesitaban, y luego me hicieron embarcar en el bajel que los habia conducido allí, y pasamos á otra isla de la cual habian venido. Me presentaron á su rey, que era un buen príncipe. Tuvo la paciencia de escuchar la relacion de mis aventuras, que le pasmaron en estremo. Luego me mandó dar otros vestidos y dispuso que tuvieran cuidado de asistirme.

« La isla estaba pobladísima y era abundante de toda clase de renglones, y la ciudad en que residia el rey hacia un tráfico de mucha entidad. Aquel agradable asilo empezó á consolarme de mi desventura, y los agasajos que aquel jeneroso príncipe me dispensaba acabaron de restituirme á mis glorias. Con efecto, nadie le merecia tan suma privanza, y por consiguiente no

habia un individuo en la corte y la ciudad que no se desviviese por complacerme. Así pronto me miraron como un hombre solariego, mas bien que como advenedizo.

« Noté una particularidad harto peregrina. Todos, y aun el mismo rey, montaban á caballo sin brida y sin estribos. Con este motivo me tomé un dia la libertad de preguntarle por qué su majestad no se valia de avíos tan cómodos, y me respondió que le hablaba de unos inventos cuyo uso no era conocido en sus estados.

« Fuí al punto á casa de un carpintero y le mandé hacer el alma de una silla, segun el modelo que le di. Luego la guarnecí yo mismo con pelo y cuero y la adorné con un bordado de oro. Despues me valí de un herrero que hizo un bocado de la forma que le fuí esplicando, y tambien le mandé hacer unos estribos.

« Cuando todo estuvo acabado, presenté aquellos arreos al rey, y los probé con uno de sus caballos. Montó el monarca en él, y quedó tan satisfecho de la invencion, que me manifestó su complacencia con garbosos rasgos. No pude escusarme de hacer otras sillas para sus ministros y principales oficiales de su casa, quienes me hicieron todos regalos que en poco tiempo me enriquecieron. Tambien hice algunas para los sujetos principales de la ciudad, con lo cual me granjeé suma reputacion y miramiento.

« Como yo solia acudir á palacio con esmero, me dijo el rey un dia : « Sindbad, yo te amo y sé que todos mis súbditos, que te conocen, te aprecian muchísimo. Tengo que pedirte una fineza, y es forzoso que me la concedas. — Señor, » le respondí, « no hay objeto en que no esté pronto á manifestar mi obediencia á vuestra majestad ; tiene sobre mí un poder absoluto. — Quiero casarte, » replicó el rey, « para que el matrimonio te detenga en mis estados y ya no pienses en tu patria. » Como yo no me atrevia á oponerme á la voluntad del príncipe, me dió por esposa una dama de su corte, noble, hermosa, recatada y rica. Verificado el desposorio, me fuí á habitar con la dama y viví con ella durante algun tiempo en la mejor armonía. No obstante, estaba poco satisfecho con mi estado ; mi ánimo era escaparme á la primera coyuntura y regresar á Bagdad, cuyo recuerdo no podia borrar mi feliz estado.

« Tales eran mis intentos, cuando cayó enferma y murió la mujer de un vecino con el cual habia contraido íntima amistad. Fuí á su casa para consolarle, y hallándole sumido en amarguísimo desconsuelo, « Así Dios os guarde, » le dije acercándome á él, « y os conceda larguísima vida. — ¡ Ay de mí ! » me respondió, « ¿ cómo quereis que alcance la gracia que me deseais, si no me queda mas que una hora de vida ? — ¡ Oh ! » repuse, « no os esteis ahí atormentando con aprension tan aciaga, pues yo vivo esperanzado de que no sucederá semejante fracaso, y que tendré el gusto de poseeros aun por mucho tiempo. — Deseo, » replicó, « que vuestra vida sea de larga duracion ; en cuanto á mí, todo se acabó, pues hoy me entierran con mi mujer : tal es la costumbre que nuestros antepasados establecieron en esta isla y que han observado inviolablemente. Al marido vivo se le entierra con su difunta, y á la mujer viva con el marido muerto. Nada puede salvarme ; todos se avienen á esta ley. »

« Mientras que me estaba hablando de tan estraña barbarie, cuya noticia me sobresaltó, llegaron en cuerpo los parientes, amigos y vecinos para asistir á las exequias. Vistieron el cadáver de la mujer con su mas rico traje, como si fuera un dia de boda, y la adornaron con todas sus joyas. Luego tomaron en hombros el ataud descubierto, y la comitiva se puso en marcha. Encabezaba el marido aquel duelo, y seguia el cuerpo de su mujer. Encamináronse á un cerro, y cuando hubieron llegado, levantaron una gruesa piedra que cubria la entrada de un pozo muy profundo, y allí bajaron el cadáver, sin quitarle el traje ni las joyas. Hecho esto, el marido abrazó á sus parientes y amigos, se metió en un ataud, sin oponer resistencia, con un cantarillo de agua y siete panecillos, y luego le bajaron del mismo modo que lo habian hecho con su mujer. El cerro era dilatado y se estendia hasta servir de límite al mar, y el pozo era muy profundo. Terminada la ceremonia, volvieron á colocar la piedra sobre la entrada.

« No necesito deciros, señores, que presencié desconsoladamente aquellos funerales. Todas las demás personas que asistieron á ellos se manifestaron poquísimo conmovidas, acostumbradas á ver muchas veces lo mismo. Mas no pude menos de franquearme con el rey diciéndole lo que pensaba sobre este punto. « Señor, » le dije, « no está en mi mano el desechar la estrañeza de esta costumbre que reina en vuestros estados enterrando á los vivos con los difuntos. He viajado mucho y he tratado á jentes de muchas naciones, y nunca oí hablar de ley tan inhumana. — ¿ Qué quieres, Sindbad ? » me respondió el rey, « es una ley comun, á la que yo mismo estoy avasallado : me enterrarán vivo con la reina mi esposa, si muere antes que yo. — Pero, señor, » le dije, « ¿ me atreveré á pre-

guntar á vuestra majestad si los estranjeros están obligados á seguir esa costumbre? — Sin duda, » repuso el rey sonriéndose del motivo de mi pregunta: « no están esceptuados cuando están casados en esta isla. »

« Volví acongojado á casa con esta respuesta. La zozobra de que mi esposa muriera primero y que me enterraran vivo con ella me sujeria reflexiones muy angustiosas. Sin embargo, ¿ qué remedio cabia en tamaño quebranto? Fué preciso armarse de paciencia y dejarlo á la voluntad de Dios. Empero temblaba á la menor indisposicion que apuntaba á mi mujer; pero ¡ay de mí! pronto se realizaron mis zozobras, pues adoleció verdadera y gravemente y murió en pocos dias. »

Á estas palabras, Cheherazada terminó su narracion por aquella noche, y en la inmediata prosiguió así:

NOCHE CCXXV.

« Haceos cargo de mi conflicto, » dijo Sindbad. « Ser enterrado vivo no me parecia un fin menos lamentable que el de ser devorado por antropófagos. Sin embargo, no cabia arbitrio. El rey, acompañado de toda su corte, quiso honrar con su presencia las exequias, y todos los personajes de la ciudad me hicieron tambien el obsequio de asistir á mi entierro.

« Cuando todo estuvo dispuesto para la ceremonia, colocaron el cuerpo de mi mujer en un ataud con todas sus joyas y atavíos, y la comitiva emprendió su marcha. Como segundo galan de tan lamentable trajedia, seguia inmediatamente el ataud de mi mujer, anegados los ojos en llanto y lamentándome de mi desgraciada suerte. Antes de llegar al cerro, quise hacer una tentativa en el ánimo de los circunstantes. Encaréme primeramente con el rey, despues con todos los que se hallaron al rededor de mí, é inclinándome delante de ellos hasta el suelo para besar el estremo de su vestido, les pedí que tuvieran compasion de mí. « Considerad, » les decia, « que soy estranjero, y no debo estar comprendido en una ley tan rigurosa, pues tengo otra mujer é hijos en mi pais. » Por mas que pronuncié estas palabras con acento lastimero, nadie se enterneció; al contrario, se apresuraron á bajar al pozo el cuerpo de mi mujer, y poco despues me descolgaron tambien en otro ataud descubierto con un cantarillo de agua y siete panes. Terminada por fin aquella ceremonia, tan funesta para mí, colocaron la piédra en la entrada del pozo, á pesar de mi sumo quebranto y de mis lamentables gritos.

« Al paso que me acercaba al fondo, descubria, á la escasa vislumbre que calaba de lo alto, la disposicion de aquel lugar subterráneo. Era una cueva muy estensa y que podia tener cincuenta codos de hondo. Pronto sentí un hedor insufrible que despedian muchos cadáveres que habia á derecha é izquierda, y aun creí oir que los últimos que habian bajado vivos daban el postrer suspiro. Con todo, cuando llegué abajo, salté prontamente del ataud, y me alejé de los cadáveres, tapándome las narices. Me tendí en el suelo y permanecí largo rato anegado en llanto. Entónces recapacitando sobre mi triste suerte, « Es cierto, » decia, « que Dios dispone de nosotros segun los decretos de su Providencia; pero, pobre Sindbad, ¿ no es culpa tuya si te ves condenado á una muerte tan estraña? ¡ Ojalá hubieses perecido en alguno de los naufrajios de que te salvaste! no moririas ahora de modo tan lento y terribie en todas sus circunstancias. Pero tú te los has acarreado con tu maldita codicia. ¡ Ah desventurado! ¿ no era mejor que te hubieses quedado en tu casa, disfrutando el producto de tus afanes? »

« Tales eran las querellas infructuosas con que hacia resonar la cueva, lastimándome la cabeza y el pecho de rabia y desesperacion y engolfándome en las aprensiones mas horrorosas. Con todo, en vez de llamar la muerte en mi auxilio, el amor á la vida asomó todavía en mi interior y me animó á prolongar mis dias.

Fuí á tientas, y tapándome las narices, á buscar el pan y el agua que estaban en mi ataud, y me puse á comer.

« Aunque la oscuridad que reinaba en la cueva era tan densa que no se distinguia el dia de la noche, no por eso dejé de encontrar mi ataud, y me pareció que la estancia era mas espaciosa y estaba mas llena de cadáveres de lo que al pronto habia creido. Viví algunos dias con mi pan y agua; pero al fin, no teniendo mas, me preparé á morir... »

Cheherazada dejó de hablar á estas últimas palabras, y á la noche inmediata habló en estos términos:

NOCHE CCXXVI.

« Ya no aguardaba mas que la muerte, » prosiguió Sindbad, « cuando oí levantar la piedra. Bajaron un cadáver y una persona viva. El muerto era un hombre. Natural es tomar determinaciones estraordinarias en los grandes apuros; cuando bajaban la mujer, me acerqué al lugar en que debia colocarse su ataud, y cuando advertí que cubrian la entrada del pozo, descargué sobre la cabeza de la desgraciada dos ó tres grandes golpes con un gran hueso con que me habia armado. Quedó aturdida, ó mejor diré, la maté; y como no hacia este acto inhumano sino para aprovecharme del pan y agua que estaban en el ataud, tuve provisiones para algunos dias. Al cabo de este tiempo bajaron una mujer muerta y un hombre vivo: maté al hombre del mismo modo, y como, felizmente para mí, hubo entónces una especie de mortandad en la ciudad, no carecí de víveres, valiéndome siempre del mismo arbitrio.

« Un dia que acababa de matar una mujer, oí respirar y andar. Adelantéme hácia donde salia el ruido; oí respirar con mas fuerza, y me pareció ver un objeto que huia. Seguí aquella especie de sombra, que se paraba á veces y respiraba siempre al huir cuando yo me acercaba á ella. La perseguí tanto rato y fuí tan lejos, que al fin divisé una luz que parecia una estrella. Fuí andando hácia esta luz, perdiéndola á veces de vista, segun me la ocultaban los obstáculos; pero siempre volvia á hallarla, y al fin descubrí que provenia de una hendidura de la peña, bastante ancha para pasar por ella.

« Á este descubrimiento, me paré un rato para recobrarme de la violenta conmocion que habia sentido; luego, habiéndome adelantado hasta la hendidura, pasé por ella y me hallé en la orilla del mar. Imajinaos el estremo de mi júbilo; fué tal que me costó persuadirme que no era un sueño. Cuando me convencí de que era una realidad positiva y mis sentidos hubieron vuelto á su asiento acostumbrado, comprendí que el ser que habia oido respirar y habia seguido, era algun animal salido del mar que solia entrar en la gruta para alimentarse de cadáveres.

« Escudriñé el monte y observé que estaba situado entre la ciudad y el mar, sin tener comunicacion por ningun camino, porque estaba tan empinado, que la naturaleza no lo habia hecho asequible. Postréme en la playa para dar gracias á Dios de la merced que acababa de hacerme. Volví despues á la cueva para recojer el pan, que salí á comer á la luz del dia con mejor apetito del que habia tenido desde que me habian empozado en aquel pavoroso sitio.

« Volví otra vez á dentro, y á tientas recojí en los ataudes todos los diamantes, rubiés, perlas, brazaletes y preseas de oro, y por fin cuantas ricas telas hallé á mano. Llevélo todo á la orilla del mar, hice varios lios con las cuerdas que habian servido á descolgar los ataudes y los dejé en la playa, aguardando una ocasion propicia, sin miedo de que la lluvia los echase á perder, por cuanto á la sazon era verano.

« Al cabo de dos ó tres dias, divisé un bajel que acababa de salir del puerto y pasó muy cerca del paraje en donde me hallaba. Hice señas con la tela de mi turbante y voceé con cuanto brio me fué dable para que me oyesen. Logrélo, y echaron la lancha para recojerme. Preguntándome los marineros por qué desgra-

cia me hallaba en aquel paraje, respondí que me habia salvado dos dias antes de un naufrajio con las mercancías que estaban viendo. Afortunadamente para mí, aquellas jentes, sin pararse en el lugar donde me hallaba, ni si era verosímil lo que les decia, se contentaron con mi respuesta, y me llevaron con mis lios.

« Cuando llegamos á bordo, el capitan, satisfecho en su interior con su fineza, y embargado con la maniobra del buque, tuvo igualmente á bien creer el supuesto naufrajio que le dije haber padecido. Ofrecíle algunas piedras preciosas; pero no quiso aceptarlas.

« Pasamos por delante de muchas islas, y entre otras la llamada de las Campanas, que dista diez jornadas de la de Serendib, y seis de la de Kela, en la cual desembarcamos. En ella hay minas de plomo, caña de Indias y escelente alcanfor.

« El rey de la isla de Kela es riquísimo y poderoso, estendiéndose su autoridad á toda la isla de las Campanas, que tiene dos jornadas de ancho, y cuyos habitantes son tan bárbaros que aun comen carne humana. Despues de haber traficado aventajadamente en aquella isla, dímos la vela y tocamos en otros muchos puertos. Finalmente, llegué con toda felicidad á Bagdad con infinitas riquezas, que es por demás el irlas refiriendo. Para dar gracias á Dios por los favores que me habia hecho, di muchas limosnas, ya para el sosten de varias mezquitas, como para la subsistencia de los pobres, y empecé á divertirme con mis parientes y amigos. »

Aquí acabó Sindbad la narracion de su cuarto viaje, que causó á sus oyentes mas admiracion que los tres anteriores. Hizo un nuevo presente de cien zequines á Hindbad, á quien rogó que volviera con los demás el dia siguiente á la misma hora, para comer con él y oir la narracion de su quinto viaje. Hindbad y los demás convidados se despidieron de él y se retiraron. Al dia siguiente, en estando juntos, se sentaron á la mesa, y al acabarse la comida, que duró tanto como las demás, Sindbad empezó de este modo la relacion de su quinto viaje :

QUINTO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO.

« Los recreos vinieron á borrar de mi memoria todos los tropiezos y quebrantos que habia padecido, sin poderme desarraigar la pasion de emprender nuevos viajes. Por eso compré mercancías, las mandé enfardar y cargar en carruajes y me encaminé con ellas al primer puerto de mar. Allí, para no depender de patrones y tener un buque á mis órdenes, me tomé el trabajo de mandar construir uno y lo equipé á mi costa. Luego que estuvo corriente, cargué en él mis mercancías, me embarqué, y como no tenia cargamento completo, admití á varios mercaderes de diferentes naciones con sus jéneros.

« Dímos la vela al primer viento favorable y nos hicimos á la mar. Al cabo de una larga navegacion, el primer lugar en que desembarcamos fué una isla desierta, en la que hallamos el huevo de un roc, de un tamaño semejante al que os dije anteriormente. Contenia un roc próximo á salir á luz, pues el pico empezaba á asomar. »

Á estas palabras, Cheherazada calló, pues ya entraba la luz en el aposento del sultan de las Indias. Á la noche siguiente prosiguió así :

NOCHE CCXXVII.

Sindbad el marino dijo, al referir su quinto viaje : « Los mercaderes que se habian embarcado en mi bajel, y que habian desembarcado conmigo, rompieron el huevo á hachazos é hicieron una abertura por la cual sacaron el roc á pedazos y lo asaron. Yo les habia advertido con muchas veras que no tocaran al huevo, pero no quisieron escucharme.

« Apenas hubieron acabado el banquete, cuando aparecieron en el aire, bastante lejos de nosotros, dos grandes nubes. El capitan que yo habia asalariado para gobernar la nave, sabien-

do por esperiencia lo que significaba aquello, clamó que eran los padres del roc y nos instó á que nos embarcásemos prontamente para evitar el fracaso que estaba previendo. Seguimos su consejo con afan y nos hicimos á la mar con toda prontitud.

« Entretanto los dos rocs se acercaron dando espantosos alaridos, que redoblaron, cuando vieron el estado en que se hallaba el huevo y que el pollo no existia. Tendieron su vuelo hácia el paraje de donde habian venido, con intencion de vengarse, y desaparecieron por un rato, mientras nosotros forzamos vela para alejarnos y evitar lo que no dejó de sucedernos.

« Volvieron y observamos que tenian cada uno en las garras un peñasco de enorme tamaño. Cuando estuvieron cabalmente sobre mi buque, se pararon, y cerniéndose en el aire, uno de ellos soltó el peñasco que tenia agarrado, pero gracias á la maestría del piloto, que hizo virar el buque echando á la banda el timon, no cayó encima, y sí al lado en el mar, que se entreabrió de modo que casi se le descubrió el fondo. La otra ave, por nuestra desgracia, dejó caer el peñasco tan puntualmente sobre el medio del buque, que lo estrelló é hizo mil pedazos. Todos los marineros y pasajeros quedaron aplastados ó sumerjidos. Yo fuí uno de los últimos; pero volviendo sobre el agua, tuve la suerte de asirme de una tabla. Así agarrado, y ayudándome ya con un brazo, ya con el otro, favoreciéndome el viento y la corriente, llegué á una isla, cuya playa era muy brava, pero con todo vencí aquella dificultad y me salvé.

« Sentéme sobre la yerba para recobrarme un poco de la fatiga, y luego habiéndome levantado, me entré por la isla para reconocer el terreno. Me pareció que me hallaba en un jardin delicioso : veia por todas partes árboles, unos cargados de frutas verdes, y otros de flores, y arroyos de agua cristalina que daban mil revueltas. Comí de aquellas frutas, que hallé escelentes, y bebí de aquella agua, que me convidaba á beber.

« A la caida de la noche me tendí sobre la yerba en un paraje bastante cómodo ; pero no dormí ni una hora, y mi sueño fué tan solo á ratos, por la zozobra de verme solo en un lugar tan desierto. Así pasé la mayor parte de la noche en estremo inconsolable y reconviniéndome por la insensatez que habia padecido en no quedarme en casa en vez de emprender aquel último viaje. Estas reflexiones me arrebataron hasta el punto de intentar un crímen contra mi existencia ; pero la luz del dia desvaneció mi desesperacion. Levantéme y fuí andando entre los árboles, no sin zozobra.

« Habiéndome internado un tanto por la isla, descubrí un anciano que me pareció muy quebrantado. Estaba sentado á la orilla de un arroyo, y al pronto me imajiné que era alguno que habia naufragado como yo. Acerquémе á él, saludéle, y solo me contestó con una escasa cabezada. Preguntéle lo que estaba haciendo allí; pero en vez de contestarme, me hizo seña que le tomara en hombros y le pasara al otro lado del arroyo, dándome á entender que era para cojer fruta.

« Creí que necesitaba aquel favor; por lo tanto e tomé en hombros y atravesé el arroyo. « Bajad, » le dije entónces agachándome para ayudarle; pero en vez de bajarse (y aun me rio cuando me acuerdo), aquel anciano, que me habia parecido tan decrépito, pasó lijeramente al rededor de mi cuello sus dos piernas, cuyo pellejo era semejante al de una vaca, poniéndose á horcajadas sobre mis hombros, apretándome tanto la garganta como si quisiera ahogarme. Sobrecojido de susto, caí desmayado. »

Cheherazada hubo de suspender su narracion, porque ya amanecia, y á la noche siguiente continuó de esta manera :



NOCHE CCXXVIII.

«Á pesar de mi desmayo,» dijo Sindbad, «el importuno anciano se mantuvo siempre asido del cuello, y solo separó un poco las piernas para que pudiera volver en mí. Cuando hube recobrado el sentido, me apoyó fuertemente un pié contra el pecho, y golpeándome reciamente con el otro en el costado, me obligó á que me levantara á pesar mio. Luego que estuve en pié, me hizo andar por debajo de los árboles; me precisó á que me parase para cojer y comer las frutas que encontrábamos; no me soltaba durante el dia, y cuando yo queria descansar de noche, se tendia en el suelo conmigo, siempre asido de mi pescuezo. Todas las mañanas me despertaba empujándome, y luego que me habia levantado, me hacia andar apretándome con sus piés. Imajinaos, señores, cual seria mi congoja viéndome abrumado de aquella carga, sin podérmela quitar de encima.

«Un dia hallé en el camino muchas calabazas secas, que se habian caido de un árbol, y habiendo cojido una bastante gruesa, la limpié bien y esprimí dentro de ella el jugo de varios racimos de uva, fruta que abundaba en aquella isla y que encontrábamos á cada paso. Cuando hube llenado la calabaza, la puse en un paraje al que tuve la maña de hacer que el viejo me llevase á pocos dias. Allí cojí la calabaza, y llevándola á la boca, bebí un escelente vino, que me hizo olvidar por un rato el pesar mortal que me tenia angustiado. Esta bebida me dió ánimo, y aun me puso alegre, de modo que empecé á cantar y á saltar caminando.

«El anciano, que advirtió el efecto que me habia causado aquella bebida y que le llevaba con mas lijereza de lo que solia, me hizo seña para que le dejara beber de ella: presentéle la calabaza, cojióla, y como el licor le pareció agradable, la apuró hasta la última gota. Bebió bastante para embriagarse: cuando los vapores del vino se le subieron á la cabeza, empezó á cantar á su modo y á menearse sobre mis hombros. Los saltos que daba le hicieron arrojar lo que tenia en el estómago, y sus piernas se aflojaron un poco, de modo que viendo que ya no me apretaba, le tiré al suelo en donde quedó sin movimiento. Entónces cojí una gruesa piedra y le aplasté con ella la cabeza.

«Grande fué mi alegría al verme libre de aquel maldito viejo, y me encaminé hácia la orilla del mar, en donde encontré algunos marineros pertenecientes á un bajel que acababa de fondear para hacer aguada y cojer algunas frutas. Quedaron muy admirados al verme y oir las circunstancias de mi aventura. «Habiais caido,» me dijeron, «en manos del Viejo del mar, y sois el primero á quien no ha ahogado. Nunca abandonaba á los que habia cojido, hasta que los habia ahogado, y ha hecho esta isla célebre por las muchas personas que ha muerto. Los marineros y mercaderes que desembarcaban en ella nunca se atrevian á internarse, sino en partidas.»

«Despues de haberme informado de todas estas particularidades, me llevaron consigo á su buque, cuyo capitan se manifestó gozoso en admitirme, cuando supo cuanto me habia sucedido. Pronto dió la vela, y al cabo de algunos dias de navegacion, fondeamos en el puerto de una gran ciudad, cuyas casas estaban edificadas con grandiosos sillares.

«Uno de los mercaderes de la nave, que me habia cobrado amistad, me obligó á que le acompañara, y me llevó á un parador destinado para servir de albergue á los mercaderes estranjeros. Dióme un gran saco; luego habiéndome recomendado á algunos hombres de la ciudad, que llevaban como yo su saco, y rogádoles que me llevaran consigo á cojer cocos, «Id,» me dijo, «seguidlos y haced como ellos, y no os alejeis, porque os espondriais.» Dióme víveres para aquel dia y me marché con aquella jente.

«Llegamos á un gran bosque de árboles muy elevados y rectos y cuyo tronco era tan liso que no era posible subir por él hasta las ramas donde estaba el fruto. Todos los árboles eran cocales, cuya fruta queríamos cojer. Á entrar en el bosque, vimos gran número de monos y micos,

que huyeron luego que nos descubrieron, y se subieron á la copa de los árboles con ajilidad asombrosa. »

Cheherazada queria prosegnir, pero ya asomaba el dia, y así dejó la continuacion para la noche siguiente.

NOCHE CCXXIX.

« Los mercaderes con quienes me hallaba, » prosiguió Sindbad, « juntaron piedras y las tiraron con toda su fuerza á las copas de los árboles contra los monos. Imité su ejemplo, y ví que aquellos animales, conociendo nuestro intento, iban cojiendo los cocos afanadamente, y nos los tiraban con jestos que demostraban su ira y encono. Amontonamos los cocos, y de cuando en cuando tirábamos piedras para encolerizar á los monos. Por este medio llenábamos nuestros sacos, lo cual de otro modo nos hubiera sido imposible.

« Logrado el intento, nos volvimos á la ciudad, en donde el mercader que me habia enviado al bosque me dió el valor del saco de cocos que habia traido. « Continuad, » me dijo, « é id todos los dias á hacer lo mismo hasta que hayais ganado con que poderos volver á vuestro pais. » Dile gracias por su buen consejo, é insensiblemente fuí acopiando tantos cocos, que importaban una cantidad considerable.

« El buque donde habia llegado se habia marchado con unos mercaderes que lo habian cargado de cocos. Aguardé la llegada de otro, que pronto fondeó en el puerto de aquella ciudad en busca de cargamento igual. Mandé embarcar todos los cocos que me pertenecian, y cuando estuvo pronto á dar la vela, fui á despedirme del mercader á quien tanto debia. No pudo embarcarse conmigo, porque aun no habia redondeado sus negocios.

« Salimos y nos encaminamos hácia la isla en donde abunda la pimienta. Desde allí pasamos á la isla de Comari, que da la mejor madera de aloé, y cuyos habitantes observan la ley inviolable de no beber vino ni consentir ningun lupanar. En estas dos islas cambié mis cocos por pimienta y madera de aloé, y fuí con otros mercaderes á la pesca de las perlas, en donde tomé buzos asalariados por mi cuenta. Pescaron gran cantitad de perlas muy gruesas y redondas. Volví á embarcarme en un bajel que llegó prósperamente á Balsora; desde allí regresé á Bagdad, en donde saqué mucho dinero de la pimienta, madera de aloé y perlas que habia traido. Distribuí en limosnas la décima parte de mis ganancias, como en mis viajes anteriores, y procuré descansar de mis fatigas con toda clase de recreos. »

Al acabar estas palabras, Sindbad mandó que dieran otros cien zequines á Hindbab, quien se retiró con los demás convidados. Al dia siguiente concurrió la misma reunion á casa del rico Sindbad, quien, despues de haber obsequiado á los circunstantes, pidió audiencia y refirió su sexto viaje del modo que voy á deciros :

SEXTO VIAJE DE SINDBAD EL MARINO.

« Señores, » les dijo, « sin duda estais deseosos de saber cómo, despues de haber naufragado cinco veces y haber corrido tantos riesgos, pude determinarme otra vez á probar fortuna y buscar nuevas desdichas. Cuando lo reflexiono, yo mismo me pasmo, y seguramente debia arrebatarme por ese rumbo mi estrella. Como quiera que sea, al cabo de un año de descanso, me preparé para emprender un sexto viaje, á pesar de los ruegos de mis parientes y amigos, que todos echaron el resto por detenerme.

« En vez de encaminarme al golfo Pérsico, atravesé otra vez varias provincias de la Persia y de las Indias y llegué á un puerto de mar, en donde me embarqué en un buque velero, cuyo capitan estaba en ánimo de emprender una larga navegacion. Esta fué con efecto larguísima; pero al mismo tiempo tan desventurada, que capitan y piloto perdieron su rumbo, de modo que ignoraban donde nos hallábamos.

Por fin lo conocieron; pero no tuvimos motivo para alegrarnos cuantos íbamos en el buque, cuando un dia vimos con suma estrañeza que el capitan se levantaba de su asiento dando alaridos. Tiró al suelo el turbante, empezó á mesarse la barba y á golpearse la cabeza, como un hombre á quien la desesperacion ha trastornado el juicio. Preguntámosle por qué se desesperaba de aquel modo « Os anuncio, » nos respondió, que nos hallamos en el paraje mas peligroso del mar. Una corriente rapidísima se lleva al buque, y vamos á perecer todos dentro de un cuarto de hora. Rogad á Dios que nos libre de este peligro : no podemos evitarlo, si no se apiada de nosotros. » Á estas palabras, mandó aferrar velas; pero las cuerdas se rompieron en la maniobra, y el buque, sin que fuera posible remediarlo, fué arrebatado por la corriente á la falda de un monte inaccesible, en donde encalló y se abrió, aunque de modo que al paso que salvamos nuestras vidas pudimos desembarcar nuestros víveres y mas preciosas mercancías.



« Hecho esto, díjonos el capitan : « Dios acaba de hacer lo que ha sido de su agrado. Podemos abrir cada uno nuestra huesa y darnos el adios postrero, porque estamos en un lugar tan funesto, que ninguno de cuantos fueron arrojados aquí antes que nosotros volvió nunca á su pais. » Estas palabras nos causaron mortal afliccion y nos abrazamos unos á otros anegados en llanto y lamentando nuestra desgraciada suerte.

« El monte á cuya falda nos hallábamos formaba la costa de una isla muy larga y estensa. Estaba cubierta de trozos de embarcaciones que habian naufragado, y presumimos que se habia perdido allí mucha jente, á vista de los montones de huesos que se encontraban de trecho en trecho y nos horrorizaban en estremo. Increible parecia tambien la gran cantidad de mercancías y riquezas que se presentaban por todas partes á nuestra vista. Pero todos estos objetos solo sirvieron para aumentar el desconsuelo que nos estaba acosando. Así como los rios en todas partes corren á echarse en el mar, allí, al con-

trario, un rio caudaloso de agua dulce se aleja del mar y se interna en la costa pasando por una cueva lóbrega, cuya abertura es sumamente alta y ancha. Lo mas notable de aquel sitio es que las piedras del monte son de cristal, de rubíes ó de otras piedras preciosas. Tambien se ve un manantial de una especie de pez ó resina que corre al mar, y que los peces tragan y luego restituyen convertido en ámbar gris, que arrojan las olas sobre la arena que está cubierta de él. Tambien se encuentran árboles, que son la mayor parte de madera de aloé y no desmerece en bondad de la de Comari.

« Para terminar la descripcion de aquel sitio, que puede llamarse un abismo, puesto que nada vuelve de él, debo decir que es imposible que los buques puedan alejarse cuando se han acercado á cierta distancia. Si los impele el viento de mar, este y la corriente los pierden, y si se hallan allí cuando sopla el viento de tierra, que pudiera favorecer su desvio, la altura del monte lo detiene y ocasiona una calma que franquea el empuje de la corriente que los lleva contra la costa, en donde se estrellan, como le sucedió al nuestro. Para completar aquella desventura, no es posible trepar á la cumbre del monte ni salvarse por ningun paraje.

« Permanecímos en la playa como hombres que han perdido el juicio y aguardábamos la muerte de dia en dia. Al principio habíamos hecho partes iguales de los víveres, y así cada uno vivió mas ó menos que sus compañeros, segun su temperamento y el uso que hizo de sus provisiones. »

Cheherazada dejó de hablar, viendo que asomaba el dia, y al siguiente prosiguió de este modo la narracion empezada :

NOCHE CCXXX.

« Los que murieron primero, » prosiguió Sindbad, « fueron sepultados por los demás; en cuanto á mí, tributé los últimos ayes á todos mis compañeros, lo cual no debeis estrañar, porque, además de haber economizado mejor que ellos las provisiones que me habian cabido en suerte, guardaba reservadas otras que habia tenido cuidado de ocultar á mis compañeros. Con todo, cuando enterré al último, me quedaban tan pocos víveres, que juzgué que no podria existir mucho tiempo, de modo que me abrí yo mismo mi sepultura, determinado á tenderme en ella, ya que no habia quien me enterrase. Os confieso que al afanarme con semejante tarea, no pude menos de acordarme de que era yo mismo causa de mi perdicion, y me arrepentí de haberme comprometido en este último viaje. No paré en estas reflexiones : me ensangrenté las manos á bocados, y poco faltó para que anticipase mi muerte.

« Pero Dios se apiadó aun de mí y me inspiró la idea de ir hasta el rio que se simaba bajo la bóveda de la cueva. Allí, despues de haber examinado el rio con todo ahinco, dije acá para conmigo : « Este rio que se oculta así debajo de la tierra debe salir por algun paraje. Construyendo una balsa y abandonándome en ella á la corriente del agua, llegaré á una tierra habitada ó pereceré : en este caso, no habré hecho sino cambiar de muerte; si al contrario salgo de este sitio fatal, no solo evitaré la desventurada suerte de mis compañeros, sino que hallaré acaso alguna nueva ocasion de enriquecerme. ¿Quién sabe si la fortuna me aguarda al salir de este pavoroso escollo para indemnizarme con usura de mi naufrajio ? »

« No titubeé, despues de esta cavilacion, en formar una balsa ; hícela con buenos maderos y gruesos cables, porque habia bastante en que escojer ; atélos fuertemente y formé una pequeña embarcacion bastante sólida. Cuando estuvo concluida, la cargué con algunos fardos de rubíes, esmeraldas, ámbar gris, cristal de roca y telas preciosas. Habiendo puesto todas aquellas preciosidades en equilibrio y habiéndolas atado bien, me embarqué en la balsa con dos peque-

ños remos, que no me habia olvidado de hacer, y dejándome llevar por la corriente del rio, allá me arrojé á la voluntad de Dios.

« Luego que estuve debajo de la bóveda, ya no vi luz; las aguas me llevaban sin que pudiese advertir el rumbo que sentia : pasé algunos dias en aquella oscuridad, sin divisar nunca un rayo de luz. Una vez hallé la bóveda tan baja que faltó poco para que me lastimase la cabeza, lo cual me puso alerta para evitar semejante peligro. Durante aquel tiempo, solo comia de los víveres que me quedaban lo que naturalmente necesitaba para sostener la vida; pero por suma que fuese mi frugalidad, acabé con mis provisiones. Entónces, sin que pudiera evitarlo, un sueño suave se apoderó de mis sentidos : No me cabe deciros si dormí mucho tiempo; pero al despertarme me vi con asombro en una dilatada campiña, en la orilla de un rio en donde estaba atada mi balsa y rodeado de muchos negros. Levantéme luego que los vi, y los saludé. Me hablaron, pero no comprendí su lenguaje.

« En aquel momento me sentí tan arrebatado de regocijo, que no sabia si estaba despierto. Persuadido al fin de que no dormia, recité en alta voz estos versos arábigos. « Invoca á la Omnipotencia, y acudirá en tu auxilio. No tienes que pensar en otra cosa. Cierra los ojos, y durante tu sueño Dios cambiará tu suerte de mala en buena. »

« Uno de los negros que entendia el árabe, habiéndome oido hablar así, se adelantó y tomó la palabra. « Hermano, » me dijo, « no estrañeis el vernos. Habitamos la campiña que veis, y hemos venido hoy á regar nuestros campos con el agua de este rio que sale del monte inmediato. Hemos advertido que el agua arrastraba algun bulto; hemos acudido inmediatamente para ver lo que era, y hemos hallado que era una balsa; uno de nosotros se echó á nado y la condujo aquí. La hemos atado, como veis, y estábamos aguardando á que os despertaseis. Os rogamos que nos conteis vuestra historia, que debe ser muy peregrina. Decidnos cómo os habeis aventurado por este rio y de dónde venís. » Respondíles que me diesen primero de comer, y que despues satisfaria su curiosidad.



« Presentáronme varias clases de manjares, y cuando hube tomado algun alimento, les hice una puntual relacion de cuanto me habia sucedido, la cual parecieron escuchar con admiracion. Luego que hube acabado, « Esa es, » me dijeron por boca del intérprete, quien les habia esplicado lo que yo acababa de decir, « esa es una historia muy particular. Es preciso que vos mismo se la comuniqueis al rey, por ser harto estraordinaria para que se la refiera el mismo á

quien ha sucedido. » Respondíles que estaba pronto á hacer lo que quisiesen.

« Los negros enviaron por un caballo, que pronto llegó. Me lo hicieron montar, y mientras que unos caminaron delante de mí para enseñarme el camino, los demás, que eran los mas robustos, tomaron la balsa en hombros con los fardos que conducia y empezaron á seguirme. »

Á estas palabras, Cheherazada hubo de suspender su relacion, porque asomaba el dia. Al acabarse la noche siguiente, prosiguió en estos términos :

NOCHE CCXXXI.

« Caminamos juntos, » dijo Sindbad, « hasta la ciudad de Serendib, porque así se llamaba la isla en que me hallaba. Los negros me presentaron á su rey. Me acerqué á su trono y le saludé como se acostumbra hacerlo á los reyes de las Indias, esto es, me postré á sus piés y besé la tierra. Aquel príncipe me mandó levantar, y recibiéndome con semblante afable, me hizo adelantar y tomar asiento á su lado. Preguntóme primeramente cómo me llamaba, y habiéndole respondido que mi nombre era Sindbad, apellidado el marino, con motivo de los muchos viajes que habia emprendido por mar, añadí que era ciudadano de Bagdad. « ¿Pero cómo os hallais en mis estados? » añadió, « y ¿cómo habeis llegado á ellos ? »

« Nada le oculté al rey ; hícele la misma narracion que acabais de oir, y fueron tales su estrañeza y asombro, que mandó que se escribiera mi aventura en letras de oro para que se conservara en los archivos de su reino. Luego trajeron la balsa y abrieron los fardos en su presencia. Admiró la gran cantidad de madera de aloé y ámbar gris ; pero sobre todo los rubíes y esmeraldas, pues no habia ninguna en su tesoro que pudiera compararse con las mias.

« Observando que consideraba aquellas preciosidades con embeleso y que las iba mirando muy por menor, me postré y me tomé la libertad de decirle : Señor, no solo mi persona está al servicio de vuestra majestad, sino tambien la carga de la balsa, y le ruego que disponga de ella como de un bien que le pertenece.» Díjome sonriéndose : « Sindbad, me guardaré muy bien de quitaros la mas mínima parte de lo que Dios os ha dado. Lejos de disminuir vuestras riquezas, pretendo aumentarlas, y no quiero que salgais de mis estados sin llevar pruebas de mi liberalidad. » Solo respondí á estas palabras exhalando votos por la prosperidad del rey y alabando su dignacion y jenerosidad. Encargó á uno de sus oficiales que tuviera cuidado de mi asistencia, y me mandó dar criados que me sirvieran á espensas suyas. Aquel empleado cumplió fielmente las órdenes de su señor, é hizo trasladar á la habitacion donde me alojaron todos los fardos con que estaba cargada la balsa.

« Diariamente á ciertas horas iba á hacer mi corte al rey, y lo restante del tiempo lo empleaba en ver la ciudad y lo que me parecia mas digno de mi curiosidad.

« La isla de Serendib está situada bajo la línea equinoccial : así los dias y las noches son siempre de doce horas ; y tiene ochenta leguas de largo y otras tantas de ancho. La capital está situada en el estremo de un hermoso valle, formado por un monte que está en medio de la isla, y que es el mas elevado que hay en el mundo. Con efecto, se descubre desde el mar, cuando aun faltan tres dias de navegacion. Allí se encuentran rubíes, muchas clases de minerales, y todas las peñas son de esmeril, que es una piedra metálica que sirve para cortar las piedras preciosas. Tambien se ve toda clase de árboles y plantas peregrinas, sobre todo el cedro y el cocal. En sus orillas y en las embocaduras de sus rios, se pescan tambien perlas, y en algunos de sus valles se encuentran diamantes. Hice por devocion un viaje al monte á donde Adan fué enviado despues de su destierro del paraiso terrenal, y tuve la curiosidad de subir hasta la cumbre.

« Cuando volví á la ciudad, supliqué al rey

que me permitiera regresar á mi pais, lo cual me concedió con mucha afabilidad. Me obligó á admitir un rico presente que mandó sacar de su tesoro, y cuando fuí á despedirme de él, me encargó otro regalo mucho mas importante y una carta para el jefe de los creyentes, nuestro soberano señor, diciéndome : « Os ruego que presenteis de mi parte este regalo y esta carta al califa Harun Alraschid y le asegureis mi amistad. » Tomé respetuosamente el regalo y la carta, prometiendo á su majestad que ejecutaria puntalmente las órdenes de que tenia á bien encargarme. Antes que me embarcase, aquel monarca envió en busca del capitan y los mercaderes que debian embarcarse conmigo, y les mandó que me trataran con agasajo.

« La carta del rey de Serendib estaba escrita sobre la piel de cierto animal, muy precioso por su escasez y cuyo color tira á amarillo. Los caractéres de esta carta eran azulados, y he aquí lo que contenian en lengua india :

« El rey de las Indias, ante quien marchan mil elefantes, que vive en un palacio en cuyo techo centellean cien mil rubíes, y que posee en su tesoro veinte mil coronas engastadas con diamantes, al califa Harun Alraschid :

« Aunque el presente que os enviamos es de corta entidad, no por eso dejeis de admitirlo como hermano y amigo, en consideracion á la amistad que os abrigamos en nuestro corazon y de la que nos complacemos en daros un testimonio. Igual lugar os pedimos en la vuestra, pues creemos merecerla, siendo de una categoría igual á la que os realza. Os lo suplicamos á título de hermano. Adios. »

« El presente consistia : primero, en un vaso de un solo rubí, ahuecado y trabajado en copa, de medio pié de alto, y un dedo de macizo, cuajado de perlas muy redondas, y todas del peso de media dracma ; segundo, en una piel de serpiente que tenia las escamas grandes como una moneda comun de oro y que tenia la propiedad de preservar de enfermedad á quien se acostaba sobre ella ; tercero, en cincuenta mil dracmas de madera de aloé de la mas esquisita y treinta granos de alcanfor del tamaño de un alfónsigo ; y finalmente, acompañaba á todo esto una esclava de hermosura peregrina, y cuyos vestidos estaban cubiertos de piedras preciosas.

« El buque dió la vela, y despues de una larga y próspera navegacion, desembarcamos en Balsora, y desde allí pasé á Bagdad. Lo primero que hice á mi llegada fué cumplir el encargo que se me habia cometido. »

Nada mas dijo Cheherazada porque asomaba el dia, y dejó para la noche siguiente la continuacion de esta historia.

NOCHE CCXXXII.

« Tomé la carta del rey de Serendib, » prosiguió Sindbad, « y fuí á presentarme á la puerta del caudillo de los creyentes, seguido de la hermosa esclava y de las personas de mi familia que llevaban los presentes de que estaba encargado. Dije el motivo que allí me traia, y al punto me llevaron ante el trono del califa. Saludéle postrándome, y despues de haberle hecho una arenga muy concisa, le presenté la carta y los regalos. Cuando hubo leido lo que le escribia el rey de Serendib, me preguntó si era cierto que aquel príncipe fuese tan poderoso y opulento como aparecia en su carta. Postréme por segunda vez, y habiéndome vuelto á levantar, « Caudillo de los creyentes, » le respondí, « puedo asegurar á vuestra majestad que en nada exajera sus riquezas y poderío, pues de uno y otro fuí testigo. No cabe objeto capaz de causar mas admiracion que la magnificencia de su palacio. Cuando aquel monarca quiere presentarse en público, se le coloca un trono encima de un elefante, y allí se sienta y camina en medio de dos hileras compuestas de ministros, privados y palaciegos. Delante de él, sobre el mismo elefante, va un oficial que empuña una lanza de oro, y detrás del trono va otro en pié que lleva una columna de oro en cuyo remate hay una esmeralda de medio pié de largo y una pulgada

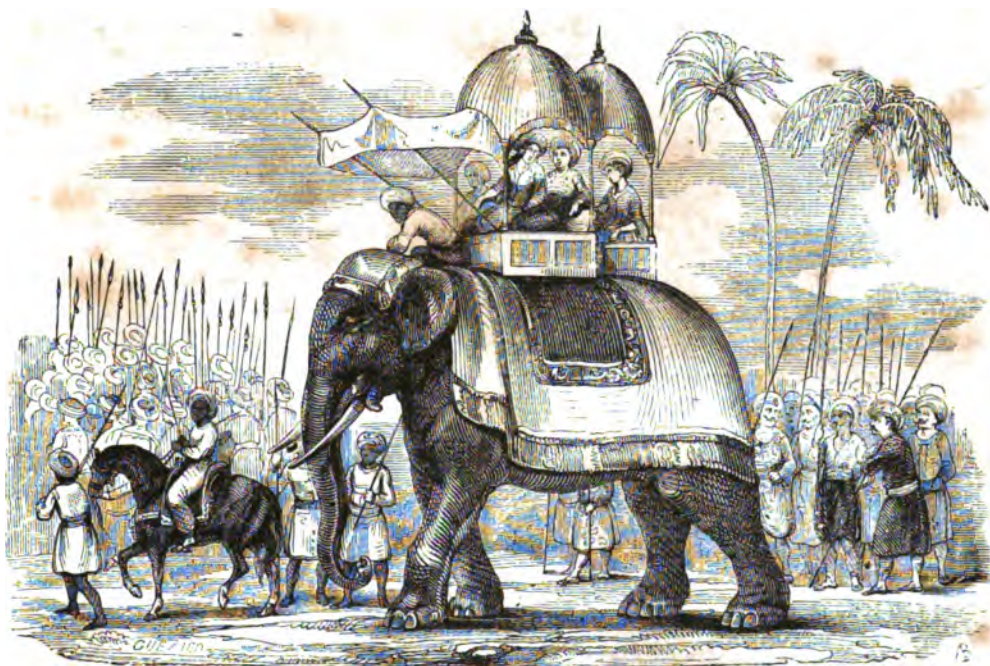
de grueso. Va precedido de una guardia de mil hombres, vestidos de brocado y montados en otros tantos elefantes ricamente enjaezados.

« Mientras que el rey va andando, el oficial que está delante de él en el mismo elefante va como pregonando : « He aquí al gran monarca, al poderoso y temible sultan de las Indias, cuyo palacio centellea tachonado de cien mil rubíes y que posee veinte mil coronas de diamantes. He aquí al monarca coronado, mas grande de lo que nunca lo fueron el ínclito Soliman y el gran Mihrajio. »

« Luego que ha pronunciado estas palabras, el oficial que va detrás del trono vocea : « Este monarca tan grande y poderoso ha de morir, ha de morir, ha de morir. » El oficial que va delante clama entónces : « Loor al que vive y no muere. »

« Además, el rey de Serendib es tan justo que no hay jueces en su capital, ni tampoco en las demás partes de su estados; sus pueblos no los necesitan : ellos mismos saben y observan puntualísimamente la justicia y nunca se apartan de su obligacion. Así los tribunales y majistrados estarian por demás en aquel pais. » El califa se mostró muy satisfecho de mi razonamiento. « La sabiduría de ese rey, » me dijo, « se manifiesta en su carta, y tras lo que acabais de manifestarme, es preciso confesar que su cordura es digna de sus pueblos y estos dignos de ella. » Á estas palabras, me dispidió, tras de haberme favorecido con un precioso regalo. »

Sindbad acabó de hablar y sus oyentes se retiraron ; pero Hindbad recibió antes cien zequines. Al dia siguiente volvieron á casa de Sindbad, quien refirió en estos términos su séptimo y último viaje :



SÉPTIMO Y ULTIMO VIAJE DE SINDBAD.

« Al regresar de mi sexto viaje, orillé todo pensamiento de emprender otros. Por otra parte me hallaba en una edad que estaba requiriendo reposo, y habia resuelto no esponerme mas á los peligros á que tantas veces habia estado espuesto. Así no pensaba mas que en pasar placenteramente lo restante de mi vida. Un dia que estaba obsequiando á unos amigos, entró uno de mis criados á avisarme que un oficial del califa preguntaba por mí. Al punto me levanté de la mesa y le salí al encuentro. « El califa, » me dijo, « me ha encargado que venga á deciros que quiere hablaros. » Marché á palacio con el oficial,

quien me presentó á aquel príncipe, á quien saludé postrándome á sus piés. « Sindbad, » me dijo, « es preciso que me hagais un servicio: esto es, que vayais á llevar mi repuesta y mis presentes al rey de Serendib. Es justo que corresponda á su cortesanía. »

« La órden del califa fué un rayo para mí. « Caudillo de los creyentes, » le dije, « estoy pronto á ejecutar todo cuanto vuestra majestad me mande; pero le ruego humildemente que piense que estoy aburrido de las fatigas increibles que tengo ya padecidas, y aun que hice voto de no salir nunca de Bagdad. » Con este motivo aproveché la ocasion de referirle todas mis aventuras, que tuvo á bien escuchar hasta el fin.

« Luego que hube dejado de hablar, « Confieso, » me dijo, « que esos acontecimientos son muy estraordinarios; pero con todo no deben retraeros de emprender por amor mio el viaje que os encargo. Solo se trata de que vayais á la isla de Serendib y cumplais el encargo que os doy. Hecho esto, seréis dueño de volver; pero es preciso que vayais, porque ya veis que no seria decoroso ni propio de mi dignidad que fuese deudor del rey de aquella isla. » Como vi que el califa exijia absolutamente que lo hiciese, le manifesté que estaba dispuesto á obedecerle, lo cual le sirvió de suma complacencia y me mandó entregar mil zequines para gastos de viaje.

« Á pocos dias estuve corriente, y luego que me hubieron entregado los presentes del califa y una carta escrita de su puño, tomé el camino de Balsora y allí me embarqué. Mi navegacion fué muy próspera y llegué á la isla de Serendib. Allí espuse á los ministros el encargo que traia y les rogué que me hicieran dar audiencia, en lo cual estuvieron puntualísimos. Lleváronme á palacio con toda distincion, y allí saludé al rey, postrándome segun costumbre. « Aquel monarca me conoció al punto y manifestó suma alegria de volverme á ver. « ¡ Ah! Sindbad, » me dijo, « bien venido seais. Os juro que he pensado muchas veces en vos desde vuestra partida. Bendigo este dia, ya que nos volvemos á ver. » Dile gracias por su dignacion, y luego le presenté la carta y los regalos del califa, que recibió con mucha satisfaccion.

« El califa le enviaba una completa cama de brocado, tasada en mil zequines, cien vestidos de riquísima tela, otros ciento de tela blanca, la mas fina del Cairo, Suez, Cufa y Alejandría; otra cama carmesí y otra de diferente hechura; un vaso de ágata mas ancho que hondo, de un dedo de macizo y medio pié de diámetro, cuyo interior representaba, en bajo relieve, un hombre semi arrodillado que iba á disparar una flecha contra un leon; y finalmente, una rica mesa que, segun tradiciones, habia pertenecido al gran Salomon. La carta del califa iba en estos términos:

« Salud, en el nombre del supremo Guia del recto camino, al poderoso y feliz sultan, de parte de Abdalá Harun Alraschid, á quien Dios ha colocado en el puesto de honor despues de sus antepasados de venturosa memoria.

« Con alegría recibimos vuestra carta y os enviamos esta, salida á luz del consejo de nuestra Puerta, jardin de sumos injenios. Esperamos que al pasar por ella la vista, conoceréis nuestra buena intencion y que os será grata. Adios. »

« El rey de Serendib se alegró de ver que el califa correspondia á la amistad que le habia manifestado. Á poco tiempo de esta audiencia, solicité la de mi despedida, que tuve trabajo en conseguir. Logréla al fin, y el rey, al despedirme, me hizo un presente de mucha consideracion. Embarquéme al punto con ánimo de volver á Bagdad; pero no tuve la suerte de llegar como lo esperaba, y Dios lo dispuso de otro modo.

« Tres ó cuatro dias despues de nuestra partida, fuímos atacados por unos corsarios, que se apoderaron con tanta mayor facilidad de nuestro buque, en cuanto no se hallaba en estado de defensa. Algunos quisieron resistirse, pero les costó la vida; en cuanto á mí y á los que tuvieron la cordura de no oponerse al intento de los corsarios, quedamos esclavos. »

Asomaba el dia, y Cheherazada suspendió su narracion hasta la noche siguiente.

NOCHE CCXXXIII.

Señor, dijo la sultana, Sindbad prosiguió refiriendo las aventuras de su último viaje: «Luego que los corsarios nos hubieron desnudado á todos y dádonos malos vestidos en lugar de los nuestros, nos llevaron á una grande isla muy distante, en donde nos vendieron.

«Caí en manos de un rico mercader, el cual, apenas me compró, cuando me llevó á su casa, me dió bien de comer y me vistió de esclavo. A pocos dias, como no se habia informado todavía de mí, me preguntó si sabia algun oficio. Respondíle, sin darme á conocer, que no era un artesano, sino un mercader de profesion, y que los corsarios que me habian vendido me habian quitado cuanto tenia. «Pero decidme,» repuso, «¿no sabriais disparar el arco?» Respondíle que era uno de los ejercicios de mi mocedad, y que desde entónces no lo habia olvidado.

«Dióme entónces un arco y flechas, y habiéndome hecho montar detrás de él sobre un elefante, me llevó á un bosque á algunas leguas de la ciudad y muy estenso. Internámonos en él, y cuando juzgó conveniente apearse, me hizo bajar, y enseñándome un árbol frondoso, «Trepad á ese árbol,» me dijo, «y tirad á los elefantes que veais pasar; porque hay muchísimos en este bosque. Cuando hayais tendido alguno, venid á comunicármelo.» Dicho esto, me dejó comestibles, volvióse á la ciudad, y yo quedé en el árbol al acecho durante toda la noche.

«Ninguno vi en toda ella, pero á la madrugada al asomar el sol, vi comparecer gran número, les tiré algunas flechas, y al fin cayó uno tendido. Los demás se retiraron y me dejaron en libertad de ir á avisar á mi amo de la caza que acababa de hacer. Con motivo de esta noticia, me dió una buena comida, alabó mi destreza y me hizo mucho agasajo. Luego fuímos juntos al bosque y abrimos un hoyo en el que enterramos al elefante que yo habia muerto. Mi amo intentaba volver cuando el animal se hubiese podrido, para recojer los colmillos y traficar con ellos.

«Continué aquella cacería por espacio de dos meses, y no pasaba dia en que no matase algun elefante. No siempre me ponia al acecho en el mismo árbol; unas veces me colocaba en uno, y otras en otro. Una mañana que aguardaba la llegada de los elefantes, advertí con admiracion que, en vez de pasar por delante de mí, atravesando el bosque como de costumbre, se pararon y acercaron á mí con tan horroroso estruendo, y en tanto número, que cubrian la tierra y la hacian temblar. Acercáronse al árbol en que estaba subido y lo rodearon con las trompas levantadas y los ojos clavados en mí. A tan estraño espectáculo, permanecí inmóvil y me sobrecojió tal espanto, que el arco y las flechas se me cayeron de las manos.

«No era vano mi temor, pues así que los elefantes me hubieron mirado un rato, uno de los mayores abrazó el tronco del árbol con su trompa é hizo tal esfuerzo, que lo arrancó y derribó en el suelo. Caí con el árbol; pero el animal me cojió con su trompa y me colocó sobre su lomo, sobre el que me senté mas muerto que vivo, con la aljaba colgada á la espalda. Luego se puso al frente de todos los demás, que le seguian de tropel, y me llevó á un paraje, en donde, habiéndome dejado en el suelo, se retiró con todos los demás que le acompañaban. Imajinaos, si es posible, el estado en que me hallaba; creia soñar. Por fin, despues de haber permanecido largo rato en el mismo sitio, no viendo ya ningun elefante, me levanté y observé que me hallaba en una loma bastante estensa, cubierta de huesos y colmillos de elefantes. Confieso que á esta vista hice muchas reflexiones. Admiré el instinto de aquellos animales y no dudé que era aquel su cementerio y que me hubiesen traido allí para enseñármelo y que yo dejase de perseguirlos, ya que lo hacia con la única mira de lograr los colmillos. No me detuve en la loma; encaminéme á la ciudad, y despues

de haber andado un dia y una noche, llegué á casa de mi amo. No encontré ningun elefante en el camino, lo cual me dió á conocer que se habian internado en el bosque, para que pudiera ir sin tropiezo á la loma.

« Luego que mi amo me vió, « ¡ Ah! pobre Sindbad, » me dijo, « estaba sumamente ansioso de saber lo que habia sido de ti. Fuí al bosque : hallé un árbol recien arrancado, y en el suelo el arco y las flechas, y así, despues de haberte buscado en balde, perdí la esperanza de volverte á ver. Cuéntame lo que te ha sucedido y por qué casualidad estás todavía vivo. » Satisfice á su curiosidad, y al dia siguiente, habiendo ido juntos á la loma, conoció con suma alegría la verdad de todo cuanto le habia referido. Cargamos el elefante en que habíamos ido con todos los colmillos que podia llevar, y cuando estuvimos de vuelta, « Hermano, » me dijo, « porque ya no quiero trataros como esclavo, despues del descubrimiento que acabais de hacerme y que será mi fortuna, Dios os colme de toda clase de bienes y prosperidades. Declaro ante él que os doy la libertad, y vais á saber lo que os tenia oculto.

« Los elefantes de ese bosque dan cada año muerte á un sinnúmero de esclavos que enviamos en busca de marfil. Por muchos consejos que les demos, tarde ó temprano perecen por el ardid imponderable de esta ralea. Dios os ha librado de sus iras y solo á vos ha concedido tamaño favor; prueba de que os quiere y os necesita en el mundo para el bien que debeis hacer en él. Me proporcionais un beneficio indecible: hasta ahora no hemos podido ajenciar el marfil, sino esponiendo la vida de nuestros esclavos; y he aquí que por vuestro medio se ha enriquecido toda nuestra ciudad. No creeis que pretenda haberos recompensado con la libertad que acabais de recibir; quiero añadir á este don bienes de mayor cuantía. Pudiera inducir á toda la ciudad á que os constituyera riquísimo; pero es una gloria que yo solo quiero tener. »

« Á estas palabras amistosas, le respondí : « Amo, guárdeos Dios. La libertad que me concedeis basta para retribuirme de cuanto he podido hacer ; solo os pido en pago del servicio que he tenido la suerte de haceros, como tambien á esta ciudad, que me permitais volver á mi pais. — Bien, » replicó, « el viento monzon traerá pronto algunos bajeles que vienen á cargar de marfil, y entónces podréis iros, y os daré medios para que os restituyais á vuestro pais. » Agradecíle otra vez la libertad que acababa de darme y el ánimo propicio que manifestaba. Permanecí en su casa hasta que llegaron las embarcaciones, y entretanto hicimos tantos viajes á la loma, que llenamos los almacenes de marfil. Otro tanto hicieron todos los mercaderes de la ciudad, que traficaban como él, pues aquel descubrimiento no pudo estarles mucho tiempo oculto. »

A estas palabras, advirtiendo Cheherazada que amanecia, suspendió su narracion, dejándola para la noche siguiente, en que dijo así al sultan de las Indias :

NOCHE CCXXXIV.

Señor, Sindbad prosiguió la narracion de su séptimo viaje y dijo : « Llegaron al fin los buques, y mi amo, habiendo escojido él mismo la mejor embarcacion, la cargó á medias de marfil por mi cuenta. Tambien mandó llevar á bordo toda clase de abastos para la travesía, y además me precisó á que aceptara presentes de mucho valor y algunas curiosidades del pais. Despues de haberle manifestado mi agradecimiento por todos los beneficios que me habia dispensado, me embarqué. Dimos la vela, y como era muy estraordinaria la aventura que me habia proporcionado la libertad, mi espíritu estaba siempre embargado en sus pormenores.

« Tocamos en algunas islas para tomar víveres frescos. Nuestro buque habia salido de un puerto de tierra firme de las Indias, y al mismo tuvo que volver, y así para evitar los peligros del mar hasta Balsora, mandé desembarcar el marfil que me pertenecia, con ánimo de prose-

guir mi viaje por tierra. Saqué del marfil una crecida cantidad; compré varias estrañezas para regalar, y cuando estuve pronto, me junté con una numerosa caravana de mercaderes. Permanecí mucho tiempo en camino y padecí bastante; pero con sufrimiento, al reflexionar que no tenia que temer borrascas, corsarios, serpientes, ni todos los demás peligros á que habia estado espuesto.

«Termináronse al fin todas estas fatigas y llegué felizmente á Bagdad. Lo primero que hice fué irme á presentar al califa y darle cuenta de mi embajada. Aquel monarca me dijo que lo largo de mi viaje le habia causado cierta zozobra; pero que siempre habia esperado que Dios no me desampararia. Cuando le referí la aventura de los elefantes, se mostró muy admirado, y hubiera rehusado creerlo á no constarle tan cumplidamente mi veracidad. Pareciόle tan peregrina aquella historia y las demás que le conté, que mandó á uno de sus secretarios que las escribiera en caractéres de oro para conservarlas en su archivo. Retiréme contentísimo del honor y de los presentes que me hizo, y despues me esplayé todo en recreos con mis parientes y amigos.»

Así acabó Sindbad la narracion de su séptimo y último viaje, y luego encarándose con Hindbad «¿Qué tal amigo mio?» añadió, «¡habeis oido nunca que alguno haya padecido tanto como yo ó que un mortal se haya hallado en tan amargos trances? ¿No os parece justo que disfrute una vida amena y sosegada tras tantísimos trabajos?» Al concluir estas palabras, Hindbad se acercó á él, y besándole la mano, le dijo: «Debo confesar, señor, que habeis corrido espantosos peligros. Mis padecimientos en nada pueden compararse con los vuestros: si me acongojan al padecerlos, me consuelo con el escaso producto que me proporcionan. Mereceis, no solamente una vida placentera, sino que tambien sois digno de todos los bienes que poseeis, ya que tan buen uso haceis de ellos y sois tan jeneroso. Seguid pues viviendo placenteramente hasta la hora de vuestro fallecimiento.»

Sindbad mandó que le dieran otros cien zequines, le admitió en el número de sus amigos, le hizo dejar el oficio de mandadero, y quiso que continuara yendo á comer á su casa para que se acordara toda la vida de Sindbad el marino.

Cheherazada, viendo que aun no amanecia, siguió hablando, y empezó otra historia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



ÍNDICE

DE LO QUE CONTIENE ESTE TOMO.

Paris. — Imprenta española de DUBUISSON y Cia, cal e de Coq-Héron, 5.

